

Relatos^{de} Experiencias MAESTRAS

– Tomo 2 –

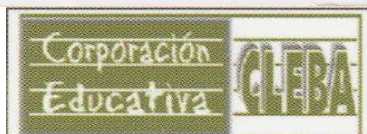


SeEduca

GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA



PIENSA EN GRANDE



Fácilmente puede plantearse por parte de instancias empresariales o académicos con diferentes conocimientos disciplinares, que se han realizado muchos procesos de capacitación y formación por parte de expertos que viajan desde las grandes urbes a los centros rurales; o de largos procesos de “coaching” mediante los cuales los maestros logran encontrarse “consigo mismo”, y que por lo tanto todo comenzará a partir de ese momento a funcionar muy bien; no obstante, esta no ha sido nuestra postura. Siguiendo a Hargreaves y Fullan (2012) “las ganancias casi siempre desaparecen después de que los equipos de intervención se marchan, una vez que los líderes clave, abandonan”. Nuestra postura opta entonces, por un camino según el cual se acompaña a los maestros en sus procesos reflexivos, de tal suerte que se les permita confrontar, día a día, los problemas singulares y diversos que se les presenta. Que, en la multiplicidad de situaciones, a través de la reflexión permanente, encuentren campos lógicos que les iluminen el diario trasegar por las aulas. (prologo página 19)

Gustavo Jaramillo Franco
Subsecretario de Planeación Educativa
Antioquia, 2019



Agradecemos a las trece universidades, a las diecisiete escuelas normales superiores, a los maestros de Antioquia y a los catorce municipios que en la primera etapa nos aceptaron el reto de encontrarnos con el rostro humano de nuestros maestros. Además, esperamos que este diálogo no cese y que se nos unan otras universidades e instituciones inquietas por las dinámicas educativas de nuestro país. Que este diálogo continúe hasta que con palabras podamos explicar la apasionante y misteriosa fugacidad del acto educativo; hasta que, entre las “realidades” de nuestros territorios y los “idearios” conceptuales de los círculos académicos, se establezcan puentes que nos permitan decir que, escuchándonos, estamos hablando de lo mismo, sobre lo mismo.

Gustavo Jaramillo Franco
*Subsecretario de Planeación
Educativa*



Relatos de Experiencias MAESTRAS

– Tomo 2 –

“Los eruditos son los
que han leído en los
libros; los pensadores,
los genios, los
iluminadores del
mundo y protectores
del género humano
son, en cambio, los que
han leído directamente
en el libro del mundo”

Arthur Schopenhauer

SeEduca



**Relatos
de Experiencias
MAESTRAS**

Tomo II

Relatos de Experiencias MAESTRAS



SeEduca



En articulación con:



Distribución gratuita

Esta es una publicación oficial de la Secretaría de Educación del Departamento de Antioquia. Se realiza en cumplimiento de lo dispuesto en el artículo 10 de la Ley 1474 de 2011 -Estatuto Anticorrupción-.

Se prohíbe la reproducción total o fragmentada de su contenido, si autorización escrita de la Secretaría De educación del departamento de Antioquia. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de la publicación, que puedan crear confusión.

El Departamento de Antioquia dispone de marcas registradas, algunas citadas en la presente ubicación con la debida autorización y protección legal. Todas las publicaciones del Departamento de Antioquia son de distribución gratuita.

GOBERNACION DE ANTIOQUIA

LUIS PÉREZ GUTIÉRREZ
Gobernador de Antioquia

NÉSTOR DAVID RESTREPO BONNETT
Secretario de Educación de Antioquia

GUSTAVO ALVEIRO JARAMILLO FRANCO
Subsecretario de Planeación Educativa

Equipo técnico de la Secretaría de Educación Departamental:
Yaneth Peláez Montoya
Profesional Universitaria Subsecretaría de calidad, Dirección Pedagógica
Ana María Palacio Velásquez
Profesional Especializada Subsecretaría de Planeación Educativa
Diana Gallego Madrid
Profesional de la Secretaría de Educación de Antioquia

©2019 Gobernación de Antioquia
Primera edición octubre de 2019
ISBN: 978-958-8955-67-4

Coordinadores de edición:
Alexander Hincapié García
Carlos Arturo Ospina Cruz

Contenido

PREFACIO	/17
PRÓLOGO	/20
OCCIDENTE	/23
LOS DOCENTES TIENEN LA PALABRA, PERO SON SUS EMOCIONES LAS QUE LOS NARRAN. Faber Andrés Álzate Ortiz y Lorena Taborda Morales. Corporación Universitaria Minuto de Dios –UNIMINUTO	/24
LA FAMILIA, LA ESCUELA Y EL CONTEXTO. Adriana María López Jiménez	/26
MI HISTORIA ES TAMBIÉN LA HISTORIA DE LA ESCUELA. Adriana María Giraldo Quintero	/30
SER DOCENTE DE PRIMERO: UN RETO GEEMPA. Alba Doris Pérez Zapata	/32
“NO VINE A EXPLICAR AL MUNDO, SOLO VINE A TOCAR. NO QUIERO JUZGAR AL HOMBRE, AL HOMBRE QUIERO CONTAR”. Andrés Felipe Correa Mesa	/34
LAS ACCIONES TRASCIENDEN, DEJAN HUELLA, NO TIENEN TIEMPO, NI ESPACIO. Biviana Astrid Areiza López	/37
ENSEÑEMOS ALGO DE VERDAD. Claudia Mercedes Ospina Giraldo	/40
LO QUE SE APRENDE, CUANDO SE PRETENDE ENSEÑAR. Doris Enid González Arboleda	/42
EL PROFESOR VISTO COMO UNA AMENAZA “YA VIENE”. Edison Arley Restrepo García	/44
CADA LOGRO COMIENZA CON LA DECISIÓN DE INTENTARLO. Edith Milena Rodríguez Bedoya	/46
EL DIABLO ENTRA A LA ESCUELA. Edwin Tello Chaverra	/49
LA CONVIVENCIA ESCOLAR, UNA CONSTRUCCIÓN COLECTIVA ENTRE EL DEBER SER Y LA REALIDAD. Elda Patricia Álvarez Tobón	/52
EL RECREO. Elena Ledy Martínez López	/57

ELLOS LLEGAN Y NUNCA SON CÓMO LOS ESPERAMOS. Fanny Andrea Toro Bedoya	/59
MI PRIMERA ESCUELA. Hernando de J. Toro Urrego	/61
MI HISTORIA ES LA DEL PROFE “MACHADO”. Hitler Murillo Mosquera	/64
UNA ESCUELA PARA CONTAR. Jaime Ocampo	/65
ROMPIENDO PARADIGMAS. Jhenry de Jesús Cartagena Mejía	/69
CAMINOS INDECISOS. Jorge Isaac Yáñez De la Ossa	/72
EL RECONOCIMIENTO DEL OTRO. José Bernardo Loaiza Gómez	/74
LEER Y ESCRIBIR EN LA ESCUELA. José Fernando Delgado Osorio	/77
EL PODER TRANSFORMADOR DE LO SIMPLE. Juan Camilo Botero Ospina	/81
QUIÉN FUI, QUIÉN SOY Y QUIÉN SERÉ. Juliana Isabel Lezcano Escudero	/83
ELUCUBRACIONES PEDAGÓGICAS. Leandro Huberto Chacón Correa	/85
MIS ESTUDIANTES. Lina María Rodríguez Pérez	/87
RELATOS DE UN VIAJE. Luz Amparo Pérez	/89
EL DESEO DE SABER SER VERSUS LA IMPOSICIÓN DE CONTENIDOS. Maribel Usma González	/91
LAS TETAS DEL MAESTRO. Martín Felipe Uribe Isaza	/93
EL DEPORTE, UNA PUERTA. Maryori Bedoya Vargas	/103
HUMANIZACIÓN DE LA EDUCACIÓN. Mónica Betancur Álvarez	/108
Y TAMBIÉN RECIBIMOS DESPRECIOS. Wilson Luis Gallego Marín	/111
DESPUÉS DE LA TRISTEZA VIENE LA DICHA. Yenny Bernice Moreno Mosquera	/112
ORIENTE	/113

NARRACIONES SOBRE CULTURAS ESCOLARES Y PROFESIONALIDADES DOCENTES EMERGENTES. Fabián Alonso Pérez Ramírez y Juan Carlos Franco Montoya. Universidad Católica de Oriente	/114
EL ARTE DE SER. Yenivia Marín Ochoa	/119
EL CONFLICTO. Maribel López	/123
DINA SOLEDAD VELÁSQUEZ GONZÁLEZ. Dina Soledad Velásquez González	/127
ALETHEIA: ENTRE FILOSOFÍA, LITERATURA, CAMÁNDULAS Y CRUCIFIJOS. Wiston Giraldo	/130
UNA SEMANA. Sebastián Pérez Escobar	/134
EN MI INTIMIDAD COMO DOCENTE. Isabel Cristina Flórez Aguirre	/137
LA DOCENTE ITINERANTE. William de Jesús López Ramírez	/140
LA OTRA ESCUELA. Francisco Antonio Calle Correa	/144
EL TREN DE LA MEMORIA. Rodrigo Carmona	/149
EL OCASO DE UN ÉXITO. Iván Sylva	/154
RETORNO A MI CAMPO. Luis Hernando González Bedoya	/158
UNA HISTORIA AÑEJA. Sandra Yanet Giraldo Castaño	/162
SUROESTE	/166
SOBRE LA CULTURA ESCOLAR Y PROFESIONALIDAD PEDAGÓGICA EN LOS TRAYECTOS PROFESIONALES DE MAESTROS EN EL SUROESTE ANTIOQUEÑO. Jorge H. Betancourt-Cadavid Corporación Universitaria Americana de Medellín y Juan Carlos Guerra Sánchez Corporación Universitaria Lasallista	/167
EL MAESTRO. Adriana Paredes Salinas	/172
¿QUÉ HACE UN ECONOMISTA EN UN SALÓN DE CLASE? Alexis Castrillón	/174
¿PARA QUÉ EDUCO CUANDO EDUCO? Ana María Mejía Mejía	/178
RELATO DE EXPERIENCIA PEDAGÓGICA. Beatriz Elena Vargas	/182

UNA RUTA, UN RETO, UN RITO, UN RATO [...] LA ESCUELA. Carmen Lucía García Gallego	/186
CAMINO A LA ESCUELA. César Martínez	/192
ECOS DE CAMBIO. Daniel Alejandro Gutiérrez	/196
DE PADRINOS MÁGICOS A SEMILLERO DE AMISTAD. Diana Milena Franco Núñez	/198
LAS HISTORIAS TRAS LOS ROSTROS DE LAS AULAS. Enoris Guzmán Moreno	/204
JHOJAN NO ERA EL PROBLEMA [...] Andrés Harvey Zapata	/206
RELATO EXPERIENCIAL. Hugo Alberto Tangarife Arboleda	/209
LAS HERMANAS BETANCUR HACIENDO ESCUELA. Johan Camilo Fernández Bedoya	/216
YO ME LLAMO. Lucía Peláez Vélez	/219
LAS HISTORIAS DETRÁS DE MI HISTORIA. Margarita María Argaez Moreno	/226
LO ÚNICO QUE NECESITO PARA ENCONTRAR SENTIDO A MI VIDA. Marta Montoya Castillo	/232
EL ESCENARIO SE ILUMINÓ. Natalia Andrea Vanegas Marín	/237
EN EL CAMINO DE LA PEDAGOGÍA. Rosalba Obando Cardona	/239
LO QUE HACE UN JABÓN EN LA EDUCACIÓN. Sandra Milena Montoya Vargas	/245
LA MUERTE Y MI LABOR. Sandra Patricia Blanquicet Doria	/250
AL NARRAR(NOS) NOS ENCONTRAMOS PARA DERRIBAR FRONTERAS. Adriana María Arango López	/252
EL TINTE DE HISTORIAS. Vedgivia Rocío Garro Urrego	/257
MI LUGAR EN EL MUNDO. Ana María Mesa	/262
SILENCIOS QUE TRANSFORMAN. Andrea Jiménez	/266

URABÁ	/270
PRÁCTICA PROFESIONAL DOCENTE EN EL OTRO. Gloria María Isaza Zapata, Sebastián Castrillón Ortega y Mateo Posada Pamplona. Universidad Pontificia Bolivariana	/271
LA MISIÓN DE EDUCAR ES COMO LLEVAR LA CARTA A GARCÍA: ¡SÍ O SÍ! Nelsy Barrera Montañéz	/273
ENTORNOS DE VIDA Y PAZ. Liliana Patricia Gómez Valle	/278
EL ESPEJO. Jaime Humberto Avendaño	/282
EXPERIENCIA PROFESIONAL. José David Lemos Valdés	/285
¿QUÉ POR QUÉ SOY MAESTRA? [...] BUENA PREGUNTA Marcela Castrillón Zapata	/287
SIENDO MAESTRA DE BACHILLERATO. Leydy Lorena Ibarguen Ledesma	/290
TODA UNA VIDA DEDICADA A LA DOCENCIA. Gladys Martínez Gómez	/293
DE LO PRIVADO A LO PÚBLICO [...] Alejandra Úsuga Carrascal	/295
MI HISTORIA UNA AVENTURA. Gloria Olfaris Cortés López	/298
EL PASO DE LO ACADÉMICO A LO EMOCIONAL. Diana María Ruiz Llorente	/302
PALABRAS MÁS, PALABRAS MENOS [...] MI ESCUELA. Karina Galván Lambertínez	/304
MI EXPERIENCIA COMO DOCENTE EN LA INSTITUCIÓN EDUCATIVA RURAL ZAPATA. Esneider José Silgado Jiménez	/306
UN VIAJE HACIA EL INTERIOR DE ESTA HERMOSA PROFESIÓN. Ricardo González Asprilla	/308
RELATO DE VIDA. Glaucón Maturana Córdoba	/309
CRECIENDO Y APRENDIENDO MORENITA. Liset Patricia Arboleda Moreno	/311

MIS HUELLAS. Ana Paola Barreto Vergara	/313
EL TEOREMA DE LAURA. Luis Ángel Franco Flórez	/315
CONVERTIR LOS OBSTACULOS EN EXPERIENCIAS POSITIVAS. Eduardo Padilla Medina	/319
UN VIAJE DE EXPERIENCIAS Y DESAFÍOS. Aracely Torres Ibarra	/323
¿CÓMO HA SIDO MI EXPERIENCIA PROFESIONAL EN LA INSTITUCIÓN EDUCATIVA DONDE LABORO ACTUALMENTE? María Eugenia Ibargüen Aguado	/327
ENSEÑANDO APRENDO NUEVAS EXPERIENCIAS. Florentina Pino Córdoba	/329
VALLE DE ABURRÁ	/330
LA PROFESIONALIDAD PEDAGÓGICA Y LOS TRAYECTOS BIOGRÁFICO-PROFESIONALES. Juan Camilo Vásquez Atehortúa, Jair Hernando Álvarez Torres y Ana María Cadavid Rojas. Universidad de Medellín	/331
¿QUÉ PASA CON LA AFECTIVIDAD EN EL ACTO EDUCATIVO? Gladys Elena Zapata Berrío	/334
UNA ESCUELA RURAL. Viviana Zuluaga López	/345
AMBIENTE PARA APRENDER A VIVIR. Ruth Milena Fonseca Alba	/350
YO NO QUERÍA SER MAESTRA NO NACÍ MAESTRA. Rocío Del S. Gregory	/355
LOS PECES YA NO DEBEN TREPAR ARBOLES. Abelardo Antonio Usquiano Franco	/359
LA SUBJETIVIDAD EN EL PROCESO DE VERIFICACIÓN DE CONDICIONES BÁSICAS DE CALIDAD DE LAS ESCUELAS NORMALES DE COLOMBIA. Carlos Adiel Henao Pulgarín	/363
¿QUIEN ES EL OTRO? Doris Mabel Laverde Vanegas	/367
¿Y AHORA, QUÉ CAMINO ELIJO? Gloria Nelly Toro Cardona	/370
UNA HISTORIA DE PERSEVERANCIA. Gregorio Arévalo Navarro	/376

¿Y [...] AÚN ME SIENTO MAESTRA? Isabel Cristina Zapata Peña	/380
LIBROS Y LIBRES. Julián C. Ospina Saldarriaga	/383
SIEMBRA, COSECHA Y RETRIBUYE LOS FRUTOS. Lina María González Agudelo	/391
UN AVE FENIX QUE SE HACE MAESTRA. María Isabel Marín Posada	/395
SALVAR VIDAS. María Eugenia Álvarez Vargas	/401
FAMILIA, A TU LADO TAMBIÉN APRENDO. María Yeni Betancur Cárdenas	/406
Y PENSAR QUE DE NIÑA NO ME INTERESO JUGAR A SER LA PROFE. Martha Montoya Mejía	/412
RESIGNIFICACIÓN DE LA ENSEÑANZA EN LA RURALIDAD. Oscar Hernando Flórez	/418
NADA ES CASUALIDAD, TODO TIENE SENTIDO. Sandra Milena Muñoz	/422
MÁS ALLÁ DE VOCACIÓN. Tatiana Patricia Rodríguez Yepes	/427
LA FORTALEZA DE UN APRENDIZ DE MAESTRO PESCADOR DE TALENTOS: LA VIDA TE DA SORPRESAS. Víctor Alfredo Aguirre Rojo	/431
SER O HACERSE MAESTRA. Olga Lucía Gil Taborda	/435

PREFACIO

Néstor David Restrepo Bonnet
Secretario de Educación
Gobernación de Antioquia

La diversidad de un departamento como Antioquia en cuanto a su topografía, su conectividad, sus municipios, sus culturas, su economía e inclusive sus distancias hacen que los Maestros se conviertan en protagonistas reales de las regiones. A tal punto llega la situación que existen, no pocas, veredas cuya única presencia del Estado es la que está representada en la Escuela (IE, Centro Educativo, Escuela Nueva).

Las narraciones que nos comparten los maestros, y que son publicadas en este libro de “Relatos de Experiencias Maestras”, permiten leer desde la entrega en las aulas historias particulares in situ que llenan de sentido la experiencia colectiva. Por lo que el hablar, liberar el cuerpo de lo vivido, para reconfigurar nuevos caminos toma importancia; ya no como espectadores o testigos sino como protagonistas de la historia, autores y dueños; aquí, la narración de historias concede sentido a la existencia puesto que dota de significado la realidad, y propicia nuevas comprensiones de las experiencias que se han silenciado.

Adicionalmente, el acto de narrar otorga un eco a la gran responsabilidad que tiene el maestro en la sociedad y el papel relevante que juega su subjetividad en el marco de la política y de lo político, como constructor de referentes de pensamientos sociales (tipo de sociedad); a esto se suma también que, a partir, de su quehacer docente, dinamiza a sus estudiantes en la configuración de su mundo de forma más consciente, reflexiva y crítica, pues al ir reelaborando conceptualmente su universo geográfico y pedagógico, pone en acción las competencias comunicativas y simbólicas y va cimentando un tipo de ser humano capaz de responder a las necesidades propias de su entorno.

Las narraciones de experiencia vividas por nuestros maestros se convierten en la mejor forma de conocer saberes, sabores y esperanzas procedentes de diversas raíces o fuentes; tenemos aquí, un cumulo de trabajos de nunca acabar fundamentales en la comprensión de ese maestro entendido como sujeto histórico, tan necesario para sacar del anonimato las prácticas cotidianas. Esas mismas praxis que realizan “los profes” en las aulas, las cuales terminan siendo el eje fundamental en los procesos pedagógicos.

Por todo ello, dar cuenta de lo que se hace, cómo se hace y para qué se hace, en las narraciones de los actores principales de ese devenir educativo permite construir y deconstruir el entramado de la educación en una sociedad como la nuestra que exige espacios de encuentros y, por qué no, de desencuentros, pensados desde la dialéctica del discurso, reunidos con el fin de trabajar transformaciones pedagógicas de la mano del saber experiencial y el saber disciplinarlos.

Valoramos, entonces, a los maestros no solo como escritores sino, y sobre

todo, como lectores avezados de los signos de los tiempos y constructores de saberes, críticos y participativos; obligación ineludible para pensar una escuela más allá de lo formal, de lo que se cree y se vive a diario; para valorarla no solo como el lugar de circulación de los conceptos y de entrega de titulaciones, pues ella está involucrada en algo más profundo y esencial para la sociedad: la de seguir aportando con sujetos -maestros- constructores *per se* de humanidad.

Por lo tanto, estas narraciones, que no son fruto de la imaginación de unos maestros, sino que son los bocetos, los dibujos y las cartografías de sus realidades cotidianas, aquello que los ha impactado, nos describen una escuela que atiende, o hace esfuerzos para atender, las necesidades educativas de su territorio; que aporta a la configuración de la identidad cultural, lo cual a su vez define las responsabilidades y compromisos de los sujetos con sus comunidades, marcados históricamente por diversas problemáticas que siguen haciendo estragos en las nuevas generaciones y que el Estado aún no ha podido resolver. Se deduce, para empezar, que se vienen haciendo importantes esfuerzos para empoderar de su naturaleza social y política a los estudiantes y a las comunidades educativas, así como de sus realidades, para que se movilicen en busca del bien común y de la calidad de vida de sus regiones. Y estos ejercicios de introspección de los maestros son un importante aporte en tal dirección.

Estas vivencias singulares de nuestros maestros de Antioquia, si bien es cierto llevan el nombre de sus protagonistas, reflejan el día a día de unas mayorías situadas. Desde la lectura y escritura sentidas están permanentemente narrando y escribiendo la cotidianidad del aula, de los procesos pedagógicos, de los estudiantes, dando como resultado un compilado experiencial que no es ajeno a las políticas y problemáticas sociales, ni a las emociones que éstas suscitan ya que afectan directamente la vida de las personas y, por ende, de las comunidades.

Estas historias, estas narraciones, estas voces que emergen de la geografía antioqueña nos demuestran que todo inicia y todo lleva allí: a la Escuela; lugar de reflexión, por excelencia, donde en muchas ocasiones faltan, inclusive, los elementos mínimos necesarios para dar o recibir clase, pero donde siempre hay un maestro o una maestra (pensando-se) con sus estudiantes haciendo hasta lo imposible por no desistir; a pesar de todo, apostándole a la vida, a las oportunidades, al conocimiento y reconocimiento de sus realidades, de sus historias, de lo que son y, aún mejor, de lo que pueden llegar a ser.

La pasión pedagógica expresada en estas páginas nos devuelve la esperanza de ver la escuela como ese espacio que permita la experiencia social, fomentando todo tipo de prácticas democráticas que conlleven a principios y valores en pro de la participación y organización ciudadana. Modos de organización que no son sustentables solo por la ley, por las normas, sino que además exigen de la ética. Entendida, esta última, como una diminuta línea que se da entre la palabra y el silencio, el movimiento o la quietud, la creación o la destrucción; es la propia experiencia la que va definiendo en qué momento va uno u otro; entonces las vivencias van determinando la forma de ser y cómo hacer nuestro entorno, ya que la norma por sí sola no funciona, sino se educa al sujeto desde una perspectiva ética, democrática y social.

Estos “Relatos de Experiencias Maestras” nos devuelven la esperanza en ese maestro que más que números y letras, es la vivencia constante de la libertad,

el que transita el camino de la razón, el que resiste con sus argumentos y al igual que el cuerpo (sociedad) y sus derivadas funciones (instituciones) está pidiendo a gritos formas de tratamiento más nobles y significativas; usos que nos permitan vivir en comunidad y no en tumulto; donde las manos construyan, vuelvan a la caricia; donde las palabras alienten y desahoguen el alma cuando la frustración la invada y donde la guerra no se suscite, inevitablemente, por cada perturbación que nos presente la existencia.

Tenemos en nuestras manos, un libro donde los maestros nos recuerdan, con toda la autoridad de sus trayectos biográfico profesionales que lo importante de vivir no es solo la obtención de cosas, sino disfrutar el recorrido, valorar los instantes que compartimos con los demás, momentos que no podemos comprar, que harán de nuestro futuro mental un mundo de sensaciones gratificantes y satisfactorias para revivirlas al narrarlas.

Es un privilegio, hacer parte de estas narraciones desde la lectura, ejercicio que nos hace también protagonistas de lo vivido, que nos lleva a cada Escuela, a cada momento y nos invita a ingresar a sus instalaciones para vivir la sensación de ser como caminantes de las caprichosas formas de las montañas andinas de Antioquia, subes y descienes de un lugar a otro, desde los pasillos de las aulas divisas los copos de los árboles, el vuelo de las aves se contrasta con los aires de libertad y fomento de saberes que se respiran; la brisa recorre libremente por los pasillos y aulas, un vaivén constante al que en varias ocasiones se le unan las hojas de los cuadernos, el silbido del viento contra las ventanas o los cabellos despeinados como símbolos de lo caótico y refrescante que es aprender.

PRÓLOGO

Gustavo Jaramillo Franco
Subsecretario de Planeación Educativa
Antioquia

Pensar la escuela, en su contexto; del lado de los protagonistas que tienen como misión, **“señalar el camino”**, el de los maestros, sin desconocer sus condiciones de vida: temores, deseos, emociones y, en general, de sus experiencias; este fue uno de los aspectos fundamentales que motivó la creación del **Centro de Pensamiento Pedagógico**. Ahora bien, para **pensar** desde los territorios, no sólo es fundamental estar en ellos, habitarlos, y palpar la realidad con el fin de comprender mejor las acciones de cada uno de sus actores. También es importante, además de este componente empírico, tener por compañía los ojos de la rigurosidad académica y una estructura conceptual; de esta forma, al movernos en torno a estos dos mundos, el conceptual y el empírico, podremos analizar con mejor detalle las condiciones causales en las cuales se desenvuelve la vida escolar, mismas que, sin duda, son muy distintas a las que se habían imaginado cuando estaban cursando su licenciatura en la universidad.

Quizás los que llegamos a los cargos, por la generosidad de un mandatario, no estemos legitimados, o no seamos los más idóneos para orientar tales reflexiones; y no se trata de que no se tengan las capacidades intelectuales o que se hubiese llegado con la profesión equivocada o por la simple necesidad de un empleo; se trata de que la forma como están concebidos los cargos públicos, implica que se solucionen tantas situaciones individualizadas, día a día, que prácticamente se hace imposible el que se tengan procesos reflexivos, que permitan la comprensión real y necesaria de las problemáticas escolares. En este sentido, se optó por buscar quién nos apoyara en este proceso, de eso que se denomina “pensamiento”.

Trece universidades manifestaron su interés en acompañarnos, y más que esas trece universidades, resaltamos el deseo que afloró en investigadores de carne y hueso, manifestando querer pensar desde la región, con los actores directos; con los que padecen unas veces y gozan otras tantas, los avatares de las condiciones de los territorios. Esto, sin importar si la universidad hacía o no la descarga de horas respectivas, sin importar si para cumplir tal fin, era necesario sentarse mucho más tiempo de ese que el servidor de la administración había planteado que era el que se requería.

Así, el **Centro de Pensamiento Pedagógico** es más que la propuesta de una administración de turno; es la suma de voluntades de investigadores de trece universidades y de maestros de las nueve subregiones de Antioquia, en la búsqueda de espacios reflexivos que les permitan pensar, de una forma crítica y sistemática, su diario vivir en la escuela.

Es fácil pontificar a la distancia; es fácil dar directrices desde altas instancias sobre lo que la razón y su lógica nos dice que se debe hacer; pero esa combinación de tiempo, espacio y causalidad, que nos coloca a todos en distintas circunstancias,

en experiencias de vida individualizadas y sin igual, hacen que modificar condiciones partiendo desde quién lo dice, hasta quién le compete hacerlo en la realidad, sea querer aplicar el mismo motivo en dos mundos radicalmente diferentes; es este uno de los aspectos que dificultan significativamente los propósitos de la educación.

No desconocer la experiencia; tener en cuenta la multiplicidad de condiciones espacio-temporales, son orientaciones que se nos han dado siempre. Ejemplos concretos los encontramos en autores como Jhon Dewey (1939) quien en su obra ***“Experiencia y Educación”***, manifiesta a su manera que: ***“Nadie dudará que el niño de una casa de barrio bajo tiene una experiencia diferente que el niño de un hogar culto; que el campo tiene un género diferente de experiencia que el de la ciudad; o que el muchacho de la costa tiene una diferente que el chico que se ha criado en los campos del interior”***; y ese ***“nadie dudará”*** con el que inicia esta cita, es tan sólo el punto de partida de lo que puede ser, o un tortuoso viacrucis, o una hermosa novela, dependiendo de las condiciones encontradas y de la forma de asumirlas por parte de los maestros. Estas particularidades, esa riqueza y variedad de experiencias de vida, son elementos fundamentales y muy bien plasmados en las narrativas presentadas en estos dos volúmenes.

Fácilmente, puede plantearse por parte de instancias empresariales o académicos con diferentes conocimientos disciplinares, que ya se han realizado muchos procesos de capacitación y formación por parte de expertos que viajan desde la ciudad; o de largos procesos de ***“coaching”*** mediante los cuales los maestros logran encontrarse “consigo mismo” y que, por lo tanto, todo comenzará a partir de ese momento a funcionar muy bien. No obstante, esta no ha sido nuestra postura. Siguiendo a Hargreaves y Fullan (2012) ***“las ganancias casi siempre desaparecen después de que los equipos de intervención se marchan, una vez que los líderes clave, abandonan”***. Nuestra postura opta, entonces, por un camino según el cual se acompaña a los maestros en sus procesos reflexivos, que les permita confrontar, día a día, los problemas singulares y diversos que se les presentan.

Se trabajó para que se generaran las condiciones necesarias, de tal suerte que sus reflexiones fueran atrapadas por medio de palabras y conceptos en sus narrativas. Así, cuando sus ***“compañeros de pensamiento”*** tuviesen que volver a los centros de investigación en las universidades, pudieran ver sus experiencias reflejadas en sus escritos, y fuese entonces el punto de partida para, en primer lugar, transformar su quehacer en el aula, haciendo los ajustes necesarios en la medida en que se los demande la misma práctica. En segundo lugar, para que sirvan como motor de autorreconocimiento que los lleve, gradualmente, a su consolidación como profesionales, para que ello les permita tomar decisiones pertinentes y acordes a los contextos. Al quedar sus historias de vida plasmadas en el texto escrito, podrán volver sobre lo actuado, de tal suerte que puedan comprender en otros momentos, sus propias acciones.

Para quienes, como agentes externos a la escuela, estemos decidiendo sobre ella, es fundamental comprender claramente que, en todo momento, la práctica en el aula está mediada por los maestros que la llevan a cabo, los cuales le imprimen sus temores, principios, creencias o conocimientos. A su vez, nos permite comprender cómo los maestros viven sus mundos, los cuales más que el reflejo de

una realidad unívoca, son sus propias construcciones que, a su vez, generan múltiples realidades.

Entonces son éstas, las realidades visibles en las narrativas que los lectores encontrarán en estos dos volúmenes: **Las experiencias de vida de los maestros del Centro de Pensamiento Pedagógico. Relatos de experiencias MAESTRAS.**

OCCIDENTE

LOS DOCENTES TIENEN LA PALABRA, PERO SON SUS EMOCIONES LAS QUE LOS NARRAN

Faber Andrés Álzate Ortiz
Lorena Taborda Morales
Corporación Universitaria Minuto de Dios –UNIMINUTO

"La memoria es una experiencia sustituta,
en la cual se da todo el valor emocional
de la experiencia actual sin su tensión,
sus vicisitudes y sus perturbaciones"
(John Dewey)

En el marco de la investigación "Cultura escolar, profesionalidad pedagógica y trayectos biográfico-profesionales: Un estudio cualitativo en las nueve subregiones de Antioquia" más de treinta docentes del Occidente Antioqueño narraron sus historias, sus andares y sus inmersiones en los procesos pedagógicos cotidianos; durante todos los encuentros académicos que se promovieron en este territorio, nos contaron con lujo de detalles sobre sus *prácticas profesionales* y, con ello, sobre aquellas hazañas, retos y hasta desilusiones que han sido, a su parecer, hasta normales por tratarse del natural desarrollo de la cotidianidad laboral del docente en nuestra Antioquia querida.

En todas aquellas romerías académicas en las que compartimos durante el año 2018, fueron muchos los aprendizajes que se tejieron como comunidad, ellos *narrando-nos su realidad profesional* cargada de emociones, deseos y compromisos, nosotros escuchando, leyendo y escribiendo con ellos sin descuido alguno todas aquellas sorprendentes y vitales historias profesionales, sobre las cuales fue posible percatarse de la recurrente presencia de las siguientes dos categorías: la *didáctica* y la *pedagogía*, categorías centrales que podrán reconocerse sin complicación alguna en cada uno de las narraciones que componen el capítulo Occidente.

Ahora, dar cuenta del Centro de Pensamiento Pedagógico en Occidente es, a nuestro juicio, hilar, desde una mirada humanizante, todo el quehacer de los maestros que trabajan en esta subregión antioqueña con todas y cada una de las dinámicas-modos de habitar que constituyen el acervo cultural, social, político, económico y hasta religioso de este territorio; por lo tanto, no será posible homogenizar su saber y práctica pedagógica o didáctica aunque los contenidos que se *deban* enseñar en sus escuelas sean los mismos que en cualquier otra institución educativa del país o del departamento. Lo anterior permite re-confirmar que un docente como profesional, siempre está invitado a reconocer las particularidades de la comunidad donde desarrollará su labor, de manera, que logre contextualizar su praxis y con ello alcanzar los niveles de pertinencia óptima en relación con las necesidades y oportunidades que se tengan en el entorno.

En este capítulo, los docentes narran con el objetivo de fijar las huellas de lo que han vivido con los estudiantes, la comunidad y la escuela y que, a su juicio, los han constituido profesionalmente; sin embargo, en sus metáforas, versos y alegorías, de-muestran valores que claramente constituyen elementos centrales de la cultura

escolar, en la cual ellos son protagonistas que por un lado, consciente e inconscientemente, ayudan a forjarla y, por el otro, tienen la posibilidad de reflexionarla para crecer/madurar profesionalmente y con ello, transformar su práctica docente.

Debemos destacar que en sus historias es posible *identificar grandes dosis de amor, esperanza y humildad en su quehacer profesional* y para con sus comunidades educativas, porque sin importar la distancia o el medio de transporte que utilizan para llegar a ellas, caminando entre montañas o entre calles asfaltadas o empedradas, todos dejan ver en sus narraciones que su mayor propósito es llegar a la institución educativa para trabajar con sus estudiantes, compartir con ellos sus saberes y experiencias, aprender juntos y ayudarles a forjar un futuro, ojalá diferente a través del cual puedan *transformar sus vidas, la de sus familias y la de del territorio mismo*.

Finalmente, fueron los docentes que participaron activamente del Centro de Pensamiento Pedagógico, quienes desde la magia misma del *lenguajeo*, nos permitieron reconocer cómo el maestro antioqueño, como ser humano y profesional, se enraíza, al tiempo que re-crea su hábitos de vida y se empodera de su labor para volverla soplo de esperanza para las comunidades donde hace presencia, asuntos que a nuestro pensar también son constitutivos de *su identidad profesional*, haciéndolos únicos aun cuando puedan, por coincidencia, compartir la misma formación con otros docentes y hasta el mismo espacio-tiempo, atributos que para la naturaleza de la presente investigación, son el escenario propicio para seguir indagando, reflexionado y proponiendo *nuevos horizontes de sentido educativo*.

LA FAMILIA, LA ESCUELA Y EL CONTEXTO

Escenarios que forman significativamente

Adriana María López Jiménez

Es 12 de agosto de 1987, tengo sentimientos encontrados, alegría por iniciar mi labor de docente, y un miedo profundo frente a lo desconocido, ¿qué encontraré? Me embarga la tristeza por dejar mi familia, amigos y lugares recorridos durante tanto tiempo.

Juntas de Uramita, corregimiento de Cañasgordas, es un lugar pequeño, compuesto de gente humilde y sobre todo de mucha violencia; el dicho popular “no traiga machete que aquí le damos”, repetido en tantos lugares jocosamente, en este lugar tenía mucha fama; a mí se me hizo difícil acostumbrarme.

Con el transcurso del tiempo fui observando que los niños estaban muy solos, sus padres, por lo general trabajaban en el campo cogiendo café, las madres también andaba con su esposo en las labores del campo o vivían cansadas de madrugar a realizar las labores domésticas, o de hacerle de comer a los trabajadores, esto no permitía compartir espacios con sus hijos, ni entre adultos.

Lo material parece hacer feliz a muchas personas, pero cuando uno pone la lupa un poco más cerca puede reconocer las carencias que determinan el exceso de objetos en casa.

En algún momento, Carlos es un maestro, un hombre lleno de sueños y bonitas intenciones y que trabajaba en la escuela de padres con un programa sobre educación sexual, propuesto por el Ministerio de Educación Nacional, me invitó para que participara con él en el desarrollo de algunas actividades; allí se desarrollaban prácticas como: culinaria, costura, recreación, se celebraban fechas importantes. Sin embargo, su participación era netamente femenina y fue complejo involucrar a los hombres allí. Recuerdo ese día como si fuera hoy, eran las siete de la noche cuando comenzaron a llegar, la invitación era específica, “solo hombres”, ellos se observaban unos a otros como quien no sabe dónde está o por qué fue invitado; yo los notaba cansados, con incertidumbre, incómodos, con una actitud parsimoniosa y con las miradas austeras que se parece a los hijos cuando serán evaluados. Ese día llegaron fueron muchos padres, yo estaba emocionada, sus mujeres, las que están hechas para esto, cómo podrían repetirse ellos, habían sido mis cómplices, algunas estaban escondidas en lugares estratégicos y observaban desde allí el espectáculo.

-Oh, mi marido está acá, eso es una maravilla, decía Doña Rubiela.

Inicia la sesión y yo empecé sensibilizándolos sobre la necesidad de compartir más en familia, ese era mi propósito principal, luego les puse una película sobre sexualidad, yo aprovechaba para observar sus caras, estaban aterrados, los ojos los abrían como quien les está dictando biología a jóvenes de octavo grado, - parece que la sexualidad es un tema no apto para adultos.

Desde ahí, fueron muchos los encuentros, terminamos siendo una sola familia, teníamos toda clase de conversaciones, la institución hacía una labor integral, unimos lo comunitario con lo institucional [...] sé que dejé huella y el camino preparado para otra educadora, y después de un tiempo yo dije adiós a este hermoso lugar porque fui trasladada al municipio de Salgar.

El disfrute: un reto.

Mi idea que sostiene que la escuela y la familia deben trabajar de la mano no se limitaba a las prácticas básicas de la enseñanza, y digo básicas no por fáciles, sino por comunes, yo estaba convencida que los resultados en los niños eran mucho mejores cuando se trabajaba con el apoyo de sus padres y cuando la comunidad en general aportaba al quehacer de la institución.

En el nuevo lugar continué con la misma propuesta y también fue un éxito, pero ahora me preocupaba por cómo hacer que el estudiante disfrutara de lo que se hacía en el aula.

Inicié mi proceso de entrevistas para darle forma esta nueva idea:

-Luis ¿cómo te gustaría que te enseñaran?

“Con juegos profe ¡Qué bacano!”, “La clase de educación física es la única clase que disfrutamos, todos queremos más” sostiene uno de los niños.

¿Qué les faltaba a las otras clases para que gritaran y disfrutaran como en la clase de educación física?, Dinamismo quizá ¿o algunos elementos especiales en los profesores?

Con las conversaciones y el análisis de lo anterior comienzo a ingeniar una didáctica con juegos y dinámicas, de tal manera que aprendieran el concepto con algún tipo de material. Inicié con el cambio en la clase de matemáticas para acabar con la idea de eran aburridas y tediosas. El panorama cambió, mis niños ya me esperaban y me preguntaban “¿qué vamos a trabajar hoy profe?”, su participación mejoró, su dinamismo también, eran más analíticos, más reflexivos y sobre todo disfrutaban el trabajo en el aula, sus aprendizajes eran mejores, podían concluir los conceptos a través de los juegos y luego eran capaces de hablar de ello.

La investigación: una necesidad

En el año 1998 soy trasladada a la Escuela Normal Superior María Auxiliadora de Copacabana, es un colegio soñado para mí, tenía todo lo que yo había deseado, igual que en las otras instituciones realicé Escuela de Padres, para este momento ya enseñé matemáticas y lengua castellana a los padres, de tal manera que ellos puedan explicar a sus hijos.

Ahora me sentía fuerte en el trabajo cooperativo y dinámico con una didáctica variada, pero faltaba algo más, ¿cómo generar un aprendizaje que perdure, que sirva para la vida?

Ya, en el silencio y privacidad de mi casa, tomando un delicioso café frente al televisor, pienso en cómo hacer que el estudiante adquiera un conocimiento desde lo real y no desde lo abstracto, cómo generar investigación. Ese día las ideas fluyen, pero el cansancio me vence y me quedo dormida, espero recordar al día siguiente lo que la mente piensa mientras Morfeo me hace suya.

Al otro día, con mis compañeras de grado, Sor Esmeralda Caballero y María Hercilia decidimos aprovechar la metodología constructivista con el proyecto de aula que se lleva en la Normal, el cual conduce al desarrollo de una serie de estrategias donde el estudiante participa activamente de las tareas escolares superando la monotonía, la falta de comprensión del concepto. La intención de esta serie de estrategias es buscar el encuentro escolar con la vida cotidiana; dando sentido a lo que se aprende, busco establecer relación entre el conocimiento y la vida, el

proyecto propone la salida pedagógica como estrategia principal para leer el contexto desarrollando en las estudiantes habilidades investigativas.

El proyecto de aula se tituló, “Reconstruyo la historia de mi municipio”, un proyecto encantador que a las niñas y a los padres de familia les llamó la atención, las estudiantes se vincularon con entusiasmo, se organizaron equipos de trabajo con estudiantes y padres de familia, a cada familia se le dio una vereda de Copacabana para investigar en ella, desde la recuperación de la memoria cultural, su desarrollo histórico, social, educativo, económico y geográfico; las familias se organizaban para las salidas, las cuales eran regularmente los sábados. En semana la educadora con sus niñas realizaba una salida al municipio para investigar todo lo relacionado con la parte urbana, además que acompañaba a los equipos los fines de semana a las veredas.

Era un ambiente muy delicioso de aprendizaje, de disfrute y familiaridad porque se crearon vínculos de amistad entre las familias ya que los encuentros eran en sus casas para organizar las exposiciones; esta actividad permitió además la investigación, las niñas realizaban grabaciones de la memoria cultural de los abuelos y de otras personas que conocían la historia de la vereda, se realizó registro fotográfico, hacían sus apuntes de las observaciones eran casi diarios de campo, los participantes mejoraban su observación, la forma de preguntar, argumentar, se notaba que se iban desarrollando habilidades investigativas.

En el aula de clase se establece la relación interdisciplinar, se involucraron otras áreas como artística, matemática, literatura entre otras. Para mostrar la investigación realizada con las niñas y padres de familia se realizó una feria pedagógica donde se le muestra a los estudiantes de toda la institución; fue hermoso ver cómo los estudiantes en compañía con sus padres explicaban todo lo encontrado en su vereda.

En sus manifestaciones de agradecimiento aparecían frases de los padres como: “estamos felices de la actividad que se realizó, usted profesora nos tuvo en cuenta nos integramos en el aprendizaje de nuestros hijos”, “Qué delicia profe, es usted una verraca, tener tantos hombres metidos en este proyecto, nunca se había visto siempre mandamos a las mujeres y le sacamos el cuerpo a estas cosas”, “profe que rico este proyecto, esperamos que los próximos sean parecidos y que usted continúe con nosotros el próximo año”

Los estudiantes también expresaron que: “Profe pasamos rico, nos gustó estar en contacto con la naturaleza, aprendimos a relacionarnos con los abuelos, aprendimos de sus historias, también nos gustó mucho tomar fotos a los bellos paisajes de nuestro municipio. Sigamos trabajando así”

Para terminar, basta decir que es hora de trascender el aula de clase y convertir cada espacio en escenario para el aprendizaje y la investigación. Es así como surge el diálogo entre la escuela, la casa, la calle y el museo. De esta manera se recupera el diálogo de saberes y experiencias para hacer del acto pedagógico una experiencia que posibilite conocer el mundo, maravillarse de él y transformarlo. De ahí la frase: *ser maestro es una profesión que sale del corazón y va más allá de la acción pedagógica*. Sale del corazón porque es una profesión de amor y vocación y va más allá de tu acción pedagógica, quiere decir que tu acción como maestro no debe quedar en el enseñar en un aula de clase, sino que debe trascender a otros

espacios, escenarios, otras personas. Hay que humanizar la enseñanza mirando al niño desde su ser, su familia y su estado emocional como un todo.

MI HISTORIA ES TAMBIÉN LA HISTORIA DE LA ESCUELA

Adriana María Giraldo Quintero

Si la vocación es una inclinación a la profesión que tendré en un futuro, creo que la desarrollé desde muy niña. Tengo recuerdos pixelados de cuando a muy temprana edad jugaba con mis amiguitos de la cuadra a la escuelita. Yo era la profesora, era tan buena en lo que hacía que me enseñaba a mí misma ¡Y vaya sí que era buena profesora! Cuando entré a mi grado preescolar solo pasaron unos días y me promovieron al grado primero, ese fue quizá el pago a tan grande trabajo.

Estos eran los primeros pasos a lo que hoy es mi vida laboral y creo que no lo hago nada mal.

Esa actuación de ayer, esos pasos que emprendí siguieron su curso, y en el colegio, aun siendo muy pequeña, en edad y en estatura, tanto así que me decían *la chiqui*, aparece doña Consuelo, mi profesora de sociales, que más que profesora parecía como vidente, adivinaba qué queríamos y qué sentíamos sus estudiantes, yo me atrevería a asegurar que nos conocía desde siempre porque a cada uno nos daba exactamente lo que necesitábamos. A mí por lo menos, cuando terminaba con mis obligaciones académicas me dejaba sacar mi lonchera y me decía: “coma hijita que usted debe tener hambre”.

A otra niña le pregunta: ¿le duele la cabecita? recuéstese un ratito en el pupitre y nos decía “por favor, todos hagan silencio que Milenita esta enfermita” Pero yo no entendía cómo sabía ella eso. La admiraba por sus poderes especiales y me gastaba tardes enteras tratando de adivinar sus poderes. Tanta experiencia reflejada en esa cabellera a medio hombro adornada con hilos plateados que nunca quiso ocultar ni maquillar.

Pero Consuelo no estaba sola, estaba allí también Amparo, *hermana Amparo*, que aparecía dos veces por semana en mi salón de clase. Daba ética y valores y la infaltable área de religión, entraba al salón con su imponente vestido color carmelita: *Sor Amparo* ¡Qué linda! Ya me veía yo así vestida, por mucho tiempo pensé que ser monja podía ser una profesión, veía yo el cuadro enmarcado con mi foto vestida de Dios, para Dios.

La presencia de esta Sor le da sentido a mi vida escolar, desde esos momentos esas áreas se convirtieron en mi centro de atención, tenía los cuadernos muy organizados, al día, decorados, me parece que los veo, color por acá, color por allá. Ella era tan humana, aunque representara lo celestial. No sé si esto regaría la semillita de mi vocación profesional, lo que sí quiso germinar en mí fue el deseo de ser religiosa, *monja* más exactamente, que hasta terminé solicitando cupo en el internado de monjas de mi pueblo y afortunadamente fui aceptada. Por fin vivía cerca a la hermana Amparo, me sentía más cerca del cielo.

Pasó el tiempo y fue desapareciendo el deseo de ser monja, pero aún continuaba el deseo de ser profesora, ese continuaba creciendo y ya pensaba con propiedad “cuando alguien me pregunte qué es lo que quiero ser cuando sea grande, diré profesora”.

Es increíble que aún después de tanto tiempo, yo repita algunas escenas que viví en mi infancia, cuando era niña y jugaba a ser la profe y ser la alumna, cuando

la profe Consuelo, me quitaba tiempo para pensar en juegos, por dedicarme a pensar en su forma de adivinar nuestros males de niños. Hoy estoy convencida que aplico cada una de las cosas que pasaban en mi infancia. Es así como he convertido cualquier rincón de mi escuela en un espacio de aprendizaje.

**SER DOCENTE DE PRIMERO:
UN RETO GEEMPA**
Una didáctica donde todos pueden aprender

Alba Doris Pérez Zapata

Retomando un poco mi recorrido en la docencia, en el año 2008 como docente de la Institución Educativa Rural Agrícola, sede primaria Leonor Mazo Zabala, fue muy gratificante y de invaluables aprendizajes cuando participe en la capacitación de didácticas flexibles por el Ministerio de Educación Nacional, GEEMPA (Grupo de estudio, metodología, Investigación y Acción) en compañía de la docente del aula de apoyo Amparo Montoya Diez de la Escuela Normal Superior Genoveva Díaz, como una estrategia para el afianzamiento de la lectoescritura en el grado primero y con estudiantes de Necesidades Educativas Especiales.

La didáctica GEEMPPIANA, surgió en Brasil como una ONG, siendo un Grupo de Estudio sobre Educación, Metodología, Investigación y Acción; que en un principio se basó en el área de las matemáticas, enfatizando en que lo más importante es aprender a leer, escribir y comprender. Esta didáctica establece las metodologías de acción que conducen a la consecución de objetivos pedagógicos y que en este caso nos atañen, tales como: la lectura y la escritura; dándole la oportunidad al niño con necesidades educativas especiales, bajo la concepción “Que todos pueden aprender”, al igual que al estudiante del grado primero siendo menos traumático el acceso al conocimiento y el desarrollo de competencias.

La didáctica GEEMPA se orienta en la propuesta post constructivista, porque invita a ver la inteligencia como un proceso que se construye y no como un don que viene dado a cada individuo, teniendo en cuenta las teorías mentales piagetianas, en el aprendizaje sociocultural y la interacción con otros de Vigotsky, el concepto de intersubjetividad de Wallon y los aportes sobre psicogénesis de la lectura y la escritura de Emilia Ferreiro, Ana Teberosky y Sara Pain. Se vale esencialmente de la lúdica como estrategia para cautivar el interés de los estudiantes y con ello garantizar más allá de la escritura y la lectura automática o memorística, procesos de producción escrita, lectura comprensiva, pensamiento lógico matemático y convivencia pacífica.

En el 2009 empecé a aplicar la didáctica GEEMPA en el grado primero con cuarenta y cinco estudiantes, un reto como docente enseñar a leer a un grupo tan numeroso y heterogéneo, ya que venían de dos preescolares muy diferentes, la mitad del grupo no tenían bases muy bien definidas relacionadas con la motricidad fina y gruesa, no poseían normas de comportamiento en el aula de clase, como también algunos niños presentaban necesidades educativas especiales y uno en especial con déficit de atención y opositor desafiante.

Cuando empiezo a aplicar la didáctica fue un reto, una metodología nueva, un grado primero que muy poca experiencia tenía para la lectoescritura, pero de afrontar retos se trataba y se inicia con la aplicación de la clase entrevista donde por medio de diez tareas se le hace un diagnóstico al estudiante y se ubicaba en la escalera de la psicogénesis: presilábico 1 o 2, silábico, alfabético o alfabetizado, luego se aplican otras estrategias tales como: la conformación de los grupos áulicos, el contrato didáctico, el contexto semántico, glosarios y barajas, juegos básicos, el

desarrollo de la ficha didáctica, abecedario de pared, el trabajo cooperativo y la merienda pedagógica.

Toda la didáctica se desarrolla en relación al contexto semántico, que puede ser un cuento, una fábula, una historia de la localidad o un acontecimiento importante en la vida de los estudiantes, el primer contexto con el cual los alumnos tienen contacto al iniciar el año es: "Mi nombre, una melodía al oído", con los nombres de los alumnos se realizan cuartetos de barajas y se aplican algunos juegos.

Al principio fue un año muy difícil mientras se realiza el proceso de adaptación de los estudiantes y se organizan algunas pautas de comportamiento en el aula. Este grupo fue una oportunidad para ganar aprendizajes, enseñar a leer con una metodología diferente a la silábica, alfabético o global, fue un reto, un proceso de desaprender para aprender algo nuevo, enseñar con una didáctica basada en los cuentos y aprender jugando, juegos básicos que son



esenciales para arrancar el trabajo con los cuentos, los glosarios y las barajas que permiten atrapar la atención de todos los estudiantes, los motivan y los centran en el trabajo que deben realizar, ayudan a que el aprendizaje sea vivencial ya que son facilitadores en la construcción del conocimiento porque experimentan desde el juego la aprehensión del saber que se propone, los juegos básicos propuestos por GEEMPA son: Lince, memoria, mico, cuarteto, bate-bate, paciencia, levanta la palabra.

Una de las fortalezas de la didáctica es el trabajo cooperativo, donde los estudiantes realizan sus tareas en grupo y se ayudan mutuamente, para la aplicación de la didáctica se cuenta con una serie de actividades, que de la rigurosidad con se aplican es el éxito: Clase entrevista, presentación de escalera a los estudiantes, entrega de escarapelas, visualización de las escaleras por parte de los estudiantes, entrega de votos y votaciones, reseña de votaciones y elección de líderes, conformación de grupos de aula, contrato didáctico, mapa de aula, contexto semántico, glosario y barajas, juegos básicos, abecedario de pared, cuadernos, organización de grupos según la psicogénesis y la conformación de grupos de estudio de docentes.

Los padres de familia son un apoyo en este proceso, cada vez que se inicia un período se citan a reuniones donde se les da a conocer la mecánica del trabajo para que así ellos puedan fortalecer el trabajo desde el hogar.

Los docentes que implementamos la didáctica de GEEMPA conformamos el Grupo de Estudio, siendo el apoyo inmediato en la implementación, ya que favorece la comunicación, la autoformación permanente, aclaración de dudas, ampliación de criterios sobre bases teóricas del posconstructivismo, exposición de experiencias del trabajo diario que enriquecerán a todo el grupo y a la vez desarrollan la creatividad.

**“NO VINE A EXPLICAR AL MUNDO, SOLO VINE A TOCAR.
NO QUIERO JUZGAR AL HOMBRE, AL HOMBRE QUIERO CONTAR”**

Facundo Cabral.

Andrés Felipe Correa Mesa

Recuerdo que aquel diciembre fue muy especial para mí pues recibí un regalo de mi tío Sergio que me alegró mucho, era un juego en 3D de las aventuras de Indiana Jones; pero además, era también el primer regalo que me hacía mi tío; en ese diciembre también recibí un Sabelotodo, este hizo parte de los regalos, no recuerdo exactamente quién me lo dio, y fue precisamente aquel maravilloso juego el que despertó en mí una fuerte curiosidad por conocer y aprender cosas nuevas como por ejemplo: que los pescadores profesionales usaban plomo en sus anzuelos para pescar.

Creo que para aquella época debía tener unos ocho o nueve años y ya iniciaba también mis primeros acercamientos a la literatura, mi abuelo que era un acumulador compulsivo, había recolectado una biblioteca de la basura de Medellín pues años atrás había trabajado con Empresas Varias como recolector de basura durante veinticinco años, tiempo más que suficiente para hacerse una buena biblioteca y recibir su primera pensión.

Lo primero que cayó en mis manos cuando descubrí en un desván la roída biblioteca fue un tomo de una enciclopedia para jóvenes que databa, tal vez, de los años 60 del siglo pasado, este contenía un artículo biográfico sobre Thomas Alba Edison en el cual hacían una apología de la difícil niñez y juventud del inventor y empresario, el artículo traía ilustraciones, lo recuerdo con precisión, recuerdo especialmente una en la que un hombre tomaba al pequeño Thomas por las orejas desde un tren en plena marcha, detrás del cual el niño corría desesperado con sus manos llenas de periódicos, razón por la cual, al parecer, sufrió de una sordera por el resto de su vida.

De ahí en adelante leía ávidamente todo cuanto se cruzaba en mi camino, pero muy especialmente las tiras cómicas de los monos, el suplemento dominical y tiras de súper héroes que fueron grata compañía durante mis primeros años escolares. Aquellos años transcurrieron en una pequeña escuela de barrio en Manrique, allí el conjunto de maestros que la habitaban calaron en lo más hondo de los conocimientos que colmados de amor me transmitían. Recuerdo muy especialmente a la dulce *doña* Lola, a la terrible y gritona Sonia, a la afable y recia Julieta y, por supuesto, a Rogelio, que, con su aliento etílico y su voz ronca, nos enseñaba a entonar el tango Caminito.

En aquel 1987 cursando el cuarto grado, bajo la dirección del profesor Rogelio tuve una experiencia fantástica que marcó mucho mi infancia y mi acercamiento a la literatura pues llevamos al teatro la obra de don Tomás Carrasquilla “A la Diestra de Dios Padre”, en la cual tuve el honor de interpretar el papel del diablo, fue algo maravilloso, estuvimos en el teatro de Comfama la 45, luego en el Porfirio Barba Jacob, pasamos por el Pablo Tobón Uribe, e incluso ganamos algún premio que el difunto don Rodrigo, director de la escuelita, nos celebró con un sándwich y un bolígrafo dorado, el mismo que mi mamá nunca me dejó sacar de la cajita.

Al terminar 1989, y concluir con éxito mi primer año de bachillerato en un colegio de curas salesianos gracias al esfuerzo de mi madre, tuve la posibilidad de conocer el mar en San Andrés Islas, y allí estaban sus siete colores, el acuario, Johnny Cay y, sin exagerar, conocí un universo que marcaría toda mi vida. Entre las historietas, el cine y el viaje, fui construyendo un tejido narrativo que determinaría mis acercamientos a la práctica dialógica del aprendizaje. Solía ver muchas películas de diversos géneros y luego las narraba a mis amigos de barrio con lujo de detalles, lo cual me posicionó como el contador de historias. Esta habilidad comunicativa me llevó a mi primer trabajo como profesor, Nuri, una enfermera que era inquilina de una casa que mi abuelo rentaba me pagaba, doscientos pesos semanales para que enseñara una hora todos los días las operaciones básicas de matemáticas y la lectura a su hijo Fernando, que para ese entonces contaba con unos seis o siete años, ese era un desafío tenaz, pero la ilusión de verle la cara al cafetero (billete de 200\$) todos los viernes me llenaba de creatividad para afrontarlo.

Un par de años después, Fernando murió en un trágico accidente mientras volaba una cometa. Ese fatal incidente y un despuntar violento de los años noventa en Medellín con especial virulencia en las marginales comunas, hicieron necesarias para mí las prácticas discursivas y el saber se volvió para mí una herramienta efectiva, que me permitió acercarme a una sociedad que sucumbía ante polifacéticas formas de la violencia. Comencé a entender la educación como una práctica de vida en la cual todos tenemos el deber de recibir y entregar.

En 1991, justo cuando más feliz andaba haciendo travesuras, recibí una lección, los curas se cansaron de un niño demasiado inquieto y contestatario y me echaron del colegio, para terminar de decorar el pastel lo adorné con la cereza de perder el año. Por aquel entonces cursaba octavo grado, aprendí que no importaba tanto caer como la actitud que uno asume para volverse a levantar; en adelante siempre obtuve buenos resultados académicos. Repetí el grado en el Liceo Superior de Medellín y allí tuve mi segunda experiencia tratando de enseñar, para la asignatura de estética, hoy llamada artística, nos recomendaron un texto escolar que resultó ser de dibujo técnico y como era una materia de *relleno* en un colegio particular, poco ortodoxo, la profesora Gloria, que en realidad nos daba matemática, era la encargada de orientarla, la pobre estaba más perdida que pato en gallinero.

Así, con los conocimientos que traía del anterior colegio técnico fui elegido por don Néstor, dueño y rector del Liceo, para orientar la materia a cambio de una pequeña suma de dinero. Resultó un éxito. Luego de repetir el año pasé al Liceo Departamental Benjamín Herrera, allí culminé mi bachillerato y en el grado undécimo recibí otro regalo que impactaría mucho en mi forma de acercamiento al conocimiento como una herramienta vital. Ingresó al colegio un profesor nuevo de filosofía, Héctor Emilio, estaba cargado de buenas ideas, una de ellas fue la creación de un periódico escolar, con el cual tuve la oportunidad de acercarme a la gente a través de la escritura, pues logré publicar tres artículos para la primera y única edición de aquel 1995. Fue toda una aventura y una reafirmación más de mi necesidad de comunicarme a través de narrativas.

Luego de dos años aventurándome en el mundo laboral de los obreros, decidí convertirme en uno de los primeros profesionales de mi amplia familia materna, y fue así como en 1997 ingresé a cursar un pregrado en Ingeniería Química en la Universidad de Antioquia. Supongo que el joven que era en aquella época no podía

obviar una educación para la fábrica impartida durante doce años y de allí la elección en el pregrado. Ya para finales del milenio estalló en mí una crisis en torno a lo que quería para mi vida laboral y académica, y estaba bastante claro que no era ser ingeniero, renuncié sin más a la universidad. Fresita (su nombre es Albany) que por aquellos días flirteaba conmigo, sabiendo mis intenciones de abandonar los estudios definitivamente, me alentó para presentarme a historia en la Universidad Nacional, incluso me regaló el formulario de inscripción, bajo el argumento de que yo tenía la habilidad de comunicar. Ingresé al pregrado en historia de la Universidad Nacional en el segundo semestre del primer año del nuevo milenio, definitivamente me sentía más a gusto entre las letras y las narrativas que entre números y procesos.

Cursando el cuarto semestre de historia, me aventuré en un viaje de mochilero por América del sur, para ello cancelé dos semestres consecutivos, vendí mi motocicleta Yamaha 100, compré dos pasaportes, uno para mí y otro para mi compañera, amiga y amante Carolina y así sin más y con la grata compañía de Felipe, un amigo entrañable, emprendimos aquella maravillosa aventura de aprendizaje vital. Ecuador, Perú y Bolivia fueron los países que recorrimos durante dos años (gracias a un paro de la universidad que se prolongó casi nueve meses) y que nos mostraron aquellas prácticas ajenas al discurso académico pero que constituyen desde las vísceras las culturas de nuestros hermanos latinoamericanos.

Esta alucinante experiencia fue uno de los motores fundamentales en mis prácticas como educador, pues a mi regreso comencé a trabajar con talleres de tejido y literatura en una corporación. Culminé mi pregrado y nuevamente emprendí viaje al sur, esta vez visitamos (Carolina y yo) Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, Argentina y fueron otros dos años de profundo aprendizaje que sin duda influyó mi manera de ver y acercarme al mundo a través de la educación como una práctica vital de dar y recibir.

LAS ACCIONES TRASCIENDEN, DEJAN HUELLA, NO TIENEN TIEMPO, NI ESPACIO

Biviana Astrid Areiza López

“Los niños son como el cemento fresco,
cualquier cosa que caiga sobre ellos deja una huella”
Haim Ginot.

Una nueva mañana escolar acontece en la sede José María Martínez Pardo del municipio de Santa fe de Antioquia, el sol imponente rompe la oscuridad, y brinda calor a cada rincón de las inmensas aulas de clase de aquella estructura centenaria y colonial, el reloj marca las 6:50 a.m., de inmediato el silencio se interrumpe con el chillido agudo y fuerte de la reja de entrada, acto seguido de risas y pasos acelerados que compiten en quién llega primero al aula de clase.

La jornada académica da inicio para docentes y estudiantes, la posibilidad de construir presentes prometedores llega de nuevo a mis manos como cada día, el aula de clase y cualquier espacio, se convierte en una oportunidad de aprender y trascender; los estudiantes desarrollan las actividades planeadas, expresan sus inquietudes y en sus diversos ritmos, aprenden significativamente, pero, a veces, los encuentros son muy cortos. El reloj continúa su marcha, imparable marca el paso del tiempo, 8:50 a.m., expectantes los estudiantes observan y murmuran que pronto sonará la campana para salir al descanso; efectivamente se escucha su sonido, siendo opacado al instante por la expresión: “eeeeee” [...], grito unísono de todos los estudiantes al salir a los patios de recreo.

Recojo mis pertenencias y me desplazo del salón hacia la sala de profesores para coger mi lonchera y ubicarme en el sitio de vigilancia asignado, empiezo a desayunar y a dialogar con las estudiantes de tercero B que siempre se sientan cerca de mí; de repente escucho un sonido muy familiar, levanto la mirada y observo a varios estudiantes caminar en zancos artesanales elaborados en tarros de aluminio, sentí regresar a mi infancia, evoqué varios recuerdos y sonreí, continué observando sus juego, las competencias que hacían, cómo se ayudaban mutuamente entre los que dominaban los pasos en las alturas y los que no, terminé mi desayuno y no lo pensé dos veces, me acerqué y pregunté: ¿con qué maestro hicieron esta actividad?, “con Juan Carlos”, respondieron.

Entonces deduje que había sido en clase de educación física, sin dudar, compartieron la experiencia de cómo los hicieron en familia y cómo sus padres narraban ciertas anécdotas con este juego tan tradicional, detrás de mí, escucho una voz suave que me dice “profe. Biviana, yo le presto los míos”, me giro y contemplo detrás de mí, a Salomé, con sus grandes ojos expresivos extendiéndome sus zancos. “Ahhh! la profesora no es capaz, ella no sabe”, “se los va a dañar”, responde Juan David con su sonrisa y movimientos bruscos caminando en sus zancos.

Cual reto fueron sus palabras, que en un instante ya estaba sobre los zancos que con todo gusto me había prestado Salomé, solo di tres pasos porque la campana de nuevo indicaba un cambio, pensé: en el otro descanso le demuestro que sí soy capaz y que mi peso no los daña; pero realmente ese pensamiento fue

un impulso momentáneo, porque de ahí en adelante mi interés se centró en cómo un objeto tan clásico y sencillo atraía la atención de los estudiantes, el resto de la jornada me cuestioné mucho sobre cómo los docentes logramos impactar positiva o negativamente la vida de los estudiantes con las herramientas o las estrategias que utilizamos, y desde ese instante quise observar a mis compañeros y detallar cómo actividades tan elementales participan de los aprendizajes de los niños e incluso de las familias.

En los descansos empecé a notar que los estudiantes percibían cualquier objeto diferente en los pasillos (afiches, carteles, plegables, dibujos, entre otros), y que, como algo viral, llegaban muchos de ellos al mismo tiempo para observar, debatir y sonreír, notaba que la mayoría hablaba con propiedad de los contenidos y los más curiosos hacían preguntas para saciar sus inquietudes, los pasillos se convertían en centros de discusión, los patios de recreo en zonas de réplicas de acciones desarrolladas por los docentes en tiempo de clase, utilizaban los materiales que de casa traían, y después de aprender algo de estos objetos repetían lo mismo o ideaba nuevas acciones, esto me generaba satisfacción porque comprendía que todos estábamos haciendo un buen trabajo, la zona de lectura, la zona bilingüe, el tablero de mis creaciones y muchos otros espacios permanecían concurridos por los estudiantes, siendo el aprendizaje exploratorio el núcleo del recreo, cuando muchos otros prefieren sudar y correr, pero a la vez, había algo que no me dejaba disfrutar a plenitud, una serie de preocupaciones irradiaron mis pensamientos y muchos interrogantes empezaron a dar eco en mi cabeza.

¿Qué pasaría si fuese todo lo contrario?, si las herramientas y materiales que utilizamos en la enseñanza con nuestros estudiantes causaran fobias, negligencias, apatías y huellas negativas imborrables [...] automáticamente mis recuerdos se trasladan al año de 1996 en el aula de clase del grado séptimo B, en la Normal Superior Genoveva Díaz del municipio de San Jerónimo, cuando, con temor, los estudiantes rezaban para que el maestro de inglés no dijera su nombre, ya que ninguno quería ser identificado en los audios que reproducía aquella grabadora grande, negra y ruidosa, que con solo verla trastornaba nuestra concentración; ah y ni mencionar el micrófono, era el que más nos aterrorizaba, pronunciar en él era como una muerte lenta, las manos se nos humedecían por los nervios. Recuerdo su olor particular, una mezcla de óxido con café que marcaba la diferencia con los demás aromas del espacio, regreso a mi presente y comprendo la razón por la que no utilizo la grabadora ni el micrófono en las clases de inglés con mis estudiantes, es porque la huella que impactó mi vida y dejó en ella recuerdos que no quisiera repetir; estoy segura de que mi maestro de inglés pretendía otras cosas con nuestros aprendizajes, pero las circunstancias y nuestro silencio, más el silencio de los demás profesores que no se atrevían a comentarle lo que se rumoraba, perturbó las buenas intenciones de estas herramientas en la enseñanza del inglés. Sin embargo, recuerdo con respeto y admiración a mi maestro, dominaba perfectamente el idioma y me ayudó a enamorarme de este también, me gusta mucho el inglés, disfruto enseñarlo e incentivar el gusto y aunque me divierto con él, tengo la plena seguridad de que no soy capaz de utilizar ni la grabadora ni el micrófono para mis clases de inglés.

Cuántas veces, hoy en día, aún los maestros, guardamos silencio y hasta cerramos los ojos en nuestro oficio para no crear malos entendidos con nuestros

compañeros, o peor aún, negamos nuestros propios errores cuando caemos en la rutina y zona de confort al utilizar cuadernos antiguos de otros estudiantes, libros con actividades obsoletas de hace muchos años donde sus páginas amarillas y deterioradas confirman su edad, cuando repetimos planeaciones año tras año sin innovar, cuando somos indiferentes al cambio y a desaprender, cuando consideramos que ya todo lo sabemos [...] duele comprender que siempre los estudiantes se transforman y que los profesores muchas veces seguimos en los mismos paisajes teóricos.

Cabe entonces resaltar que los aprendizajes se somatizan y trascienden a espacios diferentes a la escuela, con ellos van las experiencias sensoriales, las sonrisas, las decepciones, los fracasos, las preocupaciones, los gestos, las palabras e incluso los aromas, cada docente es una historia viva que debe renacer con cada promoción escolar, estar a la vanguardia no significa desprenderse del pasado o de las tradiciones, estas pueden sostenerse, pero de una manera más llamativa y contextualizada, una vez más comprendo que la creatividad potencia talentos y aprendizajes significativos y que lo que cada maestro lleva al aula de clase tiene que soñarse, idearse, planearse, disfrutarse y evolucionar, desde la perspectiva del docente y del estudiante, para que cada paisaje escolar sea un nuevo escenario aunque conserve los mismos actores y protagonistas.

Los maestros somos la historia de vida de sueños moldeados, somos voces que resuenan, somos la mejor acuarela con que los paisajes escolares adquieren su valor [...] somos huellas de caminos que nunca serán olvidados [...]

¡Somos vida que influye en la vida eternamente!

ENSEÑEMOS ALGO DE VERDAD

Claudia Mercedes Ospina Giraldo.

La vida, el esfuerzo y la voluntad de Dios me han llevado hasta donde estoy hoy, *en la escuela*, esa escuela que se parece a la que imaginaba de niña, así como en la que estudié, repleta de niños bullosos y jóvenes rebeldes que vienen todos los días con el anhelo de aprender algo nuevo o simplemente con el ánimo de compartir con los compañeros y disfrutar de los descansos intensamente, jugando al fútbol o hablando en los pasillos. Desde hace tres años he estado en la misma escuela ubicada en una vereda de Santa Fe de Antioquia llamada *El Plan*. Es una edificación nueva, con aulas amplias y cómodas, aunque en mi lugar de trabajo tengo cuatro grupos que son de post-primaria de sexto a noveno, me corresponde por lo general un número de personal entre cuarenta y cuarentaicinco estudiantes, muchos son del campo, siguen conservando la humildad a pesar del impacto que ha tenido el internet.

Durante estos tres años he vivido cantidad de situaciones que se traducen en buenas anécdotas y experiencias de las cuales siempre se aprende. Entre tantos sucesos que se viven en la escuela, cierto día ocurrió algo con dos niñas del grado séptimo. Las niñas son Laura, que para entonces tenía trece años, era muy sociable, amable, vanidosa e inteligente, pero tenía un problema, siempre llegaba tarde a la escuela, y Yohana, completamente opuesta en su comportamiento, tímida, introvertida, trabajadora.

Las dos eran muy amigas, mantenían juntas excepto antes de entrar a clase ya que vivían en lugares diferentes, pero al salir de la jornada estudiantil se iban juntas y se demoraban en llegar a sus hogares, yo me daba cuenta porque sus padres me llamaban a preguntarme por ellas. Laura llegaba muy rara, de vez en cuando generalmente olía a cigarrillo y se portaba con una felicidad extraña, no sé si es bueno decirlo, pero parecía sin razón alguna; Yohana, por el contrario, llegaba bien, pero a medio día cambiaba su semblante y su expresión era diferente.

A veces los docentes meditamos sobre las difíciles decisiones que debemos enfrentar, dialogué con las dos, pero ninguna fue capaz de confesarme lo que estaba pasando. Suponía que ellas estaban consumiendo marihuana. Y claro, sin que me fallara mi instinto, en un acto cívico las sorprendí encerradas en el baño; se asustaron y regresaron al lugar del evento. Se sabe que los docentes no podemos requisar, por lo que no pude mirar qué era lo que tenían en los morrales. En la siguiente semana se me perdieron varios celulares que había decomisado y unas llaves. Muy diplomáticamente pregunté quién los tenía, pero obviamente nadie habló; me asombré porque a las 3:00 p.m., al darme cuenta que no estaba la bolsa en el salón de clases, las niñas se habían ido desde la 1:00 p.m., de la escuela. No había notado esto porque ese día estábamos haciendo una actividad en emprendimiento y no me percaté de estar pendiente de ellas; los demás estudiantes dijeron que las vieron entrar y hay mismo salir; con esto quise empezar a llamar a lista luego de cada recreo y dar un boleto al que vaya al baño en medio de clases. Al otro día, cuando todos llegaron dije que por favor los que habían tomado la bolsa la pusieran en algún lado de la escuela que ni los directivos ni yo íbamos a tomar represalias sobre ello. El día anterior yo llamé a los papás de dichas niñas puesto

que supuse que habían sido ellas las que se llevaron la bolsa, les expuse el caso y me respondieron de que no les habían encontrado nada cuando llegaron a la casa, pero que iban a estar alertas; también quise comentarles que lo más probable es que sus hijas estaban consumiendo droga dentro y fuera de la escuela, lo hice con el fin de que colaboraran en el proceso de ayudarlas a que no lo hicieran más. A los dos días, la bolsa apareció en mi escritorio sin saber quiénes fueron; desde ahí empecé a ponerles más cuidado y las orientaba con videos, charlas, conversatorios y debates que entre todos realizábamos. Sé que ambas estudian en Medellín actualmente.

Muchas veces nuestros estudiantes necesitan que les brindemos más atención y apoyo, pero quizá por nuestras ocupaciones externas no lo hacemos como se requiere; sin embargo, sabemos que estamos en un siglo muy difícil donde los niños y jóvenes carecen de amor y comprensión.

LO QUE SE APRENDE, CUANDO SE PRETENDE ENSEÑAR

Doris Enid González Arboleda

“La educación es un acto de amor,
por tanto, un acto de valor”
(Paulo Freire)

Inicié mi carrera docente en un prestigioso colegio privado de Apartadó. Estaba recién graduada como bachiller pedagógico. Era mi primera experiencia como docente titular de segundo grado de básica primaria, sentía la responsabilidad de lograr que mis estudiantes aprendieran los saberes básicos establecidos por el MEN para dicho grado; siempre me he caracterizado por mi alto sentido de responsabilidad y compromiso profesional. Como suele suceder en la mayoría de las aulas, mi curso contaba con unos chicos y chicas muy pilosos, pero también con otros cuantos que presentaban dificultades en su proceso académico y comportamental.

Cuán satisfecha me sentía con los excelentes resultados de aquellos que eran los *buenos* del salón. Solía escribirles notas de felicitaciones en sus cuadernos, hacían parte del cuadro de honor e izaban periódicamente la bandera entre otros privilegios. Además, yo gozaba de un especial aprecio de los padres acudientes de estos niños, sus constantes expresiones de gratitud y reconocimiento se convertían en halagos para mí.

En este mismo escenario me encontraba con aquellos que no avanzaban en su proceso académico y que presentaban reincidencia en actos de indisciplina. Su trabajo de clase era muy poco, se atrasaban con frecuencia, y se mostraban conflictivos en sus relaciones interpersonales. Se hacía necesario el llamado constante de atención con regaños y sanciones, siempre tenía al terminar la jornada una queja para sus padres; en sus cuadernos abundaban las observaciones que daban cuenta de las dificultades del día: “No trabajó en clase, actividad incompleta; No acata las normas del aula; Estas atrasado; Ojo con la escritura; No hizo la tarea”, repetía. A veces las frases eran directas, otras veces tejidas entre los discursos, había un mejor acompañamiento académico y me atrevía a pedir que les exigieran y decretaran normas de crianza en el hogar. Los padres siempre reflejaban angustia y ansiedad; cabe anotar que, en ocasiones, reaccionaban con gritos y amenazas hacia los niños. Yo, tal vez sin proponérmelo, era cómplice de la situación que diagnosticaba.

Como docente sentía que cumplía con mi deber, pues le hablaba con sinceridad a los padres, era justa en el proceso evaluativo, llevaba por escrito el seguimiento a los estudiantes e implementaba diversas estrategias pedagógicas en el aula. Además, no era distinto a lo que ocurría en el resto de los grupos de la institución educativa.

Años más tarde, Dios me premió con la bendición de ser madre y al contemplar a mi hija y celebrarle sus primeras gracias, logré ver a través de ella a todos y a cada uno de mis estudiantes. Entonces reflexioné.

Mis estudiantes, independientemente de su desempeño académico, son seres únicos y maravillosos y sin ninguna duda, son la luz de los ojos para sus padres al igual que mi hija lo es para mí, entonces conmovida hice remembranza de los momentos en que entregaba los informes a los padres de aquellos estudiantes que presentaban dificultades en su proceso y me pregunté ¿Qué impacto habré causado en ellos? ¿Qué sentimientos habré despertado en cada uno de mis estudiantes? y ¿Cuál ha de ser entonces mi rol como docente?

Ahí, en ese momento, comprendí el acto de educar desde la valoración humana, lo que me permitió resignificar mi práctica pedagógica y ver a cada estudiante no como uno más, sino como un ser único que tiene derecho a ser feliz y a encontrar su lugar en el universo, siendo precisamente, la singularidad del ser humano la que lo hace especial, con talentos y capacidades diferenciales de uno a otro, de ahí que su ritmo y disposición para el aprendizaje varíe tanto de un sujeto a otro.

Posteriormente, la vida me dio la oportunidad de prestar mis servicios en la educación pública, en la que me desempeñé como docente de la básica secundaria y allí me encontré con una y mil situaciones en las que más allá de los saberes específicos de mi asignatura, y la cotidianidad de las prácticas escolares, los jóvenes pudieron contar con una acción humanizadora que comprende la orientación oportuna, la corrección fraterna, la mediación con aquellos compañeros docentes que se aferraban a prácticas meramente academicistas y la reconceptualización de mis prácticas escolares. Recuerdo mucho que, una tarde mientras los estudiantes asistían al acto cívico de la fecha, yo acompañaba el grupo sexto C, entre las estrechas y nutridas filas, vigilante de que los estudiantes se comportan bien en el acostumbrado homenaje a los símbolos patrios; antes de escuchar y entonar los himnos, me pasee por las filas para cerciorarme de que todos estuvieran en posición firme. Desde el frente de la formación pude observar que Yey Andrés era el único joven que se encontraba en una posición inadecuada, pues este atravesaba un pie sobreponiéndolo con el otro formando una especie de T., me dirigí inmediatamente hacia él para indicarle que por favor tomara la posición correcta y no dañara el orden de la fila: *por favor jovencito, se me acomoda derecho*. Todos los compañeros voltearon a mirar, pero Yey permanecía inmóvil. Nuevamente le dije: *Quiubo pues, rapidito [...] posición firme*. Justo en ese momento sonó el himno nacional y los estudiantes se animaron a entonarlo; Yey aprovechó el instante, me miro con timidez y destrabó los pies dejando al descubierto un roto gigante en la parte delantera de sus zapatillas.

Dramas como estos nos muestran aquellas razones que se ocultan detrás de los signos, aquello que va más allá de lo que aparece a simple vista, de aquello que tal vez la cotidianidad lo ha vuelto paisaje en la cultura escolar y que solo se comprende cuando se desvela y yo como maestro me dejo interpelar por el sentimiento y permito que con cada experiencia crezca cada vez más esa sensibilidad humanizante y humanizadora como equipaje fundamental del ser docente. Así mismo permite descubrir la genuina acción pedagógica orientada a superar los paradigmas tradicionales de educación y la recontextualización del currículo, de cara a una institucionalidad más incluyente, donde cada sujeto se sienta reconocido, impulsado, motivado e inspirado desde su estima personal y que devuelva la esperanza precisamente a aquellos que la tienen más perdida.

EL PROFESOR VISTO COMO UNA AMENAZA “YA VIENE”

Edison Arley Restrepo García

Un elemento de la cultura escolar que estoy pretendiendo mostrar tiene que ver con las acciones y conductas de los estudiantes quienes cada vez que están solos en el salón de clase realizan actividades muy diferentes a las orientadas por su profesor.

Cierto día, llegó a la sede el extensionista de la Federación de Cafeteros, del municipio de Santa Fe de Antioquia, que nos visitó para organizar una actividad con la comunidad educativa alrededor del proyecto de escuela y café que se tiene en la comunidad, como yo soy el encargado del proyecto, debía atender la visita.

Aproximadamente 9:30 a.m., cuando estábamos en clase de matemáticas y los estudiantes estaban trabajando en equipo con actividades bien definidas, yo salí a atender la visita y en un momento quise volver a ver a los estudiantes y su avance, pero justo cuando me acercaba al salón, alcancé a ver a un niño que corría y decía a todos “ya viene”. Solo se sintió el ruido de las sillas, el correr de todos y las risas. Una vez llegué a la puerta del salón todos se miraban y se reían como quien sabe que ha sido sorprendido, pero que teme muy poco al castigo, los cuadernos se encontraban cerrados. Cuando yo les pregunto por qué no estaban en sus actividades, nadie responde, se miran y se ríen. En ese mismo instante, trato de volverlos a ubicar a cada grupo en sus actividades y les recuerdo la responsabilidad académica y comportamental de cada uno y aprovecho para dar a conocer las razones por las cuales yo estaba en la mesa del corredor atendiendo la persona que nos visitaba.

Nuevamente, salgo a terminar de conversar con el visitante (extensionista de la Federación Nacional de Cafeteros), pero más me demoré en salir que ellos en volver a retomar los juegos que tenían mientras algunos se asomaban por la puerta.

Terminamos de organizar lo que había pendiente, el señor se fue y yo regrese al salón queriendo que los estudiantes retomaran sus actividades. Volví a recordar los compromisos que en clases y orientaciones anteriores se habían creado para los momentos o situaciones en las cuales el profesor debe de salir de su salón por alguna razón. Mientras unos se defendían que no habían hecho nada otros se señalaban y se echaban culpas. Se abrió un espacio donde los escuché a todos y pregunté sobre por qué cada vez que estaban solos se dedicaban a cosas tan distintas a las académicas. De dicha conversación aparecen las siguientes conclusiones:

- Los niños ven al profesor como un vigilante o una persona que ejerce la autoridad tanto dentro como fuera del salón.
- Los niños, cuando no tienen la presencia de su profesor, se sienten libres y quieren hacer lo que más le gusta que es jugar. Aparece como indicador la libertad.
- La mayoría de los chicos se buscan de acuerdo a sus preferencias o afinidades de amistad y fortalecen sus lazos de amistad.

- Parece ser que estos momentos son aprovechados por aquellos que tienen algunas dificultades de disciplina o conducta ya que son los primeros en levantarse de la silla para generar peleas o acciones de las cuales sus compañeros corren a poner la queja.

CADA LOGRO COMIENZA CON LA DECISIÓN DE INTENTARLO

Gail Devers

Edith Milena Rodríguez Bedoya

El 17 de mayo de 1997 me vinculé al magisterio en El Carmen de Viboral (Oriente Antioqueño), en una Escuela Rural con la modalidad de Escuela Nueva, aprendí todo lo que más podía sobre esta modalidad y lo aplicaba lo mejor posible a las comunidades donde trabajaba. En el año 2003 me trasladaron para San Jerónimo (Occidente Antioqueño) también para una Escuela Rural con la modalidad de Escuela Nueva. Pero era San Jerónimo mi pueblo natal ¡Que alegría! ¡Que logro personal!, por fin veía la recompensa a tantos años de sacrificio en tantas veredas tan lejos de mis seres queridos.

Digo, orgullosamente, que fui profesora rural durante catorce años.

En el año 2011, después de haber terminado mi Licenciatura en Educación Básica con Énfasis en Humanidades y Lengua Castellana, me trasladaron para la Institución Educativa Escuela Normal Superior Genoveva Díaz, para el bachillerato, no sabía qué sentir, si alegría por estar en el pueblo a una cuadra de mi casa, cerca de mis hijos o miedo porque era empezar de cero en algo que no conocía, de inmediato en mí surgieron varias preguntas ¿Cómo es dar clases en bachillerato? ¿Cómo voy a trabajar con adolescentes? ¿Cómo se prepara clase? Y la más importante ¿y ahora qué hago? La verdad quería salir corriendo y devolverme a mi escolita que ya la conocía y donde ya sabía lo que debía hacer.

Al llegar a la Normal conté con personas maravillosas que hicieron que me sintiera como en casa, los coordinadores José Ignacio Araque y Oscar Olaya (QEPD), me recibieron con los brazos abiertos y me dejaron una semana sin dar clase, pero no sin hacer nada, conociendo el PEI Institucional, aprendiendo de mis compañeros, observando sus clases y el comportamiento de sus alumnos, me dejaron observar detalladamente los problemas que se presentaban día a día y la manera cómo se buscaba solución a dichos problemas.

Los siguientes días las mismas profesoras me enseñaron como se preparaba clase, como se llenaba la papelería correspondiente, pero lo más difícil para mí fue aprender a manejar el diario de campo porque nunca antes lo había diligenciado, pero hoy en mi labor creo que es la herramienta primordial para reflexionar sobre mi quehacer docente, sobre mis prácticas pedagógicas y resignificar día a día mi trabajo en el aula.

La profesora que dictaba el curso de Modelos Flexibles, aprovechó mis conocimientos en Escuela Nueva y me buscó para dar una charla a los maestros en formación; al principio entré muerta del pánico al aula de clase; creo que más asustada que un niño de preescolar en su primer día de clases, pero como era Escuela Nueva mi fuerte, luego de un par de minutos me sentía fuerte, segura y di la clase como toda una experta, fue mi primer acercamiento con jóvenes y fue allí donde entendí que si era capaz de dar clases en bachillerato, que debía prepararme bien y no llegar a improvisar.

Al siguiente año yo estaba dictando el curso de Modelos Flexibles en el programa de Formación Complementaria (porque la otra profesora se retiró), otro logro más en mi carrera docente y lo digo así porque lo que más me gusta hacer

ser profesora y ahora enseñarles a los maestros en formación un tema que para mí es pan comido porque lo aprendí y lo viví en el campo, cada que voy al aula vuelvo y recuerdo la primera vez que entre a una vereda a dar clase, la primera vez que monté en bestia, la primera vez que enseñé a leer, la primera vez que me tocó ver a la guerrilla o a los *paracos* ¡Que susto! Son cosas por las que pasan los maestros rurales, no son inventos, son reales.

Soy profesora de la Normal, pero siempre digo que soy profesora rural de corazón y así como en la vereda había que solucionar algunos problemas, aquí lo sigo haciendo y me involucro demasiado con mis estudiantes en la búsqueda de soluciones para sus problemas.

Nunca se me va a olvidar el primer año que me dieron dirección de grupo, un sexto que venía de la escuela con muchos problemas que en el transcurso del año y con la ayuda de los coordinadores, padres de familia y hasta de los mismos estudiantes, fuimos puliendo y organizando, entre los alumnos estaba el hijo de una señora digamos *enemiga* porque años atrás tuvimos un inconveniente en la calle; me llevó a coordinación porque se la iba a montar al niño y al final del año escolar me ofreció disculpas y me felicitó por mi buen trabajo con el grupo; también era la maestra de un hijo de una amiga que al terminarse el año me dijo: “Nunca me imaginé que fueras tan buenas profesora”.

Eso me cuestionó muchísimo, ¿será que cree que, porque somos amigas y tenemos varias historias de vida juntas, no puedo hacer mi trabajo bien? De ahí en adelante cambié en muchos aspectos personales. No quiero dar una imagen que no es.

En la formación complementaria me involucro mucho con las maestras en formación porque yo pasé por ahí y sé que ellas tienen muchas carencias para lograr su proyecto de vida y mientras yo les pueda ayudar lo hago. Hemos realizado varios *baby shower*, celebramos cumpleaños, asistimos a matrimonios, cenas en mi casa, caminatas, visitamos el hospital y, lo más triste, nos acompañamos en entierros

En la madrugada del día 13 de octubre de 2015, recibí la llamada de un padre de familia contándome que habían asesinado a su hija, una alumna de formación complementaria, “Profesora, discúlpeme la hora, pero le tengo una mala noticia, el novio la mató por celos, le aviso porque sé que ella la quería mucho y usted a ella, sé que ustedes tenían una relación muy cercana”.

Yo no le pude responder nada de la impresión ¡Que dolor!

Ese día me propuse no acercarme tanto a los estudiantes porque había sentido la ausencia de uno como si fuera mi propia hija. Pero la verdad no he sido capaz, han llegado otros con otras historias de vida y ahí vuelve y juega me voy enredando y les voy ayudando.

Personalmente, pienso que ser docente no es solo impartir clases o llevar conocimientos o elegir las mejores estrategias, ser docente es ayudar a buscar la mejor manera de lograr los proyectos de vida de los estudiantes.

Es muy gratificante ver estudiantes que pasan por tus manos y hoy han logrado su proyecto de vida y vuelven al colegio a recordar, a agradecer y a veces a servir como ejemplo para futuros maestros.

Hoy le digo a Dios de todo corazón: Gracias por permitirme ser docente.

EL DIABLO ENTRA A LA ESCUELA

Edwin Tello Chaverra

En el año 2009, estando en el último semestre de la Licenciatura en Biología y Química, pero teniendo a la mano un título como docente de básica primaria (Normalista Superior), decidí inscribirme en el concurso docente con este segundo. Recuerdo que, a finales de este año, se publicaron los resultados, sentía que me iría bien, sin embargo, tenía mis dudas, pues siempre había escuchado que muy poca gente lo pasaba ¡Vaya sorpresa! El resultado que obtuve fue el que esperaba, claro está, sin ser un resultado demasiado descollante, pero, lo importante en este caso era quedar incluido. Opté concursar por el departamento de Antioquia y no por el departamento del Chocó, de donde soy oriundo, porque, justamente en ese año, sin conocer las razones, el concurso no se aplicó para escoger plazas en mi tierra natal y, además, por la cercanía que tiene el departamento de Antioquia con el mío y por la cantidad de plazas que estaban ofertadas.

A mediados del año 2010 se hizo la citación para que las personas que pasamos el concurso, nos presentáramos en la ciudad de Medellín para escoger la plaza. Debo reconocer que, aunque me sentía entusiasmado porque ya pronto me insertaría en el mundo laboral, también sentía algo de intriga pues era la primera vez que me tocaba estar a punto de alejarme de mi casa y de mi familia, muy probablemente enfrentar a una cultura un tanto distinta a la mía, lo desconocido se me hacía una aventura interesante, pero a la vez algo totalmente intrigante, eran muchas cosas las que recorrían mi mente, pero, siempre con la mirada hacia el frente y, pensando en que no había marcha atrás. Cuando iba a escoger plaza, le pregunté a un muy buen amigo de toda la vida que también había pasado el concurso: Loco, ¿ya pensaste qué lugar vas a escoger? “La verdad manito, no tengo ni idea”, me respondió. Como ese día no alcanzamos a escoger plazas, fuimos citados al día siguiente. Cuando mi compañero llegó, aún yo inquieto por no tener ni idea de qué plaza escoger, pues, escasamente conocía Medellín y nunca había estado en otro municipio de Antioquia, volví a preguntarle: Manito ¿ya tenés claro cuál es la plaza que vas a escoger? A lo que él me respondió “Pues, mirá, don Antonio (ese era el nombre del señor donde él se hospedaba), me dijo que él ha tenido la oportunidad de trabajar en el Occidente, en un Municipio que se llama Buriticá, que allá es agradable y muy bueno”. Cuando él me dijo eso, casi sin titubear le propuse que qué tal si ambos escogemos plaza en ese mismo municipio. A lo que él estuvo totalmente de acuerdo: “Claro, esa es la idea, yo confío en las sugerencias de don Antonio”.

Al saber esto, debo reconocer que parte de mi intriga se redujo bastante, ya que estaría cerca de una persona que conocía de toda la vida. Cuando llegó el momento de escoger plaza, yo entré en una tanda primero que la de mi amigo y como ya estaba todo previsto y charlado, escogí una plaza en el municipio de Buriticá sin titubear siquiera un solo segundo. Cuando salí le dije: Bueno manito, ¡ya escogí! Ahora faltás vos.

Luego, él ingresó a la sala donde se hacía la selección de plazas. Pasados unos minutos, noté que él salió, pero con una expresión en el rostro un tanto

contrariado, yo no entendía muy bien, por lo que decidí preguntarle: ¿qué pasó? te noto aburrido. Y él me dijo: “Es que, si supieras [...] cuando me tocó escoger plaza, ya no había ninguna de Buriticá, tuve entonces que escoger otro municipio”.

En ese preciso momento, los temores y angustias que en un principio habían rondado mi mente volvieron a surgir de forma automática, sin embargo, él me dijo que escogió una plaza muy cercana a la del municipio donde yo había escogido [...] Por un momento pensé algo así como, bueno, por lo menos es algo. Luego de haber escogido plaza, pensé en regresar a Quibdó, pues, como la plaza fue escogida en una fecha muy cercana a las vacaciones todo me hacía pensar que podría hacer eso sin ningún inconveniente, pero yo estaba algo equivocado, pues, un señor encargado de llevar a cabo el proceso de escoger los lugares de trabajo dijo con voz fuerte: “Bueno profesores, no se diga más, sus nuevos sitios de trabajo los esperan y procuren aprovechar estos tres días para presentarse en sus instituciones”.

Se diluyó así ese deseo que tenía de regresar a mi ciudad y, como en ese momento tenía muy poco dinero para viajar, recuerdo haber llamado a mi papá a decirle que me prestara algo, que cuando me pagaran el primer mes de trabajo, de inmediato yo le devolvería cada centavo. Él, muy generoso, lo hizo así.

Pasé en Medellín aproximadamente dos días después de escoger plaza, posteriormente, pregunté a varias personas de qué manera podía viajar al municipio que había seleccionado. Me explicaron que debía ir a la terminal del Norte, que de allá salía un bus a las 6:30 a.m. El día que viajé, recuerdo el momento preciso en que me dijo alguien: “Ya estamos en Buriticá”.

Luego de eso, me bajé del bus y le pregunté a un señor si sabía dónde quedaba la Institución Adolfo Moreno Úsuga. El me miró con un tono de sorpresa, incredulidad y un tanto burlón replicando: “Ese colegio no queda aquí en Buriticá caballero, tiene que seguir en el bus una hora más hasta *Tabacal*”. Sorprendido le dije que en el papel que me dieron en la Secretaría de Educación me dijeron que el colegio quedaba aquí en Buriticá. Luego él respondió: “Y no le dijeron mentiras, es que *Tabacal* es un corregimiento que forma parte de este municipio”.

De ese modo comprendía que mi pensamiento de trabajar en el área urbana estaba errado y, luego de quedarme sentado en una panadería y tomar algo, regresé al bus para continuar mi camino. Luego de hacerlo, le dije a una chica que iba a mi lado que primer vez que estoy acá ¿podría indicarme cuando lleguemos a Tabacal? Ah y también ¿me dice el momento en que pasemos por la Institución Educativa Rural Adolfo Moreno Úsuga? Ella me dijo: “Claro, yo le indico, además, yo vivo allá y estudio en ese colegio”. Después de pasada aproximadamente una hora la chica me dijo “Mire, ese es el colegio”.

Entonces le dije al conductor que me dejara allí. Recuerdo que cerca de la entrada se encontraban algunos compañeros a los cuales saludé y luego les pregunté que dónde podía contactar al rector. Ellos me dijeron que él no se encontraba, pero podía llamarlo, lo cual hice, posteriormente, él me dijo que hablara con la secretaria. Ella me atendió y me dio un papel en el cual se constaba la fecha en que había llegado, algo así como una constancia de inicio de labores. Debo mencionar que, en principio, yo pensé que el lugar en el cual me tocaba trabajar, era precisamente ahí, en Tabacal, en la sede principal, pero, luego de que pasó un rato, una compañera llamada Yenny me preguntó: “Profe, ¿ya le informaron dónde

va a trabajar?” Yo le respondí: Bueno, imagino que es aquí, ¿no? Ella me pidió que le mostrara el papel que me habían entregado y me dijo: “No profe, no le toca aquí, le toca en una sede del colegio que queda más o menos a una hora de aquí”.

Y, efectivamente, ella me mostró la parte donde se mencionaba el nombre de la sede el cual me llevó a imaginar un lugar que quedaba muy alto, esto es porque se llamaba *La Montaña* (En realidad este no es el nombre de sede o vereda, pero, por algunas razones, prefiero reservármelo).

Yo, algo sorprendido, le pregunté a la profesora: Y ¿a cuánto tiempo de aquí está el lugar donde voy a trabajar? Ella me miró un rato y luego me dijo: “Está cerca, como a una hora de aquí”.

Una hora caminando no se me hacía algo tan exagerado, pues, siempre me ha gustado hacer deporte y ciertamente, en más de una ocasión me había tocado caminar por ese mismo tiempo, por esa razón le dije que no queda tan lejos y que creía que hasta podría irme caminando.

A lo que ella replicó: “No profe, no hay necesidad, yo ya llamé al presidente de la junta de la comunidad y él me dijo que ya le mandó un caballo”.

Me quedé como cinco segundos sin emitir palabra alguna, porque cuando ella mencionó lo del caballo me sorprendí. Yo, nunca en la vida, había subido sobre el lomo de un caballo o algún tipo de animal que se le parezca, por ese motivo le dije: ¿Es obligatorio subir en caballo? Yo preferiría caminar.

Ella me dijo de forma tajante:

“¿Cómo se le ocurre profe? De ninguna manera, ya mandaron el caballo, espere, además usted anda con algunas maletas”.

No estaba muy de acuerdo, pero finalmente accedí a hacerle caso, pues ella conocía mejor el entorno que yo. Más adelante me daría cuenta de que Yenny tenía razón, ya lo explicaré.

Ella me ofreció guardar mis maletas en su casa hasta que llegaran por mí. Después de pasada una hora y poco más, llegó un niño preguntando por el profe nuevo, entonces aproveché y me le presenté. Me quedé viendo un rato el caballo con el que llegó y era bastante grande e imponente, por ello, inicié a sentir miedo, pues, como ya lo dije antes, jamás había subido a un caballo. En un intento por evitar subirme a él, le propuse al niño: ¿Qué tal si montamos mis maletas sobre el caballo y yo me voy caminando? El niño dijo “No profe, súbase al caballo, no le hace nada, es muy manso”.

Después de unos minutos de vacilaciones y vaivenes accedí a subirme al caballo y arrancamos por el camino. Observando el paisaje y especialmente el terreno por el cual iniciamos a subir, empecé a comprender el motivo por el cual las comunidades le llamaban *La Montaña* y también entendí que, si no hubiese hecho caso a las palabras que Yenny me dijo, probablemente no hubiese llegado ni siquiera a la mitad del camino, pues era largo, y además era en ascenso la mayor parte del tiempo y si a eso le sumamos que llevaba varias maletas entonces todo hubiese empeorado. Al llegar me estaba esperando mucha gente de la comunidad, especialmente padres de familia y algunos niños, se realizó una reunión en la cual me presenté y mencioné mis expectativas.

Los primeros días en este lugar fueron complicados, pues, la tierra de la cual soy oriundo es calurosa, mientras que me encontraba con un escenario absolutamente distinto: un frío inclemente que me hacía, literalmente, temblar y el

cual sentía que me entraba por los pies de una forma demoledora. Con el tiempo pude adaptarme un poco mejor al clima, aunque algunas relaciones no fueron muy buenas con la comunidad, especialmente con el presidente de la Junta de Acción Comunal el cual le llamaré *Augustino*, en este caso. Recuerdo que, en los casi dos años que estuve en la comunidad, rara vez llegué a estar de acuerdo con don Augustino, teníamos algunas diferencias notables y, precisamente, por no llevar una buena relación, fui movido a un nuevo lugar el cual se llama *El León*.

En la vereda *El León*, estoy laborando desde el año 2012 hasta el día de hoy y en seis años trabajando en este lugar he aprendido muchas cosas nuevas, especialmente a valorar lo que la tierra nos brinda y apreciar un recurso natural tan valioso como es el suelo, pues he tenido la oportunidad, junto a los padres de familia, de llevar adelante un proyecto de huerta escolar de la cual hemos obtenido muchos productos como maíz, diferentes hortalizas como repollo, lechugas, tomates, cebollas y en este año 2018 inclusive tuvimos la dicha de tener una cosecha de papas muy abundante.

En el año 2017, muy a menudo, un caballo llamado *diablo* entraba permanentemente a la institución a comer pasto del patio y, cuando los niños lo veían entrar, casi siempre me decían: “profe, mire, se volvió a meter diablo a la escuela”.

Algunas veces yo permitía a los niños que sacaran el caballo, en otros casos solo les decía que lo dejaran allí un rato tranquilo. Un día se me ocurrió una idea y fue escribir un cuento con rimas, sobre este curioso suceso, decidí titularlo “El diablo entra a la escuela”. Después de componerlo totalmente se lo leí a los niños y casi todos le dieron muy buena aceptación. Definitivamente en este lugar he tenido la oportunidad de explorar nuevas cosas, de perfeccionar mis habilidades, inclusive en procesos de escritura y todo gracias a las buenas relaciones, por ello, estoy seguro en decir siempre que de las buenas relaciones sociales depende mucho el grado de motivación que uno pueda llegar a tener de seguir adelante entregando lo mejor de sí mismo.

Siento que aún hay mucho más por experimentar, mucho más por vivir, mucho más que vivir, ocho años en la labor docente me han dado enormes satisfacciones y unas pocas decepciones, pero, de nada me arrepiento, pues de lo malo he aprendido y con todo lo bueno me he fortalecido.

LA CONVIVENCIA ESCOLAR, UNA CONSTRUCCIÓN COLECTIVA ENTRE EL DEBER SER Y LA REALIDAD

Elda Patricia Álvarez Tobón

Hay situaciones que marcan la vida de un docente, historias que nos pasan y tenemos presentes para contarlas por el resto de la vida. Son un referente de identidad, una huella.

Llegué a trabajar en la Sede el Rincón de la Institución educativa rural Agrícola de San Jerónimo en agosto del 2014. Recuerdo muy bien el primer día, era viernes 15 de agosto y después de haber estado en una asesoría con el rector me dirigí a la sede para presentarme a la maestra Ana que estaba en provisionalidad. Mientras recorría la carretera que rodeaba la escuela escuchaba gritos y risas que iban y venían, en esos momentos evocaba aquellos descansos en la escuela de Pesquinal, mis recuerdos fueron interrumpidos por las voces de un grupo de niñas que sin pensarlo hablaban al tiempo para preguntarme si era la nueva profesora, de inmediato percibí en ellos la naturalidad de sus personalidades y la confirmé cuando salieron corriendo y gritando que había llegado la nueva profesora. La comparación natural de los dos contextos no se hizo esperar, mientras caminaba por el amplio patio de cemento era abordada por los más pequeños que salían a saludarme.

La vereda *Veliguarin* en donde está ubicada la sede el Rincón se caracteriza por la rápida transformación de su entorno cultural y natural, siendo estos los elementos que identifican a la población y los cuales se hacen visible en los comportamientos, modos de vida, problemáticas sociales y la calidad de vida de quienes integran la comunidad educativa la sede El Rincón. Es evidente el contraste de estratos socioeconómicos, las urbanizaciones y fincas de recreo proporcionan a la comunidad mejores oportunidades de empleo y esto a su vez una mejor calidad de vida para niñas y niños de la sede, una calidad que es influenciada inevitablemente por algunas problemáticas sociales entre ellas la drogadicción, la que ha empezado hacer historia en el municipio, una historia en la que la población infantil está siendo partícipe sin ni siquiera pedirles su opinión.

Mientras hacía el empalme con la maestra Ana, observaba como ella intentaba con autoridad y respeto hacer un poco de orden para poder continuar la clase. Algunos de los niños hacían caso a la profesora Ana, los otros por el contrario ponían a prueba su paciencia. En su clase tenía treintaicinco estudiantes entre cinco y catorce años, de preescolar a quinto, todos en un mismo salón. Me entregó el grupo haciendo una semblanza de cada uno de los alumnos y llegó el turno de los protagonistas de la mala convivencia en la escuela. Mientras referenciaba algunas de sus conductas y actos de indisciplina enfatizaba que la mayoría de estos alumnos eran buenos cognitivamente. Las situaciones referidas por la maestra se concretaban en conductas de rechazo al aprendizaje, trato inadecuado, conductas disruptivas y agresivas.

Escuché con detenimiento a la maestra Ana, pero no me sentía cómoda. Como maestra con pocos años de experiencia concebía de gran importancia conocer por mí misma a los estudiantes. Recuerdo que en momentos me preguntaba de dónde venía la fama de estos estudiantes, pero no me atreví a profundizar.

Ese fin de semana me concentré en planear las actividades para la semana, me interesaba desde el primer día que los estudiantes se sintieran a gusto en mis clases, planeé actividades que me permitieran conocerlos y reconocerlos desde sus diferencias, intereses y necesidades. Llegó ese lunes tan esperado, me sentí muy feliz con el recibimiento de los niños, muy atentos salieron a recibirme, se ofrecieron

a cargar mi morral y me ayudaron a abrir las puertas de los salones. Terminó la jornada y las actividades que había planeado para tenerlos ocupados se habían quedado guardadas en mi libreta, el tiempo pasó tan rápido que solo tuve tiempo para que los estudiantes me orientaran sobre el funcionamiento de la escuela, fueron tan serviciales que pasaba desapercibidas conductas y actos de indisciplina ya antes descritos por la profesora Ana.

Así comenzaba una nueva experiencia, entre situaciones que irrumpían la cotidianidad de mí vida, previsiones que no podía dejar pasar por alto, realidades que requerían pararme y pensar, pero, sobre todo, actuar.

La risa de los niños y sus juguetes daban vida a la escuela. En el aula los estudiantes se organizan en mesas de trabajo colaborativo (característica propia de la metodología Escuela Nueva) y aunque esta metodología posibilita la interacción de los estudiantes y la colaboración, en la sede el Rincón predominaban los conflictos, las burlas llegaban hasta los rincones, insultos que iban y venían pisoteando las ilusiones y sentimientos que a diario se sentaban en las medianas sillas azules de metal y plástico y de las cuales colgaban sus morrales llenos de diferentes lápices de colores que pocas veces eran usados para resolver las preguntas y actividades que les planteaban sus módulos de autoaprendizaje, pareciera ser que estos lápices habían sido programados para plasmar en pequeños trozos de papel rasgado las burlas y ofensas que volaban por el salón de clase con tal facilidad y naturalidad que ya ni eran percibidos por aquellos pocos de rostros indiferentes que trataban de concentrarse para realizar la tarea y quienes en silencio guardaban reproches e insatisfacciones.

El descanso transcurría entre juegos, conversaciones, risas, y palabras acaloradas que terminaban en peleas. Era usual que los estudiantes más grandes estuvieran en la placa deportiva o en los juegos ubicados en la parte trasera de la escuela. Los más pequeños jugaban en el patio delantero con muñecos de peluche, rompecabezas e incompletas piezas de juegos para armar. El regreso al aula después del descanso siempre estaba acompañado por rostros colorados y húmedos, miradas perdidas en la ira de los que habían perdido el partido de fútbol o habían tenido desacuerdos durante el recreo. Las quejas de los niños iban y venían, las peleas permanentes en los descansos, los insultos, las burlas y los malos tratos entre ellos se resumían en una enorme desmotivación por aprender y esta, a su vez, se hacía visible en el bajo rendimiento académico de mis estudiantes. Era evidente el deterioro de las relaciones interpersonales, manifestadas en permanentes agresiones físicas y verbales, las conflictividades eran su tarea preferida y la indisciplina la excusa perfecta para que la jornada no generara aprendizajes y conocimientos significativos para su vida.

En el cielo un día hermoso anunciaba un nuevo día de desencuentros, las dificultades de relación entre los niños eran los protagonistas y esto me hizo cuestionarme: qué tengo que proporcionarles para motivarlos a cambiar su comportamiento, cómo actuar desde el desconcierto que me producen las realidades escolares. Cuestiones que develaron la necesidad de desviar la mirada hacia lo que ocurre en el aula, en el patio de recreo, en la zona de juegos, en el comedor y en la cancha de fútbol, escenarios de múltiples relaciones y nuevas posibilidades.

Así comenzó una experiencia maravillosa en la sede el Rincón y la cual continúa haciendo historia, Gestores de Convivencia, *convivir para educarnos, amar para conocernos y reconocernos* me permitió aprovechar al máximo todas las riquezas propias de mis alumnos y a partir de ahí generar cambios significativos en el tema de la convivencia escolar. Promover el desarrollo de diversas posibilidades y alternativas pedagógicas que permitieran la prevención, atención y manejo de las conductas que afectan la sana convivencia, se concretó en diferentes actividades. En las observaciones generales de inicio de semana se elegían los gestores de convivencia escolar, a nivel general se analizan las funciones de los gestores de convivencia, responsabilidades y criterios para ser elegidos. A cada gestor se le hacía entrega de un chaleco azul y una escarapela que lo identificaba durante la semana. Los gestores de convivencia eran orientados a colaborar con la disciplina en los descansos, ubicados en lugares estratégicos para vigilar y reconocer situaciones que afecten la convivencia, a realizar actividades recreativas y formativas. Los gestores deben ser orientados a no hablar de castigo, al detectar una situación que afecte la sana convivencia los gestores deben acordar una actividad formativa y pedagógica para los que estén involucrados en la situación (ejercicios de escritura, lectura oral, lectura comprensiva, ortografía, hora de lectura a grados más pequeños, programación de una exposición sobre valores o convivencia, elaboración de carteleras, colaboración en el comedor escolar, etc.).

Los diferentes mensajes redactados en positivo permitían hacer una valoración permanente de las fortalezas y debilidades del proyecto: trato a mis compañeros por su nombre, respeto la diversidad, soy tolerante, me gusta jugar sin maltratar al otro, pido permiso para salir del salón, acepto sugerencias de mis compañeros; eran algunos de los mensajes que motivaban a los niños a tener un mejor comportamiento, estos botones eran coleccionados en sus diarios para al finalizar el año escolar ser cambiados por menciones de honor y obsequios, que eran entregados en la celebración del día de logros.

Cada día era más satisfactorio ver que niñas y niños eran más felices, más afectivos entre ellos, era usual abrazar, sonreír, saludar, decir gracias y por favor.

Un día, terminado el descanso al entrar al aula de clase, pregunté: ¿quiénes quieren ser los gestores de convivencia durante esta semana? Expliqué que por esa semana cambiaría la estrategia del proyecto, pero más que esto buscaba que los niños que aún no había sido gestores participaran; cada día reconocía en ellos su esfuerzo por cambiar, sus rostros amables querían ser reconocidos y valorados.

Para sorpresa de todos, Luis levantó la mano y me dijo: “Profe, yo quiero ser gestor”, y añadió, “¿qué es lo que tengo que hacer?”, inmediatamente lo felicité y entre todos recordamos las funciones de los gestores de convivencia. El niño que siempre hacía mala cara a todo y a todos, él que usualmente trataba con golpes y feas palabras a sus compañeros, él que cargaba obligado la amargura de su madre resentida con la vida, la que a cada instante renegaba de sus vecinos, su esposo y de haberlo tenido a él y a sus cuatro hermanos más, había decidido participar y eso me llenó de felicidad, hasta pude notar que el rostro de Luis estaba menos rígido, y hasta intentaba sonreír. Propuse entonces, trabajar un valor por mes y a ellos les pareció importante; así que, eligieron para iniciar el valor del respeto.

El ambiente cambiaba, niñas y niños también; iban creciendo sus aspiraciones y con ellos más historias que contar. Algunos con muchas para cuando

sean grandes, otros, por el contrario, se sumergían en las realidades de su entorno. Fui entendiendo que los corazones reprimidos eran fruto de los tratos injustos que poco a poco se convertían en dolor y este en un profundo resentimiento, un resentimiento que no entendían pero que estaba presente en sus vidas y los cuales eran servidos como postre de sus alimentos diarios.

El clima afectivo propicio en la sede era, y es actualmente, el vínculo que ayuda a generar aprendizajes significativos, que poco a poco ha transformado positivamente el clima institucional y el proceso de formación de los menores. La escuela se ha convertido en lugar preferido de los niños, allí estos son felices, una felicidad que se siente en cada palabra, en cada abrazo, en cada beso, en cada mirada tierna e inocente.

Actualmente, se posibilitan otros ambientes de aprendizaje como grupos de danza, teatro y canto, a través de los cuales los niñas y niños puedan fortalecer sus talentos como agentes motivadores para orientar los procesos educativos desde las necesidades e intereses de ellos mismos, en cada encuentro tienen más posibilidades de interactuar, trabajar en grupo, de disfrutar de diversas actividades en las que se sienten a gusto y en las cuales ellos son reconocidos y valorados por sus talentos y no por actos de indisciplina y malas conductas.

En nuestra escuela cambiamos los puños, las patadas, los gritos y los malos tratos por abrazos, sonrisas de igualdad, miradas de respeto, gestos de solidaridad, semillas de tolerancia y un corazón grande para amarse y amar al otro.

EL RECREO

Un encuentro con el otro y consigo mismo

Elena Ledy Martínez López

En muchas ocasiones, algunos docentes o directivos docentes, asumimos el descanso o el recreo como una pérdida de tiempo, o como un espacio que se pierde para dejar de aprender; también en ocasiones castigamos a los alumnos quitándole ese momento porque cometieron alguna falta en el aula, algunos profes logran ser más radicales y les repiten, a veces de forma agresiva, “el tiempo es oro y ustedes vienen a aprender y no a jugar.”

Y es precisamente en el juego, donde el niño tiene el encuentro con el otro, donde el niño aprende a sortear las diferentes situaciones que se le presentan día a día; el estudiante aprende a ser amigos, aprende a defenderse de algún compañero que pueda ser agresivo, aprende a jugar y a tolerar el otro; aprende a expresarse, a dejar de ser tímido, porque en el juego participa, cuenta historias, puede contar sus tristezas y da a conocer sus ausencias.

Una vez escuché en el descanso a dos niños hablando. Andrés contaba con tristeza a su amigo Felipe, “mi mamá se pone flaquita y muy flaquita ¡Será por que come muy poquito!”. Felipe pregunta “¿está enferma? Y Andrés responde “No sé, dicen que tiene cáncer” Felipe le responde “¡ay mijito! mi tío se murió de eso”. Andrés se queda ausente con una mirada hacia lo lejos, mientras se come de manera lenta un panzerotti.

El juego es la mejor forma de validar las competencias que tienen los niños, se vuelven ágiles, descubren que el otro comete errores y que los errores propios hacen que los demás se enfaden, y en esa búsqueda de reconciliación con ese otro se aprende sobre el respeto, la paciencia, la resiliencia [...]

Es la confrontación de los propios intereses y de los intereses del compañero o la compañera. Es la alegría de sentir que se es importante para alguien, también se aprende del compañero brusco, o la compañera que se cree la mamá y pega a los demás compañeros, o del niño que roba las bolitas de cristal del otro haciendo trampa, también se conoce al niño que dicen la verdad, al mentiroso, a los buenos amigos o al compañero al que se le puede confiar algo porque no lo va a contar a los demás.

Recuerdo cuando era niña le tenía terror al salir al descanso por la brusquedad de algunos niños, que lo empujan o lo hacen caer a uno, por las carreras o las zancadillas. Y es en el recreo donde aprendí que las personas bruscas no me agradan y simplemente no las confronto, porque me golpean el alma o el cuerpo, mi respuesta es evadir a estas personas.

En el recreo se reconoce si le gusta los juegos bruscos o si aleja de la brusquedad, o si el interés, solo es conversar un momento agradable con los compañeros y las compañeras. En el recreo también se aprende y se aprende hacer la fila, a respetar porque ahí está el profesor que llama la atención, si no se hace la fila; el recreo es un pequeño micromundo, donde se aprende a manejar las alegrías, las tristezas, y a sortear las dificultades o los momentos de agresividad, y también de reconciliación. Además, se permite realizar diferentes actividades dependiendo

de los gustos y preferencias de cada cual, es en el descanso donde se aprende a convivir, se reconoce las diferencias del otro y las propias limitaciones.

Es en la época actual donde el recreo o el descanso recobran un significado bastante especial, porque muchos de los niños y las niñas de nuestras escuelas llegan a las casas a estar pegados de un computador y tienen un amigo que solamente lo reconocen, porque están en Facebook, o porque está en el Whatsapp, o porque está en alguna red con la que se comunican día a día. Para muchos niños el recreo es el único encuentro con el otro, porque es el espacio donde comparten cara a cara con el compañero o la compañera. En este mundo tan individualista los colegios tendrán que hacer el recreo mucho más amplio para que el ser humano no se olvide y reconozca la humanidad en el otro, el recreo en esta época de las grandes redes de comunicación o conectividad, es el espacio más adecuado para poder confrontarse, perdonarse y compartir, con el que es el semejante, que piensa actúa en un mundo real y no en el mundo fantasioso del internet o de las redes de comunicación.

ELLOS LLEGAN Y NUNCA SON CÓMO LOS ESPERAMOS

Fanny Andrea Toro Bedoya

“Ninguna práctica pedagógica es neutral.
Todas están apoyadas en cierto modo
de concebir el proceso de aprendizaje
y el objeto de ese aprendizaje”
(Emilia Ferreiro)

Soy docente rural hace más de diecisiete años, siempre me ha gustado el arte, el buen gusto, la buena presentación, el color y el orden. Todas estas cualidades y habilidades he querido transmitirles y dejarlas como semillas en cada uno de los niños y niñas que he formado; todos ellos tienen una historia que contar sobre mí, la profesora que le enseñó a pintar, a dibujar y a llevar sus cuadernos, incluso a escribir.

Con el pasar de los años, después de poner en marcha mis métodos para enseñar, puedo comprobar que el arte es la manera más especial y efectiva para llegar al corazón de un niño, cuyas expresiones suelen ser “no soy capaz”, “no puedo”, “tengo pereza”, “no quiero trabajar”, entre otras, que son formas negativas que afectan la motivación en su quehacer estudiantil, incluso para aquellos que son considerados con necesidades o dificultades de aprendizaje.

Quiero contar la historia de Argenis y Claudia, dos hermanas estudiantes extra edad que cursaban el grado primero, quienes presentaban dificultades de aprendizaje y comunicación; estas niñas no tenían problemas de oído, de hecho escuchaban perfectamente, pero su madre nunca les enseñó a hablar, no les presentó la importancia de la oralidad, pues ellas se comunicaban a través de señas; cuando llegaron a la escuela se notaban tímidas, apartadas y negativas para trabajar en clase, trataban en su lenguaje de expresar que no eran capaces de hacer algo. Hacer parte de su aprendizaje fue una dura tarea, pero significativa, ya que por medio del dibujo y la pintura las niñas lograban comunicarse, expresar emociones, mostrar su mundo a otros estudiantes, quienes eran tan receptivos, que las apoyaban y motivaban para desarrollar el lenguaje oral. De ellas recuerdo que tenían una letra bonita, dibujaban y pintaban muy bien, lograron incluso escribir sus nombres y crear cosas para su madre.

Por otro lado, recuerdo a Michael y Juan Gabriel que iniciaron su preescolar en el año 2013. Michael era tímido, inseguro, con dificultades para hablar, inestable, expresaba en todo momento miedo para hacer las cosas y decía: “pobe, no tapas” con una voz de miedo, llanto en sus ojos y temblor en su cuerpo; en ese instante comprendía que tenía una dura tarea, porque era luchar también con la sobreprotección de la madre ante un hijo inseguro, de hecho, como Michael vivía cerca a la escuela veía siempre la oportunidad de volarse. A pesar de su miedo, pero con mi siempre insistencia, Michael logró adquirir motricidad fina y gruesa, resaltar sus trazos, definir figuras, hablar un poco más claro, superar el miedo a la escuela y por lo menos quedarse hasta terminar la jornada; Juan Gabriel por su parte, aprendió a escribir su nombre, ordenar su pensamiento y escribir sobre las líneas del cuaderno, hacer dibujos más definidos y colorear con mayor objetividad. Lo sorprendente de estos niños era que, aún con sus dificultades, siempre estaban

alegres, había satisfacción al ver el fruto de sus esfuerzos en clase representados en regalos para sus mamás.

A veces lo que esperamos no nos llega como queremos, estudiantes *bien dotados*, disciplinados, con todas sus cosas al orden del día o estudiantes avispados, con ganas de aprender, pero lo inesperado es lo que realmente nos cambia la vida, ver cada día el progreso en sus desempeños, las habilidades que van adquiriendo vez tras vez, al rasgar, cortar y pegar papel, transformar lo que para unos es basura en una obra de arte útil para sus casas, ya sea como adorno o como regalo para mamá.

El arte ha llevado a cada uno de mis estudiantes a expresar lo más profundo de sus pensamientos, en la elaboración de algo tan sencillo como un dibujo, un cuadro o cualquier otra expresión que se le hubiera invitado a hacer; con cada obra he llegado a descubrir cuáles son sus miedos, tristezas y alegrías, cuáles son sus necesidades afectivas, psicológicas, sociales y culturales, cuáles son sus metas y proyectos; he descubierto la manera de enseñarles a ser emprendedores, a ganar dinero con lo que hacen, hay ex alumnos que elaboran sus cuadros y los venden a personas que gustan de lo que hacen.

Trabajar con arte es hacer realidad lo que aprendo, lo que pienso y sueño, vivirlo, gozarlo y demostrarlo; el arte te lleva a la serenidad, la calma, a pensar los colores de tu imaginación, la forma, los detalles, medidas, objetivos y temas que quieres expresar; es plasmar sobre el papel o cualquier material la transformación de tus sentimientos reprimidos, depositar tus angustias, temores y tener la seguridad que si te lo propones lo logras.

He estado en tres sedes educativas en todo el tiempo que llevo de mi carrera, y en todas he desarrollado el arte como la forma de llevar al estudiante independientemente de sus facultades o dificultades a desarrollar su capacidad de ver más allá de la imagen, a pintar todo lo que hay en su vida interior y exterior, a aprender con placer.

Creo que no hay felicidad más grande que creer en ti mismo, romper las barreras del miedo y la inseguridad y lanzarte al lago de las oportunidades; es en este lago llamado escuela donde los estudiantes descubren quién cree en ellos, en sus capacidades y les ayuda a superar las barreras; ahí estoy yo como docente, quien los motiva a enfrentar sus dificultades, a vencer sus miedos, temores, a superar su autoestima, aislamiento, desprecio y otras cosas más que viven; es el arte la manera como pueden atacar estas dificultades, es la que conquista, la que frena, la que le pone color, forma y da sentido de la vida, su naturaleza, su esencia.

MI PRIMERA ESCUELA

Hernando de J. Toro Urrego

En el año 1985 fui nombrado para la Escuela Rural San José de Juntas de Uramita, plaza departamental, del municipio de Cañasgordas. Con el entusiasmo juvenil y provisto de un cúmulo de inquietudes sobre esta nueva etapa de la vida, emprendí rumbo a la vereda, en compañía de un padre de familia y el jefe de núcleo, Francisco Vega López.

Al llegar allí después de salir a las 10:00 a.m., y un recorrido de más de tres horas a caballo, vi un establecimiento pequeño, con un aula, que tenía los servicios sanitarios y el apartamento para el profesor en obra negra. Mientras observaba el lugar, los vecinos se fueron acercando para dar inicio a la reunión donde se presentaría al nuevo profesor. Mi prioridad en el desarrollo de la reunión, era conocer a Ofelia, una señora conocida en el casco urbano de Juntas de Uramita, por ser una líder que se mantenía pendiente de los maestros en su vereda y que inclusive hasta falla les colocaba si faltaban al trabajo. Al término de la reunión, la mayoría de los presentes se acercaban y se ponían a la orden para colaborar con la escuela. Recuerdo una señora de avanzada edad, que se presentó diciendo: “Yo soy la Nina; la maestra anterior llegó a mi casa, allí dormía y se alimentaba, si quiere le doy posada”.

En ese momento sentí que estaba empezando mal, ¿se notaba que era muy pobre? ¿Por qué nadie más me ofreció su casa? Luego y sin pensarlo, la señora Ofelia, la que tanto esperaba, se me acercó y empezó advirtiéndome: “Ojalá se amañe y no sea como los otros profesores que no han servido para nada”.

Al día siguiente día, empecé a sentir que la cosa era en serio cuando al partir el jefe de núcleo me quedé solo para iniciar la labor como maestro ante unos alumnos de diferentes edades y grados. Así los días fueron pasando y como en todo cargo, el aprendizaje era permanente a medida que se solucionaban las dificultades. Creí que solo estaría algunos meses, pues al revisar el historial encontré que los anteriores maestros duraron poco y varios de ellos ya estaban mejor ubicados; por ejemplo, la señora Liria Rosa Londoño Muñetones, que era docente en la Normal Superior, o como José Ángel David, coordinador de la Institución Educativa Pedro Antonio Elejalde, el colegio con mayor tradición en el municipio de Frontino y del que además soy egresado. En ese entonces no llegué a pensar que duraría seis años y que para poder salir tendría que renunciar al cargo en 1991, año en que presenté y pasé a un concurso para posesionarse como docente de carácter nacional en la vereda *El Pozo* del corregimiento de *Nutibara* del municipio de Frontino.

El viaje para volver a la que fue mi primera escuela, se había ideado en un encuentro después de veinte años, con una ex alumna, Maribel Higueta, con la que acordé que el regreso sería para el 23 de junio del 2012; contacté a otro ex alumno, que aún vive en la vereda, para que me ayudara y se encargara de los asuntos del desplazamiento.

El día acordado para iniciar el viaje llegó; yo esperé ansioso la llegada del emisario con las bestias y, como en aquella primera vez, la partida se inició a las 10:00 a.m., acompañado ahora de uno de mis hijos, mi esposa y don Saúl Higueta,

un padre de familia que, a pesar de vivir actualmente en el pueblo, conservaba su finca y no quiso perderse la oportunidad de reunirse en la vereda con los demás invitados.

A medida que se avanzaba por el sendero íbamos charlando, recordando momentos y anécdotas de aquellos tiempos vividos. El joven emisario Luis Eduardo me explicaba rigurosamente los acontecimientos posteriores al 91, vividos por quienes fueron mis alumnos, los padres de familia y algunos vecinos, hechos que dejaron huellas, sobre todo los relacionados con la violencia.

Al llegar a la casa acordada para el encuentro, fuimos recibidos por la familia Montoya y, después de disfrutar de un sancocho de gallina, nos desplazamos hasta la escuela. Estando allí empezaron a llegar exalumnos, algunos se reconocían fácilmente, unos cuantos ya casados y con hijos; la que más me llamó la atención fue Beatriz, que con la misma alegría que la caracteriza desde niña, llegó contando, entre otras cosas, que tenía siete hijos ¡Siete!

La escuela se veía casi la misma, las novedades eran que ya tenía luz eléctrica y que después del año 91 han prestado allí sus servicios varios egresados de la Normal Superior, Arturo Bolívar, Arley Borja y Carmen Lucía Medina, que fueron mis alumnos en su proceso de formación.

De lo que encontré en la vereda, lo más sorprendente fue ver que después de veinticinco años, la Nina, la primera señora que me ofreció ayuda, aún existía y era casi la misma: con su humildad, la forma de vestir y, sobre todo, su lucidez mental. También noté que las familias han mejorado sus casas, gracias a las ayudas del municipio; sus predios están mejor organizados, dado que ya no tienen trabajo en la finca mayor, debido a que sus dueños, por problemas de violencia, la abandonaron y los habitantes de la vereda no tuvieron más alternativa que emprender sus labores de cuenta propia.

En la noche se realizó la integración, compartimos un asado, en una casa, de paredes construidas en tapia, los pisos en tierra y por falta de muebles se tuvo que tomar prestadas las sillas de la escuela para atender a los invitados. Allí se destacó el señor Antonio Úsuga por sus comentarios: “Me alegra mucho volverlo a ver aquí junto con su esposa a quien todos recordamos cariñosamente, porque estuvo en la vereda ayudando en los procesos escolares sin estar ejerciendo la docencia”.

Uno de los ex alumnos se ubicó en el centro y expresó:

“Jamás olvidamos al profesor por su dedicación con los alumnos y el plantel, la colaboración en la Junta de Acción Comunal, el impulso en lo deportivo y la labor en las granjas caseras. Todos quedaron muy contentos con un recordatorio que recibieron de mi parte, tanto los ex alumnos como los padres de familia”.

Al otro día se emprendió el regreso y en la medida que se avanzaba salían los vecinos al camino para despedirse y hacerme entrega de algunos detalles, según ellos, porque “ningún maestro o maestra, de los que han estado en la vereda, habían vuelto”

Por mi parte quedé con la satisfacción de haber recibido el reconocimiento y con el compromiso de regresar de nuevo.

Para mí, son muchos los recuerdos de lo vivido en esta vereda que serán perennes: el intenso viento y el frío que acariciaba a esta cordillera, los hechos de violencia, que han alterado a esta comunidad, los convites que realizábamos para

arreglar caminos, los festivales para recoger fondos, las estrategias ideadas por falta de materiales educativos para hacer que los alumnos aprendieran mejor y, por último, las afujías en los fines de semana o del mes por llegar rápido al encuentro con la que luego sería mi compañera permanente.

Aparte de los recuerdos quedan los frutos de aquella siembra educativa: hombres y mujeres con valores, unos trabajando en sus parcelas y otros en la ciudad, una niña que en ese entonces era la más tímida ahora ejerce la docencia, y al primer niño que le enseñé las vocales, se ordenó como sacerdote y trabaja en un colegio de Bogotá, según él porque quiso seguir el ejemplo que le di como maestro.

MI HISTORIA ES LA DEL PROFE “MACHADO”

Hitler Murillo Mosquera

Cuando pienso en quién me inspiró a ser docente, se me cruzan diferentes historias por mi cabeza, algunas buenas, otras no tanto, pero siempre sobresale aquel profesor; el profe de matemáticas, ese profe tímido y serio, pero claro y práctico con su forma de explicar; ese me tiene hoy aquí, intentando, no replicarlo, pero intencionado a hacer también mi mejor tarea. El profesor se llama Manuel Enrique Machado, siempre antes de iniciar sus clases nos preguntaba cómo estábamos, si todo en nuestras casas andaba bien o si debíamos hablar de algo en particular, siempre iniciaba con temas diferentes a la clase y, por último, terminábamos en los contenidos reales de la clase de matemáticas.

La estrategia era buenísima, a todos nos gustaban sus clases. Con el profesor Machado como le decíamos en el colegio, aprendíamos, pero no para el momento si no para la vida, para ser mejores seres humanos.

Un día me matriculé a estudiar la Licenciatura en Matemáticas y Física para llegar a ser como ese profesor que sigue en mi memoria, ya terminada la licenciatura, en el año 2004 me vine de Quibdó, Chocó, en búsqueda de oportunidades para ejercer como docente en la ciudad de Medellín, con la grata sorpresa que me nombraron en provisionalidad en la institución educativa villa Guadalupe Manrique y cuando llegué me encontré con Machado como coordinador, ahí estaba, me saludó gratamente y me preguntó: “¿Me viene a quitar el puesto?”.

Todo lo que pasó allí fue una experiencia maravillosa, él les decía a mis demás compañeros que había sido su estudiante en bachillerato y que ahora era docente. Todo lo que aprendí de él lo replico hoy en mis clases, trato de ser lo más amable posible con mis estudiantes para que ellos en vez de cogerle fobia o temor a las matemáticas les llegue a gustar y entiendan que estas hacen parte de toda su vida.

Hace poco me enteré que, algunos de mis ex-estudiantes, están haciendo la Licenciatura en Matemáticas, me encanta saber que eso pasa y que sus logros tienen un pedacito de esa historia de un buen maestro.

UNA ESCUELA PARA CONTAR

Jaime Ocampo

Despuntaba el final del año escolar, eran normales los corre corre propios del fin de año que se presentan con el estrés típico de las fechas. Todos los profesores nos sentíamos inquietos, pero no por la terminación del año escolar y las toneladas de trabajo por hacer, sino porque en un colegio siempre en evolución, siempre cambiante como lo obliga el medio competitivo nos ponía a merced de las nuevas políticas educativas y las decisiones de los altos mandos.. todo ello nos embargaba, nos llenaba de susto y aparecía la posibilidad de ser despedidos.

Ya se sospechaba de algunos despidos, de algunos cambios aprobados por el consejo académico que pondrían en peligro la continuidad de aquellos profesores que su materia no preponderó sobre aquellas áreas del conocimiento que el nuevo modelo pedagógico. “A la final, terminan recortando las artes” decían algunos profesores de esa área, “Nosotros siempre somos las cenicientas del currículo” [...] solo por citar algunas conjeturas.

El colegio tenía la costumbre de delegar la entrega de la carga académica a los jefes de área, de manera que la carga emocional del asunto se distribuía. No recae solamente en la coordinadora académica, Sofía, que, por cierto, a pesar de su aparente mal genio y alto grado de firmeza, era una mujer muy sabia en lo pedagógico y filosófico, y aunque no era bien recibida por algunos grupos de docentes, para todos era innegable el conocimiento que nos transmitía y sus buenas intenciones de llevar a mejor puerto a la institución.

Sofía, sin embargo, se encargaba de los casos algo más complejos. Aquellos que podrían significar un cambio drástico en la cultura institucional, o en el direccionamiento educativo que en última instancia afectaría la formación de los chicos. Nadie quería que fuera ella quien te llamará para entregarte la carga académica del siguiente año, porque eso, definitivamente, significaba un cambio en tu rutina que te alejaría de tu zona de confort, o peor aún, ¡te alejaría de la institución!

Llegado el día de la entrega de la dichosa carga académica encomendé a Juancho Pipe a que fuera a la coordinación académica a recoger la asignación académica de todos los de tecnología. Juancho Pipe era entonces mi mejor amigo en el colegio. Él llevaba más tiempo que yo, e incluso fue mi jefe de área recién llegué a la institución. Ahora los roles habían cambiado, y cuando llegó con la tarea, me dijo con un tono entre burlesco y preocupado: “Jimmy, no me entregaron tu carga académica. Debes ir a donde Doña Sofía”. Sudé profusamente. ¿Cómo así? [...] ¿qué pasó pues? “No tengo idea. Nada se dijo en consejo directivo. Sin embargo, sospecho que te van a poner a cubrir otras áreas, porque, como sabes, a tecnología e informática le redujeron el número de horas” ¡Oh por Dios! [...] ¡Y ahora en que rollo me irán a meter! “Hermano, vaya de una vez. No esperes; nunca va a ser el momento oportuno”. Pues sí mi viejo. Ya voy a ver que es la cosa.

Esta vez tecnología fue la cenicienta. Desde hace rato se venía filosofando en el colegio sobre la importancia de las artes, y de cómo se ha demostrado científicamente que el estudio de las bellas artes, desde edad temprana, cultiva en el ser humano una sensibilidad que lo lleva a desarrollar una ética muy sólida en su vida adulta. Esta vez nos rebajaron horas de tecnología e informática para dárselas

a artística. Eso significaba que, como posiblemente sobraba un docente de tecnología, y yo fui el último en entrar [...] pues existía esa posibilidad de quedarme sin trabajo.

Llegué a la oficina de Doña Sofía. Hice uso de mis dotes dramáticos, mostrando fortaleza y cero indicios de algún tipo de miedo que me pusiera en una posición vulnerable. Buenos días Doña Sofía [...] ¿Me necesita para algo? “Que más Jimmy (era el apodo con que mis estudiantes me llamaban de cariño y algunos compañeros y superiores se apropiaron de él)”. Todo bien [...] Curioso por saber para que soy bueno, le respondí. “Sí, lo que pasa es que no sé si supiste que vamos a darle fuerza a la artística en la institución, y queremos que los estudiantes tomen la clase como una electiva durante la jornada, que escojan por semestre que desean aprender. A la fecha solo tenemos música y artes plásticas, pero adicionaremos teatro y danza, para que los muchachos tengan más opciones”. ¡Excelente!, dije en un tono animado para congraciarme con la jefa ¿Y ahí como entro yo? “Queremos que seas tú quien les dé Teatro a los chicos”. ¿Yo? [...] ¡Pero si apenas soy un fan del teatro, que me divierto con los estudiantes en extra-clase jugando con el tema! “Hemos visto tus productos. Creemos que lo puedes hacer muy bien. Las obras que nos han presentado se ven muy maduras, tus estudiantes muy empoderadas del tema y el trabajo audiovisual que han producido ha tenido muy buena recepción por la comunidad”. Sofía, pero es que considero que es un asunto muy serio. Respeto mucho el teatro como para atreverme a enseñarlo. Es muy distinto “jugar al director” que ponerme realmente a enseñar un arte en el cual no me he formado académicamente. “Bueno, la cosa es muy sencilla: Lo tomas o lo dejas. Y si lo deja, debe decirme de una vez, pues debo de conseguir a alguien urgente para que lo haga. Y ya veremos que haremos contigo”, dijo ella en un tono algo agresivo y amenazante.

No había mucho tiempo para pensarlo. En los colegios privados los tiempos para reaccionar a los cambios son pocos. “Sé rápido o muere”, como dice una canción de Iron Maiden. No tenía mucho tiempo para dar una respuesta de la cual estuviera 100% seguro. Doña Sofía, y si digo que no [...] ¿Qué podría pasar conmigo? “No lo sé a ciencia cierta. No te puedo garantizar tu permanencia. ¡Diga pues si se le mide o no, que hay mucho por hacer!”. Bueno, pues siendo así, yo me le mido. “Eso era lo que quería oír”, dijo ella en cierto tono burlón. “Que no te dé miedo, yo sé que eres muy capaz y además tendrás todo lo que necesites para poner en marcha la materia”. Pues gracias por la confianza. De seguro voy a necesitar al menos mucho apoyo para capacitarme. “Está bien. En estos días les explicaremos cómo va a funcionar el asunto. Por ahora piensa en que vas a trabajar la materia de sexto a once, en ambas sedes”. ¡Dios! ¡Pero eso va a colmar mi horario! ¿No voy a dar ahora clases de Tecnología? No. Dijo Sofía segura y cortante. ¡Pero si además soy el jefe de área de tecnología! [...] Y paradójicamente ¡tendría una jefe de área en artística! “Así es. Por lo menos vos te entiendes muy bien con Madelein”. Bueno [...] esto va a ser algo raro, pero confío en usted. “Tranquilo Jimmy [...] Tu eres muy creativo y profesional. Todo saldrá muy bien”.

Salí algo apurado para mi oficina, maquinando montones de cosas. Era una situación compleja. Cualquier persona puede sentirse intimidada cuando, por las necesidades de la institución, te coloquen en posiciones para las cuales probablemente no estés muy capacitado, así tus superiores digan lo contrario. Me

debatía si esto era algo realmente pensado, o lo hacían porque no tenían otra opción distinta a mí, o incluso meditaba en el *peor escenario posible* concluyendo que se trataba de una estrategia para *quemarme* como profesor y que tuvieran una excusa para salir de mí.

Esos pensamientos fatídicos, son inevitables, porque año atrás año la gente va y viene en este tipo de colegios y muchas veces los que se van no logran de verdad entender porqué se fueron, incluso habiendo sido evaluados muy bien por sus estudiantes y padres de familia. Docentes que eran entregados incondicionalmente a la institución y que parecían hasta *protegidos* por nuestros superiores, salían sin explicación razonable del colegio.

Con la cabeza saturada subí las escaleras que me conducían al departamento de tecnología, inmerso en mis pensamientos y algo estresado, ignoraba a la gente en mi camino. Ya quería hablar con Juancho Pipe al respecto. Necesitaba otra voz de aliento, porque si bien sabía que no tendría problemas en asumir el reto, cierta inseguridad infundada más por el temor a perder el trabajo, que por el ejercicio que me acababan de proponer, debía ser abolida por otras palabras, por otras energías que borrarán de mí cualquier pensamiento negativo. Hermano, la cosa es que, en resumen, me quitaron todas las horas de tecnología. “¿Cómo así Jimmy? ¿Y entonces?” Inquirió Juancho Pipe. Pues si miijo [...] ahora soy profesor de teatro. “¿Y entonces la jefatura de tecnología?”. Esa es otra paradoja: continuo como jefe del área, pero no voy a dictar una sola hora. “¡Ah!, pero eso está muy loco!”. Yo se lo dije a Sofía. Pero ella fue persistente en el asunto. De hecho, no me dio alternativa. Casi que sentí que era esto, o quedaba por fuera del colegio. “Bueno, no te sientas mal Jimmy. Creo que han valorado el trabajo que has hecho en el último año con el grupo de teatro en los extraclases. Nunca el grupo había estado tan bien y con tan buena aceptación”. Sí, pero esto es a otro nivel. Es un tema más serio. De todas maneras, ella dice que tendré todo su apoyo para lo que necesite, en términos de capacitaciones o materiales, o lo que sea. “Pues si es así, hágale hermano. ¡Claramente vos sos capaz!” Pues como sea, tocó. Toca salir de la zona de confort. “¡Ah! [...] pero más de una vez nos ha tocado tomar cosas que no esperábamos, como grupos distintos o materias como las optativas. ¡Vos no tenés problema con eso!”.

No es fácil salir de la zona de confort. Personalmente prefiero ese espacio que me da abrigo y me hace sentir seguro. Prefiero trabajar en todo aquello que conozco al 100%, en ambientes de los que nos sentimos parte y en donde estamos totalmente a gusto. Por otro lado, pensé que eso mismo que nos protege también puede causarnos daño. Acomodarse significa estancarse, no buscar nuevos estímulos, nuevos retos. Este cambio, algo impuesto por mi coordinadora académica, me llevó a ser valiente, a olvidarme del miedo a lo desconocido y salir de esa zona de confort para buscar nuevas emociones, nuevos aprendizajes.

Ella vio en mí, capacidades y competencias que personalmente no creía que tenía. Inicialmente, cuando visualizaba el futuro cercano, tomé conciencia de mis retos, miedos y, en general, mi *lado oscuro*. Sabía que me habían sacado de mi zona de confort porque las ideas de cambio me hacían sentir estrés, sentía envidia de los que no fueron perturbados con mayores cambios, de alguna manera me sentía subvalorado (ignorando que era completamente lo contrario: valoraban demasiado mi trabajo). También me puse ansioso sobre si podría lograrlo o no. Soy

muy competitivo, y mi trabajo debía de brillar por el éxito y la aceptación de todos en la comunidad académica.

Lo cierto es que el nuevo año, me trajo un montón de experiencias nuevas, alguna amargas, como en todo trabajo, pero en su mayoría inmensas: trabajar teatro con los estudiantes ha sido una de las mejores experiencias como maestro en toda mi vida. Eran las clases más divertidas que jamás había planeado y ejecutado. Me divertía con los chicos, desarrollando su creatividad, potenciando las relaciones personales de mis estudiantes, permitiendo que los estudiantes desarrollaran diferentes formas de expresión, y sobre todo, mis clases lograron fomentar la confianza en sí mismo en los estudiantes, pero también mi propia confianza.

Habermé permitido salir de mi zona de confort me ayudó a tener una vida más rica en emociones, conocimiento y perspectivas. También pude crecer y evolucionar a una mejor versión de mí mismo como maestro. Considero que esta experiencia me llevó a ser mejor persona, gané en confianza y conocí mucho más a mis estudiantes. Fueron los mejores años de mi vida profesional. Valió la pena arriesgarse. Después de eso, ya nunca más tuve miedo al cambio y a los retos de mi profesión.

Y tu [...] ¿No crees que es momento de arriesgarse?

ROMPIENDO PARADIGMAS

Jhenry de Jesús Cartagena Mejía

La paciencia, la escucha y el respeto por el otro,
nos hacen líderes en el que hacer educativo
en nuestras comunidades donde laboramos.

Como es natural, los docentes en su mayoría no somos oriundos del lugar donde laboramos, venimos desde diferentes municipios o ciudades, pero con algo en común: las ganas de ayudar a la comunidad educativa y en especial a los estudiantes que están a nuestro cargo, nos lleva a recorrer largos caminos, que en un comienzo desconocemos, pero en el transcurrir del tiempo se convierte en algo propio, esos contextos en que a diario un docente se sumerge con la intención de siempre brindar lo mejor a su comunidad educativa, sin importar las circunstancias o las dificultades que se presenten, solo en sus pensamientos esta guiar aquellos pequeños que tanto necesitan que los oriente por ese recorrido de construir su propio mundo. Es así como logré prestar mi labor como docente en una vereda del municipio de Santa Fe de Antioquia muy cercana a la zona urbana.

Llegué un 14 de agosto de 2014 en las horas de la mañana, en compañía de una docente que laboraba en este lugar. Ella, muy gentil, me invitó a pasar a su aula de clase y me ofreció una silla para que tomara asiento mientras ella hacía las labores de docente que le correspondía ese día. Yo, mientras tanto, observaba detenidamente cada uno de los chicos que hacían parte del grupo, una de las estudiantes de repente se paró del puesto, levantó su mano y solicitó a la profesora que le contara que persona los acompañaba ese día. La profesora tomó la palabra y de una manera muy cordial y amena les dijo, “lo que pasa mis queridos estudiantes es que hasta el día de hoy laboro en este lugar y a partir de mañana los acompañara su nuevo docente el señor Jhenry Cartagena Mejía que acompañara sus proceso de formación”; en ese momento el grupo quedó en completo silencio, pero en sus rostros reflejaban preocupación, otros quizás curiosidad, tristeza o alegría, en realidad, se sentía en el ambiente muchos sentimientos encontrados y más que nadie yo los comprendía, es difícil para ellos estar cambiando de profesores, el adaptarse de nuevo toma tiempo y más cuando se sabe que cada docente orienta sus clases de manera diferente. La profesora después de estas palabras continúa con sus actividades laborales durante todo el día. Ya en horas de la tarde se había convocado a los padres, madres y acudientes de los estudiantes a reunión para presentar el nuevo docente, cuando llego ese momento aquella profesora toma la palabra da la bienvenida a los presentes y explica el porqué de la reunión para luego darme la palabra para que me dirija a ellos.

Como es costumbre en mis presentaciones, doy mi nombre completo, de qué localidad vengo, qué expectativas traigo para con mi estudiante especialmente y la comunidad educativa en general, luego doy la palabra a los presentes para que den sus aportes sobre qué esperan de mí durante el tiempo que permanezca en el lugar prestando mi servicio. Para mi sorpresa, los asistentes toman la palabra y unánimemente preguntan “¿Por qué no se nos informó con tiempo que la profesora

no laboraba más en este lugar para gestionar y no recibir en esta comunidad a este docente, no lo queremos acá?” Formándose un desorden y algarabía, empezaron a retirarse del recinto donde escuchaba algunas expresiones como: “mañana hablamos con el jefe de núcleo del municipio y secretario de educación”; “No lo aceptaremos en nuestra comunidad”; “Acá solo trabajan mujeres, no queremos hombres”; “Da la impresión de que es grosero”.

Yo en ese momento me sentía supremamente mal, confundido, desilusionado y lo único que hacía era mirar para todos lados y esperar con calma que tomaran conciencia que los funcionarios públicos somos pasajeros y en cualquier momento nos trasladan de un lugar a otro. Pero todo no quedó allí, Al día siguiente cuando terminé mi jornada, *grata sorpresa* me llevé cuando todos los estudiantes tomaron sus morrales y se fueron para sus casas, el salón de clase y sus otras dependencias de la escuela quedaron sucias y nadie ayudaba a limpiarlas ni a ordenar las cosas para tener un lugar digno de trabajo. Si algo he considerado importante como docente es trabajar en un ambiente, aseado, agradable y hermoso, esto posibilita que el estudiante se sienta feliz en su escuela, en ese segundo hogar donde permanece mucha parte de su tiempo.

Entonces me di la tarea de organizar grupos de aseo con los estudiantes para el próximo día y así sucesivamente durante la semana. Al otro día, al comienzo de las labores, socialicé la lista de aseo, cuando dos primitos levantaron la mano diciendo: “a nosotros no nos ponen a hacer aseo, porque la profesora nos tenía mucha paciencia y no lo vamos a realizar”. Y fue así que cuando terminó la jornada escolar se retiraron para sus hogares y no colaboraron con esta actividad, yo al ver esta situación, teniendo también presente que la escuela rural nunca tienen personal de aseo y siempre le corresponde hacerlo a los niños o los padres de familia, mandé llamar a un acudiente para dialogar con ella, pero fue más la impresión que me llevé cuando le entregaron la citación, la señora como vivía cerca de la escuela, de inmediato vino, en ese momento yo me encontraba barriendo un patio que está frente a la entrada, cuando de un momento a otro me comenzó a decir una serie de palabras soeces que nunca en mi vida las había escuchado de una madre de familia, siempre había conocido el respeto hacia el profesor. Yo permanecía callado hasta que se retiró del lugar, transcurrido un tiempo, no sabría decir cuánto, realmente sentí rabia, ganas de renunciar a mi labor, desanimado totalmente, pero, me acordé de unas palabras que una vez me dijo un amigo, “esto también pasará” y me dio fuerzas para continuar en mi labor, así que decidí buscar estrategias de trabajo para involucrar a las familias de esta localidad en el proceso integral en la educación de sus hijos.

Dos semanas después convoqué a reunión extraordinaria a toda la comunidad educativa para conformar la escuela familiar y un grupo interdisciplinario del municipio (psicólogo, coordinadora, pedagoga, docente de aula de apoyo, trabajadora social) y emprendimos nuestro trabajo con estudiantes y padres de familia cada quince días una hora, los miércoles por la tarde, con temas que ayudaran a vivir mejor y trabajar en equipo.

Pasadas tres capacitaciones esta madre de familia, que me agredió verbalmente, se me acercó pidiendo disculpas por todo lo que me había dicho y que estaba dispuesta a colaborar con todo lo que estuviera a su alcance, especialmente con los compromisos educativos. También se mejoraron las relaciones de todos los

padres y madres de familia. Quedó claro que haciendo un trabajo en equipo y en beneficio de una comunidad que lo necesita, se puede cambiar algunas maneras de vivir mejor, siempre aceptando al otro con sus diferencias.

CAMINOS INDECISOS

De la oscuridad a la luz

Jorge Isaac Yáñez De la Ossa

En una escuela rural del municipio de Santa Fe de Antioquia, donde la fauna, la flora, la pobreza y las necesidades, abundan, viven cuatro jóvenes muy inteligentes: Andrés, Albeiro, Brayan y Jorge; los cuales poseen un gran potencial para el estudio. Aunque la sede educativa queda muy retirada de sus casas, estos chicos son los primeros en llegar todos los días, se interesan por presentar sus trabajos y por participar, son ambiciosos, quieren continuar sus estudios, pero sin dejar de lado su comunidad, ocupan siempre su tiempo libre leyendo o practicando algún deporte a pesar de la problemática a la que llegaron y lograron superar afortunadamente.

Voy a narrar un problema al cual pude acceder gracias al tiempo que dedico a hablar con los estudiantes en los descansos o en alguna actividad que les pongo y por la que ellos demuestran apatía o pereza. Me preocupó que al inicio del año estos chicos se mostraran sociables, activos e inquietos y de pronto empezaron a ser retraídos y a mostrar cierta desidia para participar en clase y para aceptar algunas chanzas de sus compañeros o para desarrollar algunas actividades.

Recordé que en otro lugar algunos estudiantes empezaron así y al dedicarles un poco de tiempo descubrí unos problemas de violencia intrafamiliar que estaba perturbando, por cierto, no solo a los estudiantes sino a toda su familia, y gracias a mi intervención pudimos solicitar ayuda profesional para todos.

Continúo, entonces, la historia de éstos cuatro jóvenes que tienen un problema en común, el consumo de sustancias alucinógenas el cual inició, según ellos, por la curiosidad, por querer experimentar situaciones nuevas, consumían de vez en cuando para satisfacer sus ansias de conocer diferentes sensaciones producidas por las drogas.

Cuando Albeiro fumó por primera vez, esperaba tener una sensación o efecto diferente al que experimentó en ese instante, expresa que se sintió perdido y volando en las nubes, olvidándose por completo de la vida real. Por otra parte, Brayan y Jorge, en su primera experiencia, sintieron que su mundo se fue tornando de colores, adoptando una forma imaginaria parecida a la de las caricaturas. Andrés comenta que su primera experiencia fue buena, ya que no sintió mayor efecto que el sentirse relajado, sin embargo, con el transcurso del tiempo, estos jóvenes se dieron cuenta que estas sustancias destruían paulatinamente todo su cuerpo, su vista, sus neuronas; además de destruir su imagen ante la familia y la sociedad, perdiendo su personalidad e inteligencia y despreocupándose por sus metas y proyectos de vida.

Los jóvenes manifestaron que fumar es bueno al principio puesto que se experimentan sensaciones diferentes a las reales, pero luego las drogas llevan a una esclavitud de por vida, convirtiéndolos en personas desconocidas para ellos mismos, por ello, hicieron un compromiso entre amigos para dejar de seguir con este consumo, con esfuerzo y sacrificio. Estos jóvenes reflexionan y deciden alejarse de este mundo irreal que los aísla y perjudica y se dedican a construir una realidad en la que pueden alcanzar sus metas y hacer realidad sus sueños.

También decidieron ayudar a otros compañeros para que salgan del vicio y a los más pequeños les hablan de valores como el respeto por ellos mismos, la confianza en sus padres y lo más importante no creer en los falsos amigos que los inducen a hacer cosas indebidas como el robo, la droga, entre otros.

EL RECONOCIMIENTO DEL OTRO

José Bernardo Loaiza Gómez

“Este es uno de los grupos más indisciplinados ¡Y no se le ha parado ninguno del puesto! ¿Cómo hace?” Me pregunta la profesora Claudia. Estoy hablando del grado séptimo. En todas mis clases exijo siempre el respeto y la actitud de escucha al que habla. Sea quien sea. Reitero que el silencio, la disciplina y la concentración son hoy más indispensables que nunca para poder construir conocimiento ante tantos distractores, ante tantos ruidos externos e internos, ante tantos ruidos distractores. Cuando estoy hablando y sorprendo dos compañeros hablando les llamo la atención diciéndoles que yo me voy a callar y que les pido disculpas porque están muy concentrados en otro cuento y los estoy interrumpiendo. El otro siempre es importante y debemos aprender a escuchar al otro más para comprenderlo que para contestarle.

La profesora Claudia es una docente de ciencias naturales de la que no sé mucho porque apenas llegó este año al colegio y, además, porque uno tiene que ganarse primero la confianza y el afecto de otra persona para que, de pronto, le pueda contar algo de su vida personal.

La Institución Educativa San Luis Gonzaga está ubicada en el bello municipio de Santa fe de Antioquia, en el Occidente del Departamento de Antioquia, conocido según la historia como la cuna de la raza, la ciudad madre del departamento, la capital de Antioquia en algún momento. De gentes festivas y tradicionales, debe ser por sus vetustas construcciones y sus calles empedradas; debe ser que el influjo de la colonia y sus culturas todavía hacen peso en la conciencia de sus habitantes.

Este municipio crece cada día con nuevas construcciones y más habitantes. Creo que en los últimos veinte años ha crecido más que en sus cuatrocientos setenta y siete años de historia. Yo no sé dónde vive la profesora Claudia, pero lo que observo es que es una señora de un poco más de cincuenta años, sola, y que su familia está en el Tolima de donde es oriunda. Eso lo sé porque lo dijo el día que se presentó. Es una buena profesora, alta y robusta, de ojos claros, su corte de cabello hasta el cuello encanecido por las glorias vividas y las experiencias aprendidas, su rostro rosado y sus pómulos rojos como quien vive en tierra fría hacen pensar que ahora se remarcan más por las altas temperaturas de esta tierra cálida de Santa fe de Antioquia y por su morral tan pesado que pareciera un soldado profesional, debe ser por la artillería del conocimiento con que bombardea a los estudiantes y los múltiples talleres que califica en su casa después de las cálidas jornadas en el colegio. En su forma de ser, y al tratarla, lee uno en su mirada y en sus palabras una mujer sencilla, tierna, buena compañera, con muchas energías, con más deseos de aprender que cualquier otra cosa y con sinceras ganas de superación.

Así la veo yo, así la comprendo yo, así la quiero yo; pero me da coraje con muchos estudiantes que no la respetan, que no le obedecen, que se burlan a escondidas y por sus anchas espaldas, por su estatura y la forma de su rostro, la comparan con Sr. Trunchbull, la directora de la película de Matilda, Pepa y Copito de Nieve, no sé si por sus canas o por su estatura. Yo le digo a los estudiantes que no es justo que a los profesores de corazón grande y sencillez se la monten y terminen por respetar a los más exigentes, regañones, con cara de serios, como yo;

a los que los estudiantes se refieren con palabras soeces o de grueso calibre o con otros términos despectivos.

Esta particular profesora tiene serios problemas con el manejo de los grupos y, en estos momentos, noviembre de 2018, tiene grupos en los que ya no es capaz de dar clase. Aunque la rectora, coordinadoras, docentes, representantes de grupo le han ayudado para mejorar en este aspecto, pareciera que todo ha sido un intento fallido.

Es que eso de *tener manejo de grupo* es una cosa rara. Los estudiantes no se comportan con los maestros de la misma forma y aunque los docentes implementen las mismas estrategias a la hora de dar la clase, eso del manejo de grupo sigue siendo una cosa muy particular. Yo la llamo rara. A mí con eso del manejo de los grupos, en general, me va bien, sin desconocer que ha habido circunstancias en las que he querido salir corriendo, en las que me he estresado mucho, en las que he querido tirar la toalla. Si yo pudiera inyectarle a la profesora algo de eso de *manejo de grupo* le daría todo para que no sufriera tanto con estos adolescentes del colegio tan difíciles en los tiempos actuales y con tantas particularidades, porque ella de eso sí carece mucho y yo, como el mismo Jesús, siento compasión.

Eso del manejo de grupo no se enseña, ni se aprende. Funciona conmigo así y con otro asá. Lo determina a uno como tal. Creo que de no tenerlo es mejor repensar su profesión docente y, honestamente, desde el proyecto de vida, descubrir en realidad para qué soy bueno, porque intentar persistir es vivir sin paz interior y con problemas con todo el mundo.

Hoy es primero de noviembre de 2018, día de todos los Santos, para el catolicismo, es decir, según mi interpretación, el día de todos los muertos que son santos y mañana, 2 de noviembre, es el día de todos difuntos que algún día llegarán a ser santos, yo no sé si todos. La profesora Claudia estuvo el pasado martes 30 de octubre observando mi clase con este grado séptimo 4, con fama de indisciplinado, del que ella era directora de grupo y que ahora no les da ni la clase porque la han hecho hasta llorar.

La verdad es que ella se quedó aterrada porque cuando los estudiantes ingresaron al salón, estaban hablando mucho, algunos no se habían ubicado todavía en su puesto, pero apenas saludé que ni escucharon, pero apenas volví a saludarles en un tono más fuertecito, todos se ubicaron en sus puestos y no faltó quién se hiciera llamar por su nombre. Llamé a lista, les dije lo que íbamos a hacer en la clase, les proyecté el texto para copiarlo en el cuaderno junto con la actividad que deberían comenzar a desarrollar de manera individual, y sin hacer visitas a sus compañeros, esto es, sin pararse del puesto a buscar a sus compinches.

Mientras los estudiantes trabajaban en clase, comencé a pasearme por el salón y por cada uno de sus puestos para verificar que sí estuvieran aprovechando el tiempo o para recordarles que era hora de aprovecharlo. La profesora Claudia observaba y anotaba en un cuaderno. No sé qué escribiría, pero puedo dar fe que escribió más que los estudiantes. En un momento me llamó y me dijo: “tan bueno, profe, como le trabajan y como están de juiciosos. Si fuera yo (y comenzó a decir nombres) Yeison, Samuel, Juan, Ximena [...] no me habrían parado bolas, estarían saboteando la clase, caminando por el salón y sordos a cualquier llamado de atención mía”. Más me dolió cuando al mirarla sorprendí sus claros ojos nadando

en un mar de lágrimas. No supe qué decir, solo la abracé. Menos mal en esos momentos suena el timbre. Algunos estudiantes preguntan que si hay que dejar el cuaderno. Respondo que no. Los estudiantes salen. Termina la clase.

LEER Y ESCRIBIR EN LA ESCUELA

Un viaje, una experiencia mágica,
una motivación, una vida para ser narrada

José Fernando Delgado Osorio

“De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación”
(Jorge Luis Borges)

Desde que decidí ser docente he considerado que no hay mejor forma de pensar el acto de enseñar que hacerlo con el corazón, con la convicción de que cada forma, cada estrategia es precisamente con la que yo hubiera deseado aprender. Y es que cuando jugamos a ser docentes y estudiantes a la vez comprendemos cuán importante es hacer del aprendizaje un momento para vibrar en armonía con la vida.

Son trece años en los que he visto, metafóricamente hablando, cuando de enseñar a leer y a escribir se trata, la ansiedad y a la apatía correr desesperadas por los pasillos de los Centros Educativos en los que he trabajado. Las he visto ir de allí para allá disfrazadas de niño, de niña, con la preocupación de no saber leer ni escribir. Porque leer y escribir se ha convertido para ellos no una experiencia de aprendizaje, sino una prueba convencional que cumplir en la escuela. Se ha consolidado en una leyenda, si pudiéramos llamarla así, con una trama poco alentadora. Encontrar en ellas otra mirada, otra forma, otra intención ha sido la motivación que me ha llevado a ser hoy un docente que ama lo que hace y que está convencido que a la educación hay que devolverle lo humano, lo sensible, la capacidad de transformar vidas, de tocar el alma y de mostrar caminos.

Pareciera que tener grado primero fuera una hazaña, un reto, una misión a la cual muchas veces los docentes le huimos tal vez poseídos por la misma incertidumbre y ansiedad de la que antes les hablaba. Tuve la alegría de llegar por primera vez al Centro Educativo Rural Rafael J. Mejía en el año de 2006, por situaciones del destino me fue encomendada la misión de ser el docente acompañante de los grados primero y segundo y vaya que fue una experiencia interesante. Me encontré con los rostros alegres, radiantes de quince niños en grado primero y dieciséis en segundo. Ellos en su niñez y yo, a los dieciocho años con una maleta llena de sueños y expectativas, deseaba que fuera una experiencia positiva para todos. Mi mirada retrataba la escena y los interrogantes no dejaban de aparecer. Encontré tres niños que marcaban la diferencia en el grado primero, con diez y once años, niños para los cuales leer y escribir se había convertido en un reto diferente que aún no había sido superado. Sus expresiones “es difícil, yo no sé, soy como mi mamá que casi no aprende, qué pereza eso, mejor es matemáticas, vamos a jugar mejor profe” confirmaban que iba a hacer la mejor de las misiones.

Laura, Carlos Mario y Sebastián se encargaron de trazarme la ruta para que desde entonces leer y escribir fuera una maravillosa aventura. Laura, con su mirada

tierna, dulce y soñadora, Carlos, un niño desmotivado, escéptico frente a la importancia de la lectura y la escritura y Sebastián, un niño afectado por las lecciones de la vida, un poco alejado de los brazos de mamá, eran ya una amalgama de sentimientos e historias, toda una novela. Para ello también tuve la mejor de las aliadas, una profesora de piel morena, de baja estatura, llamada Nasly, extrovertida, chistosa, alegre, exigente pero también muy amorosa, con carisma y habilidad para cantar y bailar. Ellos fueron mi primera escuela, de quienes recibí los mejores aprendizajes.

De la profesora Nasly aprendí que cantar y bailar eran los verbos protagonistas en el aula de clase. Juntos creamos un taller para el aprendizaje de la lectura y la escritura; pasábamos buena parte de la clase aprendiendo por medio de cantos, rondas y juegos dirigidos. Convertíamos nuestras clases en un festival. Sin pensarlo, las clases se habían convertido en un espacio diferente, poco a poco los estudiantes empezaban a dar muestras de avance en la adquisición del código escrito y lo habían logrado de forma viva y experiencial, en medio de sus aspiraciones, dificultades, alegrías y angustias. No obstante, la tarea continuaba y no había sido finalizada. En las tardes, después de terminar clases, me encontraba con los estudiantes para leer y escribir. Escribíamos sobre momentos del día y luego confrontábamos y revisábamos la escritura. ¿Qué quise escribir? ¿Lo puedo leer? ¿Le faltan o le sobran letras? El esfuerzo y la motivación adicional pronto dieron su fruto y al finalizar el año los estudiantes del grado primero, entre ellos, estos tres chicos sabían leer.

Para ese año mi experiencia pedagógica había sido fortalecida pero no terminada. En la compañía de mis estudiantes y de la profe Nasly, como solía llamarle en los pasillos del Centro Educativo, había comprendido que la misión del docente es también la de disfrutar la vida de la escuela, hacer de ella un carnaval y esa era la clave que me llevaría de ahí en adelante. Con estos chicos continué en el proceso dos años más, logré ver su avance y su actitud positiva para las clases de lenguaje.

En el año 2009 fui trasladado al Centro Educativo Rural El Altico, allí traje conmigo mi experiencia y el deseo de continuar tocando la vida de mis estudiantes. Así fue como al llegar nuevamente recibí los grados de preescolar, primero y segundo. En suma, treinta y dos estudiantes alegres, chistosos, quienes me sonreían y demostraban agrado de verme. Su recibimiento auguraba un nuevo camino hacia el aprendizaje. Después de varias clases identifiqué en el grado primero, en especial, dificultades para avanzar en el aprendizaje de la lectura y la escritura. Recordé mis estudiantes y la experiencia de los años anteriores y decidí nuevamente llevar al aula, la risa, el canto, el juego, las rondas para aprender y de nuevo los resultados positivos aparecían devolviéndoles a los chicos la confianza en sí mismos y el amor hacia el conocimiento.

Sin embargo, es claro que los contextos, los estudiantes, sus historias, sus motivaciones y sus temores los hacen únicos y especiales. Decidí entonces de ahí en adelante vincular elementos y escenarios nuevos a mi práctica del aula. Esto la haría interesante, diferente y transformadora. Fue así entonces como conformé con ellos un semillero de lectores.

Allí me permití pensar en un espacio diferente. Cuando finalizábamos la clase los niños rápidamente sacaban de sus maletines su almuerzo, unos en coca

(portacomidas), otros en hoja, en fin, era un espacio para los ricos olores y sabores de la comida del campo. Mientras los niños almorzaban, yo, en tanto, tomaba un texto que leía entre ellos. A partir de este vivíamos una experiencia que yo llamaba almuerzo literario. Con la lectura activaba sus conocimientos; realizaba preguntas antes, durante y después de la lectura. Hasta aquí algo era claro, leer divertía, nos hacía familia, nos transportaba a lugares interesantes. Cuando terminábamos el almuerzo regresábamos al aula. Llevé a mi clase un tapete, cojines de colores, algunos estudiantes llevaron peluches, allí nos quitábamos los zapatos, nos poníamos cómodos y yo iniciaba una nueva historia. Todo era un diálogo, hacíamos preguntas al texto, realizábamos inferencias, buscábamos ubicar el espacio, el tiempo, caracterizar a los personajes, algunos a veces dormían, se relajaban, descansaban y luego preguntaban qué había pasado en la historia. Cuando finalizaba la narración siempre hacíamos una actividad lúdica para cerrar la lectura. Entre las actividades, títeres, dibujos, personajes en plastilina, cartas al personaje, nuevos finales de forma oral. En fin, eran estrategias que atraían a los niños. No eran tareas, porque leer no puede ser una tarea. Debe ser un acto de amor por el conocimiento y esa era mi apuesta. Los niños y niñas allí comprendieron que leer era aprender jugando, comiendo, estando en familia en un espacio de aprendizaje flexible, libre, pero de mucho conocimiento. Comprendí que había valido la pena porque estar en el Semillero se convirtió para muchos en una necesidad. Era un espacio que solicitaban y que no querían perderse.

Año tras año intento vincular elementos diferentes a mi clase siempre pensando en que leer y escribir deben ser habilidades a quienes se les debe regresar el protagonismo y el sentido placentero que se merecen. Por eso al año siguiente, con ellos un poco más grandes acordamos leer textos más extensos, algunos hasta los compramos con dinero que recolectamos haciendo cine en el aula y vendiendo crispetas. Con los más chicos nos leímos libros de Max Velthuis, las historias de pato, cerdo, sapo nos llenaron de risas. Eran aventuras que nos divertían. Con los estudiantes más grandes leímos textos como Padres ajenos, de Julia Mercedes Castilla, El lugar más bonito del mundo de Ann Cameron. Estos textos eran llamativos para ellos y de alguna manera reflejaban situaciones familiares que algunos estaban viviendo. Sus problemas familiares, la vida lejos de sus padres, en fin, una manera de leer sus realidades, pero con una salida, pensar en el amor de las personas que nos aman siempre era el aliciente para seguir y soñar con un mundo cada vez mejor. Nuevamente fueron lecturas para dialogar, reflexionar, aprender y entregarse al hábito de leer. Leíamos algunos apartes en el espacio llamado la hora de la lectura. Otras veces, asignábamos algunas páginas para leer en casa y socializar al día siguiente en el aula.

Las experiencias y mi mensaje de amar la lectura y la escritura como medios para conocer y aprender han continuado año tras año. En ellas he vinculado la familia, las nuevas tecnologías, el apoyo de otras instituciones como la biblioteca pública municipal. La participación en la Feria del libro 2017. En fin, podría decir que para ser maestro debemos tener un poco de locos, algo de arriesgados y mucho de soñadores. Y aquí voy paso a paso, haciendo camino; otras veces abriéndolo, pensando en que cada vez puedo hacerlo mejor, puedo encontrar una estrategia para que mis estudiantes sean felices y creen un mundo posible en el cual aprender y puedan habitar.

Cada experiencia ha sido inolvidable. Hoy puedo decir que tengo muchos parajes que narrar. En mis clases y en mi vida leer y escribir se han convertido en espacios para el encuentro y el reconocimiento. Cuando leo y escribo con mis estudiantes develamos nuestro ser interior, conocemos de nuestros temores, sueños y aspiraciones. Cuando escribimos nos entregamos. Cada experiencia ha permitido que los niños y niñas, a su edad, exploren su capacidad creadora e imaginativa con el lenguaje. Tengan claro que leer es una aventura que exige tiempo, dedicación y amor.

Sé que mi tarea no ha terminado, y tal vez no termine, pues leer y escribir es un viaje lleno de parajes en los cuales podríamos detenernos a contemplar el paisaje, las historias, los personajes, tal vez encantarnos con los parecidos a nosotros mismos y entre tantos parajes no podríamos pensar en un destino final porque es eso; leer y escribir es un viaje en el que aprender es el camino y encontrarse así mismo el más largo de los destinos.

EL PODER TRANSFORMADOR DE LO SIMPLE

Juan Camilo Botero Ospina.

Hay una creencia generalizada y errónea sobre la vivencia de la química. Mucha gente cree que la química es solo el cúmulo de conocimientos que se pueden consultar en libros, artículos de revistas, tesis de grados, patentes y fuentes digitales. La química va mucho más allá de las fuentes de consulta y va muy de cerca a lo que nos rodea. La química está presente en todo nuestro entorno, desde algo tan sencillo como el agua que sale de la cañilla hasta los procesos de manufactura para la obtención de medicamentos especializados y de alto costo económico.

Cuando estudié y ejercí como Ingeniero Químico, me di cuenta de lo aislado que está el mundo de la Academia con las necesidades de la sociedad actual. Incluso, hoy en día, observo cómo se publican una infinidad de artículos de revista y otros medios para compartir información que no son fuente de consulta de la mayoría de miembros de una sociedad. Si el propósito es llegar a un público especializado, la academia universitaria e incluso los colegios, cumplen bien esta labor, porque la formación científica sigue siendo restringida.

Hace poco, escudriñé el currículum vitae de mi asesor de práctica industrial. Me sorprende la cantidad de reconocimientos que tiene, y de experiencia laboral y académica. Lo considero un genio en plena acción, con capacidad para resolver problemas y de escudriñar muchos de los misterios de nuestra profesión. Sin embargo, llegó un momento en que me puse a reflexionar sobre sus logros y para quién han sido útiles. No pude evitar pensar que desarrolla todo su potencial académico, laboral e intelectual, beneficiando principalmente a una organización, antes que, a la misma sociedad que ayudó a su formación. Comprendo que todos necesitamos realizarnos profesional y laboralmente, pero dirigir todos nuestros esfuerzos a enriquecer al dueño de una empresa, más que buscar el beneficio sostenible y armónico de la sociedad con el que hacer industrial, me parece algo erróneo.

En mi humilde concepto, la investigación y la publicación de resultados, debe reflejarse en mejorar la calidad de vida de los individuos de una sociedad, y si esto no se ve reflejado, algo estamos haciendo mal. La ciencia existe para ayudar a la humanidad a tener una comprensión de los fenómenos naturales y para liberarnos de los paradigmas y creencias erróneas, pero también, para la realización del individuo como miembro de una sociedad, y, por ende, de todos los miembros de una sociedad. La pregunta es: ¿cuánto acercamos la Ciencia y la Tecnología a las personas del común? y ¿qué cambios generan los científicos e ingenieros para que la sociedad sea crítica, consciente y alcance un pleno desarrollo económico y de bienestar social?

Quiero dejar claro que no desestimo la labor de las universidades y de los centros especializados, pero, sí se sigue por la línea del aislamiento, creyendo que solo un grupo selecto de seres humanos, dotados de un don divino pueden entender y aplicar las cuestiones científicas en pro de objetivos, no creo que la sociedad pueda comprender el valor y las implicaciones científicas y tecnológicas.

Ante estos planteamientos, una de las acciones que pretendo relatar, ha sido el acercamiento de los estudiantes a la elaboración de productos de aseo. Dentro de mis experiencias de laboratorio, incluyo la elaboración de productos como gomina, gel antibacterial, jabón líquido para manos, entre otros. Recuerdo la cara de sorpresa de los chicos cuando obtienen estos productos en el laboratorio, al ver que le van dando forma a un resultado que inicialmente no existía, y que resulta de combinar distintas materias primas que en nada se parecen a lo que se obtiene finalmente. Como cuando se adiciona el polygel a la mezcla para obtener el gel antibacterial, y empieza a observarse la formación precisamente del “gel”, a partir de sustancias iniciales en estado líquido y sólidos pulverizados. “¿Cómo llegamos a obtener este gel? y ¿por qué se pone esta mezcla de esta forma?” son solo algunos de los cuestionamientos a los que se logra hacer enfrentar a los estudiantes cuando hacen los productos. Es muy fácil ir a una tienda y comprar un gel antibacterial, pero hacerlo es otro cuento, pues, aunque no sea algo muy complicado, el mero acto de transformar unas sustancias en un estado inicial hasta obtener una mezcla con un estado final completamente diferente, debe implicar el desarrollo de la observación y del análisis de la situación en los estudiantes. Es una forma de acercarnos a la ciencia experimental y aplicada. Y se crea en los estudiantes no solo la inquietud del porqué de las cosas, sino también, se derrumba el mito que solo unos pocos elegidos pueden hacer ciencia o hacer productos químicos para venta. Ahora, sumemos el enriquecimiento teórico y conceptual cuando se les asigna informes de laboratorio sobre dichas prácticas, cobran un sentido amplio y se elevan a un nivel superior, los niveles de aprehensión y de reflexión del conocimiento y de los saberes adquiridos.

Es grato ver a los chicos, que elaboran su producto en equipos, repartirse el gel antibacterial o el jabón líquido en tarritos que traen usados de la casa (con lo que cuidamos al medio ambiente al promover la cultura del reciclaje) y andar de clase en clase con ellos y compartirlo con sus familias.

Curiosamente, siendo docente de bachillerato me atrevo a hacer lo que en el pregrado clasifican como prácticas básicas que no sustentan el qué-hacer o la conceptualización del ser ingeniero químico.

Mi relato es en entonces, la demostración que acciones que se consideran simples pueden tener mucha trascendencia e importancia para la sociedad, desde que se permita el acceso al conocimiento y a la información por parte de la comunidad académica y científica.

QUIÉN FUI, QUIÉN SOY Y QUIÉN SERÉ

Juliana Isabel Lezcano Escudero

Esta historia comienza hace poco más de quince años en el municipio de Sopetrán; exactamente cuando cursaba el grado once en la Normal Santa Teresita; la verdad nunca quise ser maestra, por el contrario, mis padres me obligaron a que estudiara en esta institución. Mis sueños e ideales eran ser una arquitecta, irme a la ciudad, estar en la universidad y salir del pueblo que veía y consideraba sin oportunidades para mí. Durante todo el bachillerato asistíamos a prácticas, pero sin embargo mi amor a la docencia estaba muerto; cursando el último grado de enseñanza media presenté mi examen de admisión a la Universidad de Antioquia a Ingeniería Industrial, con alegría recibí la noticia de que había sido admitida, pero también a su vez recibía otra noticia que cambiaría mi vida ¡lba a ser mamá!

Mil cosas pasaron por mi mente, el suicidio y el aborto fueron opciones contempladas, pero también me proyecté siendo fuerte y poniendo la cara a la situación que se presentaba. ¿Qué hacer? ¿Cómo decirles a mis padres? ¿Qué pensarán en mi colegio? ¿Qué hacer ahora? ¿Y mis sueños? ¿La universidad? Sin embargo, sabía muy bien que mi embarazo debía llegar a término, mis valores me impedían hacer una cosa diferente, tenía que pensar en dos, ya no era yo, sino esa vida que se forjaba dentro de mí. Es ese momento y gracias al apoyo que me brindaron mis padres resolví dejar a un lado mis deseos y retomarlos cuando mi hijo o hija hubiera nacido y pudiera dejarlo al cuidado de alguien.

Para ese momento no podía quedarme sin hacer nada, es ahí cuando decido ingresar al nivel complementario ¡No voy hacer profesora! Pero de algo me servirá esto, era lo que pensaba.

A la semana de dar a luz inicié este camino, en el día cuidaba mi bebé, lavaba ropas ajenas y organizaba los apartamentos de algunos funcionarios del hospital del pueblo para poder ayudar con las obligaciones, pues ya no era solo yo sino mi hijo también.

Con el paso de los meses fui cursando una a una las materias que me impartían, no es por presumir, pero siempre me distinguí por ser una de las mejores estudiantes, “tienes madera” me decían algunos profes, yo solo reía pues este estudio era algo temporal mientras podía ir a la ciudad a estudiar lo que soñaba. El tiempo pasaba y yo perdía la esperanza de estudiar, de poder educarme en lo que quería, no había dinero para irme y como dejar a mi hijo. Decido entrar a un concurso de Bienestar Familiar para cubrir dos vacantes de profesoras en el Hogar Infantil del pueblo, asistí sin ninguna expectativa, pues ya se rumoraba quienes eran las seleccionadas, que era un concurso comprado y arreglado. Sin embargo, aludiendo a mi responsabilidad fui y presenté el examen; meses después me anunciaron que ocupaba el primer lugar y que por esto sería vinculada a dicha institución. Sin graduarme obtenía este logro, ¿podré ser docente y seguir adelante? Trabajaba de siete a cuatro y de cuatro a diez estudiaba, a veces sentí desfallecer, pero lo que inicialmente consideré mi error era mi mayor fortaleza ¡Mi hijo! Por el que daría mi vida y quería ser mejor.

Fueron pasando los años, ambicionando ser una mejor persona y hacer las cosas bien, con el paso del tiempo me fui enamorando de los niños, de su pensar,

de su inocencia, del amor puro y sincero que me brindaban, de lo mucho que podía hacer con ellos y para ellos. Decidí firmemente ser maestra y seguir con mis estudios, ahora no quería ser Arquitecta ni irme a la ciudad, ahora quería ser Licenciada en Matemáticas y maestra de escuela.

Así inició otro reto, ahora trabajaba, estudiaba y cuidaba a mi hijo, sentí reventar, pero sabía que podía, que estaba en mí. Ese era y es mí pensar; ahora no solo soy Licenciada, soy Especialista, Magister y tengo dos hijos, me considero una estupenda mamá y una maestra que ama lo que hace, que cada día quiere ser mejor, y que procura brindar a sus hijos y a sus estudiantes lo mejor de sí para que ellos sean lo mejor versión de ellos mismos. Así comprendí que nada pasa por casualidad, que Dios y el destino nos abren caminos pensados o impensados, que todo pasa por algo y para algo y que siempre debemos buscar amar lo que hacemos, lo que tenemos, pero, sobre todo, ser la mejor interpretación de nosotros mismos.

Profesores son muchos, pero ser maestros es llevar en el corazón la esencia de querer lo que se hace. Por eso yo soy profesora, ¡YO SOY MAESTRA!

ELUCUBRACIONES PEDAGÓGICAS

Leandro Huberto Chacón Correa

¿Señor buenas tardes, me puede decir dónde queda la Secretaría de Educación del municipio? Pregunté a un transeúnte mientras echaba un vistazo a las casas viejas que aparecían frente a mis ojos. “Claro, allí está”, señaló el transeúnte

Esos fueron los primeros pasos que me llevaban a un nuevo trabajo como docente de un barrio marginal, de un municipio de Antioquia. Era la primera vez que iba a ese municipio, eran personas que nunca había visto, después de esperar x cantidad de tiempo, vi llegar al secretario y me pregunté ¿le voy a pedir trabajo a alguien que no conozco?, yo no iba recomendado por nadie, yo no tenía idea si allí había empleo, solamente necesitaba conseguir trabajo pues había acabado de renunciar al puesto donde estaba. Después de varias horas, pude hablar con el secretario, me dio esperanzas, le dejé mi hoja de vida.

El teléfono sonó un mes después y una voz al otro lado me decía “Leandro, buenos días, hay una vacante en el barrio x, los buses tardan una hora desde el parque hasta el filo de la montaña, va a reemplazar a la profesora Daisy, la docente de física y matemática que fue trasladada, la carga académica son diecisiete horas de física y cinco de matemática, ¿acepta?”. Buenos días, señor secretario. Claro que acepto. Respondí

Empecé mi recorrido camino al barrio a través de las calles estrechas llenas de gente, con mucho comercio, negocio de ventas de comida en las calles, arepas, chorizos, buñuelos, tiendas y tienditas que reflejaban el espíritu emprendedor de las personas, que necesitaban sacar sus familias de la necesidad [...] Llegué donde el coordinador, porque no había rector, el colegio estaba en fiestas patronales, “tranquilo la semana entrante empezamos, bienvenido”. Fueron las palabras de coordinador y añadió: “Le toca física en décimo, tres grupos de física, cálculo en dos grupos de undécimo y geometría en dos grupos de noveno. ¿Alguna pregunta?” Respondí, sí, ¿Cuántos estudiantes son por grado? “Sesentaicinco”, señaló.

El primer día de clase con él grado undécimo, sesentaicinco estudiantes armados con papeles y tizas esperaron que entrara al salón de clase, que iniciara mis primeras palabras, y todos me tiraron tizas y papel, era una increíble fiesta de bienvenida desde mi punto de vista, era su duelo y su protesta por la maestra ausente, además de su rechazo por mi presencia allí, me acuerdo del mono Smith un estudiante destacado, que corrió en mi auxilio, un líder que sus pares respetaban, que se había ganado una posición en el grupo. Smith, les dijo, “no muchachos, cómo se les ocurre, ya Deisy no está con nosotros ya tenemos que terminar el año”.

“¡Que se vaya!” era el sonido que escuchaba al unísono.

Regrese al salón de clase y una nueva lluvia de tizas, y papeles acompañada de cuadernos, útiles bolsos y buzos del uniforme impactaban mi cuerpo. Me quedé parado esperando que se les agotaran la municiones, sorprendidos por mi paciencia, cesaron las agresiones y empecé a escucharlos, eran unos muchachos sorprendentemente elocuentes cuando no estaban lanzado objetos.

Esas fueron mis primeras dos horas de clase, con estudiantes de un único estrato social, el uno (1). Todo el colegio supo lo acontecido, pero las directivas nunca se enteraron, al fin y al cabo, nunca me quejé.

Con el pasar de los días, fui conociendo los padres de los estudiantes y las complejidades de sus hijos, quisiera enumerar todos los casos de ese grado undécimo del cual yo era director de grupo, pero solo narraré unos pocos.

En la clase de Cálculo a las dos de la tarde, Guadalupe, una de las estudiantes más brillantes, estaba llorando, me acerqué a preguntarle si estaba enferma, ella me dijo desconsolada, que el papá tenía un arma y quería matar a la mamá, que estaban encerrados en la casa, yo le dije a Smith que por favor explicara el tema, que se encargara de la clase, le pedí permiso al coordinador para ir hasta la casa de la niña, a lo que el coordinador respondió que no. Yo le respondí: bueno, señor, entonces me voy sin su permiso, llegué con la estudiante hasta la casa de la señora madre, quien en esos momentos estaba en la puerta corriendo de huida del señor padre de la alumna, subimos a la mamá de Guadalupe al vehículo donde nos desplazábamos y la llevamos a un lugar seguro. Esa fue la última vez que vi a Lupe. Al menos sé que se encuentra bien.

Mis recuerdos de cada uno de esos estudiantes, sus carencias, sus palabras, me sorprende la memoria, sus narraciones, sus ausencias, recuerdo un muchacho que me decía: “profe, es que yo prefiero vivir unos días como Pablo Escobar que toda una vida siendo lo que soy”. Que tristes palabras las de este joven, el sin sentido de la razón y la esperanza sin esperanza, el no futuro reflejado en los ojos de aquellos que ya murieron por las balas de la guerra, y de la droga y de los grupos que dominan el barrio. Otras vivencias también llegan a mi memoria, recuerdo el día que, en clase de física, Liliana Albornoz, una estudiante que nunca dio Pie con bola en física, me entendió la clase, e hizo los ejercicios y los hizo correctos, que alegría sentí, recuerdo que me repetía a mí mismo que ¡qué bueno, me entendió! Pero al otro lado del silencio, el pobre Pablo, drogado en mi clase, diciéndome en medio de su traba, “Leandro déjeme acá que yo me quedo callado, yo no te molesto la clase”, era triste ver a ese estudiante drogado en cada clase y ver la realidad del sin remedio; hubo que internarlo para que se pudiera recuperar.

Se graduaron sesenta y dos de los estudiantes que estaban ese año conmigo, aún hoy diez años después los encuentro en distintos sitios y me dicen “papá”, “papá”, con gratos recuerdos de esa clase del 2008, cerraron el colegio dos semanas cuando me trasladé para otra parte, siempre protestando, protestando porque llegué y protestando porque me fui, muchas carencias de esos buenos muchachos [...]

MIS ESTUDIANTES

Todo un aprendizaje y un disfrute para mi vida

Lina María Rodríguez Pérez

A partir de mi práctica pedagógica como maestra de niños de educación preescolar y básica primaria, y la experiencia personal como madre de un hijo ya de once años, he podido disfrutar cada día, aprender de todas sus travesuras, inquietudes, sueños, imaginaciones, fantasías y juegos que los hacen únicos y muy especiales.

Ya son ocho años de maestra de estudiantes del grado primero, soy la responsable de enviarlos motivados, listos y capaces de aceptar los retos que aparecen en tercero; intento entregarlos convencidos de lo importante que es ir a la escuela.

Durante el proceso de estudio me dedico a disfrutar cada momento con mis estudiantes, todos los días me muestran aspectos de su vida, me incitan a pensarme nuevas cosas y me enseñan del verdadero disfrute.

Algo muy particular sucede en mi salón, al lado hay un árbol muy grande que nos brinda una frescura y sombra deliciosa, es inmenso, parece que todos los días amaneciera más alto, para los niños es un placer pararse en la ventana y dedicarle unas miradas a dicho elemento de la naturaleza. Es la ventana ese lugar donde podemos disfrutar de la compañía de varias iguanas y demás especies naturales que aparecen afuera.

Al parecer ese amor es recíproco, no solo los niños son felices viendo hacia fuera, pues al parecer las iguanas también aman ver a los niños expectantes al lado de la reja, a veces les cuentan los colores, les ponen nombres, se adueñan de ellas o se concentran en sus ojos, pero siempre hay una razón para observarlas.

En los días más calurosos, mis estudiantes se emocionan, gritan, corren, salen del aula para poderlas ver de más cerca, les dan alimentos (la generosidad aparece cuando son capaces de donar parte de sus algos y dan porciones de sus frutas y golosinas).

Zoriany, una de mis estudiantes, muy extrovertida, siempre se para cerca de la ventana y comienza a llamarlas, Gerónimo las silba, María José las grita, y Samuel golpea las rejas para generar ruidos, hacen lo que sea para llamar su atención.

Yo también disfruto de esa naturaleza que me rodea, siempre que me siento los sábados a preparar mis clases de la semana, tengo en cuenta las iguanas y las involucro en todas mis clases, todos los temas trato de relacionarlas con la vida de las iguanas e incluso el proyecto de aula que se ha realizado periódicamente tiene que ver con la vida, reconocimiento e historia de las iguanas en varias áreas del conocimiento, realizando salidas pedagógicas en compañía de los padres de familia, para recrear los ambientes de aprendizaje.

Zoriany, una niña de siete años, maneja el lenguaje de señas ya que vive con una tía que es sordo muda, todos los días nos enseña palabras nuevas, con el lenguaje de señas y ya todos practicamos los saludos y las despedidas con este lenguaje, es una bella experiencia aprender tanto de ella, a cada momento los compañeros le piden que diga una palabra en ese lenguaje y es hermoso ver que

ellos lo practican una y varias veces, tanto que llegan a la casa y enseñan a sus familias este lenguaje.

Es por esta necesidad y gusto de aprender este nuevo lenguaje en mis estudiantes, que también lo he implementado en mis prácticas pedagógicas, tanto que ya hemos hecho pequeñas presentaciones, frente a los demás estudiantes, de conversaciones y canciones en el lenguaje de señas, es una experiencia muy enriquecedora para todos mis niños, se ve en sus rostros esa felicidad cuando lo hacen.

La inclusión escolar es “un proceso que permite abordar y responder a la diversidad de necesidades de todos los estudiantes” (UNESCO)

Toda una inclusión en mi aula de clase, que hace que sea más interesante para mis estudiantes trabajar los valores del respeto y las diferencias del otro, ha hecho que ellos sean muy participativos y que se humanicen con todo lo que los rodea. La educación inclusiva implica que todos mis estudiantes aprendan juntos, independientemente de su origen, sus condiciones personales, sociales o culturales, incluidos aquellos que presentan problemas de aprendizaje o discapacidad.

Otra experiencia y aprendizaje que tenemos en nuestro salón, es la presencia de nuevos estudiantes que han llegado del país vecino Venezuela, ese lenguaje, esa cultura, esas experiencias de emigrar, han hecho de mis clases toda una aventura por descubrir. Fabián, uno de esos estudiantes venezolanos, nos cuenta muchas cosas de su lugar de origen y nos enseña nuevas palabras muy conocidas allí y mis estudiantes colombianos le enseñan a Fabián nuestra cultura. Se transforma el aula en una riqueza de culturas, todos los días aprendemos juntos nuevas cosas que dejan huellas en nuestras vidas.

RELATOS DE UN VIAJE

Luz Amparo Pérez

Aun cuando todo era maravilloso, me lancé a descubrir nuevos mundos, nuevas oportunidades de vida profesional, anhelando una mejor estabilidad laboral y con el deseo intacto de seguir sembrando semillas de esperanza. Lo que no imaginé en ese momento es que la vida me llevaría por una asombrosa travesía con altibajos emocionales, tropiezos profesionales, disgustos laborales, fracasos personales y muchos otros sentimientos encontrados que solo podemos vivir cuando creemos que todo va a ser color de rosa.

Era otro mundo, una travesía inesperada. Llegar al lugar de trabajo se convertía en un viaje arduo y agotador. El recorrido iniciaba a las 11:00 a.m., en un clima cálido, a esa hora el sol estaba en su máximo resplandor, el calor invadía mi cuerpo ya cansado sin haber iniciado la jornada laboral, el sudor se apoderaba de mi rostro y después de mucho esperar por fin llegaba el bus; al subir buscaba desesperadamente un asiento, miraba a mi alrededor y solo encontraba rostros somnolientos envueltos en calurosas mantas, el frío intenso provocado por aire acondicionado empezaba a invadirme, por fin encontraba un asiento en el piso al lado del conductor, era un pequeño trozo de madera; así transcurría diariamente mi primer viaje con una duración entre treinta y cuarenta minutos, todo dependía de la cantidad de pasajeros encontrados en el camino, lo que hacía que las paradas se hicieran interminables

Recuerdo que diariamente oraba interiormente buscando tranquilidad en medio del caos y el desespero por lograr llegar a tiempo a mi lugar de trabajo. Al llegar a mi primer destino iniciaba nuevamente otro viaje, ahora ya me invadía el frío y la neblina no me permitía observar a mí alrededor; la multitud de fuerza pública insistentemente solicitaba requisar mi maleta, mi documento de identidad y otras cosas más, mientras iniciaba a escuchar el sonido de aquel pequeño vehículo y solo deseaba encontrar un puesto en medio de tantos pasajeros que esperaban con ansiedad y que además decían “Dejen subir a la profe que va a llegar tarde”, yo por mi parte empezaba a disfrutar este segundo recorrido, se observaba un hermoso paisaje lleno de montañas y el olor a la frescura de la naturaleza me generaban tranquilidad.

Después de una hora y media de recorrido por fin llegaba a mi lugar de destino, allí todo era diferente. Rostros llenos de felicidad, sonrisas y solo escuchaba voces que decían “ya llegó la profe”. Al mismo tiempo salían los estudiantes de la jornada de la mañana, corrían, estrujaban, se caían, gritaban; por mi parte esperaba en la puerta para poder ingresar.

El cansancio invadía mi cuerpo y aún no había iniciado mi jornada laboral, solo pensaba y anhelaba el regreso a casa [...] ¡Niños, ya podemos entrar! [...] eso decía todos los días al iniciar mi bella labor

La tarde transcurría entre canciones, quejas, sonrisas, gritos, llantos, atar zapatos, destapar loncheras, recoger juguetes, etc. Por fin se acercaba la tan anhelada hora, la hora de regresar a casa, al finalizar cada día me sentía como si estuviera retenida o en cautiverio, era una sensación llena de altibajos emocionales: por un lado, me sentía feliz y libre por haber finalizado mi labor del día y poder

regresar de nuevo a casa, de otra manera me sentía ansiosa e intranquila por ese sentimiento de hacer lo que hay que hacer y no lo que se desea hacer.

Al finalizar la tarde nuevamente empezaba mi travesía: rogar a Dios para que los acudientes y padres llegaran por sus hijos a la hora indicada, correr de un lado a otro, asear el aula de clase, cerrar la escuela, entre muchas otras cosas [...] Y todo esto por una sola razón: volver temprano a casa.

Ese volver temprano se convertía en una verdadera utopía: el regreso a casa se complicaba cada vez más, abordar nuevamente aquel pequeño vehículo con capacidad para tres personas, pero en realidad viajábamos entre cuatro y seis más. El olor característico era un olor pesado, un olor indescriptible entre alegre y triste, entre bueno y malo, en sí era un olor a personas cansadas, agotadas de una ardua labor. Una labor sacrificada donde cada día arriesgan su vida y aun así cantan, ríen, juegan, beben, no tiene miedo ni pena, esa es la vida de los mineros, esas personas que diariamente viajaban a mi lado buscando una nueva oportunidad para tener una mejor calidad de vida.

Llegaba la noche y con ella se incrementaban mis ganas de llegar a casa, pero ya era tarde, había oscurecido, eran las ocho, nueve y algunas veces hasta las diez de la noche y yo en camino, pero feliz, realmente alegre porque por fin me sentía liberada del cansancio, la intranquilidad, el peligro y la inseguridad a la que me exponía diariamente.

Así fueron transcurriendo estos tres años, en el camino hubo varios cambios, personas que se quedaron, otras que avanzaron y los más afortunados aquellos que lograron liberarse de este nuevo mundo.

Pero yo, aún sigo aquí, aprendiendo, disfrutando y venciendo los obstáculos que cada día se me van presentando en el trasegar por este camino. Hoy más reconfortada, sin pesimismo, ni ataduras, solo con las ganas de aprender, de crecer como persona y de dejar una huella positiva en mis estudiantes.

Confieso que no ha sido fácil y que aún me faltan muchos pasos por dar, pero siempre con la confianza puesta en que, con amor, dedicación y perseverancia, todo lo podemos cambiar para mejorar y para transformar nuestra realidad educativa y social, en este lugar que al llegar denominé: un nuevo mundo por descubrir.

Agradecimientos infinitos a ustedes.

[...] Por abrirme las puertas y poder demostrar que sí se puede, que, sí es posible, que lo valioso de la vida no está en el dar sino en el recibir, solo me queda decir que ésta es una oportunidad que la vida me presentó, que la aproveché al máximo y lo más importante es que dejé huellas significativas como docente y como ser humano. El compromiso y la responsabilidad aún no han acabado, éste es un proceso continuo de enseñanza y aprendizaje donde he aprendido que forjando metas se alcanzan sueños [...] Sueños de inclusión con todos y para todos.

Mi paso por esta Institución se convirtió en un espacio para compartir y socializar nuestras experiencias, para aprender y enseñar, para hacer, vivir y soñar.

Recuerdo que así finalizó aquella etapa de mi vida profesional y personal, que me hizo descubrir el verdadero sentido de ser maestra.

EL DESEO DE SABER SER VERSUS LA IMPOSICIÓN DE CONTENIDOS

Pequeños momentos para la reflexión

Maribel Usma González

Después de superar un largo proceso en el concurso docente, el 5 de julio de 2018 inició mi labor en la Institución Educativa Escuela Normal Superior Santa Teresita del municipio de Sopetrán. Mi historia en la institución comenzó tras reunirme con el rector y la coordinadora, cada uno en espacios distintos me dio las directrices que consideró importantes. Este mismo día se me asignó la carga académica, lengua castellana para décimos y undécimos y lectoescritura para el preescolar. Solo hasta ese momento supe que sería formadora de maestros, ello suponía un reto para mí, pues tenía poca experiencia, la idea, aunque me causó cierto temor, me agradó.

Meses antes, imaginé cómo sería el colegio y más que eso cómo serían los sujetos que lo constituyen. En los mundos que tejí en mi imaginación habitaron estudiantes adolescentes, y para ello empecé a prepararme, traté de hacer la tarea, retomé algunos temas, que empezaban a perderse en los laberintos de la memoria, imaginé cómo sería mi posición como docente y cuáles serían los estudiantes que me encontraría. Sin embargo, el desconocimiento, no me permitió hacer un rastreo de la otra área que estaría a mi cargo: *lectoescritura para el preescolar*.

Ese día, me refiero a mi primer día en la institución, la docente que se encontraba nombrada como provisional me entregó el plan de área de la materia, que se da cuatro horas semanales con estudiantes del nivel 01, me contó sobre la actividad que realizó la primera clase, ya que apenas estaba iniciando. Esto me tranquilizó, pues yo estaría todo el semestre con ellos y el cambio de profesora no supondría mayor trauma.

Mi experiencia con el PFC

Los primeros días sentí que tal vez no estaba lo suficientemente preparada para este espacio, ¿cómo podría ser formadora de maestros? Siempre pensé que quienes formaban nuevos docentes debían ser aquellos que pueden llenar sus hojas de vida con muchos títulos. Sin embargo, las cosas estaban dadas de esa forma, cumplía con los requisitos mínimos para dar la materia y debía adaptarme a las necesidades de la institución. Inicié mi labor de rastreo bibliográfico, y con ello me di cuenta que muchos de los conceptos que subyacían tras nombres que no me resultaban comunes, en realidad eran conocidos para mí.

Llegó el momento de conocer al grupo, hay jóvenes y adultos, todos se encontraban a la espera. Un silencio lleno de curiosidad rondó en el ambiente. Inicié preguntándoles, además de sus nombres y sus expectativas en el curso ¿qué clase de maestros quieren ser? Está, en el fondo, es una pregunta a la que yo también le estaba dando respuesta. Todos expresaron actitudes positivas de un maestro ideal, innovador, creativo, motivador, accesible. Mientras ellos comentan sus respuestas, me preguntaba ¿qué tanto reúno de cada uno de esos aspectos? Pues ese ideal de maestro arrastra la evaluación, consciente e inconsciente, que los estudiantes hacen continuamente de sus docentes.

Tras unas semanas, varias lecturas y un poco de orientación por parte de una docente que tuvo antes el curso, empecé a estructurar una forma de trabajar. Me di cuenta que estos estudiantes, en su mayoría, se perfilan como docentes y en sus discursos y actuaciones se han apropiado de ese rol. Empecé una serie de visitas al preescolar con el objetivo de determinar el nivel de lectura de los estudiantes y proponer actividades que ayudaran a los niños a adelantar o ir superando el proceso. Distintas situaciones no permitieron que esta actividad fuera más extensa, pero los pocos días en que se pudo realizar, me sorprendí gratamente pues la mayoría de estos estudiantes ya tenían cualidades de ese tipo de maestro que esperaban ser, se mostraban plenamente apropiados de su deber y, por tanto, a partir de sus mismos deseos llenaron de sentido los encuentros.

Sobre mi experiencia en la media

En la mayoría de estudiantes del PFC, hay un deseo que media y potencia su proceso de formación, ellos son adultos o empiezan a trazar una vida como tal. Y aunque se puede encontrar cierto facilismo o un grado de apatía por las distintas propuestas o actividades académicas, tienen claramente definido que quieren ser maestros, y ese deseo los impulsa a cumplir con sus deberes académicos.

Este hecho es distinto en secundaria, tras una mirada ligera de los distintos espacios, las clases, las posturas de los estudiantes, o simplemente escuchar sus comentarios, cualquiera podría concluir que definitivamente muchos de estos jóvenes no tienen un deseo latente como impulso para encontrarse con el conocimiento.

Después de esas primeras miradas, me empezó a acompañar la duda, la incertidumbre, ya no solo me encontré con la pregunta por mi rol, sino que a esa pregunta se vincula directamente, esos múltiples otros, los estudiantes.

He aquí una de sus voces; en una de las clases, con undécimo grado, una de las actividades suscitó el tema de la educación en Colombia, una de las estudiantes critica la educación porque “no se es lo que en realidad uno necesita” y argumenta su tesis diciendo que “en unos días salimos de aquí, y mucho, es que casi todo, de lo que nos enseñaron no nos va servir para nada”, yo entonces pregunté a los demás estudiantes ¿qué aprendieron en estos años? advirtiéndoles que pensarán en respuestas distintas a realizar operaciones básicas matemáticas o leer y escribir en su sentido más elemental, la mayoría no sabe qué decir, son muchas cosas, al parecer fue una pregunta difícil. Seguramente estos jóvenes podrían mencionar otros aprendizajes, lo sé porque tuve la oportunidad de compartir con ellos estos últimos meses, pero tal vez muchos de ellos trataron de recordar más que verdaderos aprendizajes, teorías o conceptos.

¿Cómo debería ser la educación? Fue la siguiente pregunta, la misma estudiante que empezó la discusión respondió: “que piense más en uno, en lo que es la realidad y en lo que necesita el estudiante, por ejemplo, en lo que yo quiero estudiar no me va servir para nada todo lo de matemáticas”. Después de un rato y una que otra intervención con comentarios similares, otro estudiante, luego de alzar su mano, dice que estudiar le ha servido para tener más capacidad de análisis. Su voz recibe apoyo de algunos compañeros, y a su vez se hace esperanza.

LAS TETAS DEL MAESTRO

Martín Felipe Uribe Isaza

Pegado a la teta de una mujer descubrí lo que era ser maestro, en el sentido más amplio de la palabra; pegado a esa teta, mientras cuatro ojos me observaban, descubrí a mis padres en su ejercicio fundamental de criar a su hijo. No puedo dejar de pensar en esa imagen cuando me piden reflexionar sobre el hecho de por qué soy maestro, y es que nadan entre mis recuerdos imágenes dinámicas de relaciones familiares; seres queridos que han hecho posible, desde su compañía y testimonio, este maravilloso servicio.

Sobre rodillas y rodeado de afecto descubro como mis maestros me presentaron la vida, me pusieron en contacto con maravillosos compañeros de viaje: libros, cartillas, periódicos, guías de estudio, afiches, cuentos, revistas, álbumes, estampillas y billetes (más escasos que todos los anteriores).

Recuerdo el amor de mi padre quien me sentaba, siendo yo muy niño, sobre sus rodillas, mientras leía para estudiar o satisfacer su placer en el inhóspito Chocó biogeográfico y me sembraba el deseo por aprender a recrear mundos lejanos y escuchar otras voces entrando en contacto con las letras; lo recuerdo tan claro como cuando me enseñó a nadar, amarrándome galones de plástico vacíos a mis brazos y tirándome desde la orilla de la quebrada La Brea, en el Bajo Calima al norte de Buenaventura, mientras jugábamos con el agua junto a otros niños que nunca me hicieron sentir diferente, aprendí a nadar y luego lo hacía muy confiado a las orillas del río San Juan o en la playa de Charambira sorteando las olas del mar; en todo momento mi madre miraba con la angustia propia de los eventos pero con la seguridad que daba el hecho de que mi papá estuviera atento y sintiéndose seguro de lo que me había enseñado.

Ese mismo amor rondaba cuando mi abuela Elvia me sentaba en sus rodillas y me presentaba las letras y me enseñaba a leer las imágenes de aquel libro de Historia Sagrada y las láminas con dibujos religiosos que habitaban su breviario, aquellos donde tantas veces presumí que leía, abrazado de un olor a café que en las tardes invade todo Chinchiná.

Jugué debajo del escritorio de mi padre con sus guías de formación de agrónomo, me aprendí de memoria los dibujos que estas traían, años después se convertirían en experiencias vividas en el campo cuando sentía realizando mis sueños de agropecuario. Igual lo hice sobre el pedal de la máquina de coser de la casa de mi abuela, mientras manejaba hacía algún lugar desconocido, de esos que veía en las hojas de cualquiera de los libros disponibles, o conducía subiendo a Manizales por esa ruta que aprendí de memoria sobre “la ambulancia de Venteo” y que recordaría hasta un poco después de la avalancha [...] he olvidado esa ruta pero no la lección de conducción de mi tío Mancho que es reconocido por sus buenos servicios al frente de un volante de carro; Mancho me dijo un día muy emocionado, “te voy a enseñar a conducir”, me sentó en la silla del conductor, me pasó las llaves, temblando las puse en el suiche y me dijo: “latas se enderezan, cuerpos no”, sin decir más él tomo las llaves de donde estaban, se bajó en silencio y me dejó solo con la frustración, la misma que acompaño esa lección importante de vida.

Mis maestras de escuela, siempre presentes, me permitieron seguir conectado a los placeres de la vida y llegar a ese lugar mágico donde la felicidad continuaba junto a otros distintos y desconocidos, ese lugar que dentro de sus aulas vivía lo que era el recreo y que mi familia llamaba escuela, otro placer más de la vida.

¿Cómo no pensar en la figura de mi madre y de mi padre educando el ser que ahora soy y no solamente la de ellos, sino la de tantos familiares que se preocupaban por mí y aún lo hacen?

De pronto descubrí que iba creciendo en autonomía y empecé a definir aspectos claros de mi vida: no quería ni enseñar a otros, ni decirles cómo vivir, ni qué era bueno o qué era malo y mucho menos trabajar con multitudes; y en mi exploración vocacional decidí volverme profesional agropecuario y como decía jocosamente: vivir en cualquier paraje retirado, criando, gallinas, pollos y marranos y cosechando huevos o productos agrícolas.

La experiencia se llena de la sabiduría de la cotidianidad, esa que permite ir poniendo al ciudadano frente al servicio que debe cumplir en la vida, mientras yo me alejaba de la docencia descubría años más tarde que me estaba preparando para este importante servicio.

La sensibilidad por lo social llega de la experiencia misma, recordándome cuando en mis primeros pasos por la escuela en un lugar retirado del Chocó, me escondía detrás de una puerta a tomarme el tetero por pena de que mis compañeros me vieran, no en el hecho que continuaba con el acto materno de amamantar, sino, porque era el único niño que llevaba la escuela un tetero diferente a una botella de aceite y también su contenido era blanco.

Mi escuela no estuvo llena de plastilina, de guías, de juguetes, pero sí de juegos, de encuentros, de celebraciones, de respetos y del encuentro maravilloso con las letras, los números y la palabra; mi escuela estuvo llena de experiencias significativas que a lo largo de mi vida he podido utilizar, mi escuela se entrelazó mágicamente con mi experiencia de familia y de calle, me enseñó a vivir, me enseñó hacer y también me enseñó a compartir y a ser.

En mi vida siempre ha estado presente ese olor permanente de cuaderno, de borrador, de niñez, de frustraciones y de sueños, de pequeños logros, de significativos aprendizajes, de reconvenciones en privado y de estímulos públicos (más las primeras que las segundas).

En un acto que catalogaría hoy de mucha irresponsabilidad, pero también de un amor profundo y de reconocimiento, esos que permiten la confianza en el otro, me vi envuelto en mi adolescencia a *hacer de maestro* de español, matemáticas y educación física (los que me conocen no se burlen de esto) en un grado segundo en un colegio privado de mi bello El Socorro, cuando mi tía Tilcia no podía estar en el aula por alguna función importante; de ella y de esos momentos recuerdo que al aula el maestro no llega a improvisar y que una clase bien preparada motiva hasta el alumno más difícil; verlos por la calle y escuchar que te llamaban con un profundo respeto: *maestro*, ante la mirada atónita de sus padres era una experiencia maravillosa, así uno fuera cargando una escalera y siguiéndole los pasos a otro maestro: mi Nono.

Las mejores lecciones pedagógicas, didácticas y administrativas las he aprendido de la vida misma, esas que me permitieron acercarme unos años después a explicarles a mis compañeros los temas que no conocían.

Como no reconocer que mientras participaba preparándome en la feria de la ciencia, en los intercolegiados, en teatro, en la Cruz Roja, en alguna actividad académica institucional, me estaba formando para este maravilloso ejercicio de ser maestro, cuántas veces durante mi formación tecnológica me veía envuelto en las aulas explicándole a mis compañeros aquellos temas que me apasionaba y manejaba.

Había podido alcanzar mi sueño, vivía en un sector rural de Vegachí y me veía rodeado de amor, de trabajadores, de amigos, de cultivos de caña, de guanábanas, de naranjas, de ganado, de caballos, de gallinas y de huevos; y estaba lejos de aquellas cosas que en su momento odiaba y sin embargo hasta allá fueron a buscarme para que trabajaré con jóvenes que se formaban como tecnólogos en Yalí, he hice una excepción a mi promesa con el pretexto de que estaría formando adultos para el campo y volví a las aulas [...]

Por esas cosas políticas de la vida terminé, dos años más tarde, capacitando campesinos de programas de extensión en cultivo de caña y viendo los rostros alegres de campesinos que viniendo desde lejos veían fructíferos sus desplazamientos [...] promesas políticas y frustraciones [...] y una mañana de 1996 mis ojos veían como unos estudiantes de la media técnica agropecuaria del LIPAEG¹ hacían un paro por falta de su maestros de la especialidad y se tomaban la Alcaldía del pueblo; después de eso viaje a Medellín he iba para la Secretaría de Agricultura en el quinto piso de la Gobernación, donde los tecnólogos agropecuarios de la época encontrábamos opciones laborales en Urabá y otras regiones del departamento; por *error* caminé más allá del pasillo, donde existe aún hoy una barrera invisible con la Secretaría de Educación, entré a ésta y no he salido de allí. Fui motivado por la vida y la oportunidad, presenté así el concurso a la carrera docente, lo gané y acepté el reto de participar en la formación de esos muchachos, mis chatos [...]

Fue así como un 26 de marzo de 1996 ingresé a la carrera docente con la esperanza de que iba a transmitir lo que me gustaba, a llevar el campo a esa población que estaba interesada por hacer parte de él, pero también asumí el reto de formarme profesionalmente y aproveche una opción en la Corporación Universitaria Lasallista de Medellín, para crecer en pedagogía y didáctica, cuando terminé este proceso de formación me encontré nuevamente cerca las rodillas de mi abuela Elvia, viendo su felicidad, porque yo había terminado una licenciatura y ella como normalista se sentía orgullosa de que yo estuviera haciendo parte de esa historia.

Luego llegaron mis hijos, Ana María y Felipe, que me motivaron en ese arte de ser papá, primer maestro, y los desafíos de hacer de ellos mejores seres humanos, competentes, ciudadanos. Ellos mismos y su difícil proceso de ser con lo demás y con los demás, esa es de las mayores satisfacciones de la vida y que no tiene límite en la compinchería.

¹ Liceo Pedro Antonio Elejalde Gaviria de Frontino.

Los desafíos que trae la carrera docente me arrojaron a hacer de directivo docente y contribuir con los procesos institucionales y municipales, me llevaron a especializarme en gerencia educativa con la Universidad Católica de Manizales y desde Frontino en esa escuela y más al lado de los mejores que siempre promovieron los liderazgos, como Director de Núcleo y Secretario de Educación, descubrí en los procesos sociales el poder transformador de la gente y aprendí de Guillermo² la participación y la no violencia y de Gilberto³ el empoderamiento ciudadano y la educación, con ellos aprendí cuál era ese compromiso social que tenían y aún tenemos los maestros con Antioquia, eso me ha retado a formarme cada día más y a tener cierta sensibilidad frente al proceso educativo, el mismo que creo que no he podido romper ni siquiera en estos caminos directivos y que sigo pegado como a esa teta llenándome de compromisos, pero también de responsabilidades con las comunidades con que interactúo.

Aprendemos de lo bueno y de lo malo, ¿cómo olvidar cada momento de la vida que nos ha marcado, tallado o pulido, para ser lo que hoy somos y llegar hasta donde hemos llegado? en muchos momentos de ella no valoramos lo que estaba sucediendo en nuestra historia e incluso nos desanimamos, nos desmotivamos y hasta actuamos irreverente e irracionalmente, pero con el paso del tiempo estos aprendizajes se hacen más valiosos.

¿Cómo no reconocer que en la vida cada paso que damos nos enfrenta con esta maravillosa experiencia de ser maestro? la misma que ha llenado de significados cada momento de la existencia, reconocer la enseñanza de mi madre quien entre achote y agua recogida me enseñaba la importancia de aprender de la cocina, del aseo; mientras mi padre estudiaba juicios, o cuidaba de mi hermana o coleccionaba *culebras* en frascos de vidrio transparente entre formol.

Como en la experiencia intercultural, un aprendizaje de la misma vida; el respeto, la valoración por la diferencia, entre niños la vida se hace entre juegos que se comparten, sin tratos distintos entre comunidades negras, cholos y colonos (cómo nos llamaban a nosotros), no vivíamos ningún tipo de discriminación (palabra que aprendí muy mayor), éramos tan iguales pero a la vez tan distintos, que era esa mezcla de cosas raras que uno en la infancia no comprende, que hacía que nos valoráramos más, hasta hacernos familia; no era solo el color de la piel, no era solo los rasgos físicos de cada uno, no era solo la forma como nos vestíamos, era también la interacción que hacíamos en torno a los juegos diferentes de cada cultura, en torno a los alimentos que compartíamos con gusto, a la religiosidad propia que celebrábamos con rareza, a cómo enfrentábamos las enfermedades y también particularmente la forma como celebrábamos el rito de la muerte (tan alegre, tan simple y tan lleno de dolor); era esa riqueza cultural la que, empezando mis años de escuela, me encontré en un paraje maravilloso de las selvas colombianas.

¿Cómo olvidar el susto que nos daba el cuarto oscuro, del Colegio Divino Niño en Chinchiná? que años después descubrí que no era más que una alacena de la casa, donde guardaban cosas importantes; pero también en ese lugar estaba el acto de fe de Doña Ofelia, mi maestra, que leía en mis garabatos las primeras

² Guillermo Gaviria Correa (1952 – 2003).

³ Gilberto Echeverri Mejía (1936 – 2003).

lecciones de español, las mismas que ni siquiera yo reconocía cuando llegaba a casa de mi abuela y ella me preguntaba “¿cómo le fue mijo?, ¿qué aprendió hoy?, ¿qué tareas tienes?”. Preguntas poderosas que encontraban respuestas hasta que ella decía abrir el cuaderno; eso hacía que mi abuela visitara la compañera de sus estudios normalistas, no más que media cuadra, para conocer de primera mano las tareas que tenía que llevar al otro día.

Aún recuerdo las uñas del *profe Conrado* que creían que me iban a hacer aprender las tablas de multiplicar (que confieso públicamente aún no sé, ni me interesan), al lado de la mirada y los abrazos cálidos de doña Argensola que me tenía toda la paciencia del mundo para poder desarrollar mi competencia lógica en el campo matemático en la Escuela Francisco José de Caldas en Chinchiná.

La experiencia errante de mi padre, como decía mi mamá, nos llevó a conocer diferentes territorios y diferentes sistemas escolares; empecé mis años en la parte sur del Chocó y norte del Valle del Cauca; de ahí pasamos al eje cafetero, Chinchiná la tierra que me vio nacer; luego subimos a Manizales unos cuantos kilómetros más cercanos del corazón; y de ahí nos trasladamos a El Socorro, una hermosa región donde se celebró la gesta comunera, y que revolucionó mi corazón al punto que lo extendió hasta él; después llegué a Yondó, en su momento Casabe y allí tuve la oportunidad de hacerme bachiller agropecuario (por esas cosas técnicas que no entendí al título de mi cohorte y a las siguientes le quitaron el *técnico*); después, con nudos en el corazón y en el alma viajamos a Frontino, que nos recibió dulce, cálida y cordialmente haciendo honor a su lema y a su vivir; y después la Medellín que nos permitió fortalecer académicamente el ser de maestro.

¿Cómo no recordar a mi maestra olvidada, con ese bello rostro afro, de mi primera escuela en el Bajo Calima? ¿cómo no recordar esa escuela, sus niños, sus contextos, sus juegos y sus enseñanzas; cómo olvidar la escuela que me recibió después de salir de mi familia donde me metieron solamente para que siguiera detrás de Andrés Eduardo, mi primo, y no me quedara llorando en la casa? pero me gustó tanto que me quedé con Doña Ofelia; ¿cómo no recordar cuando salí de un colegio privado a un colegio público? y eran muchos los maestros y más los niños y otras diferencias que se encontraban, que estaban allá las uñas de Don Conrado pero también los abrazos de Argensola y sus palabras de aliento porque creía que yo podía ser alguien importante, y me las repitió tanto que hasta me lo creí.

¿Cómo olvidar a mi maestra Esmeralda en la Escuela Antonio Ricaurte de Manizales, que en medio del frío y del hambre era consciente de eso y nunca me desamparó? estuve allá poco tiempo (el más corto de todos) pero que recuerdo tan importante el que dejó en mí.

Imposible no recordar a mis maestro de El Socorro, otra vez allá me recibió un colegio privado, la Escuela San Rafael, más que porque hubieran cupos, era por la buena fama de mi familia en términos académicos, la misma que para las calificaciones que me entregaron al terminar el año creo que defraude, sobre todo cuando le notificaron a mi Nono⁴ que el año siguiente ya no tendría cupo allá; no les valió a las monjas que fuera muy bueno en Historia sagrada (aprendida a través de

⁴ Nono: término de la región de los santanderes y cundiboyacense que significa abuelo (nona: abuela), pero cuando hablo de “Nono” no solo es hablar de “abuelo”, sino de Don Martín Uribe Arcila y todo lo que él es.

las imágenes y sentado en las rodillas de mi abuela), o en teatro y que cantara muy bonito o que rezara mucho mejor de lo que actuaba y cantaba; cómo olvidar el paso por la Escuela John F. Kennedy donde tuve la posibilidad de perder un año, pero les voy a decir la verdad: aprendí más de las calles (en las mismas que mi Nono me encontró jugando maras⁵ y sin su permiso) y de mis amigos que lo que aprendí en ese año en la escuela a pesar que celebramos el Bicentenario de la Revolución Comunera⁶ y con pasión aprendí fechas, nombres, hechos, me disfrace, pintamos, hicimos murales, marchamos y aprendimos, y sin embargo mi profesora en enero del siguiente año me permitió realizar las habilitaciones que no sé si gane porque respondí correctamente a ellas o me permitió pasar por compasión, más cuando le conté que me desplazaría a estudiar a otra parte del país, donde estaría más cerca de mis padres y hermanas.

Me fui⁷ a ese Yondó maravilloso con la Escuela La Patria donde me recibieron habiendo ganado un quinto pero terminé repitiendo el mismo, porque a unos amigos de mi mamá que acababa de conocer llamados *Toño* y *Chalo*, como buena paísa, esos amigos que se hacen en un segundo, le recomendaron que era mejor que yo repitiera el quinto para que pudiera hacer un buen bachillerato; la verdad la experiencia fue bonita, pero no tanto por repetir lo que ya sabía (que eso me ganó en la escuela buena fama) si no porque tuve la posibilidad de estudiar interno en las residencias estudiantiles⁸ del I.T.A.⁹ de Yondó.

A mis escasos diez años yo había logrado la *emancipación*, viviría lejos de mis padres y familiares, así ellos mandarían o traerían cada mes la plata y demás elementos para sostenerme; cómo no recordar a mi maestra Leila que me recibió, como no recordar esa escuela sin mallas y sin límites y sus niños; mis compañeros de internado y especialmente a ellas, las mismas que me permitieron ver (sin su consentimiento) así sea de lejos unas tetas muy distintas a las que me habían amamantado cuando niño, o a las que había visto de sobra en el pacífico o en mi familia (pero esas nunca cuentan).

Cómo olvidar la experiencia en el I.T.A. de Yondó, esa que cogió todo lo que yo había hecho durante mi vida y fue capaz de ponerlo en el aula de clase, allá donde los maestros preguntaban para que uno chicaneara, para demostrar que sabíamos y no para corcharnos o ponernos a perder; allá donde nos permitieron poner en contacto con las áreas, que eran muchas y experimentales, porque decían que así era el colegio: la experiencia de la vida, allá recordé a mi papá mientras estudiaba en las altas horas de la noche sentado en su escritorio con una vela sus guías de agronomía; allá aprendí del campo en compañía de otros venidos de tierras lejanas del norte, del sur, del este y el oeste; aprendimos de cultivos, de la cultura ganadera y de tantas otras formas de explotación agropecuaria y humana,

⁵ Bolas o canicas de vidrio

⁶ El 16 de marzo de 1781 una mujer, Manuela Beltrán, rompió el edicto que obligaba al pueblo a pagar las nuevas contribuciones a la corona, mientras el pueblo gritaba “viva el Rey y muera el mal gobierno. No queremos pagar la armada de Barlovento”

⁷ Yo solo, porque mis papás y hermanas se quedaron en la Hacienda La Ponderosa en Barrancabermeja.

⁸ Esa experiencia es indescriptible, es como el carnaval de Barranquilla: “Quien lo goza, es quien lo vive”

⁹ Instituto Técnico Agropecuario de Yondó

aprendimos lo que era hacer un paro, que era el Manifiesto comunista, El Capital, La Cátedra Bolivariana (no de la que tanto huimos hoy, sino la vida de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Palacios Ponte y Blanco), del libro Guerra de guerrillas (aprendí que era la guerrilla y que no eran tan malos como los querían hacer ver y que no habían sido paridos por la vida, porque sí, sino que habían llegado a esa condición por causas sociales que hoy son difíciles de comprender por algunos, pero que también eran muy malos), de inseminar, inyectar, castrar, a conducir tractor y usar las herramientas de arado, a fumigar, a sembrar y cosechar y muchas cosas más que me han servido en la vida.

Aprendí de Leila, de Toño y Gonzalo, de Esmeralda, de Sonia, de Silvia, de Margot, de Miranda, de Polo, de Pico, de Ángela y Diego los rectores y de Chalo, que nos permitía volarnos de las aulas de clase durante química para irnos a un lugar cercano y aprender a bailar, y de muchos maestros más.

En Frontino fue donde aprendí de Liderazgo (con mayúscula) al lado de los mejores Aprendí de Clara, de Héctor, de Horacio, de Ninfa, de Bernardo, de Ramón, de César, de Luz Mery, de Piedad, de Nena, de Doña Gabriela (sí, de esa grande que secuestraron y mataron), de mis compañeros Beatriz, Alma, Fabiolas, Elizabeth, Nayibi, Tista, Héctor Javier, Jorge, Alfredo, Jairo y Delfa Luz, Estella, Diana, Joselito, Maribel, Carlos Mario, Jorge, el viejo Aníbal y su hija Silvia (mi Chata) y de mi amigo Benhur; pero también de Alba, José Luis, Álbaro (con b), Hilder, Fanny, Inés, Jaime, Liliana, así como de cada uno de mis compañeros maestros de Frontino y muchos otros que empezaron a identificar en un joven tímido un líder que era capaz de ponerse en aprietos por defender las posiciones de otros, así le sacaran ampolla a los que incomodaba.

Aprendí de mis compañeros Juan Fernando Sierra, Alberto Yarumo y Fernando el Culebrero y otros como tecnólogo agropecuario; Aníbal y de Gloria Cecilia en la licenciatura; de Nena y Ester Marina en la especialización; de Zefirelly, Petronio, Alfredo Manuel, Alfredo Miguel, Ariel, Sandra, Diana, Dora Margoth, Flor Ángela, Hernando, Fredy Alonso, Gloria Patricia, Jesús, Jhony, Ruth Lucena, Sergio, Sonia Margarita, Oscar Álvaro, José Luis, Mauricio y Luz Ángela con quienes hice mi maestría en educación en la Universidad de Medellín; de los maestros Jorge, Gabriel, Norely, Claudia y Solbey y aprendo de todos los que me permiten estar a su lado y ser quien soy.

Después de una reflexión profunda y tranquila sobre esa pregunta poderosa de porque decidí ser maestro he descubierto que a todo lo largo de mi vida, está me preparaba para este servicio fundamental que hoy disfruto, con mucho amor y compromiso, cada uno de los hechos de esta narrativa y algunos otros que he podido olvidar han configurado al maestro que soy yo.

Esos intercambios de culturas me permean en cada uno de mis comportamientos, esa diversidad cultural y social de donde he vivido me ha permitido comprender qué Colombia es mucho más que lo que dicen los libros de historia y de geografía, lo que cuentan los periódicos y las revistas y las noticias de televisión, que se vieron en blanco, negro y grises hasta llegar a los colores; Colombia es tan diversa, tan multicultural y a la vez tan rica y miserable, que eso es lo que me permite construir mi maestro crítico que habita en mí y a veces la reflexión incomprendida que trato de hacer con mis pupilos para que sientan que más allá de

donde pisan hay toda una riqueza por conocer y bajo sus pies un mundo de oportunidades.

El hacer de cada experiencia, de cada relación y de cada acción un punto de aprendizaje, la vida se convierte en una escuela que difícilmente alguna universidad pueda compilar, pero esa experiencia de vida configurada con los escenarios académicos en que he podido participar han dado sentido y significancia a muchas de mis prácticas implementadas y al discurso académico que acompaña mi ser de directivo docente y de investigador; la universidad desde la experiencia de la Licenciatura en Pedagogía y Didáctica hasta la maestría y estoy seguro que en el proceso doctoral, dan elementos para realizar una mejor gestión escolar y educativa y poder compartir la experiencia y los aprendizajes de la vida con pares que buscan el mejoramiento continuo de sus procesos, así como aprender de ellos y de sus buenas prácticas.

Las relaciones juegan un papel fundamental o lo largo de la historia, estás en medio de las adversidades y también de los beneplácitos me dan elementos para comprender las subjetividades y poderse insertarme en la cultura y contribuir en su transformación.

La acción constante en beneficio de los procesos educativos y escolares vividos a partir de la gestión escolar y del acompañamiento de procesos educativos, de carácter regional, local y nacional, hacen que lo aprendido tenga sentido, porque se descubre un nivel de competencia con relación al saber y el contexto en el que interactuamos.

Son muchos los logros, las recompensas y las satisfacciones que me ha generado la carrera del magisterio, si bien era cierto en mis primeros años nunca contemple la opción de ser maestro, hoy doy gracias a Dios por permitirme encontrarme con mi vocación y sentirme pleno, feliz, comprometido y realizado en esta sencilla tarea que realizó desde la cotidianidad; encontrar hoy algunas personas que fueron tocadas por mí en el pasado y escucharle decir que aún en sus vidas están los aprendizajes significativos que me motivaron en su momento es más que gratificante; así, como interactuar con pares y que ellos reconozcan (lo que para uno puede parecer desapercibido) un cambio permanente, radical y positivo en el ejercicio de ser maestro es una recompensa invaluable. y así como pegado a esa teta descubrí la importancia del ser maestro, desde mis padres, hoy miro a mis hijos y me siento satisfecho porque en el fondo de mi ser, descubro que mi tarea con ellos está siendo más eficiente y prolifera que la que haya podido tener al lado de otras personas.

Al lado de la Universidad Lasallista con mis maestros en el proceso de licenciatura y haciendo mi primer proceso investigativo serio en educación, para poder optar con el título de licenciado (el mismo al que hace poco, desde una posición neutral, tuve la posibilidad de evaluar satisfactoriamente) descubrir la importancia del maestro investigador, pero también ejecutor, que es capaz de transformar realidades y de construir sueños; durante ese proceso aprendí casi de memoria e instantáneamente una frase de Pestalozzi que se convirtió a lo largo de mi vida en un mandato de mi ser de maestro, de esta recuerdo: *para transformar a la persona hay que amarla, nuestra capacidad de transformación solo llega hasta donde llegue nuestra capacidad de amar*, que acompañada con las palabras de

Juan Bautista de La Salle *buen ejemplo* y *vigilancia* con buen trato han marcado al directivo docente y maestro que soy.

Esas frases hoy, con la nostalgia de los años y el discurso de mis discípulos, coge más sentido porque realmente mi nivel de exigencia y compromiso con ellos, más que por un cuento salarial y de obligación con mi nominador, era porque los amaba y amo profundamente y deseo que cada vez que se encuentren con un maestro este tenga la misma capacidad de amarlos, para que ellos voluntariamente sean capaces de transformarse; también descubrí que esa transformación no se da junto al proceso de formación, sino con el paso del tiempo cuando muchas cosas se decantan y solo queda lo importante, que es aquello que nos pone competentes con el contexto y nos hace descubrir cuando somos capaz de solucionar los problemas, que lo que vimos algún tiempo atrás al lado de un maestro no sirvió y nos transformó.

Los aprendizajes que obtenemos al estar en contacto con los más próximos, muchas veces pasan desapercibidos, pero cuando uno le hace evaluación al proceso vital descubre que esos que muchas veces parecían poco importantes terminan dándote las mejores lecciones de vida; crecer al lado de mis hermanas, viéndolas de manera esporádica, porque lamentablemente por una cultura un tanto patriarcal y las oportunidades que a veces tienden a dársele más a los hombres que las mujeres, tuve el privilegio de ir a estudiar a otros lugares lejos de la presencia de mis papás y de ellas; en el tiempo que interactuaba con ellas se fueron desarrollando experiencias que en la vida se han convertido en aprendizajes muy significativos que dejan ver quiénes son mis hermanas.

Marcela, la de los grandes temores e inseguridades, es la que hoy nos da la garantía y la seguridad a toda la familia con el cuidado de nuestros padres, aquella de la que esperábamos poco terminó dándonos todo, la entrega desinteresada por nuestros papás y la seguridad para nosotros poder desarrollar nuestros sueños, esos proyectos de vida, un tanto distante de esta responsabilidad. Hoy reconozco que es sido poco agradecido con su entrega y sacrificio por el bien no solo de mis papás, sino de toda la familia, algo importante que forma parte de todo maestro. Aprendí a su lado que la discapacidad no es una barrera, ni un obstáculo; de ella, quien escondía sus manos cuando niña, aprendí que el arte brota desde el amor y la voluntad, que la actitud no tiene límites, que sus producciones son valiosísimas, no solo por el valor que le pagan sino por lo que de ella queda en cada uno de sus *hijos* de hilos, lanas y pensamientos.

La otra experiencia muy cercana es la de mi hermana Luisa Fernanda, a quién realmente le reconozco el título de *maestra* en toda su expresión, durante mis años de vida no he conocido una persona más convencida de la importancia de la educación y del rol del ser maestro, que ella encarna en todo su ser. Ella, quien terminó en una Normal¹⁰ su bachillerato académico *con profundización en pedagogía* (como ella recalca con cierto tonito) y vio frustrado durante muchos años (dieciocho de una larga espera) su oportunidad de hacer el ciclo complementario, quién cuándo trabajo en un jardín infantil optó por hacer una Licenciatura en Educación Especial y con unas notas excelentes, se tuvo que retirar para hacer una opción importante por su familia, ¡se casó!; de ella quién a una edad tardía pudo

¹⁰ Escuela Normal Superior Miguel Ángel Álvarez de Frontino.

culminar su ciclo de formación complementaria y hacerse Normalista Superior¹¹, a ella tengo que reconocerle las técnicas, los recursos, las oportunidades, las grandes iniciativas, el hacerse uno más con los niños en el aula de clase, y ser uno y todo con sus compañeros, al estar dispuesta siempre para atender todas las eventualidades que se presenten; de ella he aprendido que en el bolso de un maestro no pueden faltar algunos elementos vitales, es así como de su morral salen mapamundis, reglas, colores, crayolas, lápices, plastilina, diccionarios, libros de diferentes áreas; pero también pareciera una boticaria, porque tiene medicamentos para todas las afecciones (ninguno contraindicado), elementos para hacer curaciones, artículos deportivos, artículos culturales; del bolso de *Miss Lu*, como le dicen sus alumnos, salen muchas cosas mágicas que hacen posible que el maestro sea más integral en la experiencia de la educación y que sus alumnos lleguen a sus casa y motiven a papás a escribirle cartas de amor y de las otras que hacen reconocimiento de su servicio; no he conocido en mi carrera docente un maestro más completo, integral, con tanta vocación y con tanto amor y tan pródigo con lo que hace como ella, *Miss Lu*; por eso no es raro que durante muchos meses del año esté muy ocupada pero desempleada.

Pasan por mi memoria muchas cosas más que motivan responder al por qué hoy soy maestro, experiencias bellas en la Pastoral juvenil, al lado de Juan Pablo II y otros amigos más, que nos llevaron a comprometernos por los jóvenes, aprendiendo de Don Juan Bosco cuando recordaba que *con los jóvenes no siempre se logra lo que se quiere, pero nunca se pierde lo que se hace*; cómo olvidar los viajes sin fronteras que te marcan el alma y te enseñan a valorar quién eres y de dónde vienes, que te fortalecen en ser un contador de historias y transformador de adversidades, que te llevan a valorar más el ser maestro, así se gane menos que un profesional agropecuario y se cargue de más estrés; como olvidar a los tíos de ambas casas madres que tanto te marcan y a los amores y desamores (platónicos y reales) que hacen más llenos de color los escenarios y la vida; pero hasta eso aprendí de un maestro, de mi tío Luis Evelio, quien nos había dicho que trabajaría hasta el día que le llegara la plata de su pensión y así lo hizo, al otro día y desde ese día nunca más volvió como maestro a un colegio o universidad, así nunca deje de serlo, de él aprendimos que todo tiene un punto final y es el final, y que hay otros signos de puntuación que deben ser utilizados correctamente (lección que aún sigo aprendiendo).

Y al terminar este texto, que creo es más un respiro de vanidad que una respuesta académica, mi madre exclama que pegados a esas tetas pudo educar tres hijos y tres maestros de los cuales ella y mi padre (que ni asintió, ni disintió) se sienten orgullosos y que está segura que si son muy buenas personas y sobre todo buenos ciudadanos.

¹¹ En la Escuela Normal Superior de Envigado.

EL DEPORTE, UNA PUERTA

Maryori Bedoya Vargas

Cada que pienso en algún tema para relatar sobre mi práctica docente, la verdad no encuentro nada que me parezca trascendental. Cuando se tiene la oportunidad de conversar con colegas que llevan años y lugares recorridos de experiencia, me he podido dar cuenta que hay situaciones más complejas (hasta peligrosas) que las que yo he vivido, también que su pasión los ha llevado a producir aprendizajes realmente valiosos con sus niños; y es que esta profesión es tan grande y se espera tanto de nosotros, que me lleva a preguntarme ¿Si estaré haciendo bien mi trabajo? ¿Si estaré dejando huella en mis niños? Porque finalmente más allá de transmitir un conocimiento específico, lo que siempre he pretendido es acompañar a hijos un poco abandonados, dar luz a jóvenes que no saben por qué rumbo tomar, mostrarles que aprender no es tan duro o aburrido, garantizar que siempre hay otras formas más optimistas de llevar la vida, exponer la demanda social por personas proactivas y emprendedoras, situar la escuela como un espacio para escapar de los problemas y enseñar cómo sacar las máximas ganancias tanto a nivel del saber cómo del ser entre otros.

Hoy, al escribir esto, recuerdo un estudiante que me daba las gracias hace un par de meses diciendo: “si no fuera por usted yo no hubiera conocido Anzá y Liborina; cuando estoy corriendo en los entrenamientos de atletismo, recuerdo que usted me dijo que yo era capaz de cualquier cosa que me propusiera, que yo era muy bueno”. Este chico es alguien que ha participado en cada una de las actividades deportivas que yo he realizado en la institución desde que llegué. Estuvo en el equipo de baloncesto con el que viajamos a la fase de occidente este año y actualmente se encuentra entrenando para representar al municipio en los regionales de atletismo. Con respecto a esto me gustaría resaltar que la mayoría de estos niños no escuchan muchas palabras de aliento en sus casas, ni siquiera cuando obtienen buenas notas en el colegio.

Por consiguiente, siento que en esta comunidad mi aporte se ha evidenciado en la parte deportiva desde la representación de la institución y recreativa con actividades externas al colegio realizadas con la comunidad.

Todo esto comenzó tratando de mostrar a los chicos que los balones no solamente se utilizaban para chutar a un arco, se inician los entrenamientos de baloncesto (deporte que he practicado a nivel competitivo desde niña), a los cuales asisten con mucho entusiasmo y responsabilidad durante el primer año, 2016, a pesar de no ser muy frecuentes. El siguiente año, los estudiantes muestran deseos de participar en los juegos intercolegiados supérate, donde logro inscribir dos equipos masculinos de micro-fútbol, el equipo femenino de baloncesto y tres niñas en atletismo. De la fase inicial logran clasificar a la eliminatoria por subregión dos niñas de atletismo y viajan dos niñas del equipo de baloncesto a reforzar al equipo municipal. Toda esta experiencia llena de curiosidad y expectativas a la mayoría de los estudiantes del colegio para el año que venía, 2018.

Este año debí hacer una eliminatoria más exhaustiva para seleccionar los estudiantes que iban a participar en los juegos intercolegiados. En el 2018, inscribimos para participar un equipo masculino de micro-fútbol, un equipo

masculino de baloncesto y 6 niñas en atletismo, una de ellas repetía del año anterior y daba muy buenos augurios de ganar este año. Cuando fuimos a la primera fase en la cabecera municipal, como siempre la parte de micro-fútbol estuvo muy dura y lastimosamente no logramos clasificar a la siguiente fase, pero en los otros dos deportes, los resultados fueron muy positivos: en baloncesto pasamos a la fase de la subregión de occidente y las seis niñas de atletismo también clasificaron incluso teniendo mejores tiempos que las que entrenan dos o tres veces a la semana con el entrenador del municipio.

Todos los niños estaban muy ansiosos preguntando que seguía, para dónde iban; conviene subrayar, que no es fácil ni favorable salir de la vereda, por lo que los muchachos no conocen muchos lugares diferentes del pueblo más cercano, donde los llevan a hacer sus diligencias solo cuando es estrictamente necesario. La buena noticia no demoró en llegar, el clasificatorio de la subregión sería en Liborina al llegar de vacaciones de mitad de año; el viaje fue aplazado en 3 ocasiones, pero ellos no perdían el entusiasmo, pendientes cuando llegaría el día.

Finalmente, llegó el momento, era un jueves y tanto niños como niñas debían estar listos en el colegio con sus maletas y uniformes del colegio, sin olvidar colchonetas, trastos e implementos personales. El resto de los compañeros los miraban, les preguntaban, les deseaban suerte, el acontecimiento movió toda la población estudiantil ya que el año anterior no habían visto a las niñas partir. Personalmente, puedo decir que ésta sería una experiencia que me marcaría para toda la vida sin esperarlo pues tener a cargo a niños y niñas en un ambiente donde ellos no estaban acostumbrados, sin papás (que lógicamente confiaban en mí), en un espacio más grande que el propio y aparte de todo tener las palabras correctas listas, para el momento que ellos obtuvieran resultados que no esperaban en las competencias deportivas, sería un trabajo más complejo que estar en clase.

Llegamos a Liborina alrededor de la 1:00 p.m., y empezaron los dilemas, había un colegio para hospedar a los niños y otro para hospedar a las niñas; lógicamente yo no podía partirme en dos, mucho menos separarlos para no dejar solos a ninguno de los equipos (baloncesto y atletismo); logré que nos dejaran quedar en el colegio asignado para varones, luego me dicen que no hay almuerzo para los niños porque no había llegado el delegado con la papelería ¡Dios! ¿Cómo los dejaba yo sin comer en su primer día? Ya iban a empezar a aburrirse y la idea era ofrecerles una experiencia inolvidable independiente de los resultados que obtuvieran. Así pues, hice lo que hubiera hecho cualquier profesional en mi campo que ama lo que hace, salí a buscarles algo de comer y lo asumí de mi bolsillo. Afortunadamente, ya habían mecateado tanto que el sánduche con yogurt que les ofrecí fue suficiente para ir a la inauguración y esperar una cena decente. A continuación, tuvimos una charla sobre los términos del viaje: quería dejarles claro que el objetivo no era quedar campeones, sino sacarle el máximo provecho a la experiencia; que ganáramos o perdiéramos ya habíamos llegado muy lejos y que lo importante era conocer un poco más del deporte, del lugar donde estábamos, de las personas que nos rodeaban y que nunca se pusieran tristes si otros ganaban, porque en otros lugares los muchachos se preparaban y entrenaban más que nosotros. También acordamos que nunca debían andar solos y siempre debían comunicarme dónde estaban y con quienes, ellos estuvieron de acuerdo en todo.

Durante la inauguración de los juegos se comportaron muy bien, esa es una característica que amo de los niños en este contexto, son muy obedientes y tímidos en situaciones ajenas a su rutina. Estaban tan contentos con los uniformes que les dieron para desfilas y jugar, miraban la cantidad de deportistas de otros lugares que los rodeaban y podías notar en sus rostros la sorpresa y la alegría que les producía estar allí. No estaban acostumbrados a que se hiciera desfile, tocaran bandas, se prendieran juegos pirotécnicos y la gente del pueblo saliera a verlos, eran tan foráneos a la experiencia, que siendo un equipo de baloncesto algunos iban con guayos de micro-fútbol, no llevaban las medias que se exigen y olvidaron quitarse la gorra durante los himnos; se cuidaban unos a otros y estaban pendientes que no faltara nadie cuando íbamos a comer o a salir (para el restaurante si nos tocaba separarnos, los niños a un colegio y las niñas a otro).

El hospedaje fue un poco incómodo porque en el colegio donde se estaban quedando todos los equipos masculinos, el ambiente era un poco pesado y desagradable en cuanto al aseo. Sin embargo, nos organizamos para que las niñas nunca fueran al baño solas, para reportar cualquier salida al parque y para que todos estuvieran listos para dormir a la misma hora. Ante todo, estábamos en una competencia deportiva, compartiendo el salón con los chicos de atletismo y había que respetar.

Al día siguiente, las niñas se fueron con el equipo de atletismo para el parque donde se realizaban las carreras y nosotros teníamos el primer partido, ellos estaban en shock al ver la estatura y la técnica de sus rivales, yo también estaba nerviosa porque era mi primer partido oficial como entrenadora. Allí estaban varias personas del medio que me conocían como deportista desde que era una niña y todo esto se sentía bizarro para mí. Afortunadamente, los chicos recibieron mucho apoyo de las niñas del equipo femenino que venían de otro colegio en la cabecera municipal, pero ya me conocían y habían jugado con las niñas de mi colegio. Los chicos no se rindieron durante el partido y a pesar de perder seguían con la ansiedad y la curiosidad de que seguía, ¿cuál era el próximo equipo, que equipos estaban participando, ¿cómo estaban formados los grupos, ¿cuáles eran los equipos más difíciles? mejor dicho, ya estaban metidos en el cuento.

Cada una de las chicas de atletismo debía competir en 2 pruebas diferentes y no todas corrían todos los días. Debían estar desde las 6:30 a.m. en el parque a esperar su turno y si no les tocaba correr, les dije que se quedaran a animar a las compañeras que eso también era muy importante; igualmente, debían apoyar a los otros atletas del municipio pues todos eran un equipo y era vital que trataran de aprender al máximo tanto de los compañeros como del entrenador. Yo las acompañaba cuando me era posible, pues estar pendiente de los partidos de los chicos y de los fichos para las comidas, requería que estuviera de un lado para el otro.

Para resumir, los muchachos tenían 3 partidos de los cuales perdieron 2 y ganaron 1 por W. Con las muchachas fue un poco más interesante: de las 6 clasificaron 2 a la fase departamental en Medellín. Era muy enriquecedor para ellas porque cuando yo llegaba, me contaban cómo les iba y las trampas que hacían las corredoras de los otros equipos para ganar; también me decían sus conclusiones sobre por qué no ganaban o no les iba tan bien, me contaban cómo apoyaban a sus compañeras y de cómo casi ganaban; lógicamente a mí me tocaba la parte de

consuelo y justificación de sus derrotas, explicarles cómo funciona el deporte y la dedicación necesaria para ser bueno y llevar la delantera, que las otras competidoras tenían entrenadores e invertían tiempo para prepararse, mientras ellas solo corrían en los descansos por diversión. De las dos que clasificaron, una ya había tenido la experiencia el año anterior pero la otra fue una sorpresa total y el entrenador estaba maravillado con su desempeño. Ella estaba muy preocupada para seguir compitiendo porque no quería faltar más a clase, yo aproveché la situación para darle un discurso de cuando a uno le gusta algo y quiere ser bueno, tiene que dedicarse y hacer sacrificios, logré disuadirla y decidió continuar hasta donde sus capacidades se lo permitieran.

Y como todo no podía ser competencia, tuvimos la oportunidad de ir a conocer una vereda del pueblo muy bonita donde estuvimos en misa, comimos en la calle y bailamos, también asistimos a la fiesta de clausura con todos los deportistas y el último día retrasamos un poco la salida para ir a piscina. Los chicos siempre que van a un lugar más cálido que su vereda no pierden la oportunidad para *piscinar*. De regreso, paramos en el puente de occidente, lo recorrimos y tomamos algunas fotos; ninguno de nosotros había estado allí y era un lugar muy bonito digno de recordar. Para mí fue muy gratificante ver las expresiones en las caras de los niños cuando bajaban de la buseta; como todos no viven en la parte central de la vereda, iban descendiendo uno a uno en el camino y cada uno agradecía más que el anterior. El objetivo se había cumplido, habían vivido algo bonito, divertido y enriquecedor.

Particularmente, me gusta compartir con los estudiantes espacios diferentes al aula. Opino que se pueden conocer más a fondo y se pueden romper barreras en la relación estudiante-profesor. Durante esta experiencia tuve la oportunidad de interactuar más con chicos que no lo hago frecuentemente, porque no son los más participativos en mis áreas, probablemente porque no les gusten o se les dificulten más que las demás. También, se pueden apreciar sus intereses y facetas de su personalidad que no salen a relucir en actividades de tipo académico. Si hiciera un análisis de cada uno de los chicos que vivieron esta experiencia conmigo, podría describir una serie de factores, habilidades, capacidades y oportunidades de cada uno, quizá y espero que ellos puedan decir lo mí.

No obstante, el elemento a resaltar no es la interacción con los chicos. Quisiera hablar sobre algo que concluía en estas últimas semanas: gracias a la gestión y los procesos que se han hecho los últimos dos años, la escuela y los niños de la vereda han sido focalizados como atletas potenciales a futuro. El entrenador de atletismo del municipio ha buscado personalmente la forma de subir a entrenarlos y seleccionarlos para participar en estos próximos regionales. Incluso, antes de ser asignado por los programas de la Alcaldía; de hecho, les consiguió transporte para bajar a la cabecera municipal a entrenar los días sábados; ha visto tanto talento en mis niños, que tomó la iniciativa de venir y ofrecerles la oportunidad de competir y darse a conocer en otro deporte diferente del micro-fútbol (que era mi intención inicial también), de mostrarles que hay otras maneras de salir. Adicionalmente, los convida a competir en varios eventos en diferentes municipios de Antioquia y todos patrocinados por la administración municipal. ¿No es esto grandioso? Pasaron de ser la vereda más lejana, que incluso acude a otro municipio

para sus necesidades primarias, a ser tenidos en cuenta para representar el municipio sin importar la distancia para prepararlos.

Estamos en estas comunidades para dejar huella, para cambiar mentalidades pesimistas, abrir miradas sesgadas, iluminar futuros inciertos, abrir puertas a mundos desconocidos [...] todo lo que esté en mis manos para darles a los niños un motivo más para ir a la escuela cada día.

HUMANIZACIÓN DE LA EDUCACIÓN

Retos y desafíos del maestro de hoy

Mónica Betancur Álvarez

“Hablar de la escuela del futuro implica atender a los nuevos elementos de la sociedad global que tocan con la actividad escolar y que le exigen a la escuela profundos replanteamientos, no solo en su papel y su sentido histórico, sino además, en la manera de operar en los contextos culturales específicos; ya que no podemos olvidar que los desarrollos de la ciencia, la tecnología y la sociedad, son recontextualizados por las prácticas de maestros y alumnos desde los ámbitos culturales en los cuales construyen su vida.

Pensar la escuela hoy significa colocarse en cara a las nuevas realidades y entender de qué manera estas afectan el funcionamiento de la escuela [...]”
(Marco Raúl Mejía)

En la actualidad la educación colombiana se encuentra permanentemente en proceso de cambio y transformación, supeditada por el acontecer mismo de la realidad social de cada individuo, en este sentido las necesidades actuales requieren que la educación responda al mismo ritmo de las transformaciones sociales y culturales; los retos que enfrenta la educación son muchos, plantear soluciones y llevarlas a cabo debe ser un esfuerzo social, conjunto y coordinado; se requiere de un auténtico proceso de transformación, garantizando el derecho a la educación para todos en términos de equidad e igualdad social, realizando un verdadero proceso de integración escolar, asegurando el ingreso, la atención a la población, garantizando el aprendizaje y la participación de niños y jóvenes en la vida escolar.

La calidad de la educación implica responsabilidad y el compromiso de todos, de una manera especial de aquellos a quienes se les asigna tan sublime labor, el maestro es quien aporta significativamente con su desempeño al mejoramiento de la educación, a su vez contribuye en el desarrollo de la sociedad y por ende al progreso de cada individuo, en este sentido la escuela de hoy requiere del compromiso de todos para llevar a cabo unos verdaderos procesos de formación y humanización.

La escuela formadora es aquella que propicia el desarrollo integral de los estudiantes, la reflexión y el compromiso social del maestro para enseñarles a pensar y aprender no solo de los libros sino de la vida, de producir cambios mentales orientados a que cada persona aprenda por sí mismo acerca de sí mismo (Krishnamurti, citado por Colom y Melich, 1997). Es una intención formadora que pone sus esfuerzos en hacer que lo aprendido sea significativo y transformador del actuar humano, que perfila una escuela que en sí misma propone una comprensión del mundo, de sus relaciones y de las estructuras más adecuadas para vivir humanamente.

La escuela en su acción formativa y socializadora deberá responder a los retos actuales de la necesidad de construir una sociedad plural, democrática, incluyente, equitativa; en términos de Bárcena y Melich (1997), una escuela que conciba su práctica educativa como acontecimiento ético que, superando los marcos conceptuales que pretenden dejarla bajo el dominio de la mera planificación tecnológica, en donde lo único que cuenta son los logros y los resultados educativos

medibles a corto plazo, que se espera que los alumnos alcancen después de un período de tiempo, centre también su reflexión en el ser humano que educa, su historia, sus relaciones vitales, su aquí, su ahora y sus circunstancias, es decir, una escuela que desde su quehacer pedagógico lea las necesidades humanas requeridas para vivir la equidad, la inclusión y el reconocimiento de la diferencia, condiciones necesarias para la configuración de una sociedad democrática.

Dada la responsabilidad de la escuela como agente de cambio social debe ser formadora de hombres íntegros, personas respetuosas que practiquen los valores, vivan y convivan con el otro, ciudadanos comprometidos con su territorio para la construcción social y la transformación de su realidad.

La Educación necesita repensarse constantemente, para que responda a las exigencias y demandas de los educandos de cada época. Este desafío nos permite resaltando el desafío que tiene todo el sistema educativo de crear estructuras humanizadoras que tengan en cuenta: “El sentido de la educación es conservar y transmitir el amor intelectual a lo humano” (Savater, 1997:180). Los alumnos de hoy necesitan imperiosamente profesores con calidad humana, capaz de suplir las enormes carencias de la familia, la insensibilidad humana de la sociedad y la indiferencia del estado ante las necesidades y problemáticas del ciudadano.

La escuela necesita clarificar su propuesta de humanidad, empezando por constituirse en comunidad que vive la fraternidad que proclama, desde la convivencia, el respeto y la participación para compartir y vivir juntos transformarnos unos y otros; así debe ser el espacio educativo, un lugar donde se respeta al otro como legítimo otro, un lugar donde todos participan juntos en la construcción del conocimiento y donde se convive democráticamente.

Humanizar la sociedad desde la educación compromete al maestro a obrar decididamente como líder de acciones pedagógicas, esta tarea implica asumir nuevos retos como recuperar la educación como valor social, apropiarse del diálogo como principio educativo, asumir posturas críticas frente a la noción de calidad dominante y asumir la defensa de la educación como bien público y como objeto de conocimiento.

Quiero compartir la siguiente experiencia vivida en mi ejercicio docente en la Escuela Normal Superior Genoveva Díaz durante el año 2017 y 2018. El primer día de clases en el momento que ingrese al aula del grado décimo B y mi mirada se cruzó con la de Lina María Valencia Legarda, una joven con discapacidad sensorial auditiva. Mediante varios procesos de observación pude apreciar que la estudiante no se integraba al trabajo educativo en el área, que los estudiantes la discriminaban por la dificultad para comunicarse con ella y que como docente no estaba preparada para ofrecerle una educación acorde a sus necesidades, me sentí impotente para comunicarme con ella, pero al mismo tiempo sentí la necesidad de hacer algo por ella, entonces busqué los medios y mecanismos para vincularla en los procesos de formación y establecer vínculos afectivos y procesos de integración con sus compañeros. El contacto con Lina, su afecto y alegría me cautivaron como persona y profesional, cada vez sentía mayor deseo de aprender de ella y poderle aportar elementos importantes y valiosos para su vida; fue así como inicié un verdadero proceso de autoformación en lengua de señas, flexibilización curricular, vinculación de otros actores en el ámbito educativo, sensibilización a los estudiantes para

aceptarla y valorarla como una persona con muchas cualidades y talentos, iniciando así un verdadero proceso de integración social.

Con ella se logró vincular al personal idóneo en el proceso educativo, contando con la asesoría de la docente del aula de apoyo y una maestra en formación con conocimiento en la lengua de señas, se implementaron diversas estrategias de comunicación e integración y la participación activa de los estudiantes en actividades lúdicas y culturales a nivel institucional.

En clase de práctica pedagógica investigativa se diseñó un material didáctico visual con el alfabeto en lengua de señas para que todos tuviéramos la oportunidad de comunicarnos. Lina nos enseñó con paciencia la forma en que se representa cada una de las letras, demostrando su verdadera vocacionalidad ya que constantemente expresaba su deseo de ser profesora de niños pequeños porque ella manifestaba quererlos mucho, diciendo además que son muy cariñosos y siempre la aplauden cuando ella participa en eventos culturales y que eso la hace feliz. Lina se comunica con su cuerpo, en el brillo de sus ojos refleja la alegría que siente al interactuar con los demás al sentirse parte importante en el ámbito escolar, ella con sus gestos evalúa a sus compañeros expresando con una sonrisa que bien lo haces y, observa con asombro a quienes se equivocan queriendo corregirles y enseñarles de la mejor manera.

Esta experiencia me llena de orgullo y satisfacción al saber que he aportado de manera significativa en la vida de Lina y en la de otras personas, considero que es una experiencia invaluable porque la verdadera educación está en la felicidad de nuestros estudiantes y el placer que siente una maestra cuando quiere servir y aportar en la realización de cada uno de ellos. Me autoevalúo y reconozco que aún me falta mucho por aprender, para poder dar más de mí a los demás, la tarea está en adquirir más conocimiento, dominio y empoderamiento del lenguaje de señas para asumir cada uno de los retos y desafíos de la escuela de hoy.

La educación para las personas sordas es un derecho constitucional, por lo tanto, las personas sordas pueden participar de un proceso continuo de formación individual y colectivo que permita el acceso al conocimiento, a la exploración y promoción de su cultura; garantizar la inclusión social de los estudiantes sordos es un acto de humanización y un compromiso ético.

Para concluir, la escuela de hoy requiere de maestros que asuman los retos y desafíos de la educación realizando procesos de formación y humanización a partir de la valoración y el reconocimiento de cada individuo, creando lazos de amistad y afecto, adaptando la escuela a las condiciones y necesidades de los estudiantes, realizando procesos de formación desde la pedagogía del amor, identificando y superando las barreras de la discriminación y exclusión, generando procesos de enseñanza, aprendizaje y convivencia entre los miembros de la comunidad educativa, promoviendo el respeto, la participación, la integración, la vinculación de la familia, formando en valores para la construcción de una sociedad justa y pacífica y más humana.

Y TAMBIÉN RECIBIMOS DESPRECIOS

Wilson Luis Gallego Marín

Llevo dieciocho años en la Institución. Como docente siempre me ha gustado colaborar en los diferentes eventos y actos de la Institución, los cuales se llevan a cabo y tienen como propósito diversificar la labor docente y servir a los estudiantes.

Cuando se trata de manejar el sonido ahí estoy yo, que me considero un gomoso; además me gusta animar las actividades realizadas como maestro de ceremonia, jurado en actos cívicos y culturales, realizo trovas a dúo, colaboro en la ubicación del personal por filas en el lugar que le corresponde a cada grupo. Soy reconocido por las habilidades como organizador, tanto es así que cuando mis compañeros van a realizar algún evento me piden la colaboración para que les oriente y les ayude, es así como en la vida escolar me la paso haciendo actividades que me encantan y disfruto al máximo. Considero que el personal de la institución me respeta e identifica en mi experiencia, situación que redundo en el trabajo en equipo, la cooperación y el cariño que se enfatiza en cada evento.

Sin embargo, a pesar del empeño que ponemos a cada una de las actividades, estas no siempre son valoradas.

Algunos jóvenes de hoy en día son difíciles, y hasta podríamos decir irrespetuosos y trasgresores de la norma, pues desde su formación en casa no tienen muy claro el concepto de norma, de regla y la importancia del respeto y cumplimiento de la misma; es por ello que cuando se integran a la sociedad constantemente se mantienen en choque, lo que hace que sea necesario estar muy pendientes de ellos cada vez que se realiza un evento dentro o fuera de la institución; pareciera ser que les gusta que los docentes y directivos les estemos recordando constantemente las normas a cumplir, les pedimos que hagan silencio y tengan una posición adecuada.

En ocasiones me veo en situaciones apremiantes al igual que algunos compañeros, a que los jóvenes nos falten al respeto con altanerías y gestos desagradables que traen desde el hogar, circunstancia que da pie para que ellos cuando ingresan nuevos a la institución, se vean en dificultades con sus compañeros y docentes, pues llegan a violentar el manual de convivencia. Sin embargo, pese a todas las dificultades presentadas, sigo adelante aportando en la formación de los educandos de la institución para la cual laboro, siempre imprimo en cada actividad y en el día a día, la responsabilidad y sentido de pertenencia.

Soy un apasionado, que pide que en dichos actos se les reconozca a los estudiantes sus buenas acciones académicas, deportivas, tecnológicas, científicas, entre otras, porque pienso que a los seres humanos se les debe reconocer en vida y públicamente y no enjuiciar por una mínima causa.

Los docentes debemos tener otros talentos adicionales a los que nos orientan en la formación, ya que tanto en las normales como en las universidades no nos capacitan en esas competencias, pero estas se van adquiriendo en el diario vivir, para poder acompañar, orientar y guiar a estos educandos de hoy que se tornan tan difíciles.

DESPUÉS DE LA TRISTEZA VIENE LA DICHA

Yenny Bernice Moreno Mosquera

El dinero en un mundo capitalista y globalizado es imprescindible para la subsistencia del individuo, he ahí la marca más grande que tuve como docente, o mejor, la mayor prueba de mi vocación.

En el 2003-2004 ejercía como docente de humanidades en la Institución Educativa Rural Adolfo Moreno Úsuga, en reemplazo de un docente que padecía de percances de salud, su nombre era Guillermo Villa, situación que ocasionó un desorden administrativo y financiero, por el cual mi sueldo fue congelado por el periodo de un año. Imaginarán a los percances a los se expone una mujer, que se encuentra en un sitio ajeno a su lugar de origen, sin dinero, sin familia y con muchas deudas.

Para mediar entre la necesidad y mi trabajo recurrí a la voluntad de las personas de mi comunidad, al apoyo de mis compañeros docentes y a mi familia lejana, pero más que nada a mis ganas de enseñar y formar un futuro el que los jóvenes, con ganas de emprender un proyecto de vida necesitaban de mi voz de aliento y mis enseñanzas de vida.

No niego que en ocasiones la vocación tambalea, y más cuando se acumulan ocho meses sin pagar arriendo, cuando la voluntad de las personas se estanca y se vuelve entonces más importante el capital que el ser; pero ahí estaba frente a mis alumnos demostrando que mi tiza no era de dinero si no de amor, de fe en un futuro, de esperar un mañana mejor.

Después de diez meses, tres días y doce horas pude retirar mi primer sueldo de este periodo, pero sabía y sentía que la victoria no estaba en el zumbar del cajero, estaba en la labor cumplida y la prueba superada.

El mayor aprendizaje de este periodo tan tortuoso y maravilloso al mismo tiempo me lo recuerda constantemente el adagio popular *querer es poder*.

No deseo que ninguna persona viva esa experiencia, pues con el cambio de los tiempos, creo que en la actualidad sería una situación más caótica. En ocasiones la necesidad del trabajo nos pone en terreno poco agradable, donde la decisión y la actitud de un gobernante difieren con la necesidad de la persona o el funcionario.

La educación encierra un futuro libre de sinsabores, aventuras desastrosas y dramas de mal gusto, pero a medida que vamos madurando el equilibrio emocional debe estar reflejado en nosotros como agentes de cambios positivos, que van dejando huella en nuestros educandos, huella de una labor tan bonita y gratificante que un día con tanto gusto y esmero elegimos, con el fin de ayudar a humanizar el mundo contemporáneo

ORIENTE

NARRACIONES SOBRE CULTURAS ESCOLARES Y PROFESIONALIDADES DOCENTES EMERGENTES

Fabián Alonso Pérez Ramírez
Juan Carlos Franco Montoya
Universidad Católica de Oriente

Sobre las Narrativas

Las narrativas son siempre una invitación a la recuperación de la vivencia que se establece como un episodio, *un entreacto* que se ubica en el tránsito consciente entre un estado de la vida y otro, las cuales, al ser contadas, reivindican la experiencia en tanto observación de segundo orden (Luhman, 2006) reconstruyéndolas y haciendo posible un acercamiento distinto a dicha vivencia. La narrativa entonces permite a quien la escribe y la lee, caminar de nuevo por el trayecto de su propia vivencia reconfigurando las huellas de su transitar, logrando extraer de esta inédita interpretación, aprendizajes otros. Lo anterior nos lleva a experimentar la narrativa como una espiral de autoformación, donde el viviente puede observarse de nuevo reflexivamente a medida que es peregrino de su propia experiencia.

La experiencia vivida no es igual a la experiencia contada, este contraste hace posible la reflexividad. Volver a recorrer los pasos no es otra cosa que construir un nuevo camino para llegar, quizás, a uno mismo; un sí mismo que en últimas no es más que la posibilidad abierta de un socioanálisis (Eribon, 2009) de nuestro propio tiempo ya que no somos más que el resumen de las almas de la historia (Nietzsche, 1886). La narrativa se convierte en una forma de retorno, un gravitar sobre sí mismo que lleva a *zambullirse* en las profundidades del recuerdo que no busca la copia fiel de este. La narrativa no es la imagen exacta del recuerdo, es más bien una reconfiguración de la memoria, una construcción matizada, rítmica, colorida e imaginada, desde la cual el mismo narrador puede entrar a comprender algo de la propia vivencia que es a la vez vivencia de nuestra humanidad compartida “con el interés de acceder a las cotidianidades y conocimientos locales, identificando las múltiples formas en que se juega el control, la apropiación, la negociación y la resistencia” (Franco y Pérez, 2018, p.278).

La misma narrativa se convierte para quien la escribe, la escucha o la lee, en un material para ser investigado, es decir, en un documento que al materializar las vivencias puede ser analizado y operacionalizado categorialmente con la potencia de generar emergencias, nuevo conocimiento. Esto lleva a otra espiral que le permite ya no solo al narrador, sino al investigador, transitar por diversas fases de comprensión sobre lo narrado, que, para este caso en particular, se identifica con las *culturas escolares emergentes* y las *profesionalidades docentes otras*. Siendo así que lo que aquí se manifiestan son caminos secundarios, es decir, huellas de huellas, vivencias reconfiguradas como memorias narradas, experiencias seleccionadas, surgidas en la construcción de la misma profesionalidad de los maestros y maestras que las cuentan, que han dejado vestigios y marcas imborrables, llenando de sentido su vida como partícipes de las diversas *culturas escolares* aquí narradas.

Centro de Pensamiento Pedagógico: subregión del Oriente de Antioquia (2017-2018)

En este punto se hace necesario rememorar que, en los encuentros del Centro de Pensamiento Pedagógico (2017) en la subregión del Oriente de Antioquia, y, a partir de las narrativas de maestros, surgieron las primeras categorías emergentes en relación con: la configuración de subjetividades magisteriales en las escuelas rurales en medio del conflicto, que, a la luz de su propio liderazgo, identificaron su misión profesional y realización personal en relación con las realizaciones de las comunidades, las familias y los estudiantes mismos, vía los aportes y transformaciones alcanzadas en cada caso en particular, donde la escuela y el maestro se hacen mediadores de conflictos cognitivos, emocionales y de convivencia. Así, emerge también el maestro viajero e itinerante en medio de los silencios reflexivos sobre sí mismo y sobre sus contextos, que, desde la *recuperación de sus voces* hicieron visibles elementos contextuales como aquel que susurra en la sabiduría popular: *quien es líder, no sabe quién lo sigue o quién lo persigue*, haciendo brotar el acecho al maestro como una constante en los territorios en medio del conflicto y de las diversas formas de silenciarlo, ya sea: por sobrevivencia, respeto, ignorancia, sabia prudencia o con la vida misma, en donde la escuela y él, como constructores de sentidos, callan en los recuerdos sus memorias.

Por su parte, y en relación con los alcances del Centro de Pensamiento Pedagógico (2018) de la subregión del Oriente de Antioquia, se desarrolló el diplomado en: *Investigación Educativa: profesionalidad docente* con la participación de 16 maestros y maestras participantes de ocho Instituciones Educativas de los municipios de Abejorral, Marinilla, San Luís, La Ceja y San Carlos en las instalaciones de la Universidad Católica de Oriente, con quienes se plantearon varios grupos de discusión en torno a la categoría *culturas escolares* desde autores como Rockwell (1999), Geertz (1983) entre otros y la categoría de *profesionalidad docente* con autores como Helsper (1998), Hargreaves (1998), Alliaud y Antelo (2009), entre otros. No obstante, la idea no fue quedarnos en estas discusiones académicas entre los planteamientos de estos y otros autores, sino y, sobre todo, concretar las discusiones desde las experiencias propias de los maestros, sus propias construcciones disciplinares, sus lecturas del mundo de la escuela y de sus prácticas, desde su reflexividad. Así, se incorporó a su vez el enfoque metodológico narrativo (Suárez, 2010; Delory, 2014; Runge y Murillo, 2018) entendido este no como una técnica de generación de información, sino como una forma particular de generar conocimiento, al igual que se vincularon técnicas interactivas como: la foto-narrativa (Pérez, 2015) y la cartografía social pedagógica (Barragán, 2016), para enriquecer las diversas formas de manifestación de las vivencias, en su tránsito a experiencias comunicables desde diversos lenguajes.

Culturas Escolares

La denominada *cultura escolar* aparece desde el momento mismo en que la escuela como institución se incorpora a los procesos sociales y de socialización. Pero, como categoría y campo de investigaciones propiamente dicho, es inaugurado en la década de 1990 con los llamados *historiadores de la educación* (Viñao, 1996) en el marco de la historia cultural y del currículum que asume la *cultura escolar* como objeto histórico en tanto es un conjunto de normas que definen los

saberes a enseñar y los comportamientos a inculcar (Julia, 1995) en el marco de la invención de la sociedad academizada, en donde la cultura escolar se entiende como el conjunto de teorías y prácticas sedimentadas en el seno de la Institución Escolar, produciendo la inercia del profesor (Terrón y Mato, 1995) y su declive profesional a simple reproductor de la *cultura escolar*, aquella que además, solo se adquiere en la escuela. Esta primera acepción de *cultura escolar* es superada desde otras perspectivas como la etnográfica que la comprende como aquella que no solo se limita a transferir los saberes y conductas generados en el exterior de ella, sino que reconoce que, al interior de la escuela misma se producen saberes, conductas y formas propias de sentir, pensar y actuar. Así, no existe la *cultura escolar*, existen *culturas escolares*, más cerca de ser *cajas negras* (Depaepe y Simón, 1995) que transparentes prácticas escolares o de escolarización, como dice Rockwell esta nueva comprensión implica “mirar la cotidianeidad escolar *actual* como cultura acumulada y en creación [...] abordar la dimensión histórica de la compleja vida escolar actual (1999, p.184) en relación con tres planos de las *culturas escolares*: el plano de la larga duración (aquello atemporal y permanente en la escuela), el plano de la continuidad relativa (aquello que se da por un tiempo y luego desaparece) y el plano de la co-construcción cotidiana (donde se sitúa la actividad cotidiana como proceso y como unidad básica de análisis de los diversos actores que configuran la escuela).

Profesionalidades Docentes

Así también *las profesiones* y la *profesionalidad docente* en particular, han tenido su propio lugar de reflexión y tradición investigativa. Los antecedentes de la expresión profesión hunden sus raíces en los antiguos textos hebreos en donde se le relacionaba con funciones sacerdotales y de negociación al servicio del rey (o sus funcionarios reales) asociando la profesión a la realización de una misión. Luego y por efectos del surgimiento de la universidad aparecen las agremiaciones entre maestros y estudiantes alrededor de los saberes teológicos, médicos, jurídicos y filosóficos derivando con ello las primeras profesiones, más allá de los oficios y ocupaciones, a través de la aparición de las certificaciones y titulaciones (Soto, 2007), que luego y en pleno Renacimiento profundizan la configuración misma de las sociedades preindustriales a través de corporaciones intermedias que impulsarían nuevos órdenes sociales sustituyentes de las sociedades denominadas tradicionales. Sin embargo, es propiamente es en la revolución industrial del siglo XIX, en plena expansión de los centros urbanos y en medio de la división del trabajo en donde las profesiones ahora especializadas, se diferencian cada vez más de las ocupaciones (Barón, 1996). Por su parte, Durkheim (1960) comprendería a los grupos profesionales como aquellos que deben ejercer una función reguladora sobre los ámbitos sociales y económicos. Mientras que en Weber (1955) y en clave de su ética protestante toda profesión es la actividad especializada y permanente de los hombres, fuente de ingresos y fundamento seguro de su existencia.

De acuerdo con lo anterior, las profesiones son entendidas como tipos de actividades que no se ejercen más que mediante la adquisición de una formación controlada, a través de la sumisión a reglas, normas de conducta de sus miembros (Saunders y Willson, 1993) que, por medio de protocolos, expresan una ética de servicio social sofisticado. Es así como las profesiones se van transformando en un cuerpo de conocimientos específicos y especializados para la actuación sobre la

realidad social organizada (Wilensky, 1964). Por su parte, la *profesionalidad docente* se puede entender inicialmente como un campo de batallas políticas, económicas, pero, sobre todo, culturales e intelectuales. No siempre el maestro fue considerado un profesional, primero porque existe la pregunta por ¿cuál es su saber fundante? (la discusión entre las disciplinas que enseña y el saber pedagógico), segundo, porque en clave positiva, surge la pregunta que interroga por el objeto de estudio del maestro, su método para generar conocimiento y su estatus epistemológico para ser aceptado como científico y no solo como reproductor de conocimientos. Lo que ha derivado en un lastre histórico que lo imagina como un seudoprofesional al servicio de las disciplinas, o de las políticas públicas o de diversas ideologías.

Con Helsper (2008) la actuación pedagógica presenta varias antinomias fruto de las tensiones que se manifiestan en las *culturas escolares*: por un lado, los intereses de la organización como sistema (la escuela) y por el otro, la pluralidad de intereses individuales que se cruzan en su interior; además se identifican consecuencias en los modos en que, la vida de las Instituciones Educativas, afectan los trayectos vitales de las personas y sus particularidades. Desde otras perspectivas Hargreaves (1991) se plantean diferentes tipos de *cultura profesional* en la enseñanza, donde, según sea la *cultura escolar* que los profesores materializan en sus prácticas, estas, repercuten en posibles cambios educativos y claro está, en las *culturas escolares* propiamente dichas. Siguiendo con Hargreaves (1991) se proponen cuatro tipos de *cultura profesional*, según patrones de interrelación entre los maestros mismos: cultura profesional del individualismo, de balcanización, de colaboración, y colegialidad impuesta.

Culturas Escolares y Profesionalidades Docentes Emergentes

Es así, como el campo de la profesionalidad docente presenta diversos matices de reflexión y discusión que, a su vez, dejan todavía muchas preguntas en las cotidianidades de las culturas escolares y las profesionalidades docentes locales en clave de las narrativas de maestros del Oriente Antioqueño. A continuación, se trazan a manera de categorías emergentes aglutinantes, agrupaciones de sentido que expresan las comprensiones y perspectivas que sobre las *culturas escolares* y las *profesionalidades docentes* emergen, según los coros polifónicos de sus narraciones.

Culturas Escolares Imaginadas

Categoría que permite entrever como lo real, lo simbólico y lo imaginario se fusionan en una sola amalgama y percepción de mundo de la escuela, donde el maestro toma su paleta y pinta, ordena y significa épocas, escenario y actores escolares, tejiendo un puente entre lo experiencial, lo social y lo institucional.

Desescolarización de la Escuela y de la profesión docente como Cultura

Hacer de la escuela misma un escenario de resistencia a la gramática que se cierra al cambio, rompiendo esa única forma de legitimación de la escuela en tanto a las maneras de dividir y limitar el tiempo (aquí era su propio tiempo al interior de la escuela pero el tiempo fue desescolarizado); igual, la ordenación del espacio (era el de la creación, experimentación, no normatizado por el cumplimiento de una tarea, sin embargo, tenía la rigurosidad de la ciencia), donde las relaciones docente-estudiantes profundizaban su inter-personalidad y no solo privilegiaba la representación letrada del conocimiento, sino quienes exploraban la creación de un

prototipo, la obra ingenieril. Una escuela que se permitió desescolarizarse, un docente desprofesorizado, unos estudiantes desalumnizados, creando otro tiempo, espacio, relaciones y objetos en una cultura otra escolar. Es decir, la identificación del no-lugar de la cultura escolar dominante, en tanto la creación dentro de sí, de otra cultura escolar que permite desescolarizar la escuela.

Cultura del Ágora: des-ocultamiento de la escolarización

Es la misma escuela el escenario propicio para la generación de culturas de resistencia, unas contraculturas escolares, a partir de las cuales emergen luchas encubiertas, que abren puertas por medio de palabras, diálogos, gestos y lecturas que liberan. Aquí los muros de la escuela se ven trascendidos a otros escenarios de encuentro, donde las voces de estudiantes y maestros se entrecruzan en el Ágora hecha parque, manga, cancha, escalas, atrio, teatro, es decir, hecha pueblo.

Familias y Escuelas: utopías y distopías

Se considera la relación familia-escuela como una relación utópicamente indisoluble. Ahora, que tanto estos escenarios reales, permiten las realizaciones imaginarias utópicas o distópicas. Esto se hace evidente en las vivencias narradas, en donde la perspectiva de escuela y familia como instituciones se quiebran para aparecer como escenarios experienciales y de reproducciones sociales según ideales utópicos o distópicos, legítimos o no, contingentes a derivas, fluctuaciones y cabios personales y sociales.

Profesionalidad Nómada

El caminar del docente no es un caminar centrado y dirigido a un lugar preciso y determinado, es decir, el caminar del docente no se encuentra curricularizado. Este caminar se viste de nuevos ropajes según los terrenos internos y externos por los cuales se abre camino provocando sensibilidades expandidas, que hacen de la profesionalidad una peregrinar en la intimidad. El maestro es aquel que, naciendo en un lugar, se va haciendo en muchos lugares, en relacionar, en el diálogo, en el estar. Las narrativas, son la manifestación de las vivencias del maestro y de su caminar, que ponen en tensión la intimidad de la profesionalidad que es la que enriquece los mismos escenarios educativos dentro y fuera de la escuela con la intimidación profesional que se institucionaliza como control y disciplinamiento. No nos queda más que escuchar las voces narradas de los maestros y maestras de la subregión del Oriente de Antioquia que día a día fraguan otras culturas escolares y profesionalidades docentes.

EL ARTE DE SER

Yenivia Marín Ochoa

“Te voy a sacar los ojos con mis propias manos”; nada antes en mi vida de maestra, ningún hecho o expresión se me había clavado en el corazón con tanta fuerza y sensación de angustia y miedo. Aquellas palabras pronunciadas con tono de sentencia provenían de una mujer que, a pesar de su apariencia menuda, parecía cargar en su rostro con toda la rabia contenida en el mundo. Pero, ¿cómo podría haber en un ser humano tal sentimiento hacia una pequeña de escasos diez años que, confundida y atemorizada, estaba allí, de pie con sus ojos muy abiertos, como dos destellos, posados en el rostro de doña Miryam como queriéndole penetrar con la vista, tratando de iluminar la situación para comprenderla?

La escena no podría ser más alertadora, mi corazón agitado como una alarma me impulsó a intervenir, pero antes de que pudiese pronunciar palabra, doña Miryam dirige su mirada hacia mí y agrega “agradezca que llegó rectora porque a esta niña la quería tirar por acá” y señala el muro, de máximo ochenta centímetros de altura, que da al primer piso de aquel edificio que hasta ese momento, desde mi recién llegada, me había impactado por su simpleza y belleza arquitectónica, y que de repente, se tornó inseguro y peligroso.

No conocía el origen de aquella reacción, no entendía que hacía Vanessa allí, fuera de su salón de clase, pero lo que sí estaba claro es que había que intervenir de inmediato. ¿A quién dirigirme primero? ¿a la niña? ¿a aquella madre de familia cargada de dolor y rabia?, se enredaron en mi ser pensamientos y sentimientos; de manera espontánea abro mis brazos, me inclino un poco y abrazo a la mujer con todas las fuerzas mientras pronuncio a su oído “estoy aquí, vine a ayudar, quiero saber qué pasó [...] por favor recibe este abrazo de amor, quiero escucharte, cálmate un poco, déjame estar contigo, así [...] más tranquila”. A un lado estaba Vanessa, quien seguía en silencio mirándonos ahora a las dos sin pronunciar palabra alguna. Mi rostro está ahora posado en el hombro izquierdo de la mujer, ya más serena, pero aún aferrada a mí, la posición me permite mirar de frente a la niña a quien le dirijo un gesto de confianza y seguidamente digo. Todo Está bien, vamos a hablar. Me separo suavemente de doña Miryam, le tomo de las manos y le pregunto: ¿me quieres contar que pasó?

Hacía escasas cinco semanas había aceptado el reto pedagógico y administrativo que implicaba acompañar la Institución Educativa Escuela Normal Superior de Abejorral. Aún se daban los espacios para conocer la historia, el alma de aquella escuela formadora de maestros, lo que para mí era una experiencia totalmente nueva. Me encontraba en reunión con las coordinadoras quienes entre el discurso pedagógico, las carpetas de evidencias y relatos de experiencias, me enseñaban las bondades que se habían construido y tejido a lo largo de la historia y existencia de su Escuela Normal Superior. Sí, su escuela, es así como la nombran; pues allí la mayoría de maestros estudiaron, se graduaron y luego lograron llegar a prestar sus servicios como docentes, lo que favorece un ambiente de cercanía, de apropiación del espacio, pero también, de cierta manera, eleva un muro al recién llegado.

Mientras la jornada escolar transcurre normalmente, en el salón de clase de sexto A Vanessa, la pequeña de diez años, participa de una actividad en la que

recortan papel, para lo que utiliza una tijera roma, en un momento levanta la mano en la que sostiene la tijera sin percatarse que tras ella se encuentra Laura, a quien alcanzó a rozarle un ojo. Laura asustada sale del salón llorando y muy alterada, toma el celular y llama a su mamá, doña Miryam, y le dice que Vanessa acaba de enterrarle una tijera en el ojo. Una vez Laura habla con su mamá la maestra la revisa y al ver que se trata solo de un roce superficial, que no ha causado daño alguno, la calma y lleva a que se lave la cara. Sin embargo, Laura sigue muy alterada, razón por la que la maestra decide llevarla a su casa. Pasados algunos minutos su mamá llega al colegio y aprovechando que no está el portero en su lugar y que además ha dejado la puerta abierta, ingresa, se dirige directamente al salón, llama a Vanessa, a la que conoce no solo por ser compañera de Laura sino porque, además, las une un lazo familiar lejano. Doña Miryam lleva a la niña hacia el sitio donde las encontré, luego de que una de las maestras me buscara para avisarme que había una madre de familia muy alterada que estaba a punto de pegarle a una niña que no era su hija.

Ahora, luego de casi dos horas de conversación, doña Miryam no solo está más tranquila, sino que logra expresar que en verdad se equivocó, que se asustó y se dejó llevar por la emoción, pues con la mamá de Vanessa, según ella expresa, ha tenido muchos problemas. La invitó para que hable con la niña y le regale la tranquilidad de que no hay intención en ella de hacerle daño. De nuevo están la una frente a la otra, pero esta vez doña Miryam en posición de cuclillas y con la voz quebrada le dice “perdóname niña, perdóname” y mientras le acaricia el rostro agrega, “no me tengas miedo, yo no te voy a hacer nada”. Vanessa continúa sin pronunciar palabra y, aunque en su rostro ya no está aquella expresión de miedo, sí se refleja intranquilidad. Sentí que para ella aún no era clara la situación. En ese instante comprendí que debía llamar a su mamá, antes de que los estudiantes se retiren a casa, pues me preocupaba la reacción que pudiera tener cuando la niña le relatara lo sucedido. Así pues, luego de establecer algunos compromisos con la mamá de Laura, quien se despide de mí con un abrazo, llamo a Doña Bertha, sin darle mayores explicaciones del por qué quería conversar con ella.

La sala de recibo de la institución es un espacio que invita al diálogo, a un encuentro íntimo, a contar secretos; por ello lo consideré propicio para poder explicarle a esta mamá lo sucedido. Ya sentadas allí y tomándonos un tinto, le relato a doña Bertha la situación, siempre advirtiéndole que la mamá de Laura había salido muy apenada con la niña y que le había pedido perdón. Vanessa confirmaba mi información diciendo “si ma, ella me pidió perdón”, pero el miedo había aparecido de nuevo en su rostro. Temía porque ella conocía a su mamá, que de inmediato y en tono enfurecido dice: “esto no se queda así, yo ya me llevé uno por delante y lo pagué, no me importa llevarme otro [...] pues si me toca pagar pago, pero esto no se queda así”. No podía creerlo. De nuevo estaba casi en el punto de partida y ya llevaba toda una mañana tratando de encontrar las palabras y la estrategia de diálogo más apropiada para conducir el evento hacia una comprensión de los hechos y al establecimiento de acuerdos y ahora, de nuevo, estaba frente a una mujer tan furiosa como una leona recién parida que intenta proteger a sus cachorros de una amenaza de muerte. La información que no tenía era que efectivamente ambas familias tenían dificultades y habían pasado por varios enfrentamientos. No conocía a la furiosa mujer que tenía frente a mí propinando amenazas, pero me

sentía con la fuerza para ayudarla a comprender que con sus palabras se estaba dañando a sí misma, que su ira no era más que una máscara, que dentro de ella también, al igual que en doña Miryam, había una mujer amorosa en esencia que deseaba lo mejor para su hija, que para lograrlo también debía desear lo mejor para sí y que con seguridad ese no era el camino para lograrlo. Los diálogos con una y otra y luego con todas reunidas, madres e hijas, transcurrieron durante toda la semana. Toda actividad administrativa se paralizó, ahora mi objetivo estaba centrado en la protección de estas familias y en especial de las niñas. Sí, de la protección primero de sí mismas y luego entre ellas. Verlas conversando, e incluso hasta sonriendo parecía mentira. Las felicito por su grandeza dada en la capacidad de pasar de esas emociones tan fuertes y dañinas a la capacidad de entablar un diálogo cordial, en el que, si bien manifiestan su desacuerdo por el actuar de la una o la otra, se prometen ser más cuidadosas con ellas mismas, con su imagen, sus emociones, su dolor y más cuidadosas con el sentir del otro.

Aquella situación me abrió la puerta al por qué y para qué la vida me había llevado allí. En tan solo cinco o seis semanas desde mi llegada había intervenido en varias situaciones de convivencia en las que se refleja un manejo inadecuado de las emociones. Pienso entonces que es posible hacer de la escuela un espacio protector y protegido desde el fortalecimiento de su esencia dada en la promesa de formación, plasmada en el horizonte institucional, en el que las relaciones solidarias y el respeto por la diversidad con enfoque de inclusión riman en el verso de su redacción; es posible sacarlo de la cartelera donde está plasmado y ponerlo a caminar por los salones y corredores, a participar en los diálogos y juegos de los niños, en el discurso de los maestros que de por sí marcan una diferencia con respecto a los por mi conocidos a lo largo de treinta y cinco años de vida laboral, pues su manera de ser y hacer en la escuela dan cuenta de saberes propios de maestros de maestros.

Es así como, aprovechando los ajustes al manual de convivencia que se habían iniciado, propongo hacer de este documento una ruta para vivir mejor en el que las estrategias de promoción cobran protagonismo. Estas han de estar enfocadas en el cuidado de sí. Mientras el documento toma forma en una construcción colectiva, paralelamente se implementan nuevas maneras de hacer. Se enfoca la acción en los maestros, propiciando el encuentro consigo mismos a través de una serie de talleres cuya finalidad es posibilitar la identificación de aquellas heridas al ego que han llevado a la aparición de máscaras que nos impiden relacionarnos de manera armónica con nosotros y con los otros. Solo un maestro que sabe cuidar de sí podrá ayudar y enseñar a sus estudiantes a cuidarse a sí mismos; un ser humano que cuida de sí, está en capacidad de cuidar del otro. Así nace la institucionalización del proyecto “El arte de Ser, una mirada a nuestra esencia”, el cual además de enfocar las acciones en el cuidado de sí, del otro y de lo otro, fortalece la configuración de la escuela como un espacio protector y protegido.

Así, entre talleres que invitan a hacer un viaje por nuestro niño interior, a tomar el mando de nuestra existencia haciéndonos cargo de sí mismos, a tejer juntos identidad individual y colectiva, a no perder la mirada a nuestro interior, a mantener a la vista nuestros sueños, a aprender a protegernos y proteger al otro; talleres en los se mezclan técnicas de relajación, apropiación de conceptos y un

hacer artesanal en el que el simbolismo se traduce en la forma de hacer tocables los sentires, de objetivar lo subjetivo para nombrarlo, maestros y estudiantes construimos bastones de mando, ojos de Dios, atrapasueños, mantas como símbolo de protección, revisamos equipaje, nos deshacemos, de manera simbólica, del equipaje que *hace pesado el viaje* y, entre hilos, retazos, palabras y versos, hemos construido otra manera de vivir la escuela. Así, desde hace tres años ya, el cuidado de si se convirtió en una manera de hablar, de ser y de hacer y juntos.

EL CONFLICTO

La nueva forma de orientar las relaciones

Maribel López

Cada nueva experiencia siempre llena de expectativas, de miedos, de sueños van escribiendo nuestra vida y nuestro ejercicio docente. Es difícil entender porque tantas emociones encontradas se forjan al llegar al grupo por primera vez, aparentemente el panorama no varía mucho; el mismo cuadrado que esconde tantos secretos, tantas alegrías, tantas tristezas, la sillas en fila, obedeciendo a la tradición y bueno, esas rostros de los niños y niñas que no dejan de mostrar alegría, que creen y aman la vida, a pesar de las situaciones duras que pueden empañarla, pero que se van sanando a través de otras vivencias que llenan su vida de felicidad.

Luego, empiezo un poco tambaleante, la primera razón que me dieron del grupo obedece a su mal comportamiento, no quiero dejar que estas palabras predispongan mi actuar frente a ellos., y no, el primer encuentro ¡fue una maravilla!: hablamos, nos presentamos y conversamos sobre lo que queríamos aprender y lo que ya habíamos estudiado mucho. Al verlos y compartir con ellos, sentí la llamada indisciplina a la que estaban acostumbrados no era tan evidente.

Después vienen las presiones hay que avanzar por que con ese grupo hay muchos inconvenientes, no se pueden poner a perder el tiempo, fueron las expresiones de una maestra al ver que mediante una dinámica nos disponíamos a saber más del grupo. Con sorpresa me encuentro que no habían tenido espacio para hacer esto, muchos detalles que aportaron sobre su vida no los conocían a pesar de llevar compartiendo algunos varios años y otros desde el principio del año. El conocer al otro nos anima, no a compadecerlo por las circunstancias en las que vive, si no a tener más comprensión frente a lo que siente o hace, es así como se empiezan a solidarizar con algunos compañeros que son blanco de burla.

Bueno, pero el camino no es perfecto, va pasando el tiempo de mi llegada y veo que realmente la vida no es color rosa, no puede serlo, el solo acto de vivir nos abruma y el lidiar con el día a día nos expone a situaciones de lucha que nos impulsan a reaccionar de diferentes formas y generalmente en agresiones, pues a veces pensamos que todos saben lo que yo sé y que deben actuar de la misma forma, y es así como se van evidenciando bastantes contratiempos en el grupo, es cierto que no podemos tener un mundo libre de conflictos, pero al ir mirando las dinámicas en las que se desenvuelven los encuentros parece que estos chicos hubieran sido entrenados para estar en una constante lucha, agresiones, apodos, burlas, rechazo, bromas pesadas, son el constante de cada día, y lo peor es que para algunos maestros se ha vuelto algo natural y parece no importar el reflexionar sobre la situación, sino que los niños avancen académicamente atacando el conflicto simplemente con una sanción y no abriendo la posibilidad del diálogo porque nos acostumbramos a este panorama, año tras año.

Empiezo a indagar, a dar oportunidad a los que frecuentemente se enfrentan de expresar lo que les perturba, al preguntar sobre el porqué de estos actos, me cuestiona el hecho de que respondan: “yo no he hecho nada malo”, “yo no sé por qué lo hago”, “pues es que solo estábamos jugando”. Pienso en las palabras de un colega: “a veces pareciera que a los niños nunca nadie les hubiera dicho que eso

está mal hecho". Podría ser verdad, pero por otra parte no entiendo como si ven que el compañero sufre por lo que digo o le hago, como no puedo sentir que le está afectando y por lo tanto debería parar, por el contrario, parece que fuera motivo de felicidad y regocijo, como si el otro no me doliera, como si fuera un juguete. Me pregunto cómo nace la empatía, cómo la vuelvo parte de mi vida, por qué para algunas personas es tan fácil privarse de hacer o decir algo para no herir al otro, pero por qué en la mayoría de casos no se reflexiona antes de hablar o actuar [...] Quizás no nos educaron para pensar antes de actuar, el ejemplo de los mayores y a falta de corregirnos, o la poca empatía que los adultos presentan frente a las situaciones angustiantes de los niños y niñas podrían ser las que desencadenan estas conductas.

Por otro lado, se nos dice que a quien no se le ha atendido y no se le ha dado amor no puede expresarlo a otro, pero veo padres y madres muy pendientes, con poco tiempo sí, pero no faltos de afecto, son pocos los casos en los que realmente hay un abandono, entonces ¿por qué se propaga tanto el conflicto? ¿por qué se vuelve como una moda? ¿por qué parece que hay necesidad de estar inmersos en él? Si a algunos hace tanto daño, si hay consecuencias a nivel anímico para quien tienen miedo de defenderse ¿por qué quienes le huyen a veces son el blanco perfecto para quienes de una u otra forma creen tener el poder? ¿Por qué hay quienes resaltan y parecen los líderes (no buenos líderes) pero que deslumbren con su comportamiento y se nota en los otros niños y niñas las ganas de ser como ellos y no pueden huir del protagonismo y celebran los actos faltos de amor a sus compañeros, debiendo ser lo contrario: ser líderes para frenar los actos que conllevan agresión física o verbal y denunciarlos? De una u otra forma es difícil renunciar tal vez a la única forma que se tiene de ser visto, pese a las reflexiones que se hacen durante las clases, parece que cobra más valor lo amenazante, lo ridiculizante, pareciera que quienes propician el conflicto no lo hacen sin pensarlo, sino por que alimenta el ego al salir victorioso de una forma que deja mucho que cuestionar.

Bueno luego de reflexionar empiezo a pensar en estrategias, lo primero es que como docente cada que hay un conflicto llamo las partes implicadas para indicar como surgieron las cosas, pequeños roces que se van a golpes violentos, una mirada que no me gusto, sentir la burla por algo que no se o no puedo hacer, me siento ridiculizado y es común que cuando se necesita exponer algo al grupo y se realicen preguntas, nadie quiera participar. Entonces indago, ¿Qué creen que se pueda hacer?, todos asumen que el castigo es la forma de reprender al agresor, es común que quien propicie un pleito termine en coordinación, algo que no veo funcional, ya se acostumbraron a estar allá, y simplemente responden "no me hicieron naaada, llamaron a mi mamá y ya", mamás cargadas de pesados trabajos que no pueden hacer presencia y que ante sus palabras los hijos se muestran como mansas palomas, pero cuando no están ellos son desafiantes y sobre todo si se les hace ver su mal proceder con enojo o gritos, por eso otro factor es hablar con calma para propiciar que quienes están implicados en el conflicto también se vayan serenando.

Empezamos con el compromiso, entre todos imaginamos como sería las relaciones en el descanso y en el salón si no tuviéramos tantas discusiones y encontrones conflictivos y mejor hiciéramos el compromiso de estar muy unidos y

disfrutar del espacio escolar mientras permanezcamos en el colegio y entre todos pensamos en las acciones mínimas necesarias para tener un mejor ambiente escolar no solo físico si no también emocionalmente, es así como construimos el pacto de convivencia en el que cada uno dejó plasmado en un dibujo su propósito y a los que estaban de acuerdo firmaban y ponían su huella para darle más validez al pacto.

Las relaciones empiezan a mejorar u poco, parecen ser más tolerantes o quizás ya no hay tantas rencillas, tratamos de distribuir tareas y se va volviendo popular una frase: antes de hablar o hacer algo que puede dañar a tu compañero piensa en el daño que le puedes causar y es así como por varios días parece que todos hemos cambiado, hay pequeñas discusiones, pero no pasan a mayores.

Luego, empieza la tensión de terminar periodo, trabajos en grupo, acumulativas y parece que nuevamente se alteran los ánimos. Decidimos hacer una asamblea para discutir cual es el conflicto principal y donde se presenta de forma más reiterativa, para lo cual se utilizó la dinámica del árbol de solución del conflicto en el que se socializo el conflicto, las posibles causas y posibles soluciones que se discutieron en la asamblea, esta se realizó con mucho éxito, nunca había realizado una actividad en la que los estudiantes estuviesen tan concentrados e interesados, además fue como una oportunidad de desahogarse de cómo se siente cada uno al ser agredido o molestado, las quejas que se hicieron de una manera más sensible, fueron tocando emocionalmente a quienes se volcaban la mayoría de quejas y las discordias, permanecían callados y tuvieron su oportunidad de hablar y en esta ocasión pidieron disculpas a los compañeros, les hablaron a quienes también tenían culpa según ellos de comportamiento y con mucha seriedad se propusieron no ser la causa de tantos miedos y temores, la dinámica se pretendía terminar con la repartición de abrazos pero se notaba la dificultad para hacerlo, solo era espontaneo entre los compañeros más allegados, pero el compartir el dulce y tener un detalle de cada compañero sembraba en el ambiente un dulce sabor a hermandad como si fueran comprendiendo que no había enemigos y que todos podían conversar y compartir. ¿Me surge una inquietud [...] la incapacidad de dar abrazos tiene que ver con el afecto que se recibe o simplemente obedece a la edad o contexto en que se encuentran los niños y niñas?

Al ver la forma como los niños y niñas asumen el diálogo para reflexionar en lo que se debe evitar o cambiar, surge la necesidad de reconocer en cada niño y niña lo importante que es para sus familias, su escuela independiente de sus cualidades y defectos el reconocerse como un valioso regalo de la vida, el reconocer su valor no por lo bueno que pueda ser sino porque es una creación merecedora de todo el afecto y oportunidades para ser feliz y por ende hacer feliz a los otros, porque no puede dar amor quien no lo siente y no se puede transmitir alegría y felicidad si no la vivimos.

Pero no solo es fortalecer la autoestima de forma individual, aunque ya hubo diálogo, hace falta materializar la experiencia y es cuando decidimos jugar a las hojas rotas, vi mucho esmero en decorarlas, sin saber para qué eran, cuando se enteraron que debían romperlas muchos se negaron y al exponer las situaciones que quebrantaban la autoestima, se sentían irrompibles. Luego, casi sin tener que hablar fueron deduciendo como con los actos que castigamos a los compañeros le

rompemos su autoestima y por más que queramos es muy difícil volver a dejarla intacta.

Y aquí vamos, no puedo decir que hay un cambio total, pero construimos cada día a través de la reflexión un freno que nos permite parar y respirar y por lo menos tener la conciencia de como actuamos y no nos dejamos llevar por la emoción o el impulso del momento.

DINA SOLEDAD VELÁSQUEZ GONZÁLEZ

Corría el año 2015 en la Institución Educativa Román Gómez del municipio de Marinilla. Llega a la institución una persona del programa CT+I (Ciencia, tecnología e Innovación), con el ánimo de motivar a estudiantes de octavo a once a inscribirse y participar en la carrera solar en su primera versión, llamada Circuito Solar EPM, la cual consistía en la construcción de un carro a pequeña escala que funcionara por celdas solares. Entre los requisitos de participación estaban que debían ser máximo tres estudiantes por proyecto y un docente acompañante.

Yo soy docente de física en grados décimo y once, sin embargo, me abordan tres jóvenes de grado noveno: Brian (que puede ser Brian o Braian), Leonardo y Sebastián, quienes me exponen su interés por participar en el desafío solar y el deseo de que yo fuera su maestra acompañante. Su motivación, interés, y ganas de embarcarse en este proyecto era algo que podía leer en sus ojos claramente.

Les dije que sí, pero siempre y cuando estuvieran dispuestos a trabajar con la construcción del carro desde la metodología de investigación escolar. Ellos accedieron inmediatamente. Bueno, entonces acordamos un día de la semana y rango horario para la asesoría, el día fue martes de 1 a 2 de la tarde, para no afectar la jornada escolar, pues los cuatro estábamos en horas de la mañana.

Llega el primer martes, los tres jóvenes: Brian, Leonardo y Sebastián llegan mucho antes que yo al laboratorio, porque cuando arribo al lugar ellos ya estaban allí, listos para lo que ellos mismos había propuesto.

¡Empezamos las asesorías!, expusieron las ideas que tenían para lograr llegar a la construcción de su tan anhelado vehículo. Era realmente fascinante no solamente oírlos, sino verlos hablar al respecto, estaban dispuestos a ser ordenados con el proceso de la construcción de su prototipo y además lo fácil que entendieron los pasos a seguir para que se reflejara en ello un proceso de investigación. –Lo que me quedaba claro era que estaban dispuestos a aprender lo que fuera para llegar a su objetivo final–

El propio día de la primera asesoría, veo que se miran entre ellos y dice Leonardo (un poco tímido): “profe, es que nosotros creemos que una hora es muy poquito tiempo para las asesorías, ¿Podría ser más?, ojalá hasta las tres”. Y a partir de ese momento nos quedábamos no hasta las tres, sino hasta las cinco de la tarde y más.

Definitivamente, me encontré unas pléyades, unas luminarias del deseo de saber porque eran buenos lectores, organizados, pues tenían muy claros los registros en su bitácora, eran responsables con las tareas inherentes al proyecto, tenían muy claro como medirían las variables que plantearon para la construcción de su prototipo. Era encantador, realmente abrumador como prestaban atención a cada explicación o retroalimentación que yo les daba, era como estar en la clase perfecta, una clase que no está incluida en el currículo, que demandaba un tiempo extra de ambas partes (estudiantes y docente acompañante), tiempo que se iba rápido, casi en un suspiro, porque no eran solo ellos quienes disfrutaban del proyecto, yo me estaba enriqueciendo muchísimo con los aportes que ellos daban. Se podría decir que contaba con los estudiantes perfectos, bueno, cualquiera dirá solo eran tres, y si, porque normalmente en nuestra aula regular tenemos entre cuarenta y cuarenta y cinco estudiantes.

Estos tres jóvenes fueron tan juiciosos todo el tiempo que cuando construyeron el carro solar como tal, este funcionó casi que inmediatamente, me sentía frente a unos Tesla en potencia. Era la sensación cuando por los patios del colegio se paseaba el carrito de los niños de noveno, todos querían tener que ver con él.



Lograron quedar dentro de los cincuenta mejores proyectos de Antioquia, siendo elegidos para participar en la carrera central que sería en la ciudad de Medellín. Estos tres estudiantes eran grandiosos, para mí, los que todo docente querría tener en un salón de clase.

A poco menos de un mes antes de la carrera central yo tuve un accidente laboral, afectándome la rodilla derecha, por lo que estuve incapacitada durante un mes completo.

Como a mí se me dificultaba movilizarme, los tres se fueron solos para Medellín, respondiendo al llamado de Parque Explora para probar la pista o circuito donde se realizaría la competencia final. Cuando llegaron de Medellín a Marinilla fueron a mi casa y me dijeron: ¡profe, este fue el único carro que pasó todos los obstáculos!, ¡ningún otro carro fue capaz de subir la rampa con mayor pendiente!, ¡el de nosotros fue el único que lo hizo!, ¡es que ni siquiera los de la Industrial!

Que felicidad sentí, les dije: entonces dejémoslo así, ya está listo y nos favorece que sea así de liviano.

Llegó el tan anhelado día, el de la competencia final, la verdad es que yo me fui hasta con muletas, eso no me lo quería perder por nada del mundo.

Estábamos donde estacionan las micros de Marinilla que viajan hasta Medellín, solo Sebastián y yo [...] eran las 6:30 de la mañana, la parte protocolaria empezaba a las 8:00 de la mañana. Brian y Leonardo no llegaban, es más, ni

siquiera contestaban sus celulares y para acabar de completar el que se quedó con el carro el día anterior fue Brian.

A las 7:00 o 7:10 de la mañana, más o menos, vemos que llega Leonardo, corriendo desesperadamente y con una cara poco amigable para lo que nos interesa, ¿Qué pasó?, ¿dónde está Brian?, le pregunté, el responde acezando y con la boca como una polvera, “profe, es que se nos quemó el circuito y al parecer el panel solar también, no sabemos si fue porque anoche nos pusimos a cambiarle la carrocería para que se viera más bonito”, poniéndose la mano en la cabeza, “y no lo hemos podido poner a andar nuevamente”, ya no se puso una sino las dos manos desde la cabeza bajando por sus ojos para quedarse en el mentón. Aunque el pobre Leonardo estaba agotado le dije: vaya hasta la casa de Brian y dígame que se venga con él así, que se traiga el cautín y la soldadura. Yo estaba al borde del colapso y sin piernas para movilizarme libremente, la verdad no es que fuera muy experta en el uso de muletas. ¿Qué, hago? ¿Qué hago? Me sentía reducida a la más mínima expresión, a esa hora no estaba abierto ningún lugar donde pudiéramos comprar los materiales para volver a poner a funcionar el carrito.

Llegan al lugar de parqueo de las micros el profesor José Vicente Miranda de la industrial con los estudiantes que iban para la misma competencia. El profe de la industrial y sus estudiantes muy amablemente me prestaron un condensador, pues era lo único que tenían. Mejor dicho, me quedé en las mismas [...]

¡Eureka!, se me prendió el bombillo y me acorde que una compañera de la Normal a la cual aprecio mucho y puesto que tenemos una buena relación me atrevería a llamar a las 7 de la mañana, ella es Sandra Yaneth Giraldo Castaño, quien también tenía el kit de dotación que nos habían entregado. Seguidamente la llame, y claro estaba durmiendo, ¡qué pena!, pero me tocó aguantármela, casi se me cae la cara de la vergüenza, le conté lo ocurrido. Ella no dudó en prestármelo, pero por si fuera todavía más poco, el kit no lo tenía ella sino un tío, el cual vivía en otra casa y para seguir con la cadena, ¡a él también había que despertarlo!

Cogí un taxi y le dije a Sebastián que me esperaran ahí, porque Brian y Leonardo aún no habían llegado, o sea que yo todavía no había visto los cambios que le hicieron a la carrocería.

ALETHEIA: ENTRE FILOSOFÍA, LITERATURA, CAMÁNDULAS Y CRUCIFIJOS

Wiston Giraldo

Mi convicción de ser educador

Soy oriundo de la ciudad de Medellín, allí nací, allí me crié y allí me formé; soy esencialmente, aunque muchas veces por una extraña razón me olvidé siempre de ello, un hombre citadino, con las ventajas y desventajas que esto trae consigo. Así pues, podría decir sin miedo a exagerar, que he pasado la mayor parte de mi vida habitando y recorriendo los extramuros, los escolanes y las calles escarpadas de la *Tacita de plata*. Por esto, con toda razón, soy lo que se podría llamar, un engendro de los suburbios de la ciudad de Medellín, es decir, una rara amalgama entre la generación del no futuro, el aturdimiento y la desolación causados por los estruendos de los bombazos de Pablo Escobar y, la convicción romántica de un joven estudiante que veía en el amor por las artes y en el cultivo del conocimiento la única posibilidad de no caer en el sinsentido y de escapar a la hecatombe y deshumanización, en la que se estaba sumergiendo su generación, por los vejámenes y los horrores sufridos en la guerra urbana.

Apenas ahora lo comprendo todo; mientras escribo estas cortas líneas he caído en la cuenta que mi decisión de ser educador, ha estado siempre determinada por una misma idea, que se ha convertido, poco a poco, desde mis tiempos escolares hasta mi vida profesional, en una de mis más arraigadas convicciones, que se expresa en la plena certeza: que la educación es la mejor arma contra la miseria y la barbarie. Y no es para menos que se haya aferrado esta idea en mi ser desde mi más temprana edad, como una nigua dentro de la piel; pues yo mismo soy una prueba viviente de ello, yo soy uno de los pocos jóvenes de las comunas de Medellín de la década de los noventa que puede decir, sin miedo a exagerar, que la educación lo salvo. Esta debe ser la razón de mi inexplicable fe en la educación, y posiblemente tenga que ver también con mi inquebrantable decisión de dedicar el resto de mi vida a ser educador; con esa misteriosa decisión, que no tiene nada que ver con la idea determinista de la vocación, de elegir la docencia como profesión y forma de vida.

Recuerdo muy bien que mi primera experiencia como docente, fue, por lo que se podría llamar una extraña coincidencia de la vida, en la comuna nororiental de mi ciudad natal, en el barrio popular número uno, en un colegio de cobertura llamado Escuelas Eucarísticas Populares, perteneciente a la arquidiócesis de Medellín. Después de recorrer durante dos semanas las mismas calles empinadas de la estación del Metrocable al colegio, y viceversa, con mis zapatillas lustradas y mi atuendo de seminarista, pude constatar para asombro mío, que eran las mismas calles polvorientas y empedradas que en antaño tantas veces había recorrido yo descalzo; y quedé petrificado, al reconocer la casa que había sido mi humilde morada en mis años de infancia; tenía la misma puerta de lata corroída, las mismas ventanas desvencijadas y los mismos adoquines lamosos y torcidos pintados con cal. Por un momento volví a ser ese niño descalzo, y volví a escuchar los gritos de las madres, cuando muchas veces jugando canicas o trompo en la calle, quedábamos en medio de una balacera en un enfrentamiento entre combos; en ese

mismo instante volví a ver en mi memoria a ese joven que hirieron con un balazo en el cuello, en la esquina de la cuadra en un día cualquiera; y recordé también con claridad el rostro de la señora que lo auxilió, quien cubrió la herida con su pañuelo blanco para evitar que se desangrara; no sé porque hasta el día de hoy siempre he tenido la impresión y la vaga certeza, que esa mujer era una maestra. Tal vez lo que me haya sugerido esta idea, tenga ver con el hecho de haber observado a su lado un paquete de libros, que ahora puedo suponer que eran libros de texto de Santillana o Susaeta, y que había dejado a un lado para poder sostener entre sus brazos al joven moribundo que la miraba con sus ojos blanquecinos retorcidos, mientras ella gritaba con vehemencia que trajeran un carro. Mientras observaba la escena, atónito, desde mi candidez de niño, me preguntaba, porque una señora tan bien vestida y tan elegante, ensuciaba sus ropas con sangre, por ayudar a un joven mariguanero que no conocía.

Un poco de historia

Es por esto que cuando se dio la oportunidad de vincularme al magisterio por medio del concurso de méritos, no lo pensé dos veces y me presenté al departamento de Antioquia (SEDUCA), pues, cansado ya de los trajines de la ciudad, después de haber trabajado varios años como docente provisional en las comunas de Medellín, quería comenzar una nueva vida, lejos del barullo y el caos de las grandes urbes.

A mediados del año 2015 llegué al municipio de San Luis, después de haber sido nombrado como docente en el área de ética y valores, para la institución que lleva su mismo nombre. San Luis, *Perla Verde* del oriente antioqueño, como muy orgullosamente lo llaman sus habitantes; es un municipio con un territorio rico en recursos hídricos, bañado por ríos y cascadas, rodeado por cerros y montañas que hacen de él un lugar paradisíaco y una tierra propicia para la biodiversidad y la vida tranquila.

Tal vez maravillado por semejante exuberancia natural, el presbítero Clemente Giraldo, reverendo sacerdote, según cuentan las crónicas, habiendo animado a algunas familias granadinas (actual municipio de Granada y para ese entonces Vahos) para que exploraran el territorio inhóspito del oriente antioqueño que faltaba por colonizar; después de muchos días de a travesar caminos y montañas a lomo de mula, diviso desde el cerro el Castellón los serpenteantes ríos que bañaban la región, y creyó haber encontrado quizás la tierra prometida que manaba leche y miel; y, descendió del cerro junto con las familias que lo acompañaban, para construir en medio de estas colinas una Iglesia improvisada de paja, símbolo perenne de la colonización, y fundar así el municipio de San Luis en 1875, cuyo nombre fue precisamente escogido en honor al santo de la Iglesia católica San Luis de Gonzaga.

Así pues, como la mayoría de los pueblos del oriente antioqueño, San Luis fue también fundado por clérigos, lo que puede explicar el fuerte arraigo de la gente y la cultura sanluiseña a las costumbres y tradiciones católicas. De allí derivan muchos de sus rasgos culturales, desde donde se van configurando sus ideales sociales, como si se tratase de un estado teocrático. Para entender la cultura sanluiseña hay que tener en cuenta este tinte religioso, que, si bien está muy marcado en toda nuestra cultura antioqueña, se manifiesta con más vehemencia y mayor radicalidad en la idiosincrasia sanluiseña. O, dicho en pocas palabras, la

moral católica, apostólica y romana permea allí, por no decir que controla, todos los estamentos sociales, incluyendo a la escuela.

Creo que era necesario mencionar esto, y dejarlo como telón de fondo, para poder entretener y comprender los hechos que posteriormente acontecieron, y que tienen que ver con mi llegada a San Luis y mi práctica pedagógica.

La creación de un club de filosofía

Como ya lo mencioné anteriormente, llegué al municipio de San Luis a mediados del año 2015, nombrado para el área de ética y valores, para hacer parte de la planta docente de la Institución Educativa San Luis sede El Liceo. Nunca antes había estado por estas tierras y lo único que sabía sobre el municipio de San Luis, se reducía a unas pocas reseñas periodísticas que días antes había encontrado en la red, en mi afán por saber algo sobre mi nuevo destino, y que tan solo hacían énfasis en las acciones bélicas que en antaño habían llevado a cabo los grupos armados en esta región. Mostrándose siempre, como es costumbre en nuestros medios de comunicación, en un primer plano y de forma sensacionalista, el pueblo casi destruido, como consecuencia de la toma armada del casco urbano por parte de la guerrilla de las Farc el 11 de diciembre de 1999. Esto era todo lo que conocía por aquel entonces del municipio de San Luis, noticia que no era muy alentadora para un hombre ciudadano que quería refugiarse en el campo, buscar la paz y la tranquilidad que hallaba en la ciudad.

Después de varias semanas en el colegio me pude dar cuenta que el asunto de la guerra hacía ya parte del pasado de San Luis. Ésta había pasado por allí como un tornado dejando destrozos a su paso, pero ya no hacía parte de su presente, gracias al empuje y a la resiliencia de todos los sanluseños. Me encontré allí, por el contrario, con un ambiente tranquilo, de gente muy amable y de una calidad humana excepcional.

La mayoría de los estudiantes, a pesar de las reiteradas quejas de algunos colegas, eran, a mi modo de ver y comparados con los estudiantes que tuve en Medellín, jóvenes respetuosos y muy aplicados. Al transcurrir los meses, entre clases de filosofía, religión y ética (que eran las áreas que me correspondían por aquel entonces) pude observar que algunos de ellos sobresalían entre la masa amorfa, por sus personalidades excéntricas y sus preguntas irreverentes; lo que era muy incómodo para algunos profesores de otras áreas, que veían en estas conductas, actos de indisciplina y sabotaje a sus clases; pero que yo veía, por el contrario, tal vez por la naturaleza de mis áreas, como caldo de cultivo para el pensamiento crítico y la enseñanza de la filosofía. Así que me di a la tarea de ir seleccionándolos, de octavo a once, dos o tres por cada grupo, como quien escoge los artistas para un perfecto ensamble musical, para conformar con ellos una tertulia filosófica, en la que nos reuniéramos una vez por semana a conversar sobre temas de su interés.

Los primeros encuentros fueron en el parque educativo *Perla Verde*, todos los jueves de 5:00 p.m. a 8:00 p.m., a cada encuentro asistían entre quince y diecisiete contertulianos y contertulianas, a hablar de temas de su interés, que eran concertados por el grupo previamente, tales como: el destino, el amor, la guerra y la trascendencia divina, entre otros. Cada encuentro era para mí algo cercano a una experiencia estética; pues ver reunidas a tantas figuras variopintas, cada uno con su atuendo y estilo particular, era como tener enfrente un cuadro de Picasso.

Algunas de las jóvenes llevaban su cabello pintado con tonalidades fuertes; y algunos de los jóvenes tenían tatuajes, mientras otros llevaban piercing o exhibían sus vestimentas y cortes estrafalarios; lo que formaba un bellissimo contraste con la sobriedad y la compostura de algunos otros, que eran la personificación del orden, la sobriedad y las buenas maneras. No obstante, pese a esta diversidad, se podría decir que todas estas personalidades tenían algo en común, que se hacía cada vez más evidente y se iba manifestando paulatinamente en cada uno de nuestros encuentros, y que tenía que ver, con lo que podríamos llamar, una profunda insatisfacción frente a la manera cotidiana de concebir la realidad; esto es, con un no sentirse muy a gusto o cómodos con las verdades prefabricadas con que se les quería explicar el mundo y la vida. Había en cada uno de ellos, por decirlo de alguna manera, como una duda metafísica, o dicho en un lenguaje más coloquial, como una continua inconformidad ante las formas tradicionales de explicarlo todo, que se expresaba en unos en un mutismo total, que se podría interpretar como un silencio prudente ante lo que todavía no se presenta con claridad y se esconde bajo un manto de confusión; y, en otros, lo más osados, en una loca manía de cuestionarlo todo y de no creer en nada. El club se configura entonces desde sus inicios, como un campo de contrastes y tensiones, en el que confluyen la duda y la inquietud como elementos unificadores de lo diverso.

Con el pasar de los meses se fueron consolidando cada vez más los procesos, los jóvenes del club leían cada vez más y se preocupaban por temas muy diversos: poesía, religión, política y educación conformaban el succulento festín de todos nuestros encuentros. A esto se sumaba la presencia de algunas personas de la comunidad que asistían asiduamente al club, y que desde su formación y experiencia enriquecían nuestras tertulias. Para ese entonces (mediados de 2016), ya se nos empezaba a reconocer como grupo, si bien todavía no como un grupo académico, al menos si como un grupo organizado que se reunía periódicamente a hablar sobre temas polémicos o abstrusos; para aquel entonces ya habíamos irrumpido en la cotidianidad escolar, como una presencia extraña que punzaba e incomodaba el orden establecido. Se hizo necesario entonces formalizar más nuestros encuentros, por lo cual presenté el grupo ante rectoría como mi proyecto complementario y sugerí un nombre para darnos a conocer a la comunidad académica. Dicho nombre fue el de: Club de Filosofía Aletheia, haciendo con ello alusión, en su traducción más simple, a un desocultamiento del ser, o lo que es lo mismo, a una develación de la verdad.

Todo esto nos abrió más puertas, pues con el apoyo institucional, y un poco de autogestión, comenzamos a participar y asistir a eventos culturales y académicos en otros municipios. El Festival Internacional de Poesía realizado en la ciudad de Medellín, se convirtió para el club en un lugar de peregrinación, al cual cada año asistíamos sin falta a escuchar los poetas de todos los rincones del mundo, quienes con sus poemas y cantos originarios, nos mostraban otros horizontes de sentido y la posibilidad de tener una experiencia estética.

UNA SEMANA

Sueños, pesadillas y esperanzas

Sebastián Pérez Escobar

Antes de iniciar este relato permítanme ponerlos en contexto: finales del año 2013, un docente recién graduado como normalista superior y en busca de su primera experiencia docente más allá de la práctica universitaria. Para esas épocas del año era poco probable que se resolviera el asunto del concurso docente, el más largo de los habidos en el país, y era aún menos probable encontrar una vacante en un colegio privado si tomamos en cuenta que, además de la falta de experiencia, el año escolar ya se encontraba casi a finalizar.

Una noche, mientras navegaba en internet, en una de estas páginas plagadas de ofertas de empleo, encontré una que llamó mi atención, tanto que al sol de hoy aún recuerdo su contenido: “se busca docente, normalista superior o licenciado, con o sin experiencia”, de inmediato tomé nota de los datos de contacto y al día siguiente, con pocas expectativas, decidí llamar. De inmediato, obtuve respuesta, querían mi hoja de vida y me dispuse a enviarla pensando todavía que sería un documento más que habría de perderse en medio de un inmenso archivo. Para mi sorpresa, sin transcurrir una hora desde el envío del documento, estaba ya citado a entrevista en el centro de la ciudad, asistí y luego de un par de minutos de espera me encontraba ante el rector de esta institución, siendo informado de lo que yo creía era la totalidad de información necesaria para iniciar labores, de inmediato exámenes médicos y se me anuncia que, de quererlo, el puesto era mío. Luego de aceptar se me anuncia una reunión para el día siguiente, sumado a la noticia de que mis labores no se iban a desarrollar en esa sede sino en una de las sedes ubicadas en la periferia de la ciudad, se me indican rutas de buses y así, con cierta desazón, parto a casa a esperar el día siguiente.

Al llegar tal día, inicia la reunión y es indescriptible mi sorpresa al ver que no se trataba una de un encuentro de docentes o de padres de familia, era un encuentro con el jefe de las bandas del territorio, por cierto, un sujeto tétrico y oscuro, con el fin de “pedir autorización para que el profe. trabaje nosotros en la escuela”, después de unas cuantas preguntas y unos minutos que parecieron horas, el personaje aquel, cual jefe supremo, acepta la solicitud y con una llamada, informa a sus compañeros sobre los nuevos acontecimientos.

Primer día de trabajo, se me asigna un grado primero y empieza todo: niños yendo y viniendo, clases que pasaban y, en fin, todo lo que yo en realidad esperaba.

Segundo día, se me asignan también las *zonas de acompañamiento* que me correspondían en los descansos y horas libres, algo con lo que también contaba, procedí entonces a ubicarme en la zona indicada, y entre gritos, carreras y juegos el tiempo transcurría sin problemas.

Tercer día, ya la rutina empezaba a establecerse, lo digo en el buen sentido y sin llegar a sentirse tediosa, en el descanso me aproximo a unos jóvenes que se encontraban en una zona que se consideraba “prohibida” y al ver su reacción y comportamientos sospechosos, un docente de matemáticas que se encontraba conmigo decide llamar al coordinador y poner en su conocimiento la situación, llevando a los estudiantes a su oficina donde ellos posteriormente confiesan la

actividad en la que se encontraban: venta de drogas dentro de la institución. Se llama entonces a la policía de infancia y adolescencia y ellos a su llegada y en presencia de los acudientes, el coordinador y ambos docentes, revisan las pertenencias de los estudiantes encontrando cantidades de dinero y setenta y dos dosis de droga, entre marihuana y bazuco, para finalizar decomisando todo y desde la institución llevando a la suspensión de los estudiantes.

La jornada continuó de manera, creía yo normal, hasta la hora de salida: con el profesor de matemáticas bajamos, como ya era costumbre, al paradero de buses a esperar la ruta que nos llevaría a nuestros destinos. Una cuadra antes del paradero, nos aborda un grupo de hombres, seis en total, armados con cuchillos, navajas y uno de ellos con un revolver, nos preguntan por lo sucedido en la jornada, haciendo clara referencia al asunto de las drogas. Uno de ellos toma la vocería y dice: “aquí no nos gustan los sapos, si los pelaos quieren meter o vender droga, eso es asunto de ellos”, yo estaba, literalmente, mudo, asustado hasta más no poder y lleno de rabia e impotencia, el compañero por su parte, al ver que uno de estos sujetos trató de quitarle su celular, reaccionó con un movimiento brusco a lo que los sujetos respondieron propinándole tres puñaladas en su abdomen y a mi dos más, una en la mano y otra en la pierna, sumando además diversos golpes de puños y patadas. Los sujetos se van y de inmediato tomamos un taxi que nos llevó al centro médico más cercano donde luego de varias horas nos dan una alta médica con incapacidad. Para ese momento mil cosas habían pasado por mi cabeza, pero entre ellas nunca estuvo la idea de renunciar.

Al día siguiente, me llama el rector de la institución a decirme que debía presentarme a la sede principal a hacer los descargos relativos a la situación. Al llegar a la dichosa reunión, se encontraba allí, nuevamente, el sujeto tétrico y oscuro. Después de comentar lo sucedido, la reunión se cierra con una frase de boca de aquel sujeto: “profe, nosotros fuimos muy claros, no nos gustan los sapos y es usted el que decide, pero si usted vuelve por allá lo que le pase es responsabilidad suya, los pelaos ya saben lo que tienen que hacer”. Yo no dimensionaba aun lo que allí sucedía, solo lo hice cuando aquel tipo trajo a la conversación los nombres de mis padres, mis hermanos y mis sobrinos, en ese instante entendí, que a pesar de lo que indicaba mi vocación, mi tiempo allí había terminado. ¿Cobarde? Tal vez, pero de ser así es esa misma cobardía lo que me permite hoy estar aquí.

En todo camino existen obstáculos y tropiezos que pueden incluso llevar a claudicar al caminante. Nadie me dijo nunca que sería fácil, tampoco pensé yo que sería tan difícil, simplemente fue así y estoy seguro que, de existir el destino, este era el mío y cada día, al inicio de cada jornada y en cada momento de la misma, agradezco el haberlo vivido y el haber tenido la claridad mental y la fortaleza vocacional para entender que era esto lo que quería, que era esto quien yo era, un profesor.

EN MI INTIMIDAD COMO DOCENTE

Isabel Cristina Flórez Aguirre

En el año 2006 inicié mi pregrado en educación física en la Universidad de Antioquia, con muchas dificultades, pero con la motivación que tenía para graduarme, todos los inconvenientes los pude sortear. Mi interés laboral siempre estaba en miras de la actividad física para la salud, pero la vida se empeñaba en llevarme hacia la educación, pues los empleos que conseguía en este campo se centraban en la educación física en la básica primaria, en donde obtuve experiencias maravillosas, las cuales lograron que me enamorara de la vida en la escuela; sin embargo, seguía intentando en mis tiempos libres hacer lo que realmente me apasionaba.

En el 2013, dos años más tarde de haber conseguido mi título universitario, y cinco de haber empezado a ejercer como educadora, se abrió la convocatoria para el concurso docente, sin dudarlo, a pesar de que mi área es la educación física, me presenté a básica primaria, pues el trabajo con los niños me parece mágico, lleno de alegría, aprendizajes, algo que le inyecta energía a mi ser. Afortunadamente, lo pasé, fueron dos años en el proceso para el nombramiento, llenos de expectativas e incertidumbre, pero a todo le llega la hora y llegó el momento de la audiencia pública, en donde tenía un listado de las plazas de mi interés, pasaban los minutos y mis posibilidades se agotaban hasta que realmente me quedé sin ninguna de las que deseaba, mi mente se bloqueó, me dio risa nerviosa, las manos me sudaban, pensaba en mi familia, mi hija, todo con lo que había crecido, mi seguridad, mi estabilidad, en fin, no puedo describir todo lo que por mi mente pasaba en ese momento. Amauri Camacho, era el profesor que estaba sentado al lado mío, notó mi angustia y con su mano en mi hombro dijo, “Dios tiene un propósito para cada uno de nosotros, no desconfíes de su voluntad y se sonrió”.

Me mostró su listado, me planteó las plazas para las cuales se quería ir y sus razones, me dijo que si lo deseaba en ese lugar había más, en ese punto solo faltaban tres personas para mi turno de elegir, en muy poco tiempo escuché mi número, cerré los ojos, me puse de pie y dije mi nombre completo, número de cédula, Institución Educativa Rural La Comarca sede Sinaí, municipio de Necoclí. Me senté un minuto y fui por mi acta de asignación de plaza. Salí del recinto y me fui a casa a contarle a mi familia para donde iría, un silencio tenebroso entró en ese lugar durante varios minutos, luego irrumpió el llanto de mi madre y mi hija, pues ya era un hecho que nos debíamos separar, algo que jamás había pasado en mis primeros treinta años de vida.

Me quedaban solo quince días en las mieles del hogar de mamá, mientras firmaba posesión, conseguía un lugar adecuado y cómodo en donde vivir en Necoclí y ajustaba algunos asuntos pendientes en Rionegro. Así pues, el 25 de julio de 2015 a las 3:00 de la mañana, salí con mi hija y con las pocas cosas que tenía en un camión, fue el camino más largo que había tenido que recorrer, mi hija en mi pecho solo paraba de llorar cuando se podía quedar dormida por pequeños momentos. El calor, la tristeza y la alegría a la vez de haber logrado entrar en el sector educativo oficial, la expectativa de saber que era vivir sola, hicieron que el tiempo avanzara lento. Ese mismo día a eso de la 1:00 p.m., llegamos a lugar de destino, en donde

mi mamá que viajó en bus para dejarme acomodada, Amaury y otro profesor me estaban esperando para poder organizar el trasteo, ellos que al mismo tiempo me iban contando sus experiencias en su primera semana en Necoclí, fueron de mucha ayuda para tranquilizarme y sentirme acompañada a pesar de que apenas los conocía.

El 27 de julio ya con algunos saberes previos de la vereda, me levanté temprano, me organicé, me coloqué las botas pantaneras y salí hacia mi empleo, ya feliz y con mariposas en el estómago.

Un paisaje hermoso de la mano de un camino difícil, me acompañaron hasta la sede principal de la Institución Educativa Rural La Comarca. Todos los integrantes de la comunidad educativa lanzaban su mirada hacia mí y se decían cosas entre ellos. Pregunté por la rectora a la cual me dirigí inmediatamente la cual con un saludo y abrazo caluroso me hizo sentir familiar, pero me direccionó inmediatamente a mi sede pues ya iba a llover y si no salía inmediatamente no alcanzaría a llegar. Evidentemente apenas puse un pie en la escuela calló un aguacero que ni para que hablar de eso. En ese momento había pocos niños en la sede, los salude y ellos tímidamente se me acercaban inquietos por saber quién era yo. Entable conversación con ellos, dando tiempo que llegaran más estudiantes y que la docente a la cual remplazaría llegara a entregarme la sede.

En ese tiempo de charla hice una veloz observación de la dinámica de la escuela, cosas como niños descalzos, sin cuadernos, infraestructura, enseres, entre otros elementos que me dieron herramientas para la planeación de esa primera semana. Después de una hora llegó la docente, me entregó las llaves de la sede, un cuaderno con las planeaciones que ella tenía, se despidió y se fue, no me dio tiempo ni de preguntarle cómo se llamaba.

De regreso a la sede principal, mientras caminaba por el lodo despegando las botas en cada paso, evaluaba mi primera experiencia en ese lugar, entendí que a pesar de todas las dificultades que se me habían presentado en la vida, lo mío era insignificante para todas las problemáticas que mis niños tienen, digo *mis* porque así lo siento, son mi responsabilidad, desde ese día no pensé más en tristezas propias, en algún sentido me olvidé de mí, pues ya todo empieza a girar en la búsqueda del bienestar de ellos, de alivianarlos un poco de esa carga social y cultural que tienen, de llevar a cada encuentro un poco de alegría y tranquilidad.

Así, fueron pasando los días, semanas y meses, en donde el cariño de los niños ha sido mi mejor retribución. Por otro lado, la humildad y generosidad de las personas de la comunidad fueron una lección de vida, personas que me ofrecían sus mayores riquezas solo de gratitud por tratar con amor a sus pequeños. No había día en que la profe no saliera de la vereda con un detalle de alguna de las familias, (gallinas, cocos, plátanos, limones, naranjas, guanábanas, entre otros). Para muchos esto no tendrá valor significativo, pero para mí sí lo tiene, porque soy testigo de la pobreza económica de esta población, sin embargo, partían sus bienes conmigo y no me podía negar.

Entre esos *ires* y *venires* me reencontré con el amor, un ser que me acompañó, ayudó, apoyó, soportó, cargó con mis temores y compartió todas las alegrías que esta experiencia trajo a mi vida. Todos los días viajábamos juntos hasta la sede principal y yo continuaba el camino hacia mi escuela y luego de terminar mi jornada volvía por él, regresábamos al pueblo entre piedras, lodo, polvo, vacas y

cerdos; y así durante toda mi estadía en Necoclí. En octubre de 2016 como era habitual llegué a la sede principal luego de mi jornada laboral y Efraín estaba rodeado de personas al margen de la ley. Un silencio había en ese lugar, miradas cruzadas entre todos los profes, pero nadie me daba razón. Finalmente, esos sujetos se fueron, pero antes le pusieron una cita a las 3:00 p.m., por lo tanto, nos tuvimos que quedar en la vereda esperando dicho encuentro.

Llegó la hora y a mí no me permitieron entrar al lugar, esperé más de una hora, cuando salió solo me dijo “móntate que nos tenemos que ir”, lloré todo el camino porque amo ese lugar, esos niños, ese ambiente. Pero prima la seguridad de mi familia.

Sin embargo, ese no fue el último día que fui, pues yo tenía que dejar algunos asuntos que tenía pendientes en la escuela, uno de ellos era entregarles a los niños unos kits escolares y unos regalos, los cuales con ayuda de algunos de mis amigos conseguí para dárselos al fin de año, y poder alivianar la carga de las familias y darle un poquito de alegría a esos pequeños. Me demoré dos días entrando las cajas, pues había que llegar hasta un punto en escalera, otro tramo en moto y un último en burro, sabía que estaba arriesgando mi vida, pero la ilusión de que los niños recibieran los regalos era más importante. Cuando logré entrar todo hasta la escuela hicimos una fiesta de despedida sin que ellos lo supieran, les entregué un poquito de felicidad, los abracé, besé y me despedí como si al día siguiente fuera a regresar. Nadie sabía que ese era mi última entrada a la vereda, lugar en el cual dejé un pedazo de mi corazón.

Empacamos todas nuestras cosas dejándolas listas en el apartamento mientras conocíamos nuestro nuevo rumbo y nos fuimos para Medellín al comité de amenazados. Allí lo primero que nos encontramos fue la cara amarga de una funcionaria de la Secretaría de Educación que con estas palabras nos dio un inolvidable recibimiento: “no crean que se vinieron para acá para que los ubiquemos mejor”, no le importó nuestras angustias, todo lo que nos había pasado. No respondimos absolutamente nada y nos fuimos a reunir con el resto de los profes de este comité. En ese lugar estuvimos hasta la salida a vacaciones cumpliendo horarios y con el miedo de que nos separaran o nos reubicaran en un lugar en condiciones precarias. En fin, nos fuimos de vacaciones, pero realmente no descansamos, nuestras mentes estuvieron ocupadas pensando en nuestro destino incierto.

El 10 de enero regresamos a SEDUCA, y nos recibieron con la maravillosa noticia de la nueva plaza, todos nos sentamos a esperar para firmar la notificación, algunos salían saltando de alegría, otros conformados y otros llorando, en ese último grupo estábamos Efraín y yo, nos notificaron que nuestros nuevos colegios estaban ubicados en el municipio del Bagre, el lio no fue ni el municipio, el problema radicaba en la seguridad de mi hija, que debía interrumpir mi estudio en la maestría y a Efraín le tocó en una Institución Educativa Rural a la cual para llegar debía llegar en chalupa, que tirando calculadora se gastaba solo \$ 480.000 sin contar la moto taxi en transporte al mes. Ninguno de los dos firmamos en ese momento, nos dieron plazo para pensarlo durante el resto del día, y se nos advirtió que de no hacerlo nos aplicaban abandono de puesto.

Ese día se nos descargaron los celulares buscando ayuda para evitar dicho nombramiento, hasta que encontramos a alguien que nos dio la mano y permitió

que nos quedáramos otro mes en el comité hasta que nos pudieran ubicar mejor. A mediados de febrero nos llamaron y se nos notificó el nombramiento para el municipio de San Luis, noticia que nos alivió el alma.

Desde entonces estamos allí, con una población totalmente diferente a la que trabajábamos y con condiciones notablemente mejoradas. Pero hasta el día de hoy no he dejado de pensar y de preocuparme por mis niños de Necoclí, constantemente recibo llamadas, mensajes y videos en donde me dicen que me extrañan, lo que ellos no saben es que yo los extraño aún más, pues ellos me enseñaron a amar ser docente con su humildad, simplicidad y disfrute de las pequeñas cosas.

LA DOCENTE ITINERANTE¹²

William de Jesús López Ramírez

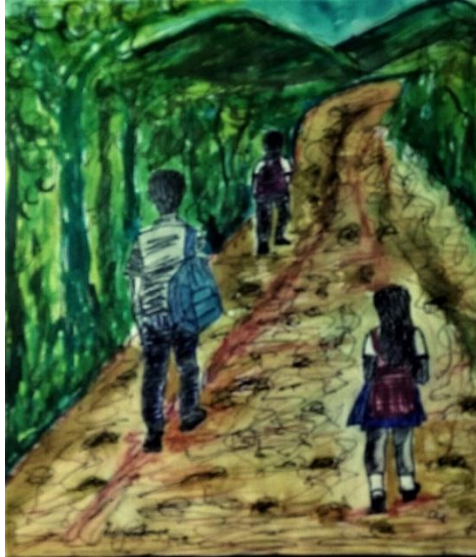


Ilustración del maestro en artes Rodrigo Carmona de la Institución Educativa Román Gómez.

Era el primer día de la semana y de camino a la escuela Ceneida me decía con preocupación: “profe, ¿dónde vamos a continuar estudiando el grado décimo nosotras? (se refería a los estudiantes de noveno), yo no puedo irme para el colegio del pueblo y COREDI empieza muy tarde”. La preocupación era apenas natural, pues habían pasado los últimos cuatro años de educación secundaria en el Centro Educativo Rural Mazotes¹³, hacia donde nos dirigíamos y allí no se ofrecía alternativa para los estudios de media. La pregunta de la estudiante había penetrado como un dardo en mi cuerpo, me había dejado mudo, confrontado, esta vez no era una duda matemática o tarea que no comprendieran, se trataba de una cuestión existencial que tocaba la vida de aquellos chicos, su futuro inmediato. El resto de trayecto a la escuela lo pase en silencio, estaba sumido en mis pensamientos y no dejaban de llegar preguntas a mi mente ¿qué pasaría el siguiente año con los jóvenes?, ¿a dónde irían?, ¿continuarían estudiando?, ¿habría algo que pudiera hacer por ellos?

¹² Ejercicio de narrativa pedagógica en el marco del diplomado Investigación Educativa: profesionalidad docente. Centro de Pensamiento Pedagógico. SEDUCA.

¹³ Mazotes, es una de las 68 veredas del municipio de Cocorná, ubicada a 4 kilómetros de la cabecera municipal con acceso vehicular o por camino de herradura. La economía de esta comunidad se basa en la producción de caña panelera y cultivo de naranjas. Aparte de las familias campesinas allí asentadas, han ido llegando personas de la ciudad para construir fincas de veraneo por lo agradable del clima y la cercanía con la autopista Medellín-Bogotá. Cocorná, es un municipio ubicado en el oriente del departamento de Antioquia, propiamente en la subregión bosques, a 84 km de la ciudad de Medellín. Con una temperatura promedio de 23°C, rica en aguas, cascadas naturales, senderos y bosques, goza de afluencia de turistas que llegan a disfrutar de sus charcos y deportes de aventura.

En esta escuela rural se ofrecía un modelo flexible de educación conocido como Telesecundaria, una estrategia del Ministerio de Educación para llegar a la ruralidad y a través de una canasta educativa que involucraba textos, videos, laboratorio de física, proyecto pedagógico productivo y una plaza docente, se brindaba la oportunidad a niños y jóvenes de continuar su formación escolar de sexto a noveno.

Las palabras de Ceneida al parecer recogían el sentir de siete estudiantes más que al ver como finalizaban su educación básica, se les presentaba con incertidumbre su futuro inmediato para continuar los estudios de media. Reunidos en el descanso compartiendo el refrigerio del restaurante escolar con los chicos de noveno y algunos niños de primaria, nos contaba Ceneida, queriendo volver sobre la pregunta que hacía de camino: “En mi casa somos nueve hijos, soy la mayor de las mujeres y en las tardes tengo que trabajar en la estancia con mi papá cortando caña y los fines de semana ayudar en la molienda, por eso pensar en estudiar en otra parte es muy difícil”.

En esas interviene Gladis, compañera de curso: “Yo trabajo algunos días en las tardes en un taller de confecciones para ayudar en la casa y comprarme la ropa y dicen que en COREDI¹⁴ enseñan hasta las cinco de la tarde, además, a mí no entran a estudiar en el colegio, papá dice que eso queda muy caro”.

Era distinta la opinión de Camilo y Mayra, quienes se sumaban al grupo y expresaban: “en la casa dicen que si no se puede seguir estudiando décimo en la vereda nos matriculan en el colegio del pueblo, que sin estudiar no nos dejan”.

La Institución Educativa urbana no estaba muy distante de la vereda *Mazotes*, sin embargo, a sus padres les preocupaba el transporte, la alimentación, los uniformes, los costos económicos de desplazarse diariamente a la cabecera y sin duda en los chicos estaba presente el temor de enfrentar una metodología nueva de enseñanza, nuevos maestros y los casi setecientos estudiantes con que contaba el plantel. Todo esto era un mar de preocupaciones en el que flotaba la mente de aquellos chicos y padres.

El camino a la escuela era un espacio ameno, cada mañana mientras tomaba los rieles y dejaba la vía pavimentada, el paisaje se hacía más fresco; el olor a leche, pastos, establos y el humo que salía de algunas casas, que avisaba que ya estaba la gente en los oficios matutinos, hacía del recorrido una oración inspiradora para iniciar las actividades escolares. Que no se me olvide mencionar que a cada paso se sumaban más estudiantes que salían de los caminos, travesías y casas.

El Centro Educativo contaba con cuarenta y seis estudiantes, de los que veinte correspondían a niños entre los seis y los diez años que adelantaban estudios de básica primaria. Con el CER *Mazotes* eran cinco los planteles rurales que ofrecían el modelo flexible de Telesecundaria: El Tesoro, El Molino, San Antonio y Morritos; juntos sumaban una población de veintidós estudiantes que recibirían el título de bachiller básico al finalizar el grado noveno y sin tener un contacto mínimo por la distancia entre veredas, al parecer compartían la misma inquietud de Ceneida. De esto me enteré en la reunión de microcentros que cada dos meses teníamos los maestros de las escuelas rurales en la cabecera municipal.

¹⁴ Corporación Educativa para el Desarrollo Integral.

El microcentro era una oportunidad valiosa donde los maestros socializábamos avances, estrategias, tareas y sin duda preocupaciones. Agapito, docente del Centro Educativo Rural San Antonio expresaba: “en mi vereda hay COREDI, las estudiantes de noveno dicen que si les toca siguen décimo allí, pero que ojalá pudieran continuar en la escuela con los mismos docentes y la misma metodología, pues uno aprende más viniendo cinco días que dos no más”.

Así, la preocupación de los estudiantes se transformó en un reto para nosotros ¿qué podíamos hacer para llevarles la educación media a estos jóvenes y que no tuvieran que abandonar sus campos para ir a estudiar al pueblo o peor aún, que no continuarán estudiando y renunciaran a los sueños de graduarse bachilleres?

La vida escolar resultaba muy agradable, el CER Mazotes, era una escuela que contaba con dos salones, una cancha, zonas verdes, huerta escolar, establo y el potrero. En un salón compartía las tareas académicas con veintiséis jóvenes de telesecundaria y sus experiencias, historias de vida, o “cacharros” del día anterior encontraban escenario y público constante. Los chicos no se organizaban en filas, sino que en mesas hexagonales conformaban equipos por grados que compartían las temáticas, hacían lecturas, resolvían ejercicios y desarrollaban los momentos propuestos por las guías. En ocasiones paraban el trabajo en grupos y vueltos hacia el tablero, recibían de mí alguna aclaración, explicación u orientación escolar.

A diferencia del currículo de otras instituciones, los estudiantes veían asignaturas adicionales como agricultura, fruticultura y ganadería; además, cada día visitábamos el establo, pues teníamos un proyecto pedagógico productivo de ganadería que contaba con dos vacas y una ternera. El salón de clase se trasladaba al potrero, huerta y establo, donde los roles se cambiaban y ahora yo era el estudiante que poco o nada sabía de estas faenas: encontrar los pastos más nutritivos, la cantidad que debían comer por día, sales mineralizadas, abrevaderos, inyectar un animal, como atar la vaca para no lastimarla, hasta las tareas del ordeño, donde todos los niños y jóvenes querían tener su turno para luego compartir esa deliciosa leche a la hora del almuerzo.

Como no entender la preocupación de los chicos de noveno, abandonar esta rica vida escolar, tan natural, divertida y cargada de emociones que yo mismo compartía, disfrutaba y había aprendido apreciar. ¿La institución urbana, otro plantel, podría brindarles la oportunidad de aprender de una manera tan espontánea, cercana, cálida y en armonía con su entorno?.

Con los maestros que compartíamos la Telesecundaria rural, nos pusimos en la tarea de encontrar una alternativa a los jóvenes de continuar con el grado décimo, pero en su entorno rural. La inquietud la formalizamos como petición de las comunidades y primero llegó a la oficina del núcleo educativo, de allí a la secretaría de educación municipal y comisión de cupos, hasta tocar las puertas de los administrativos del PER -Proyecto de Educación Rural de Antioquia- en la Gobernación. La respuesta de la entidad, aunque tardó unos meses, fue positiva, pero con algunas exigencias nos decía don Iván Jiménez, jefe de núcleo, que nos había convocado para ponernos al tanto de la gestión: “profes, para abrir un grupo en décimo, se requiere como mínimo veinte estudiantes, un centro educativo donde confluyan los chicos, adicional a esto la docente de este centro debe asumir como

director rural, por lo que debe ser del decreto 2277 –maestros vinculados antes del 2002- de esta manera nombrarían un docente para atender esta población”.

Teníamos claro que una escuela central era difícil, pues las veredas distaban minutos y hasta horas una de otra y no se contaba con servicio de transporte fluido, sin embargo, juntado las cinco veredas eran veintidós los estudiantes dispuestos a continuar el grado décimo. Tomó la palabra Gloria, docente en la vereda el Tesoro “propongo mi escuela como sede central, pues es tal vez de mejor ubicación sobre la autopista Medellín-Bogotá, fácil de llegar, además, estoy nombrada bajo el decreto 2277”, interviene, Liliana, docente de Morritos “no se les olvide que mi vereda es la más lejana, por lo menos hora y media del Tesoro, con muchachos muy pobres que no tiene con qué pagar pasajes diarios”.

Estábamos frente a una situación bien compleja, si de un lado teníamos el argumento más fundamental, veintidós jóvenes con aspiraciones de continuar sus estudios de media, la infraestructura de la vereda el Tesoro y los requerimientos legales de la directora; de otro lado estaba el reto de garantizar los medios para el desplazamiento de los estudiantes hasta el CER el Tesoro. Tarea bien difícil que no estaba en nuestras manos y que en términos logísticos y económicos resultaba inviable, pues era recoger estudiantes de cuatro veredas distantes para llevarlos a la sede educativa mañana y tarde.

Los ánimos se nos habían puesto por el piso y ni siquiera nos atrevíamos a mencionarles a los chicos en nuestras veredas de los inconvenientes que atravesaba la implementación en la escuela del grado décimo, máxime cuando ya les habíamos generado expectativas al iniciar la gestión con las autoridades educativas. Sin embargo, no dejábamos de pensar en estrategias y por nuestros medios habíamos adelantado conversaciones con una docente con formación en matemáticas que trabajaba en el municipio, de la que teníamos buenas referencias por su labor comprometida en el campo y que académicamente era brillante. La profe se llamaba Zonia y había sido invitada a algunas reuniones que sosteníamos los de Telesecundaria para ponerla al tanto del proyecto de llevarles grado décimo a los chicos a sus veredas y mostrarle nuestra intención de que ella se convirtiera en su maestra. La gestión surtió efectos positivos, pues Zonia días después nos confirmaría que quería hacer parte del proceso y si administrativamente no había inconvenientes para su nombramiento, contáramos con ella para ponerse al frente del grado décimo en el Tesoro.

Fue en una de esas reuniones, alrededor de unos tintos y aromáticas, mientras divagábamos en asuntos escolares, en las que el docente Alonso (de quien las ideas fluían con tal genialidad) nos sorprendió proponiéndonos “por qué no pensar en un *maestro rotador*, que visite por semanas o días las escuelas y se encargue de dictar las áreas más complejas como matemáticas, física, química y los demás nos repartimos las otras asignaturas y así apoyamos el proceso de enseñanza”. La idea maravillosa que acabamos de escuchar retornó como por arte de magia el entusiasmo en todos y aunque hubo un rato de silencio y rostros confusos al final ninguno le encontró reproche, era tal vez la única manera de darle vida al proyecto y sin duda la estrategia más audaz que pudiera probarse en el sistema educativo rural oficial. Bueno, ahora el reto añadió Alonso “será contar con la aprobación del jefe de núcleo, el secretario de educación, pero principalmente de Zonia, quien tendría semejante responsabilidad”.

Acordamos repartirnos las tareas, unos hablarían con el jefe de núcleo y formalizarían la propuesta y otros conversarían con la docente Zonia para contarle la idea haber que opinaba y si estaba dispuesta a asumirla; además, establecimos una fecha para reunirnos nuevamente y que esta vez fuera con el jefe de núcleo y Zonia a fin de concretar la propuesta.

El tan anhelado día llegó y todos a la expectativa de lo que iba a suceder nos encontrábamos reunidos en la oficina de núcleo. El señor Iván Jiménez tomó la palabra: “la propuesta no está descabellada, pero requiere compromiso de todos, por una parte, Zonia tendrá que desplazarse a las veredas por su cuenta y no hay un subsidio de transporte adicional al que recibe por ley para atender tal situación y por otra, los demás profesores deben asumir la tarea de atender a los estudiantes de décimo el resto de semana sin bonificación salarial, serán más estudiantes y por consiguiente más clases para planear. Si deciden asumir esta tarea, cuenten con mi aprobación y apoyo; ahora, qué dice Zonia”. Dirigimos la mirada a la docente y ella con voz animosa nos dijo: “lo he pensado por varios días y les tengo la siguiente propuesta para aceptar: primero, yo me encargo solo de las asignaturas de matemáticas, física y química y dejo talleres para que los docentes desarrollen en la semana con los estudiantes. Segundo, en vista de que la vereda *Morritos* es la más distante de todas, allí iría cada mes y me quedaría toda la semana en la que trabajaría de manera intensiva estas asignaturas y dejaría talleres; a las otras cuatro veredas iría semanalmente un día de lunes a jueves y el viernes repetiría una de las veredas. Por último, para que me ayuden con el transporte, los compañeros que tienen moto para ir a las veredas, por favor me movilizan en la mañana y tarde”.

Nos pareció a los docentes muy razonables las peticiones y estuvimos de acuerdo en que había que intentarlo, ya el tiempo nos mostraría lo viable o inviable de la estrategia, aunque seguro no sería fácil, tenía un propósito loable, brindarles la oportunidad a estos jóvenes de continuar la educación media allí en sus campos. Estando de acuerdo en estos puntos, el señor Iván, jefe de núcleo, se comprometió a agilizar lo pertinente para la consecución de la plaza, los trámites para el proyecto de nombramiento de la docente, como la resolución para el Centro Educativo el Tesoro, además, a solicitar los textos o guías de grado décimo que sería de mucha ayuda para los docentes.

La estupenda noticia no se hizo esperar para llegar a los chicos en nuestras veredas, su alegría fue enorme y no podían creer que se volviera realidad el grado décimo en su escuela. Sus familias muy tranquilas y satisfechas con la estrategia veían con optimismo esta nueva oportunidad de educación para sus hijos. Ese año lectivo finalizó y los ocho estudiantes de grado noveno recibieron en el CER Mazotes su certificación de bachilleres básicos. La ansiedad de empezar el nuevo grado se notaba en sus charlas y comentarios “¿qué materias nuevas veremos?” “¿cómo es la profe Zonia?” “¿cuándo entramos de vacaciones?”, eran preguntas recurrentes en los descansos, toda una novedad que ya querían que comenzara.

Con el nuevo año, llegaron las clases, las vacaciones habían terminado y la espera cesado y allí estaba la profe Zonia en el CER Mazotes, asumiendo el reto frente a ocho jóvenes cuyos rostros expectantes y llenos de ilusión dibujaba la aventura que le esperaba a *la docente itinerante* en su recorrido por cinco de las veredas del municipio de Cocorná, para darle vida al programa educativo de Media

Académica Rural, pero fundamentalmente a los sueños formativos de veintidós jóvenes cocornenses.

Transcurrido los dos primeros meses del año lectivo teníamos un nuevo encuentro de microcentro rural y en esta oportunidad, la motivación especial estaba en escuchar a la docente Zonia y su experiencia itinerante: “Estos días han sido un aprendizaje para mí, cada escuela con sus docentes y estudiantes son un mundo distinto, pese a estar dentro del mismo municipio, las costumbres, pensamientos, proyectos de vida cambian. Ni se diga de las actividades curriculares, estilos de enseñanza y trabajo con las comunidades, donde cada docente tiene su sello particular; basta con mencionar los proyectos pedagógicos productivos de cada escuela para hacerse una idea de la dinámica escolar. El CER Tesoro con la producción de mermelada de borjón y murrapo, proceso de agroindustria como lo denomina la profesora Gloria; en los CER San Antonio y Mazotes el proyecto de ganadería; el CER Molino la huerta escolar y ganado doble propósito y en el CER Morritos donde estuve esta semana, el galpón de gallinas ponedoras, todo un camello para los muchachos y las docentes, pues no es suficiente con el cuidado, la alimentación y recolección de los huevos, sino que hay que buscar clientes que compren el producto. Por otra parte, compartir con tantos docentes, hablar sobre educación, observar su metodología de enseñanza y las estrategias para dinamizar los contenidos enriquece mucho mi trabajo y me ofrece alternativas para llegarle a los estudiantes”.

A propósito de los estudiantes, intervino Liliana, “¿cómo los ve a nivel académico y en el compromiso formativo?”. “No se puede negar la voluntad, las ganas y el esfuerzo de los muchachos por cumplir con las tareas y por comprender las temáticas”, agregó Zonia, “pero lo que he encontrado es con bases en matemáticas y ciencias naturales muy distintas y distantes en cada escuela, en general a todos los estudiantes les cuesta, pero veo unos con bajo nivel, por lo que estas semanas me he dedicado a nivelarlos en las competencias numéricas y científicas que se requieren para afrontar el grado décimo. En esto requiero su apoyo, estoy en la tarea de diseñar unas guías y talleres nivelatorios que dejaré a los estudiantes en la visita a las escuelas y que deben desarrollar con la orientación de los docentes, yo primero se los explico bien a ustedes, aclaramos dudas y así garantizamos en alguna medida que en las cinco escuelas se esté enseñando lo mismo”.

Alonso, docente del CER Molino repuso: “creo que la tarea de nosotros como docentes colaboradores en el proceso de formación de la Media Académica va más allá y nos exige que nos pongamos de acuerdo como mínimo en los contenidos académicos y competencias para asignaturas como filosofía, inglés, artística e informática, pues no contamos con guías para estas áreas y no es conveniente que estemos enseñando sin unidad de criterios”.

El escenario de enseñanza bajo la modalidad de docente itinerante nos estaba retando, no era fácil, lo sabíamos, pero no imaginamos lo exigente que se tornaría para todos; implicaba doblar esfuerzos para atender los chicos de la Telesecundaria y adicional, destinar tiempo para preparar clases, talleres, revisar, calificar y orientar a los jóvenes de la Media Académica; sin embargo, concluíamos en la reunión que los estudiantes estaban muy satisfechos con el trabajo de Zonia, había empatía y las comunidades campesinas estaban siendo impactadas de

manera positiva por la estrategia. El terreno estaba abonado para cultivar y cosechar jugosos frutos, así que el equipo de docentes motivado, acordó reunirse en pocos días para traer algunos textos académicos de las áreas mencionadas por Alonso y unificar en principio las temáticas y procurar estructurar con los días un plan de estudios común para las cinco escuelas.

Así transcurrieron los meses y semana a semana la docente itinerante nos traía nuevos retos y nos dejaba algunas tareas, *temas para explicar, talleres para orientar, ejercicios matemáticos que debíamos estudiar muy bien el procedimiento para luego no confundir a los estudiantes, en fin*. En alguna ocasión me pidió que diseñara una guía sobre historia de la filosofía antigua y medieval, con actividades previas y de profundización, trabajo colaborativo y estrategia de evaluación para llevarlo a las escuelas y que los otros docentes se sirvieran de la planeación y se aunaran esfuerzos. A la siguiente semana, me sorprendía, compartiéndome una guía de inglés y artística que habían elaborado las docentes de Morritos y el Tesoro.

Ella se había interesado por conocer la formación profesional de base de los compañeros y de manera habilidosa nos había convencido para que cada uno apoyado en su saber disciplinario diseñara material didáctico de las distintas áreas y las pusiera al servicio de los docentes y chicos. A cada oportunidad nos decía “el trabajo en equipo es la clave para hacer del proyecto de la Media una estrategia sólida a pesar de la distancia”.

Zonia era una docente audaz, innovadora, con un alto sentido de la responsabilidad por su labor, que había logrado cautivar al equipo docente a tal punto de convencernos que el compromiso para finalizar aquel año escolar era congrega a los veintidós estudiantes de la Media en el municipio y que todos pudiéramos compartir el saber de manera directa, pero primordialmente que nos reconociéramos como comunidad educativa.

Aquel año finalizó con la satisfacción de la tarea hecha con el corazón. Se le había dado vida al proyecto de la Media Académica Rural en Cocorná, se sostenía con credibilidad gracias a la entrega y sacrificio de la docente itinerante, los docentes colaboradores y la constancia de los estudiantes; las familias estaban agradecidos con la educación en su entorno rural y los rostros alegres, entusiastas de los jóvenes en aquel encuentro de fin de año arraigaba en mi mente la idea, que la naciente figura de la docente itinerante era una alternativa valiosa para transformar la educación rural y llevarle esperanza a los jóvenes campesinos.

LA OTRA ESCUELA

Francisco Antonio Calle Correa

La salida era al despuntar el día porque la jornada era larga, de nueve o diez horas aproximadamente al lugar de destino, en un día espléndido en tiempo de verano. El viaje era a caballo, en un grupo conformado por familiares y amigos, entre doce o quince personas. El recorrido casi en su totalidad, era por terrenos selváticos bastante extensos, que hacían parte de un inmenso cañón, recorrido por un río de aguas limpias, lugar al que nos dirigíamos para pescar, ya que era el tiempo en que el pescado abundaba.

Técnicamente hablando, descendíamos desde los dos mil doscientos hasta los trescientos metros aproximadamente sobre el nivel del mar, en este sitio permaneceríamos alrededor de una semana, pescando y bañándonos todo el tiempo en sus inmensos y profundos charcos.

Por lo menos una hora antes de llegar al lugar señalado, pasamos por la vivienda de un conocido de la región y su esposa, que era profesora de la vereda, quienes vivían allí en compañía de sus pequeños hijos, un niño de unos cinco años y una niña de seis o siete, a los cuales saludamos de paso y continuamos el viaje que ya llegaba a su fin.

No llevábamos aparejos o implementos de pesca, esta se hacía con pólvora, recuerdo que era una actividad peligrosa, algunos habían perdido parte de sus extremidades superiores al explotarles la pólvora antes de ser lanzada; el encargado de hacerlo, encendía con un cigarrillo una mecha metida dentro de una gelatina o masa de pólvora del tamaño del puño, que era lanzada hábilmente a la profundidad del charco, y luego de unos segundos explotaba estremeciéndolo y erizando su superficie. matando todo lo que estaba al alcance de la onda explosiva. El efecto del estallido se presentaba inicialmente con borbollones que emergían desde el fondo hasta la superficie del agua, trayendo consigo hojarasca en descomposición y miles y miles de alevinos muertos, que se veían como un solo cuerpo o masa blanca, que luego cubrían casi toda el área del charco momentáneamente; poco después aparecían flotando cientos de peces muertos, exhibiendo su parte inferior o el pecho de color blanco, y los que quedaban aturdidos se les veía su lomo oscuro y nadando erráticamente por la superficie, a los cuales, acto seguido, matábamos a garrotazos.

Sucedió que se me produjo una infección por la picadura de un animal en una pierna, un tábano tal vez, un insecto o mosca enorme, de un vivo color verde, que era además el azote de los equinos, porque los hacían salir del monte corriendo desesperados por los playones del río, metiendo la cabeza entre sus patas delanteras, tratando de librarse de ellos inútilmente, y buscándonos para que se los quitáramos de encima. La infección iba complicándose cada vez más y no era posible detenerla, entonces, me vi en la obligación de adelantar el viaje de regreso, como al tercer día de estar allí, viaje que realizaría solo, los demás se quedarían el resto de la semana.

Ese día en mención, salí en las horas de la tarde con el fin de amanecer en la vivienda del señor conocido y su esposa profesora. Allí llegué después de una hora de viaje, ya muriendo el día. Les manifesté los motivos de mi regreso y mi

deseo de amanecer en su casa, para continuar el viaje al día siguiente muy temprano. Accedieron gustosos a darme posada y acto seguido desensillé la bestia. Estaba bastante adolorido por la inflamación de la picadura recibida, y por sugerencia del señor conocido, me hice un baño de hojas de totumo, que me calmaría el dolor y me desinflamaría en algún grado.

Caía la noche, el cañón se cubría de sombras y el ambiente se llenaba de un bullicio ensordecedor de los animales que despedían el día y de los que le daban la bienvenida a la noche, transición que duraba poco, para dar paso a un silencio absoluto, solo interrumpido ocasionalmente por el canto sobrecogedor y melancólico de algún ave agorera, y al oírla recordaba a mi abuela que exclamaba en tono profético y resignado, mientras remendaba: “hambre, peste o guerra”. También, las llamas del fogón se veían más brillantes, y al ser atizado se producían pequeñas explosiones, acompañadas de un esporádico y efímero chispero, señal de que pronto la comida estaría lista.

Prendieron algunas velas, alrededor de las cuales revoloteaban peligrosamente algunos insectos. El señor conocido estaba sentado en una silla, a un lado de una pequeña mesa, recostado contra el cancel, descansando después de un duro día de trabajo y con el cual yo conversaba animadamente, pero esencialmente, notaba que su pequeña hija se le acercaba cariñosamente buscando recostarse, abrazarle o ser abrazada, o quizás dormirse en sus brazos, pero increíblemente éste la apartaba con su mano derecha una y otra vez. Mientras esto sucedía, su pequeño hijo, quien tenía puesto un sombrero, un carrielito y un pequeño machete ceñido a su cintura, sí era objeto de su más decidido acogimiento: lo abrazaba, lo acariciaba, lo sentaba en sus piernas y le conversaba orgullosamente, mientras la niña permanecía a un costado, cabizbaja, con su espalda un poco arqueada hacía atrás, sus pequeños puños bajo el mentón y su mirada retraída.

La niña contemplaba de hito en hito cómo su padre concedía a su hermano todo el cuidado, todo el esmero y todo su ser, que hubiera querido también para ella. Pero ni él ni su madre profesora parecían percatarse de tal situación; por el contrario, ésta que pasaba continuamente entre nosotros, en su ajeteo doméstico, se la quitaba maquinalmente de encima, en repetidas ocasiones.

Tenía sentimientos encontrados. Tal vez el hecho era algo cotidiano y común y yo le ponía una trascendencia solo concebible en el mundo de mi imaginación. Sin embargo, pensaba de todas formas en la escuela de la vereda, sus estudiantes y su profesora.

De allí salí temprano, después de que estas buenas personas me empacaran un fiambre para el camino. No había una sola nube en el firmamento y una fresca brisa se metía por todas partes. Al cabo de muchas horas me encaramé sobre la cumbre de la cordillera, desde donde la naturaleza me regalaba, tal vez sin merecerlo, una vista pocas veces ofrecida sobre el litoral, que en la lejanía se veía como una tenue línea costera que separaba el continente del océano.

Un vagón de penumbras

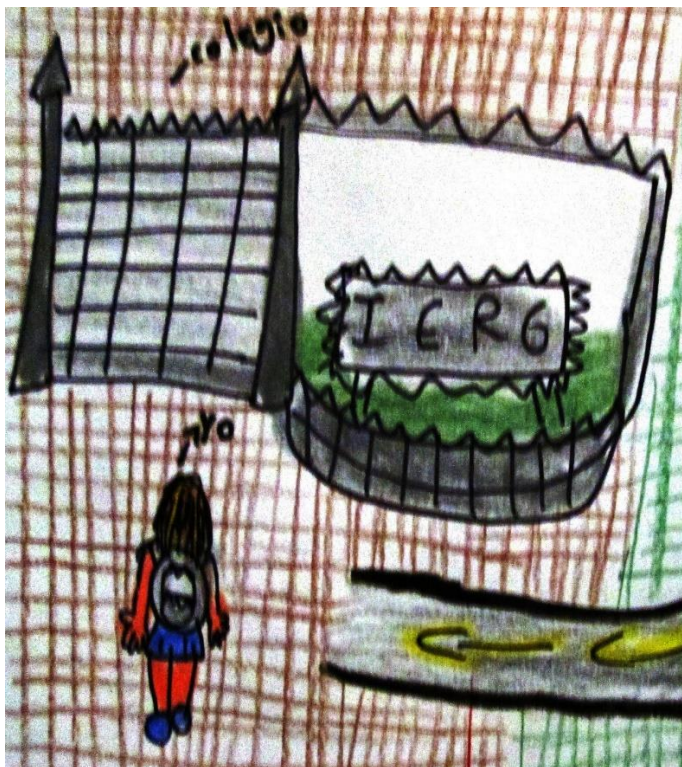
[illegible]

“El mundo se ha vuelto tan serio
[...] que el humor es una profesión de riesgo”
(Charlie Hebdo)

Hay una antigua frase hindú que reza: *“mil hombres, mil religiones”*, pequeño escrito que se encuentra a la entrada de algunos templos y pagodas de la india milenaria, anunciando quizá, el respeto que se tiene por la singularidad que habita en cada ser humano. Un ejemplo que deberíamos incorporar al contexto escolar y a la vida misma para no seguir atropellando a más gente con discursos hegemónicos o ideas radicales.

De mil cosas para escribir [...] la verdad no se me ocurría nada, no lograba encontrar un hilo que me llevara al asunto, a la trama, al problema; así que estuve a punto de tirar la toalla, pues los días corrían y corrían, y en ocasiones de prisa más rápido de lo habitual y, con el pasar del tiempo la angustia se hacía mayor, más pesada y asfixiante. A decir verdad tenía muy poco; solo unos dibujos aquí, unas fotos allá, otras cuantas frases más lejos y, el insipiente esbozo de un nombre[...] “*La singularidad de Natalia*” a modo de título, una estudiante difícil con la que muchos tuvimos que ver y que quizá aparezca en alguna parte de esta historia que voy a contarles. Pero no fue sino hasta hace poco, unos tres días más o menos que, hablando con Mónica (amiga y docente) sobre algunos datos del singular personaje, que a ella se le soltó un nombre que me estallo en la cabeza “acórdate Rodri”, me dijo, “Natalia entró en tiempos de Lubín o el padre Guillermo si no estoy mal, porque la **época oscura** fue unos años después”. Esa época oscura es un nombre que pongo en negrilla por el significado amargo que tuvo para la convivencia escolar y el clima laboral de la institución, un pasaje decadente, una pesadilla más bien, un mandato sin gloria, una temporada en el infierno [...] en palabras de Rimbaud.

EPISODIO 1. El colegio



Natalia Serna Ramírez. Referentes visuales, *"La institución"*. Dibujo sobre cartulina plana, lápices de colores, micro punta y marcador negro, 2012.

En trece años de labor docente en la institución Román Gómez de Marinilla, conocido como el *"Comercial"*, he visto pasar por sus aulas, oficinas y pasillos a Agustín, Lubín, Guillermo, Federico y Miguel; cinco rectores que he disfrutado, compartido, padecido y sufrido, al igual que un buen número de estudiantes, coordinadores y docentes que han llegado y se han ido; pero también he visto pasar la vida y la muerte, la risa y el llanto, el amor y el odio, lo viejo y lo nuevo, lo bueno y lo malo, el día y la noche, lo claro y lo oscuro [...] y es sobre ésta oscuridad o más bien penumbra que al fin he decidido escribir.

Este pasaje maluco, del cual muchos fuimos testigos, fue precedido por Federico primero, pues todavía no ha llegado el segundo [...] un rector que venía de la primavera en remplazo del padre Guillermo por conveniencia pactada, o permuta que llaman. Con el padrecito la cosa iba bien; pues en el corto tiempo que estuvo, todo fue paz y armonía, así que nunca entendimos porque diablos le dio por irse de esa forma tan abrupta. El argumento del padre fue disque por condiciones de salud, un cierto estrés laboral que le estaba produciendo todo el tejemaneje que había que hacer en las dos sedes del colegio; un argumento que no logró convencernos a todos, pues lo que se rumoraba en la calle era otra cosa muy distinta y que se había vuelto voz pópuli, rumor que involucraba de manera directa al susodicho remplazo, ya que se decía muy seriamente que era más bien por cuestión de amenaza.

Terminado el año lectivo del 2011 y pasada la navidad y demás fiestas decembrinas, regresamos al año siguiente a nuestras labores habituales, cuando vaya sorpresa [...] el padre se iba. En reunión plena de secundaria y primaria en

sala de profesores, la bomba estallo y no era en broma, la verdad era que Guillermo partía, nos abandonaba, y no había manera de atajarlo, estaba decidido. Acto seguido nos presentó a Federico [...] nuevo rector de la institución; y a partir de aquí, la cosa se tornó molesta, ya que Diego Pinzón (para esa fecha docente de religión, ética y valores, hoy en día rector) aprovechó la ocasión y dijo: “¡Buenos días a todos! Yo, a título personal, quiero decirle una cosa a usted padre Guillermo, que no estoy de acuerdo con esa decisión. ¿Por qué se va a ir? ¿Qué le hemos hecho? [...] ¡Es más, no le perdono el que nos abandone, no acepto eso [...]!”. Obviamente esta sentencia se escuchó maluca y, por más que tratamos de suavizar lo dicho, la flecha ya había alcanzado su blanco [...] el orgullo de Federico, que sin modular expresión alguna, clavó una mirada inquisidora en el dueño de aquellas palabras. El padre por su parte no tuvo más remedio que hacerse el loco y seguir presentando los títulos, las credenciales y el pedigrí del nuevo rector.

Siempre se ha dicho que lo que empieza mal, termina peor; al menos así reza una de las leyes de Murphy. Una vez posesionado en el cargo y entrado en confianza, este señor organizó una reunión en el aula múltiple con todos los docentes de las dos sedes; creo que fue en una de esas fechas en que se pagan los tres días de semana santa, que por lo general son tres sábados, en uno de esos. Tres días que fácilmente el gobierno podía cedernos en pago por tanto acuerdo incumplido. Cualquier reunión teórico-pedagógica que se programe un sábado no deja de ser tediosa, y esta no fue la excepción. Entramos a las siete de la mañana como estaba programado, pero no fue sino hasta después de las ocho que un servil grupillo de apresuradas seguidoras entró en escena para anunciar que muy pronto llegaría, que no teníamos por qué desesperarnos, ya que en contados minutos todo iba a comenzar y que sería una sorpresa; y vaya que sí lo fue, pues lo que pasó a continuación ha sido una de las cosas más ridículas que he visto.

EPISODIO 2. La entrada

A rey muerto, rey puesto [...] es lo que han heredado y perpetuado por siglos las grandes monarquías del viejo continente, y que se han venido instaurando en estas latitudes a modo de dictaduras. Esto era justamente lo que íbamos a presenciar, nada más y nada menos que el ascenso al poder de Federico *primero*, rector de la institución. El escenario estaba dispuesto y un público a la espera también; cuando de repente aparece un personaje con una capa puesta de color azul celeste que le llegaba hasta el suelo, una corona de papel dorado enclavada en la cabeza y un cetro amarillo adornado con cintillas de colores que sostenía en ambas manos completaba el conjunto. Esta era la figura de un rey vanidoso y arrogante haciendo su entrada triunfal con orgullo y paso firme, seguido por un séquito de bobas que le custodiaban la espalda. De inmediato el comité de aplausos no se hizo esperar y ovacionó la bienvenida con ¡Silbidos! ¡Hurras! ¡Vivas! [...] y aplausos estridentes en clara muestra de sumisión a semejante disparate; solo faltó que gritaran ¡Larga vida al rey! [...] y esto ya habría sido el colmo. El mensaje era claro y así quedó demostrado [...] el señor quería mandar y se aseguró de que así fuera. Las profes de primaria estaban entusiasmadas, al menos la mayoría; en cuanto a la secundaria la cosa era bien distinta, aunque no faltó el grupillo que se le fue adhiriendo, el resto nos mantuvimos distantes y guardamos la compostura; al menos de mi parte no lograba dar crédito a lo que estaba viendo [...] ¿Cómo era posible que tanto docente ilustrado se prestara para eso? ¿En dónde estaba su

formación, en que parte su criterio? Esto me recordaba “*La consagración de Napoleón [...]*”, una vieja pintura neoclásica de grandes proporciones de Jacques-Louis David, un pintor de la corte y del régimen napoleónico, quien por encargo del propio emperador le solicitaba ser pintado en el acto de la coronación precedida por Pío VII, invitado especial a la ceremonia como pontífice de turno. Así mismo, este señor Federico no se andaba con rodeos, pues se tomó el acto muy en serio y, una vez se calmaron los ánimos y se aplacó el barullo, se subió al escenario y se sentó en una silla que habían dispuesto para él a modo de trono. Ya estando allí, aprovechó tal postura para dirigirse a nosotros en actitud de calma y con gesto solemne para que le escucháramos lo que nos iba a decir [...]

Para continuar la farsa, el nuevo rey proclamado propuso un juego, muy al estilo de los emperadores romanos, donde lo que buscaban con plena seguridad, era satisfacer su propio ego y poner en ridículo al resto de invitados; incluso juzgándolos o condenándolos por cualquier error banal que fuese en contra de su satisfacción o deseo. Lo preparado para esta ocasión era una serie de acertijos que poco o nada tenían que ver con un debate académico; solo se trataba de una excusa para que le rindieran honores, ya que para pedir la palabra había que agachar la cabeza y hacer la venia, si la respuesta no era de su agrado, él hacía un gesto de desprecio y lo despachaba con un ademán de rechazo, al tiempo que extendía un pie para que otro cabrón o cabrona atendiera sus demandas. En vista de que nadie atinaba; Pinzón, Fredy, Yo y otros cuantos más que estábamos en la parte de atrás, empezamos a azuzar a los demás para que se alborotaran y poder terminar con semejante bobada; así que lo que se nos vino a la cabeza fue gritar en coro ¡Abajo! ¡Abajo! ¡Que muera el rey! ¡A la guillotina [...] y que le corten la cabeza! [...] Al escuchar esto, el reyecillo nos clavó una mirada de rencor inquisidora y se bajó del trono. Estaba hecho, éramos la oposición a posturas radicales camufladas; un grupo disidente con ganas de luchar. Así termino la ceremonia, no sin antes quedar señalados.

EPISODIO 3. El mandato

Ya lo decía Montaigne al referirse a todos aquellos que aspiran a un trono [...] y, por supuesto esto no excluye a las mujeres [...] “Por más elevado que esté el trono, el que se siente en él, lo hará siempre con el culo”.

Embriagado por las ansias de demostrar que mandaba, como una fiera salvaje que ha probado sangre fresca, las extralimitaciones de poder no se hicieron esperar; como quedó demostrado en la postura que asumió en un acto de clausura de proyectos de investigación escolar que se llevaba a cabo en el teatro municipal de Marinilla; donde varios grupos de estudiantes con sus respectivos docentes en compañía de la coordinadora María, exponían los resultados de sus proyectos de investigación ante la comunidad educativa: padres de familia, representantes de la corporación CORUM, delegada de ONDAS y otras personalidades. La actividad se desarrollaba en perfecta calma, cuando de repente irrumpió Federico como un energúmeno y gritó “¡Paren eso! ¡Paren eso ya, y se van para el colegio! Yo no puedo permitir que la institución se vuelva un caos; así que María recoja todo esto y se va para el colegio”; a lo que María contestó: “Que pena don Federico, pero los muchachos llevan mucho tiempo preparando esta exposición y merecen respeto, además faltan algunos grupos por exponer [...] apenas terminen nos vamos”. “Me está desobedeciendo, o fue que no me escuchó [...] o se está burlando de mí [...]

le dije que no". María se mantuvo firme y le contestó: "Don Federico [...] hay veces que las instituciones se tornan un poco caóticas porque trabajamos con jóvenes que están vivos, si usted quiere una institución muerta trabaje en un cementerio [...]". "Respéteme por favor, que estoy hablando muy en serio y ya le dije lo que tenía que hacer, así que es su responsabilidad" [...] y se marchó furioso. Una vez se fue, María nos dijo [...] "si quieren se pueden ir con los muchachos para el colegio, porque Yo me voy ya para la oficina del Secretario de Educación Municipal a denunciar esto, el que me quiera acompañar como testigo se lo agradezco, pero no es obligación"; así que mandamos los muchachos con un docente y los demás nos fuimos con María a denunciar tal hecho. Fue así como a partir de aquí comenzó una cacería de brujas liderada por el nuevo rector y su lugarteniente [...] el nuevo coordinador Eduardo, quien, arrastrado por unos celos enfermizos contra María, armó tremendo caos imaginario y un oscurantismo que duraría tres años, solo con el fin de congraciarse a toda costa con su amo y señor [...] el rector Federico.

Continuará [...]

EL OCASO DE UN ÉXITO

A Juan D.

Iván Sylva

Primer trabajo en un colegio, tercer día de labores; primer descanso de los estudiantes en la sede John F. Kennedy, donde están los más chiquilines: de preescolar a segundo.

En un primer momento de la mañana, el intento cuasidesesperado por tomar posesión de una de las oficinas de despacho. En el propósito de hacerme a una idea de ese mundo por el que alguna vez pasé en la inconsciencia del niño de esos primeros años de escolaridad, salgo, en un segundo momento, para observar la dinámica del recreo.

Uno

Al lado derecho de la jamba, apenas a unos pasos, están dos chicos sentados en el piso tomando su desayuno y charlando. Al salir pasa casi rosándome un chico grandulón, para el tamaño y la edad de la casi totalidad de los estudiantes de la sede. Pasó como si nada fuera digno de su atención, salvo porque se desplazó en una dirección que le permitió, previa medida exacta de las distancias de cada paso, dar un puntapié al desgaire en el tobillo de uno de los comensales. Mientras el golpeado miraba atónito y se retorció, sentí el impulso de abalanzarme sobre el agresor para contenerlo, pero un impreciso detalle hizo que me contuviera; entonces decidí continuar la observación.

Se dirigió como sin propósito por el medio del patio, por donde venían corriendo dos niños disputándose una pelota, y el rubio grandulón avanzó su cuerpo rígido hasta chocar con ambos jugadores; uno de ellos tastabilló, el otro perdió pie y cayó.

Mi guía continuó deambulando en tanto los futbolistas miraban estupefactos al caminante indiferente, quien avanzó ya al trote liviano hasta atravesar con cierto impulso el tejido de movimientos de dos niñas que practicaban uno de esos *juegos de manos*. Ambas fueron arroyadas; una apenas se mantuvo en pie, la otra *mordió el polvo*.

Ya era casi imposible mantenerse a distancia sin intervenir; alguna profesora hablaba con otra mientras me miraban; otros chicos vieron al grandulón rubio atropellar a unos o a otras, y me vieron a mí mirándole hacer. Se formulaban, al menos, dos preguntas: ¿quién era ese desconocido que caminaba por la escuela? Y si vio lo que pasaba ¿por qué no hacía nada? Aquel detalle que me contuvo al principio estaba dejando de ser impreciso, pero se tornaba todavía más extraño, y continuó actuando como contención.

El grandulón se desvió hacia otro patio lateral. Mientras subía los tres escalones que lo conducían de uno a otro, hizo una breve inclinación de su torso y tomó una caja de jugo que una niñita había dejado a su lado mientras charlaba con otra y comía el pan de su desayuno. Llevó el pitillo a su boca y sorbió indiferente, sin mirar al costado, sin cruzar la mirada con nadie: estaba solo, dialogaba consigo en un profundo soliloquio mientras pasaba irrumpiendo en los tejidos de relaciones

en los que él no tenía lugar. Llegó hasta donde estaban otros jugando pelota y, esta vez, se incorporó.

Me dirijo hacia una profesora que cuida la zona y que me mira con *ojos de ternero degollado*. Le pregunto, irreflexivamente, si conoce al chico. Me responde que sí, que claro, que todos allí saben quién es; que su nombre es Juan D., que está cursando grado primero [...] por segunda vez, “por qué no aprende”, dice. Se me vino a la cabeza la metáfora de una *pelota loca*, y se la planteé a la profe; ella me miró condescendiente.

Dos

Al día siguiente estoy en frente de la madre de Juan D. Es una mujer morena, de aire obscuro, muy delgada. No me mira a los ojos en ningún momento. Su vocecilla es un leve hilo de aire en el que, con mucho esfuerzo, como estirando mi escucha, a penas logro capturar algunas palabras. Mantiene la cabeza baja y la mirada perdida hacia el piso. Sus dedos crispados se enredan sobre la zona del pubis.

Yenifer cuenta que el padre de Juan la dejó hace un tiempo, que no aporta para su mantenimiento, ni para los hijos que tiene con otras mujeres. Que ella está sin trabajo, que apenas sabe leer y escribir. Luego intento entablar conversación con Juan; tampoco él me mira a los ojos y habla con monosílabos, aunque el movimiento de sus ojos delata cierta escucha. Le animo a controlar sus impulsos, a escuchar, a hacer ejercicios breves en clase. Le cuento que en la escuela él tiene una aliada que le puede ayudar a tranquilizar su espíritu; en este punto me dirige miradas rápidas a la espera de que le revele de quién se trata: le digo que cuando en el aula de clases sienta que no soporta más tiempo sentado, rayando o realizando un juego, le diga a la profe que sale al baño; allí abre la llave del agua, pues ella es su aliada; entonces debe poner las manos bajo el chorro y pedirle que le ayude a tranquilizar su corazón; luego se moja la cabeza, respira profundo, monta unos minutos al columpio y vuelve al salón. Allí trabaja unos diez minutos más y luego cambia de actividad [...]

A la madre le doy pautas para trabajar en casa en las tardes; al principio dos o tres sesiones de cinco minutos de actividad regulada y cinco minutos intermedios de juego. Semana a semana incrementa los tiempos y los ciclos [...], también, que lo acompañe a montar en bicicleta, a jugar fútbol con otros chicos, que le permita aprender a nadar; además, que regule el tiempo de las comidas, el ciclo del sueño [...] en fin, la animo a que hagamos equipo, a que trabajemos juntos para ayudar a Juan D. Acuerdo con Yenifer una reunión con el padre, aunque ella me advierte que es un elusivo agresivo.

Ahora soy yo el que está estupefacto, pues nunca había pensado de manera práctica cómo instruir la crianza de un niño que no se regula a los siete años. Estoy fatigado del esfuerzo mental de imaginar cómo ayudar a un chico a tomar control de sí.

Luego me reúno con Mary, la orientadora escolar, y le relato lo sucedido; le solicito apoyo en la reunión con el padre. Entonces ella me cuenta que la mujer fue violada durante el conflicto, hace menos de un año, por cuatro paramilitares que la toparon en un camino; que está en la miseria, que intentó conseguir trabajo en otra localidad, que tuvo que volver [...]

El día siguiente estamos Jhon, Yenifer, Mary, la profe y yo en la oficina. El hombre dice que él no tiene responsabilidad con el niño, pues la madre fue la que decidió tener un hijo suyo, al igual que otras siete mujeres; que si ellas lo eligieron a él era porque estaban dispuestas a mantenerlos y que él generosamente las había complacido. Yo solo logré balbucear un asunto de obligaciones legales y de paternidad responsable; de la necesidad del chico de tener un referente masculino y algunas otras verdades de Perogrullo. Entonces formulamos acuerdos, nos asignamos tareas y responsabilidades, incluido Juan, y nos separamos.

Tres

La sorpresa llega en los días siguientes, al ver que Juan D., ya no sale del aula sin permiso, que no está golpeando a otros gratuitamente, que intenta realizar actividades escritas en clase. También cuando me comenta que su aliada le ayuda realmente a regularse.

El tiempo, como un río que no cesa, nos lleva precipitadamente a inicios de noviembre. Falta un mes para terminar el año y Yenifer me ha pedido una reunión. Asiste puntual a la cita, se sienta frente al escritorio con su torso recto, el rostro levantado, la mirada en mis ojos. Está bien vestida, levemente maquillada y segura de sí misma. Al lado está Juan D., adusto, con la mirada tranquila, la espalda erguida. La madre, luego de contar que está trabajando de barrendera para la Alcaldía, señala su preocupación, porque la profe dice que Juan pierde de nuevo el año, que no sabe leer ni escribir las combinaciones básicas para el grado; que no ha aprendido siquiera las vocales, pues las olvida al minuto de haberlas repetido completas, no sin esfuerzo. Yo le señalo que ella está bonita, que se la ve segura y elegante; entonces ella baja la mirada y se muestra un poco turbada; el rubor comienza a subir por sus mejillas. Entonces le aclaro que no le estoy “echando piropos”, sino describiendo lo que percibo: que ese bienestar suyo tiene una relación directamente proporcional con el de su hijo, y viceversa; que los dos han remontado desde mundos abisales, que Juan ahora se autorregula y socializa más fluidamente. Que ese es el logro de ambos en 2016, y que Juan deberá pasar a segundo grado.

Luego vendrá la pataleta de la docente, y de algunos que dicen que no se puede cuestionar el criterio de quien está en el aula todo el año con el niño; que lo que él tiene, aunque se reconocen mejoras, es pereza [...] Finalmente, se consigue permitirle seguir su camino con argumentos legales y demás.

Cuatro

A mitad del segundo grado Juan D., es, según el profesor, un declarado incapaz de aprender. Este apenas se ocupa de él, salvo para cohibirlo autoritariamente. Para entonces se tiene diagnóstico médico: *Retardo Mental Severo*. Se habla de *dejarlo pasar* mientras se pueda controlar.

Un día la madre pasa por la escuela, y al encontrarme sonrío sin timidez. Entonces le pregunto cómo está. Ella responde que está bien y que quiere saber qué pienso de algo que ha pasado el día anterior. En la oficina cuenta que Juan D., estaba en la mesa del comedor de casa al lado de una prima suya, a quien alguien le explicaba la multiplicación por dos cifras. Nadie se ocupaba de Juan, como siempre; sin embargo, en un momento él irrumpe en la conversación y le pregunta a quien explica si la secuencia de operaciones que él describe es correcta. Todos lo miran con sorpresa porque ha repetido la secuencia adecuadamente, de modo que logra multiplicar por dos cifras; algunos ejercicios lo prueban.

Así descubrimos la fortaleza de Juan, su habilidad para aprender a razonar matemáticamente. Con la madre y con el profe acordamos centrar allí la atención; pero este arguye luego que tiene muchos estudiantes, que muchos de ellos son tanto o más inquietos que Juan, que no tiene tiempo para ocuparse de él, pues apenas logra contenerlo un poco.

Cinco

El día que conocí a Juan D., él parecía una *pelota loca* rebotando sin control en todo lo que encontraba en su camino. Iba de un lado a otro agrediendo al mundo sin mirar a nadie a los ojos, pues nada era personal. Alguien lo interpeló y lo escuchó, le propuso un juego serio, lo acompañó, lo estimuló [...] él escuchó y fue escuchado. Ahora, en su camino, se juntan otras *pelotas locas* con sus derivas, y los efectos de sumar años se agregan en forma de más energía, de erotismo sobreestimulado, de falta de acompañamiento y contención [...] Acaso Juan D., sea el gran fracaso de un caso exitoso.

San Rafael, septiembre de 2018

RETORNO A MI CAMPO

Luis Hernando González Bedoya

*La labor del maestro*¹⁵.

Maestro, una palabra fragmentada en tres sílabas que recoge la esencia de una bella labor, donde la entrega, el sacrificio y el compromiso demuestra la vocación del que quiere servir, del que quiere crecer y del que busca hacer del otro una mejor persona, como el alfarero que moldea su arcilla para hacer la mejor escultura; ser maestro es representar un ángel que protege, que guía y que ilumina el camino para que cada persona emprenda su viaje por la vida, pero al mismo tiempo es la presencia del Estado en una escuela, en una vereda, en una comunidad.

El maestro, es el primero en evidenciar las necesidades que emergen en una comunidad y las prioridades que van suscitando al interior de la escuela, tanto a nivel académico como de tejido social, como lo evidenciado en el grado quinto, de la institución educativa San Luis, con 43 estudiantes y la mayoría de ellos, por no decir que todos, son provenientes de familias que han sufrido los flagelos de la guerra, familias que abandonaron sus tierras por el peligro inminente del accionar de los grupos armados y hoy, quizás trece, catorce o quince años después, son más gravadas las consecuencias debido a las pérdidas económicas y a los problemas psicosociales producto del desplazamiento y del cambio de vida a que se vieron obligados.

Es el caso de la familia Muñoz Restrepo, proveniente de una vereda sanluisense que emigró al casco urbano buscando proteger sus vidas en los tiempos de mayores conflictos; me enteré por el mismo Germán Muñoz, en una reunión de padres de familia, y según él, el panorama de vida les acarrea dificultades por la separación a que se ven obligados, ya que sus tres niños viven con su mamá en el pueblo para poder estudiar, mientras que él, trabaja en el campo con la esperanza de volver a ver algún día su finca y su vereda, como fue en aquellos años donde la escuela era el lugar de encuentro, de regocijo y de vida comunitaria. Hoy, solo existe un espacio abandonado y aún con letreros de aquellos años dolorosos, paredes donde se confunde el blanco con el verde de la lama y un techo derrumbado por el peso de las hojas acumuladas, algo indescriptible; un lugar donde antes vivificaba el sonar de las letras, las risas, los juegos y el encuentro veredal, un lugar donde se tejía la esperanza del campesino y la alegría de los niños y sus moradores, hoy solo genera desolación y tristeza.

Cuenta don Germán Muñoz, “es muy difícil que los vecinos vuelvan porque muchos ya han iniciado raíces en el pueblo y en la ciudad, y volver sería como empezar de cero, además, empezar de nuevo en el campo, es bastante duro y más cuando la familia está ausente como es el caso mío”. Lo que más me conmovió fue cuando dijo: “¡cuánto no daría para que ellos estén conmigo y podamos construir juntos un nuevo sueño allá en la vereda!, pero [...] como dice mi esposa, primero la

¹⁵ González Bedoya, Luis H. Relaciona el ejercicio que enmarca la pedagogía al servicio de la formación del individuo, donde la esencia y la trascendencia de la labor, permea en el oyente para construir y reconstruir su trasegar por la vida.

educación de los niños y la escuelita de allá con tres niños no la van abrir”, me dijo con los ojos aguados y con una mirada profunda hacia el ocaso en aquel atardecer, quizás no más profunda que el dolor que sentía desde su corazón, porque se le notaba la tristeza y la amargura del daño ocasionado por algo que ante el Estado, al parecer nadie tiene la culpa, porque después de tanto tiempo no pasa nada, y todo parece quedar en el olvido, menos para esta familia y para muchas otras, que viven la misma situación.

En esos momentos no sabía cómo actuar, sus palabras penetraron en mi interior como un baldado de agua fría, él, quizás con la esperanza de sentir una voz de aliento por parte mía, y yo, sin saber que responder para mitigar el dolor y la nostalgia que lo embargaba, lo único que se me pasó por la mente fue decirle que todo tiene un propósito y un objetivo, y si las cosas convenían para retornar a la vereda y que la escuela se reabriera, algún día se daba.

Dentro del diálogo y anécdotas, don Germán indica los planes y proyectos dentro de su finca, dice que ya tiene dos hectáreas sembradas en cacao, con una ayuda que le hizo la Umata, que, aunque están pequeños los árboles, hay una esperanza de cosechar en un futuro, tiene yuca y plátano para el consumo y para vender por kilos en el pueblo, un potrero donde tiene tres vacas, un torete y un caballo que le sirve como medio de transporte para sacar productos de la finca.

Mientras que don Germán cultiva la tierra para buscar el sustento de sus hijos, su esposa trabaja en el pueblo como empleada en un restaurante para aportar a los gastos del hogar, debido a que la finca genera ingresos muy reducidos y el arriendo, los servicios y demás consumos no dan espera, sin embargo, su labor de madre la obliga a levantarse muy temprano para hacer los oficios de su casa y dejar todo listo para que sus hijos Tomás, Andrés y Jean Carlos, vayan a la escuela, dejando a este último como el encargado de sus hermanos por ser el mayor.

Jean Carlos, cursa el grado quinto, estudiante emprendedor en los trabajos sociales y en el deporte, pero para el estudio presenta dificultades como poca atención y concentración en las explicaciones, poca responsabilidad para la entrega de actividades y poco entusiasmo para terminarlos en casa; sin embargo, la felicidad más grande para el niño es llegar a la escuela, jugar con sus compañeros, estar rodeado de sus amigos y poder sentirse escuchado por las demás personas. A veces, mientras se abordan actividades cooperativas entre mesas de trabajo, se ve al niño perderse entre pensamientos y fantasías que, para él, lo alejan de la realidad familiar, pero para sus compañeros lo aleja de la posibilidad de crear y recrearse en el conocimiento, en las prácticas y en los chistes que a veces se dan dentro de las charlas de clase.



Foto: Añoranzas. Fotógrafo: Luis Hernando González Bedoya
San Luis, Antioquia. 27 de septiembre de 2018

Son repetidos los diálogos y las motivaciones que se realizan con el niño, se han utilizado diferentes estrategias de integración como la asignación de roles: estudiante líder, donde colabora con actividades internas del aula como entrega de material didáctico, ayuda a parafrasear instrucciones y les ayuda a los demás líderes de las otras mesas de trabajo a recoger cuadernos y trabajos de los compañeros. Sin embargo, en algunas situaciones vuelve al ensimismamiento y a la desconcentración; por lo que cité a su acudiente por escrito y no obtuve ninguna respuesta favorable, nuevamente realicé citación y lo único que decía el niño era que mi papá estaba en la finca y venía el sábado, y mi mamá estaba trabajando y no le daban permiso. Comenté el caso al coordinador académico y me respondió que la orden del rector es: si el padre no asiste, suspender al niño hasta que el acudiente haga presencia.

A la semana siguiente, me dirigí a la docente orientadora y le comenté el caso, me pidió que hiciera la remisión a su despacho y la anotó en su agenda para cuando tuviese el espacio de atenderlo. Al menos recibí una voz de aliento favorable para evitar la suspensión del niño, pensé entre mí. Esperé hasta el viernes y me comuniqué por teléfono con su padre, informándole que lo necesitaba urgente el lunes a la última hora de clase debido a que la mamá de Jean Carlos no acudía a las citas que se habían hecho.

Don Germán, asistió muy cumplido al llamado que se le hizo, esperó a que le comentara el motivo de la citación y me respondió: “Profe”, con voz de angustia, “yo sé que al niño le falta más cuidado y que nosotros estemos pendientes de él, mi mujer y yo, no sabemos leer ni escribir, pero le colaboramos en lo que podemos”. “Las cosas cambiarían”, continuó diciendo, “si abrieran la escuelita en la vereda, así yo viviría con mi familia y estaríamos todos juntos, además la gente se motiva a volver o a vender, para que otros vuelvan al campo; no sabe usted la falta que nos hace que haya un profesor en la vereda, aunque sea para tres niños, pues un profesor no solo enseña, sino que es un líder y anima mucho en el campo”. Ante su comentario guardé silencio, porque es una realidad de sentido social y un docente en una vereda es un líder que transforma, no solo está para el servicio de los niños,

sino para toda una comunidad, además puede ser motivante para que las familias retornen al campo.

La situación con esta familia me generó un mayor compromiso, no solo de entender la situación por la que pasaba tanto el papá como la mamá, sino lo que vivía y sentía cada niño, especialmente Jean Carlos, por lo que decidí centrarme un poco más en el trabajo personalizado para hacer seguimiento, pero al mismo tiempo en adoptar estrategias de integración social para que se involucrara más con los compañeritos del grupo. Continué asignándole roles y estimulando su participación con caritas felices, con puntos positivos y con notas, sobre todo cuando participaba en clase.

Después del diálogo con don Germán, y de algunas estrategias implementadas al interior del aula, Jean Carlos empezó a tener cambios progresivos con las actividades de clase, ahora al menos lleva sus trabajos a la escuela, asiste más organizado y comenta que su mamá le revisa sus cuadernos dos veces a la semana y el papá todos los domingos; aunque no deja su mirada triste y melancólica y parece recordarme el destello de la tristeza que reflejaba su padre en aquel atardecer.

UNA HISTORIA AÑEJA

Sandra Yanet Giraldo Castaño

Un hombre cuya edad no sé calcular, cuarenta y ocho o cincuenta años tal vez, viene hacia mí por el oscuro corredor que comunica la portería institucional con el salón de clase. Es fornido, alto, alopécico, lo cual disimula con una gorra que lleva como insignia la frase *Ron Medellín Añejo*; su cuerpo se balancea de manera particular al caminar. Lleva bajo el brazo un cuaderno, el cual lo acompañará durante su corta y caótica estancia académica en la Escuela Normal Superior, atrás y cubierta por aquel hombre lo acompaña la rectora institucional, una religiosa franciscana de menuda contextura y tez trigueña, quien después de saludarme junto a la puerta, ingresa al aula y rápidamente presenta a los estudiantes del primer semestre a don Manuel, el nuevo compañero de curso, justificándolo por su ingreso extemporáneo al Programa de Formación Complementaria.

Me llama la atención su mirada profundamente feliz, como si por fin la vida le hubiese dado la oportunidad de estar en un aula de clase. Es casi imposible saber qué está pensando, pero su rostro me motiva a preguntarle de manera directa cómo llegó a la Escuela Normal a formarse como maestro.

Empiezo a descubrir en su lenguaje un tono de resentimiento acompañado de esperanza, sus frases traen quejas y a la vez soluciones, manifiesta haber intentado ingresar a la Normal de Marinilla en cuatro ocasiones, todas estas fallidas, sin contar con sus intentos en otras Normales de Medellín y Antioquia, pero finalmente su insistencia lo trajo a este lugar. Repite en sus palabras sencillas “*¿Por qué la vida es tan fácil para algunas personas y por qué a los pobres nos toca tan duro?*” estas palabras casi son su himno y después de compartir un tiempo con él, empiezo a creerlas.

Lo que no cuenta y yo sé, es que nunca pasó la prueba de admisión y mucho menos la entrevista, la psicóloga y los compañeros del comité de ingreso al programa dieron un reporte desfavorable, pero la rectora al ver su persistencia decide darle una oportunidad, apoyada en la complicidad de tres maestras del programa (incluyéndome), quienes creemos firmemente que todos los seres tienen derecho a aprender a pesar de las limitaciones.

Volviendo al escenario de clase, don Manuel relata sus sueños, cuenta que se hace cargo de su abuelo, el cual está en silla de ruedas a causa de una enfermedad, cuenta que a él le debe su vida y que por él quiere salir adelante, se sueña trabajando en una escuela rural y mejorando su condición económica, cuenta además que trabaja en construcción y que vive en algún lugar de Medellín.

Las compañeras de clase lo miran asombradas, se codean entre ellas y no pueden creer cómo una persona tan mayor y con su aspecto pueda estar en el mismo curso. Lo corroboro al escuchar los comentarios en la cafetería: “¡Qué señor tan raro!”, “Parece de esos que viven en la calle”, “¿Le viste esos zapatos y esa ropa?”

Aquí empieza la historia que quiero relatarles, la cual ha marcado mi vida para siempre.

Empiezo a ser la coprotagonista de esta historia, porque soy elegida como asesora de grupo del primer semestre que como, ya les conté, fue el mismo al que llegó Don Manuel.

Él transformó las dinámicas escolares. En la sala de maestros, la cafetería, la rectoría, y casi todos los espacios se hablaba de don Manuel. A todos ellos les generaba desconfianza su presencia. Mientras tanto don Manuel iba de aquí para allá tratando de aprender, copiaba en su cuaderno hasta el más pequeño detalle, con la esperanza de entender lo que los maestros, secretaría e incluso bibliotecaria le enseñaban.

Estaba tan empeñado en aprender que les pedía ayuda a los compañeros de los semestres superiores y cuando encontraba respuesta en ellos, al día siguiente les traía un dulce para compensar ese acto de bondad, porque para él, agradecer era muy importante y lo resumía en esta frase “Al que es agradecido lo ayuda Dios”.

Mientras unos murmuraban, descalificaban y casi profetizaban el fracaso de don Manuel, las maestras que *lo habían recibido* y la rectora, buscaban opciones para apoyar a don Manuel, lo inscribieron al restaurante escolar, buscaron monitores de la Formación Complementaria que lo apoyaran para nivelar esas dos semanas de atraso, en el grupo promovieron la importancia de aceptar la diferencia y acoger a los nuevos compañeros.

Los maestros que lo acompañaban en las demás disciplinas empezaron a desesperarse porque él preguntaba constantemente, pedía que le repitieran y a veces se le dificultaba trabajar en equipo. Al indagarle por su historia personal para entender qué pasaba, relataba que ya adulto había terminado su bachillerato en una institución de educación flexible. Narraba que aprendió a leer siendo mayor y que toda la vida se había dedicado al trabajo pesado como agricultor, *bulteador* y oficial de construcción, que no tenía una casa estable, que vivía en pensiones y que cambiaba constantemente de dirección, “Vivo al día, como cuando puedo. Y eso sí, me le meto al trabajo que me pongan. ¡Ay profesora!! ¿Por qué la vida es tan fácil para algunas personas y por qué a los pobres nos toca tan duro?”, me decía.

Yo casi podría afirmar que vivía en situación de calle, porque con el paso de los meses se fue deteriorando su aspecto, confieso que me obsesioné con ayudarlo, tanto que le dejaba comida con el portero, le compré los implementos escolares, en ocasiones cuando llegaba oliendo mal y con la misma ropa de varios días, lo llevaba a casa de mis padres para que se aseara y se cambiara. Ropa que se convirtió en su único atuendo, hasta una nueva gorra le regalé, para que reemplazara aquella del letrero de *Ron Medellín Añejo*, tan añejo y desteñido como en lo que él se iba convirtiendo.

Era evidente que si estudiaba no podía trabajar, ya que el horario en la Normal era extenso y tenía como domicilio la ciudad de Medellín, los pasajes lo estaban desangrando económicamente, esto lo ponía aún más en riesgo. Como tenía un ritmo lento en el aprendizaje se quedaba hasta tarde en el colegio y no alcanzaba el transporte hacia Medellín, en ocasiones se paraba en la autopista a esperar quien lo recogiera, otras veces caminaba y caminaba durante toda la noche, algunos compañeros lo veían deambulando por la autopista.

Sucedió un hecho que complicó aún más su vida en la institución, la rectora que había aceptado su ingreso fue trasladada a otro municipio y en su lugar llegó una nueva, una religiosa franciscana. Los maestros aprovecharon esa coyuntura y

en la primera reunión, abordaron al equipo directivo para indagar “¿qué vamos hacer con ese *señor*”. Ya varios papás han dicho que ellos nunca dejarían a sus hijos con una persona como él. Relataban que, aunque en clase era muy atento, en comparación con los estudiantes jóvenes, no aprendía, los desesperaba su preguntadera y que los abordaran en todo lugar para que le explicaran lo que no había entendido en la clase; que ellos no tenían tiempo para atender cada que don Manuel quisiera. Mientras tanto, yo los cuestionaba y les decía que era una persona con unas condiciones socioculturales difíciles, que debíamos apoyarlo y que con el paso de los días él mismo se daría cuenta de sus dificultades. La confrontación no era fructífera, eran cinco profesores contra uno. Confieso que esta situación se me convirtió en un dilema.

Pensaba en don Manuel, en su rol de estudiante como un ser con aspiraciones y deseos de superar sus adversidades, pero a la vez lo imaginaba como maestro a cargo de un grupo de niños y niñas. Esos dos roles tan distintos y a la vez tan cercanos convertían la situación en algo más difícil. Sabía que en algún momento y por sus condiciones personales él iba a terminar desertando. En conversaciones fuera de clase recomendaba a don Manuel otro tipo de formación con la esperanza de que, sin renunciar a sus sueños, mejorara su condición de vida, pero él insistía y persistía en ser maestro, con una obstinación tal que me admiraba.

Dos semanas después de la conversación entablada con las directivas y los maestros, me citaron en su oficina para hacerme saber que yo era la responsable de la presencia de don Manuel en la institución y que si algo pasaba con él debía asumir las consecuencias, eso me afectó porque delante de los demás coordinadores me hicieron leer en voz alta un mensaje enviado por la rectora anterior en el cual decía que yo había aceptado el ingreso de don Manuel a pesar de no haber pasado la prueba de admisión. Sin temor, los miré a los ojos, les confirmé que lo había hecho (sin mencionar a mis otras dos compañeras) y que no me arrepentía, y que si en otra situación me preguntaban por el ingreso de un estudiante que tenía deseos de aprender, lo recibiría con los brazos abiertos, porque para eso era la escuela. Los coordinadores expresaron que yo siempre había sido así y que no era la primera vez que me metía en este tipo de problemas.

Esta situación afectó mis relaciones institucionales, pero a la vez me retó a aumentar mi colaboración a don Manuel, tanto que hice unos horarios de acompañamiento extra para apoyarlo en sus lecturas, notaba que él aprendía un poco más lento, pero era persistente y apasionado en su vocación de maestro. Igualmente lo remití donde la asesora psicológica y la profesional de apoyo. Hice un historial completo con las estrategias, le busqué opciones de empleo y vivienda en el municipio para facilitar sus condiciones de aprendizaje. En ocasiones me abordaba el portero o algún maestro y me decía con tono irónico “ahí está su sombra esperándola” y yo con una sonrisa tímida les repetía: la escuela se hizo para estudiantes como don Manuel y será mi sombra hoy, pero mañana será luz para otros.

Él logró pasar su primer semestre, solo con una asignatura pendiente, en comisión los docentes reportaban su esmero, como primera cualidad, pero mantenían su idea de que no lo veían como maestro. Las directivas, por su parte, empezaron un seguimiento más exhaustivo, influenciado por los que aun sin

conocer a don Manuel manifestaban su descontento ante la posibilidad de graduar en la reconocida Escuela Normal Superior a un sujeto con sus características.

Con este panorama y esta situación a cuestas, siguió transcurriendo el segundo semestre. Se citó al comité de la formación, el cual decidió que don Manuel debía suspender las clases y empezar una evaluación neuropsicológica para determinar su condición cognitiva. Él se pasaba todos los días por el colegio antes de su cita con el neuropsicólogo no olvidaré su rostro entristecido, totalmente opuesto al de su primer día de clase, cuando con el reporte desfavorable del especialista comprendió que su sueño de ser maestro y cambiar “esa vida tan dura de pobre” como él mismo decía, se había desvanecido.

Después de unos días don Manuel llamó para agradecerme recordando esa frase tan suya “Al que es agradecido lo ayuda Dios”, me contó que aún mantenía la esperanza de ser maestro y que, si en esta Normal no se había podido, buscaría otra, que él creía que en algún lugar habría espacio para él y sus sueños.

Y mientras tanto yo quedé con el sinsabor de no haber defendido su lugar en la escuela y con la inmensa duda de si podría haber sido un buen maestro de escuela. Solo sé que, en esos cortos ocho meses, me enseñó lo que es la perseverancia, la disciplina y la gratitud.

No quiero culpar a la Institución ni a don Manuel de su salida, porque en el fondo sé que las Escuelas Normales y demás instituciones de educación superior se enfrentan a tensiones ante la formación de profesionales que demuestren unas competencias básicas para asumir los retos laborales y a la vez se cuestionan el cómo aportar a las metas y sueños de los estudiantes. Aunque por mucho tiempo lo académico y cognitivo ha sido un factor hegemónico, deberíamos empezar a transformar esta mirada, contemplar procesos más inclusivos donde los estudiantes desde sus fortalezas y dificultades puedan contribuir a su proyecto de vida.

Este relato está dedicado a don Manuel y a los que como él son rechazados por las instituciones educativas que desconocen su tarea humanizadora e incluyente.

SUROESTE

SOBRE LA CULTURA ESCOLAR Y PROFESIONALIDAD PEDAGÓGICA EN LOS TRAYECTOS PROFESIONALES DE MAESTROS EN EL SUROESTE ANTIOQUEÑO¹⁶

Jorge H. Betancourt-Cadavid
Corporación Universitaria Americana de Medellín

Juan Carlos Guerra Sánchez
Corporación Universitaria Lasallista

“Dicho nuevamente de otro modo, más formalmente: los sujetos se constituyen inter-subjetivamente, en la constante exposición a la alteridad; esta inter-subjetividad solo es posible en y por la comunicación, y esta comunicación, por ende, es esencialmente un intercambio de narrativas”
(Benjamin, 2010, p.13).

El Centro de Pensamiento Pedagógico de Antioquia es un espacio de reflexión que viene trabajando por el rescate de las voces y del quehacer de los maestros en las subregiones del departamento de Antioquia. En ese orden de ideas, este capítulo pone en evidencia cuestiones necesarias en el abordaje de las actividades durante 2018, teniendo en cuenta los procesos que han activado el trabajo: la investigación, la documentación y la publicación. Aquí encuentra esencialmente los relatos narrados que emergen de la experiencia profesional de estos profesionales de la educación.

Abordar la formación de los maestros, es regresar al pensamiento pedagógico aprendido en los lugares y experiencias donde se configuraron como sujetos. De manera especial, en el marco de estas narrativas, es necesario voltear la mirada hacia la historia de la significación en formas de pensamiento contemporáneo que permiten:

Lo que convierte en ciencias a las del espíritu se comprende mejor desde la tradición el concepto de formación que desde la idea de método de la ciencia moderna. En este punto nos vemos remitidos a la tradición humanista, que adquiere un nuevo significado en su calidad de resistencia ante las pretensiones de la ciencia moderna (Gadamer, 2007, p.46).

En la discusión sobre la cultura escolar y profesionalidad pedagógica

La cultura escolar es en este trabajo se asume como el estudio de aquello que sucede al interior de las aulas educativas. Se desarrolla básicamente en dos dimensiones, la primera sobre el ambiente físico generado por un edificio que se ha diseñado específicamente para habitarse como escuela; es el espacio donde se congregan los niños y los jóvenes, allí donde se desarrolla buena parte de las vidas de las personas, importante para las condiciones de vida que se desenvuelven y se dan forma a través de los años. Hay estudios doctorales que se refieren precisamente a la ambientación física y a la distribución de las mismas. Instituciones y trabajos de toda índole que retoman las ideas de María Montessori, por ejemplo.

¹⁶ Este capítulo es resultado de investigación y se inscribe en el marco del proyecto que tiene por título Cultura escolar, profesionalidad pedagógica y trayectos biográfico-profesionales: Un estudio cualitativo en las nueve subregiones de Antioquia. Durante 2018 participaron del proyecto 250 maestros de municipios que hacen parte de las 9 subregiones del departamento de Antioquia.

Otro punto es la interacción social, y se toma desde propuestas hechas por Philip Jackson (2002), y un suyo trabajo que estudia con detenimiento hasta las expresiones faciales de los niños. Es decir que este aspecto de la cultura escolar remite a la mirada sensible del maestro sobre las realidades e interacciones propias del aula, porque “Se da cuenta de que el producto final de la enseñanza —el aprendizaje— no admite parangón con los productos de tipo industrial, de ahí una férrea crítica a todo enfoque tecnológico de la enseñanza en el libro” (Jackson, 1992, p. 316). De una manera única y perspicaz, Jackson presenta un enfoque novedoso de la subsistencia cotidiana de las instituciones educativas, y en medio de ellas, las interacciones entre los docentes y los estudiantes se aborda en función de las características de la vida en el aula.

Es la capacidad que tiene el maestro para interpretar lo que ocurre en el aula, es el tacto al que hace referencia Van Manen (1998):

Éste es el gran reto para la comprensión pedagógica: estar lo suficientemente cerca del niño para desearle lo mejor, y estar lo suficientemente distanciado para saber qué es lo mejor para el niño. En general, a los padres les resulta fácil estar cerca del niño, pues al fin y al cabo es su hijo. Pero suele ser para ellos más difícil mantenerse a una distancia prudente y verlo como un ser independiente, para evitar confundir sus objetivos y deseos con los objetivos y deseos del niño. Con los profesores ocurre justo lo contrario. Generalmente los profesores se mantienen distanciados del niño y consiguen una perspectiva objetiva de sus fuerzas y de sus debilidades. Sin embargo, puede resultarles más difícil sentirse lo bastante cerca como para hacer una inversión emocional e intelectual verdadera en las posibilidades reales del niño (p.109).

Entonces es clave comprender que el maestro debe tomar conocimiento sobre sí mismo, él es quien se ubica histórica y contextualmente gracias a su experiencia. Se da forma en el ejercicio de lo cotidiano, y desde allí puede leer con detenimiento la cultura que se desarrolla en el interior de su aula. Y este acercamiento sensible, con tacto y sutileza, está la cuestión de que solo es posible lograrlo precisamente por la configuración de la subjetividad de estos maestros. Así pues, es importante comprender que la subjetividad, que a fin de cuentas “[...] es el resultado de las habilidades diarias expresadas en la configuración y reconfiguración que lo sitúan y le dan forma” (Betancourt, 2018, p.190).

En ese orden de ideas, el proceso de indagación propuesto por el Centro de Pensamiento Pedagógico se funda en unas dimensiones de análisis, son cuatro niveles que no se dan de manera aislada ya que se conjugan con el ambiente físico y con la interacción social. Esto supone que no se trata de momentos aislados, sino de una simbiosis que se integra desde diferentes variables.

Primero está la dimensión *Académica*, en tanto que la escuela se ocupa de la transmisión de los conocimientos de la cultura. Pero ella no se agota allí, es también el lugar donde domina el carácter de lo *Social* –segunda dimensión-, que remite a la propuesta de E. Durkheim¹⁷. Este es el proceso por el que las generaciones jóvenes aprenden de las adultas, lo pertinente a la cultura, y también

¹⁷ Émile Durkheim (1858 - 1917). Entre varios temas, también estudió la estabilidad social desde los valores compartidos por una sociedad, los cuales se fundan en la moralidad y la religión, por eso es que los grupos sociales presentaban características trascienden las conductas de los individuos. Propone también que los métodos científicos correspondían de la misma manera que para las ciencias exactas, al estudio de la sociedad.

allí aprenden la manera de participar de ella. En este lugar crece la riqueza de las naciones. Pero, ninguna de las anteriores dimensiones será posible si no se tiene en cuenta la *Experiencia*, la dimensión que gracias a los criterios de la moral, permite que en la escuela aprendemos a vivir juntos. Este asunto es fundamental para un país como el nuestro, es en este espacio geográfico es donde aparece el criterio de formación que sostiene este escrito, y es precisamente donde hace presencia la subjetividad de los profesores. En especial se rescata el texto derivado del trabajo del Centro de Pensamiento Pedagógico durante 2017 sobre los maestros y la paz.

Los valores propios de la cultura se aprenden en la casa, pero también están en la interacción social que genera la escuela. Esto es fundamental en el desarrollo de la vida en la medida en que aprender a vivir en paz es un proceso que se logra en la escuela. Es por esto precisamente que se tiene en cuenta una tercera dimensión que es la *Institucional*, porque es en ese lugar donde aprendemos a vivir institucionalmente para compartir humana y cotidianamente en la vida. Es con los otros, con quienes nos desarrollamos como seres humanos en medio de las experiencias académicas.

Entonces las narrativas que se esperan resultado de este proyecto, parten de los relatos que evidencian la cultura escolar. Dichos escritos son de profesionales que se han dado forma en la experiencia como maestros -para el caso de este capítulo con los docentes de Tarso, Andes, Urrao, Fredonia y Jericó-. En esos textos quedará claro el tipo de maestro, las cuestiones y los asuntos de su propia realidad, del ejercicio de una profesión llena de multiplicidades que no se agotan de manera exclusiva en la cuestión académica: es ahí donde emergen precisamente las cuatro dimensiones que se mencionaron anteriormente.

Es importante aclarar que la historia de vida hace referencia a un escrito en tercera persona. Es diferente al relato de experiencia que pretende la recuperación del ejercicio de estos maestros a la luz de las dimensiones abordadas. Se trata de reivindicar las dimensiones ya hemos mencionado sobre la experiencia de lo vivido, y por eso este escrito se funda en el principio de la *Subjetividad*, ya que los trabajos de los profesores hablan de ellos mismos y sus experiencias de la vida como profesionales de la educación. Y también hace presencia la *Reflexividad*, como reflejo de lo que pasa en la vida de la escuela, en la medida en que me pienso a mí mismo en la experiencia cotidiana profesional donde se realizaron las propias acciones. Como lo propone precisamente Ricoeur (2003), que regresa sobre la noción de narración con la intención de distinguir la faceta de relato de la historia, que es propia de las tendencias denominadas narrativistas.

Finalmente, el principio de la *Transformación* que hace posible, que aquello que se aprende, tengan la posibilidad no solo de acumularse, también se cuenta con la opción de transitarlo hacia un espacio de existencia diferente, cambiar el mundo que me rodea. En el caso concreto de la investigación realizada con los maestros, se trata de recoger sus narrativas y contar con un saber pedagógico contextual y situado que permitirá a instituciones formadoras de profesionales de la educación, y al sector oficial ocupado de lo educativo, replantear políticas públicas con respecto a esto.

En síntesis, cuatro dimensiones –académica, social, experiencial e institucional-, abordadas desde los principios de subjetividad, reflexividad y

transformación, para el estudio de la cultura escolar que evidencia la formación de estos profesionales de la educación, en el suroeste antioqueño. Y con todo lo anterior, nuestros mejores deseos de un acercamiento a los trayectos biográficos-narrativos de estos maestros en el suroeste antioqueño.

Referencias Bibliográficas

Benjamin, W. (2010). *El narrador*. Introducción, traducción, notas e índices de Pablo Oyarzun. Ediciones metales pesados. Salesianos impresores S.A., Santiago de Chile.

Benner, D. (1998). *La pedagogía como ciencia. Teoría reflexiva de la acción y reforma de la praxis*. Barcelona: Ediciones Pomares-Corredor, S.A.,

Betancourt, J. (2018). *Sobre el sujeto y su formación: aportes a las pedagogías críticas en Latinoamérica*. ARA Ediciones, Corporación Metusia. Medellín, Colombia.

Bolívar, Antonio. (2002). *Epistemología de la investigación biográfica-narrativa en Educación*. Revista Electrónica de Investigación Educativa, 4(1).

Bolívar, A. (2007). *La formación inicial del profesorado y su identidad profesional*. Estudios sobre Educación, 12.

Dilthey, W. (2000). *Dos escritos sobre hermenéutica: El surgimiento de la hermenéutica y los esbozos para una crítica de la razón histórica*. Madrid: Ediciones Istmo.

Fernández-Cruz, M. (2010). *Enfoque (auto)biográfico-narrativo de la investigación educativa*. Profesorado. Revista de Currículum y Formación del Profesorado, 14 (1), 1-37.

Gadamer, H-G. (2007). *Verdad y método*. Traducción de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito. Duodécima edición. Salamanca: Ediciones Sígueme.

Jackson, Ph. (1992). *La vida en las aulas*. Editorial Morata, segunda edición. Madrid.

Jackson, Ph. (2002). *Práctica de la enseñanza*. Amorrortu Editores. Buenos Aires.

Lewin, M. (1984). Perspectivas acerca de la cultura de la escuela. Traducción del original "Perspectives on the Culture of the School" realizada por Gabriela López. En: *Revista Colombiana de Educación*. Universidad Pedagógica Nacional. Número 14, semestre 02.

Rockwell, E. (2018). *Vivir entre escuelas: relatos y presencias*. Antología Esencial. Buenos Aires: CLACSO.

Ricoeur, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Editorial Trotta, Madrid.

Sin Autor (1935). *La labor del movimiento Montessori en diferentes países*. Revista mensual ilustrada Montessori, 5, 11-13.

Van Manen, M. (1998). *El tacto en la enseñanza. El significado de la sensibilidad pedagógica*. Traducción de Elisa Sanz Aisa. Ediciones Paidós Ibérica, S.A. Barcelona.

Zemelman, H. (2005). Pensar teórico y pensar epistémico. Los desafíos de la historicidad en el conocimiento social. En: *Voluntad de Conocer: el sujeto*

y su pensamiento en el paradigma crítico. España: Anthropos Editorial.

Zemelman, H. (1998). *Sujeto: existencia y potencia*. España: Anthropos Editorial.

Zemelman, H. (2007). *El ángel de la historia: determinación y autonomía de la condición humana (Ideas para un programa de humanidades)*. España: Anthropos Editorial.

EL MAESTRO

La esencia del ser humano

Adriana Paredes Salinas

“El hombre que hace que las cosas difíciles
parezcan fáciles es el educador”
(Ralph Waldo Emerson)

Me hice maestra el día 1 de abril de 2014. Llegué a una institución educativa privada, donde solicitaban un ingeniero de sistemas para orientar el área de tecnología e informática. En ese momento pasaba por una situación económica y laboral difícil, por lo que sin pensarlo tomé el empleo. Como ingeniera de sistemas, lo miraba como un empleo más, sin saber la responsabilidad que, como maestra de estudiantes de preescolar hasta la secundaria, iba a asumir en ese momento.

Recuerdo que, mi primera vez en el aula, estaba llena de temores y expectativas, pero las actitudes positivas que los estudiantes asumieron en el momento en que llegué a la institución fue un aspecto muy motivante para mí. Así fueron pasando los días, y me fui dando cuenta la responsabilidad que había asumido, y eso hizo que adquiriera una posición autodidacta, y entre métodos de enseñanza y estrategias de aula se pasaban mis tardes, al igual, el apoyo y consejos de algunos compañeros, hicieron que el comienzo de esta vocación se hiciera enriquecedor.

Pasaron los días, y fui redescubriendo mi pasión. Y también fui descubriendo muchas cosas más. En el lugar donde estaba los estudiantes contaban con un buen nivel socioeconómico, por lo que no les faltaban sus útiles escolares, alimentación y hasta un fácil acceso a la tecnología. Pero día a día, me fui dando cuenta que les faltaba lo más importante: el cariño y la comprensión. Permanecían en el colegio 8 horas diarias, en muchas ocasiones sus tardes se dividían entre las clases de inglés en la academia y los refuerzos de matemáticas; los que contaban con mejor suerte, eran cuidados por sus abuelos o tíos, en otros casos, por una empleada, ya que sus padres, en su afán de suplir económicamente las necesidades, se les olvidaba que había otras por suplir, como la compañía. Entonces, los maestros nos convertíamos en los amigos, consejeros, en la figura de autoridad que muchas veces no tenían en casa, y hasta en sus compañeros. Es un verdadero reto, convertirnos en lo que no encuentran en casa, y que desde sus afectos necesitan.

Cierto día, en clase de tecnología e informática en el grado segundo, me cuestioné lo que es ser maestra realmente. Como maestros siempre tenemos grupos en los que asistir no es de nuestro agrado, pues este era uno de los cursos a los que no me agradaba mucho llegar. Mi indisposición como maestra, la edad de los integrantes del grupo, el número de niños que superaba a las niñas, la hora de la clase, en fin, todo esto influía en que no fuera una hora amena, al menos para mí. De esta manera me dispuse a iniciar la clase, para ello les había llevado un video acerca de la temática del día, por lo que los invité a ponerse en disposición para la actividad. Pero, evidentemente, José Miguel, no atendió las indicaciones dadas, y como todas las clases, no prestaba atención, y se entretenía hablando con sus compañeros. Ciertamente era un comportamiento habitual, por lo que le dije

que trajera su silla para que se hiciera a su lado, pero yo no contaba con su reacción, la cual no fue para nada buena. Lloró, se enojó y hasta mi insultó con la palabra más gruesa del vocabulario soez. ¡Sí! Un niño de siete años me dijo tremenda palabra, además fue capaz de decirme que su padre le había dicho que como yo no era su familiar no tenía ningún derecho a corregirlo.

José Miguel siempre era un niño que llamaba la atención en clase, muy pilo, hablador y le encantaba jugar fútbol, gusto que también reflejaba en el aula. Por sus palabras comprendí, que muy seguramente en casa el maestro no era visto como autoridad o referente para el menor, y que eso se estaba reflejando en José Miguel. Cuando el niño dijo aquella palabra soez, el grupo quedó sorprendido, e inmediatamente, mi enojo fue mayor. Debido a esto, no tuve más opción que recurrir a la Hna. Nubia quien se desempeñaba como Coordinadora de Convivencia, recibiendo de ella orientación oportuna para lo que había ocurrido.

Y ustedes se preguntarán ¿Qué pasó después? Entablar una relación más cercana con José Miguel fue mi reto a partir de entonces. Acompañarlo en sus descansos, ver sus partidos de fútbol, preguntarle qué le pasaba, y escucharlo. Fueron semanas de aprovechar el descanso para lograr un acercamiento, que días después dio frutos. Verlo llegar un día al aula en donde me encontraba en clase, y escucharlo pedirme perdón, fue un momento emotivo, y darle un abrazo fue mi única reacción.

Ahora, estando en un lugar completamente diferente, me cuestiono en muchos aspectos: ¿Por qué no le pedí perdón? De cierta manera, ¿Fui culpable de su reacción? Recuerden que mi disposición para la clase no era la mejor. No me gustaba estar en clase con segundo, y cierto día en clase en la Normal Superior, mi nuevo hogar, los extrañé. ¡Si! La maestra que sentía completa indisposición a las clases de primaria, extraña esos pequeños seres que sonríen siempre, que abrazan sin una razón, que te ponen los pies en las piernas para que se le amarren los cordones, que te pasan la pony para que la destapes, aun sabiendo que se va regar; que también lloran, sienten, sueñan, que necesitan comprensión y ser escuchados, que sienten la necesidad de ser acompañados.

Es por esa razón que a mis maestros en formación les quiero dejar esta enseñanza, aunque tal vez no sea la persona más idónea para darla. A nuestros estudiantes más allá de su rol, hay que verlos como seres humanos, y que como maestros, siempre nos debemos cuestionar el papel que estamos cumpliendo en el aula e inclusive, fuera de ella; porque no basta saber, tener muchos conocimientos, si no somos humanos primero y nos dolemos de las dificultades del otro. Se trata de crear espacios en los que nuestros niños se les olviden sus penas, se diviertan, aprendan y crean, y de esta manera podamos lograr a formar seres humanos con la capacidad de equivocarse sin sentirse culpables, con la capacidad de perdonar los errores de los demás; porque desde nuestras aulas, podemos llegar a formar una mejor sociedad, porque como dice Paulo Freire: “La educación no cambia al mundo, cambia a las personas que van a cambiar al mundo”.

¿QUÉ HACE UN ECONOMISTA EN UN SALÓN DE CLASE?

Alexis Castrillón

Esta fue la pregunta retórica que me hice al enfrentarme por primera vez ante un auditorio lleno de estudiantes del grado séptimo B del municipio de Tarso, mientras respiraba con rapidez y reaparecía de forma desafortunada mi vencida tartamudez. Nunca en mi vida había sentido tanta impotencia e inseguridad, mis fuerzas me abandonaban ante unos jóvenes entusiastas, que querían conocer a su nuevo profesor de matemáticas y director de grupo. Para completar esta escena de tintes teatrales, el rector de la institución estaba presente, seguramente preguntándose sobre las capacidades de su nuevo docente.

¿Qué circunstancias me condujeron a esta situación? La respuesta no es sencilla, de hecho, para responderla debo remontarme a mi más tierna infancia.

Hablando de ella, hay unas series de hechos, de los cuales no tengo recuerdo, que son fundamentales porque no solo hicieron mi niñez muy feliz sino también definieron parte de mi carácter. Para muchas personas significaran banalidades, pero para mí lo son todo, porque tienen de protagonista a la heroína de mi historia: mi madre.

Ella me relata que cuando tenía un poco más de un año, mientras ella leía alguna de sus novelas favoritas, yo no solo la acompañaba en silencio, sino que *leía* alguno de sus libros, con toda la seriedad y a la vez entusiasmo de un lector voraz. Esta escena se repitió en numerosas ocasiones y por ello desde que tengo memoria he estado rodeado de mis amados libros.

Ahora, no quiero que piensen que fui un niño como Jorge Luis Borges, quien muy pronto encontró su vocación de escritor, a los seis años, y leyó la extensa colección de libros de la biblioteca de su padre a muy temprana edad. En mi caso los libros cedían su lugar al balón, a los juguetes y a los juegos callejeros que también fueron una grata compañía de mis años de infancia.

Sin embargo, cuando estaba con mis libros, realmente era estar en casa. Por eso mis sueños están poblados de marineros, piratas, caballeros cruzados, hechizos, las infatigables búsquedas de tesoros y un sinfín de recuerdos proyectados de mis incansables lecturas.

En poco tiempo fatigué los tomos presentes en nuestra biblioteca, a lo cual mi padre respondió con premura al suscribirse al Círculo de Lectores y a continuación a la compra generosa de numerosos libros, que avivaron aún más la llama lectora.

Ahora bien, mientras yo vivía en ensueños literarios, simultáneamente estaba rodeado de las peores condiciones: una ciudad bañada en sangre, que reclamaba de forma vehemente más víctimas y una vida familiar que distaba de ser feliz, y cada vez presenciaba con mayor angustia hechos de violencia de mi padre hacia mi madre.

Mi respuesta a esta amarga realidad, fue refugiarme en mi castillo, un pequeño espacio entre mi cama y la biblioteca ubicada en mi cuarto. En el pasé momentos tan gratos, rodeado de mis inseparables compañeros: Alí Baba, D'Artagnan, Ivanhoe, Jim Hawkins, Oliver Twist, Tom Sawyer, entre otros. Realmente gracias a ellos pude escapar con cierta lucidez de mi caótica realidad.

Luego, llegaron mis días de adolescencia, periodo en que mis lecturas se diversificaron, incluyendo temas de divulgación científica y filosofía. En el colegio en donde estudié pasaba mis horas sin compromisos académicos en la biblioteca de la institución. Recuerdo con mucho afecto a Martica, la bibliotecaria, por siempre tener este espacio abierto para mí.

Ahora bien, en el momento de elegir la carrera profesional que ejercería el resto de mis días, quise priorizar las razones vocacionales sobre otros intereses. Por esto decidí estudiar economía en la Universidad Nacional de Colombia, porque me permitiría explorar el terreno social, pero a la vez no perder de vista a las ciencias exactas.

En la universidad mis lecturas adquirieron un matiz más profundo, al conocer a Balzac, Borges, Chesterton, Dostoievski, Stendhal, Tolstoi, entre otros. Mi espacio vital fue durante cinco años la biblioteca, especialmente la fonoteca, lugar en el que con la banda sonora de Beethoven, Brahms y Mahler, me sumergía en infinitos océanos de letras.

Después de terminar con éxito mis estudios de pregrado, llegaron tres largos años duros, de infructuosos intentos de búsqueda de empleo, en que la esperanza no me abandonaba en parte por mi intensa actividad lectora.

Pero esta larga espera llegó a su final por el afortunado azar. Mi madre escuchó por la radio un anuncio que proclamaba que el departamento de Antioquia necesitaba más de mil docentes en todas las áreas y animaba a los interesados a enviar la documentación necesaria a la Secretaría de Educación. Ella pensó que yo pudiera ser un buen maestro al ser un lector apasionado, algo que a mí también me pareció razonable. Ahora bien, ese día se cumplía con el plazo de entrega para los interesados, por tanto, de forma enérgica mi mamá me indicó que debía dirigirme inmediatamente a las instalaciones de la Gobernación con todas mis credenciales. Como en pocas horas se cerraba la inscripción, tuve que dirigirme en taxi desde mi domicilio

Una vez se cumplieron los requisitos mínimos, se realizó una evaluación a todos los aspirantes. Con total incertidumbre de lo que se evaluaría, acudí al tecnológico de Antioquia con todas las expectativas de realizar una prueba decente. Cuál no sería mi sorpresa al ver mi nombre en el listado de personas admitidas en el ejercicio de docente. También me sorprendió el municipio en que laboraría, Tarso, del cual no tenía ninguna referencia.

Sin embargo, empujado por la curiosidad y la necesidad, hice presencia en la institución el día lunes 27 de abril de 2009 y fui llevado inmediatamente al grupo 7 B. Una vez ante ellos, me realicé el interrogante que me planteé al comienzo de este relato.

Este primer encuentro cumplía con todas las condiciones dramáticas de mis peores pesadillas, porque no tenía experiencia docente y no había preparado una clase que impresionara a mis estudiantes, además que estos últimos, para nada tímidos, me prepararon un arsenal de acertijos y chistes matemáticos que me dejaron desconcertados.

Ellos aprovecharon esta oportunidad para dejar en ridículo a un profesional egresado de una de las mejores universidades de Colombia, de acuerdo con la presentación hecha por el rector. Después de la derrota en mi primera hora de clase, que me pareció literalmente el descenso a los 9 círculos del infierno, me permitieron

refugiarme en el espacio asignado en la sala de profesores. Una vez allí, en monólogo interior, me cuestioné sobre la sensatez de la decisión de ejercer el oficio sin haber recibido la formación necesaria.

Mientras pensaba en la posibilidad de renunciar, fui invitado a la oficina del rector, quien percibió mi profunda decepción al término de la clase y me ofreció la mejor sugerencia posible: “Un maestro exitoso es el que lee mucho y adapta sus lecturas al contexto de sus estudiantes”. Me indicó también la importancia de no solo estudiar sobre mi área, sino también sobre el manual de convivencia y el currículo de matemáticas.

¡Eureka! Mis posibilidades de logro dependerían de algo que había realizado con entusiasmo durante toda mi vida y por tanto acepté el reto de ser educador desechando la opción de renunciar. Con la fe renovada, realicé una lectura exhaustiva de los números enteros, el tema indicado en la malla curricular, y me propuse realizar una serie de ejercicios que dejaran aterrorizados a mis estudiantes.

Al día siguiente me presenté con toda la convicción que alcancé a reunir y expuse con destreza el tema preparado y presenté con felicidad por mi parte los más complejos ejercicios. Sin embargo, surgieron situaciones inesperadas: Profe, ¡Carlos me agarró mi lápiz!; profe, me están diciendo apodos; profe, Mateo me está tirando papeles. Todas estas quejas fueron presentadas al unísono en algún momento de la clase y a partir de ellas, se me escapó el control de la clase porque los demás pensaron que podían contribuir al desorden general.

Una vez finalizada, fui invitado por un colega a compartir un tinto. Me preguntó cómo me había sentido en mis clases. Una vez admití mi falta de experiencia, me recomendó de que *no me dejara medir el aceite*, lo cual significaba hacer uso del cuaderno de anotaciones y una vez un estudiante recibía tres de ellas, hacer uso de las sanciones institucionales. Finalmente me dijo que debía organizar el salón por filas y ante cualquier “muestra de indisciplina” alzar la voz era la mejor medida. Después de esta conversación, me pase toda la tarde leyendo el manual de convivencia y me grabe todas las faltas disciplinarias que podían recibir un castigo. No fue una lectura agradable, pero la realicé pensando en mi supervivencia.

Con las herramientas punitivas en mis manos, me presenté al día siguiente ante mis estudiantes, con la seguridad de tener el as bajo la manga. Y efectivamente a partir de ese momento, se sucedió un torrente de anotaciones en el atribulado cuaderno destinado a ese propósito. Me convertí en un experto en sancionar cualquier acto de indisciplina, especificando con detalle y esmero los actos del culpable, como si fuera un Bartleby en la escuela. La disciplina en mis clases mejoró notablemente y el desarrollo de ellas me dejaba más satisfecho puesto que podía presentar todo lo que había preparado.

Hasta que un día, en el momento en que estaba en una reunión para definir junto a su acudiente los días que se quedarían en su casa Yurani, la estudiante más terrible del grado, todo cambió. Mientras realizaba la lectura de su extenso prontuario, varias lágrimas rodaron por sus mejillas, y me replicó: “Usted sabe más que doña Mery (su anterior directora de grupo), pero usted no nos quiere”. Estas palabras tan inesperadas para alguien que había manifestado una actitud desafiante, me produjeron una desazón muy profunda. En toda mi vida había leído sobre grandes personajes que reivindicaron a la humanidad y sus más altos ideales, estos se convirtieron en mis referencias, y ahora que tenía la oportunidad de tener

esa influencia en mis estudiantes, les estaba imponiendo una carga insostenible. Entendí, que hasta ahora vivir entre libros me había impedido en muchas ocasiones percibir el mundo de la vida, permitir que el otro que convive conmigo me relate su vida.

En otros espacios de mi vida, esta falta de empatía, no había sido un inconveniente para tener algunas personas cerca de mí. Pero en mi labor docente, era necesario desprenderme de todo egoísmo y permitir que el otro se acercara. Desde ese día, deje de monopolizar el discurso en la clase, y mis queridos se convirtieron en los protagonistas de ella. Las historias de maltrato, de violencia, de drogas, de amores no correspondidos se convirtieron en parte del espacio vital, cohabitando con los ingratos símbolos matemáticos. Percibí en ellos los mismos temores que tenía en mi infancia, con la diferencia que ellos solo tenían como refugio a la escuela.

De forma imprevista me vi rodeado de mis estudiantes en las horas de descanso, compartiendo conmigo las lecturas que estaba realizando. Se multiplicaron las oportunidades en que compartíamos experiencias complementarias a lo académico. Recuerdo con felicidad, el esfuerzo que implicó preparar a Yurani, para participar en el concurso de belleza de la institución y las diversas ocasiones en que organizamos exquisitos banquetes. Inclusive me atreví elaborar chistes matemáticos, los cuales eran totalmente despreciados por ellos, para alegría mía.

Por otro lado, a partir de ese momento en mi labor docente, pude compartir mi pasión por los libros con mis estudiantes a través de lecturas introductorias en mis clases. Con esta estrategia enamoré a algunos de ellos del placer de leer, quienes han aprendido a disfrutar conmovidos de la infinita Biblioteca de Babel de Borges, de los poemas de nuestro Porfirio Barba Jacob, las siempre hermosas paradojas de Pessoa, los fogosos juegos literarios de De Greiff y un largo etcétera.

Estas emocionantes lecturas iban acompañadas con el relato de las historias de mis héroes matemáticos: la genialidad de Gauss, el ardiente romanticismo de Galoys, el pensamiento infinito de Cantor y los inescrutables contrasentidos de Hilbert. Mostrar el lado humano de estos gigantes de la ciencia, los acerco a la posibilidad de su participación en ella.

Finalmente, como docente he encontrado mi propia voz, la cual me ha permitido un acercamiento desde la fraternidad hacia mis estudiantes, lo cual ha generado ambientes de aula propicios para la construcción del conocimiento y la formación de buenos ciudadanos. Sin duda, esos primeros meses me han evidenciado que el ejercicio de la disciplina punitiva aleja a nuestros jóvenes del único ámbito que les permitirá realizar su proyecto de vida.

Al reflexionar en mi vida, siento un agradecimiento infinito, hacia mi madre por dirigirme hacia mis queridos libros y a mis queridos estudiantes de 7B por mostrarme el ser humano que podría llegar a ser.

¿PARA QUÉ EDUCO CUANDO EDUCO?

Ana María Mejía Mejía

Ver en los ojos de tu estudiante
ese brillo cuando descubre algo [...]
demuestra la maravilla de enseñar.

Cuando me hice profe y comencé a trabajar lo hacía con mucha energía, pero con poca reflexión. Con el pasar de los años eso ha cambiado, y ha cambiado gracias a cada proceso de aprendizaje y no el de mis alumnos sino el mío, pues ha posibilitado el análisis de lo que ocurre mientras estamos en el ambiente escolar: una clase, un acto cultural, un descanso e incluso lo que ocurre cuando estoy planeando y haciendo informes, eso que es lo cotidiano, lo intangible, poco medible pero lo realmente formativo, permitiéndome que valore cada vez más el regalo que es enseñar y el compromiso que esto guarda.

Mi pregunta ha sido ¿Para qué educo, cuando educo? Y divago entre varias respuestas siendo todas válidas, educamos para cumplir con un plan de estudio, para un estándar, para una prueba o para una promoción, pero educar no puede ser un acto mecánico, no debo creer que me las sé todas [...] porque ahí ya perdí la magia, si me dedico a repetir a seguir una guía y a cumplir netamente con el estándar es posible que mi trabajo sea reconocido y que mis alumnos logren sus objetivos, pero dejaría pasar la magia de la pregunta, del gesto en su cara, dejaría de ver sus almas por entender sus razones y me perdería lo maravilloso de verlos crecer.

Es por eso que educar debe permitir desaprender, aprender y cuestionarse, posibilitando lo mismo en el ser que tengo al frente “mi estudiante”, cuando recuerdo situaciones que reafirman mi quehacer docente, me encuentro con una que ejemplifica la razón de la educación y su trascendencia.

Hace unos siete años, aproximadamente, asumí el reto de ser docente de artes plásticas en secundaria, era un colegio privado, campestre en donde primaba el ser, donde su rectora una maestra por vocación y psicóloga de formación se la había jugado creando un centro educativo con filosofía humanista pero sin olvidar las necesidades del medio “competencia educativas” y entendiendo que se lograban aprendizajes significativos con grupos pequeños, así que desde el ambiente escolar ya se marcaba la diferencia, la naturaleza era cómplice para los procesos y desde preescolar hasta bachillerato se hacía énfasis en la pedagogía de la cotidianidad, como una estrategia de tener una convivencia más consciente y en armonía con lo que les rodeaba.

Así que este reto lo asumí respetando mucho la asignatura y convencida de que las Artes Plásticas es una materia transversal a todas las áreas, desde el comienzo creí que iba a ser fácil llegar a los jóvenes, pues desde muy pequeña había recibido formación en artes y sé que fue un complemento para relacionarme, desarrollar competencias y entender el mundo, sabía que detrás de las artes en su “currículo oculto” habían elementos que me servirían para conectarme con los adolescentes, ya que ellos estaban en su etapa de identificación y ávidos de

experiencias que les reafirmara su existencia y que mejor que las artes para permitirles creer y crear.

No quería tener prejuicios ni expectativas, lo importante era conocerlos y tener claro que íbamos a hacer [...] la tarea era: apropiarse del plan de estudios y verlo a la luz de las competencias, esto era clave para poder construir y hacerlo propio, cuando digo “propio” es en el sentido de apropiarse e identificar a fondo las temáticas del área, logrando una transformación y permitir cambios de acuerdo a las necesidades de los estudiantes, “un docente solo podrá llegar con su saber si lo comprende, lo siente propio y lo adecua a los procesos de sus alumnos” esto requiere lectura, pasión, interés y capacidad de hacer cambios de forma sin afectar el fondo, esa ha sido mi premisa, así que con toda la artillería lista para la conquista del saber llegué a asumir el reto, creí que ellos se conectarían con la misma pasión con la que yo preparaba mi clase, a grandes rasgos fue así, pero en el grado noveno me encontré con chicos que con argumentos tales como “Profe es que el arte no es lo mío yo dibujo muy feo [...]” o “Es que uno cada año hace lo mismo es aburrido” y eso me parecía absolutamente válido y sin parecer una alumna más les daba la razón, además desde el proceso de construcción de carácter me decían [...] “no profe [...] artes para qué? [...]” obvio que me molestaba, y asumía esa expresión como una falta de respeto y como una manifestación de su rebeldía y pensaba como en la mayoría de profes “estos pelados de hoy en día no quieren hacer nada” cada vez que sucedían estos comentarios pensaba en dos posturas la primera que es la más común: “Esta es la asignatura y les tocó asumirla” y la otra: ¿Qué puedo hacer para que las artes sean aceptadas y logremos un ambiente agradable? pues mi opción fueron las dos porque quería que todo fluyera de forma natural y no imponer una posición desde una postura autoritaria, pues para enseñar se precisa tener quien quiera aprender, es una relación en dos vías donde es indispensable que ambas partes estén en armonía, yo encontraba que teníamos muchos elementos a nuestro favor el ambiente físico, mi interés y unos jóvenes inquietos, esta dificultad particularmente se presentaba en el grado noveno y logré enganchar al grupo poco a poco, ¿cómo lo hacía? iniciaba desde la planeación en donde dividía la clase en tres momentos, el primer momento donde hacía una introducción (un juego, una pregunta o una imagen) el segundo momento donde se hacía el trabajo central (la historia, la biografía o el trabajo artístico) y un tercer y momento final donde se cerraba el tema entre todos o se dejaba en continuar para hacer el trabajo artístico, esta metodología les permitía escuchar, leer y construir, cuando les daba el texto para leer se impresionaban me decían con frecuencia: “¿Por qué lectura si estábamos en artes?” y yo les decía: chicos, casi todo se aprende leyendo, incluso si leyéramos sobre lo que sentimos en el día a día, tomaríamos con mayor certeza las decisiones y las defenderíamos con propiedad.

Educar en artes es permitir ver como éste ha estado recreando la historia, denunciando, cuestionando y defendiendo la libertad desde la diferencia, es la materia que fortalece el ser y permite el sentir, compartir lo que fue un pintor famoso que es más que un artista, que tenía miedos, frustraciones e interpretaciones interesantes de la realidad, ser reconocidos por atravesé a construir cosas diferentes y permitirse creer en lo que se hace, ver la esencia al pasar el tiempo, reconocer la genialidad del artista que fue incomprendido en su época, me

interesaba que los chicos descubrieran el arte como un lenguaje universal, que permite intercambiar pensamientos y entender el mundo.

Sin pretender que amaran mi materia pero sí que trataran de encontrar algo de sentido en ella, no fue fácil pero para los chicos las dos horas de artes plásticas se les pasaban volando, yo me sentía más tranquila y motivada para hacer muchas cosas pero había algo que me seguía cuestionando, bueno no algo, alguien “Julián Cardona Molina” un chico de ojos claros y mirada penetrante, buen estudiante y que se preguntaba ¿Para qué esta clase de artes, si no me gusta el arte y además no me voy a dedicar a eso?, un joven que prefería los números y que era desobligante al recibir cualquier instrucción sobre su trabajo de la materia de artes plásticas, a simple vista se percibía su malestar con el tema, con el ejercicio y con las propuestas, ignoraba absolutamente todo y lograr un mínimo interés era una hazaña, su postura corporal me llamaba la atención se acostaba en el puesto y parecía soñoliento, me retaba cuando iba a calificar y me decía [...] “profe no hice ese trabajo póngame el uno, no me importa” y yo decía pues sí es justo no trabajó, no hay nota, esa situación se presentaba cada ocho días en las dos horas de artes, debo agradecer que esta inconformidad de *Juli* como le decíamos me hizo ser más creativa y perseverante, no me permitía aceptar que un estudiante tuviera tanta resistencia y apatía por algo que le ayudaba en su proceso y por su puesto es imposible no tomarlo personal, estrategias para acercarlo a la materia todas, entre ellas jugar, soñar y crear era una estrategia para la clase, entendiendo el desafío que era ponerlos a construir, viajar por las técnicas de las artes plásticas generaba un acercamiento más allá de lograr un buen trazo, era de alguna manera la clase diferente, la que no exigía tanta disciplina y formalidad; lograba por momentos que escucharan la historia del arte y sus principales exponentes, más allá de eso tenía una premisa “la clase de artes plásticas no es para formar artistas es para tener cultura general, conocer la historia y la expresión artística como una forma de protestar y generar pensamiento” esto lo hacía como si hubiera conocido el artista, en forma de conversatorio, haciendo énfasis en los artistas, especialmente los contemporáneos los que hacen arte impresionista y que recorren el mundo con sus obras, buscaba su biografía e historia y conocíamos su motivación e interés, visitábamos museos y en una ocasión tuvimos la compañía de un dibujante de la ciudad que hacía grafiti.

Decidí insistirle a Juli, el cual se sorprendía cuando al recibir sus calificaciones la materia de artes plásticas no aparecía perdida ni con logros pendientes, recuerdo que sorprendido me buscaba y me decía [...] “profe usted se equivocó” ¿Por qué, le preguntaba yo? [...] pues profe porque yo no hice nada en la materia suya y no la perdí, yo con la certeza que tenía de que uno califica más que un trabajo de clase le contesté: yo creo Juli que usted se ha esforzado por asistir a la clase y que aunque no realizo los trabajos con todas sus capacidades sé que algo ha aprendido [...] el abría sus enormes ojos verdes y con sorpresa se reía, creo que se quedaba pensativo, pero nunca me lo expresó verbalmente.

El año terminó y yo me retiré de la institución porque cambié de domicilio, fui de la ciudad a vivir a Urrao un pueblo a cinco horas de Medellín.

Del colegio y de mis alumnos seguía teniendo noticias supe que *Julián* se había graduado de bachillerato y que se iba de intercambio para Dinamarca para perfeccionar su inglés.

El estar lejos hizo que dejáramos atrás esa experiencia y continuáramos en otro sitio con otros retos, donde me permití tener dos grupos particulares de estimulación artística para niños de primera infancia y básica primaria, y posteriormente dibujo para adultos, trabajos que logré hacer con amor y excelente respuesta de los estudiantes y que sin duda no lo hubiera logrado sin aquella experiencia de cuatro años en educación superior y claro sin el reto que asumí con el grupo de noveno.

La semilla de la enseñanza es maravillosa, ya habían pasado casi cuatro años de no saber nada de mis exalumnos y mucho menos de *Juli*, cuando recibí un mensaje por la red social FACEBOOK en donde me saludaban “hola profe soy Julián Cardona, ¿Me recuerda?, le cuento que vi una exposición de Ron Mueck (escultor), recuerdo perfectamente cuando nos lo mostraste en una clase, Gracias profe ahora comprendo lo importante que era la clase artes plásticas [...] (así es él un joven de pocas palabras que para mí fueron suficientes)

Simplemente con lágrimas de emoción le contesté “Juli que maravilla es salir y conocer, sigue disfrutando de esa experiencia”.

Y ahora replanteo la respuesta de la pregunta que me hago a diario: ¿Para qué educo, cuando educo? para trascender, contesto.

RELATO DE EXPERIENCIA PEDAGÓGICA

Beatriz Elena Vargas

Cada día, Dios me da la oportunidad de vivir nuevas y maravillosas experiencias, conocer personas que dejaron huella imborrables, esas que arrastro con el corazón, donde guardo muchas experiencias, recuerdos, alegrías y tristezas, triunfos y fracasos, orgullos y vergüenzas, legado de mis estudiantes, aquellos que me hicieron comprender que aunque todo parezca muy normal, vivimos vidas y mundos muy diferentes, aquellos que con sus reclamos de amor, que muchas veces no entendí, o me hice la sorda, me estaban diciendo: “maestra en mi casa no hay comida”; “usted no sabe que a mi papá lo mataron”; “mi papá nos abandonó”; “profe, tengo un hermano drogadicto y se roba todo lo que mis padres llevan a la casa”; “salgo de estudiar y tengo que ir a trabajar y no tengo tiempo de hacer la tarea” y “usted se enoja y dice que soy perezoso o grosero cuando respondo: no hice las tareas”, fue allí donde me di cuenta que no solo se enseña con la tiza y el tablero, que hay que enseñar de corazón.

Al abordar dentro del aula la *relación pedagógica*, es donde los estudiantes me ayudaron a descubrir lo importante que es saber a quién se enseña, para qué se enseña, cómo se enseña y en dónde se enseña; definí mi profesión docente como el conjunto de acciones dirigidas a facilitar la decisión y preparación de personas ante el mundo del trabajo y una sociedad que exige principios morales, sociales y educativos, buenas relaciones y perfeccionamiento permanente para ser competentes y responsables frente a sus actitudes aptitudes y valores de igual manera consciente de las necesidades reales del mundo que lo rodea.

Cuando conocí a una de mis estudiantes, una joven de unos catorce años, cursando el grado décimo que el primer día de clase me dijo: “usted me cae muy mal”; yo le respondí, no vine a caerle bien a nadie, vine a trabajar, usted vera qué hace; era el primer encuentro que teníamos, yo iba prevenida, pues yo solo daba clases en décimo grado y once, creí que la estudiante solo quería sabotear la clase, o como decimos los maestros, medirme el aceite, por eso respondí de tal manera; mi sorpresa fue mayor cuando vi que la estudiante presentaba los trabajos de manera excelente y las notas de sus evaluaciones eran muy buenas de igual manera todo lo que hacía, esto llevó a que me acercara a ella y tuviera cortos diálogos; al conocer su historia entendí el porqué de su actitud hacia mí; ella quería ocultar ante mí su vida, ya que su abuela pedía limosna para mantenerlas y yo la conocía, ella se avergonzaba de ser de bajos recursos. Con el paso de los días y empoderándome de la propuesta pedagógica de la Institución, que está enfocada en el humanismo, me di cuenta que es más importante conocer la vida de mis estudiantes que transmitir un conocimiento.

La joven, nació en un barrio humilde y marginal del municipio de Urrao, rodeada de violencia, drogadicción y prostitución, en una familia con pobreza extrema, donde la delincuencia era la única opción, su madre de tan solo diecisiete años se dedicaba al trabajo sexual, sus dos tíos y abuelo al huerto, drogadicción y microtráfico, y su abuela el ángel más luminoso que pudo darle Dios para que la cuidase.

En sus primeros años de vida tuvo que presenciar como ese lugar al que ella pertenecía se destruía poco a poco a causa de la drogadicción, las bandas y la delincuencia, pues a sus tres años de edad tuvo que aprender a asimilar que cada quien es artífice de su propio destino y que pese a cualquier situación las personas que amas algún día se irán. Al conocer a quién se enseña, las experiencias pedagógicas se basan en el fortalecimiento del humanismo, despertando sentimientos, descubriendo habilidades, gustos y fomentando la vivencia de los valores, para que los estudiantes asuman lo que les toca vivir de una manera responsable.

Y así sucedió [...] la desgracia tocó, pues el primero en partir a la eternidad fue el tío Darío, quien en un enfrentamiento con la autoridad fue abaleado y asesinado, mientras el abuelo era llevado a prisión y sometido a una larga condena, dos situaciones de inmenso dolor, a raíz de esto todo cambio y la familia se desintegró, ahora solo viven con nervios y aflicción, pues la violencia estaba en todo su esplendor.

Para esta jovencita fue complejo sortear estos sucesos porque existía miedo constante y más aún porque con el paso del tiempo las cosas empeoraban, el tiempo transcurrió y de esta manera pasado un año volvió a suceder, era una noche como cualquiera y mientras la familia, más bien lo que quedaba de ésta, estaban reunidos viendo televisión de repente alguien tocó a la puerta y el tío Jaime salió, de inmediato sin darle opción de hablar fue amordazado y golpeado, mientras esas personas de mal corazón lo trasladaban sin tener piedad de la mamá, de la hermana y de la jovencita, y sin valor, tratando de despertar de esa pesadilla imaginando lo que sucedería a continuación; corrían por un cafetal sin rumbo ni dirección y de repente escucharon a lo lejos unos disparos que aumentó su desesperación; la noche llegó a su fin [...] y sin pensar en nada salieron a recorrer el barrio en busca de una respuesta, pero fue inútil y desgarrador ver a su tío muerto dentro de un zanja y sentir como a la anciana nuevamente le quitaban una parte de su corazón.

Todo con el tiempo trae una sanación y a la larga esto se superó, pues debían continuar ya que una nueva integrante iba a llegar a la familia, la madre de la joven estaba embarazada de nuevo y ahora solo estaban la abuela, ella y la joven, debían luchar sin importar la situación, la bebe nació y la alegría volvió, aunque tras ello, la mamá las abandonó y dejó toda la responsabilidad sobre la abuela para dedicarse a vivir la vida a su manera, se dedicó a trabajar en los bares, de pueblo en pueblo, a involucrarse con las fuerzas armadas y a hacer lo que deseaba. Tras esta difícil situación la abuela no tuvo más opción que pedir limosna por el pueblo, fue la única solución.

Gracias a la abuela y el abuelo que ya había cumplido su condena, entró a estudiar a la escuela del barrio y las personas de buen corazón eran quienes donaban los útiles para que la joven pudiera estudiar, sus primeros años de escolaridad fueron complejos pues era una niña con muchos vacíos de afecto y cantidad de cargas emocionales, le costaba tener buenas relaciones y respetar a los demás y más aún, porque la mayoría de sus compañeros eran drogadictos, ladrones o hijos de trabajadoras sexuales como ella, el contexto no les aportaba de manera positiva y actuaban desde lo que vivían. Ella asistía a la escuela del barrio, ella vivía en lo que hoy en las ciudades se denomina comuna, si era la escuela para

ella, pero lo más probable, era que los maestros de que la atendían, no estaban preparados para estos casos o en el peor de los casos no se querían involucrar.

Los maestros estaremos preparados en cuanto adoptemos de manera seria y responsable los cambios sociales y culturales, transformándolos en pedagógicos y didácticos, vinculando de esta manera la escuela a la realidad del estudiante, identificando sus problemas o necesidades y buscando solución a ellas,

Cuando iniciaba el grado tercero su vida se partió en dos, pues asesinaron a su madre de la manera más cruel del mundo, la torturaron y luego la arrojaron al río, ella estuvo desaparecida por ocho días y luego fue encontrada en estado de descomposición, irreconocible de la cintura hacia arriba, más puntualmente en estado esquelético, pues las aves de rapiña habían consumido esa parte de su cuerpo. Asimilar esa pérdida ha sido una de las pruebas más grandes que ha tenido; puesto que una madre puede ser la peor persona del mundo, pero es y será el ser más significativo para una vida. Con los acercamientos a la estudiante en mención, poco a poco se le hizo tomar conciencia de que la vida seguía y que por sus abuelos y su hermana ella tenía que ser alguien en la vida., sin saber lo que iba a pasar más adelante. No solo se le hacía acompañamiento con diálogos, también se le brindó apoyo moral, psicológico y económico.

Dios envió personas de luz a su vida, que le ayudaron a sanar y continuar adelante, una de ella fue un sacerdote de nombre Ángel, quien hacia honor a su nombre y se encargó de motivarla y ayudarla para ser quien es hoy por hoy. Sorteando todas estas situaciones llegó a la adolescencia y culminó con éxito su básica primaria, para ingresar luego por obra del sacerdote a la Escuela Normal la institución que le ha cambio rotundamente y se encargó de moldearla y perfeccionarla, llenándola de valores y ganas de vivir; allí conoció personas que le ayudaron a crecer, la comunidad de Hermanas Terciarias Capuchinas, Hermanas como María Dolores, Afra y Estela la impulsaron constantemente a cambiar su mundo y sus perspectivas cada una generó un impacto significativo en ella.

La institución en mención, enfoca su propuesta pedagógica en el humanismo de Carl Rogers y Fray Luis Amigó, las religiosas mencionadas y yo como educadora debemos centrar nuestras prácticas pedagógicas en dicha propuesta, por ende. se puede lograr en muchos estudiantes cambios trascendentales en sus vidas

Al estar cursando el grado noveno, conoció a la Hermana Dora y ella, se convirtió en su segundo ángel, porque cuando ingresó al grado décimo, le sucedieron muchísimas cosas: la primera fue una enfermedad que ataco a su hermana que con tan solo doce años, una artritis séptica de cadera dejó su ser marcado para siempre pues ha peleado frente a frente con la muerte al tenerse que someter a doce cirugías, de las cuales su hermana mayor ha sido participe, pues siempre ha estado a su lado, durante meses enteros estuvo internada en un hospital aguantando hambre y necesidades, actualmente con dieciocho años ella posee secuelas de su enfermedad y una discapacidad para el desplazamiento. La segunda situación que la cobija hasta hoy fue formar un hogar no tanto por amor sino más bien por huir de la situación económica que nunca fue favorable, fue algo apresurado pues tomó el camino más fácil, a raíz de ello queda embarazada iniciando el grado once y esa situación cambio su vida aún más, al sentir el rechazo de las personas más allegadas, exceptuando a la Hna. Dora, quien jamás cambio con ella, sino más bien continuo con sus consejos y estímulos positivos,

enseñándole que debía luchar por ese bebe para que viviese una historia diferente a la de ella, logró graduarse como bachiller, con el objetivo de un año más adelante continuar con su formación en educación superior, lo cual no fue posible, pues la muerte de su abuela la dejó triste y desolada y lo peor aún, sin ningún apoyo; a la muerte de su abuela se suma que queda embarazada por segunda vez, se alejaban más y más las oportunidades de continuar con sus estudios superiores, pero [...] unos meses más adelante alguien la motiva a entrar al programa de formación complementaria de la Escuela Normal. Ingresa contra viento y marea sorteando todas las situaciones difíciles, solo con la concepción de salir adelante pues por encima de todo están sus hijas, las mágicas princesas como las llama ella, al día de hoy está a punto de graduarse como Normalista superior con todos los honores.

UNA RUTA, UN RETO, UN RITO, UN RATO [...] LA ESCUELA

Carmen Lucía García Gallego

ACTO I. Mi sacro escenario

Mis recuerdos son nítidos y puedo evocarlos y transitar por ellos sin dificultad, por eso tengo fresco en mi memoria el destello de los ojos brillantes de Dolly mi profesora de primaria, cuando me preguntó: “¿qué quieres ser cuando seas grande?” y pensé entusiasta para mis adentros: ¿Grande?, Ah, cuando sea alta, me ponga tacones, me pinte los labios y tenga senos, entonces el entusiasmo se verbalizó con seguridad al afirmar: Yo quiero ser maestra, monja y actriz. Me acostumbré a observar las risotadas que causaba mi respuesta, aunque no entendía por qué.

Crecí con la poderosa influencia de la amorosa compañía de la abuela materna, insigne maestra que me enseñó las primeras letras, combinada con la presencia de la religión y la televisión, con frecuencia, también me topaba con libros de aventuras de corsarios y piratas, historias de amor sin concluir y poesía perdida en el erotismo, en términos generales tuve una niñez con tintes muy diferentes en relación a mis congéneres. Mi juego preferido, era de emular a mi abuela en su salón de clase, me encantaba dar reglazos combinados con abrazos, filar los alumnos y cantar la canción del *barquero*, recuerdo que me ponía un trapo en la cabeza y hacía escenas de la monjita esposa de Cristo, rezando y exhortando a la alabanza, así que éstas tres cosas que quería ser en ningún momento entraban en conflicto.

Me di cuenta que me estaba volviendo *grande*, no por la estatura, ni por los tacones, ni por el pequeño abultamiento de mis senos, sino por esa rara sensación inexplicable del soy y la singularidad, así que empecé a descubrir que podía decidir cosas que cambiarían mi realidad, ayudada por las señales del designio divino, pues después de la lectura de un libro sobre la vocación religiosa y cuyas líneas sedujeron mi alma joven, decidí irrevocablemente que sería monja, renunciando al camino ancho del mundanal ruido y sus falacias, para adentrarme al camino estrecho de la santidad.

Relatar mi trasegar por la santidad entre las paredes de un convento y sus largos pasillos de silencios y murmullos contenidos donde la idea que tenía de Dios me fue escurridiza, ameritaría muchas páginas, solo quiero referirme a la alegría que me acompañaba cuando catequizaba en la deprimida zona de la Iguaná de ese entonces, corrían los años 82 y 83. Sentir el abrazo y la aceptación de una comunidad que te llamaba la profesora de la catequesis, era maravilloso, sumado a esto, mis tímidos pasos en la participación en sainetes y recreación de cuadros vivos de relatos bíblicos, hacían de la experiencia algo sublime, pues aún en el convento, podía ser maestra y actriz.

Durante mi formación religiosa, la madre maestra nos hablaba de las tres señales de vocación: dormir bien, comer bien y sonreír, las tuve por algunos años y un mes antes de hacer los votos de mi noviciado y recitando los versos de “La Noche Oscura” de San Juan de la Cruz, tuve una profunda crisis existencial y muchas dudas acerca de mi vocación religiosa, situación que me obligó a tomar un tiempo

sabático, que aún perdura hasta la fecha, siendo el final de ésta enriquecedora experiencia de cuatro años. Algo desorientada y sin saber lo que depara el futuro, volví a mi querido terruño de Tarso y me ofrecí como catequista en mi parroquia, me parecía fascinante enseñar y preparar los talleres que cada ocho días debía dar al grupo de niños y niñas de la primera comunión, además de seguir el ejemplo de Jesús, el amado maestro. Durante este tiempo se dieron algunas posibilidades de empleos, pero la llama de querer estudiar estaba encendida y la aproveché cuando llegó la oportunidad, quería ser profesora, así, que reuní algunos pesos que me había ganado en el censo del 85 y me inscribí en el Instituto Central Femenino, para iniciar la tecnología en preescolar en el año 86, así que volví a emigrar a la ciudad.

Ávida de conocimiento pedagógico, degusté con agrado las teorías de los grandes pedagogos desde Platón, Aristóteles, Pestalozzi, Montessori, Vigostky, Decroly y Piaget entre otros. La academia fue muy importante en mi formación profesional y resignificó ese deseo de ser maestra, pues la palabra que escuché todo el tiempo en el convento, se perpetuó como un eco indeleble en los recintos del instituto: *vocación*, sí *vocación*, yo tenía interiorizado que solo era una palabra de uso exclusivo para la religión y en especial para los sacerdotes y monjas, traduciéndose en una inspiración divina al seguir un estilo de vida, pero parecía que también aplicaba para todos los ámbitos de la vida y entonces empecé a cultivar con más motivación mi vocación de maestra. Recuerdo a una apreciada profesora que nos decía que la hora de la verdad, la veríamos en las prácticas, ya que muchas desistían de continuar cuando se enfrentaban a ellas en las aulas de clase y curioso, repetía aquella cita bíblica que escuchaba con frecuencia en el convento: “Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos”.

La noche anterior a mi primera práctica, dormí sobresaltada y me levantaba para cerciorarme de que el despertador tuviera la hora correcta, no quería por nada del mundo llegar tarde a mi primer día de práctica en el Agustiniiano del Barrio Aranjuez, mi experiencia con la catequesis me facilitó los días de práctica y me sentí como se suele decir, un pez en el agua, pensaba, entonces con mucha frecuencia en la afirmación que me hacía feliz: *tengo vocación de maestra*, además que las tres señales de vocación estaban latentes.

Fueron varias las experiencias que viví y que tuve que superar durante el tiempo de la práctica, además de un cierto pánico escénico que pueden hasta sufrir los más versados actores, pero fue un acontecimiento en el recreo que me petrificó de manera inexplicable. El recreo transcurría de manera rutinaria, hasta que el alboroto de unos estudiantes irrumpió la conversación que las dos profesoras tenían, recuerdo que uno gritaba: “le sacaron el ojo, le sacaron el ojo”, jamás imaginé que fuera cierto, uno de ellos efectivamente traía un ojo en sus manos, mientras que los otros, venían con el niño, el cual tapaba su cuenca vacía con su mano, pensé que me iba a desmayar, con la pericia de la experiencia y el buen manejo de la situación, la profesora solo dijo con tranquilidad: “ay, otra vez”, yo todavía estaba a punto de desmayarme sudando frío, vi como acomodó su ojo en la cavidad y percatándose de mi susto, me aclaró que era un ojo de vidrio que después me contaba la historia, como lo puso al revés, tuvo que proceder a sacarlo y ponerlo de manera correcta, los estudiantes acostumbrados a éste suceso, continuaron en el recreo. Esta experiencia me llevó a pensar en las cosas tan increíbles que puede vivir y ser un maestro de escuela, hacemos de todo, hasta

somos capaz de poner un ojo en su cuenca y si no lo hacemos bien, insistimos hasta lograrlo ¡Eso es vocación!

Transité después de graduarme por algunos jardines privados, donde aprendí mucho, especialmente a conectarme con los padres de familia, pues son el apoyo vital de un maestro para llevar un buen proceso con los estudiantes a cargo. Como tenía medio tiempo libre, y aún persistía mi deseo de ser actriz, me inscribí a la facultad de artes, sección teatro de la Universidad de Antioquia, pasé todas las pruebas e inicié mi formación teatral, con la fortuna que pude hacer parte de los profesores de extensión que dictaban cursos de teatro, danza y artes plásticas el día sábado a los niños de cinco años en adelante, así que mi sueño se materializaba en ser actriz y maestra.

Y apareció cupido, me enamoré, me embaracé y llegó el milagro de vida llamado Santiago, aún no terminaba mi proceso para graduarme y mi sueño de ser actriz y maestra de pronto se esfumó y fue sorpresivamente cambiado por el de madre y ama de casa, pero en mi memoria quedaron los más calurosos recuerdos de los montajes teatrales y de los personajes que amé y encarné, los cuales me hicieron sentir amada, reconocida y hasta famosa, “el otro hijo” de Luigi Pirandello, “Hedda Gabler” de Henrik Ibsen y la inmortal “Salomé” de Oscar Wilde.

No fue fácil lidiar con una relación de pareja que sentía me asfixiaba y me hundía en la frustración, y en medio de ese sinsabor, apareció la oportunidad de oro que podía ayudarme a escapar: el concurso del magisterio. A escondidas y con el sigilo de quien no quiere ser descubierto, me presenté e hice todas las diligencias que pedían en esa época del año 95, logré pasarlo y solo era cuestión de tiempo para saber dónde iría a trabajar, pero antes de saberlo, lo que era inminente sucedió, me separé. Tuve después la bendición que amistades influyentes me dieran la posibilidad de volver al pueblo de mi infancia y ser maestra en la escuela donde cursé la primaria.

Separada y con un hijo, regresé al pueblo que me vio crecer, era el año 96, mi vida cambió drásticamente, ya hacía parte de un cuerpo profesoral como maestra nombrada con decreto y con derecho a recibir su remuneración salarial, esto equivalía a la consecución de mi independencia económica y por ende a un saborear la libertad. El primer día de llegada a mi escuela, fue todo un evento emocional de nostalgia y alegría, cada espacio lo conocía con detalle, las amplias aulas, el verde prado, los frondosos árboles y las mágicas piedras evocadoras de la geometría sagrada, allí había transcurrido mi infancia entre lápices, colores y cuadernos, y ahora había regresado como maestra. ¡No podía ser más afortunada!

En todos estos años he podido experimentar una enorme satisfacción, que acompañada de las tres señales de vocación, me dan la certeza que he logrado mi cometido que desde la niñez me propuse: ser maestra, monja y actriz. Aunque no visto un hábito y no haya hecho los votos que me consagraban como religiosa, si los hice para ser una maestra que lograra la mística en la conexión con sus estudiantes, llegando a explorar la senda espiritual, he podido convertir mi aula de clase en todo un escenario, donde los más diversos personajes siguen un libreto a veces planeado y muchas veces improvisado, he sido espectadora de los más hermosos y sensibles momentos de las obras que se desarrollan día a día en el aula y la escuela, he encarnado personajes para el mejor público del mundo, cuando el telón se abre cualquier cosa puede pasar en el asombro y superar lo meramente

académico. Pero también, algunos libretos no han sido fácil seguirlos y entonces aparece la improvisación creativa y la fuerza de la vocación, es por todo esto que la escuela es mi sacro escenario.

ACTO II. Riiing [...] el llamado

La vida cotidiana de la escuela es tan rica como el brillo de la arena en la playa soleada, el inconfundible bullicio de un recreo o el murmullo de un salón de clase son una sinfonía de acordes cargados de emociones y sentires, no podía estar tan cómoda con todo aquello. Con los años y la experiencia los sentidos se agudizan y la observación se profundiza, y es en esos momentos de revelación, que capturas el sentido en los actos más simples.

Durante un buen tiempo venía “observando” y cayendo en cuenta, cómo se arma todo un caos cuando se escucha la señal sonora del timbre anunciando el recreo, con un grito de victoria prolongado: “¡recreoooo!”, los más veloces en reaccionar a este estímulo, se llevan por delante sillas y compañeros que sacan con ansiedad sus desayunos del morral, el umbral de la puerta se convierte en un lugar de riesgo, caídas aparatosas, loncheras en el suelo, los lápices, colores y hasta cuadernos eran testigos silenciosos que sufrían el impacto de la estampida, además de esto, me percaté que cuando el timbre suena anunciando el final del recreo, el ingreso al aula no se evidencia de la misma manera, sus pasos son más cortos y se caracterizan por la parsimonia que los acompañan, y la profe en la puerta del aula con voz de trueno : “¡ya tocaron el timbre!”, apelando a las tácticas del condicionamiento operante, legado del tan conocido psicólogo Skinner y que la escuela muy *juiciosa*, todavía las vive, pues el timbre hace parte de ese estímulo que dispara la parte primitiva de nuestro cerebro reptiliano, el cual nos ayuda a sobrevivir, y si eso pasa en la escuela, ¿acaso es una manera de sobrevivir al posible tedio del aula y del maestro?.

Aquella vibración y su eco evocó en mí el encierro del convento, aquel lugar donde el condicionamiento y un rígido control de rutinas y tiempos, forjó parte de mi carácter y deseo de ser maestra, recuerdo cómo también quería salir corriendo, cuando se anunciaba con la campanilla los cambios del itinerario, empecé entonces a interrogarme sobre el asunto y los comportamientos que estaban girando en torno al timbre, presencia sonora escolar que reemplazó la icónica campana con su tilín tilín, y que la escuela utiliza como mecanismo para establecer la regulación y control de sus rutinas y horarios, sin permitirse explorar en la inventiva pedagógica otras formas que posibiliten a los estudiantes una autorregulación de sus ciclos biológicos en el crecimiento y el aprendizaje, bueno, es que resulta más fácil el control masivo, que enfrentar un sin número de ráfagas de creatividad y *desmanes* en el comportamiento, además no estamos preparados para perder el control y eso con seguridad da miedo.

Me propuse la tarea de indagar entre mis estudiantes el por qué salen de esa manera del aula cuando tocan el timbre, sus respuestas con un común denominador apuntaron al disfrute del juego con sus amiguitos, evento visceral que no tiene espera y que en cierta forma les ocasiona ansiedad, pues con frecuencia preguntan cuánto falta para que toquen el timbre y aunque por falta de madurez temporal por la temprana edad de los cinco años es compleja la percepción del tiempo, (con la ventaja de vivir el presente), siempre les digo los minutos y segundos exactos.

Todo esto me llevó a pensar en el asunto de cómo vivencian el aula y de cuánto disfrute pueden tener en ella, ¿qué pasa en el aula qué quieren escapar?, bueno, hay que reconocer que la mayoría del tiempo se la pasan en sus cuatro paredes y el recreo es un reducido tiempo de treinta minutos, que se reparte así: el primero de veinte minutos y el segundo de diez minutos, ¡ay, con razón se quejan de lo corta que es la diversión!, sabemos, no solo por los grandes teóricos, sino por nuestra propia experiencia y observación, que el recreo es un espacio de enriquecimiento y desarrollo de todas sus dimensiones humanas, donde enfrentan nuevas experiencias que movilizan el pensamiento y la acción, en pocas palabras es el lugar donde más aprenden, y ¿cómo sería, qué el estar en el aula fueran esos 30 minutos y todo el otro tiempo para el recreo?, compleja utopía que el sistema que nos rige no la contemplaría, así, que hay que pensar como conectarlos con el ambiente del aula y sus dinámicas, como si fuera otro *recreo* que sencillamente cambió de lugar, mejor dicho hay que prolongarles su disfrute visceral.

Después de todas estas consideraciones, decidí que quería experimentar con varias estrategias para aminorar el impacto del sonido del timbre en ellos.

Por tal razón, tenía en cierta forma que *domesticarlos* con sustitutos gratificantes y novedosos que redirigieran su atención, así que, faltando diez minutos para escuchar el timbre, doy una vuelta al salón con la pandereta que es mi preferida y anuncio cambiando el matiz de la voz: ¡Faltan diez minutos, seiscientos segundos para tocar el timbre!, sea lo que estén haciendo, paran un momento y se escucha el alborozo, alguno pregunta: “¿es mucho?” y otro responde: “¡no, es poquito!” y continúan en su labor, luego faltando cinco minutos, trecientos segundos, vuelvo anunciar y les doy la instrucción de dejar los cuadernos o las fichas sobre su mesa, empacar sus implementos como lápices, colores y demás en la cartuchera y ubicarse cada uno detrás de su silla, cada día se hace una práctica diferente como: decir trabalenguas acompañadas con movimientos corporales, leerles un cuento corto o poesía, cantar una canción, para terminar sintiendo el sonido del corazón con la mano en el pecho, los ojos cerrados, en silencio y esperar como el timbre sonido de afuera se conecta con el de adentro, cuando suena todos permanecen quietos [...] hasta que unos segundos después se da la instrucción de que salgan al recreo imitando el desplazamiento animal u otros que ellos propongan: saltando como conejos, volando como aves, lento como robots, como cangrejos hacia atrás [...] es muy divertido, pero tengo que reconocer, que estoy reemplazando un estímulo por otro que puede ser más agradable. ¡y sigue el conductismo!

En una ocasión que esperábamos el toque del timbre, ingresó al salón un estudiante que venía a que le firmara un comunicado, como estaba de prisa, yo lo atendí, escuché el timbre y como estaba ocupada no les di la señal de salida, sorprendida vi cómo me miraban muy tranquilos, esperando mi aprobación de salir, pensé dentro de mí: ¡cómo están de domesticados!, aunque realmente, pude lograr que conscientemente se movieran de un lugar de disfrute al otro.

El recreo es maravilloso, desde el lugar donde me corresponde el acompañamiento pedagógico y mientras saboreo alguna bebida o fruta, también saboreo, cuando observo este universo tan diferente al aula de las cuatro paredes, como hablan sus cuerpos en movimientos libres y espontáneos, como interactúan entre sí, en los encuentros y desencuentros, con su entorno inmediato y los

pequeños seres vivos que lo habitan, sin percatarse de la mirada vigilante y casi omnipresente del profesor, solo el timbre logra romper la magia de la diversión: ¡aahhh, tocaron el timbre! y resignados emprenden el camino a la jaula, ¡eh no, al aula!. El aula ese espacio físico que demanda la atención en nuestras prácticas docentes y que debería ser trascendido con el derrumbamiento de sus paredes desde lo simbólico, lo afectivo, lo mágico, lo lúdico y lo más profundamente humano.

Por supuesto, que también tenía que pensar en implementar una estrategia para que volvieran al salón más ágilmente, pues con regularidad la voz del coordinador se escucha por el altavoz recordando que ya tocaron el timbre y que todavía hay estudiantes por fuera de las aulas, además hasta que todos no estén, no se deben iniciar las actividades y resulta muy agotador estar llamándolos a grandes voces, así que si no escuchan mi voz, el lenguaje de mi cuerpo ayudaría, apenas tocan el timbre, yo salgo a toda velocidad a la vez que grito varias veces: ¡el último en llegar tiene purrumpurri en los pies!, por supuesto la profe era la que lo padecía, ya que por sobradas razones debía ser la última en llegar, hecho que celebran con entusiasmo, ya en el salón, la pregunta del millón: “¿profe, qué es eso que usted dijo?”, y se inician las especulaciones entre risas y chistes, tratando también de repetirla, finalmente le dimos el significado de “poca velocidad en los pies”, sin embargo, en voz baja se escuchó como una niña le aseguraba a sus más próximos: “mentiras, eso es pecueca”. Ahora este grupo de 25 estudiantes del grado transición, esperan el toque del timbre, con una mano en el pecho, sintiendo como galopa su corazón anunciando la diversión.

Cuando me detengo a reflexionar sobre la escuela y las dinámicas que giran en torno al llamado del timbre, me pregunto: ¿qué pasaría en la escuela si no existiese un mecanismo de control como el timbre?, ¿qué sucedería con los horarios y las actividades programadas que penden del control del tiempo?, ¿y cómo sería si en vez del timbre fuera el reloj biológico de nuestros estudiantes que comandado por el latido del corazón anuncia el cambio de rutina?, y entonces, ¿qué papel tendríamos los profes? ¡uuuummm y me cogió la pensadera!

CAMINO A LA ESCUELA

César Martínez

Los modelos flexibles del Ministerio de Educación Nacional, responden a la necesidad particular de grupos poblacionales, sin embargo, hoy a fuerza del tiempo o de las necesidades de esa otra Colombia que recién empieza a emerger el brillo de sus cartillas parece estar desteñido y nuestros niños no se ven reflejados en ellas.

Camino a la escuela

Una de las propuestas para este año era implementar un proyecto de movilidad con los niños para ello se nos proporcionó abundante material que se podía reproducir por medio de las Tic`s. se me ocurrió complementarlo con algunas de las guías de la cartilla que enmarcan lo urbano y lo rural Y como desplazarse en un pueblo ayudados de un mapa. También algunas historias que referían el camino a la escuela de los niños del campo. Incluso cuentos que refieren largas caminatas de niños en África y paseos de indígenas en canoa. Para darle contexto debía incorporar en el proyecto nuestro camino a la escuela.

Nuestro camino de piedra y filo no aparece en las cartillas las laminillas que comparan lo urbano con lo rural no reflejan nuestro camino a la escuela, el programa de movilidad está bien para las visitas al pueblo, la pregunta es: ¿Dónde está nuestro camino a la escuela? ¿Es necesario narrar nuestro camino a la escuela?

Las cartillas son una herramienta invaluable para el docente rural que debe afrontar una escuela multigrado los niños rápidamente aprenden a interactuar con ellas y sin saberlo aquellos aventajados o simplemente ensimismados en el mundo que dibuja el texto se convierten en cómplices del maestro para que este pueda dedicarse por unos instantes a aquellos que aprenden sus primeras letras y requieren de especial dedicación.

Prestos a trabajar en el camino de la casa a la escuela y en el plan de movilidad Darío descubre que la cartilla no se parece a su mundo esa ruralidad allí pintada no es su finca ni su vereda ni su camino a la escuela - ¿profe nosotros no estamos aquí?

Ante semejante contingencia en una medida desesperada se me ocurrió sobre la marcha que el mismísimo Darío se encargara de dar respuesta a su reclamo, si la cartilla no daba cuenta del camino a la escuela que fuese el quien contase como es el camino a la escuela que fuese el quien contara lo que él y los suyos bien conocían sin esperar que otros, que otra cartilla, llegara a mostrarles el camino.

La cartilla había hecho mucho por el profe. y por los niños ahora nosotros teníamos que hacer algo por ella teníamos que contarle a la cartilla como era nuestro camino. Como caminábamos día tras día camino a la escuela como era nuestro camino por las letras como era nuestro camino por esos senderos que se bifurcan de cuando en vez y que solo un experto como Darío del campo puede recorrer.

Lo esperado es que los niños lleguen a la escuela de la mano del maestro, acá son los niños quienes guían mis pasos, en tanto que están más versados en el camino que les es propio. el docente cuenta con otro tipo de experiencias y pericias

las cuales no son muy útiles para recorrer “el camino real”, buscar atajo por un desecho, o esquivar el ganado sin contar con las serpientes y los perros que salen cada que nos aproximamos a una casa para intimidarnos con sus agresivos ladridos acelerando nuestros latidos.

Aún conservaba unas paletas que con colores y letras señalaban ¡PARE! Que sirvieron en el plan de movilidad de la otra escuela. Todas las actividades que en su momento prepare junto con las salidas al centro de la ciudad aquí como todo lo solido se desvanecían y de nada me servía, debía empezar de nuevo. Quedaba en evidencia que cada clase debe estar en el contexto propio de cada comunidad la clase de movilidad para la escuela Pichincha difícilmente se podrá reproducir en la escuela de la Compañía de María en esta escuela rural esas clases preparadas con tal rigor eran sometidas a la realidad.

Acá perdía sentido la paleta, el significado y significativo de la facultad cobraban sentido, las cosas no son lo que son si no lo que somos, con los perros el ganado y las culebras no funcionarían las paletas. Nuestro camino requería de otras ayudas de otras habilidades de ello ahora dependía la integridad física de los niños y del maestro.

Estas comparaciones con la otra Colombia, con los otros niños, señalan realidades bien distintas que reclaman siempre considerar el contexto al momento de emitir juicios o de realizar las labores encomendadas por el M.E.N. Estos niños no van a su escuela en bus, un semáforo les es ajeno y literal deben disputarse el espacio en el camino con bestias. Para bien o para mal, ese es el camino a la escuela que dibujaron cuando nos dimos a la tarea de empezar a dibujar nuestro camino a la escuela como la primera actividad para darle contexto a nuestro proyecto. Evitando acomodar las comunidades a las cartillas nuestro objetivo era claro la comunidad no debía responder a la cartilla la pretensión era realizar las actividades, sin cometer un atropello o por lo menos un desconocimiento de los saberes previos, para no configurar una imposición. Procurando un espacio para mostrar las particularidades de la escuela rural. Confrontar la escuela a la que asisten los niños con aquella escuela ideal que se profesa en los libros. Es una oportunidad de aflorar con la subjetividad que está en marcada en el día a día del maestro y de los niños.

Los textos hacen lo propio nos muestran como es el mundo allá afuera y como otros quieren que lo veamos, nuestra tarea es la tarea del pensar , pensar nuestra escuela , pensándola contándola , en el acto de narrar como es nuestra escuela estaremos haciendo una profunda reflexión pedagógica de prácticas y formas de afrontar las contingencias que a fuerza de las necesidades, el día a día, los afanes de la comunidad, las exigencias del MEN se convierten en paisaje en algo cotidiano para nosotros. Casi como una responsabilidad social es preciso contar contarles a otros como es nuestra realidad. Así, como hasta nosotros llegan textos que nos cuentan otra mirada del mundo. Otros caminos a la escuela nuestro deber es mostrar el camino a la escuela que nos es propio y no el camino a la escuela de otros.

Darío, del campo conocedor como ninguno de la vereda desde mi llegada ha estado atento a los cambios del camino a explorar diferentes caminos para llegar a la escuela , hasta me parece que trata una y otra vez de buscar cual es el camino más efectivo para llegar a la escuela , llama la atención que no precisamente busca

el camino más corto, busca el camino más divertido quizás aquel donde se realicen más hallazgos que nos permitan salir de la monotonía descubriendo el camino a la escuela cada día, permitiéndonos siempre el asombro para ayudar a palear esa hora de camino. Esa búsqueda de otros caminos o de otras cosas en el camino propio de Darío cuestiona y pone a tambalear la forma como estoy preparando la clase, siento que algo falta que aunque hay suficiente información y buenas actividades falta esa cuota del asombro del juego y la alegría tan necesaria en la pedagogía escolar de alguna manera eso explicaba mi apatía con este tema de la movilidad que estaba excusando en que no estaba preparada pensada para nosotros en la escuela interna en medio del cañón. En esa búsqueda por pasarla rico por jugar en el camino Darío y otros niños dan a las cosas un valor de uso como aquel que solo saben dar los niños, está bien alejado del valor de uso de las cosas en sí, para ellos las cosas no son lo que son, son lo que ellos son en ese su mundo en su juego de turno, así Darío monta en su bestia feroz que la llevara más rápido a casa; el animal no está frente a la escuela ella lo camufla cuidadosamente entre el bosque. Al salir de la escuela camino a su casa nos permite participar de su secreto el lugar donde oculta su corcel. Por momentos consideré que en efecto ese día la niña había montado en un caballo para llegar hasta la escuela, de hecho, siempre me pregunté por qué los caballos reposaban en los establos y los niños llegaban a la escuela caminando, al llegar a una enmarañada roca la niña rompe el ruido ambiental propio de la montaña para irrumpir la morada de su bestia con un “arreeee machoooo”.

Monta con la propiedad de un jockey formado en tales jornadas por todo el arraigo de sus ancestros arrieros que la violencia desplazo a otros poblados del país pero que ahora la traen de nuevo a sus raíces.

Los niños en su mundo tienen el poder de imaginar eso me lo enseñaba Daria en tal caso ella misma convertía su juego en pedagogía de manera inconsciente en ese repetir el ejemplo de su padre simulando una faena con su caballo inerte sin agua ni pasto. Era un caballo porque ella así lo requería para su juego para su práctica eso era lo que necesitábamos para acercar la clase de movilidad a la escuela, imaginar: la calle, el pueblo, el metro, el carro [...] la moto. Jugar a la movilidad en una escuela de la montaña. Rescatar también el valor del ejemplo y la simulación en ese saber que Daria incorporaba en su proceso de formación. Visto así todas nuestras acciones están anteceditas por el ejemplo y difícilmente escapamos a la realización de lo que otros ya han hecho. La educación está en todas las acciones humanas educamos con el ejemplo.

El juego de Darío era una combinación de imaginación y repetición del ejemplo para simular una actividad propia de la vida diaria del campo.

Seguir mirando el proyecto de movilidad y la guía de la cartilla como ajenas a nuestra realidad solo dejaba al desnudo mi falta de imaginación para jugar con y como los niños, había perdido los poderes y me encontraba ante la paradoja de quien olvida el mundo del infante desconociendo que en algún momento le fue un camino natural. Esa tarde en el camino entre la escuela y la casa planeé la clase de movilidad con las diferencias entre lo urbano y lo rural.

Semanas después estábamos en el salón jugando a subirse y bajarse del bus a tomar el metro a cómo manejar un integrado. Con la imaginación de los niños no faltaron recursos las sillas simulaban un bus los niños en el patio conducían sus

carros mientras otros eran peatones yo les conté como se conduce un auto o una moto en Medellín o en el pueblo y ellos me enseñaron como hacer de mi camino a la escuela un recorrido más amable [...] aprendí que el mejor camino a la escuela es el más alegre el que más permita dejar volar la imaginación.

Rescatar entonces el valor del ejemplo como una práctica pedagógica evidente, los niños replican las acciones de los miembros de la vereda y por ello la educación y las prácticas escolares no pueden limitarse a los estudiantes porque ellos siempre estarán atentos al desempeño del otro y seguramente de allí parte la motivación para seguir el camino de la vida que cada uno se va forjando. El asunto no se podía limitar a preparar rigurosamente la clase a llenar de información un cuaderno más, importante es lograr esa conexión con los niños, lograr que las reglas de un juego sirvan de iniciación para el mundo de las reglas del adulto, en nuestro caso particular para entender esas reglas que la Secretaria de Tránsito y las autoridades estaban tan preocupados en que las aprendiéramos.

¿Aprender sobre las señales de tránsito nos puede servir de algo? ¿Cuáles son las señales que debemos aprender a leer en nuestra escuela? ¿Cuáles son las señales, las cosas que los niños atisban en el comportamiento de los otros?

Tenía al final más preguntas que respuestas y no podía decir que tenía una clase preparada montada para el próximo año, siendo honesto solo tenía un punto de partida y un montón de preguntas para resolver con los niños. Pero lo más satisfactorio era que habíamos logrado sacar la clase de movilidad de su anquilosamiento y darle la inercia propia que su naturaleza implica. Limitar la clase de movilidad a una cartilla a un cuestionario que se responde en un cuaderno es como enseñar las tareas del campo encerrados en un apartamento de la ciudad. El camino a la escuela solo se aprende caminando.

ECOS DE CAMBIO

Daniel Alejandro Gutiérrez

Mi práctica pedagógica había sido la experiencia para profundizar mis acciones como maestro en formación, gracias a ella forjé mi carácter, moldeé mi quehacer, me formé en la autorresponsabilidad, la autocrítica y por sobre todo maduré y construí la mejor versión de mí como maestro, la cual, con el paso del tiempo, la formación continua y la experiencia diaria se ha nutrido magníficamente.

Pero fueron los tigres quienes tocaron mi vida, me apasionaron a un por la docencia, sacaron de mí todo el potencial que tenía para dar, no fue fácil, pero al final se cumplió con el objetivo.

Recuerdo todavía lo eterno que se me hizo recorrer el pasillo que me llevaba al aula de décimo grado, de la institución educativa Colegio Cooperativo Alejandrino Restrepo, institución de privado, ubicada en el municipio de Ciudad Bolívar, aquel sería, luego de mi práctica pedagógica, mi primer grupo; tenía las manos empapadas por el sudor, sentía que el corazón quería salir de mi cuerpo, la sangre fluía estrepitosamente por mis venas y me parecía sentirla hervir; la coordinadora seguía dándome indicaciones sobre el grupo, yo solo escuchaba en silencio y asentía; por todos aquellos antecedentes no me enfrentaba a un grupo, sino a una jauría de lobos hambrientos que están a la espera de su presa.

Llegamos a la puerta, tomé una bocanada de aire para serenarme un poco, entramos, el ruido era insoportable, música, carcajadas, gritos todo se entremezclaba; la coordinadora saludo y aquel espacio se llenó de una apacible calma.

El grado décimo me lo habían pintado como un grupo difícil, solo tenía diez estudiantes que hacían las veces de cuarenta, según directivos y docentes el peor grupo del colegio, perezosos, irreverentes, irrespetuosos, algunos ya repetían el tercer décimo; con aquellos antecedentes ya imaginarán porque los nervios y ansiedad de aquella primera vez.

La coordinadora me presentó y me dejó a la deriva, solo en frente de ellos; no podía leer sus expresiones, solo tenía tiempo para pensar en la mía no quería que los nervios me jugaran una mala pasada, bastó solo unos segundos para que la música y el bullicio volvieran, mi voz pidiendo silencio se ahogaba en aquella atmósfera de agitación y algarabía, por mí mente pasaron miles de pensamientos, sentía que en la universidad no me había preparado para aquello, como enfrentar a un grupo revoltoso; en un momento de lucidez me dirigí a la fuente sonora, un bafle de color amarillo, orejas puntiagudas, mejillas rojas, ojos negros y cola, no recordaba donde había visto aquella figura antes, pero sabía qué hacía parte de mi niñez, lo cogí con tal fuerza en mis manos que no me lo hubiesen podido quitar, la calma y la paciencia se habían empezado a extinguir, inmediatamente un apacible y ceremonioso silencio reinó en que aquella aula, de pronto la chica más espigada de la clase, se puso de pie pidiendo que se lo devolviera, no le presté atención, ni respondí nada, lo llevé a mi escritorio y allí se quedó por el resto de la clase.

Necesitaba romper el hielo y con esa actitud sabía que no había empezado nada bien, solo iba a generar más resistencia, pedí hacer una mesa redonda quería ver cada uno de sus rostros, grabarme sus nombres, sus expresiones, tenerlos bajo

control, del grupo ya sabía un poco, pero del microcosmos de cada uno, nada. El Pikachu que ya había recordado su nombre era el bafle y me había hecho pensar que les gustaba la música como a cualquier joven de su edad, di las indicaciones para realizar la actividad de presentación, solicité que cada uno dijera su nombre y el de una canción que describiera su personalidad, unos pocos minutos bastaron para que cada uno ya tuviera su descripción musical. Inicié la presentación con la canción color y esperanza de Diego Torres, fue en la primera que pensé ya que la letra se ajustaba muy bien para aquella situación. La mayoría de las canciones no las conocía, nos escuchamos atentamente, por momentos una que otra risa nos permitía liberar energía, yo parecía una esponja, no quería que nada de lo que dijeran pasara desapercibido, deseaba absorberlo todo, porque con aquella confesión podía entrar hasta lo más profundo de esas vidas, tocarlas y transformarlas. Al terminar la clase sentí que el hielo se había desquebrajado, salí tranquilo, con el corazón palpitando de emociones y con la manos abiertas para construir con aquellos chicos lo que la misma comunidad educativa les había arrebatado, la confianza.

Diez sueños, diez chicos, quizás incomprendidos y con la confianza perdida, todo un universo de personalidades: la extrovertida, la deportista, el amante de los caballos, la intelectual, la artista, la apasionada por el fútbol, el negociante, el tímido, la irreverente y la entusiasta de las ciencias de la salud. Me preguntaba cómo hacer para que cada uno se conectara consigo mismo y con el mundo, desde ya tenía una tarea difícil, la cual había asumido como un reto personal, más que instruir en formulas, conceptos y teoremas físicos o químicos, estos chicos necesitaban recuperar su seguridad, fraguar su personalidad, porque al igual que todos, ellos también creían que no servían para nada.

Necesita enchufarme con ellos y la música era el mejor cable conector, el lenguaje con el cual podría relacionarme, que mejor que el sonido para expresar lo que sentía cada uno, cada género una emoción diferente, una personalidad o estilo de vida; veía en ella el medio perfecto para que exteriorizaran lo que las palabras no podían decir, había que darle alas a sus acciones y dejar que ellas también hablaran. Así fue, logramos conectar, hablar el mismo idioma y convertirnos en un excelente equipo y en el grupo artístico del colegio: vallenato, reguetón, samba, música japonesa fueron solo algunos de los géneros que hicieron parte de nuestro catálogo cultural, creamos un vínculo tan fuerte, que con el paso de los años aún persiste, terminé por ser su director de grupo de décimo y undécimo a pedido de ellos, graduarlos una de las mayores satisfacciones que me ha dejado el ser maestro, ellos me agradecen haber creído en ellos, yo les retribuyo los aprendizajes tan invaluable de esos dos años; imposible no escribir estas líneas y que se me agüen los ojos recordando mí única promoción de bachilleres, los autodenominados *tigres*.

Cierro este escrito con las palabras que me regalaron el día de su proclamación como bachilleres 2014 “Los ciclos en la vida nos separan de espacios para iniciar nuevas etapas y caminos que nos hacen crecer y ser mejores seres humanos y nunca olvidamos a quienes hicieron parte de ese cambio con infinitos aprendizajes”.

DE PADRINOS MÁGICOS A SEMILLERO DE AMISTAD

Diana Milena Franco Núñez

"I took the one less traveled
and that has made all the difference.
the road no taken"
(Robert Frost)

"To teach is to learn twice"
(Joseph Joubert)

Cuando llamé a Flavia para preguntarle cómo le había ido en la inscripción al Concurso Docente del año 2016, me contestó que sí había alcanzado a inscribirse y también me dijo: "Me inscribí para primaria, lógico, secundaria está muy pesado" Le compartí: Me inscribí para secundaria (silencio). En ese momento, se venían una cantidad de preguntas a mi mente: ¿Por qué? ¿Cuáles fueron las razones para no elegir primaria, si la mayor parte de experiencia que tengo es en ella? (Hace casi cuatro años no doy clases en secundaria, y en esos momentos estaba como docente de preescolar en un Jardín bilingüe en la ciudad de Cúcuta, Norte de Santander). Y nos reímos porque ella escogió Valledupar, y yo escogí Antioquia, "Qué locura", decíamos, más yo recordaba aquellos años en los que compartíamos estrategias para la enseñanza del inglés en la ciudad de Bogotá. Después de la llamada quedé pensativa, entonces decidí llamar a Zulma, Licenciada en Química, actualmente viviendo en Barranquilla. "Dianita, por supuesto primaria, los niños son muy nobles, tienen un deseo inmenso por aprender y estoy feliz". (Tenía el corazón dividido, la garganta seca, sin embargo, pensaba: es un nuevo reto, es un desafío, no puedo desmotivarme y que Dios me ayude").

¿Qué necesita un maestro para enseñar en preescolar o primaria que no necesite en secundaria o viceversa? ¿En qué se diferencian? ¿Se podría diferenciar a simple vista una maestra o maestro de primaria de uno de secundaria? A un maestro de preescolar o de primaria lo define su bata colorida, con dibujitos infantiles, como símbolo de amor y entrega, mientras que a un maestro de secundaria [...] es un misterio. ¿De dónde saca esa autoridad, convicción y compromiso para enseñar a jóvenes con tantas problemáticas?

En ese momento revisé mis experiencias anteriores y sentía nostalgia por dejar a mis estudiantes de preescolar. Considero que fue una experiencia grandiosa (como todas). En definitiva, cuando llegué a preescolar reflexionaba mucho acerca de lo que se exigía en el Jardín: que no falte la lectura del libro, la canción, el juego, la obra artística, que tu salón sea como un museo con todos los trabajos elaborados por ellos y por supuesto, que no falten las reglas, todo lo anterior en inglés. Uno acostumbrado a dar la clase de inglés con lo necesario: una copia, un lápiz, la grabadora y el diccionario de inglés, llega a Kinder 3 (Pre-jardín) con niños que no tienen agarre de pinza, no copian del tablero, se aburren fácilmente. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué harían ustedes?

Así con el tiempo, fui aprendiendo, afloró el payaso que habita en mí, ¿para qué tablero si con el cuerpo y el entorno se extendía todo aquello que se quería

enseñar? Les decía “mis chiquis”, recuerdo el momento de la lectura *Café (estrategias de lectura)*, leíamos un libro en inglés cada día y en ocasiones hasta lo actuábamos. Lo gratificante era que ya tenían el hábito de la lectura, y ¿Saben algo? yo no sabía leerles. Apenas llegué, Yesenia, una muy joven maestra de preescolar me enseñó a través de su ejemplo.

Los momentos de canciones y bailes: en la USB tenía alrededor de treinta canciones para cada momento: para el saludo inicial, para lavarse los dientes, para dejar organizado el salón, para la despedida, para la temática vista, los colores, el cumpleaños, la canción que les gusta a todos bailar, entre muchas otras. Son tantos recuerdos, que no se necesitan fotos o videos para pensar en ello, todo quedó debidamente registrado en la memoria a través de los sentidos.

Ya para finales del año 2016 emprendía mi viaje para Antioquia para presentarme al examen del Concurso Docente y para radicarme allí. No pude conseguir trabajo en un colegio, pero me aceptaron en un *Call center* para atender llamadas en inglés. Me hacían mucha falta los niños (me costó creerlo), recibía mensajes de una maestra del Jardín que me enviaba fotos de actividades de “los chiquis”, también el escuchar a los niños en la escuela al lado de la casa me servía de consuelo.

En el *call center* la exigencia era bastante en el idioma y en el servicio, me agradaba el trabajo, sin embargo, no era mi campo de acción. Una amiga me dijo que enviara la hoja de vida para presentarme como provisional al Banco de la Excelencia, y así lo hice. Me llamaron a los dos meses, para cubrir una plaza en el municipio de Barbosa, en la I. E Presbítero Luis Eduardo Pérez Molina. Le pedí permiso a mi jefe para presentarme a la Secretaría de educación y me expuso lo que pensaba. “Mira, la educación ha cambiado, los jóvenes son muy difíciles ahora, dímelo a mí que soy licenciado, esa profesión me absorbió, me enfermé y hasta que tomé aliento y conseguí este trabajo, por tanto, prefiero estar en este lugar porque crezco laboralmente y no me estreso tanto, quédate, no aceptes” Ustedes que creen, me presenté a la Secretaría de Educación en abril y en mayo me llamaron para iniciar en el municipio de Barbosa.

Qué felicidad volver al colegio y enseñar inglés, parecía un sueño. Al llegar a clase, que no falte la canción ni el juego. Grado séptimo aceptaba mis instrucciones, aunque con un poco de pena, los motivaba con la nota, en grado octavo ya algunos estudiantes dijeron: “yo le hago otro trabajo, pero ni le canto y menos bailarle”. En grados noveno, décimo y undécimo: “qué pereza, inglés”, “profe, no se complique, déjenos una guía que así aprendemos más”, “¿son muy difíciles sus recuperaciones?” Me decía una profesora “No se desgaste con didáctica, los jóvenes de ahora son muy perezosos y todo les da pena, hay que exigirles” Cambié un poco, sin dejar la canción, ya les traía canciones de pop o rock en inglés para estudiar un tiempo verbal. Un día nos enviaron un correo que debíamos trabajar en un proyecto institucional, revisé los que había y me llamó la atención un proyecto en el que solo había una profesora, era el Proyecto de valores. Pregunté por ella y me dijeron que estaba muy enferma, que la apoyara, por tanto, decidí quedarme con ese proyecto.

Se me ocurrió el proyecto “Padrinos mágicos” en el cual se promoverían los valores institucionales entre estudiantes de grado once con los estudiantes de preescolar. Tenía tres momentos, pero por tiempo solo se pudieron llevar a cabo

dos: la presentación inicial, Hello, *how are you?* (*Hola ¿Cómo estás?*) y la presentación del cuento *Stop and read* (*Detente y lee*) El tercero se llamaba: *What do you want to be when you grow up?* (*¿Qué quieres ser cuando crezcas?*) Algunos estudiantes manifestaron que ellos no eran profesores ni aspiraban a serlo para aplicar esa clase de proyecto a estudiantes de preescolar. Hablábamos acerca de la vocación de cada uno, de la importancia de los valores en la vida profesional. “Profe, a mí no me gusta ser líder, otro decía: a mí me da mucha pena hablar en público, otro: pues para valores ya los hemos visto en ética, para qué más [...]” Los valores, les dije, se llevan a toda parte, hacen parte del ser humano, se van formando en la persona sin darse cuenta, se van puliendo en la cotidianidad, allí sale: el amor, el respeto, el liderazgo, el compromiso, la gratitud, la responsabilidad [...] Y respecto a vocación, cada oficio o profesión tiene un pedacito de maestro. Al final, los convencí.

El Rector y Coordinadores me llevaban la idea y me apoyaban bastante, y qué decir de las maestras de preescolar, muy colaboradoras en el proyecto “Profe: siempre bienvenida a preescolar, ¿qué necesita?, organicemos la próxima visita. Los niños se van a poner muy contentos con ese proyecto. Yo les pongo la cancioncita en la grabadora para que la practiquen”.

En el primer momento los estudiantes de grado undécimo se disfrazaban de un personaje infantil y se presentaba en inglés al frente de los niños de preescolar, y ellos los sorprendieron cantándoles una canción que habíamos preparado gracias al apoyo de las maestras. En el segundo momento, los estudiantes de grado undécimo debían presentar una propuesta didáctica para la lectura de un libro infantil, los padrinos les entregaron carticas de amistad a sus ahijados y también hubo espacio para compartir dulces. Yo estaba feliz, encontré ese equilibrio de escaparme a cantarles un momentico a preescolar para sorprender a grado undécimo y que ellos también se esforzaran por preparar la lectura con buena pronunciación, con una actividad lúdica de comprensión lectora para los niños. Fue evidente la muestra de valores que aprendieron tanto los niños de preescolar, como los jóvenes.

Al final hicimos la evaluación del proyecto con los estudiantes de grado undécimo, escribieron observaciones de todo tipo como: “aprendimos vocabulario básico que no sabíamos”, “fue un proyecto diferente”, “nos divertimos mucho”, “Qué proyecto tan bonito y tan impactante para la Institución Educativa”. Otros añadieron: “las actividades fueron muy infantiles”, “se dejaron temáticas importantes en la clase de inglés” y una que me dejó pensativa “mi aspiración es ser docente universitario, las actividades no fueron apropiadas, no estamos aquí para darles clase a niños” Me preguntaba: ¿Qué le hizo falta al proyecto? ¿Será que no tuve en cuenta las necesidades o intereses de los jóvenes? Y concluí *mejor para el año siguiente, hacemos otro proyecto con grado undécimo*.

Al inicio del año 2017 me notifican de un traslado para el municipio de Angelópolis, y a mi llegada le pregunto a la Coordinadora, ¿Puedo trabajar un proyecto en preescolar? Ella me responde: “Por supuesto” Sin embargo, por el breve tiempo que estuve allí, no lo pude aplicar porque ya era el momento de la audiencia del Concurso docente.

Y se llegó el tan anhelado día, escogí la plaza de la Normal Superior Mariano Ospina Rodríguez del municipio de Fredonia. En el recorrido, observaba con

detenimiento esos cielos celestes y esas montañas tal cual las pintaba desde pequeña; esos árboles que se abrazaban por medio del camino, esas finquitas coquetas acicaladas por hermosas plantas y flores, sentía que hasta la naturaleza me daba la bienvenida.

Con ese aire tan fresco, tenía en mi mente el himno Antioqueño "Oh libertad que perfumas las montañas de mi tierra [...]" "Amo el sol porque anda libre, sobre la azulada esfera [...]"

¿Qué más puedo pedir? Si estaba viviendo el sueño de algunos años en los que estaba de pueblo en pueblo aprendiendo muchas cosas. Un viaje de norte a sur, zarpando desde Barbosa, cruzando Medellín, viviendo tiempo después en Caldas, pasando por Angelópolis, para ya después arribar a Fredonia. En definitiva, una oportunidad de aprendizaje en cada lugar, una oportunidad de vida que me ha brindado Dios.

Pregunto a las directivas ¿Podemos visitar a preescolar y a primaria para implementar un proyecto de inglés con secundaria? Y su respuesta contundente es: La Escuela es nuestro laboratorio, bienvenida. ¡Qué maravilla!

Seguidamente, revisé el currículo sugerido para grado décimo y encontré la temática de "Fast fashion" ¿y qué tal si hacemos el fashion para preescolar y primaria? (Qué obstinación la mía) "No profe, qué pena boletearnos por allá", a lo que respondí, *bueno, entonces al frente de secundaria* (No había escapatoria) "Listo profe, para la escuela". Con el apoyo de todos los estudiantes de grado décimo se intervino a la escuela primaria Alicia Díez con una muestra de máscaras de animales tipo fashion (empleando material reciclable), una canción y un cuento. Al inicio estaban nerviosos, ya luego se les olvidaba porque los niños estaban tan sorprendidos y felices, que ese momento fue solo de diversión.

En ocasiones como profesora, pensaba que era muy fácil asignar un tema para exponer, una conversación u otra representación para compartir con sus compañeros. Hoy ellos me han enseñado que el apoyo del maestro debe ser no solo a nivel del saber, sino también del ser, fortaleciendo su autoestima, motivando, riendo, celebrando logros, haciéndolo al lado de ellos, sin entrar en obligación, ridiculización o amenazas con la nota, porque es muy fácil dejar trabajo y sentarse en el escritorio, pero más adelante, será muy difícil cambiar sus rostros temerosos y su rechazo por el idioma. Por tanto, considero que el maestro de inglés debe darles seguridad a sus estudiantes y brindarles todo el apoyo para que no se dejen llevar por la pena en actividades como: exposiciones, diálogos, obras de teatro, canciones, entre otras. Los estudiantes aducen que sus compañeros se burlan de ellos por la forma de pronunciar y que son blancos de críticas. Allí es también donde el maestro acude a la importancia de los valores: del respeto, la tolerancia, el amor hacia el otro.

Con el Programa de Formación Complementario PFC, se estableció que para el segundo semestre aplicaríamos unas clases para la escuela primaria, sin embargo, se nos cruzaba el horario con otros estudiantes del PFC, por tanto, les propuse iniciar con un semillero de un día, una hora en la tarde. Allí aplicaríamos lo visto en clase, métodos, estrategias para la enseñanza del inglés y de allí aplicaríamos lo central del espacio académico llamado "inglés avanzado" Es un día a la semana, salgo con dolor en las mejillas de reírme, aprendo de los niños, de los maestros en formación, me encanta el trabajo en equipo que se realiza, el avance

y el gusto que muestran los niños en cada encuentro. Se enseña a través de la canción, del juego y del movimiento.

Las presentaciones de grado décimo a primaria hacen parte del Semillero Friendly Team (Equipo amigable) al cierre del cuarto período diseñaron un libro infantil en inglés para donarlo a la biblioteca bilingüe que estamos conformando. El semillero también hace parte del mismo proyecto en el cual los estudiantes del PFC aplican sus conocimientos para impartir una clase en inglés. Además de ello, hay una hora para practicar inglés a nivel conversacional para jóvenes en el mismo semillero, el objetivo es “ser autodidacta” como me lo enseñaron mis padres desde pequeña. Mi compañera Lady, también maestra de inglés, se unió al proyecto con los grados séptimo y octavo llevando obras de teatro y presentando canciones a La Escuela Alicia Díez.

Ha sido un momento de mucho aprendizaje en todos los sentidos. Con Lady organizamos un seminario-taller con egresados del Programa de Formación Complementaria de la Normal, hoy en día maestros activos en diferentes Instituciones Educativas de Fredonia, con el fin de brindar estrategias para la enseñanza del inglés y estamos en espera del encuentro con maestros de primaria.

También presentamos el Semillero Friendly Team en el Encuentro de Saberes Institucional y Municipal, socializamos las actividades que realizábamos allí con el grupo de estudiantes y Maestros en Formación. Todo ello no hubiera sido posible sin el grupo de grado décimo, quienes fueron fuente de inspiración y apoyo en tema logístico. La invitación, la cartelera, los listados de asistencia, la organización del salón, la decoración apropiada para el semillero, la campaña de donación de libros, todo lo aportaron desde el Servicio Social.

Secundaria para mí ha sido un desafío, todo un reto, en ocasiones siento “ya no puedo más con este grupo” ¿Seré la única? y me quedo pensando, ¿Pero, ¿qué otra actividad les hago si se la pasan pegados al celular? Una compañera, comunicadora social y periodista, en este momento desempeñándose como maestra de español, me recomendó un juego de cultura general, a través de preguntas, y gracias a esa actividad *me reencontré* con aquellos jóvenes. “Chicos, pueden utilizar el celular para responder las preguntas” Respuesta y participación de todos, resultado: Conexión total con ellos. Recopilé preguntas de mi papá, de mi esposo, de mis compañeros y nos fue muy bien con el juego, lo apliqué en grados noveno, décimo y undécimo, incluso en un encuentro de comunidades de aprendizaje del municipio.

Profe, “¿nos trajo jueguito?” Me decía una estudiante de grado undécimo, le respondí *ayúdame, organicemos uno, en el que participemos todos*. En unas exposiciones acerca de las redes sociales, establecimos hacer una actividad lúdica de comprensión. El equipo de ella diseñó una ventana relacionada con *Instagram* para tomarse una selfie, con unos hashtag: #beautiful, #healthy, #happy, #Famous, #Respect, entre otras palabras. El grupo debía adivinar el hashtag y de esa manera todos participaron y se divirtieron.

En grado décimo, mis queridos chiquis, me han enseñado mucho. Me recomiendan canciones modernas, porque yo todavía estaba con mi música de los 80. Con ellos hay un diálogo abierto de intereses, de recomendaciones, de sugerencias, para poder hacer mucho más llamativa la clase, sin dejar los lineamientos del Ministerio de Educación Nacional.

Hoy respiro profundamente, cavilando o intentando descifrar la clase de actividades que se deben planear para los estudiantes de secundaria, actividades que sean significativas ¿Por qué no bailan, no cantan, no les gusta exponer? (de pronto es pena, no les gusta, no es su interés) creo que les falta encontrarse con ese yo de niño, tan entregado a la vida, apegado a su familia, un ser curioso de su entorno, tan espontáneo. O ¿será que me falta encontrarme con esa yo joven adolescente, tan crítica, (in)diferente, (ir)racional, sensible del qué dirán, irascible, con cambios hormonales de los cuales nadie a mi alrededor puede comprender? También, me falta reconocer que los tiempos han cambiado, y que se debe dejar de etiquetar a los jóvenes, de apuntarles con el dedo señalando sus debilidades, sus problemáticas sociales, comparándolos con nuestras épocas, ridiculizándolos o como dicen ellos *bandereándolos*.

Y surge la pregunta ¿Qué retos implica asumirlos como estudiantes? ¿Debemos traer métodos de Singapur o de Finlandia para motivarles a aprender? Acaso, ¿La respuesta no está al frente nuestro? La respuesta la tiene cada maestro.

Y, por último: ¿En qué cuerpo cabe tanta paciencia, amor, entrega hasta los tuétanos y tesón? Aparte de las madres, ese cuerpo es del maestro, sin distinción, si es de preescolar, primaria, secundaria, técnica, Programa de Formación Complementario, universitario, el maestro del sur, del norte, el del sector rural, el del sector urbano; como todos lo sabemos, un maestro es un ser que se compromete de alma, mente, cuerpo y corazón.

LAS HISTORIAS TRAS LOS ROSTROS DE LAS AULAS

Enoris Guzmán Moreno

Esta es una de tantas historias diarias que les suceden a los maestros en las distintas aulas de clases. Es un estudiante en situación de extra edad en el grado primero; un niño de doce o trece años, proveniente de una familia disfuncional como las más comunes en la sociedad actual; hijo de un padre ausente y una madre con problemas de alcoholismo y drogadicción, quienes ven la escuela como un lugar de paso que no es necesaria en la vida del ser humano, un lugar al que se llega solo para que cuiden los hijos mientras los adultos trabajan para conseguir lo que se necesita en los hogares.

Pues bien, dichos aspectos se van marcando latentemente en la vida de este estudiante, reflejando dificultades para seguir normas, compartir con sus compañeros, respetar a quienes les rodean y mostrando fuertes comportamientos agresivos hacia sus pares y hermanos en la escuela.

Esta historia sucede en un aula multigrado trabajado mediante la metodología de Escuela Nueva con una sola docente, quien tiene a su cargo treinta y nueve estudiantes con situación de extra edad para los distintos grados en que se encuentran.

Pues bien, sin más preámbulos, sucede en una mañana de un lunes en que llegan todos los niños a clases como de costumbre, saludan y se inicia la jornada con las actividades comunes de rutina; luego se dan las indicaciones del trabajo de los estudiantes de grado segundo a quinto en las guías del programa, mientras los demás de grado preescolar y primero trabajan con la docente.

En el aula se escucha solo el trabajo de los distintos equipos de trabajo de acuerdo a los diferentes grados y la docente construyendo saberes con los de primero y preescolar, pero de pronto aquel estudiante saca su mano y sin más ni que le revienta la boca a su hermanita que está en grado quinto a lo que la docente reacciona de inmediato y pregunta sobre lo sucedido; él de forma instantánea reacciona e indica que se lo ganó por no entregarle un poncho suyo. La docente se exalta y trata de atender a la niña limpiando su rostro y calmándola ante este brutal ataque de su hermano menor.

Ante dicha situación, la docente se dirige al estudiante y le llama la atención indicando es un acto que no puede repetirse, pero éste se le muestra también agresivo a la profesora, a lo que ella lo toma de la mano y lo saca del salón de clases diciendo que no tolerará su altanería y rebeldía. El niño al verse en el patio de la escuela empieza a desahogar su ira gritando cuanta vulgaridad cruzaba por su cabeza a la docente hasta que su tía que era la manipuladora de alimentos del PAE sale de la cocina y lo grita indicando que le dará una pela si sigue con esa actitud y le tira agua.

En ese momento, se quedan los demás niños perplejos ante tal situación, la docente piensa en lo que sucede para que el niño haya reaccionado de tal forma.

Es entonces que la docente sale y rescata al niño y le da un abrazo ante el cual éste se pone a llorar y comenta a la docente que en su casa a él le hacen eso también; fue en ese momento donde entendí que lo sucedido había sido un acto recriminatorio hacia aquel estudiante que estaba en mis manos y que estaba

sufriendo porque en su hogar le hacían lo mismo, una forma de sacar a flote tanto dolor y sufrimiento por el que él tenía que pasar a diario con su madre que en lugar de darle la importancia que se merecía lo único que hacía era tomar licor y dejarlos solos.

Es un escenario un tanto molesto porque lo ideal para las aulas es un ambiente favorable, pero es también una alarma de la urgente necesidad de involucrar a la familia en los procesos formativos, teniendo en cuenta que incluso hay muchas comunidades donde se hace necesario primero educar a los integrantes de la familia para luego entrar a realizar el trabajo con los estudiantes y eso era lo que en realidad pasaba aquel día. Por tanto, se dialoga también con los niños enfatizando en la importancia de tratar siempre muy bien a los demás porque a nadie le gusta ser agredido; la docente indica la importancia de dialogar o pedir ayuda de un adulto- en este caso la profesora- pero no recurrir a la violencia y a partir de ello se genera un conversatorio en el aula sobre la importancia del buen trato.

Posterior al evento, también se llamó a su madre para dialogar con ella y hacer un trabajo con ambos (estudiante-madre de familia), apoyados en el trabajo social de salud pública del municipio en lo que respecta al área de psicología y mejoró un poco la situación en aquella familia.

Un docente llega a la escuela preparado para dar clases y realizar actividades que impliquen la formación académica, pero por lo general no va preparado para solucionar conflictos que de improviso se presentan en el aula, es por ello que los manuales de convivencia, la socialización de las normas con los niños, la formación pedagógica y en valores para convivir en sociedad hoy cobran tanta importancia en educación, pues los educandos de hoy están inmersos en una sociedad donde sus familias presentan múltiples dificultades y la esperanza que a ellos les queda es la escuela.

Hoy, muchos padres y madres de familia consideran que el amor está basado en el dar elementos materiales a sus hijos, más que tiempo; proveerles de recursos tecnológicos que los entretengan para que “no molesten” y trabajar hasta el cansancio por conseguir electrodomésticos y alimentos, pero el vacío que genera la ausencia de diálogo, de juego, de compartir momentos y saber sobre sus sentimientos está marcando situaciones en los niños que generan conflictos al momento de interactuar y convivir con los demás.

Es por lo anterior que los docentes estamos llamados a prepararnos frecuentemente en la solución de conflictos, el formar en competencias ciudadanas a nuestros niños para convivir sanamente con los demás y lo más importante ser agentes mediadores de los procesos de enseñanza aprendizaje dentro de un ambiente de confianza en el que los estudiantes puedan ser ellos mismos, buscando mejorar las falencias que no les han sido suplidas en otros contextos.

JHOJAN NO ERA EL PROBLEMA [...]

Andrés Harvey Zapata

Quiero contar una de las experiencias que ha marcado mi vida como docente, es la historia de un chico de diez años a quien llamaré Jhojan y que cursaba grado tercero en el año 2008; esto sucede en la vereda Sinaí del municipio de Pueblorrico, una vereda marcada por la violencia de los grupos armados y por los conflictos entre familias. Cuando inicio como docente en el CER Sinaí de dicha vereda encuentro estudiantes que se caracterizaban por ser alegres, colaboradores, buenos compañeros y, también encuentro muchas situaciones donde algunos chicos de la escuela aun siendo hermanos, no se hablan porque no son hijos de la misma mamá y existen rivalidades entre ellos, otras en donde viven sin la figura paterna y hasta con otros familiares pues sus padres los dejaron a cargo de ellos.

Ahora bien, mi relato lo quiero iniciar describiendo quien es Jhojan (diez años, grado tercero), el segundo de tres hermanos, el hermano más querido de Valentina (cinco años, preescolar) y un chico de esos que llamamos *problema*, ¿por qué problema? Ese es el interrogante y a lo que con el relato trataré de dar respuesta.

En el año 2008, tuve la oportunidad de ser el profesor de Jhojan, desde el inicio del año Jhojan mostró actitudes no muy acordes en la escuela y en el salón de clases, pues cuando llegaba a la escuela su saludo era alguna palabrota o más aún un golpe al que estuviera cerca, además de las constantes interrupciones en clase, cuando se le llamaba la atención contestaba de manera displicente, en muchas ocasiones traté de acercarme a él para indagar que le sucedía, pero siempre encontraba una negativa, cuando le preguntaba a mis compañeras sobre Jhojan me respondían que de un tiempo para acá se venía comportando de esa manera, mencionaban que sus comportamientos de clase eran normales, pero que no comprendían porque había cambiado tanto.

Pasaron varios días y Jhojan continuaba con sus comportamientos inadecuados en clase, sus compañeros se mostraban aburridos por dichos comportamientos, es tanto yo lo estaba considerando un problema pues no dejaba que los procesos de clase se desarrollaran adecuadamente, siguiendo el conducto regular llamo a su mamá para informarle la situación que se estaba presentando con Jhojan y la respuesta que me da es que en la casa está con la misma actitud, que ella ya no sabía qué hacer con él. Otro pelo que le nació al gato como coloquialmente decimos, pues pude confirmar que no solo tenía dichos comportamientos en la escuela, sino también en la casa. Seguí persistiendo en acercarme a Jhojan, pero no encontré una respuesta positiva.

Hasta que un miércoles no recuerdo la fecha con exactitud, pero sé que ese día no se me olvidará, porque ese día, Jhojan llegó a la escuela muy callado y retraído, inmediatamente pensé que le había sucedido algo, pero no me atrevía a preguntarle pues su actitud no era la mejor hacia mí. Gran parte de la mañana se la pasó muy callado y alejado de sus compañeros, hasta que tomé la decisión de preguntarle que le sucedía, inmediatamente me contestó: “Nada profe”. Le dije que

me podía contar, que solo quería ayudarlo, pero me reafirmo que no le sucedía nada.

Al cabo de un rato, en el descanso, se me acercó y me dijo: *“profe me siento muy mal, me pasó algo y no sé cómo decirle”*. Entonces le dije: Jhojan, puedes confiar en mí, dime qué te pasó, me preocupas, tomó un fuerte respiro y me dijo: *“profe, es que ayer iba para la casa y me encontré a mi medio hermano por el camino y empezó a decirme cosas muy malucas y de repente me agarró y me empezó a tocar mis partes íntimas, me dijo que si gritaba o decía algo me mataba, profe. me bajó los pantalones y abuso de mí”*.

En ese momento, solo sentía impotencia y horror por lo que él me contaba, pensaba cómo alguien podía cometer tal aberración hacia un niño. Entonces Jhojan entre lágrimas me dijo: *“Profe. ¿Qué hice de malo para que me hubiera hecho lo que me hizo?”*, procuré darle fortaleza y hacerle ver que no era culpable, que existían personas que hacían cosas malas y no medían las consecuencias de sus actos. Le dije además que esa situación había que denunciarla. Respondiéndome desesperado: *“No profe, él dijo que me mataba si decía algo”*. Lo calmé y le manifesté que le iba a ayudar, el resto de la mañana me la pasé pensando en Jhojan y en la manera cómo ayudarlo. Pero algo me generaba duda y era si lo sucedido estaba relacionado con los comportamientos que él tenía, y efectivamente lo confirmé ya que me manifestó que su hermano (quien lo abusó) lo venía molestando desde hacía mucho tiempo atrás, les decía cosas vulgares cuando se los encontraba camino a su casa a él y a sus hermanitas, y que eso le generaba mucha rabia y por eso se desquitaba con los compañeros, entonces le pregunté que por qué siempre se mostraba reacio hacia mí y me dijo que no sentía la cercanía conmigo como con las otras profes.

Esa situación me permitió reflexionar acerca de cómo podría mejorar la comunicación con mis estudiantes y como ellos también podrían evitar situaciones similares con alguien de su familia o con otras personas de la vereda. Al terminar las clases del día, llegué a la oficina del director de la escuela que estaba ubicada en la sede de secundaria en la misma vereda, muy preocupado le conté la situación que se había presentado y le pregunté qué debíamos hacer y cómo podríamos ayudar a Jhojan, el director me manifestó que había que entablar la denuncia ante la comisaría de familia y que allí se tomarían las medidas necesarias. Así fue, al llegar al pueblo nos dirigimos a la comisaría de familia y entablamos la denuncia pertinente, pero había que formalizarla con la versión de Jhojan.

Al día siguiente, nuevamente en la escuela Jhojan llegó con una actitud más cordial no solo conmigo sino también con sus compañeros, se le veía sonriendo lo que pocas veces se había visto, es como si se hubiera quitado un gran peso de encima, y creo que así fue, entonces llegó una visita muy sorpresiva a la escuela y era la comisaria de familia que iba a verificar la veracidad de la denuncia. Para que los compañeritos no sospecharan de la situación la comisaria les dio una charla en general sobre el autocuidado y el abuso y los derechos que tenían ellos como niños, luego me pidió que llamara al Jhojan a parte para tener un diálogo con él; Jhojan estaba muy asustado y me pidió que lo acompañara, la comisaria dijo que no podía ya que quería un diálogo en privado.

Después de dicho diálogo la comisaria me manifestó que la situación era más complicada, pues no solo Jhojan había sido abusado, sino también Yurley, su otra

hermana, se procedió inmediatamente a hacer el restablecimiento de derechos y se logró que el responsable, su propio hermano de dieciocho años, respondiera por este acto tan vil a pesar de la negativa de la familia que pretendía ocultar dicha situación, ¿Cómo es posible que la familia permitiera esto? que la persona quien ultrajo a un par de niños se quedara sin castigo, ¿Dónde estaba la justicia para Jhojan y su hermana por parte de su familia? Es allí donde comprendí que Jhojan no era un *chico problema* sino una víctima, una víctima que no se sintió comprendida y mucho menos protegida por su propia familia, porque el problema fueron las acciones de las personas que él quería, un hermano que no le importó abusarlo y una familia que pretendía ocultar las cosas.

Pasados estos hechos pude notar un cambio muy significativo en Jhojan pues empezó a integrarse más con sus compañeros, a compartir en los descansos y a participar en las clases, es tanto su rendimiento académico mejoró notablemente, verlo sonreír de nuevo es algo que me llenó de motivación y satisfacción para reafirmar mucho más mi labor como docente, como maestro. Es a partir de allí donde me surgió la idea de realizar visitas domiciliarias, para observar cuáles eran las condiciones de vida de mis estudiantes en lo físico y en lo psicosocial, permitiendo así que muchos de los padres de familia se involucraran en diferentes actividades institucionales (programas culturales y de capacitación), y sin dejar de lado la motivación a las familias acerca de la importancia del diálogo, como mecanismo de unión familiar y que la escuela no como edificio sino como espacio de formación siempre estará allí para cuando ellas la necesiten.

Para finalizar este relato puedo decir que Jhojan se convirtió para mí en un ejemplo o referente de aquellos niños y jóvenes que nos demandan atención, comprensión, amor y sobre todo seguridad; me hizo reflexionar sobre mi papel como maestro en la sociedad. Que hoy en día tenemos muchos Jhojan que quieren ser escuchados y que como maestros tenemos la función primordial de guiar hacia el futuro, educar para la sociedad y formar para la vida. Cierro con esta frase: “No es mejor maestro quien más sabe, sino el que mejor enseña”, lo que me hace maestro es conocer donde estoy, para que estoy, quienes son mis estudiantes, que quieren y que necesitan, pues formar no va solo en la academia también en el conocimiento del ser.

RELATO EXPERIENCIAL

Hugo Alberto Tangarife Arboleda

Mi niñez transcurría en un hogar humilde en el municipio de Jericó, en mi núcleo familiar conformado por mi madre biológica, mis tres hermanas menores y mi abuela madre, grandioso ser humano que ante los devenires que trae la vida se hizo cargo de mi mamá desde muy niña y en consecuencia de mí y mis tres hermanas ante la ausencia irresponsable de mi padre. Pasé los años de mi primaria en la Escuela Madre Laura Integrada, donde me encuentro con las primeras nociones de lo que es escuela y lo que ella conlleva; compartir con compañeros, tejer amistades que en el presente aún laten como corazón viviente, Yamid Ramírez y Mauricio Marín, atender responsabilidades, obedecer instrucciones individuales y colectivas y entre tantas otras cosas que harían de mí una persona con sentido de vida.

Allí, veía a mis maestros con un poco de temor, pues la rigidez de la disciplina propia de la época hacía inevitable no sentir prevención ante los llamados de atención por un rumor con el compañero, una puesta en pie a destiempo o quizás una sospecha de haber hecho la charla del instante, a pesar de tantas resistencias aún habita en mí, el recuerdo latente de dos maestras que cambiaron aquel paradigma de comportamiento docente, fueron ellas quienes se atrevieron a afirmar lo que para las demás era invisible o quizás imperceptible. Expresiones salidas de sus labios como “Tú puedes, es posible hacerlo bien, felicitaciones, puedes hacerlo de nuevo para que te salga mejor”, las maestras Rubiela y Edilia, nombres inmemoriales que hicieron que mi estadía fuese más amena y significativa. Toda aquella historia convergía entre *ires* y *venires*, a mi hogar, lugar donde se gestó la admiración por el mundo en su estado natural y fe en Dios como pilar de vida. La señorita Gabriela como se conoció en aquel momento, docente nombrada para la escuela de la Selva, ejemplar, respetuosa, compartida, disciplinada, con letras cursivas dignas de libro de lujo de un Quijote, Cien años de soledad o quizás digna de replicar por alguna imprenta de lujo, trazos perfectos que caracterizaron su bien y buen escribir en la complicidad del silencio e intimidad de sí misma, pues como buena cristiana nunca le gusto figurar.

Remonto mi memoria a aquel tiempo, pues fue allí, en aquella escuela que en medio de la vegetación pero con un extenso potrero en su frontispicio adornaba con decoro aquel estupendo lugar, como no recordar aquellas piedras que puestas con detalle y simetría a la margen del sendero matizadas con los colores refulgentes de las guardianas que demarcaban aquél camino fangoso que conducía a aquel mágico lugar, fue esencialmente aquél primer encuentro con el que hacer de una docente que en la intimidad de la familia me mostraba y decretaba que yo debía ser un maestro, disque para servirle a la gente, y más aún a la del campo que nos deleita con quesos, leche, fiambres, arepas y cuan producto se cultivaba en la región, la humildad y respeto que con decoro daban a sus maestros cotidianamente, el saludo jovial en una vuelta del camino, el préstamo de una mula o un macho si la escuela distaba demasiado del caserío. Era ella la que destinaba mi incierto destino entre canciones de muchachos de campo en el patio de tierra que antecedió la construcción, las montadas a caballos de Carlos Suárez y un Fredy que jamás en

la vida volví a encontrar, el sobrado de aquellos desayunos succulentos que en el descanso salían de las mochilas con el sabor característico de la hoja de plátano calentada en el fogón, fue ella quien hasta el final aspiró tener un maestro, un buen maestro como hijo que a voluntad quiso levantar.

Llega la inminente retirada del campo laboral posterior al haber cumplido ya una misión encomendada en la Normal de Señoritas de Jericó y que en calidad de Servidora pública le decretó la Secretaría de Educación Departamental.

Corren los días y consigo los años donde aquel joven continuaba su desarrollo físico propio de la adolescencia y emprende sus estudios secundarios en la Escuela Normal Superior de Jericó.

Los primeros días transcurrían entre temores y deseos de superación en aquel lugar desconocido y a la vez temido por las inseguridades naturales de aquel episodio de vida estudiantil. Pasan los años de colegio y entre pedagogos, didácticas y prácticas escolares se acentuaba en mí la negativa a ser docente, sentía que todas esas vivencias y paciencias que con el sistema y ausentismo familiar habría que tener, definitivamente no hacían parte de mis expectativas, y fue allí donde mi proyecto de vida tomó otros rumbos y en el deseo de pertenecer a una institución que salvaguarda la tranquilidad e integridad de la población civil, me inquieto e inicié con los trámites para ingresar a la escuela de policía Carlos E Restrepo ubicada en la estrella, era tanto el deseo que teniendo diecisiete años de edad me aventuro un día de aquellos ir a conocer dicho lugar, a pie y con gorra para evitar el sol penetrante de aquella tarde emprendo el camino desde la ahora llamada variante Caldas, precisamente en las partidas a la estrella. Un panorama totalmente desconocido para mí, así entre preguntas y orientaciones, en sudor y cansancio de subir las empinadas lomas para llegar a ese lugar donde por razones naturales solo pude apreciar algunos movimientos desde la vía, algunos vehículos, cánticos a la distancia de aquellos jóvenes que ya se formaban en aquel lugar y el ruido incesante del radio de un patrullero que se encontraba realizando el control a la entrada. Fue allí donde mis sueños y deseos se unían para alentar más mi deseo de ser un Policía. Fue otro día donde por averiguaciones propias me documento al respecto y asisto a la Escuela Carlos Holguín ubicada en el municipio de Bello, llegué como pude a aquel lugar donde pululaban jóvenes con la misma intención, entablé algunas conversaciones ese día y resulté adquiriendo la carpeta con la documentación y requisitos para aspirar ingresar a la Institución. Ese día me regresé a Jericó en la flota de buses que aún presta el servicio de transporte al municipio, feliz por sentir más cercana la posibilidad de cumplir con mi cometido, es en ese momento de mi vida donde me encuentro con dos posturas diferentes que harán que mis pensamientos tengan un revolcón necesario.

Mi madre abuela María Gabriela Arboleda Cardona que estuvo todo el tiempo en desacuerdo con aquella idea, pues evidenciaba el fiel deseo que siguiera preservando el hilo conductor de docencia que tanto me había inculcado con su ejemplo y vivencias enriquecedoras, o cualquier otra cosa que no tuviera que ver con la militancia, era una fiel convencida que la fuerza ni las armas fomentaban la educación para la paz, pues bien decía que era uno de los comportamientos más arcaicos que aún los humanos utilizaban para generar la tan anhelada paz, principio que empieza en cada uno de nuestros corazones, así mismo el riesgo a la integridad de la vida que correría en aquellos tiempos de violencia urbana y rural con los

carteles, las mafias y las guerrillas eso casi que sentenciaba a todo aquel individuo que se dijera ser militar, argumentos muy válidos para ella pero no para un joven con aspiraciones y con un cuerpo ansioso de sentir la adrenalina y el deseo de sentirse *dizque grande*, cosa que infundió en mí el famoso programa Hombres de Honor del canal uno si mal no recuerdo. Paulatinamente tenía en mis posibilidades otra postura de mi tía Elcy Arboleda, miembro de la policía durante más de diez años en aquel momento y que se desempeñaba en el área administrativa, ella con un discurso totalmente diferente, donde su idea vislumbraba un pensamiento de respaldo a mi convicción, patriotismo, aventura y estabilidad laboral de ahí se derivó un apoyo importante pero una división en mi sentimiento, que necesitaba un toque especial del destino [...]

Me gradué de once en el mes de noviembre del año 2000, por cosas que llamamos destino y en las cuales no entraré en detalle, queda en embarazo la madre de mi hija y se ve truncado el proyecto que hasta ese momento tenía planteado, sumado a eso la tristeza de Gabriela por dicha aspiración, todo ese revolcón de vida me llevó a decidir después de haber trabajado algunos meses en la ciudad de Medellín a regresar a casa, hubo alguien crucial en mi vida que hizo que mi voluntad declinara y fue mi Ex novia Mónica María Hoyos Gallego quien me invitó a través de una llamada telefónica a mi lugar de trabajo a estudiar en el ciclo complementario en la Escuela Normal Superior de Jericó en convenio con la Universidad de Antioquia, y así es como llegué nuevamente a mi lugar de origen, quizás con el deseo y el deber de reposicionar mi relación y con el temor y desgano de estudiar. ¿Una simple elección o una decisión de vida?, era el tiempo el tiempo quien debía definir ese asunto. Entre aulas, maestros excelentes otros no tanto, encantos y desencantos del sistema educativo, charlas exquisitas y momentos desagradables, esfuerzos monumentales para pagar las mensualidades auspiciadas por el trabajo que desempeñé en la Alcaldía de David Toro (primer mandato), quien me da la oportunidad de desempeñarme como trabajador de labores varias (desyerba de calles, rosado de carreteras, monte y desmonte de tarima, carga de material para la escuela de estrella nueva, y uno que otro día en el almacén con el Señor Enrique marcando los libros para la biblioteca pública, y como no recordar que eran mis compañeros de labor aquellos que por motivos de las drogas padecían del desprestigio de la sociedad. Fue una experiencia muy enriquecedora para mi vida, luchar por lo que en otrora no había planificado; ¡ser maestro! Me gradué como Normalista Superior con énfasis en matemáticas el 30 de noviembre de 2002. ¡Qué satisfacción haberlo logrado y todo al lado de la persona a quien amaba en ese instante!, mi familia me acompaña en el noble gesto de reafirmar el asentimiento a lo que tantas veces me negué.

Gracias a la insistencia y gestión de quien tanto he mencionado para Gloria a Dios y mi padrino Oscar Ospina, empiezo labores en el año 2003 bajo la modalidad de contratación OPS en el Centro Educativo Álvaro Obdulio Naranjo de la vereda el Castillo, casualmente lugar donde también ejerció su docencia mi madre abuela Gabriela, todo como designado por Dios y puestico allí en aquel lugar mágico rodeado de pastos, vegetación, cultivos espontáneos de aguacate, mamey, mango, guanábana y algunos zapotes, abundante ganado, cabras y diversos tipos de aves que hacían de aquel lugar el ideal para enseñar y aprender, y como no mencionar a esa escuela bordeada de árboles y en su frontispicio una virgen que daba la

bienvenida a quien piadosamente le oraba en las mañanas, ¡un lugar bien bonito!, dotado, y apto para hacer del ejercicio de la educación una experiencia fantástica, esa es la palabra como puedo designar ese episodio de mi vida. ¿Lo mejor de todo?, la acogida de mi nueva familia, el apoyo de mi colega Jorge Iván Moncada quien me antecedió en la noble misión de educar a 16 infantes matriculados de primero a quinto para ese entonces, en ese momento de mi vida tuve la oportunidad de reabrir una escuela que llevaba quince años clausurada por falta de personal y fue el C.E.R La Sola, donde un Señor de apellido Piedrahita impedía el paso hacia dicho lugar a mano armada, realmente era renuente a que alguien pasara por su predio, a lo que me tocó recurrir al Señor Silvio Villa para que por el lado del chuscal me otorgara el permiso de pasar e ir a aquel lugar que como su nombre designa, era muy solo, bajo el primer día por el camino catalogado como 18 vueltas, un camino empinado y pedregoso, con un acceso literalmente complejo por el invierno que por aquel momento se vivía, acompañado de mi amigo Andrés Palacio emprendo entusiasmado el camino para ir a matricular después del susto del día anterior, consolido una matrícula de once estudiantes distribuidos en los cinco grados de primero a quinto, de los cuales nueve eran de una sola familia y los otros dos de unos parientes cercanos, así pues que el temor latente era que la familia Araque cambiara de domicilio. Ese día se presenta el señor líder de la vereda don Augusto quien pone a mi servicio un macho para al menos subir el filo y así tener la facilidad de viajar diariamente, se podrán imaginar ustedes el estado de la infraestructura y la nula dotación en aquel lugar.

Pero como la real misión de un verdadero maestro es insistir y persistir a pesar de la adversidad inicio con el proceso de gestión en la consecución de material didáctico, libros y demás insumos para desempeñar la enseñanza con dignidad y calidad. La Hermana Laura Alicia rectora de la Normal fue una persona comprometida con el tema de dignificar ese lugar para esos 11 infantes que merecían una educación *calidosa* tal y como lo designaba ella, a nivel municipal llegamos al acuerdo que debía alternar los días de la semana en las dos sedes quedando de la siguiente manera: sede de la Sola lunes y martes, sede el Castillo los tres días siguientes de la semana, esa era una rutina un poco dura pero sentía que valía la pena hacer sonreír y hacerle sentir a aquella población que había esperanza y que valía la pena ir a la escuela para aspirar a un mejor futuro. Transcurren los días en una aparente calma y por movimientos internos del entonces Alcalde Fredy Cardona deciden primeramente hacer una difícil elección que era trasladar a algunos docentes jubilados a la zona rural por necesidad del servicio, donde solo quedaba disponibilidad de una plaza y se debía decidir entre los 6 maestros que estábamos por contrato. Afortunadamente la comitiva encargada de dicha decisión aprueba que sea yo el que continúe en la prestación del servicio y deciden trasladarme al Centro Educativo la Sorga vereda *La Sorguita* donde reemplacé a Gladys Giménez y quien me sucedió en el Castillo Ofelia Uribe. Allí logré trabajar un año y medio donde las personas fueron garantes de una buena educación, era común enviar cartas a los patrones para hacer consecución de algún computador, de libros, pintura para la escuela, utensilios de cocina y otros materiales e insumos que escaseaban en dicha institución, fue muy satisfactoria la gestión en aquel lugar en la medida que habían padres y patrones comprometidos con la calidez y la calidad de la educación que se debía brindar a aquella población

lejana y olvidada. Ever Arrieta, Hernando, Orleanse, Gerardo, Leonel; eran ellos quienes aunaron esfuerzos me apoyaron de forma decidida en el jalonamiento del arduo proceso de reposicionar al Centro Educativo como uno de los epicentros educativos y culturales de la zona y del municipio.

Pasado un año y por orden del Ministerio de Educación Nacional se convoca al primer concurso de méritos docente para ser vinculados como docentes de planta nacionalizados, presento concurso en el municipio de Andes, anhelando enormemente que mi compañera de viaje aprobara el examen propuesto por el ICFES, pues era consciente de su sacrificio en San Pablo Támesis en términos de violencia superpuesta a su cruda experiencia de vida y las enormes dificultades y soledad que atravesaba en la vereda la Arboleda del municipio de Tarso. El resultado no fue el esperado para Mónica, yo supero la prueba escrita y me vinculo el 20 de enero de 2006 en periodo de prueba en el Centro Educativo Rural Jesús Aníbal Gómez del municipio de Tarso en la vereda Tacamocho, es allí del lado de mis colegas Luz Natalia Ríos Hernández, Reinel Antonio González González, Johan Felipe Garcés Meneses, Sandra Liliana Cardona Tamayo, comunidad educativa y demás colegas de la zona rural donde he vivido a groso modo lo que es hacerse maestro de corazón durante los años siguientes.

La historia en la actual escuela inicia en unos tiempos no tan buenos para el país, donde la violencia de las guerrillas y el paramilitarismo pululaba en todos los rincones donde se cimentaban intereses de narcotráfico y de poder, pasar del lugar tranquilo de la Sorga donde el contexto familiar era de acompañamiento y respaldo familiar y llegar a una zona donde las palabras ofensivas, traslados y maltratos a maestros, golpes, robos, amenazas, indisciplina, desesperanza, miedo y todo lo que genera caos fue motivo de lágrimas para mi humanidad. Allí tocó llegar cual general a un cuartel donde los gritos y tonos desafiantes eran los únicos mecanismos que funcionaban y a medias porque era su cultura en el momento lo que nos hacía más vulnerables a algún tipo de situación desfavorable. Los descansos no se acompañaban, se vigilaban y en esa dinámica pasaban los meses y con ellos aumentaba el deseo de transformar aquel lugar que más que escuela se asemejaba a un reformatorio o una cárcel si así bien se puede designar. Uno de los primeros pasos fue ponerle color a aquel lugar y sin dinero nos empecinamos a materializar dicho proyecto, ante la actitud docente los educandos y comunidad la empiezan a ver diferente, donde el carácter combinado con el amor y el trabajo en equipo empiezan a contagiar a algunos miembros y pasados los dos primeros años se empezaba a sentir la transformación en infraestructura, donde gozábamos de tener el mejor invernadero de la región, galpón de gallinas ponedoras y un lombricultivo en la parte trasera del restaurante escolar que se beneficiaba tanto de ello, todo esto con el apoyo de MANA, espacios que posibilitaban la delegación de funciones y responsabilidades de quienes sabíamos requerían de más atención y trabajo.

Tuvimos reconocimientos del periódico El Colombiano con un artículo de prensa por los cambios que ya se sentían en aquel lugar, se apreciaba en el ambiente que la educación que allí se impartía era de alta calidad y eso nos fue posicionando como una de las mejores instituciones rurales del municipio.

Para hablar de calidez y calidad en los procesos educativos deseo mencionar y palabrear una de las experiencias que más ha tenido significado en mi praxis y que ha dado pie a mi re significación en el que hacer pedagógico.

Transcurrían los primeros días de clase del año 2018 en la sede Jesús Aníbal Gómez del C.E.R que al anterior nombre también corresponde, una semana donde se inician las pisadas pedagógicas de un año formidable en experiencias y aprendizajes.

En la semana inicial es cotidiano que lleguemos a acuerdos en los horarios de clases (distribución de las asignaturas en los 5 días de escolaridad), útiles escolares acorde a las reales necesidades del currículo y el contexto, comités de aseo y de trabajo intraescolar, Todo lo anterior enmarcado en el noble y disciplinado ejercicio de ejercer la democracia como principio de oportunidad e igualdad en las condiciones de todas y cada una de las elecciones que en aquel espacio se gestan. Inician las votaciones con candidatos por cada comité, sin antes dejar de socializar las funciones y corresponsabilidades con cada uno de los comités. Se inicia con la elección de los líderes de disciplina, biblioteca, cruz roja, logística, guardián del agua, y por consideración e iniciativa de uno de los educandos del grado quinto se instaura uno nuevo, el consejero. Es una particular pero elocuente historia, donde su protagonista tal y como el destacado pintor, escultor y arquitecto Italiano por sus obras en la época renacentista, Miguel Ángel Posada Loaiza, un estudiante que brilla con luz propia, en sus genuinos y sabios pensamientos, en su humanismo y carácter destacable, por sus respetuosos y asertivos consejos. Miguel es un estudiante diagnosticado por la clínica neurológica de Antioquia con un déficit de atención, una hiperactividad y un trastorno de la personalidad. En la vigencia del 2018 se encuentra cursando su grado quinto, segundo año que tengo la oportunidad de acompañarle y guiarle en su proceso de socialización y actividades académicas, descubriendo en él grandes talentos como el de sostener conversaciones interesantes y consecuentes, grande de corazón en pensamiento y actuación, académicamente es destacado en cualquiera de las áreas cuando bien se lo propone y se tiene la oportunidad de proporcionarle el medio favorable para que bien responda a los procesos. Por las razones anteriormente mencionadas a veces sufre del rechazo de sus pares y adultos, no se sentía reconocido ni valorado, ni agradable ni interesante para quienes la sensibilidad no les bastaba para vislumbrar lo verdaderamente interesante que como seres humanos nos convoca. “La posibilidad de amar con transparencia y lealtad”, había muchos momentos donde su única compañía era la soledad de un pasillo, inseguro e incapaz de asumir muchos de los retos que quizás se cruzaban cotidianamente en sus pensamientos. Con Miguel se ha realizado por parte del docente un trabajo muy interesante de socialización, autoconfianza, liderazgo y autocontrol de las emociones, regulación de las expectativas y el adecuado trámite de las dificultades cotidianas. Por voluntad propia y ante el fracaso de dos años consecutivos en las votaciones a los líderes de salón y comités de trabajo, donde se postulaba a cada uno de los comités y siempre perdía por votación.

Cierto día, muy de mañana, se acerca a mi escritorio susurrándome al oído: “Profe, amigo, tengo una grandiosa idea”. Escucho atentamente y me dice “Profesor, yo le voy a decir algo y si le parece importante le solicito lo considere, usted me ha dicho que yo tengo capacidad para escuchar y dar consejos, a usted lo he alentado cuando su mamá abuela falleció, a muchas otras personas que han estado tristes y con dificultades, usted me ha resaltado que tengo esa capacidad, yo tengo la propuesta que entre los comités creemos uno nuevo”. Entre risas de

sorprende lo miro y le interrogo. ¿Cuáles serían las funciones? “profesor, pues dar consejos a los compañeros que lo necesiten para solucionar sus dificultades”. ¿Cómo podríamos nombrar a dicho comité? “¡Profe, pues el consejero!” ¡Vaya aprieto! Ese comité se debía someter a votación al igual que los demás y me preocupaba primeramente la frustración que se le podría ocasionar a Miguel si perdía la votación y además, el cómo mediar para que sus compañeros le reconocieran su habilidad.

Mi respuesta fue inmediata y positiva pero le anuncié que esa actividad la realizaríamos al día siguiente, ese día me fui para la casa muy pensativo del cómo lo debía hacer para favorecer en el acto pedagógico al infante. Viajando en mi moto hacia Jericó se me ocurre la formidable idea de llevar al día siguiente una ambientación que consistió en lo siguiente:

La lectura de una historia reflexiva sobre los verdaderos amigos, posterior a ella haría alusión a Miguel en el contexto y con todos aquellos talentos que hemos tenido el privilegio de vivenciar, ese estudiante que me abrazó cuando tanto lo necesite y que escondido tras de una puerta me observaba llorar por el dolor y la impotencia de la pérdida material de mi señora madre abuela que tanto ha significado en mi existencia y a quien debo tanto de lo que soy en esencia. En esos minutos de soledad que solía tener recostado en mi escritorio en medio del llanto y precisamente no sé si calculado se acercaba Miguel y me decía al oído con voz tierna pero firme, “amigo todo estará bien, su mamá está en el cielo con Dios, a ella no le gustará verlo triste, profe, usted hizo lo que a su alcance estaba, a mí me pone triste verlo llorar”, en ese gesto lo complementaba con un cálido y fuerte abrazo. Esa era mi historia y valoración invaluable para con Miguel y así mismo en la emotividad que el momento brindaba hice alusión a otras situaciones donde él en sabiduría actuaba. Posteriormente propuse en el tablero crear el nuevo comité ¡El consejero!

Para sorpresa propia se inscriben nueve aspirantes al cargo, ¡vaya susto! [...], se me acerca Miguel y me dice al oído, “creo que voy a perder”. A lo que respondo: vas a ganar porque tienes el perfil y la capacidad ¡Lo mereces!

Pregunto a los educandos si puedo ser partícipe de la votación a lo que me indican que sí, ese voto, mi voto, fue por Miguel, donde afortunadamente los demás compañeros respaldaron la idea quedando inscrito como líder de salón en el mencionado comité. Por su condición neuronal ya tiene un reto, ser ejemplo del colectivo a lo que le indico:

Miguel a partir de hoy tienes una misión a parte de dar consejos y es el de dar ejemplo. Esperamos mucho de usted compañero, para que nos aporte desde la palabra y la actuación. Hoy la historia de Miguel ha cobrado un nuevo significado, enmarcado en los retos y el reconocimiento, hace sus mejores esfuerzos para fortalecerse y auto superarse, ha servido como insumo para sentar el precedente de que crear es poder.

LAS HERMANAS BETANCUR HACIENDO ESCUELA

Johan Camilo Fernández Bedoya

La construcción de escuela inicia con el amor por la misma, la escuela se transforma en un refugio para salvaguardar las ilusiones, es la resonancia de increpar lo que no llega a acuerdos, pero en ella hay vidas diferentes, realidades no homogéneas, se vuelve opresora y termina educando oprimidos. Pero también es liberadora como lo dice Pablo Freire, no me atrevo a buscar una definición de escuela, pues considero que cada miembro le da el significado que sea necesario, lo importante es que cada uno de ellos esté allá para sentirse humanos, libres y en sociedad.

He venido observando a Yisel, única estudiante del grado tercero que repetía por segunda vez el curso, ella ha estado por diferentes municipios y escuelas, ya que su familia se dedica a la administración de fincas ganaderas, siendo tal vez esta la razón por la cual se desplaza por diferentes lugares, Yisel tiene dos hermanas, Guadalupe, con apenas cinco años, está en el grado preescolar, y contando con mejor suerte que su hermana, no ha padecido las dificultades de ser nómada; por otro lado está Julieta, en el grado primero, quien también con valentía ha enfrentado las diferentes adversidades de su camino, dejando conocidos y amigos por cada lugar que pasa.

El afán de que Yisel y Julieta alcancen los logros para ser promovidas al grado siguiente, me llevó a trabajar horas extracurriculares con ambas, aplicando diferentes talleres y actividades acordes al contexto académico y curricular, esto me permitió conocerlas más a fondo, y entender la difícil situación por las que pasaban; lograba ver que en repetidas ocasiones Yisel debía ocupar el lugar de madre con el fin de solucionar los problemas de sus hermanas, cumpliendo no solo con sus obligaciones de estudiante y de ser niña, sino también carga con las de las sus hermanas como: lavar ropa, ayudar en las tareas escolares, levantarse y estar pendiente de todo lo necesario para llegar a la escuela temprano y ser consejera, siendo esto el causal de que no cumpliera con las competencias asignadas tal y como yo esperaba.

Cuando somos ciegos ante las realidades, somos ignorantes a ellas, seguía con más intensidad el trabajo extra con las dos hermanas Betancur, mi preocupación de que no alcanzaran las competencias y se atrasaran más en sus estudios, era mi preocupación y eso me motivaba a seguir, porque sabía que en cualquier momento volverían a partir y seguirían en el mismo grado en otra institución. Entonces aumentaba los esfuerzos pedagógicos y el diálogo constante con ellas solo desde lo académico, pero nunca las escuchaba como personas desde lo humano, olvidé que la labor de maestro no se limitaba a la enseñanza del conocimiento, si no que era también el espacio para humanizar.

Ellas tenían que cargar con el trabajo extra curricular, más el trabajo del aula, y a esto se le suma el trabajo de su realidad, en algunas ocasiones intentaba parar las clases extras, pero ella me decía “no profe, nosotras somos capaz, queremos salir adelante”. Las cuestionaba: ¿no están cansadas?, hay que jugar también, ir de paseo al río; y ellas me respondían que luego lo hacían; en el silencio del aula y de

los caminos con pantano, pensaba en la frase Bertolt Brecht ¡Ay de los que luchan toda la vida! Esos son los imprescindibles, sonreía por que los rostros de las hermanas Betancur surgir al repetirla.

Cada día miraba más seguido a las hermanas Betancur, y en ellas miraba el concepto de escuela, nunca entre al magisterio por vocación, pero al compartir con ellas, se volvió intrínseco ese llamado a hacer docente; Yisel a pesar de los trabajos en su casa: cuidar a sus hermanas, jugar hacer mamá por obligación, y de ser mujer grande, por ratos no perdía su niñez, entonces salíamos a jugar al morro de campo alegre, profe y las divisiones de hoy, gritaban desde el rincón del salón, que esperen, respondía, -el sol no espera y hoy hay viento; lo hacía para que todos se divirtieran pero especialmente por Yisel, Julieta y Guadalupe, pensé que ese era el único espacio que podían ser niños y divertirse como tales, guardo la esperanza que nunca olviden esos momentos.

Los días de educación física, eran deportivos y de juego de todo los estudiantes, formaban sus grupos para divertirse, Julieta no era la de menos, así que era la primera en salir a buscar el balón o el implemento de ese día, Yisel sacaba una excusa como, que tenía dolor de estómago o de cabeza, y solicitaba que si se podía quedar mirando desde las mesas del restaurante el evento, dejaba de ser alumna por espectador, de inmediato le preguntaba que tenía, que si llamaba a doña Ángela que es la señora donde ellas vivían, señora que las cuidaba cuando podía, ya que las hermanas no vivían con sus padres, pues Yisel y Julieta era del primer matrimonio y Guadalupe del segundo y doña Ángela era la abuela del segundo matrimonio, doña Ángela es una mujer de edad muy avanzada, ella vive en compañía de las tres hermanas Betancur, por tal razón le daba la opción que si aumentaba me dijera para comunicar a su acudiente.

Entonces, seguía en la clase de educación física, pensando en la situación de Yisel, a la semana siguiente la que se enfermaba era Julieta y la que se estaba divirtiendo era Yisel, durante varias semanas notaba esos movimientos, después de observar detalladamente los zapatos un miércoles en la trabajo de educación física note a Yisel con cordones de color azul y el otro de color blanco, no pregunte nada y ni menos la cuestione, algo me dijo en mi interior, ellas se comparten los zapatos para educación física solo se cambian los cordones, donde los cordones Azules eran de Yisel y los blancos para Julieta, ese día paso algo que no cumplía con los estándares de estética de llevar ambos zapatos iguales, pues las vi tan feliz que no vi necesario hablar sobre el tema con ellas, entonces se lo comuniqué vía telefónica a la mamá para que miramos como conseguíamos otros zapatos.

Fue el momento donde se ratifica que la educación, es compartida que debe ser entre padres y docentes, que la escuela no se puede sectorizar ni menos individualizar, porque debe ser colectiva, que la educación va más allá de enseñar a sumar o pintar, es comprender que la escuela es el único espacio y tiempo que nos hace libres y nos da civilidad.

Las Hermanas Betancur me mostraron la capacidad que tiene la mujer para salir a delante, que la disciplina es importante para alcanzar las metas, que el cansancio de ellas no era impedimento para reunarnos después de clase a estudiar, que hacer destino y de comer no era obstáculo para aprender matemáticas, que lavando la ropa también podemos divertirnos haciendo burbujas, aprendía de la

realidad de las familias de este país, que muchas veces el sistema educativo lo ignora.

A veces me sentía cansado, pero al recordar las voces diciendo gracias, me ayudaban a respirar y me levantaba moralmente y cogía fuerzas para continuar con la labor de ser docente , una labor que me hace sentir humano; en los últimos días que compartí con las hermanas Betancur, me di cuenta que todos esos talleres y actividades que realizábamos en el cuaderno donde practicábamos, las supuestas embolatas de las fotocopias de los mismos, era una estrategia de Yisel y de Julieta, era para aprender más, para luego enseñarle a Miguel Pulgarín su tío con apenas catorce años, Yisel era estudiante, madre, hermana, amiga y maestra de Julieta, Guadalupe y Miguel su tío, sacrificaba sus tardes libres de los fines de semana para ayudar a su tío y nunca se quejaba, me di cuenta cuando su tío entro a la escuela vi en sus cuadernos lo que yo le enseñaba a Julieta las figuras de artística que hacían imprimir de nuevo, los talleres que embolataban los vi en las producciones de Miguel.

Sé que las estudiantes Yisel Betancur Sepúlveda con catorce años, Julieta Betancur Sepúlveda ocho años y Guadalupe Arias Betancur cinco años a las que llame hermanas Betancur siguen juntas y que su tío Miguel Ángel Betancur Pulgarín tiene una buena maestra, como yo la tuve que la escuela en el país del sagrado corazón de Jesús se construye y se conceptualiza donde la necesidad lo requiera, donde este la motivación por superar la ignorancia, no importa el espacio o tiempo siempre donde uno aprende se considera escuela, esta experiencia me entrego el concepto de escuela, pero veo que cada experiencia lo significa más.

YO ME LLAMO

Lucía Peláez Vélez

Yo me llamo *“Su condición de calidad”*. Esa fue la frase expresada por la maestra, cuando en mi calidad de rectora por encargo le pedí se preparará para sustentar en media hora la condición 11 ante la funcionaria de Secretaría de Educación Departamental en el marco del acompañamiento de SeEduca a la Escuela Normal Superior Mariano Ospina Rodríguez como preparación a la visita de verificación de las condiciones básicas de calidad del MEN.

Profe, usted se llama [...]

No Lucía, mi nombre es “Su condición de calidad”. Así me lo escribió usted en el asunto del correo.

Sí es verdad, así lo escribí, tal vez en el afán de hacer las cosas rápido, pero pregunté a los demás compañeros y a todos les escribí el mismo asunto.

Y más sorpresa aun cuando la compañera del lado en la sala de profesores se para y dice: *Lucía, usted por el correo nos tiene acostumbrados siempre a saludar: buenos días, buenas tardes, buenas noches y a tratarnos por el nombre.*

Sí profes, acá en la sala está también la profe de artística y a ella le escribí lo mismo. ¿Verdad maestra que le escribí igual? Ella con su mirada atónita, de asombro, no contestó, solo se limitó a escuchar.

Profes, no era mi intención, pido disculpas si las ofendí con el trato.

Llego a la oficina de rectoría con un nudo de desazón en la garganta; el equipo de trabajo observó mi actitud de desconcierto, ese malestar interior que experimentaba ante el reclamo de mis maestras por el trato que les daba. Me preguntaba y nos preguntábamos, *¿por qué tan sensibles, por qué se pegan de cosas tan sencillas y con todo el trabajo que hay?*

Y es que, desde el año anterior, yo venía pregonando en el espacio institucional y en otros espacios, que hoy, ser directivo, ser maestro, implica incluir la sensibilidad para movilizar, para transformar la cultura institucional, que permita transformar modos y prácticas institucionales desde los mismos actores de la institución, construyendo y fortaleciendo una cultura propia y pertinente al contexto y dinámicas cotidianas.

Llega la maestra a sustentar su condición 11 en un tono grosero y desafiante y lee cómo la Escuela Normal incorpora en el plan de estudios del Programa de Formación Complementaria los contenidos y las prácticas pedagógicas relacionadas con los temas de enseñanza obligatoria en la educación preescolar y básica primaria y en coherencia con el modelo pedagógico crítico social. La funcionaria de SeEduca con su buen trato y lenguaje positivo logra mediar con preguntas claves hasta terminar con un ambiente agradable en la mesa de trabajo.

Es en el proceso de resignificación del Proyecto Educativo Institucional – PEI – que la propuesta de gestión administrativa de *“liderazgo distribuido”* se articula con dos conceptos claves: *tacto pedagógico* y *lenguaje apreciativo*, conceptos que ofrecen hoy la oportunidad a los maestros y directivos de comprender y vivir la gestión educativa como un proceso profundamente humano, donde directivos, maestros, estudiantes, padres de familia y personal de servicios administrativos y generales tienen la oportunidad de desarrollar capacidades de liderazgo y fomentar

el trabajo en equipo, participando en diferentes procesos estratégicos, misionales, de comunidad y de apoyo, y dando respuesta a las necesidades de formación que contribuyan al mejoramiento de la calidad educativa.

El tema de Gestión Educativa y Humanización¹⁸ en la Escuela Normal Superior, permite pensar en dos conceptos claves para la Gestión Educativa hoy: *tacto pedagógico y lenguaje apreciativo*, donde los protagonistas, directivos y docentes, permiten generar hábitos cotidianos en las acciones y transformar posturas explícitas e implícitas. Gestionar es hacer que las cosas sucedan y uno de los principios básicos de la gestión es el reconocimiento del valor de las personas en la organización.

Y entonces, *¿qué es el tacto pedagógico?* Pregunta una maestra en el Encuentro de Comunidades de Aprendizaje Fredonia. El *tacto pedagógico* es una cualidad especial de la interacción humana, resume la sensibilidad ética-intelectual (2014) con la que el maestro y directivo debe realizar su quehacer. Esa sensibilidad es fundamental. Intuitivamente y por experiencia, muchos estudiantes se quejan de esta carencia cuando afirman de un maestro o directivo que “sabe mucho, pero no sabe transmitir, no le entendemos”; “es un pedante, se cree el mejor”; “humilla al estudiante”; “habla de todo menos de la materia”; “tiene favoritismos”; “injusto”; “majadero”; “falta mucho a clase”; “no viene preparado”; “se enoja cuando le cuestionamos algo”; “solo ve su punto de vista” [...] etcétera. Los estudiantes podrán no conocer la materia, pero perciben si los profesores, además de saber su materia y sobre todo saber enseñar, también muestran genuino interés en ayudar al aprendizaje del estudiante. Eso es fácil de percibir. Y es la base de la confianza y respeto, condiciones esenciales en la relación educativa, que comporta sentimientos y afectividad. Herbart (1914) señala que el tacto se aprende en la práctica, formándose por el efecto que experimentamos al actuar con tacto, con buen trato hacia los demás. Es una manera de ser, conocer y obrar. Aquí es apropiado el juego de palabras “*Que el contacto humano sea con tacto*”. Aunque Herbart fue el primero en desarrollar esa idea, no es el único en adoptar esa noción para referirse a una cualidad especial de la interacción humana. Max Van Manen (1998) en su estudio clásico sobre el tacto en la enseñanza, ha contribuido a desarrollar una teoría más sistemática sobre el tacto pedagógico y entre sus propiedades están: preserva el espacio de libertad e intimidad del educando; protege lo que es vulnerable; nos previene y defiende del daño; reconstruye en un todo las partes o lo que se ha dividido -pensar, hablar, sentir, actuar, creer-; acentúa y busca el bien del otro; acompaña el crecimiento personal y aprendizaje del educando. En verdad, el tacto educativo no se puede planificar. Podrá estar inspirado por ideas, pero se rige por los sentimientos y la afectividad. Tener tacto es ser capaz de tener en cuenta los sentimientos de los demás. Es ver una situación que reclama sensibilidad, entender el significado de lo que se ve, sentir la importancia de la situación, saber qué hacer y cómo. El tacto educativo subraya la dimensión terapéutica que puede tener la educación, rehaciendo lo que se ha roto. Educar el tacto educativo, así, consiste en descubrir con mirada delicada las

¹⁸ Ponencia presentada en el Encuentro Nacional de la Red de Maestros Investigadores de las Escuelas Normales Superiores de Antioquia realizado en Fredonia los días 30 y 31 de agosto y 01 de septiembre de 2017.

aptitudes y capacidades del educando, y del propio educador, y hacerlas efectivas en la creación del mundo que se pudiera y debiera habitar. Esa mirada es amorosa. Es la sensibilidad pedagógica del maestro. Saber actuar con eficacia ante las situaciones que ocurren en el aula, a establecer un clima de aprendizaje adecuado para sus alumnos, de identificar las características de cada niño y joven; así como ser capaz de mostrar seguridad, confianza, comprensión entre otros aspectos.

¿Cómo se manifiesta el tacto pedagógico?

Existen varias maneras de describir cómo se manifiesta el tacto en nuestra forma pedagógica de ser y actuar, como se puede poner en evidencia:

✓ Retrasando o evitando la intervención. En muchas ocasiones como maestros nos damos cuenta que nuestros alumnos no entienden o comprenden ciertos conceptos o carecen de ciertas habilidades, no intervenimos, dándonos por igual que aprendan o no, seguimos avanzando con nuestro programa no interviniendo, ni preocupándonos en hacer algo para evitar esta situación, creemos que con pararnos en frente ya estamos enseñando a nuestros alumnos.

✓ Como receptividad a las experiencias del niño. Es muy común que como maestros le reprochamos al alumno la falta de cumplimiento dentro del aula, la falta de interés, pero realmente no nos involucramos a investigar el porqué de esa situación, el de ir más allá, nos cerramos a la manifestación o a la experiencia que está viviendo el estudiante en ese momento, les negamos la amistad y la confianza para que ellos expresen lo que sienten o simplemente los problemas que tienen en casa, por lo que es importante que como docentes tengamos la atención necesaria hacia esos alumnos.

✓ Siendo sensible a la subjetividad. Cuando los grupos son muy numerosos se dificulta que se le ponga la atención necesaria a cada uno de mis alumnos, ver las necesidades que tienen, se dificulta la participación de cada uno de ellos, en ocasiones hasta la pérdida de control del grupo, por lo que tiendo a levantar el tono de mi voz para controlar nuevamente el grupo, unido a esto cuando a los alumnos no les hacemos ver el sentido y la importancia del contenido provocando en ellos la inquietud y disciplina, y por consiguiente volviéndome menos tolerable con el grupo.

✓ Como una influencia sutil. Es muy importante tener en cuenta el trato hacia los alumnos, el generar un clima de confianza, el platicar con los alumnos, el generar alegría en ellos, lograr que no nos vean como enemigos, sino todo lo contrario, todo ello para que la clase tenga éxito, y sobre todo saber cómo aconsejarlos para lograr en ellos el desarrollo de sus habilidades y conocimientos.

✓ Como seguridad en las diferentes situaciones. Es importante que como maestros tengamos siempre un tono adecuado con todos los alumnos y los grupos, sobre todo cuando se tienen situaciones impredecibles, de disciplina o no previstas, comunicándoles de cierta forma a los alumnos nuestra seguridad como maestros, y de esta manera poder controlar al grupo.

✓ Como el don de saber improvisar. Es vital que como docentes tengamos esa seguridad y confianza en sí mismos, pero esto no se logra por

sí solo, sino requiere de mucha preparación, actualización, investigación y sobre todo práctica, para poder manejar e improvisar las distintas situaciones que se nos puedan presentar en nuestra práctica docente, favoreciendo con ello que los alumnos tengan confianza en nosotros, lógico que al principio cuesta trabajo, pero el tiempo y la experiencia nos van ayudando poco a poco.

¿Cómo consigue el tacto pedagógico lo que consigue?

Se consigue con afectividad, con la comunicación efectiva, con paciencia, con prudencia, con el buen trato, con un buen tono para cada situación, con el respeto a las diferencias individuales. El tacto es la forma de manifestarles a los alumnos que nos interesa que aprendan. El tacto y la enseñanza mantienen estrecha relación, puesto que el aprendizaje será de calidad, en la medida en que el profesor utilice las estrategias, el material y mantenga una organización de la clase, lo cual se puede obtener, utilizando la competencia didáctica y el tacto. Desde el momento en que recibimos a nuestros alumnos en el aula, la forma de hablarles, el gesto que les mostramos refleja la actitud que tenemos como maestros hacia nuestra clase, y no nada más la actitud sino el gusto por nuestra asignatura, y sobre todo ya dentro del salón el interactuar con ellos, el hacerlos partícipes de la clase va generando un ambiente agradable de trabajo y sobre todo si nuestro habla, nuestros gestos son de afecto, de apoyo, de alegría, los alumnos se sentirán atraídos y en confianza de poder participar e ir generando ese proceso de enseñanza-aprendizaje, claro que en ocasiones utilizamos la mirada y los gestos para poder controlarlos o marcarles ciertos límites.

¿Qué se consigue con el tacto pedagógico?

Es una forma de actuar en la educación, se refiere a las formas en que los padres y madres pueden actuar con los niños, describen las formas en que los educadores pueden actuar en las relaciones de enseñanza/aprendizaje, el tacto pedagógico permite:

- ✓ Preservar el espacio del niño (el crecimiento personal y el aprendizaje necesitan espacio). Como profesores deberíamos estar conscientes de las necesidades personales que tienen nuestros alumnos, los cambios físicos, biológicos y mentales por los que están pasando, así como los distintos problemas que viven en casa como desintegración familiar, económicos, la mala comunicación de padres a hijos, entre otros; como maestros buscar la forma de apoyarlos.

- ✓ Protege lo que es vulnerable (la vulnerabilidad del niño debilita al adulto). De cierta manera la debilidad y la vulnerabilidad del estudiante, le sirve para que los docentes nos demos cuenta de que ellos están presentes, de que requieren de nuestra atención, de que se encuentran desprotegidos, de que quieren que alguien se responsabilice de ellos, por lo que como maestros debemos de ser buenos, amables y comprensibles con ellos.

- ✓ Evita el dolor (el dolor debe poder regularse al olvido). Las distintas experiencias que los alumnos viven en nuestras aulas, para ellos se pueden convertir en pesadillas o dolor, miedo, desde un maltrato hacia ellos, una mala palabra, así como una mala explicación de un contenido, sobretodo en nuestra asignatura de matemáticas, por lo que es importante que antes

de actuar analicemos lo que vamos hacer, en cuestión de matemáticas desde el principio se las hagamos ver fácil y que les nazca el gusto por ellas.

✓ Recompone lo que se ha roto (el tacto cura). Depende mucho de nosotros como maestros que se sigan dando esos resultados negativos en la educación, que sigamos enseñando únicamente para aprobar un examen, y no enseñemos para la vida, que sigamos formando alumnos sin la preparación necesaria y llevándolos al fracaso en su vida futura; de ahí que de nosotros como docentes depende que enderecemos ese camino y corrijamos esos errores que se han cometido, ¿cómo? Preparándonos y actualizándonos.

✓ Refuerza lo que es bueno (creer en un niño es reforzar a ese niño). Como educadores debemos creer en nuestros niños, darles la confianza, de que son responsables, lograr que ellos se valgan por si solos, evitar el rechazo o hacerles ver las cosas negativas, sino al contrario apoyarlos y alentarlos que pueden ser mejores.

✓ Resalta lo que es único (hay que estar siempre atentos a la singularidad del niño). Debemos tener la capacidad de observar las diferencias entre cada uno de nuestros alumnos, hacerles ver la importancia de ellas, y sobre todo evitar tratar a todos de la misma manera, recordando que son seres humanos características distintas) y no simples objetos.

✓ Favorece el crecimiento personal y el aprendizaje (El crecimiento personal es un aprendizaje profundo). Debemos tener mucho cuidado en la forma de enseñar un contenido, ya que de ello depende el aprendizaje que adquiera el alumno, su forma de reflexionar y sobre todo el sentido que le puede dar a este, y de ello depende mucho del docente en la utilización de estrategias y recursos adecuados.

¿Y el lenguaje apreciativo, en qué consiste entonces?

Pregunta un maestro en el Encuentro de Red de Maestros Investigadores de las Escuelas Normales Superiores de Antioquia – Redmena realizado en Fredonia. *Lenguaje apreciativo* es la capacidad de ver y rescatar lo valioso y significativo de las personas, los sucesos y las cosas. Manejar un lenguaje apreciativo es aprender a ver oportunidades y habilidades personales donde otros solo ven problemas, es descubrir y potenciar las habilidades explícitas e implícitas de los integrantes de un equipo y con ello su motivación, dedicación, implicación y efectividad, es sacar el máximo partido de sus propios recursos y de los que le rodean. Es un lenguaje utilizado por las personas con Inteligencia Apreciativa, competencia importante en la gestión y el liderazgo de un directivo y maestro. Pero, *¿qué es la inteligencia apreciativa?* Pregunta otra maestra. El psicólogo Tojo Thatchenkery - Director de Desarrollo Organizacional - define Inteligencia Apreciativa (2016) como “*ver el poderoso roble que hay en la bellota*”. Así como un jardinero sabe que no necesita meter nada dentro de la “bellota”, sino tan solo plantarla en un lugar fecundo, regarla, cortar algunas ramitas, tener paciencia y darle tiempo, la responsabilidad del directivo y del maestro no consiste en meter, sino en sacar lo que ya está dentro, en descubrir la esencia de cada uno de sus maestros y estudiantes, lo que le hace distinto, valioso, especial y único, en reconocerla y potenciarla, respetando y facilitando su aprendizaje y desarrollo natural, haciéndola crecer sin pretender transformarla en otra cosa, en lo que no es. La esencia de todos, la que cada uno

de nosotros tiene dentro de su *bellota*, nunca se pierde, siempre está ahí, en lo más profundo [...] dormida, esperando a que alguien la ayude a despertar. La Inteligencia Apreciativa es una excelente herramienta para ayudar a un buen líder a aprender y enseñar a confiar en las capacidades del equipo, que es más importante valorar más a las personas que a los números y que es muy importante rodearse de gente con la misma visión y con las mismas motivaciones. El lenguaje apreciativo es una valiosa herramienta para construir cultura de paz en los diferentes ámbitos de interacción social.

El directivo y el maestro puede utilizar el lenguaje apreciativo y con él desarrollar la inteligencia apreciativa, desde varias estrategias: *Enfocarse en soluciones y no en problemas*: se fija en el potencial positivo que tienen las cosas. *No busca los errores, busca las soluciones*. Así, me preguntaré “¿Qué puedo hacer para mejorarlo?” en lugar de “¿En qué he fallado?” *Evita las palabras negativas a toda costa*, emplea un lenguaje positivo. No es lo mismo decir “Esta vez no voy a equivocarme” que decir “*Esta vez voy a hacerlo bien*”. No es lo mismo decirle a un estudiante: “Nos vemos en noviembre” que decirle: “Lo invito al Punto de Encuentro para explicarle por aparte”. El enfoque en soluciones, debe ir acompañado de un vocabulario que ayude, y las palabras con connotaciones negativas impiden sacar el 100% de rendimiento al Lenguaje Apreciativo y al modo en que afrontamos cada reto. *Centrarse en lo positivo de lo que tiene alrededor*: El Lenguaje Apreciativo no solo evita las palabras negativas. También trata de sacar el máximo jugo a lo que nos rodea. *Ser consciente de que “El Mapa no es el Territorio”*: Es decir, que yo veo el mundo a mi manera, no como es. Veo un mapa, mi mapa. Luego, el resto de la gente verá con su mapa. Y debo respetar los mapas de cada cual. Así, cuando alguien dé una opinión, no lo veré como un ataque a mi manera de ver las cosas, sino como un punto de vista diferente del que puedo obtener beneficios y aprendizaje. De este modo, me centraré en lo que podemos obtener y no en las diferencias que nos separan. *Evitar los prejuicios*: Esta es la parte más complicada para casi todo el mundo. El Lenguaje Apreciativo, al entender que hay múltiples modos de entender y percibir la realidad, valora por igual todas las opiniones e ideas. Por supuesto, todos tenemos un juicio propio y eso nos llevará a dar una respuesta y una opinión. Lo que sigue es evitar los prejuicios, facilitar la escucha y valorar todas las opciones, de modo que podamos encontrar todo lo que haya de positivo en ellas.

En conclusión, para conseguir *tacto pedagógico y lenguaje apreciativo* se hace necesario partir de estrategias de gestión que reconozca los aspectos positivos de la institución y las fortalezas del talento humano como elementos que favorecen una cultura institucional en docentes y directivos. Estos conceptos son clave para que cualquier institución educativa crezca y dé grandes frutos. Y todo eso depende de la guía, del liderazgo de los directivos y maestros. El tacto pedagógico y el lenguaje apreciativo son una invitación a establecer una cultura organizacional en la que se crea, comparte e implementa el conocimiento de una manera intencional, activa y disciplinada, es también una metodología de intervención para promover el cambio social donde teoría, práctica e intervención se encuentran (Varona). Es una nueva teoría del cambio con una visión sistémica del mismo, pues el cambio para ser efectivo tiene que incluir a toda la organización. Es más un nuevo espíritu o actitud que una nueva técnica o método. Es una

invitación a realizar una revolución positiva que comienza por uno mismo y que hace posible una nueva manera de ser y de actuar. Es una búsqueda cooperativa de lo mejor que existe en la gente y en sus organizaciones.

*“Rescatar el valor de lo humano
es una labor que le compete a la educación”*

Referencias bibliográficas

Appreciative Intelligence: Seeing the Mighty Oak in the Acorn Hardcover – May 14 2006 by Tojo Joseph Thatchenkery (Author), Carol Metzker (Author).

Herbart, Juan Federico. (1914). Pedagogía general: derivada del fin de la educación. Traducida por Lorenzo Luzuriaga.

Santos, José Manuel. (2011). Director de formación y desarrollo de Evoluzion Alternative Coaching.

Van Manen, Max. (1998). El tacto en la enseñanza. El significado de la sensibilidad pedagógica.

Varona Madrid, Federico. (2009). La Intervención Apreciativa Una manera nueva provocadora y efectiva para construir las organizaciones del siglo XXI. Ediciones Uninorte Barranquilla, Colombia. <http://cea.uprrp.edu/wp-content/uploads/2014/03/etica-en-los-procesos-de-ense%C3%B1anzaEL-TACTO-PEDAGOGICO.pdf>

LAS HISTORIAS DETRÁS DE MI HISTORIA

Ellas y mi única historia

Margarita María Argaez Moreno

El peligro de la historia única, documental que determinó la ruta de esta narrativa me permite reflexionar acerca de la importancia de ir más allá, de buscar respuestas, de remover emociones. Conocemos, contamos, vivimos, y en ocasiones juzgamos cada historia, desconociendo qué hay detrás de ellas, el por qué, para qué y en especial el quiénes.

Todo comenzó en los años 70 y 80 con aquella frustrada generación de normalistas. Mi amada madre muy inconforme con la situación presentada con mis tres hermanas mayores, las cuales, por cosas del destino no pudieron ser llamadas *maestras*, tomó medidas drásticas, con la siguiente aspirante. Aquí están las historias detrás de mi historia. Ella, la mayor, una guerrera, muy en su sitio, pero increíblemente indiscreta narra que inició el bachillerato en la Normal Sagrada Familia en el año 1976, se pasó para el Liceo Departamental Simón Bolívar a repetir tercero porque una profe le hizo perder el año. Era una monja desde que llegó le cogió bronca, todas sus compañeras lo notaban. La ponía a estudiar muchísimo para sacarla a exponer. Perdió el año y sus padres pusieron el grito en el cielo, se tenía que quedar en la casa haciendo el oficio porque para el Liceo no, ella lloraba, solo quería estudiar, desistieron y se matriculó.

Ella, la del medio, independiente, fuerte como un roble, pero increíblemente renegona, estudio en la Normal como tres o cuatro años y se pasó para el Liceo porque una monja la dejó habilitando por una décima. Cuando perdió tuvo un problema, le pidieron que se saliera para cuidar a sus hermanos, dijo que no y la echaron de la casa. Se fue para Medellín donde la abuela, consiguió puesto en la Presentación en Envigado, no alcanzo a asistir, debido a que hizo las paces con sus padres y se regresó de nuevo para su pueblo.

Ella, la menor de las tres, siempre positiva, muy receptiva, pero increíblemente calculadora narra que entró a primero bachillerato en 1982. Se salió cuando faltaba poco para terminar tercero no porque fuera perdiendo sino por un acto de rebeldía. Ya las amigas se habían pasado para el Liceo y ella hizo lo mismo. La reacción de su mamá fue aconsejarla, muchos regaños, mucha desilusión.

Ellas o la maestra

Y entonces, llegó a la Normal Sagrada Familia la cuarta candidata a *maestra*. Ilusiones, expectativas y un orgullo que no me cabía en el corazón al hacer parte de un selecto grupo de niñas que iniciaban su bachillerato en dicha institución. Mi motivación ser *maestra*, la mejor. El grado primero bachillerato fue de adaptarme y con mucha felicidad ocupe el segundo puesto, mamá estaba orgullosa, lo decía en todas partes. Finalizando segundo me enfrento a un dilema demasiado complicado para mi edad. Desde preescolar venía estudiando con dos amiguitas, las cuales hacían parte de mi vida tanto escolar como familiar. Ellas toman la decisión de trasladarse para el Liceo, con ésta una invitación a ir con ellas. Éramos populares, un grupo muy cerrado, no había lugar para alguien más. La popularidad sabemos trae consigo admiración, pero también odios, y este caso no era la excepción. Mi dilema irme con ellas y así seguir con esa amistad tan perfecta o continuar en la

Normal y alcanzar mi sueño sola. Mis miedos más escondidos aparecieron, porque, saben, cuando se está acompañado uno es más *emprendedor*, más *valiente*, pero cuando se está solo no se es tanto. Tenía doce años y el quedarme sola me daba pánico, decidí seguir a mis amiguitas, solo había un problema, mi mamá. Como sabía que era muy brava, pensé voy a llegar un poquito como ella. Se me ocurrió decirle que si no me dejaba pasar para el Liceo no seguía estudiando. Escuché gritos, algo como, usted no se manda, vi y sentí algo llamado *ramales* lo cual fue descubierto por las madres de muchos como instrumento para castigar aparte de utilizarlo como cubierta del machete del papá. Concluyendo, me dio una pela que aún recuerdo, la llamé *la mejor pela del mundo*, si no hubiese sido por ella no sería lo que soy en la actualidad. Gracias mamá.

Ella, la que nunca falla, la de ese amor incondicional, pero increíblemente cantaletosa. Al reflexionar acerca de su tremenda obsesión por tener una hija *maestra* narra que estaba muy joven, dieciséis años, cuando viajó con su hermana de Medellín a unas vacaciones donde la tía, jefe de enfermería del Hospital. Estando en el municipio conoció un muchacho, fue amor a primera vista, el muy humilde comenzó a pretenderla, terminando las vacaciones ya le había propuesto matrimonio. Había un problema, ella y su hermana ya estaban matriculadas en la Normal de Medellín, serían *maestras*. Su mamá la aconsejó para que comenzara a estudiar, ella muy enamorada terminó casándose y paso de vivir con todas las comodidades y lujos a vivir en el campo con muchas necesidades.

Se comprenden muchas cosas, se cuestionan otras. Todas ellas una historia, cada historia en mi historia.

Ellas, ángeles que encaminan

Desperté preguntándome que hacia allí. Porque, saben, uno si se levanta de un día para otro cuestionándose. Yo, que había estudiado tanto, ocupando los primeros puestos, estaba siendo madre y esposa, no es que fuese algo incorrecto, lo era para mí. Al plantearle a mi esposo la posibilidad de presentarme a la convocatoria docente, muy enojado dice que no, argumentando el qué dirá de mi familia, que él era capaz de mantenerme o que si estaba aguantando hambre. Allí estaba, llorando, con una mezcla de tristeza y rabia cuando se acerca ella y me dice: “deje de llorar, tenga la plata, se va a presentar su concurso, que uno en la vida nunca puede depender de un hombre”. Aunque posteriormente tuvo diferencias e inconvenientes con su hijo debido al apoyo que me brindó, lo asumió con argumentos claros y precisos. Ella, un ángel que cambio el curso de mi vida.

No había sentido tanta felicidad al pasar el concurso docente como en esta oportunidad. Las demás ocasiones, la primera, recién egresada me correspondió una escuela rural en Ituango, mi papá no me dejó ir, me pareció normal, estaba empezando a vivir. La otra cuando tenía ocho meses de embarazo de mi hija, para *Mande*, vereda del municipio de Urrao ubicada a un día de la cabecera municipal, renuncié por obvias razones; solo con el tiempo me di cuenta que si acepto no me hubiera presentado a la escuela, debían reubicarme. Definitivamente era diferente, la negativa de mi esposo, el apoyo de su madre, las ganas inmensas de alcanzar mi sueño definitivamente fueron muy especiales.

Esta es la historia de cómo me *hice maestra* en el papel, con dos ángeles que cambiaron mi destino. Privilegiada al conocer desde su corazón historias que me permitieron vivir y comprender con cada una de ellas alegrías, tristezas,

frustración, algo que si bien comenzó como un ejercicio para así escribir mi narrativa se convirtió en una terapia familiar de catarsis, sanación, integración y de *solo corazón*.

Y aquí estoy

En un lugar maravilloso, donde el tiempo pasa de manera incontrolable, donde todo a tu alrededor es verde naturaleza, donde se pasa una buena parte de las horas días meses, años. Sí, estoy hablando del sitio donde educo, rio, lloro, me divierto, en fin, donde las emociones se hacen un nudo. Es el campo, es la zona rural, donde el aire es puro, olores muy característicos hacen que respirar simplemente, sea un placer. Donde los niños no se van cada año, se van cada seis y pasan a ser parte de ti, a ser tu familia, nos involucramos tanto que pasan a doler, a permanecer en el corazón.

Y aquí están ellos, un mundo cada uno, con diferentes formas de pensar, actuar y sentir, con algo en común; su espontaneidad, inocencia, corazón bonito. Situaciones familiares que no eligieron, no tan adecuadas, no tan justas para su edad, con miedos, que al igual que a mí no son ajenos a nuestro diario vivir.

Es por lo anterior y posterior a un suceso en donde los miedos y frustraciones de índole personal, y una “confesión perturbadora” hicieron conmigo de las suyas, nace una hermosa idea, en medio del caos, en medio de la tormenta

Caro ejemplo de valentía

Les presento a Carolina una niña del grado quinto, de piel blanca, delgada, pequeña, encantadora, con una sonrisa cautivadora, su presentación personal impecable, con un alto grado de respeto, responsabilidad, tolerancia y en general todos los valores conocidos. Con una disciplina y conducta excelente. En el primer semestre de este año suceden conmigo y con ella, dos eventos que, aunque diferentes, nos conectaron de tal manera que cambio definitivamente su vida, la mía y la de muchos. En una dramatización inicia un llanto incontrolable que no estaba en el libreto y que desencadenó una confesión perturbadora de un hecho ocurrido años atrás: cuenta tuvo que ser hospitalizada por una pela que le pego la mamá y que al ingresarla, dijo que se había caído. Al entrevistarla un profesional la niña tuvo que corroborar la historia por amenazas de ésta. Pienso en la impotencia al no poder contar lo que sucedió en realidad. Estuvo unos días y al llegar a casa pensó que la mamá con el susto que había tenido cambiaria, pero fue peor. Continúa diciendo que viene sucediendo desde el grado preescolar, es más que desde que tiene uso de razón la maltrata. Ella no utiliza ese término dice: me pega, me da muchos puños en los pulmones, me mechonea, me tira contra las tablas, me da con lo que encuentre, me da cachetadas. Todas impactaron, resonaron en mi cabeza, pero una de ellas con mayor fuerza. Con la afirmación “me da muchos puños en los pulmones” viene a mi mente los muchos permisos que pedía la madre para llevar a Carolina al médico por el problema que tiene en los pulmones, decía ella. Y si, hasta ahora me doy cuenta que los golpes repetidos en esa parte del cuerpo hicieron que la niña desarrollara problemas respiratorios constantemente. Mientras la niña narraba, la interrumpía con lágrimas en los ojos haciéndole preguntas, imagínense la cantidad que vinieron a mi mente. La principal ¿y a Sergio también lo maltrata? es el hermanito que comenzó preescolar este año, dijo que no tanto porque Sergio era el preferido. No entendía cómo alguien que tuvo en su vientre a esa niña tan encantadora la maltrataba. ¿Y tu papá que dice? “Se va porque ella le dice que no

se meta” ¿Por qué te pega? “No sé”, esta respuesta fue la constante al siguiente interrogatorio, no tenía las respuestas, pensé, no es justo. Se inició un proceso muy complicado, con el agravante que Carolina lo hizo como un secreto que no podía revelar pero teniendo en cuenta las circunstancias era imposible, por otro lado si lo hacía no me volvería a contar nada. Pienso en las veces que no había clase y aunque en su mayoría los niños no les gusta faltar con ellos era diferente, solían recibir esa información con mucha tristeza.

Cultura familiar y cultura escolar

Con el pasar de los días llegaba más información de Carolina por medio de los niños y madres que lógicamente desconocía. Al salir de la escuela ella debía ser la primera en llegar a la casa, ningún niño de los que vivía más arriba podía pasar antes, de lo contrario, su mamá le pegaba. Un acontecimiento de manera especial me perturbo: un día una madre de familia de arriba se acercó al CER a preguntar por su niña, como de costumbre la atendí, posterior me solicita que la deje ir con ella, le dije que si porque ya estábamos próximos a la hora de salida. Cuentan que como pasaron antes, la mamá de Carolina la recibió con una pela, ella no entendía que había pasado, su madre le reiteró que nadie podía pasar primero. Recuerdo las ocasiones en que le tocaba el aseo y los otros niños se iban, ella lo hacía en silencio, imagino su angustia. Supuestamente le contaban que la niña se metía en un rastrojo con algunos niños, nunca decía el nombre de quien le había contado, luego se confirmó que mentía, solo buscaba razones para pegarle (fueron muchas pelas antes de descubrirla). Su buen desempeño académico hace que sea una de las mejores, en ocasiones, siendo muy normal, perdía alguna que otra evaluación, la cual debía firmar el acudiente, de hecho, todas se firmaban. Por cada evaluación perdida era una pela, pero no había estímulo alguno para las ganadas

Situaciones demasiado difíciles de comprender. Como era posible que nadie me había informado tan detalladamente lo que sucedía. Los niños no decían porque le tenían miedo a la mamá de Carolina, en repetidas ocasiones los insultó y en otras los agredió. Las madres de familia, en su mayoría estaban en la misma situación con sus hijos aunque no con ese mismo grado de violencia. Había que hacer algo inmediato tanto externo como interno. Desde ese momento se realizó la intervención necesaria y aunque fue muy difícil se logró *controlar* este abuso con un cambio de actitud de la madre frente a su hija. Como cuando manifiesta su negativa de permitir a Caro participar en los festivales municipales de danza y teatro, aun sabiendo que eran actividades programadas en el C.E.R, las estrategias para buscar un sí fueron muchísimas. La de no darle el bachillerato, argumentando primero que era el papá, luego que, por el dinero, luego que se volvía una brincona, solo eran excusas para dejarla en la casa. Desvirtué cada uno de sus argumentos. Sentía pánico al pensar que estaría a disposición de ella todo el tiempo, más aún cuando la niña me pedía llorando que hablara con la mamá para que cambiara su decisión. Todos los días en la oración una de las peticiones realizada por los niños era que le dieran estudio a Carolina. Con ayuda de varias personas fue posible que cediera tanto en lo concerniente a sus estudios secundarios como a su participación en el festival de danza, pero no para el festival de teatro, salidas pedagógicas. (Pienso fue más la presión que se ejerció y darle a conocer la ley lo que llevó a cambiar su posición)

Me cuestiono acerca de mi capacidad para percibir, captar y darle el adecuado manejo a estas situaciones, teniendo en cuenta que la población escolar

del C.E.R nunca ha sido menor a treinta. ¿Cuántos otros niños estarían en esta situación? Lo más inmediato, buscar estrategias de prevención.

A nivel interno: cada vez que un alumno llega al C.E.R con una dificultad pide a la profesora un abrazo, la condición es pedirlo, así me doy cuenta de situaciones no tan agradables que le suceden a los niños. Se suscitaron más conversaciones personales y muchísimos abrazos. Todos, sin excepción, salen a la misma hora incluyendo los del aseo. No se firmarán evaluaciones, no se mandarían notas a los padres acerca del desempeño académico de sus hijos, en cambio, harán presencia en el CER. La participación de los niños en los festivales de teatro y danza, en general salidas pedagógicas, será de *carácter obligatorio*. Las anteriores se convirtieron en cultura escolar *enfrentando y resistiendo* la cultura familiar *negativa* (siendo generosa al llamarla así).

Arte: sinónimo de emociones

El arte en todas sus manifestaciones siempre será una excelente opción para expresar lo que se siente, para transmitir emociones, para liberarnos.

Es así como se estructura una *ambiciosa* propuesta, partiendo de lo sucedido con Caro en donde el teatro como herramienta para fortalecer el aprendizaje y la convivencia hace todo el trabajo. No es sencillo conceptualizarlo, es mal fácil aplicarlo, de hecho, no existe nada escrito solo se viene desarrollando hace ocho meses con resultados verdaderamente sorprendentes.

Los niños transmiten emociones, desarrollan habilidades a la par que adquieren conocimientos a través de dramatizaciones de los contenidos que debemos abarcar, en cada unidad, en cada área de las guías de aprendizaje, con la ventaja de que muchos de los temas de segundo a quinto son los mismos, solo cambia el grado de dificultad. Por ejemplo, puestas en escena de temas como las clases de oraciones, los oficios, propiedades de la suma, los ecosistemas y así la mayoría, los cuales posteriormente son ampliados. Para lo anterior se cuenta con todo el material correspondiente para los personajes “El baúl de nuestros sueños” en donde los niños diariamente esperan el momento de la clase para hacer la puesta en escena. Se sumergen en un mundo mágico, creando ambientes con los que sueñan, teniendo la posibilidad de recrearlos. En este engranaje los niños transmiten todo aquello que les es muy difícil expresar, que les molesta, que muy frecuentemente los obligan a callar.

Los niños aparte de que se divierten, aprenden, interrelacionando varias áreas del conocimiento. Se fomenta el trabajo en equipo, porque si dentro del grado, al estructurar la presentación, les hacen falta personajes, los identifican en otros grados.

Es emocionante, gratificante, bonito ver como ellos mismos edifican un saber, lo asimilan y lo dan a conocer de una manera que les gusta, apasiona, llenando y sobrepasando todas sus expectativas y las que como educadora puedo considerar.

Allí todos son iguales, están en las mismas condiciones, tienen oportunidad de expresar y aprender en cada puesta en escena. Unos aprenden de otros, se afianza la imaginación, creatividad, valores, actitudes, aptitudes que estoy segura los llevan a ser mejores seres humanos en un futuro, porque en el momento ya lo son. Bases que jamás olvidaran porque lo hicieron con amor, responsabilidad, respeto, tolerancia que son crucialmente importante adquirir en la edad escolar.

Soluciónalo

¿Por qué ambicioso? Existen factores *enemigos* de la propuesta. Me explico: sabemos que, para los educadores, en especial el mono docente que atiende todos los grados, todas las áreas del conocimiento, lo administrativo, lo comunitario, el tiempo es determinante a la hora de *enseñar*. Que dicho tiempo se ve *amenazado* en ocasiones por tantas responsabilidades que si bien son para el mejoramiento de la calidad educativa nos alejan un poco de lo que significa el trabajo específico en el aula. Así mismo las exigencias de resultados cuantitativos que nos miden como maestros hacen que en ocasiones sea un poquito complicado el desarrollo de la propuesta. Es ese mismo tiempo que se debe utilizar en lo que se desencadena con la parte emocional, es decir, los niños están más abiertos a dialogar, a contar lo que les sucede en otros ambientes ajenos al escolar. Por ende, es necesario intervenir de manera acertada ante situaciones que se pueden *controlar* y *solucionar*, buscando espacios para que los padres y personas del contexto familiar interactúen con los niños, como escuela de padres, celebraciones: convivencia escolar, amor y amistad, día de la familia y muchos más eventos en los que el teatro, la danza y el arte en general, integran a toda una comunidad. En dichos espacios se entablan conversaciones y diálogos muy sutiles que llevan a los padres o personas encargadas a reconocer la importancia de mejores actitudes y actuaciones frente a los niños. La anterior es una de las opciones con mejores resultados.

Cambios que han mejorado notablemente tanto la adquisición de conocimientos como la convivencia dentro y fuera del aula. De igual manera, la oportunidad de crear situaciones como soluciónalo que llevan al niño ante determinada dificultad o “inconveniente” a buscar por sus propios medios alternativas de solución, teniendo la posibilidad de contar con la ayuda de sus compañeros, posteriormente la da a conocer ante todos, así, aprenden con la experiencia del otro, con ayuda del otro.

Solo aprendizajes

Esta es una de las muchísimas propuestas, ideas, experiencias significativas, cada uno le da su debida connotación, que se generan al interior de cada centro o institución educativa, todas con un único fin: el bienestar de los niños y sus familias.

Es difícil cambiar pensamientos y actuaciones en especial heredadas de generación en generación. Hacer algo para evitar que siga sucediendo es uno de los objetivos. Avances significativos de algunos padres (no todos) para con sus hijos y las sonrisas de los niños al comunicar esto, hacen que valga la pena continuar trabajando en la propuesta.

Solo quedan aprendizajes de vida: de las cosas “malas” pueden salir cosas “buenas”. Las situaciones y temores hay que enfrentarlos en su momento, no posponerlos. Todo en esta vida tiene solución. El trabajo en equipo fortalece los valores. Debemos abrazar, escuchar, besar, decir te quiero más a menudo. No somos perfectos, pero si tenemos la mejor *actitud* podemos *ser* y *hacer* más *felices* al otro.

LO ÚNICO QUE NECESITO PARA ENCONTRAR SENTIDO A MI VIDA

Marta Montoya Castillo

Al adentrarse en el mundo de la educación y poder transmitir conocimientos a un grupo de niños que empiezan a vivir y les encanta explorar, se necesita de docentes que tengan motivación pero que además sepan transmitirla a través de su amor y pasión por lo que se hace y de esta manera a sus estudiantes.

Era mi primer año en la institución, con muy poca experiencia laboral después de haber culminado mis estudios, me enfrentaba a este nuevo reto; guiar el proceso de aprendizaje de un numeroso grupo de pequeños que ingresaba al grado primero. Estaba ansiosa y expectante puesto que mi experiencia laboral, hasta ese momento, se limitaba a poco más de año y medio; además siempre había sido con niños de otras edades a los que recibía ahora, temía no ser capaz de llevar a cabo procesos efectivos. Sin embargo, el trabajo con niños pequeños me apasiona y sabía que daría lo mejor de mí.

Empiezo motivada realizando un diagnóstico general del grupo y es entonces cuando me encuentro con el que hasta la fecha ha sido mi mayor reto: Juanito, un estudiante de siete años, agresivo, desobediente, desmotivado, completamente apático a la vida escolar y que evidentemente asistía a la institución como única ruta de escape a algo que para ese entonces me era imposible saber, pero que con seguridad quería descubrir.

Por ahora solo sabía que había reprobado en el año anterior, por lo que quise indagar las razones que lo llevaron a repetir el grado y en la información recolectada, los docentes que de alguna forma estuvieron involucrados en su proceso anterior decían cosas como: “es un estudiante muy difícil”, “lo único que hace es meterse debajo de las sillas e interrumpir clases”, “es un niño que no le gusta trabajar y con el cual hemos tenido muchos problemas porque es muy agresivo”, “ya no hay nada que se pueda hacer con ese niño, ya lo hemos intentado todo”. En general los comentarios que escuché acerca de él no eran para nada alentadores y coincidían con lo que había podido detectar en mi diagnóstico.

Sin embargo, era el momento de iniciar mi proceso, de buscar estrategias y de intentar lo que muchos pensaron sería imposible. En el camino y con ayuda de las directivas, el psicólogo y los docentes de apoyo pedagógico logramos descubrir problemáticas al interior de la familia del estudiante que serían la causa de la inestabilidad emocional que presentaba. Inicialmente el niño fue abandonado por su madre biológica y su padre se fue a vivir a la ciudad de Medellín, por lo que sus abuelos paternos quedaron encargados de su cuidado; su abuelo es una persona muy violenta y constantemente le propinaba fuertes golpes que dejaban marcas en su cuerpo, mientras su abuela, una mujer sumisa, no hacía mucho por ayudar al menor. En un tiempo Juanito estuvo viviendo con una tía a quien llegó a ver como su madre, pero poco tiempo después, ella se casó y Juanito debió regresar a casa de sus abuelos, lo que el estudiante asumió como un nuevo abandono por parte de quien fuera como su madre. Siempre fue

visto como el niño conflictivo y se sentía rechazado por todas y cada una de las personas que lo rodeaban, su familia, sus compañeros, sus profesores, por lo tanto la actitud que asumía era de rebeldía.

En la parte académica también presentaba dificultades debido a que no se interesaba por desarrollar las actividades que se planteaban, expresaba no tener interés por nada de lo académico, decía “estudiar no sirve para nada, igual me toca trabajar en mi casa”. Aun así, eran evidentes sus habilidades matemáticas y artísticas, en los deportes se destacaba, pero se le dificultaba desarrollar actividades de conjunto o que implicaran contacto con sus compañeros. Se molestaba con frecuencia cada que, por alguna razón, uno de sus compañeros lo tocaba, no participaba en las actividades de conjunto, se reusaba a aceptar sugerencias o llamados de atención.

Por otro lado, se notaba muy seguro en actividades en las cuales no había un requerimiento específico, sino que por el contrario podía expresar sentimientos y emociones [...] Fue por medio de estas que empecé a observar que su agresividad no era solo en el trato hacia los demás, sino que también lo reflejaba en lo que dibujaba o escribía.

Iniciar un proceso con él fue difícil pues sus compañeros lo aislaban por ser agresivo, no soportaba el más mínimo llamado de atención, siempre respondía de una forma brusca ante cualquier intento de acercamiento por parte de sus compañeros o de mi parte. Por ello empezamos a desarrollar actividades que involucraban siempre juegos, uso de material didáctico, canciones, bailes y demás actividades que para los niños en general, eran llamativas y divertidas; Juan, al principio se resistía a participar de ellas, por el contrario, intentaba (y a veces lo lograba) interferir en dichas actividades o interrumpir el trabajo de sus compañeros, se aislaba. Sin embargo, al ver que los compañeros se gozaban las actividades empezó a mostrar un poco de interés, pero guardaba aún cierto recelo para trabajar cooperativamente.

En ese entonces, la institución empezaba a adoptar e implementar un nuevo modelo pedagógico basado en el diálogo igualitario entre diferentes personas para argumentar y dar validez en lugar de poder; este modelo trae consigo una serie de actuaciones de éxito tales como los grupos interactivos, tertulias literarias, tertulias dialógicas, resolución de conflictos y formación de padres, entre otras y con estas pretendía dejar atrás el modelo tradicional que, ya se había demostrado por muchos años, no estaba dando los resultados esperados para el contexto en el que se estaba desarrollando y las características individuales de esa comunidad.

Por iniciativa de mi compañera Lupita y apoyadas por las directivas y compañeros de la institución, iniciamos varios proyectos a partir de los cuales se han tenido grandes logros en los procesos, como por ejemplo cambios comportamentales, actitudinales, académicos, de autonomía y liderazgo que les ha permitido mejorar la convivencia tanto en el entorno escolar como familiar y social.

Todo esto se hizo posible cuando empezamos a implementar a través de los proyectos de *la huerta escolar* (con el cual no se contaba hasta ese momento en la institución), *la tienda de la abuela*, *manos creativas*, acciones como la resolución de conflictos con mediación de los docentes de apoyo pedagógico, el

psicólogo y otros docentes; los grupos interactivos mediante los cuales prima el trabajo y aprendizaje entre pares, con actividades dinámicas en su mayoría dirigidas por los mismos estudiantes, padres de familia, docentes o personas de la comunidad, lo cual les va generando autonomía, autoconfianza, mejora su autoestima y les permite aprender de sus pares; las tertulias literarias donde cada opinión es escuchada y respetada sin buscar que una sola persona tenga la última palabra; la formación a familiares por medio de la cual se ha brindado capacitaciones y se ha permitido con el paso del tiempo intervenir las problemáticas, comprometer a las familias.

En cada actividad planteada a partir de las actuaciones mencionadas anteriormente, participaba Juanito, igualmente tímido en el inicio y más suelto y seguro con el paso del tiempo. Disfrutaba las tertulias puesto que veía que en ellas podía opinar lo que quisiera y que nadie lo iba a contradecir, juzgar o criticar; de hecho, en varias oportunidades vio como muchos de sus compañeros compartían su punto de vista lo que lo hacía sentir más seguro cada vez. Después de eso empezó a participar más activamente en los grupos interactivos, liderando actividades en diferentes ocasiones.

Este tipo de actividades empezaban a tener un impacto positivo en Juanito, se le empezó a asignar responsabilidades que, en un principio no quería cumplir, después lo hacía, pero no de una forma adecuada y buscando generar siempre un conflicto con el fin de que lo excluyeran o que sus compañeros lo aislaran como lo hacían antes. Pero, por el contrario, las constantes charlas y diálogos grupales habían empezado a hacer efecto en ellos y ahora, en lugar de rechazarlo, le hicieron sentir a Juanito que era importante y querido en el aula.

Fue un proceso largo (dos años y medio) con múltiples intentos fallidos, con gran cantidad de estrategias que parecían no servir y con momentos en los cuales creí que lo que habían dicho algunos compañeros cuando recibí el grupo e hice diagnóstico, que no podría hacer nada por modificar el comportamiento, el desempeño académico y el futuro de ese pequeño. Pero casi como un milagro, que en realidad era el fruto de la constancia y el trabajo en equipo, llegó el momento en el que Juanito empezó a modificar su actitud, se mostraba menos agresivo, al ver que sus compañeros lo tenían en cuenta para los grupos de trabajo, comenzó a tomar iniciativas al punto que hoy en día es un estudiante que propone, lidera grupos de trabajo, pasó de ser quien generaba los focos de indisciplina, tanto dentro como fuera del aula, para convertirse en el mediador efectivo en la resolución de conflictos; ahora es aceptado por sus compañeros y ha perdido los temores que tenía en el inicio, su desempeño académico también ha mejorado notablemente al tiempo que su autoestima le permite relacionarse efectivamente.

Anécdota

Para mediados de este año, el colegio había participado en un foro municipal en el cual expuso resultados del nuevo modelo pedagógico y había pasado a la fase departamental. Para ello debía organizar documentación y evidencias que serían presentadas en la ciudad de Medellín. Después de una reunión de docentes en la cual se habló del tema, yo llegué al aula a planear la actividad que me correspondía desarrollar y que además sería grabada para presentar como evidencia en dicho foro. JM termina primero que los demás la

actividad que estaba haciendo, se acerca y me la presenta y me dice “profe, ya terminé, dígame en qué le ayudo”; yo le explico lo que sucedía y le digo que quiero organizar un grupo interactivo en lenguaje, que si quería ayudarme a organizarlo. Inmediatamente se emociona y me dice “claro que sí, pero yo quiero ser el líder de uno de los grupos”, yo acepto su condición y pasados cinco minutos ya me tenía listas tres de las cinco actividades que se requerían para el mismo. En la ejecución de las actividades, tres días después, tuvo un excelente desempeño y se sentía orgulloso cuando yo les contaba a mis compañeros que esas actividades habían sido planeadas por él.

Este hecho me llenaba de sentimientos al ver como el estudiante que en un principio había presentado tantas dificultades, ahora proponía actividades maravillosas y se sentía seguro y motivado.

Pero volviendo al relato, conmigo como docente también hubo un cambio evidente, puesto que en un inicio me veía como veía a la mayoría de los adultos que lo rodeaban, como la persona que solo iba a estar para regañar, juzgar, gritar, para imponer castigos u obligar a hacer las cosas que no le nacía hacer. Poco a poco se dio cuenta que en mi caso no era igual, que constantemente lo buscaba para hablar (aunque inicialmente poco, pues era un niño que se le dificultaba expresar sus sentimientos y emociones) de las cosas que le pasaban, para darle consejos y para abrazarlo pues era evidente la falta de afecto y lo bien que se sentía con estos.

Como con todo lo demás, al inicio rechazaba cualquier expresión de afecto independiente de quien viniera, de hecho, se notaba molesto al sentir cualquier intento de acercamiento; poco a poco, al sentirse más confiado y aceptado por sus compañeros, también bajó la barrera que ponía y se mostró más cariñoso y sensible conmigo y en ocasiones con sus compañeros.

Con el tiempo y al ganar la confianza que antes no tenía, empezó a expresar algunas de preocupaciones y nuevamente con ayuda del psicólogo, fue posible detectar la profunda depresión que sufría el estudiante por las situaciones familiares que se mencionaron antes y las cuales lo habían llevado a tener dos o tres intentos de suicidio.

Esto me impresionó demasiado pues como docente que apenas empezaba y con un año de trabajar con el estudiante, no entendía cómo por la cabeza de un niño tan pequeño puede haber una idea como la de quitarse la vida. Me decía “yo no quiero vivir, para qué si todo el mundo me regaña o me pega, si mi abuelo solo quiere ponerme a trabajar”. Muchas veces en casa lloré mientras recordaba las conversaciones con él y buscaba la forma de ayudarlo.

Hoy siento que he y hemos logrado avances significativos para la vida y el futuro de JM, que con ayuda de mi grupo de trabajo y mi grado actual, tercero (mismo con el que inicié hace casi tres años), hemos ayudado a cambiar la perspectiva de vida de este niño que antes no quería vivir y que ahora se proyecta como un futuro profesional de la salud, que me dice “profe, cuando yo sea grande voy a ser doctor y la voy a ayudar cuando usted esté enferma” ahora Juanito aprendió a abrazar y a decirle a las personas lo que siente y cuanto las quiere.

Pero además de eso, Juanito me enseñó que siempre hay algo que se puede hacer, que no hay que darse por vencido ni siquiera cuando la mitad del

mundo te está diciendo que lo que intentas hacer es imposible, que nunca va a resultar o que ya no hay nada que se pueda hacer. Me enseñó que se puede estar cansado en el intento pero que siempre que decidas seguir, vas a estar dando un paso más para llegar a alcanzar lo que te has propuesto. Me enseñó a ser más humana, a saber, que las emociones son importantes en cada uno de los procesos que desarrollan los niños y de las personas en general y que influyen directamente en las decisiones que toman; que es necesario que yo como docente aprenda a reconocerlas, interpretarlas y manejarlas de una forma adecuada, lo cual me permitirá convertirme en un apoyo para cada estudiante que pasa por mi aula y no en un peso en sus primeros años de vida. Pero, sobre todo, me enseñó que la actitud de una persona que te demuestra que eres importante y que puedes lograr muchas cosas, es lo único que se necesita para encontrar sentido a la vida y amar la escuela.

Sin duda alguna, Juanito llegó a mí para mostrarme que todo en la vida es posible, desde tener ganas de morir, hasta encontrar en la escuela y la familia las razones más grandes para vivir. Fue mi reto y hoy es mi mayor orgullo.

EL ESCENARIO SE ILUMINÓ

Natalia Andrea Vanegas Marín

Querido lector, me he esmerado en escribirte esta vivencia y con ello regalarte aportes significativos para tu vida en las aulas, encontré interesante poder brindarte esta experiencia como un consejo para cuando enfrentes una situación similar a la mía.

Estoy en la sala de maestros, hay un ambiente agitado por la información que todos estamos esperando, la distribución de las direcciones de grupo para el próximo año. Cada docente pasa por la rectoría a escuchar la noticia como una sentencia, algunos llegan alegres otros molestos, pero hay algo que me genera temor, soy la penúltima docente que llaman y no han entregado la dirección del grado once. Cuando ingreso a la rectoría me siento ansiosa, deseo saber rápido mi asignación, mi temor se hace realidad me entregan un informe descriptivo de un grupo ¡Me ha tocado el grado once!

Un gran susto me recorrió internamente, yo solo llevaba año y medio en la institución y por lo tanto les exprese a la coordinadora y a la rectora que el grado once necesitaba un maestro con mayor antigüedad. Su respuesta fue enfática, ya era una decisión tomada, yo sería la directora de grupo del grado *one* en el próximo año.

Llegó enero empezó un nuevo reto, poder sacar a un grupo de treinta y tres estudiantes como bachilleres de la institución, es un grupo muy heterogéneo, existen los estudiantes participativos y colaboradores, los responsables, pero más reservados, los que anhelan graduarse con el mínimo esfuerzo posible. Entre ellos empecé a encontrar un joven con muchas dificultades para cumplir con sus trabajos académicos, hablé con los docentes de años atrás y me dijeron que este joven llamado Kevin tenía un diagnóstico sobre déficit de atención, en mi hubo mucho asombro ya que el joven aparentemente no daba indicios de dificultades de aprendizaje. Busqué en los archivos y encontré documentación muy organizada y en su evaluación neuropsicología decía:

“Paciente con discapacidad cognitiva hiperactividad, auto impulsividad y TDAH variedad mixto, déficit de atención. Mejora con atomexetina”.

Sentí un reto frente a mis ojos, Kevin es un joven académicamente con desempeño bajo y mis compañeros me expresan sus dificultades para alcanzar los logros.

Este chico poco a poco se fue convirtiendo en alguien muy especial para mí, lo describo como un joven de diecinueve años, mide 1.90 es el estudiante más alto de todo el colegio, es respetuoso, amable, educado, inquieto por las artes, demasiado sensible ante cualquier actitud negativa de sus pares, se comporta como un estudiante con una edad cognitiva de catorce años en algunas ocasiones.

Poco a poco fuimos fortaleciendo la comunicación, en los descansos me empezó a buscar y me mostraba videos de su música preferida, otras veces me compartía su libreta de apuntes con algunos dibujos a lápiz, un par de veces al terminar la clase me dejaba un dibujo sobre el escritorio.

Un día sin dimensionar el hallazgo que tendría él se me arrodilló, yo estaba sentada junto al escritorio calificando una tarea cuando me cantó al oído, era

maravilloso como tenía este talento y en medio de mis elogios el titubeaba por timidez, empecé a descubrir el talento artístico de Kevin; hablamos mucho sobre lo que tenía que fortalecer y empezamos a pactar retos, el primer reto que trazamos fue cantar en el lanzamiento del distintivo del *Prom* 2018. Continuamente, Kevin me decía con inseguridad sobre sí mismo “Profe, se me olvida la canción, no voy a poder salir” siempre le dije que lo apoyaba y confiaba totalmente en él, fueron doce actos ensayados dos veces por semana, en las noches nos encontrábamos en las instalaciones del colegio, para perfeccionar el show, Kevin en los ensayos cantaba hermoso mientras sus compañeros se sentaban a su alrededor meciéndose los unos con los otros.

El día 18 de mayo en este año, fue la gran noche, el colegio se llenó, los corredores estaban a reventar, todos tenían sus celulares en posición para grabar el show y no lo podíamos creer, nosotros el grado once éramos los protagonistas.

Allí Kevin debutó con la canción “No hay nadie más” del cantante Sebastián Yatra, llevaba una camisa blanca y un jean negro, parecía un cantante profesional, conmovió los corazones de muchos, lo llenaron de aplausos por su bella presentación. Luego de esa noche los maestros admiraban el talento despertado en Kevin, lo expresaban como una evolución (Kevin ha evolucionado muchísimo) eran las palabras de los profesores.

Kevin empezó a dedicar mucho de su tiempo a ensayar otras actividades en la institución, hablamos de otra faceta artística de Kevin, ahora su interés se centró en actuar, el grupo preparaba una obra de teatro “Romeo y Julieta” estilo actual, un compañero propone a Kevin como Julieta, me parece algo cómico, sería una Julieta de 1.90 metros frente a un Romeo de 1,57 metros, pero tal vez podía tener éxito. Ensayamos varias tardes la obra, lo espectacular era la naturaleza con la que él actuaba su interpretación de Julieta, era como para nominarlo a un Oscar, bueno mejor un India Catalina. El público se reía y disfrutaba de la puesta en escena de esta adaptación.

Ante los ojos de muchos se desvaneció el rotulo de dificultad cognitiva de este joven, se hizo notar tanto su capacidad histriónica, que recordé cuando las personas dicen que las limitaciones son mentales.

EN EL CAMINO DE LA PEDAGOGÍA

Rosalba Obando Cardona

Hoy me convocan mis pensamientos y recuerdos, para identificar los motivos por los que hoy ejerzo tan grata profesión.

Cuando era pequeña, entre risas, juegos, canciones, todas las tardes, después de la escuela me iba para la casa de mi prima Beatriz, ella tenía un tablero de los pitufos, le pedíamos a la profesora que nos regalara pedazos cortos de tiza y poder utilizar ansiosas nuestro tablero para contar, sumar y escribir algunas palabras que nos enseñaban en la escuela, y digo nuestro tablero porque se convertía la casa en un escenario para enseñar, las muñecas, las demás primas, incluso la tía se incluían en el juego para ser nuestras estudiantes e intercambiar ideas y experiencias, de pronto cuando las pequeñas profes tenían dudas las personas mayores nos ayudaban a aclararlas, eran verdaderos espacios para el aprendizaje y para compartir.

Para ser docente considero que fui estimulada por varios factores uno de ellos los juegos de la niñez, siento que en todos los juegos explicaba muy bien las reglas del juego, si era la cocinita siempre pensé que había un proceso adecuado para preparar la comida y así enseñaba a otros como se hacía. También mi madre soñó alguna vez ser docente, pero por dificultades familiares no logro serlo y mi padre soñaba con que fuera una mujer independiente y sabia y él tenía claro que mediante la docencia lo lograría por lo que me animo mucho a realizar los estudios en la Escuela Normal de mi municipio.

Empecé a caminar por el camino de la pedagogía y a descubrir la importancia de la educación para formar ciudadanos íntegros y que respondan a las necesidades de su país, aunque nos encontramos en un mundo competitivo que busca que ser humano produzca servicios a la sociedad, para responder a los nuevos desafíos acordes con el avance de la ciencia y la tecnología, obligando a la educación a trabajar contenidos de manera estricta sin dar lugar al desarrollo de las emociones y a la dimensión humana, por otro lado también es cierto que humanidad cada vez es más intransigente e individualizada en donde priman los intereses particulares y en donde las condiciones socioculturales y económicas afectan la ética de las personas. La pobreza y las experiencias de vida, causan traumas y violencia que se reflejan en la escuela y en otros espacios y es responsabilidad del maestro abrir espacios de diálogo, de concertación y comunicación para que los estudiantes escuchen sus voces y expresen sus sentimientos y necesidades, y de esta manera desarrollar habilidades y encontrar salidas a las problemáticas que los permean, lo que se verá reflejado en la sociedad, mejorando así su vida personal y social. La pedagogía ayuda a descubrir la importancia del intelecto y de los valores sociales y humanos tan importantes para la transformación de la sociedad, empecé entonces a introducirme en un mundo real que me seducía a seguir caminando por allí y a descubrir las posibilidades propias para empezar a ser parte del cambio.

En cada clase orientada, en cada acercamiento que tenía con estudiantes de diversas edades y en distintas poblaciones fui dándome cuenta que mi interés era

servir y esto lo podía hacer mediante la educación, esa es la profesión que deseaba ejercer por lo que, desde la práctica pedagógica hasta el día de hoy, busco dar lo mejor de mí en beneficio de quienes me rodean.

La primera experiencia de contacto real y en campo, fue en Armenia Quindío con niños de primera infancia y fue allí en donde se aprende bastante sobre pedagogía, pues en esta población se evidencian situaciones de abandono, maltrato, desnutrición y pobreza, por lo que es necesario generar estrategias, como programas de alimentación, atención psicológica a los padres de familia y niños, actividades de emprendimiento para acudientes, y actividades pedagógicas entre otras, para mitigar en los niños el impacto de estas situaciones que afectan su desarrollo físico y emocional, fue un trabajo integral y colaborativo de todo un equipo que analizaba minuciosamente las familias para identificar problemáticas y crear planes de contingencia desde la educación de los niños y sus familias. Todo esto afirmaba mi deseo de seguir siendo docente y fue así como siendo una mujer aguadeña, empecé a abrirme paso, a ampliar mi mundo y a buscar las mejores opciones para ejercer con amor y profesionalismo, esta tarea que ha sido aportar a la sociedad mis habilidades, mi conocimiento pero sobre todo las ganas y deseos, llegando a Antioquia, un mundo completamente diferente, nuevo y lejano que de una u otra manera genero fantasmas en el interior de mis deseos, ingrese al magisterio por concurso, fue inmensa la felicidad, pero la sentí miedo a enfrentar esta nueva situación.

Llegué a una vereda del municipio de Betania (Antioquia), llamada *Cajones*, la cual estaba ubicada en inmediaciones de los municipios de Andes y Betania, pero al estar allí y ver las instalaciones, ubicación de la escuela, la cual se encontraba en un estado paupérrimo, sentí deseos de no estar allí, recuerdo que me senté en un barranco muy triste a llorar porque no vea condiciones aptas para que mi hijo viviera allí conmigo, veía las luces del caserío a lo lejos y me daba cuanta que tan lejos tenía mis seres queridos y la responsabilidad de enfrentar un nuevo reto. Al fin decidí acostarme muy incómoda en el suelo.

Al amanecer aliste todo lo necesario para empezar de nuevo, mientras hacia el desayuno los niños iban llegando y yo con un profundo miedo, desde la cocina podía escuchar sus risas, sus juegos, hasta su curiosidad. Mientras los compañeros docentes tocaban la campana para entrar al salón yo no estaba preparada para ver tremendo espectáculo.

Al ingresar al aula los niños de me recibieron entonando una hermosa canción, mientras ellos cantaban yo veía sus rostros relucientes, sus ojos brillantes y sobre todo sus ganas de aprender. Por mi mente pasaban miles de pensamientos y sentí que odiaba lo que la noche anterior había pensado, miraba que muchos de ellos iban de pantaloneta y botas, en una bolsa de plástico llevaban sus útiles y en una botella su chocolate con leche y galletas, estaba preparados para recibir las clases y aprender, y yo en medio de mi egoísmo pensé solo en mí, en mi bienestar pero esta vez la vida me enseñaba que mi profesión se basa en el servicio a los demás y que debía esta vez pensar en el verdadero rol de docente. Fue así como al terminar la canción los niños esperaban escuchar mi voz, empecé a contarles sobre feliz que me sentí de estar frente a ellos y les prometí que daría cada día lo mejor de mí para que ellos aprendieran mucho, sonreí y sentí que mi cuerpo y mente se llenaban de motivos para querer seguir, así que de inmediato empezamos en

unión con la comunidad a sembrar y cultivar la huerta escolar como complemento al restaurante escolar, realizamos actividades culturales para descubrir y fortalecer los talentos, enseñe a algunas madres de familia a leer y escribir para que se desempeñaran mejor en su vida cotidiana y se sintieran importantes dentro sus hogares, realizamos salidas pedagógicas para que los niños se relacionaran con otros territorios y contextos, en las tardes recorría los caminos que transitaban cotidianamente los niños, hasta vivir allí por dos años y medio.

Descubrirse para transformarse

En el año 2013 llegué a trabajar en el municipio de Tarso. Hermoso municipio que se enaltece por su paisaje y también por la importancia que se le da la educación y lo digo porque desde la administración municipal, llega talento humano para apoyar los procesos académicos y de enseñanza a las diferentes sedes rurales, como docentes de arte, monitores de deporte, profesores de música, que desarrollan una serie de competencias en los estudiantes, relacionadas con el currículo y las competencias que deben alcanzar los estudiantes.

Llegué a la sede La Linda con sueños, metas y expectativas con la alegría de enfrentar nuevos retos; a medida que pasaban los días identifiqué situaciones de la cultura escolar que como docentes debemos transformar, y es allí en donde está la verdadera labor de un docente.

Se evidencia la naturalización de la violencia como práctica normal y cotidiana de los estudiantes de la sede, el maltrato a la mujer, los apodos, la violencia psicológica y física, unos chicos permeados por una serie de factores externos que hacen que se agudice la violencia y se irrespete al otro sin consideración, chicos incapaces de reconocer la norma y por ende la dificultad para reconocer errores y buscar alternativas de solución a las problemáticas presentadas, promoviendo de esta manera el machismo y las prácticas violentas afectando la sana convivencia y el ambiente escolar. La descomposición familiar y el consumo de sustancias psicoactivas en miembros de su familia por lo que se evidencian estudiantes resentidos, parcos para hablar canalizando sus emociones de manera equivocada. También se observa la cultura del deporte, en este caso, los estudiantes disfrutaban del fútbol como práctica cotidiana, pero que en ocasiones se prestaba para la rivalidad y la competencia insana.

Como docente no encontraba el camino para ayudar a mejorar la calidad de vida de los estudiantes, enseñaba como de alguna manera me habían enseñado a mí, imponiendo la autoridad y el castigo como solución a estas dificultades, pero estás seguían ahí, como docente no sabía el cómo, pues mi mente se encontraba encerrada en paradigmas tradicionales, fue así como sentí la necesidad de continuar con mis estudios e ir cada vez obteniendo más luces que me ayudaran a mejorar mi desempeño profesional, y me di cuenta que la academia es la mejor manera de descubrir un mundo de posibilidades para aportar a la transformación del espacio escolar, pues la lectura de ciertos pedagogos, las charlas con los docentes, las conversaciones con mis pares, me hicieron contrastar mis experiencias pedagógicas con las visiones de los autores y a encontrar otras maneras de intervenir, de ver el panorama escolar, el mundo diverso y único de cada estudiante, que tiene dificultades y que al mirarlos se escucha un grito interior que pide ser escuchado y comprendido, pero jamás señalado, otros mundos llenos de pensamientos que les difícil sacar a la luz, todo esto me ayudo a y tejer

estrategias para mirar la esa cultura escolar del momento como una excusa para cambiar las realidades de los estudiantes y acercarlos a la socialización contribuyendo para que se dé un espacio de cambio integral.

En cierto día de clases, en una jornada escolar viví una de las situaciones que me llevaron a determinar que el ser docente marca la diferencia. En clase de matemáticas uno de los estudiantes se acerca a mí para contarme que uno de sus compañeros le había cogido los lapiceros y que no se los quería devolver y que su madre se los había comprado con sacrificio.

Con todo el respeto, le pedí al estudiante que devolviera los lapiceros pero él se negaba a hacerlo por lo que yo le dije; si quieres déjeme mirar tu bolso, y este estudiante se levanta del puesto, me insulta, me dice apodos y ya cansado de decirme cuanto se le ocurrió, esperando mi respuesta y con deseos de agredirme físicamente, solo le dije que lo que él me decía no me causaba ningún tipo de dolor, él estaba esperando de mí que yo tratara de la misma manera que lo hizo conmigo. Al ver mi reacción salió del salón de clases y dijo que jamás volvería a estudiar conmigo, por lo que busco el acompañamiento de la otra docente de la sede, fue así como durante ese año estuvo estudiando con la compañera. Él estaba esperando que lo maltratara también de forma verbal y eso hace la diferencia, por meses le di espacio para reflexionar, en ocasiones se asoma al salón y yo le decía que cuando quisiera regresar era bienvenido, pero me decía que no o simplemente no me contestaba, en otras oportunidades me decía que aún no estaba preparado, cada que vez que se podía lo saludaba sin respuestas de su parte solo silencio, en diferentes momentos en que se podía me sentaba a su lado al principio se retiraba hasta conseguir estar sentado juntos y después cruzar algunas palabras, compartir un dulce o una conversación con otros niños, reconocer sus talentos, decirle lo importante que es como miembro de la escuela, hablar sin rencores, en ocasiones acercarme para preguntarle por su estado de ánimo, y en momentos reinos de situaciones graciosas que pasaban, hizo que tuviéramos empatía.

Este año con la ampliación de la oferta educativa, diseñamos una estrategia pedagógica para atender a todos los estudiantes de la sede, cuyo objetivo esta ofrecerles una educación pertinente y de calidad pues en la postprimaria muchos estudiantes, con diferentes asignaturas y grados así que de acuerdo a las competencias de los docentes decidimos trabajar en profesorado y de nuevo me correspondió atender al estudiante en el grado cuarto y tengo que decir que me sorprendió con su aceptación y respeto. Ahora tengo a mi cargo los grados de tercero, cuarto y quinto y él es muy activo, colaborador, respeta mis opiniones, conversamos, nos escuchamos y ahora él es más tolerante y canaliza mejor sus emociones, le hago saber que él es importante en el aula, le delego funciones, me cuenta algunos situaciones de su vida privada y yo le doy un consejo, nos reímos de las charlas y en la relación académica tiene más confianza para darme a conocer sus debilidades y yo más confianza para ayudarlo, por lo tanto nuestros aprendizajes son más significativos.

Comencé a identificar que el currículo es una excusa para buscar el desarrollo personal del estudiante inclusive, más que el cognitivo, la real importancia de la educación es lograr que el ser humano se desarrolle e integre en sociedad, fue así cuando empecé a encontrar valor en cada sentimiento que el estudiante proyecte porque así se pueden abrir espacios reales de diálogo en los estudiantes

se sientan importes, escuchados y que su voz tiene eco en la escuela como espacio de participación confrontación y nuevas conclusiones que le permitirán cambiar esas visiones erradas del mundo y por ende la violencia. En los hogares pocos niños son escuchados lo que hace que sean violentos no solo con los demás sino también consigo mismos, es en la escuela en donde se fortalecen los vínculos de participación y de confianza para que el estudiante empiece a creer en sí mismo y a reflejar esa autoconfianza en los demás.

Cuando entendemos que cada persona es diferente, que lleva consigo las huellas de dolor, tristeza, angustia, resentimiento que han traído consigo a lo largo de su vida, pero que en la escuela pueden encontrar quien les escuche más como alguien que da notas a su rendimiento escolar sino como alguien que puede ver esa condición de par y de iguales, estas relaciones se convierten en respeto mutuo, la educación se convierte en humanizadora, aunque es importante formar estudiantes competentes para desempeñarse en determinado campo, también es necesario formar seres sensibles al dolor de otros, comprendiendo su diferencia pero generando actitudes pacíficas para dialogar y comprender el mundo actual que necesita de ambientes agradables y sanos para interactuar.

Cuando el ser humano logra sanar sus heridas puede desarrollar una serie de actitudes para su vida, mejora la autoestima, la seguridad, desaprende y aprende cómo resolver sus conflictos personales y sociales para cambiar su vida. En el diálogo pedagógico el significado afectivo de las palabras recrean un rol muy relevante en la oportunidad de llegar a acuerdos. El lenguaje pedagógico afectivo ayuda a que los estudiantes bajen la defensa y permitan generar sensibilidad.

En cierto día de clases, en una jornada escolar viví una de las situaciones que me llevaron a determinar que el ser docente marca la diferencia. En clase de matemáticas uno de los estudiantes se acerca a mí para contarme que uno de sus compañeros le había cogido los lapiceros y que no se los quería devolver y que su madre se los había comprado con sacrificio.

Con todo de respeto, le pedí al estudiante que devolviera los lapiceros pero él se negaba a hacerlo por lo que yo le dije; si quieres déjeme mirar tu bolso, y este estudiante se levanta del puesto, me insulta, me dice apodosos y ya cansado de decirme cuanto se le ocurrió, esperando mi respuesta y con deseos de agredirme físicamente, solo le dije que lo que él me decía no me causaba ningún tipo de dolor, él estaba esperando de mí que yo tratara de la misma manera que lo hizo conmigo. Al ver mi reacción salió del salón de clases y dijo que jamás volvería a estudiar conmigo, por lo que busco el acompañamiento de la otra docente de la sede, fue así como durante ese año estuvo estudiando con la compañera. Él estaba esperando que lo maltratara también de forma verbal y eso hace la diferencia, por meses le di espacio para reflexionar, en ocasiones se asoma al salón y yo le decía que cuando quisiera regresar era bienvenido, pero me decía que no o simplemente no me contestaba, en otras oportunidades me decía que aún no estaba preparado, cada que vez que se podía lo saludaba sin respuestas de su parte solo silencio, en diferentes momentos en que se podía me sentaba a su lado al principio se retiraba hasta conseguir estar sentado juntos y después cruzar algunas palabras, este año con la ampliación de la oferta educativa, diseñamos una estrategia pedagógica para atender a todos los estudiantes de la sede, cuyo objetivo era ofrecerles una educación pertinente y de calidad pues en la postprimaria muchos estudiantes, con

diferentes asignaturas y grados así que de acuerdo a las competencias de los docentes decidimos trabajar en profesorado y de nuevo me correspondió atender al estudiante en el grado cuarto y tengo que decir que me sorprendió con su aceptación y respeto. Ahora, tengo a mi cargo los grados de tercero, cuarto y quinto y él es muy activo, colaborador, respeta mis opiniones, conversamos, nos escuchamos y ahora él es más tolerante y canaliza mejor sus emociones.

LO QUE HACE UN JABÓN EN LA EDUCACIÓN

Sandra Milena Montoya Vargas

Nuevamente tomo un lápiz y una libreta para escribir sobre mí, cosa que pocas veces hago, porque el ir y venir del día, hace que mi tiempo se reduzca, a veces pienso que la vida de una maestra debía tener más horas para poder hacer todo lo que se quiere hacer, compartir con tu familia, responder a las obligaciones del trabajo, hacer los trabajos de la universidad, planear, disfrutar algunos placeres y no sé, descansar.

Cuando inicio, nuevamente, otro relato de lo que quiero compartir con las personas que van a tomar un poco de su valioso tiempo para leer estas palabras, tiempo de su cotidianidad, tiempo que quizás pudieran dedicar a otra cosa, pero se detuvieron aquí, a leer lo que esta maestra plasmo en su escrito y quisiera que disfrutaran con cada palabra que escribo, con cada idea que se viene a mi mente, con cada recuerdo y momento que ya pasó, porque así es todo en la vida, todo pasa y cuando vuelve a través de las palabras escritas toman la misma validez de cuando ocurrió; quisiera que quienes lean esta narración vayan más allá de la lectura y se imaginen que son ellos los que vivieron la historia, la cual hoy quiero compartir y de la cual sé que van a surgir muchos interrogantes y quizás críticas. Son muchos años que llevo ejerciendo mi profesión, muchos los momentos vividos y muchas las cosas que la vida te enseña a través de cada jornada que inicias, nunca hay una igual, cada día trae su afán y su aprendizaje.

Es muy particular lo que me ha sucedido con los encuentros de pensamiento pedagógico, pienso que antes de hacer parte de él, mis pensamientos eran diferentes a los que tengo ahora, quizás el atreverme a escribir colocaba una barrera entre lo que pensaba o quería decir y lo que no me atrevía a contar a través de la escritura.

En mi primera narración me solté, me desahugué y cerré puertas que no sabía que aún estaban abiertas, fue tan mágico traer nuevamente esos duros recuerdos que, así como pasaron también se han ido superando y el saber que otros lo saben me da la certeza que muchos se identificaron conmigo después de leerlo, otros quizás tuvieron sentimientos encontrados y tal vez otros pensarán que realmente soy una docente con una historia como muchas más en nuestro territorio, lo único que para mí queda claro es que ahora soy lo que soy por lo que viví.

Ser maestra de primaria para mí es un regalo de Dios, un regalo que me ha enseñado que el tiempo es demasiado valioso, que cada cosa que haces por insignificante que sea puede cambiar el rumbo de lo que normalmente es así, puede trascender en la vida de esas personitas que cada día vez y agradeces que estén ahí, “tus estudiantes”; ellos son la razón de ésta hermosa labor y con ellos aprendes porque aprendes, ellos inspiran tus acciones y le dan ese brillito a la vida que a veces se quiere apagar.

Soy maestra de primaria hace veintitrés años y durante todo este tiempo he vivido momentos en las aulas que perduran en mi mente y en mi corazón, he llorado, he reído, he sufrido con cada situación vivida, son años de muchas experiencias que con el tiempo se vuelven bellos recuerdos, son situaciones de las que aprendes y maduras. La academia te da herramientas pedagógicas y otras tantas cosas que

te hacen profesional; pero hay algo que no lo enseñan en la universidad y es algo que viene contigo, que lo llevas en tu ser, en tu esencia de persona, la Vocación, la aptitud y la actitud.

Y eso creo que tengo, pues después de vivir los sinsabores de la guerra en dos de las escuelas que han pasado por mi vida, dos escuelas que me dieron herramientas para aferrarme y fortalecerme en esta misión que Dios en su inmenso amor coloco para mí, esta misión de educar, de enseñar, de guiar y *servir a los demás a través de la educación*, hace que me sienta una mujer afortunada y agradecida.

Hoy quiero narrarles lo que me sucedió los primeros días al llegar a la escuela del Chuscal, con ese enorme deseo de sanar heridas del pasado y de continuar mi labor como maestra. Me encuentro una escuela con situaciones que en este momento de la vida son normales como: el irrespeto al otro, el vocabulario soez para referirse a los demás o el usado durante la jornada escolar; hace unos años atrás esto era raro de ver, pues normalmente los estudiantes eran demasiado respetuosos y con valores que vivenciaban en las aulas, por lo menos en las otras escuelas donde había estado así pasaba; el maestro representaba todo en la comunidad, se le respetaba por encima de cualquier cosa, se le hacía caso y generalmente tenía la razón. Fui una afortunada de iniciar mi carrera así (hoy en día esto aún se ve en algunas escuelas del campo, en la zona urbana poco)

Pero bueno, cuando llegas a un lugar y haces un diagnóstico de lo que hay que mejorar se buscan estrategias para que así sea. Primero deduje por qué eran así. Llego a remplazar una docente jubilada, ella con sus largos años de experiencia daba lo mejor de sí, pero la edad trae consigo algunos problemas físicos y ya ella estaba un poco sorda lo que implicaba que hablara duro a los chicos, ellos aprendieron a hablar duro y algunos a gritar porque su profe así lo hacía y ellos quizás no entendían el porqué de los gritos, créanme que llegar de un lugar con tanta calma en el aula a otro donde la bulla, los gritos y las malas palabras eran el día a día que me tocaba enfrentar era demasiado difícil para mí.

Todo cambio genera en el ser humano cambios y cuando las cosas no funcionan hay que hacerlos, en mi caso llegué muy temerosa a equivocarme, tenía compañera y no precisamente compartíamos características semejantes, ella también estaba jubilada y con algunas ideas diferentes de la educación a la cual para ese momento nos estábamos enfrentando. Y cuando se trata de cambios para mejorar o solucionar alguna situación en el aula hay que hacerlos y asumir lo que conlleva las acciones que hagamos.

Era muy evidente que tenía un problema en mi aula y para ser más precisa en toda la escuela. Realmente uno se cuestiona y empieza a mirar que hacer sin salirse de los parámetros que normalmente se hacen en estos casos de acuerdo a la normatividad que está establecida en el momento. Empiezo con los llamados de atención personal, luego grupal sin ver cambio alguno, dialogo con los padres de familia en las reuniones mensuales y la situación nada que mejoraba. Traté con estrategias de estímulos en el aula a quienes se les viera mejorar y duró muy poco, se estaba volviendo la situación en interés, “me manejo bien si me das [...]” y tampoco era así. Ensayé varias estrategias y logré mermar un poco la indisciplina y volver a en rutar los estudiantes, pero no lo suficiente para tener un aula con sana convivencia, donde primara el respeto al otro y la buena práctica de valores, de eso

se trata la educación de enseñar al otro a vivir con el otro a respetar las diferencias, pues el conocimiento se va adquiriendo en la medida de las necesidades e intereses de cada uno en el transcurso de las etapas escolares.

Y, como en todo lugar, hay alguien que supera a los demás, que sobresale entre todos y en este caso de forma negativa, si este es el protagonista de esta historia “Arturo”, un niño que no hablaba, ¡gritaba! y mucho, se dirigía a todos con palabras vulgares y por más que lo corregía no lograba mejorar su comunicación y su vocabulario.

En las reuniones de padres de familia dialogaba con su mamá y quizás empeoraba la situación porque se podía notar que el problema de Arturo venía de su casa. Y como dicen por ahí, lo que yo hacía con la mano, me lo borraban con los codos.

Un día cualquiera, en medio de la impotencia que se siente y las ganas de acabar con esta situación que se me salía de las manos y se me estaba volviendo un reto más personal que laboral, porque era inconcebible ver el poco valor que le daban a la tranquilidad tan anhelada en otros lugares para esa época y ver estos niños que eran el futuro de la comunidad en esas actitudes y ese trato tan perverso que se daban, es ahí donde viene a mi mente un recuerdo de niña, un recuerdo de mis ocho años, edad similar a la de mis estudiantes, un recuerdo que era la solución que tanto había esperado encontrar.

En la mañana de uno de esos días que no vas a la escuela y que estas en la casa con tu familia buscando que hacer y no haces nada, donde la aburrición se apodera de ti, de una manera muy espontánea y después de un regaño de mi abuelita que era la encargada de mi crianza le grito “boba” y salgo corriendo. Mi mamita en ese momento coge un jabón con el que estaba lavando la ropa y sale tras de mí, cuando me alcanza me unta en la boca y me dice: esto es para lavarle la boca, que la tiene sucia de decir esa palabrota tan fea. ¿Se pueden imaginar lo que yo sentí en ese momento? Me acuerdo y me da risa, pero ese día sentí algo tan feo, una sensación tan horrible, que nunca jamás volví a decir una mala palabra o por lo menos a otra persona para irrespetarla.

Y pensé, si eso me funciona a mí, ¿por qué no ha de funcionar aquí? A mi mente llegaron muchos pensamientos, era tanto mi deseo de educarlos en el buen trato que me la jugué toda. Fue ahí donde tome la decisión y con voz fuerte les expresé a mis estudiantes que no quería escuchar más palabras feas, vulgares y ofensivas y que a partir de ese día quien pronunciara una de esas palabras le echaría jabón en la boca. Pueden creerlo, estaba jugando con lo más valioso que tenía, mi trabajo. Era consciente de las consecuencias que esto generaría con los padres de familia, pero en ese momento me la jugué.

Arturo, fue el primero de este experimento y como no serlo, si era el que sobresalía por decir las palabras más vulgares en la escuela. Cuando él dice la palabra soez, todos los estudiantes me llaman y me cuentan lo sucedido y a la expectativa de lo que iba a hacer, inmediatamente me dirijo a la cocina, unto mis dedos con jabón y lo llamo, le digo que voy a cumplir lo que les había advertido y así lo hago, paso mis dedos por su boca y aunque se, que no lo debía hacer, lo hice. El me miró, arrugó la cara, escupió, lloró, se limpió y todos lo miraron a él y a mí. Pueden creer que yo me sentí tan mal de hacerlo, pero ya estaba y solo quedaba esperar el resultado.

Aún recuerdo su mirada y sus palabras: profe. gas, eso sabe muy feo; yo me coloco a su nivel inclinándome y le digo de una manera muy suave: así lo siento yo y tus compañeros cuando dices esas palabras tan sucias y feas. Profe, no lo voy a volver hacer.

Me la jugué y gané. Arturo cada que iba a pronunciar una palabra lo pensaba en voz alta, “ese jabón sabe maluco” y se encargó de transmitirle a los demás que el jabón sabe maluco. Y cada año que fue pasando era la herencia que se dejaba de un año al otro cuando llegaban niños nuevos, acá no se dicen palabras feas, la profe hecha jabón a los groseros y todos con el temor quizás de sentirlo se abstendrían de hacerlo.

Arturo fue el primero y el último de este experimento. Sé que fue una acción no muy pedagógica, pero me funciona.

Se preguntarán ¿y los padres de familia que pensaban de esto? Educar no es fácil y más solos como lo es ahora en este tiempo, que no tienes el apoyo de los papás. Pues la mamá de Arturo no dijo nada, se acabó las citaciones a la escuela para dar las quejas que normalmente le hacía, él no contó y ella se enteró al tiempo cuando le entregue el informe académico de ese periodo.

El tema se expuso en una reunión general, cuando les conté lo que había hecho, con mucho temor se los narré y la respuesta fue de apoyo total. Sentí que había solucionado un problema de convivencia no siguiendo el conducto regular ni las directrices del Ministerio de Educación ni de SEDUCA, pero fue un éxito el resultado.

Arturo, finalmente salió de la escuela diciendo que los animales herbívoros eran los que hervían, académicamente no mejoró mucho; pero aprendió a respetar a las personas, a tratarlas bien, a diferenciar las buenas palabras de las no tan buenas y con un inmenso agradecimiento hacia mí. Hoy, Arturo es un hombre hecho y derecho, tiene un hogar y cada que me ve, me abraza y me agradece que lo haya corregido en el momento que era.

Quién iba a pensar que un jabón iba hacer la diferencia esta vez, un jabón que quizás en este momento de la vida sí se hace, a Bienestar Familiar o a comisaría llegaría la queja, por maltrato, por vulneración de derechos; estamos sometidos a escuchar y a callar porque cuando haces correctivos de ese tipo para generar a futuro personas respetuosas, la sociedad nos señala y es por eso que educar en este tiempo no es fácil y más cuando hay tantos Arturos sin corregir a tiempo.

Aún hago parte de la escuela El Chuscal, ya no como docente sino como directora en cargo y puedo dar fe que aún se comenta por los corredores de la escuela que cuando un niño dice palabras soeces la profe hecha jabón en la boca, porque en la escuela no se dicen esas palabras y se respeta a los demás.

Se vive un ambiente agradable, en los descansos los niños juegan entre ellos y cuando llega uno nuevo es una de las frases con que lo reciben: “pilas con las groserías, acá las profes echan jabón en la boca a los groseros” y quizás con solo imaginar su sabor no lo hacen.

Hoy en día cuento esto con un poco de pena porque es una acción no muy sana, pero es una acción que hizo la diferencia en su momento en una comunidad educativa que necesitaba con urgencia un acto que solucionara un problema. Pienso que necesitamos usar todas las herramientas posibles imaginadas para

aportar a un mejor país y todo inicia con pequeños actos, así sea un poco de jabón, un jabón que aportó a una mejor educación.

LA MUERTE Y MI LABOR

Sandra Patricia Blanquicet Doria

Él era el chico más juicioso de grado once, porque sus calificaciones y comportamiento así lo evidenciaban y porque también lo veía de tal manera, seguramente no lo era para otros profes, sí para mí, pero, hasta ahí llegaba mi contacto con él. Nunca le pregunté nada sobre su vida, y es ahí donde me surgen un sinfín de preguntas: ¿No le interesa al docente saber sobre la vida de sus estudiantes? ¿Hay miedo por parte del educador por mostrar sus emociones frente a sus educandos? ¿Se corren riesgos al tener tanta cercanía con ellos por las múltiples leyes y formas de acoso existentes? ¿Es importante para el educando que su profesor conozca sus miedos, talentos, preocupaciones [...]? Bueno, en ese entonces consideraba que no era necesario, él era del campo y tenía unos padres jóvenes, los veía en las reuniones. Ser del campo era para mí una gran fortuna, había tierra y para mí tener tierra era ser rico porque ella lo daba todo, me enseñaron que la madre tierra regalaba por montón sus frutos, era cuestión de amarla y ella enaltecida y orgullosa paría para ti, a través del agua, de los árboles, y desde lo más profundo de sus entrañas y entonces ¿Qué más podía un chico del campo pedir? Pero no es así, porque la vida me ha enseñado que no es suficiente con ello, pero para esa época ingenuamente, creía que los chicos no pasaban necesidades, no padecían ninguna enfermedad y eran enormemente felices. Pero un 22 de febrero la vida me dijo despierta y ten en cuenta las emociones porque de ello depende en gran medida el aprendizaje de tus estudiantes, sí, la muerte me enseñó que hay que amar a los estudiantes, que hay que ir más allá de un simple físico, que es el docente el más grande instrumento para el crecimiento de una sociedad compacta, justa, equitativa porque es él quien tiene el poder de ayudar a transformar los ambientes escolares, es la escuela la herramienta facilitadora de la formación de jóvenes críticos, auténticos capaces de hacer de su contexto un espacio para la felicidad, la hermandad y la justicia. Esto me permite reflexionar si es posible dar de lo que nunca la escuela me dio mientras me educaba y seguramente la mayoría de ustedes coinciden en mi respuesta que es sí, claro que sí es posible desaprender aquello que en nuestra época fue enseñado; ese “yo soy el docente y se hace lo que yo diga”, maldita jerarquía que hoy cuesta dejar atrás y que ha orientado bajo el estándar de “porque soy el profesor y punto” y que solo ha permitido educar bajo el miedo.

Soy Sandra y esta es mi historia. Nadie piensa en la muerte, ella es terriblemente dolorosa y llega sin avisar y sin importar edad o sueños; y un día apareció de repente en la clase de educación física de mi compañero Leo y se llevó con ella el sueño y promesa de un pequeño pueblo ubicado en lo alto de la montaña.

Se llamaba Pedro y después del desayuno inició clases de educación física, saltando la cuerda y cuentan que llevaba unos ciento veinte saltos cuando cayó al piso; se le dieron los primeros auxilios pero de nada sirvió; según el parte médico se bronco aspiró, no volvió a casa y con él se llevó una parte de mí; sí, se llevó a la Sandra preocupada porque sus estudiantes adquirieran el conocimiento sin importar sus emociones, sin fijarme en cuáles eran sus sueños, sus talentos y sobre todo sus miedos. Lloré durante mucho tiempo y me costó superar esa muerte como su profe

que fui, debí visitar a sus padres y conocer aspectos de su vida para dejarlo ir, porque la muerte a veces nos duele más por nosotros que por la persona que ya no está. Aprendí en esta situación que los libros salvan vida, y fue en este momento en que aproveché mi enojo y busqué ayuda en los libros, por eso lo digo con fuerza todo el tiempo “lee porque los libros salvan la vida” seguramente me ha faltado decir que estoy segura, porque salvaron la mía.

Por otro lado estaban sus compañeros, ¿Pensé en ellos en ese momento? ¿Me preocupé por buscar la forma de ayudarlos? ¿Pude ayudar a hacer el duelo junto con ellos? No lo sé, pero sí sé que hice lo que en ese entonces creí era lo correcto: llorar con ellos, hacer una carta a Pedro, prender velas, cantar la canción cristiana enciende una luz en algunos momentos; hoy me atrevo a decir que hice poco y quizá solo pensé en mí. Hoy pido perdón a estos chicos y desearía un día pudieran leer esta historia para que sean ellos quienes ayuden y comprendan que la educación es responsabilidad de todos. Y a quienes me leen les pido permitirse responder esta pregunta ¿Y qué hace un maestro para lidiar con la muerte? Y ¿Cómo se prepara la escuela para cuidar de la vida, así sea la de sus mejores atletas? Señor lector respóndame y respóndase estas preguntas porque me pasó y también le puede ocurrir a usted, es una realidad en un país en el que en el campo no hay transporte, carreteras, hospitales, pero sí unos profes soñadores queriendo transformar sus mundos.

Después de su muerte comprendí que, al igual que yo, mis estudiantes también tienen miedo y yo puedo orientarlos a fortalecer sus talentos y vencer sus miedos, a partir de la muerte de aprendí a mirarlos de manera diferente, aunque parezca una frase de cajón aprendí a *mirarlos con los ojos del alma*, esos que ven la tristeza, el miedo, el olvido, la angustia, la rabia, el dolor, si, esos que ven lo que no es visible, ellos que miran con transparencia para visibilizar lo invisible.

Hoy puedo decir que la muerte me enseñó a no enojarme con ellos por sus faltas, me enseñó a escucharlos y perdonar sus rabias porque detrás de algunos comportamientos hay un grito o silencio de desespero que pide auxilio y procuro estar ahí y poder orientar con amor para así transformar sus vidas y hacer realidad sus sueños.

Y mientras escribía este texto debí pararlo durante mucho tiempo porque aún mis ojos lloran, no tanto por él, ni por el profe. Leo que ya no está, porque ella, la muerte, también se lo llevó sin previo aviso unos pocos años después en un accidente, sí por mí y mi labor, porque quisiera un mundo más comprensible para la juventud pero sobre todo más lleno de amor.

AL NARRAR(NOS) NOS ENCONTRAMOS PARA DERRIBAR FRONTERAS

Adriana María Arango López

“La narración siempre nos remite irremediablemente a los otros;
siempre nos habla de alteridad al expresar
en su misma actividad el carácter
precedente del otro yo y del yo como otro”
(Joaquín Esteban)

Eran las diez de la mañana de un día caluroso de enero de 2012, y me estaba aproximando a mi nuevo campo de misión. El contraste interno que estaba experimentando al acercarme al suroeste antioqueño era agobiante y a la vez fascinante, me desprendía de la cuna que nutrió, desde mi más tierna edad, los cimientos de mi ser maestra; salía del espacio en el cual estaba viviendo una experiencia que me apasiona: el formar formadores [...] el formar maestros en la Escuela Normal Superior de Copacabana para enfrentarme a lo desconocido acompañar a futuros comerciantes, abogados y políticos, pues es su mayor inclinación vocacional, en la Institución María Auxiliadora de Andes.

A medida que iba viajando, una actitud contemplativa me absorbía: mis ojos se dejaron envolver por la belleza y majestuosidad de la cordillera occidental; el contraste de verdes y de alturas; la imponentia del cerro Tusa; el sistema rocoso al que debieron enfrentarse los arrieros para ir abriendo vías; la profundidad y serenidad que reflejaba el río Cauca y que contrastaba con el movimiento impulsivo del San Juan, que es uno de sus afluentes [...] Comencé, entonces, a soñar con este territorio, a dejarme envolver de su elegancia y misterio y a hacerme infinidad de preguntas.

¿Cómo apasionarme por una cultura que no conocía?, ¿cómo descubrir los elementos más profundos que subyacían en unos jóvenes con quienes nunca había tratado? Comencé a leer monografías, la historia del municipio, a hablar con los docentes, con las familias más ancestrales, y a caminar por calles, callejones, barrios y algunas veredas de Andes. A conocer un poco de historia institucional, a escuchar, a contemplar, a camuflarme entre los jóvenes de la Institución Educativa María Auxiliadora, sobre todo cuando estaban en la cancha, en los patios, o en los corredores, aunque confieso que eso de camuflarse vestida de hábito a veces es complicado con la población juvenil, pero era en esos momentos en los que recordaba las palabras de don Bosco, el fundador de la comunidad salesiana a la que pertenezco: “de la familiaridad nace el afecto, el afecto lleva a la confianza y es esta la que abre los corazones de los jóvenes”.

El conocimiento adquirido no solo fue intelectual, me implicó existencialmente pues estoy convencida que solo se ama lo que se comprende, y solo se comprende lo que se conoce. En este rastreo, hubo algo que captó mi atención desde el principio y es la descripción de sus gentes, dibujada de manera preciosa en su himno: “nobles, gallardos, empeñosos, de vida rebelde y airosa, de altiva mirada,

de valor y pujanza ejemplar”, y que se manifiesta en su historia de arraigo y desarraigo, de lucha hasta la muerte por la defensa de una tierra que es usurpada por los conquistadores a los indígenas Caramanta y los Cori (pertenecientes a la familia de los Catíos) y reconstruida por los colonos envigadeños. Una tierra que al igual que muchos territorios de nuestra patria ha sufrido la violencia que produce la lucha de poderes y que siempre trae como consecuencia el enfrentamiento de hermanos en quienes transita la misma sangre proveniente de la tierra, de una historia común.

En una de mis correrías con Sor Mónica Cardona (maestra y salesiana como yo) por uno de los barrios periféricos del casco urbano, caminábamos por un sendero muy solitario y sombrío hacia el sector de Brisas, cuando una sensación de temor enfrió nuestros huesos. Salió a nuestro encuentro un joven de mirada penetrante e inquisidora. “¿Qué hacen por aquí? ¿Qué se les perdió?”, nos dijo. Buenas tardes. Solo estamos conociendo, le respondimos. “Estos parajes son peligrosos para la gente que no es de por aquí”, continuó. Gracias por la advertencia, le sonreímos, y continuamos nuestro ascenso.

A medida que subíamos sentíamos en la espalda el acompañamiento persistente de ese joven que, como fierecilla, deseaba defender su territorio de cualquier presencia intrusa. Llegamos a la cancha donde algunos niños estaban jugando fútbol y otros montando bicicleta, comenzamos un diálogo informal, pero a cada pregunta que les hacíamos, antes de contestar, ellos miraban a algunos personajes que estaban a lo lejos, observándonos. Decidimos que, por el momento no debíamos continuar con nuestra trayectoria y regresamos por el mismo camino, pues no había otro.

¿Cómo hacer para que la escuela se deje tocar por su entorno?, ¿cómo hacer para que la formación que reciben nuestros estudiantes impacte a otros? Estas inquietudes surgieron en mi interior, y luego se las compartí a algunos jóvenes con los que conversaba en la Institución y que decidieron salir del ámbito escolar para encarnar el ideal de nuestra filosofía institucional: “buenos cristianos y honestos ciudadanos”. Este ideal busca formar el compromiso social y político de los jóvenes, promoviendo la dignidad de la persona y sus derechos en cualquier contexto, ser responsables de sus actos y defensores de la justicia, favorecer la solidaridad especialmente con los más pobres, promover la paz y el bien común en la política y sobre todo estar al servicio de los demás en toda circunstancia.

Recuerdo que una situación similar me ocurrió cuando tenía alrededor de doce años y era estudiante de la Escuela Normal de Copacabana. Al descubrir que siete niños de mi barrio no estudiaban por diversas circunstancias, monté una “escuelita semanal” en la sala de mi casa, con el firme propósito de enseñarles aquello que ya tenía el gozo de saber: leer, escribir y el manejo de las operaciones básicas. Incluso tuve reuniones con las madres de familia de estos niños, a las que visitaba en sus propias casas para entregarles las calificaciones que, pese a mi temprana edad, ya elaboraba en cartulina decorada con flores y bordes de colores. Esta experiencia marcó mi existencia y pienso que también, de alguna manera, motivó la propuesta que lanzaba a los jóvenes de mi Institución, pues las transformaciones no llegan de los otros, surgen desde lo más profundo y se cristalizan en el compromiso que asuma frente al otro.

Nos aventuramos, entonces, a recorrer juntos, a observar, a escuchar, y a dialogar con la gente de sectores que huelen a marihuana, a miedo, a abandono, a violencia, a desconfianza, a pobreza; espacios donde no siempre es fácil entrar, debido a temores infundados e ideas preconcebidas que nos hacen satanizar lugares y personas.

El proyecto “Derribando Fronteras” comenzó a gestarse en mi mente de maestra y en la de varios de los estudiantes de los grados noveno, décimo y once, y dio a luz un proyecto social liderado por ellos, con el fin de compartir espacios de recreación y lúdica y de acompañar procesos de formación en valores donde se cultive el sentido que tiene “el cuidar de”, la necesidad de asumir y resignificar la propia historia y la del lugar donde se habita y cómo cultivar la relación con la Trascendencia. Todo esto con los niños y adolescentes que viven en sectores vulnerables y con altos niveles de influencia de combos o pandillas juveniles.

Cuando salíamos por los sectores, nos encontrábamos aquellos rostros sorprendidos por nuestros saludos, nuestras miradas cálidas, nuestras sonrisas; estábamos tratando de derribar muros, primero los nuestros, aquellos que se sienten en la cabeza, para construir puentes invisibles que comenzaran a crear vínculos con lo desconocido, aquello que estábamos recibiendo como una inspiración y que no sabíamos a dónde nos llevaría.

Me reuní con los estudiantes varias veces para que contaran lo percibido y comenzaran a hacer un ejercicio de narrarse a sí mismos. Los jóvenes relataban sus experiencias, lo que habían sentido al entrar a lugares donde sus familias nunca se los hubiesen permitido, a contar cómo los niños los abrazaban, tomaban sus manos como gesto de acogida y de confianza, cómo las personas mayores deseaban que volviesen.

Recuerdo a Karla, joven de quince años, tez blanca, estatura media, con el rostro colmado de pecas y unos ojos vivaces y picarones, de cabello crespo, siempre recogido. Al enterarse de que en la próxima salida nos íbamos para Ferromesa, me dijo: “Hermana, yo no me puedo aparecer por allá”. ¿Y por qué? “Pues porque mi hermano tiene problemas con el *combo* de allá. Lo tienen amenazado, lo van a matar, todo por unos gramos de marihuana”. Pero ellos no te reconocen, Karla. “Claro, me distinguen [...] pero deseo seguir en el proyecto”. Entiendo [...] Karla, eres tú la que decide. Pero recuerda que no puedes juzgar ningún lugar antes de haberlo conocido, además, no estás sola. “Deseo ir, pero tengo tanto miedo, la verdad pánica, lo pensaré durante esta semana”. Lo sorprendente fue que, a los ocho días, Karla apareció y con un entusiasmo que contagió a sus compañeros y también a mí, recorrió las calles de Ferromesa, saludó a las familias, a los jóvenes que tomaban cerveza o fumaban en las esquinas, invitó a los niños a jugar, se fue enamorando de la gente de un lugar que nunca antes se habría atrevido a pisar, sintió la libertad que genera el enfrentar los propios miedos y hacer que se conviertan en posibilidad de encuentro.

Otro de los jóvenes es Matt, alto, de piel muy blanca, casi transparente, tal vez por su opción de no comer carne, pues según él contamina su cuerpo. Al verlo en este momento, me parece increíble recordar aquello por lo que ha pasado, cuántas veces ha vivido el sin sentido hasta el punto de atentar contra su vida. En el ejercicio de narrarse, Matt ha contado de manera profundamente humana su descenso hacia el abismo de la muerte, pero también ha expresado que el contacto

con aquellos que menos tienen y que viven situaciones extremas, resignificó su existencia. En uno de sus escritos expresa:

“Todas las experiencias que he vivido en Derribando Fronteras son huellas imborrables de mi alma, han hecho que el sendero de mi vida tome un rumbo diferente, me han hecho reaccionar, crearon en mí una llama que será imposible de apagar, ese instinto de querer ayudar a los que más lo necesitan olvidándome de toda actitud egoísta, de querer llenar de felicidad al prójimo para de esa forma encontrar mi verdadera felicidad. Todos tenemos esta oportunidad, oportunidad que no podemos dejar perder en nuestra supuesta sabiduría que se compara con la estupidez de un insensato. Los niños no son ningún futuro, ellos son nuestro presente, un presente que debemos defender como si se comparase con la perla más valiosa del universo”.

Carmen, una joven alta, maciza, con una voz melodiosa a la cual le encanta cantar y contagiar a otros de su alegría expresa en su narrativa: “No hay nada más satisfactorio que desgastarse por los demás”. Es una frase que ahora tiene sentido.

Los primeros días que salimos a observar el barrio que se nos había asignado, nos tocó hablar con sus habitantes y jugar con los niños; fue para mí una experiencia inquietante; eran muy evidentes esas realidades que para mí y para muchos han sido ocultas por la sociedad, por nuestros padres, familiares y las personas que quieren nuestro bienestar; siempre es más fácil camuflar las dificultades que afrontarlas y eso era lo que le sucedía a los barrios más marginados de Andes. Muchos sabíamos que en estos lugares eran más evidentes la violencia, la drogadicción y la prostitución; pero era algo que en el momento en que uno lo sabe, no piensa realmente en el dolor y el sufrimiento de personas que poco o nada son culpables de la realidad que tienen que vivir. En esos momentos me invadían sentimientos de desesperación y confusión, para mí fue un choque de realidades bastante fuerte; salir de mi zona de confort para enfrentarme a esas situaciones, no me era nada agradable. Siempre había estado rodeada de ambientes muy tranquilos, con personas poco problemáticas, criada en una familia que ha tratado de suplir mis necesidades básicas, tanto material como afectivamente, podría decirse que hasta ese momento había vivido en una realidad que era ajena pero que ahora sentía que me pertenecía. Empecé a preguntarme cómo hacer para que los niños se sintieran queridos y felices cuando estábamos con ellos y jugábamos, quería que se olvidaran de sus problemas y pasáramos un rato agradable, pero más que eso quería que aprendieran a amar y a respetar: a ellos, a quienes los rodeaban y a lo que los rodeaba.

Continuaba con mi labor social que ya no era una labor, no sé cómo describir la manera en que lo sentía; pero digo que ya no era para mí una obligación porque ahora experimentaba una sensación de satisfacción que me quedaba después del cansancio de un día de juegos y enseñanzas. Entonces, comenzaron a suceder más cosas maravillosas; pensaba que era yo quien enseñaba a los niños, pero me fui dando cuenta de que ellos también me enseñaban a mí; me enseñaban con su sonrisa, con su felicidad y sencillez. Aprendí a valorar más todo lo que Dios me había dado, a no ahogarme en problemas insignificantes, pero ante todo a sonreírle a la vida. Y desde eso estoy aquí, con la esperanza y los ánimos más fuertes que antes para ayudar y ser ayudada.

Estas narraciones que los jóvenes deben escribir a menudo y donde expresan lo que ha acontecido en sus vidas, a partir de las experiencias vividas en el proyecto, hacen que piense que las primeras fronteras que han caído son aquellas que existen en nuestro interior y que se proyectan precisamente en nuestras relaciones con los otros. Formamos, precisamente, porque transformamos en una dinámica en espiral, que surge desde adentro y que se expande en los diferentes contextos en los que actuamos como maestros.

Derribando Fronteras se ha convertido en un detonante institucional, pues nos ha dado la posibilidad de pensar la formación como referente transformador desde dentro hacia afuera y viceversa. Se ha convertido en una escuela conformada por cuatro fases: Fase 1 “manos por la paz y el amor” (niños de primero a quinto), Fase 2 “constructores de paz” (adolescentes de sexto a octavo), Fase 3 “derribando fronteras para construir sueños” (jóvenes de noveno a once) y Fase 4 “equipo formador” (líderes de la fase 3 y universitarios). En cada fase se forma, se proyecta y se narra.

Lo que en ocasiones más les ha costado a los jóvenes de la fase 3 y 4, son las adaptaciones que han tenido que hacer de los cinco núcleos formativos (cuidar de sí, cuidar de los otros, cuidar de lo otro, cuidar la historia de los ancestros y del sector donde se habita y el cuidar la propia relación con la trascendencia) para los niños de cada lugar, pues aunque es un mismo municipio y los diez y seis sectores son de zonas periféricas, cada uno de ellos posee una realidad y una historia muy particular.

Son las dos de la tarde, me pongo los tenis blancos, mi camiseta con el logo que los mismos muchachos diseñaron para el proyecto, acomodo el velo dentro de la cachucha y me dispongo a salir, como cada sábado. Los jóvenes me esperan en la puerta de la Institución no son solo aquellos con los que inicié la experiencia, algunos de ellos exalumnos universitarios, sino también aquellos que de las otras instituciones educativas del casco urbano y de la zona rural se han dejado contagiar por ella, debido al testimonio, a la pasión que los jóvenes del proyecto están irradiando. Ellos sueñan en convertir este proyecto en una Fundación Social liderada por jóvenes en favor de la niñez más vulnerable y que llegue a trascender las fronteras de Andes y llegue a otros municipios del suroeste antioqueño.

Los observo y sonrío, pues hemos aprendido el sentido que tiene que al narrar(nos) nos encontramos.

EL TINTE DE HISTORIAS

Vedgivia Rocío Garro Urrego

El estudiante es la esencia,
es el lienzo que me permite dibujar hacia dónde ir,
es la risa, es la rebeldía, es el hacer y él no.
Es la mariposa que libremente se mueve
y la educación el bosque
que le brinda la vida del conocimiento
Es la fuerza interna que lo lleva a la búsqueda de ser;
es construir, es visión; puerta positiva.

Llegan como rayos de sol con la tibieza de la mañana, cruzando desde todos los puntos cardinales trazados en la geografía física de la montaña; son tan reales como el paisaje natural y cultural; vienen para seguir haciendo camino; a partir del autoconocimiento que va marcando la escuela comprenden el mundo. Concurren solos, o en grupos; contagian con su diversa forma de ser. Serios, callados, conversones. Niños y niñas entre seis y once años, y jóvenes cuyas edades se cuenta entre doce, diecisiete y algunos con dieciocho años. Hombres y mujeres que se instalan en diversos salones de preescolar a undécimo; espacios con sillas, mesas, tablero y en la parte urbana una que otra herramienta informática. Recursos de primera mano que por su origen son pasivos, pero recobran movimiento en el transcurso de la jornada. Unos acuden puntuales, otros expresivos, algunos esconden su rostro entre el gorro del cubre frío que portan, otros muestran tristeza, miedo o se pasean por el salón.

En lo cotidiano, van y vienen chicos que se acogen a la norma. Cuesta iniciar un poco, porque algunos estudiantes se resisten a comprometerse. Es el caso de Orfa, la niña de once años en cuatro grados de escuela, que en la Institución Educativa Penderisco Arriba, peleaba mucho con los compañeros y no seguía las orientaciones. Su familia era de precarios recursos económicos, con una madre alcohólica; más bien ausente y el padre se había ahorcado cerca de la casa. Sus hermanos presentaban dificultades de aprendizaje y también de convivencia, pero más leve. Le costaba aprender, pero sobre todo socializar y desertó; ante esto hubo visitas domiciliarias, saludos enviados a través de los hermanos, acercamientos por parte de representantes de padres, pero fue en vano teniendo en cuenta su historia familiar. Egidio al igual que Gladys eran bastante colaboradores, de carácter distinto; leían, cantaban, jugaban, valoraban el restaurante y a pesar de la dificultad que manifestaron en las operaciones matemáticas lograron la primaria y explicaban que a su hermana no le interesaba volver a estudiar. La enseñanza personalizada implementada y la estrategia de explicación por parte de otros compañeros lograron la comprensión de la dificultad de Egidio y Gladis.

Ronal de catorce años, cursa octavo; llega tarde al salón después de los descansos, poco se concentra y atraviesa por una etapa de consumo de marihuana; se porta agresivo con el que lo intimida, pero esto no deja que su alma sea como un copo de algodón cuando lo tratan bien, le dedican tiempo y reconocen sus logros. Es de reconocer que algunos casos como este suceden por la carencia de algo en

la familia, en especial la falta de amor y comprensión; diagnóstico que se va dando a conocer a la familia, también se reporta en coordinación y con el psicoorientador.

Entre esto y otras condiciones de estudiantes confluyen algunos afro e indígenas, tímidos, bondadosos, cultos que les cuesta hacerse notar y están del pueblo hasta tres o algo más de días; es de admirar, porque ante las tareas diarias se imprimen tesón en la creación de sus correos electrónicos, *blogger* y búsqueda en la web, dejando el temor de mover el mouse, conectándose con lo desconocido y se divierten aprendiendo y yo más. Hasta otros estudiantes con menos disciplina descubren el aprendizaje imitándolos, por su liderazgo positivo siendo apoyo para el resto de estudiantes. Es de notar que siempre ocuparan sillas en las aulas de clase estudiantes que lloran porque les duele el espíritu, no se concentran y se paran todo el tiempo, aquellos que gritan y no encuentran el silencio ni su propia voz, porque parece que nadie los escucha. Los que se ponen un morral y se disfrazan de estudiantes, sin hallar motivo u horizonte en sus vidas. Hay también unos que se desvelan y sueñan recostados en la mesa que es para el cuaderno, el lápiz y uno que otro material. Otros que, el regalo que más anhelan no es el mejor celular o los tenis de marca sino la compañía de los padres. Las diferentes formas con las que hablan los estudiantes ya me cuentan algo, pero es más preciso cuando se conversa el asunto con cada uno, porque liberan el peso y la angustia de sus problemas. Pero, también, se da la comprensión de la situación al interior de lo que viven. Como es el caso de Jonás un joven de apenas catorce años en el grado noveno. Que llegaba tarde a la institución y, por supuesto, al aula de clase, vivía con la abuela y un hermano menor. Sus ojos se tornaban entre dormidos, abiertos y dispersos; en algún momento me acerco y le digo que, en ese momento, no es el de siempre; con el son en el salón otros treinta y ocho estudiantes. El responde profe, antes de llegar fume. Yo le sonreí y le digo que ese no es ningún problema que cuando quiera me busque. A la semana siguiente me llamo y me dijo profe que hago que tengo mucha ansiedad y le respondí usted sabe que se la está provocando, que hago decía el joven; el tiempo de un cuarto de hora de descanso se agotaba y le propuse que bebiera agua e hiciera deporte, pero el nuevamente, como si fuera tan fácil; ya para entrar a clase le dije te gusta leer y me dijo que sí. Tres días después me busco para que le prestara un libro, pero me dirigía a una clase fue muy rápido. Después de dos semanas se me arrimo para mostrarme el libro que una amiga de decimo le había prestado y me hablo mucho de su vida, que se sentía muy mal porque la mamá trabajaba todo el día, que iba a perder el año y que era posible que le negaran el cupo para el año siguiente. Cada que mencionaba a la mamá lloraba mucho como un niño pequeño, yo solo lo invitaba a que sacara ese dolor. En medio de tanta angustia reconoció el valor de la mamá como una guerrera, que era todo en la casa y que aparte que trabajaba estaba terminando el bachillerato y que el cómo le pagaba. Me abrazo y contó que había ajustado tres días sin consumir. Empecé a explicarle con dibujos, esquemas, palabras escritas y habladas las consecuencias de la marihuana y me dijo, ni el psicoorientador me lo había explicado tan claro. Al contrario, sus palabras fueron usted no es capaz de salir de ahí.

Todos ellos han inspirado, lecturas y reflexiones basadas en la sabiduría griega, Siddharta Gautama, Mahatma Gandhi, Martin Luther King, Nelson Mandela y otros; así como mi filosofía acerca de que mientras sean estudiantes el deber es:

la familia, el estudio, la alimentación, el deporte, la lectura, y Dios. Llamados de atención verbal, individual, sugerencia para acudir donde el psicoorientador y la retroalimentación de la cita; el trazo de trabajos pedagógicos previos, para poder que comprendan el desarrollo de una postura ética y moral, de sensibilidad donde entre en la cultura del reconocimiento de si y la importancia del otro; escritos individuales de apartes sobre la base de donde están fundado su proyecto de vida; dedicación de tiempo irreparable con los papás de estos estudiantes en reuniones, para el desarrollo de consciencia frente a las conductas de sus hijos. Dado que alguna población que conforma la institución, son del barrio 20 de Julio el que la circunda; conocido como zona de tolerancia, refugio de una que otra pandilla al margen de la ley, de familias desplazadas casi la mayoría de origen campesino con grandes valores.

En reuniones de profesores de primaria y secundaria; en los pasillos y diferentes espacios académicos y físicos de la institución, se escucha un pregón, el desdén, frente a la conducta de algunos alumnos que les cuesta convivir, desarrollar actividades de clase, acogerse a la norma y son el dolor de cabeza. Lo que me mueve a idear una jornada de esparcimiento con los autores de estas causas, se tiene en cuenta a los estudiantes de inclusión. Tres o cuatro integrantes por aula de primero a undécimo, con permiso de los coordinadores de primaria, secundaria y rectora. La propuesta se desarrolló con la presentación de los estudiantes, donde hubo reflexiones, juegos, fotografías, intercambio de historias entre los más niños con los jóvenes de décimo y undécimo; fue una actividad donde se sintieron escuchados, apreciados, fueron protagonistas, se descubrieron como seres valiosos, salieron del esquema de la clase cotidiana; fueron ellos.

Sueño con una institución donde los profesores entendamos la complejidad de la actualidad. Jóvenes solos, que viven con abuelos, con hermanos mayores quienes son sus cuidadores; o los que tienen doce, trece, catorce quince o un poco más de años son padres de hermanos menores. Exhorto a los docentes para dejar al lado la prepotencia de enseñar contenidos y velemos por acercarnos con la enseñanza a un humanismo para que exista una correspondencia de un ser humano, para otro ser humano. Hoy, por tanto afán de conocimiento desmedido el ser se debe encontrar a si y solo lo puede hallar en la medida de la sensibilidad; estudiantes que para estudiar aguantan hambre, asisten con un bolso pegado a sus espaldas; como si fuera posible que ya esto los hace; sus miradas confundidas y toda su existencia presente y futura la confían ahí; ayudado con un lápiz, de pronto uno que otro lapicero o no, ni siquiera sienten identidad con un uniforme, a veces la voz de otros mayores incluyendo la de los profesores poco importa, esa cultura se ha perdido. Es hora de cambiar porque los jóvenes están señalando el camino y el rumbo que hay que seguir. Es indispensable que se mire al joven en su esencia. El saber y el humanismo teniendo más relevancia el segundo es lo que debe marcar la diferencia en las instituciones educativas. No se puede concebir un hombre y una mujer con una mente equilibrada cuando en el contexto su génesis, desde su origen hay pensamientos, actos aprendidos que perturban la intención de querer ir y alcanzar.

Se encuentran en las instituciones jóvenes estudiando con barreras para el aprendizaje como es el caso de una joven que terminó su bachillerato académico con énfasis en humanidades cuyo coeficiente intelectual era de una niña de siete

años; en primaria su dificultad creó problemas de convivencia porque los demás niños no lo comprendían y el profesor de cuarto y quinto no estuvo preparado para dar un tratamiento al resto del grupo; hubo conflictos de odio, apatía, rechazo de los niños(as), hacia el profesor y la niña. Cualquier actitud normal o anormal de los niños con respecto a la niña era entendida como *bullying*, el profesor defendía constantemente a la niña y los estudiantes del grupo en su totalidad tenían pereza de ir a estudiar. Por fin los padres de familia nos reunimos para buscar solución y le dimos al profesor pautas de trabajo para con todos entendiendo a cada uno y en conjunto respecto a los objetivos del grado quinto y la convivencia.

La joven en el bachillerato sobre todo en sexto, séptimo y octavo continuó siendo muy incomprendida porque no asumía responsabilidades de aseo en los salones como los demás, pero era suficiente la voz de los profesores para intermediar. Obtuvo su título gracias a la Institución Educativa Monseñor J. Iván Cadavid G, que la acogió perfilando en ella puntualidad, respeto, dignidad, permanencia, buen porte de uniforme, escritura linda y legible, sentido de pertenencia, escucha, interés, preocupación, trabajo en equipo, desarrolló la competencia de buscar a los demás para conversar o pedir explicación en tareas cuando el profesor no la tenía en cuenta; y los demás hacía ella respondieron con respeto por la diferencia. Algunas veces la joven me acompañaba en las zonas de vigilancia; el colegio es muy grande y posee dos bloques de acceso a las aulas de clase y cada uno dista del otro aproximadamente en cinco minutos, sin tener en cuenta los pisos; sentimos el toque para la quinta hora de clase, de inmediato iniciamos la marcha para llegar a cada destino; tome otro camino y ella me dijo profe. por acá es más cerca y la verdad quede sorprendida, se lo reconocí tenía toda la razón.

También es el caso de estudiantes sordomudos, que con la dedicación de los profesores, coordinadores y rector obtienen el título de bachiller; identificada a parte de los profesores, por la docente de aula de apoyo quien orienta diferentes estrategias en el grupo entre ellas el lenguaje de señas siendo la más apropiada para que transforme su vida, le gusta leer y con la escritura son las herramientas que la llevan a lograr los procesos. O como las jóvenes de talla pequeña a quienes sus profesores, compañeros de aula y otros estudiantes de la institución reconocen, ayudan, colaboran para hacerles la vida más fácil según su condición; trasladándolas de un lado a otro en la espalda, cargándoles el morral con los útiles escolares, el cojín para acomodarse en clase, llamando a la familia para que vengan o las traigan cuando los horarios son de emergencia. Se identifican estudiantes con inclinación de otro género al que se observa físicamente. Este caso es de mucho cuidado y sutileza al tratar, puesto que se torna provocador para los que se mantienen con una identidad de género pero que al compartir con el diferente puede ser acosado de modo que el profesor debe orientar bajo todo lo que ampare el derecho y tener en cuenta el contexto.

La preocupación es como preparar al estudiante en conocimiento, en humanismo; con tanta diversidad de comportamientos y necesidades para el aprendizaje. Acaso los jóvenes que les matan el padre o la madre, la familia; son maltratados, carecen de alimento, son abusados, la familia trafica con droga, un padre o ambos permanecen por fuera durante la mayor parte del tiempo; merecen ser reconocidos, dignificados, incluidos; la mayoría de estos estudiantes trastocan

situaciones, piden llamar la atención, son distraídos, su mente no se concentra y no dejan cumplir muchas tareas. Será que para las instituciones el estado y las familias ¿no cuentan? Aparte que muestran una historia; la seguimos reafirmando cuando no descubrimos sus muchas o pocas capacidades en medio de la calificación superficial. Esto no es suficiente. La necesidad es imperante. Un joven con esa índole lo primero que se le debe brindar es amor, que se identifique como un ser valioso, capaz; sin estos elementos es en vano el resto; estos estudiantes son los llamados los repitentes y seguirán repitiendo en tanto que aprendamos a no castigar su involución aprendida.

Un ser humano se une al otro en la medida de que tenga condiciones que los lleve a socializar en una medida de familia, amor, alimento, salud.

Es el maestro la palabra, el gesto,
una voluntad envolvente de sueños encubados nacientes
en medio de un caos frenético
atravesando la metamorfosis a la materia vivaz.

MI LUGAR EN EL MUNDO

Ana María Mesa

Esta historia nacía todos los lunes a las 6:30 a.m., cuando inicia la semana académica y Jorge era de los primeros estudiantes que ingresa al colegio. Verlo me recuerda que todos tenemos una historia que se repite al iniciar la semana y, que tras once años o más, no concluye. Su madre es tipificada ante la sociedad, como una madre soltera, ambos hijos con un cromosoma extra y solo el padre del menor hace presencia, dándole algo de cariño a los dos, pues él tiene otra familia “oficial” que atender. El padre del mayor lo ignora permanentemente, solo es un padre dador de cuota alimentaria, que no sé si la dará cumplidamente, pero que faltaría incluir dentro de esta mensualidad las cuotas de amor que las personas con Síndrome de Down reclaman desde su ser. Dentro de su círculo cercano está la familia de la madre, quien en su niñez fuese la madre comunitaria y sus hijas, vecinos y amigos de su madre, docentes y compañeros del colegio, dentro de lo que se conoce.

Aún recuerdo cuando Jorge era un niño - físicamente hablando – se encierra en el baño de mi casa, su madre no aparecía y la mía ya presa del enojo le tira la puerta y lo saca, siendo parte del círculo de violencia hacia una persona que no comprende el mundo desde el mismo punto de vista de sus compañeros de grado o de un niño de preescolar, quienes, con diferentes edades, poseen sus capacidades *normales* ante la medicina y la pedagogía tradicional. Situaciones similares se vivieron en el colegio cuando Jorge se encerraba en la oficina de secretaría y de rectoría, para lo cual había que acudir a aquellos docentes que tuviesen mayor afecto en Jorge, pues el afecto se convierte en pieza clave para que obedeciera de forma autónoma, sin mediación de una amenaza o de un golpe.

La jornada escolar de Jorge era diferente al resto de los estudiantes, salía del colegio aproximadamente a las 11:00 a.m., y debía estar acompañado por su madre en muchas ocasiones, por sus dificultades de comportamiento, entiéndase como agresividad especialmente con sus compañeros y escaparse continuamente de las clases (lo que implicaba que el docente tuviese que dejar solo el grupo para irlo a buscar y encontrarlo con ayuda de auxiliares o de otros docentes en los lugares menos imaginados: huerta, en los baños escondido, etc.). estas situaciones fueron una constante aproximadamente hasta el grado décimo, mermando considerablemente hasta la finalización de su bachillerato. Aun así, su mamá no podía estar siempre con él, pues su hermano la necesita aún más.

Recuerdo cuando Jorge estaba en séptimo grado. La docente de lenguaje acababa de entrar de su licencia de maternidad, el afecto que Jorge mostraba por su profe sobrepasaba el límite docente – estudiante. Un día Jorge le muestra en uno de sus dibujos que ella, su hijo y él conformaban una familia, otro estudiante lo molesta por su dibujo y Jorge, con rabia, promete que al salir de clase se llevará a su hijo y la profe no lo volvería a ver. Ya se podrán imaginar el susto que la profe se lleva, ella llama a su casa y avisa en coordinación lo sucedido en el aula. No pasa nada de lo prometido, pero se le avisa a su mamá y la información recibida es que ella le asienta un golpe en su cara y lo obliga a pedirle disculpas a la profe.

Las situaciones de conflicto con él, por lo general, terminan en un acto violento. Un espiral interminable, así que como docentes también había que tomar

decisiones, tras continuos enfrentamientos similares a este su madre también necesita apoyo psicológico y el acompañamiento hacia Jorge requiere de sus compañeros y sus docentes, por lo tanto, se realizan reuniones reflexivas e informativas sobre las características específicas de personas como Jorge y su hermano. Trabajar en el amor y en la tolerancia es una labor continua en la que se espera que todos los actores de la comunidad educativa participe y ello se convierte en un obstáculo grande cuando para muchos son estudiantes torpes y bobos, como se le denominan en el lenguaje popular, las mismas expresiones lingüísticas son discriminatorias: “ellos no aprenden nada, ellos son bobos, deben estar en un espacio diferente a los estudiantes normales”. Este es un enfoque en el que se ha presupuestado las corrientes tradicionales, que separan lo convencionalmente normal y que hace que lo que nos suponemos normales, veamos “normal” los continuos berrinches, los comportamientos infantiles y los ritmos de aprendizajes diferentes y el hecho de observar y hacer replanteamientos en las prácticas de aula a partir de ello, ya nos hace mejores profesores.

Desde la escuela el panorama había sido muy similar, pero con muchos avances desde el ámbito cognoscitivo y comportamental con el desarrollo de habilidades motoras que se requieren para manejar un lápiz y un cuaderno y hacer deporte, allí tenía un especial acompañamiento de la docente del aula de apoyo, quien hizo un excelente trabajo con él y su hermano y ello se convierte en un referente importante para él y para la docente que hacen un acompañamiento ahora en secundaria. Pero estas habilidades debían ser reforzadas en secundaria, sin embargo, el inicio fue traumático para muchos, además del cúmulo de adolescentes con su infinidad de historias y de adaptaciones, la variedad de docentes en su grupo y muchos otros cambios que en el ámbito académico y administrativo que se dieron. Cuando inicia la secundaria se encerraba en la oficina de rectoría o de secretaría, pero el Sico orientador de la época, fue trascendental en el cambio, supo manejar con mucha sutileza el comportamiento de Jorge, sumado a otros docentes que tenían cercanía afectiva con el estudiante. Vuelve y juega en los cambios significativos el panorama del afecto en la aceptación de las normas y de la adaptación de Jorge a muchos de estos cambios.

Siempre es la dicotomía entre violencia y amor. Hoy te saluda con un fuerte abrazo, se dibuja una enorme sonrisa en su rostro y termina con un beso de esos que te traspasan la piel. Mañana vendrá llorando y pataleando en la acera del aula. Luego, será con una navaja, ya sea mostrando que la trajo y que eso lo hace un hombre maduro y fuerte o amenazando un compañero porque le dijo un apodo. Fue un ejercicio arduo y de constancia de parte del orientador escolar, el acompañamiento de su madre (quien también se enojaba cuando molestaban a Jorge, así que el problema se volvía peor) y el seguimiento que le hacían los docentes.

Han pasado años [...] aprendió a escribir su nombre con momentos de olvido de alguna de sus letras, también sabe escribir su número de identificación, aprendió a contar, a socializar con un mismo grupo de compañeros, a enamorarse y a desilusionarse. Ahora la dicotomía es otra: Jorge ha crecido, si bien no al mismo paso que su cerebro, quiere trabajar y ayudar a su mamá y a su hermano, pero no cuenta con competencias básicas para enfrentar el mundo laboral, como su control emocional variable a su situación familiar y obedece según el ánimo del día. Jorge,

es un niño de veinte años, cuenta con el desarrollo cognitivo de siete años, está en undécimo y aspira entrar al recinto del templo con su toga y recibir un diploma que lo consagra como bachiller. Se le ha pedido a la madre que lo deje otro año en la institución, es decir, que acepte que repruebe undécimo con el fin de reforzarle en competencias laborales y así él salga con un trabajo desde el colegio, al principio acepta, pero en la calle la convencen de que no es lo adecuado, de que la sacarán del beneficio de familias en acción y otro proyecto en el cual Jorge está inscrito, lo cual se convirtió en una falacia, y desistió de la idea. Para el día de hoy Jorge no está trabajando, con el agravante de que la mamá enviaba a su hijo menor con Jorge, al igual que le enviaba sus alimentos, por tanto, Jorge seguía permaneciendo largo tiempo en la institución y Jorge no es un referente de autoridad para su hermano, quien tiene un comportamiento más difícil que el de Jorge dado que su grado de dificultad es mucho más alto, las estrategias de adaptabilidad y socialización mucho más complejas. Por tanto, es su mamá quien debe permanecer en la institución y no su hermano, como ella pretendió al principio del año.

Su familia es otro cuento, que no tan otro cuando es decisivo en su voluntad general. Elcy tiene dos hijos, Jorge de veintiuno y Alejandro de quince, el grado de déficit cognitivo de Alejo es mayor que el de Jorge. El papá de Jorge solo da lo que una demanda de paternidad le exige y Jorge reclama constantemente su atención y me muestra su foto como si fuese su superhéroe favorito, y así como todo superhéroe, solo está en la foto, en su vida cotidiana es una sombra más, investigo su nombre y número de teléfono, pero solo consigo que me ignore. Puedo suponer que ante estas situaciones su madre se desahoga ahogándose en el alcohol. Es normal verla sábado, domingo y lunes tomando en las discotecas y cantinas y ya invita a Jorge, también es usual que el remate de la fiesta sea en su casa y ni Jorge ni Alejandro aparezcan el lunes por el colegio. Y si llega está enojado o dormido o llorando y hasta grosero, especialmente profiriendo palabras soeces en contra de compañeros y docentes y hasta contra su madre, a quien ama profundamente, pero de quien también reprocha su estilo de vida y las consecuencias de ello se sortean en el aula con sus compañeros y docentes.

Cuando en la institución se plantean ajustes razonables para estudiantes con algún tipo de discapacidad, se piensa solamente en cómo lograr un estándar o logro, pero a Jorge como se le hace un ajuste razonable en el amor, la atención, la confianza y la seguridad, ¿cómo atenderlas si el único que tiene esa capacidad está por fuera de su hogar?, ¿cómo la escuela puede atender a estas necesidades sin involucrarse emocionalmente y no afectarse alrededor de estas situaciones? Como grupo humano que es solidario y tiene como objetivo el bienestar de sus estudiantes, se intenta de alguna manera conversar con su madre, con su padre o padrastro, pero la normatividad y la fractura entre las formas de pensar de todos los docentes en referencia a ello, no genera la estabilidad que estos procesos requieren. De un lado, al docente se le solicita apoyo ante este tipo de situaciones, de otro lado, también se le exige al docente no involucrarse afectivamente con el fin de mantener la objetividad y evitar inconvenientes penales a los que este tipo de manifestaciones pueden adherirse. Ante esta situación en específico, Jorge ha manifestado afectos diferentes con una docente, ya se hizo mención de un comportamiento con su hijo y son actitudes que se deben evitar.

El lunes a las 6:30 a.m., toca lengua castellana, unas veces llega, otras no. Su madre alega que es obligación de él levantarse e irse al colegio. Siempre luce impecable: ropa limpia, camisa por dentro del jean, pero al iniciar la semana no hay un beso de despedida, su madre duerme la borrachera. El resto de la semana está en el colegio, preso de apodos que le hemos enseñado a manejar, pero toca sortearle el ánimo de ese momento, ya sea en forma de chiste o ignorando lo que le dicen. Pero, también es querido y protegido por sus compañeros, aunque en momentos también lo molestan, pero siempre lo incluyen dentro de sus momentos.

SILENCIOS QUE TRANSFORMAN

Andrea Jiménez

Mi experiencia laboral inicia en una institución educativa como docente de primaria. En mis primeros años me asignaban un grupo al cual le impartía todas las áreas o asignaturas. Esos primeros años son inspiradores en donde se tiene la creatividad a flor de piel, ideas que van y bien y que con mucha dedicación se logran convertir en acciones, aunque por otra parte surgen diversas situaciones para las que uno no fue preparada en la formación técnica o profesional, o donde posiblemente nos entregaron ciertas estrategias de solución o intervención que en ese momento no cobran sentido o no son significativas para esa situación en particular. En muchas de esas situaciones se logró hacer poco, algo o mucho pero siempre hubo la idea de que nuestra profesión exige que siempre contribuyamos a la formación de cada uno de nuestros estudiantes.

Entre las múltiples situaciones que me he encontrado en mi experiencia laboral, hay una en especial por lo que transformó mi profesión y tocó mi alma. Todo inicia cuando a mi aula del grado cuarto se incorpora Vivían, una estudiante de 10 años con discapacidad auditiva parcial grave; puedo describirla como una niña delgada, de piel blanca, ojos grandes de color marrón que le brillaban con una magia especial y una linda sonrisa con la que podía expresar lo que no hacía con palabras; desde otra perspectiva era positiva, responsable, dedicada y entusiasta.

En poco tiempo logró adaptarse al grupo y establecer relaciones adecuadas con los compañeros, aunque durante algunos meses en los espacios de descanso o actividades institucionales fuera del aula, permanecía sola de un lado para otro sonriendo a las personas con que cruzaba la mirada, pasado 3 o 4 meses ya compartía espacios y dinámicas comunes con sus compañeros de grados quienes la aceptaban y apoyaban en donde presentaba dificultades, incluso pienso que en poco tiempo la comunicación entre Vivían y sus compañeros facilitaba la cotidianidad escolar de ella.

En un conversatorio inicial con los padres de Vivían, una pareja de un gran amor y dedicación con su hija logré conocer la condición actual de la discapacidad de la niña y el proceso médico generado hasta la actualidad, como también el trabajo articulado que habían logrado la familia con los docentes del otro centro educativo, hecho que facilitó las competencias, habilidades y conocimientos que había logrado la niña hasta ese momento. Presentó como foco de atención el desarrollo del lenguaje verbal y escrito; Vivían para ese momento solo pronunciaba algunas palabras debido a que su discapacidad era de nacimientos y solo hacia un par de años atrás habían descubierto que uno de sus oídos respondía a sonidos fuertes, por ello le había incorporado un audífono para que lograra escuchar un poco más y pudiera ir desarrollando el lenguaje verbal, los resultados eran positivos pero mínimos.

La estudiante lograba decodificar y comprender textos escritos simples en donde podía comprender instrucciones o procedimientos, tenía competencias básicas en el lenguaje escrito (leía y escribía) pudiendo hacer consciente elementos gráficos, ya fuera mediante dibujos o al verbalizar pausadamente para que ella lograra oír o leer los labios, ya había mucho ganado porque para el grado escolar la

estudiante tenía competencia que facilitaría el aprendizaje de los diferentes conocimientos, aunque las cosas no iban a ser tan sencillas en la enseñanza de las matemáticas, la estudiante lograba reconocer los números naturales y realizar cálculos sencillos con las operaciones aritméticas.

Tengo que reconocer que en las primeras clases de ese año escolar por momentos se me olvidaba que mis estrategias de enseñanza basadas en el discurso oral no estaba siendo adquirida por Vivían quien con sus expresiones gestuales mostraba incertidumbre, en ese preciso momento me acercaba a transmitirle la idea de manera más concreta ya fuera por escrito o verbalmente, en la transmisión de muchos conocimientos lograba la apropiación por parte de Vivían, pero todo era más complicado con los aprendizajes de matemáticas en donde no comprendía los procedimientos algorítmicos con números fraccionarios o decimales, aunque ya manejaba las 4 operaciones básicas con números naturales pequeños, en esa primera etapa trataba de hacerle las explicaciones lo más sencillo y descriptivo posible, pero en muchos casos no alcanzaba el logro.

Mi cabeza empezó a idear una u otra estrategia que me facilitara el aprendizaje de Vivían, porque lo primero que tenía claro es que la discapacidad auditiva no podía limitarla para potenciar su pensamiento lógico matemático, contando con que en los conocimientos de las otras áreas se le facilitaba un poco más el desarrollo de las actividades siendo siempre necesario entregarle las instrucciones por escrito y evaluarla por escrito, es de mencionar que conocía sobre temas específicos de otras áreas en especial de ciencias naturales, hecho logrado a través de la lectura que hacía por gusto personal según comentarios de su madre; cabe mencionar que en ciertas actividades del área del lenguaje era necesario ser muy particular porque aún les costaba comunicar sus ideas.

Inicialmente me fallaron algunas estrategias como plantear los procedimientos algorítmicos a través de textos instructivos, presentarle videos en donde repetían una y otra vez procedimientos numéricos, exploré con otros pensamientos como el geométrico, métrico y aleatorio en donde podía ser más gráfica y ella a través de dibujos pudiera extraer ideas y dar respuesta por escrito a los interrogantes que yo le planteaba para verificar el conocimiento; cuando me refería a concepto se los daba y le pedía que los leyera y me mostrara a través de señas (dentro del dibujo, la gráfica o esquema presentado) lo que estaba comprendiendo para poder aclararle o darle algún otro elemento que le ayudara; pero aun la arbitrariedad de las matemáticas en donde los conceptos, procedimientos y propiedades no son fáciles de ver en el mundo de lo concreto o conocido me generaban dificultades para presentarle las actividades a Vivían, esta arbitrariedad no permitía ni la satisfacción del aprendizaje de Vivían y menos mi satisfacción como docente, otro factor concurrente eran mis demás estudiantes que requerían de atención y tiempo y con ello reducían el tiempo que yo podía dedicarle particularmente a Vivían.

La Institución Educativa a la cual se matriculó Vivían y de la que era docente para ese momento, no estaba preparada para atender a Vivían o a un estudiante con alguna discapacidad igual o diferente a la de esta niña desde aspectos académico, ya que no se contaba con un docente psicoorientador o de apoyo pedagógico en la institución o comunidad, y la comunicación con los profesionales que trabajaban para el municipio era complicada (razones de distancia y malas vías

de comunicación). Inicialmente se conoció el diagnóstico de la estudiante por parte de los directivos y nos comunicaron a los docentes quienes de ahí en adelante éramos los responsables de hacer las adaptaciones académicas necesarias para atenderla.

El reto por desarrollar competencias matemáticas en Vivían cada vez era mayor, empecé a consultar en diferentes medios ¿cómo evaluar a un estudiante con discapacidad auditiva?, ¿cuáles eran los aprendizajes básicos o estrategias de enseñanza?, pero en los medios electrónicos de consulta no logré encontrar elementos específicos, claros o prácticos que pudiera utilizar con los recursos que tenía en mi medio; así que busque por estrategias para enseñar las matemáticas en temas específicos y halle la primera idea en la enseñanza a través de la representación concreta y/o la representación gráfica.

En la construcción o maduración de estas estrategias inicialmente se me hizo más fácil plantear los conceptos o procedimientos gráficamente usando dibujos, pictogramas o esquemas; por ejemplo, para adicionar números fraccionarios se hacía una representación de cada cantidad a través de rectángulos que presentaba unidades completas que podían ser divididas en porciones iguales y ya a través del conteo o la inferencia se pudiera obtener el total, inicialmente lo hacía como docente y luego lo debía hacer Vivían con varias situaciones para aprovechar la ejercitación. Con esto logré que Vivían empezara a apropiarse de ciertos aprendizajes en unos con más facilidad que en otros. Con los logros alcanzados, la sonrisa de Vivían, la efectividad en las actividades escritas, las respuestas acertadas a preguntas abiertas y los resultados correctos se empezaron a ver los efectos positivos de las estrategias de intervención.

El trabajo continuaba sobre lo que aun Vivían no comprendía o aquellos conocimientos que yo no lograba representar gráficamente como el cálculo de una potencia o una raíz. La idea llegó de Vivían cuando en la construcción de las tablas de multiplicar para fortalecer el procedimiento de la potenciación, ella empieza a contar con los colores haciendo grupos de acuerdo a la tabla de multiplicar en construcción (si era la del 6, usaba 6 colores y contaba con ellos hasta pasar de un producto al siguiente en esta secuencia del esquema multiplicativo) mientras que sus compañeros lo hacían a través de la consulta en la tabla de multiplicación o mediante el cálculo mental, al verlo uno de sus compañeros lo cuenta a los demás y se toma esa estrategia como dinámica para todos, con ello se empieza a madurar la idea de la representación concreta (uso de objetos). Era tanta la alegría expresada por Vivían, que era momento de dedicar mi investigación e interés al uso de la representación concreta para la comprensión de los conceptos.

Paulatinamente fui incorporando estas estrategias a la enseñanza de las matemáticas de todo el grupo, hecho que me facilitaba la atención a Vivían por un lado porque podía usar la estrategia para todos al tiempo y por otro lado porque la apropiación por parte de algunos estudiantes me permitía asignarles la responsabilidad de acompañar y fortalecer la ejercitación de Vivían, ya que a esta altura el reto no era solo mío, sino del grupo quienes aceptaban y acompañaban a Vivían.

Al final de dos años (grado cuarto y quinto) no se logró que Vivían se apropiara de todos los aprendizajes, pero si se logró con muchos al nivel de dominio del grado escolar alcanzando a manejar las operaciones matemáticas con números

naturales, fraccionarios y decimales con cantidades pequeñas, diferencias y describir figuras y cuerpos geométricos, medir ángulos, extraer información de gráficas o rectas, describir o dibujar un punto en el plano y uno que otro aprendizaje que no recuerdo en la actualidad.

Tengo que reconocer que mi mayor satisfacción se obtenía cuando Vivían con una sonrisa y una señal con su mano derecha me decía “todo estaba bien”, gestos que se guardan en mi mente dejándome claro que una discapacidad auditiva no puede impedir que una niña o adolescente desarrolle el pensamiento lógico matemático, ya que las matemáticas no solo son palabras o las palabras se pueden transformar para que sean asequibles a quien no puede escucharla.

Es hora de pensar en que las matemáticas deben trascender la arbitrariedad que tienen en su esencia como conocimiento de transmisión, en donde se basa en enseñar conceptos y conocimientos contruidos para ser aprendidos desde la ejercitación y la memorización y no tanto desde la significación que podría ser la fórmula para facilitar el aprendizaje en los estudiantes y el desarrollo de una competencia que desde la construcción sea practica para él; específicamente quiero resaltar el uso de la representación concreta y después gráfica antes de la simbólica para ayudar a la construcción de las matemáticas por cada estudiante y no solo una repetición de procedimiento existente que muchas veces no conocen ni la razón y uso de él.

El silencio de Vivían trasformó mi manera de enseñar las matemáticas, hecho que pude incorporar como estrategias de enseñanza para todos mis estudiantes y en diferentes conocimientos. Transformó mi profesión al despertar un interés por fortalecer mi formación en la enseñanza de las matemáticas y en la atención a estudiantes con necesidades educativas, y trasformó un grupo de estudiantes quienes cambiaron los ruidos cotidianos en silencios, señales y pocas palabras suficientes para aprender. Además de lograr la seguridad en Vivían de poder aprender las matemáticas y la consciencia en los demás docentes de que esta estudiante podía aprender, si como docentes no tenemos limitaciones para enseñarle, porque ella no los tenía para aprender.

URABÁ

PRÁCTICA PROFESIONAL DOCENTE EN EL OTRO

Gloria María Isaza Zapata
Sebastián Castrillón Ortega
Mateo Posada Pamplona
Universidad Pontificia Bolivariana

En el espacio de enseñanza y aprendizaje, la práctica profesional docente conlleva aspectos de la vida personal que se desarrollan desde la experiencia cotidiana. Estas experiencias, que se entretajan con hilos de familiaridad, relaciones de reconocimiento personal y comunitario, parten de la necesidad de reconocer *el otro y lo otro*; además ayudan a constituir el comienzo a la mirada del *oficio de ser humano*.

La práctica docente en la subregión de Urabá está mediada por el contexto que ha transformado estas prácticas, desde vínculos que se construyen a partir de la labor pedagógica, en gestión y profesionalización. Evoca en su práctica una visibilización de experiencias que entran a consolidar la docencia desde la formación y la actualización continua para reconstruir su hacer con posibilidades de culturización.

El docente de Urabá genera encuentro con la realidad y la posibilidad de cambio. Asume el ser maestro desde la particularidad, la adaptación, la familiaridad, las creencias, entre otros. Desde su cotidianidad reconoce, además, el entretelado humano y social para entrever la realidad del ser maestro que contribuye al establecimiento de los rasgos del ser en la subregión.

Encadena la praxis del maestro un conjunto de acciones que evocan tradición y generación de nuevas experiencias que, desde el aula de clase, entendida esta como el espacio de interacción que tiene el maestro, aún más allá del espacio físico del aula y de la escuela, generan diálogos orientadores de conocimiento en favor de la comunidad. Con esta dimensión de la práctica es posible pensar en la construcción de nuevas dialécticas entre el pasado y el presente, las cuales identifiquen en el maestro, entre otras, un sentido de sistematicidad con un contenido relacional de un sujeto actuante decidido a ser maestro interactivo y participante; un sentido de interpretar el mundo a partir de realidades construidas que hacen parte de escenarios que contribuyen a la formación del ciudadano para fortalecer el tejido social, darle sentido al espacio de su profesión, sus prácticas y sus realidades; y un sentido que propicie el desarrollo de la cultura educativa en medio de la cotidianidad.

En el espacio de la escuela, el maestro se reconoce desde *el lugar del otro*; un lugar, que si bien potencia dimensiones y relaciones con una mirada del ser a la luz del desarrollo pluridimensional que posee la subregión, también contribuye al cuidado del saber propio, con tacto por aquello construido, legado, en la nueva forma de ser, entre ese saber tradicional y ancestral en algunos casos, y el complementarse con el generado en la cotidianidad del ámbito escolar y del saber que poseen los diversos habitantes de la subregión.

Con su interacción, tanto maestro y subregión, evidencian las acciones de cómo el ser humano ha incidido en estas y cómo son establecidas relaciones en contextos de lo público y lo privado con orientación al sentido de la mediación, el

emprendimiento, el reconocimiento de la familia, de las instituciones y del ser. Desde una mirada que identifique las tensiones que emergen de la cotidianidad de la escuela y del ser maestro en un marco de reconocer el propio espacio y quién es el maestro.

LA MISIÓN DE EDUCAR ES COMO LLEVAR LA CARTA A GARCÍA: ¡SÍ O SÍ!

Nelsy Barrera Montañéz

Mi paso por la institución ha sido como *llevar la Carta a García*, aquel ensayo del estadounidense Elbert Hubbard escrito en 1899, el cual describe cómo un mensajero llamado Rowan fue encomendado por parte del presidente de Estados Unidos para entregar al revolucionario Calixto García un recado con directrices sumamente importantes en la guerra de independencia de Cuba: “Rowan, no pregunta como llegará, dónde encontrará a García, qué recursos usará, a quien contactará. Simplemente toma la carta y emprende la travesía con la seguridad que cumplirá con la comisión asignada por el presidente”.

Desde que llegué a la institución, he pensado en la labor que se me ha encomendado como en la Carta a García. Trabajo en eso y busco que los demás también lo hagan. Me gustaría que todos fuéramos tan resueltos, proactivos y acuciosos en nuestro trabajo, en la consecución de nuestros fines educativos y formativos, como lo fuera aquel mensajero del relato. Es así como cada día es un reto importante que empieza cuando las puertas se abren de par en par y la mañana empieza con: “¡Mi coordi, buenos días!”, la expresión sincera de recibimiento de uno de los celadores. En el carro ingreso hasta el fondo de un pequeño espacio que habilité como aparcamiento. Hasta allí llegan de inmediato Jhon Dilson, Encarnación y Yoimar. Tres niños de esos, que mal llamados en el común de la gente son *especiales*. Estos lo son no por su condición de discapacidad, sino por su particular y divertida forma de ser. Se acercan para saludar y ayudarme con la cantidad de *trasteo* que suelo llevar al colegio todos los días: libros, maletín y bolso. Ahí mismo recibo el informe de cómo amanecieron cada uno y si han cometido alguna pilatuna recientemente, si alguno ha estado enfermo o la explicación de por qué faltó el día anterior.

Cada uno tiene un grado de dificultad distinta para el aprendizaje y una personalidad particular. *Yoimar* escribe un poco más que todos, está siempre pendiente de sus compañeros y con frecuencia reporta lo que hacen los demás. Es un poco más hábil en su expresión verbal. Cuando se acerca, siempre lo hace de lado y me saluda con un abrazo tímido guardando la distancia. Si a tiempo hubiera encontrado un buen mentor en su proceso de formación, de seguro habría aprendido mucho más de lo que sabe, pues muestra disposición para hacer las cosas, pero le faltan habilidades físicas e intelectuales para lograr ejecutar las tareas con eficacia. Años de estar deambulando en el colegio sin rumbo, sin que se le orientara como debía, sin ofrecerle otros retos y oportunidades, lo hicieron lento y un tanto torpe. Con ello también aprendió a creer que no puede hacer ni lograr muchas cosas como los otros, porque no tiene las mismas capacidades.

Cada vez que le planteo algo nuevo para hacer, se entusiasma, aunque se muestra pesimista a la hora de ejecutarlo. Le digo: hágale que usted capaz, usted sí puede, intente hacerlo. Lo sigo con la mirada y veo que tiene “ganas”, pero también veo su sufrimiento y su falta de confianza en sí mismo. Entonces, hace por hacer, sin importar cuán cuidadoso debía haber sido el resultado de la tarea encomendada. Abandona con facilidad y pone cara de resignado. Aunque nunca

es tarde, solo le queda un año en el colegio. Imagino lo difícil que debe ser para él saber que una vez termine su bachillerato no podrá volver. Y entonces, ¿qué será de él? Me pregunto y me preocupo.

Encarnación es callado y parece muy tieso cuando estira su mano para saludar. Camina lento y agachado. Con sus ojos achinados mira como si en cada movimiento que uno hace analizara la personalidad o tratara de adivinar el siguiente paso. Es servicial al máximo. Nunca se niega a nada y tiene actitud de obediente. Con el tiempo le ha salido una joroba que le causa dolor. Dolor del que no habla y soporta como si no existiera. Se entusiasma con cada reto e intenta hacer lo que se le encomienda hasta el final, aunque no sea perfecto y omita cantidad de detalles importantes. Va al colegio incluso cuando no hay jornada, se acerca a saludar y a ayudar con el arreglo de las mesas o la escobeadada del patio salón. Sabe que al final será recompensado, pues siempre hay alguien que le reconoce su labor dándole algo de comida. Él solo espera pacientemente. No pide, se sienta y mira.

Jhon Dilson es el niño cariñoso y expresivo, no duda en mostrar sus emociones, sentimientos o desacuerdos. El otro día, después de que yo regresara de una larga incapacidad, se acercó y me dio un abrazo de bienvenida. Cuando le pregunté cómo estaba y cómo lo habían tratado en mi ausencia, se sintió acongojado por algo, agachó su cabeza y mientras se le hacían lágrimas los ojos contestó: "Mal". Le pregunté por qué, pero no comprendí gran cosa de lo que dijo, así que solo traté de alentarle a continuar y le mostré mi respaldo. Jhon no solo tiene dificultades para aprender, sino también para hablar con claridad, pero si hay algo que le encanta y lo hace feliz es la música. ¿¡Quién dijo fiesta!? ¡A cantar, a tocar la caja o los platillos! Por otro lado, es muy bueno dibujando y coloreando. A estas dos actividades les pone todo el corazón. También le coquetea a Carolina y la persigue por todo el colegio. Según él, y por insinuación de otros, porque era la novia. Tanto la hostigó, que si bien al principio los dos fueron objeto de risas y chanzas, que no pasaron de ahí, luego se tornó en un verdadero problema cuando se creyó lo que los demás le decían y empezó a celarla, al punto de tornarse agresivo.

Una vez ingreso a la oficina en la mañana, los tres toman asiento mientras acomodo mis cosas en el escritorio. Yoimar comienza haciendo un gesto de picardía y empieza a relatar cómo alguno de ellos no hizo lo que tenía que hacer o incurrió en algo malo como emborracharse en la tienda el día anterior, coquetear o molestar a las niñas, esconder los lapiceros a otro, etc. Los otros dos se miran y sonríen. A veces no sé si dice la verdad o solo toman del pelo. Uno de ellos niega con la cabeza y trata de desmentir la afirmación. Si el caso es con Jhon Dilson sonríe un poco y luego se pone serio e intenta aclarar la situación, difícilmente le entiendo lo que dice, pero Yoimar, como lo haría cualquier interprete de lengua extranjera, lo traduce a la perfección. Si la situación es con Encarnación, siempre sonríe y en sus pequeños ojos se verá el brillo de picardía que le asiste. A veces se defiende echándole la culpa a otro y negando ser el autor de la fechoría. Con él también tengo dificultades para comprender lo que dice, aunque un poco menos; pero para hacerlo me valgo de Yoimar, quien en ocasiones se aprovecha de ello para inventar un poco y tratar de hacerlos quedar mal, mientras se ríe al ver que los otros no logran defenderse.

Mientras la cosa transcurre, ha sonado el timbre y todos han ido a los salones. Yoimar se ofrece a limpiar los vidrios de las ventanas y Encarnación lo

sigue en la tarea. De pronto, advierto una figura en la puerta. Se para a un costado y me mira, pero no entra. La saludo y observo que como todos los días trae los zapatos desamarrados y el cinturón de la falda en la mano. Le llamo la atención por esto y hace caso omiso mientras hace un gesto. Permanece allí. La invito a seguir, pero se niega. Le pido por favor se organice el uniforme y se niega por completo. Le pregunto por qué y me contesta no le gusta. Le explico lo importante que es portar el uniforme, además de lo bonita que se vería con él bien organizado, pero se niega nuevamente. A regañadientes se asegura las correas de los zapatos. ¿Y el cinturón? Le pregunto. Entonces mueve la cabeza y hace que no. Venga se la ayudo a poner, le digo. Sandra, que es como se llama, no cede un milímetro. ¿De qué sirve traer el cinturón si no se lo pone? Ella hace un gesto como queriendo indicar no entender su significado. Será que quitamos el cinturón del uniforme y mejor hacemos una corbata que acompañe la camisa. ¿Tú qué piensas?, ¿qué sugieres?, ¿o quitamos definitivamente el cinturón? Nuevamente hace gestos y no dice nada.

Bueno, muchachos, ahora sí al salón, les digo. Los otros tres salen, pero Sandra se mantiene en el marco de la puerta. Generalmente espera; hace como que se retuerce y se para a un lado donde no la vea, pero no se va. Me doy cuenta que no entrará y tampoco se irá. Salgo y prácticamente la tengo que acompañar al salón, aunque siempre hace el amague de no querer ir. Con el tiempo he aprendido que tiene una forma distinta de pedir atención. No le gusta hacer nada. Si se le pide un favor se niega la mayoría de las veces. Se resiste a participar, no importa qué opciones le dé. Le pregunto si quiere hacer algo e igual nada parece gustarle. Va de diario, aunque la mayor parte del tiempo solo se queda allí y observa a la distancia. Como si quisiera participar, pero algo [...] no sé qué, la detiene. Ella es la hermana mayor de Encarnación, pero rara vez se le acerca o los logra uno ver juntos. De hecho, intenté tomarles una foto a los dos y se resistió bastante. Al final logré convencerla. Luego me pidió que se la dejara ver y solo se contempló en ella y le brillaron los ojos como si estuviera descubriendo algo.

En la jornada de la tarde, sonriente y sudoroso llega José, un niño de siete años del grado primero. Saluda con entusiasmo y me cuenta las cosas que le pasan en el salón o en el recreo. Toma aire y se advierte en su charla que no se quiere ir. Necesita ser escuchado hasta el final. A veces aparece con un *boli* para mí como regalo. Me dice que él mismo lo hizo en su casa. Luego pide agua porque tiene sed. Al recreo vuelve a aparecer por más agua, va una y otra vez. Motivo que se convierte en excusa para salir de clase.

El otro día le dije: ¿cómo crees que podríamos hacer para que no te salgas tanto del salón por agua? Él solo se encoje de hombros. Vamos a ver. Piensa qué se te ocurre. Sugiere que, tal vez, la solución sea traer muchos bolis, pero se derretirían. Noto que mira la pequeña nevera que está en la oficina y antes que diga algo le hago caer en cuenta que no sería lo ideal porque igual tendría que ir a la oficina cada rato por un boli, con lo que no cambiaría en nada la situación. Quizá puedas traer agua en un tarrito y mantenerlo en el salón, ¿qué dices? “Pero no tengo tarro”, contesta. Mi mami no me ha comprado. ¿Y si buscamos una botellita vacía de las de gaseosa, la lavamos bien y allí lo traes? Mira con asombro la posible solución y accede a hacerlo para el día siguiente.

Posterior a esto, un día cualquiera, el tarrito con el agua se le olvidó en la casa. Llegó agitado a la oficina antes del toque para contar lo sucedido y pedir ayuda. Yo estaba a reventar de casos: niños enfermos, unas profes exponiendo problemas con sus estudiantes, una niña quejándose por las amenazas de otra y diciendo que no quería pelear, pero a ella la estaban provocando. Ese día era el caos. José a un lado insistía en su pedido. En medio de la situación, traté de colaborarle llamando a la madre, pero ésta tenía el teléfono apagado. Le dije, entonces, que estuviera pendiente en la puerta si veía a alguna de sus vecinas para que le enviara razón a la madre. Salió y a poco volvió. Entonces lo vi angustiado. Estaba decidido a no irse al salón sin resolver su problema. Todos lo miraban y se reían un poco de él. Pues por el ladito se metía entre cada situación y seguía insistiendo. ¿A quién más podemos llamar? Le pregunté. Salió disparado y volvió con un número de teléfono ante el asombro de los secretarios, profesores y hasta el celador, que le venían siguiendo la pista desde hacía rato. Vaya lección la que nos dio José aquel día.

Con el tiempo y la profesión, he aprendido a hacer interpretaciones diversas y confío en que cada vez más aterrizadas de las cosas. Casi podría decir que, en la Institución, tan arraigados como los hábitos y comportamientos de estos niños, son también los del resto de la comunidad educativa. Aquí podemos tener un termómetro de nuestra cultura institucional a través de los estudiantes, pues reflejan en buena parte la forma como nos relacionamos, como se procesan y resuelven las situaciones. También cómo algunos sacan ventaja de otros al igual que Yoimar por parecer ser el más hábil en los asuntos. Si el caso es llevar la carta a García, la pregunta es ¿con cuál de todos la enviaría? Esta profesión y la labor contratada ya no es un trabajo de uno sino de todo un equipo. Para la consecución de buenos resultados es necesario considerar las particularidades y necesidades que anteceden a cada uno y no perder de vista el objetivo; sin embargo, con frecuencia, puede generarse cierta inconformidad cuando la misión y la visión no están alineadas en el mismo sentido, pues las particularidades parecen pesar más que el resultado final. Es de humanos errar. No reconocernos como personas que pueden perder el rumbo.

En nuestra Institución hay quienes cargan con sus propias jorobas todo el tiempo y eso impide realizar ciertas labores. El asunto aquí es que parece autoimpuesta y no quieren soltarla. Se mantienen en expresiones como: “Aquí siempre se ha hecho así” o “Aquí hubo un rector que hacía esto o aquello” bien o mal con situaciones que ya no operan y no sirve mantenerlas. Anquilosados en el pasado están y se niegan a ver hacia adelante.

Está presente la dificultad para hablar y expresar lo que sienten y piensan; un código de conducta que se ha creado en el que es mejor quedarse callados para no meterse en líos con los demás, para poder mantener su reconocimiento y aprobación. Hacen pero que no se note, apenas para cumplir. En cada proyecto hay alguien que no hace, no deja hacer y además se empeña en indisponer a los otros. “¿Por qué tengo que [...] si x no lo hizo?” No buscan vencer la adversidad y los obstáculos, sino que encuentran motivos para no responsabilizarse. Cuesta hacer una resignificación de la tarea educativa como un proceso de todos en donde cada aporte cuenta. Se convierte en una carga tener que lidiar con cada cosa. Me

pregunto: ¿cómo lograr que todos vean horizontes donde hoy apenas ven fronteras?, ¿cómo obtener resultados positivos?

Tiempo atrás trabajé en programas preventivos con una propuesta pedagógica para la drogodependencia en donde el slogan era: pega al líder y pegarás a la manada. En cada subgrupo creado hay alguien que ejerce una fuerte influencia sobre los otros. De conseguir ese aliado tienes al resto del equipo trabajando en el mismo propósito. Cumplir la misión será mucho más fácil. Por ahora este ejercicio propiciará otros espacios de reflexión en donde probablemente sea más fácil atender a las dudas, los miedos, las inseguridades y las razones propias del el convivir, el ser y el hacer responsablemente. Un ejercicio intencionado para evaluarnos en contexto de lo que somos capaces buscando superar las propias deficiencias antes de convertirnos en referentes de otros.

ENTORNOS DE VIDA Y PAZ

Liliana Patricia Gómez Valle

Si contar las aventuras vividas ayuda a devolver nuestros pasos, de alguna manera, el recordar las experiencias como docente me hace ver en retrospectiva todos aquellos caminos por los cual tuve que pasar. Si mi sueño desde los ocho años era ser profesora, debía proponerme lograrlo a pesar de las carencias y falta de oportunidades. La primera barrera que tuve que enfrentar en éste trasegar fue la que yo misma me construí, pues sin aún graduarme de bachiller, ya tenía el diploma por ser madre de dos hijos. Y es que cuando uno se ve en ese papel, pareciera que las puertas se le cierran, y que las fuerzas y el tiempo solo son para ellos; y es que, en cierta medida, es así, y no es porque no se quiera continuar, sino porque ya pasa a un segundo plano todo aquello que se anhela.

Entender que, a veces, es necesario experimentar tantas cosas para llegar a obtener algo es, en momentos, algo inverosímil; por ejemplo, saber que a fuerza de tamales compré la prueba para ser bachiller y la gané, o que se aventure uno a presentarse a una universidad tan renombrada como la de Antioquia, y que entre tantos aspirantes también se pase, me abrió camino para lo que veía muy lejano. Pero lo anterior no era la cúspide del logro, pues en este campo de la educación los méritos se deben ganar y, para ello, algo impensable me ayudó a encaminarme. Por esos tiempos, laboré también en el sector privado y, con las contrataciones de OPS, mi hoja de vida fue a parar a la Institución Educativa Agrícola de Urabá, allí empecé a laborar en primaria. La experiencia era bastante gratificante, pues este lugar tan lleno de naturaleza me inspiraba y si algo tenía en mente era concursar y quedarme en esa plaza.

Una de las vivencias imborrables, que aún persisten en la retina de mis recuerdos, es el estar en espera para escoger la plaza cuando gané el concurso de vinculación. No sé cómo explicarlo, pero esta fue una sensación entre gratificante y angustiante, pues saber que había otros delante de mí, que podrían escoger antes, de por sí, era una tortura. Sin embargo, aquí vi que la mano de Dios siempre ha sostenido mi vida, y para bien, al llegar el momento, mi lugar estaba ahí, esperándome.

Y así, entre muchas situaciones, pasé de la primaria a trabajar con los jóvenes en secundaria; siento que de alguna manera poder tener este contacto con diversidad de estudiantes, me ha ayudado a cualificarme profesionalmente. Este rinconcito natural no solamente me abrió las puertas para trabajar, sino que además he encontrado como oportunidad, desde la modalidad institucional, una bonita manera para desarrollar proyectos ambientales donde se puede vincular la comunidad a la escuela.

Todos estos momentos compartidos con las familias, escuchar sus aportes, reírnos y divertirnos juntos, me han ayudado a aprender, y a la vez, comprender que la razón de ser profesional, con la experiencia que hasta ahora he logrado, solo se lo debo a mis estudiantes y sus familias. Por ejemplo, una de las actividades que más nos gustaba era visitar el Río Chigorodó, el gozar de sus playas, aguas limpias y sombríos: era una aventura espectacular acompañada por un delicioso sancocho hecho por las madres, mientras los demás tirábamos baño. Infortunadamente, esos

tiempos ya solo quedan en el recuerdo, pues nuestro agónico Río se está secando cada día, dejando al descubierto pilas de arena que son extraídas por propios y extraños que ven en ella una oportunidad de sustento.

También, era parte de la vivencia escolar el hacer recorridos a la montaña, esa que está cerca de la Institución Educativa y que aún a pie se puede visitar; de allí, y sin necesidad de ir muy lejos, se podía ver las planicies llenas de bananeras, el filo del cuchillo y enclavado entre muchos arbustos. Pero lo más divertido era llegar a lo alto de la loma, destapar la coca con el fiambre, compartir juntos, sentir la brisa y abrazar los árboles, no importaba las ladillas picando por todas partes, ni el pantano que se tragaba los zapatos al correr por algunos pasos de portillos, huyendo de las vacas. Pero todo va cambiando. En la actualidad, este paisaje se ha transformado, ya no se ven tantos sembrados, el cerco de árboles ha sido derribado y los paisajes en tonos amarillentos, dejan solo fatiga en los días asoleados.

Muchas cosas a la verdad si han cambiado, el ser docente antes te permitía vivir momentos especiales en compañía de las familias, ellos se acercaban más a la escuela y el trabajo se veía mayormente recompensado, ahora, al igual que otras cosas, la labor docente se siente huérfana, los padres están más ocupados, ya es poco el interés que muestran por la vida escolar y hemos llegado al punto de tener estudiantes que con lo único que cuentan, es con lo que el profe en la escuela le está enseñando.

Añadido a lo anterior, hoy en día también se distorsiona el papel de la escuela en la sociedad, y frente a los condicionamientos de seguridad que al interior de ellas se hacen, existe una situación que es preocupante: la escuela se encamina a convertirse en cárceles tan cerradas que ni siquiera a los padres se dejan entrar (*dizque interrumpen las clases*), a veces ni les permiten observar o acompañar a sus hijos porque se piensa que van a entremeterse en asuntos que no les compete; contrario a esto, siempre deseo cada día darles ese lugar protagónico a las familias, así que trato de vincularlos en toda la vida escolar, escucharles y acompañarles en esa tarea difícil de estos tiempos como lo es criar hijos.

Con todas estas aventuras que me han perseguido, y que sin pensarlo he dejado que me seduzcan y atrapen, puedo ir tejiendo en cada momento esos recuerdos que aún permanecen en mi mente. Pensando en ello, se me ocurrió contactar a mis estudiantes, aquellos que hoy en día ya son padres, profesionales y otros que aún están en ese proceso escolar. Me propuse preguntar por los que están cerca y aun los lejanos, empecé a recordar sus nombres, sus caritas risueñas y travesuras, volví de nuevo a leer sus cartitas, a ver los dibujos que me han regalado durante todos estos años y las tarjetas que acompañaron un regalo, en fin, todo lo que mi carpeta de recuerdos tiene guardado.

Saber que hacen mis niños y niñas que han compartido conmigo, me inspira y da vida, me llena de ilusiones, me satisface y a la vez, me vigoriza el alma. Con los medios tecnológicos como aliados, empecé a contactarme con ellos y a recibir sus mensajes, algunos cortos y otros muy largos, pero todos cargados de vida, me hicieron reír, llorar [...] y aunque son míos y harán parte de mí por el resto de la vida, estos son los que por ahora comparto:

“Profe, no olvido las lunas en sus notas, ni la paciencia que la caracterizaba, no olvido lo que me transmitía cuando apenas era una inocente pequeña, con ganas

de devorarme el mundo. Gracias por la seguridad que me impartió cuando en mi hogar carecía de ella. Mi timidez nunca permitió expresarle todo mi agradecimiento, hoy veo este retrato del grado quinto y la nostalgia me invade. La vida corre y yo quiero ir caminando, y en el camino, ir parando, observando y apreciando. Porque vale la pena, cuando se trata de seres como usted, no se alcanza a imaginar la cuantía de cosas que internalicé, valores, principios, conocimientos. Gracias profe, no me olvido de usted, ni aunque tenga cien años. Siempre será mi profe. favorita” (Daniela, veintidós años).

“Recuerdo el ambiente dinámico que generaba en el grupo; por ejemplo, cuando sacábamos una hoja y la rotábamos para que cada compañero escribiera lo que pensaba del otro, la forma en que dictaba las clases era entendible, era un clima organizacional, bacano, y se notaba el trabajo en equipo” (Duvadier, veinticinco años).

“Hemos de recordar con frecuencia aquellos maestros que de una u otra manera tocaron nuestro corazón y nuestro sentir, algunos por su trato déspota e indiferente, y otros que por su dulzura y amabilidad nos hicieron sentir queridos y valiosos, ensancharon nuestro corazón de alegría y confianza. Cada que nos miraba y daba respuestas a nuestra tontas e impertinentes preguntas de niños. Así es como recuerdo a mi profe Liliana, dulce, paciente y amorosa a pesar de su templanza. Puede que no recuerde mucho de las labores que nos puso en la escuela, son irrelevantes frente al bello recuerdo de su trato y de su rostro amable al dirigirse a nosotros. Eso la hace para mí, inolvidable” (Marcela, treinta años).

“Lo que más recuerdo fue una salida pedagógica cuando estaba en preescolar, la profe nos llevó a la brigada, recuerdo a un Barney súper grande, fue súper divertido. Gracias a la profe, también vi ese día a unos tigres que tenían en el batallón, fue súper. Recuerdo de todo y lo que me ha marcado en la vida, es que la profe Liliana siempre confió en mí, me dijo que yo era capaz de lograr todo, fue la primera en descubrir mis habilidades y las cosas buenas que he tenido y que me ha ayudado a explorarlas desde muy niña” (Angélica, diecisiete años).

“Con la profesora Liliana yo participé en el semillero ambiental, con el juego de la rueda me enseñó un método eficiente y capaz, y por ese medio aprendimos a cuidar nuestro entorno, a compartir con nuestros compañeros y a cuidar y a respetar el medio ambiente como se debe respetar y cuidar. Fue una experiencia muy divertida y muy buena porque por medio que íbamos aprendiendo, nos divertimos y convivimos” (Alejandro, doce años).

“Me gustó compartir con mi profe, sobre todo mi vida religiosa, porque me enseñó muchas cosas, y aprender en ciencias que nos enseñó del cuerpo humano en un muñeco que vimos todas sus partes y las tocamos, la metodología de las planas que me tocó hacer para mejorar mi letra y que me divertí mucho con mis amiguitos” (Karen, nueve años).

“Hay muchas anécdotas, sobre el conocimiento era que usted nos colocaba a concursar con el fin de ampliar el conocimiento, así aprendí mucho, sobre todo en ciencias y matemáticas, recuerdo que era muy cariñosa y eso era muy importante para nosotros, lo otro era que usted nos sacaba a recreación prácticamente por el pueblo a conocer sitios y lugares, también era muy importante y en cuestión del aprendizaje usted siempre nos motivaba con su carisma e ingenio para que cada

uno de nosotros aprendiéramos de cada enseñanza que usted nos daba. Por tal razón, fue la mejor profesora de mi infancia” (Jhon Favio, treinta y un años).

“Yo estoy en décimo, la profe Lili me dio clase desde preescolar a tercero, en esto momentos me pueden preguntar ¿quién es tu mejor profe?, y con orgullo digo que es mi profe Lili, la que me enseñó a escribir, compartir, a tener a Dios presente en mi corazón, tengo muchos recuerdos de ella que nos enseñaba a cuidar el ambiente en que vivimos, recuerdos que tengo muy presente es el grupo de cuidadores del planeta, paseo a Medellín, ir a la montaña, al río, el compartir con los padres, me siento muy orgullosa y feliz de haber tenido una profe como la que tuve y que la quiero mucho” (Sandy, dieciséis años).

Con este mural de vida que me inspira y me alienta a seguir, creo que aún hay esperanzas, y aunque nuestro papel se ha multiplicado (*porque muchas veces de padres y madres nos ha tocado*), se siente la satisfacción que en estos entornos de vida y paz todo lo vivido, y lo que aún Dios me permitirá, no es en vano.

EL ESPEJO

Un sueño llamado aula de filosofía

Jaime Humberto Avendaño

Este sueño era real. Vimos un espejo gigante y en su reflejo un aula de filosofía en forma de kiosco al aire libre, parado en guadua y techo de iraca, incrustado en una pared que tenía un tablero larguísimo apodado el muro de las lamentaciones. Allí plantamos árboles que crecían de un día para otro logrando un epicúreo jardín que se alejaba de las aulas normales. Los caminos eran lo más parecido a los de la felicidad que se enseñan en el área de ética: caminos reflexivos con un trasfondo emocional donde la inteligencia y el gozo se mezclan. Había un letrero en una de las entradas, con un título que decía “feria de la creatividad: la escuela como territorio de paz”. Al interior, muchos motivos alusivos a Colombia, nuestra patria querida; hablaban de paz, perdón y reconciliación; era el año 2015 y se veía la esperanza de que la escuela era el mejor lugar para cambiar los corazones.

Los principales protagonistas del sueño le mostraron a un gobernante todos los trabajos de la feria: collage sobre la emociones, el experimento del observador, el telescopio de Galileo, una maqueta moderna del mito de la caverna donde el tv reemplaza las sombras, bustos de los pensadores colombianos con una pequeña reseña, línea de tiempo sobre el proceso de paz, mural del posconflicto, etc., la decoración era de fiesta, futuro, goce, amor, y muchos motivos que cambiaron la fachada de ese tablero abandonado de las lamentaciones por un stand de la felicidad.

La noticia de que en ese lugar se construiría el aula de filosofía nos despertó, abrimos los ojos como hace rato y sentimos que el sueño se confundía en contratos interminables, de *ires* y *venires* del presupuesto, para terminar bien tarde construyendo un aula normal. El sueño del aula (kiosco) se desvaneció, pero no ocurrió lo mismo con la otra parte. Volteamos el espejo, y decidimos mirarlo por otro lado para ver que reflejo resultaba. Entonces, vimos un aula especial para el ejercicio filosófico, lo especial en ella es la tarea diaria de estudiantes y maestros que vamos allí en busca de pensamientos, arte, lúdica, reflexión y conversación. La acondicionamos con motivos alusivos a la reflexión y a la generación de emociones benéficas para la convivencia. Tiene unos acuerdos especiales; por ejemplo, no hay sillas y los estudiantes se descalzan al entrar; medios audiovisuales, dinámicas de grupo y mucho diálogo. El aula promueve prácticas educativas centradas en la generación de bienestar, equidad, inclusión, respeto por el otro, amor, armonía y otras emociones que puedan revertir un poco los índices de violencia.

Lo especial del aula tiene que ver con su estilo filosófico; aparecen varios espejos al lado de motivos alusivos al autoconocimiento, el pensarse a sí mismo, que invitan a la reflexión. La figura del espejo es muy parecida a la reflexión; el vernos a nosotros en lo que hacemos, para desde allí, coordinarnos en lenguajes de todo tipo, es lo más cercano a lo humano. Dicha reflexión debe ser tan cotidiana a los jóvenes, tan de su hacer, que al estar en ella, se tiene que tener la impresión de que la vida de cada persona es el mejor libro posible. Es decir, que el espejo interior, la autoconsciencia o reflexión; ese camino trazado desde los primeros

afloramientos de algo llamado sabiduría, perdura como método clave de la enseñanza filosófica.

En efecto, el conocer está en todo lo que hacemos y ese hacer cobra todo el sentido cuando nos vemos en él. Los (las) estudiante se sienten observadores y se dan cuenta de que las claves del conocer las ponen ellos. El espejo representa el hacer, la (el) estudiante se ve en ese hacer y entiende que su disposición puede determinar mucho de lo que pasa a su alrededor. El hacer en el espejo representa un universo de posibilidades, la disposición del (la) estudiante participa determinando el sentido, es decir, su disposición influye en las posibilidades de ese universo. Él es decisivo en esa experiencia, importante y, por tanto, hay que hacerle sentir lo valioso que es.

El ambiente en el aula promueve una cultura generadora de confianza en uno mismo y en el otro, generadora de emociones benéficas y en la disposición hacia relaciones armónicas sobre la base de la comprensión de que todos somos observadores partícipes de todos los universos posibles, en especial, el universo escolar. El estudiante y el docente aparecen como observadores participantes al lado de otros; lo que permite ir tomando distancia de relaciones rígidamente jerarquizadas y actitudes dominantes.

El trabajo en el aula de filosofía resultó también una implementación de mi trabajo de Maestría. Todo docente beneficiado con las becas de Maestría otorgadas por la Gobernación y la nación deben llevar a la práctica su trabajo investigativo como aporte al mejoramiento educativo en la Institución, municipio o región donde labora. Trabajamos las emociones como trasfondo de la reflexión humana y aprendemos que lo real se constituye como explicaciones surgidas en la comprensión de las relaciones sistémicas que van surgiendo en la praxis del vivir y motivadas por emociones. De aquí, que una de mis frases favorita sea “una verdad no se acepta porque se imponga, sino porque seduce”.

Mi propuesta lleva por título *“Una filosofía para la convivencia: generación de una cultura centrada en una educación de paz y convivencia que aporte ambientes armónicos en la Institución Educativa Luis Carlos Galán Sarmiento del municipio de Carepa.”* Efectivamente, podemos educar en emociones que generen bienestar y aceptación de los otros, reiterando desde nuestras prácticas docentes la emoción del amar como garante de la vida en armonía. Por lo anterior, se hace necesario la implementación de prácticas educativas que potencien el tránsito desde una cultura del conflicto a una cultura de la convivencia.

Hay una cultura escolar que destaco de nuestros estudiantes: están deseosos de salir adelante, pero siguen la lógica egoísta, competitiva y hostil que imponen muchos actores sociales. No han caído en cuenta del proyecto región que representan, de la cohesión social que hace falta en medio del bello y exuberante azar de la diversidad cultural. La falta de un liderazgo que nos haga sentir región y las huellas de la violencia parecen opacar la esperanza. Sin embargo, toda esa fuerza puede usarse si se encuentra el efecto contrario en el día a día. Tales efectos los busco en mis clases, al saludar, conversar, jugar, en escenarios distintos que desacostumbren del maltrato; enseñanzas que recuerden, sobre todo, que somos seres emocionales y que el amor es la emoción principal.

Mi experiencia profesional me enseña que, no solo debía preparar clase, sino también lograr un efecto inverso que revirtiera el daño en el tejido social roto por las

problemáticas que afrontaban las y los estudiantes de Urabá. Salido de la universidad sabía que las clases no se reducían al dominio temático ni a la lúdica, tampoco a las estrategias de enseñanza; pero el verme conmovido y angustiado por las historias de vida que aparecían en las aulas de clase, era un compromiso mayor; me conmovía más que la filosofía misma. En el Urabá, mi región desde hace trece años, siento que niñas, niños, jóvenes y adultos necesitan más de afecto y comprensión que de tareas. Me propuse, entonces, hacer que la filosofía se pareciera más a un espejo que a un libro. Un libro está lleno de historias fascinantes, arte, ideas, conocimiento; sin duda, muy importantes, pero la vida de cada uno llevada a la narrativa es decisiva.

Ahora soy acompañante, me confundo con los estudiantes, sus formas de vivir y la mía se parece, la observación es mutua y tratamos de armonizar situaciones diferentes en escenarios comunes. Estamos convencidos de que la comprensión que logremos en la escuela trae de la mano emociones benéficas y que, por tanto, uno de los objetivos infaltables es hacer sentir bien a las y los estudiantes, procurarles algo de felicidad. Pero ¿Cómo? ¿Cómo desde la educación logramos un efecto inverso de la lógica contextual de una región acostumbrada a la violencia? ¿Cómo revertir situaciones, actitudes y emociones generadoras de malestar? ¿Cuál filosofía se tendría que implementar para generar un efecto inverso a prácticas violentas y costumbres de una comunidad que ha vivido centrada en el conflicto?

Entendí con estas preguntas que la filosofía para mi institución era una filosofía para la convivencia que generara un efecto inverso centrado en una educación de paz y convivencia que aporte ambientes donde se generan emociones de bienestar y hacerse extensible a todo el Municipio de Carepa como forma de prevención de las violencias y de la cultura del conflicto. El aula de filosofía sirve de laboratorio para poner el espejo del otro lado y ver efectos inversos a contextos hostiles en mi comunidad educativa. El efecto inverso sobre el maltrato y la violencia deviene en el respeto y la convivencia.

Ahora, al llegar a la escuela me encuentro con mi semejante; cuando no me saluda le hablo, cuando está en silencio le hago bulla, cuando grita bajo la voz, cuando quiero que haga algo, lo hago yo primero, si cree que a nadie le interesa su grosería lo miro detenidamente, si está triste lo alegro; y así, se me ocurre invertir muchas emociones y situaciones que pueden ser dañinas para los estudiantes, iniciando desde hoy invirtiendo precisamente pautas educativas autoritarias, dominantes, de poder, excluyentes, hostiles.

Te invito al aula de filosofía, descálzate, observa el espejo y piensa de qué lado quieres ponerlo, hacia qué dirección, invierte el mundo, reflexiona sobre tu papel participante en ese mundo que estas posibilitando; parte de él depende de ti; lleva el espejo en tus manos porque, tal vez, el mundo que refleja termina mostrándote a ti mismo.

EXPERIENCIA PROFESIONAL

Del campo a la ciudad

José David Lemos Valdés

A lo largo de mi trayectoria profesional han pasado muchas anécdotas que son imposibles de olvidar y gracias a ellas me he convertido en la persona y profesional que soy. Me es imposible dejar de recordar el olor de la hermosa vegetación que a lo largo de casi nueve años fueron mi inspiración y motivación moral para llegar a cada una de las escuelitas que siempre fueron lejanas, pero a las cuales fue siempre muy gratificante haber podido llegar con mis ganas de enseñar y aprender de cada una de sus costumbres que, en últimas, se convierten en pretextos que fortalecen mi labor docente.

Durante estos años, fueron muchos los sueños y metas que conocí por parte de esos niños tímidos pero arriesgados a la hora de expresar sus innumerables anhelos de superación por lo que fue una experiencia maravillosa el poder haber hecho parte de esos valiosos sueños que espero se pueda hacer realidad. Agradezco a Dios por esa oportunidad de encaminarme en esta hermosa profesión donde no pensé enamorarme tan apasionadamente de esta hermosa dama como lo es la educación.

Recuerdo mucho los días lluviosos, y con el pantano por todos lados, y al llegar a la escuela encontraba mis niños sonrientes, sin zapatos por tanto lodo, pero aun así la felicidad inundaba nuestro único salón de clases con paredes hasta la mitad; sin embargo, estar allí, se convertía en nuestra vista favorita, como si fuera una obra de arte recién pintada. Después de muchos intentos fallidos de mejorar mi estabilidad laboral, por fin lo logré y pude ganar un anhelado concurso docente que da mucha tranquilidad en todos los aspectos personales y con ello llegó la oportunidad de salir del campo a la ciudad.

Con esa motivación de llegar a una nueva Institución, comienza una nueva anécdota con la cual surgen curiosidades, reconocimiento, adaptación, pero no pierdo el horizonte, llego a un lugar el triplemente grande del de donde estaba, compañeros que nunca había visto, niños completamente uniformados, todas las condiciones dignas de una Institución.

Me encuentro con grupos numerosos, los cuales reflejan el tamaño de mi nueva Institución, el primer día es incómodo para muchos padres de familias que se disgustan por el cambio repentino de la docente actual, pero con el transcurrir del tiempo todas estas inconformidades se van dispersando, por eso siempre digo que el transcurrir en las experiencias de nuestras vidas es de *adaptación*.

En esta nueva institución espero obtener mucha más experiencia, enriquecer mis conocimientos, ser muy participativo y contribuir al máximo en las actividades y finalidades que se requieran para mejorar continuamente la formación docente y el aprendizaje de niños y niñas en este hermoso municipio de Chigorodó.

La comunidad educativa en general es bastante unida, el ambiente escolar es de mucho respeto, todos se encaminan para un mismo fin, que es obtener una formación y educación de calidad. Percibo mucho acompañamiento de los niños por parte de los padres de familia en especial en los grados inferiores y pues ese acompañamiento es de mucha importancia para fortalecer los procesos educativos.

Son familias humildes como lo es todo el territorio de Urabá, ya que las oportunidades de empleo son escasas y es un limitante para cubrir todas las necesidades familiares y más en las zonas de carácter urbano, pero aun así no se pierde la motivación de formarse y prepararse para la vida, ejemplo que se debe impartir desde las familias y complementar en las Instituciones Educativas de todo el país.

Me encuentro en una jornada contraria a la que siempre me venía desempeñando y también vuelve el concepto de adaptación hacer de las tuyas. Fue difícil al comienzo, ya que el tiempo se hacía corto y deseaba que se paralizara un momento como cuando las baterías cumplen su ciclo en los relojes, sin embargo el mismo tiempo me dio la sabiduría de ocuparlo como se debe a pesar de los cambios en el horario. Todo este tiempo me ha enriquecido, me ha fortalecido profesionalmente ya que salir del campo a la ciudad es modificar desde tu vestuario hasta la manera de acomodarte poco a poco en un lugar donde con el paso de los días te afianzas.

La infraestructura de mi nueva Institución me gustó, por lo amplia y presentar un ambiente agradable, extrañando en ocasiones la vegetación en mis Instituciones pasadas pero el espacio es acogedor. Como en toda Institución siempre hacen falta detallitos, pero se trabaja con entusiasmo y vocación. Poco a poco me he ido ganando el cariño de los chicos y el reconocimiento de padres de familias que expresan su apoyo y agradecimiento por el trabajo realizado hasta hora, es gratificante escuchar y percibir ese ambiente porque es una motivación a continuar desempeñándome como orgullosamente me siento: *Docente del grado Preescolar*.

Del campo a la ciudad es un verdadero cambio, pero nunca olvidaré mis anécdotas, dificultades, estudiantes, padres de familias, escuelitas, carreteras indomables, trochas, caminos de herradura y, sobre todo, a un Dios que puso en mí la oportunidad de formar personas antes que profesionales.

¿QUÉ POR QUÉ SOY MAESTRA? [...] BUENA PREGUNTA

Marcela Castrillón Zapata

Alguien alguna vez, o mejor, muchos, varias veces me han preguntado ¿por qué soy maestra? ¿Por qué elegí esta profesión? si existían tantas en las que podía ser buena, y la verdad, mi respuesta es tan simple, como compleja, y en las siguientes líneas ustedes, mis queridos lectores la van a conocer.

Soy maestra o “profe” como comúnmente me llaman quienes me conocen o tratan y créanme, soy feliz de serlo. Hace ya varios años, estoy metida en esta desequilibrada, pero hermosa labor, no porque no hubiera nada más que hacer, o porque no pudiera pagar algo *mejor*, no, ¡soy maestra porque quiero!, porque me gusta, porque desde niña lo quise, a pesar del desacuerdo de mi padre, quien veía en mí una ingeniera, ¿en qué?, no sé, solo una ingeniera, pero bueno, aquí estoy, siendo la profe que alguna vez soñé, eso sí, me llena de orgullo que me llamen profe, no solo mis estudiantes, sino también vecinos y padres de familia, muchos de los cuales aún lo hacen con respeto y en algunos casos, hasta con admiración, es a ellos a quienes me debo, y por quienes siento la necesidad de hacer bien mi labor, de mostrar un buen actuar sino digno de imitar, si al menos, no merecedor de críticas denigrantes, soy una convencida de que el maestro es una figura pública, que atrae muchas miradas, y que por ende debe moderar su comportamiento, ser coherente con lo que dice y hace., en la medida de lo posible ser ejemplar.

Por esas cosas que me caracterizan, cierta simplicidad como me describo, o amargura como algunos me dicen, siento que a lo largo de mis años de trabajo, he hecho mucho, y nada al mismo tiempo, siento tener mucho por hacer, por aprender, pero claro, también tengo un sinnúmero de vivencias que contar, muchas de ellas, al ser recordadas, logran que me invadan todo tipo de sentimientos: alegría, tristeza, rabia, frustración y hasta arrepentimiento por mi acción u omisión, sin duda, esta profesión es toda una aventura, de la no quiero alejarme, aunque a veces se torne difícil, desagradecida e infructuosa, haciéndome creer que nada, nada ha valido la pena, por fortuna, son sensaciones temporales, porque siempre aparece algo o alguien que me recuerda que he logrado más de lo que yo misma creo.

Como les mencioné antes, mi historia en la docencia comenzó de niña, cuando en mis juegos, frecuentemente era la maestra, me gradué como bachiller pedagógico en la Normal de Rionegro (Antioquia), donde con cada experiencia de práctica se afianzó mi gusto por esta labor, al graduarme, casi de inmediato, comencé a laborar en un preescolar privado, al que le tengo inmensa gratitud y donde obtuve muchas y valiosas enseñanzas, estudié mi licenciatura en una universidad privada, con grandes, muy grandes dificultades económicas, que mejor afronté y superé, antes de pensar en desistir de mis estudios, porque estaba convencida que eran la puerta para ejercer lo que me gustaba, y por supuesto para lograr una estabilidad laboral tan urgente por esos días para mí y mi familia. Soy nacida en Dabeiba (Antioquia), pero de corazón urabaense, por eso, a pesar de vivir en el oriente Antioqueño varios años, y haber obtenido grandes logros allí, siempre quise volver a mi pueblo, a mi bella región, y por la gracia de Dios aquí estoy, con

mi familia y haciendo lo que me gusta, con una vida renovada, llena de logros y satisfacciones, a pesar de las adversidades.

A hoy, tengo veinte años de ejercer como docente, he pasado por todos los niveles de enseñanza, padecí el sector privado, donde el abuso de algunos padres de familia, ponen a prueba nuestra humildad y valor para defender la dignidad, he trabajado en el campo, en la ciudad, con bebés, niños, jóvenes y hasta con adultos, de todos tengo muchas enseñanzas tras errores cometidos y aciertos inesperados, puedo hablar con propiedad de sus particularidades, necesidades, ventajas y desventajas, y es precisamente esa experiencia la que me da la confianza de decir, prefiero trabajar con niños, en ellos encuentro ternura, amor sincero y desinteresado, inocencia y gratitud infinita, puedo además, forjar en parte su comportamiento y manera de ver la vida, pero sobre todo, es de quienes tomo razones para hacer resurgir mi esperanza, cuando las cosas se ponen duras, ellos recargan mi fe y mi energía, para retomar el camino escarpado y variante del ser docente, porque egoísta sería al decir, que no he tenido momentos en los que quisiera abandonarlo.

Varias situaciones han puesto a prueba mi vocación y mi fortaleza, han hecho que llore a más no poder, sintiendo haber tomado el rumbo equivocado y haber fracasado como nunca imaginé; he sentido también rabia intensa, odiando a muchos, odiándome por mis fallas, o por mi incapacidad de *pelear* para responder a las ofensas, o simplemente por no poder controlar lo que me fuera incontrolable, pero debiera a toda costa tener bajo control, ¡que impotencia!, pero bueno aquí estoy, de terca, de masoquista, de ilusa, de convencida, ¡no se!, pero siento que es mi lugar y espero seguir ocupándolo por muchos años más.

Todos estos años en mi labor han sido un aprendizaje continuo y un desaprender también, recuerdo con nostalgia y hasta con un poco de burla mis inicios, con ideales de perfección en la escuela, en la enseñanza, en mis estudiantes y en los ambientes a los que me enfrentaría, con ínfulas de heroína y convencida de que sabía lo suficiente para hacer un buen trabajo, comenzó mi labor, ¡que ingenuidad!, si de la academia a la realidad hay tanta diferencia, la una, no nos prepara para la otra, por el contrario, nos aleja de ella, apenas comenzaría mi verdadero aprendizaje, ese que solo te da la cotidianidad, el roce con tus estudiantes, sus realidades, sus contextos y sus pequeños, grandes o inexistentes sueños.

De otro lado, he visto el lado injusto de un sistema que enaltece en el papel la labor del maestro, pero que lo menosprecia cuando de garantías para él se trata, un sistema manipulador, engañoso, que solo busca usar la sociedad y brindar todas las garantías para hacerla cada vez más mediocre, conformista e incompetente, pues es así como les es útil a los gobiernos, y duele ver que lo logran, porque muchos estudiantes y sus familias no ven más que la posibilidad de reclamar un derecho y recibir pequeñas dádivas que le representen bienestar temporal o falsas economías, no asumen que tienen unos deberes que cumplir y un sorprendente poder para transformar su sociedad. Eso también duele, frustra y enfada, pero también es razón, para no dejar de enseñar, de transformar ideas y pensamientos en las familias y estudiantes a los que puedo impactar, puede que no sea mucho, pero sin duda he de restar con ello, unos cuantos títeres al perverso mundo de la política, la delincuencia y la maldad, porque ante todo promuevo el respeto, la

responsabilidad, la perseverancia la disciplina y la honestidad, como herramientas para triunfar y vivir en sociedad, espero así, lograr cambios en esas pequeñas esferas en las que tenemos influencia, eso sí, sin rayar con el irrespeto y el abuso.

Podría llenar un libro con mil y una historias de mi diario vivir en la escuela, pero para resumir, solo quiero mencionar que en mi corazón y en mi mente, permanecen muy latentes los recuerdos de aquellos niños “difíciles”, más que en su aprendizaje, en su comportamiento, aquellos a quienes tuve que ponerles límites, y que me llevaron al límite, a los que debí disciplinar y hasta hablar con tono fuerte, para que se ubicaran, quienes pusieron a prueba mi paciencia, mi autocontrol, para no salirme de casillas por lo frecuente de sus faltas u ofensas, esos mismos, a los que abracé, una y otra vez, recordándoles que eran valiosos, que tenían talento, que podían ser y hacer más de lo que ellos mismos imaginaban, porque yo estaba convencida de que así era, y ellos, también deberían creérselo, que lo “malo”, era su comportamiento, no ellos, y por eso les era posible corregirse, de mi recibieron apoyo, carácter y sobretodo mucho amor, porque, aunque suene a masoquismo, terminaron ocupando mi corazón y mis afectos, ellos, a quienes nombraré porque a pesar de haya muchos en la sociedad, estos son para mí únicos, especiales y la motivación para volverlo a intentar con aquellos, que en la escuela me la ponen difícil, como alguna vez me la pusieron ellos; Carlos Mario, Idinson, Yerlis, Brayan, Mateo, Jhon y Jhoan, sacaron de mí lo inimaginable, mis mejores y peores ideas, para tratar de corregirlos, para que no fueran excluidos, para que fueran agentes de paz y no de conflicto, y para mi tranquilidad, creo haber logrado en ellos cambios impensables, puede que no sean “lumbreras” en sus salones, pero ahora creen en ellos, aceptan sus debilidades y fortalezas, son capaces de controlarse más ante una provocación y muy especialmente saben, que pueden lograr lo que quieran porque tienen con qué hacerlo, creen en ellos, se tienen confianza, esa que nadie les tenía; hoy, a pesar de las dificultades, que no dudo, deben capotear a diario en su familia, en la escuela y consigo mismos, se les ve alegres y capaces de compartir amablemente espacios y momentos con otros, sin que ellos sean quienes generen el caos. Esos niños y jóvenes, que aún hoy a pesar de no darles clase, de estar ya crecidos, corren a mi encuentro con la ternura de siempre, me abrazan con fuerza y me susurran al oído que me quieren, así como tantas veces a su oído yo les susurré las mismas palabras, eso es *felicidad* para mí, grandeza y privilegio que otros profesionales de labores muy dignificadas y reconocidas socialmente, jamás experimentarán, lujo que no les será posible alcanzar, porque eso solo está reservado para los maestros.

Ahora mis queridos lectores, les queda claro ¿Por qué soy Maestra?, ¿Por qué me siento orgullosa de serlo? Y ¿Por qué no desisto de esta labor a pesar de sus contradicciones?

SIENDO MAESTRA DE BACHILLERATO

Leydy Lorena Ibarguen Ledesma

No se acaban las historias, ni terminan las aventuras cuando llevas muchos años siendo maestro, por el contrario, con cada llegada al aula de clase se entreteje una historia nueva, que pocas veces sabrás a ciencia cierta cuando comienza, quien la contará esta vez, con qué personajes se irá resolviendo y cuál será su final [...]

En la historia que ahora cuento la protagonista soy yo, y la aventura vivida me sitúa en un nuevo colegio, con nuevos estudiantes, mundos diversos por explorar, en una zona urbana y en una casa de muros altos que de entrada contrastan con la estructura abierta, los espacios cálidos, las hermosas zonas verdes que rodean la escuelita rural a la que durante un buen tiempo yo me aferré e hice mi hogar y a la que hoy por cosas del tiempo o mejor por las decisiones que tomé, luego de un concurso de ascenso y reubicación, solo puedo ver desfilar entre tantos otros recuerdos, en mis pensamientos y en mi fuerte deseo de regocijarme de nuevo en su gente y sus espacios algún día.

Y por si esto llegara a suceder, yo mientras tanto, me obligo a la idea de pensar, que esta etapa temporal de mi carrera docente por la que ahora tránsito, se llama; *Siendo maestra de bachillerato*, y es que nunca antes lo fui, ni contemplé en los últimos años tal posibilidad, porque siempre he sabido que desde lo que me apasiona; el trabajo de ser maestra en el campo, hay un gran adeudo de reconocimiento y una lucha grande por alcanzar la igualdad y generar la ruptura de profundas brechas educativas entre lo rural y lo urbano, que como maestros monodocentes comprometidos, solo podemos emprender desde las aulas de clase de cualquier escuela rural.

Pero entonces, ¿cómo fue que llegué hasta aquí?, ¿cómo me embarqué en esta nueva etapa?, pues bien, cuando miro por el espejo retrovisor de mi carrera docente, haciendo una síntesis, a la ligera lo pienso y concluyo que pareciera que por llevar un rótulo con el número 1278 (decreto de nombramiento), el ejercicio y desempeño de mi labor, desde esta perspectiva se encuentra siempre condicionado por concursos. Y es que históricamente o mejor, en el ejercicio real, por concurso ingresé a la carrera docente, por concurso logré que validaran mi título de licenciada, por concurso logré que mi trabajo en el aula fuera reconocido, por un concurso perdí, todo lo que creía seguro y que construí durante ocho largos años y por un concurso he empezado de nuevo a ser maestra en período de prueba, esta vez en bachillerato.

Pero si describo con detalles, la experiencia que similar a una montaña rusa, me ha embarcado en los dos últimos años en un *sube y baja* de emociones, tendría que empezar contando que hasta el año 2017, todo funcionaba para mí, dentro de lo normal. Me había dedicado de lleno a la planeación y desarrollo de las actividades del proyecto al que con mucha dedicación mi comunidad educativa y yo, entregamos por varios años, bonitos esfuerzos, tantos, que una buena amiga, por cierto, maestra también, declaró para mí, que aquel año sería el mejor año del Festival del Lenguaje. Yo, incrédula, casi que obligada, sin querer, empujada por sus palabras emprendí el reto de sistematizar nuestro trabajo, dándole así voz a

nuestra experiencia. Y cuando todo estuvo casi listo, sin muchas expectativas postulé los escritos realizados a varios concursos, que, en educación en nuestro país desde distintas entidades, se diseñan con el fin de resaltar las buenas prácticas y experiencias significativas de los maestros y maestras.

Y como si hubiera estado escrito, en los tiempos de Dios, tal como ella lo auguró, 2017 terminó para mí con muchas bendiciones, sus palabras se hicieron realidad y el proyecto en el cual trabajamos incansablemente durante muchos años nos llevaba a obtener reconocimientos a nivel departamental y nacional, y en cada triunfo, de verdad sentí que hacíamos historia, porque cada vez que compartíamos con muchos docentes como estamos transformando nuestras prácticas de aulas desde nuestros contextos, con escasos recursos y sobre todo, como transformábamos vidas a través de acciones que muchas veces parecían para otros sin trascendencia; visibilizábamos por un momento a nuestros niños y niñas de la zona rural, a sus familias y nuestra comunidad educativa en general.

Mientras vivía lo mágico de cada momento; diciembre 4, Noche de la Excelencia educativa, Ministerio de Educación Nacional 2017 en Bogotá, y diciembre 8 Evolucionando, plan de estímulo e incentivos para docentes de Antioquia en Medellín, en cada gala y con cada reconocimiento, la vida me recordaba lo emocionante y gratificante que es la labor del maestro. Aunque no pasaría muchos días de ese mes, para que pronto yo cambiara de parecer, y experimentara en carne propia que, aunque grata es a veces esta labor, mezclada de vivencias y múltiples alegrías, en ocasiones se combina con sabores agridulces, colores opacos, tristezas infinitas, se llena de acertijos y caminos inciertos, de altibajos, de llegadas emotivas y también [...] de impensables despedidas.

El 17 de diciembre, ya de regreso en casa y como quien no termina de dimensionar las aventuras vividas, desempacaba mis maletas, y me deleitaba leyendo y respondiendo los comentarios de felicitaciones que muchas personas me enviaron, y tan pronto como retornaba a mi rutina y planeaba mis vacaciones, ansiosa respiraba hondo y me preparaba para recibir los resultados de tan esperado concurso de ascenso y reubicación en el cual venía participando desde el año 2016, este, dirigido también por el Ministerio de Educación Nacional, pero contrario al del reconocimiento de las buenas prácticas de maestros, en él, mi ejercicio y rol como maestra, pese a todo lo preparada y exaltada que había sido, no surtía resultados positivos. Aquel día esperé hasta la una de la mañana, hora en la que la conectividad me permitiría acceder a la página web, para saber que simplemente lo perdí, y en las descripciones del detallado que enviaba el MEN, leía los criterios absurdos con los que pares académicos escogidos desde el anonimato me evaluaron, sin conocer mi contexto y menospreciando lo que, en realidad, hago y soy.

Leí tantas veces mi calificación intentando hallar fallas reales o tan siquiera una pista en la retroalimentación emitida por los pares académicos que me permitiera entender en dónde me había equivocado, que casi grabé de memoria cada criterio con el que me describieron, y aunque no encontré más que incongruencias, terminé creyendo que en realidad no soy buena como maestra. Esta idea, por días la repetí en mi cabeza y la misma, me acompañó en cada recuento que hice en mis pensamientos sobre mi labor y hasta influyó para que clasificara al igual que lo hicieron ellos, lo que ha sido mi trabajo por tantos años en categoría inferior. Reclamé ante tal injusticia por supuesto, pero quienes ya habían

pasado por esta experiencia me dijeron con convencimiento que solo perdía mi tiempo, aun así, lo hice.

En 2018, con angustia a esperas de los resultados de mi reclamo, comencé el nuevo año escolar. En mi escuela me planteé metas y visualicé sueños, mientras recibía con ilusión a mis estudiantes y a sus familias, mirabas sus rostros y en secreto cargaba el peso de no poderles decir que sería posible que se encontrara cerca nuestra despedida. Pero callé y me aferré con todas mis fuerzas al deseo de quedarme.

Fue solo hasta el 9 de febrero cuando la respuesta por fin llegó, mientras leía las líneas que consideré una completa burla, pensé en las paradojas a las que me enfrentaba la vida, apenas unos meses atrás disfrutaba de elogios y triunfos, de la satisfacción de recoger los frutos de un trabajo que por años nos costó alegrías, nos impuso retos y críticas de quienes no creyeron que formando de manera integral y sobre todo en valores a nuestros estudiantes abriríamos las puertas, a explorar el mundo infinito de aquellos seres que con todo y alma, allá en los lugares más recónditos, en las zonas más inesperadas, en cada aula de clase, más que nuestros pupilos, obtienen el título de familia. Y de repente, me encontraba afligida pasando por todo esto.

Para la misma fecha también, ya conocía los resultados del concurso que desde 2016 presenté para ingreso a la carrera docente. El cuál había realizado como un acto irónico en su momento. Mientras me presentaba aquella vez, por un lado, quise estar al tanto sobre qué conocimientos le evaluaban a una persona con mi perfil profesional, pero en el fondo, mi ideal constante por si en el otro fallaba por cualquier eventualidad del gobierno, era asumir este como mi plan B. Y haberlo ganado, aun sabiendo que tomarlo me implicaría comenzar de nuevo; en medio de la experiencia que ahora vivía con el concurso de Ascenso era mi aliciente.

No obstante, me llené de ira e impotencia, eran tantos sentimientos encontrados, que enfrenté en mi mente una batalla campal con quienes me evaluaron y conmigo misma y al final, me rendí. De tanto cuestionarme, entré en depresión y desde ese estado perdí mi norte como maestra, como persona. Sin duda esta cadena de sucesos perturbó mi vida, y de repente quizás algún día olvidé que un par de académicos que jamás me conocieron tuvieron desde una evaluación el poder de transformar el rumbo de nuestras vidas, porque nada volverá a ser igual para mi comunidad educativa y para los que siempre serán mis estudiantes. Finalmente me despedí de ellos, y aunque se me arrugó el alma con esta despedida, aprendí que, en ocasiones, aunque suene egoísta, como maestros debemos seguir otros sueños. Sencillamente emprender nuevos caminos, que, aunque no lo previmos, es también parte necesaria de nuestras vidas.

En abril de 2018, finalmente completé el proceso del concurso para ingreso a la carrera docente, pasé de nuevo por la experiencia de participar de una audiencia pública para escoger plaza y desde entonces la vida en su buen gesto me colocó en la Institución Educativa Gonzalo Mejía, en donde soy maestra de ciencias naturales y mi labor la desempeño con estudiantes de bachillerato.

TODA UNA VIDA DEDICADA A LA DOCENCIA

Gladys Martínez Gómez

Mi experiencia profesional ha estado marcada por dos aspectos fundamentales: el trabajo social y la docencia. En el año 1994 venía del departamento de Caldas con múltiples sueños, frustraciones e incertidumbres propias del momento que vivía el país; dinámicas de cambio como la séptima papeleta del año 90-91, que se concretó con la convocatoria a la asamblea nacional constituyente, pero por otro lado con el asesinato de grandes líderes del momento como Pizarro, Bernesa Jaramillo, Gar Mostarber y la tendencia social de la época entrar al cambio y la oscuridad y muchos otros más.

Quizás estos hechos provocaron el desplazamiento hacia la región de Urabá, buscando nuevas alternativas de vida, en una región casi desconocida en el mapa territorial colombiano, así que se convertía en un reto enriquecedor por las características propias del entorno, por la diversidad étnica y cultural propias y bien definidas. Al llegar a la institución, encontré docentes de muchas partes del país como: bolivarenses, chocoanos, paisas, rolos, cordobeses [...] que en su conjunto se convirtieron en un conglomerado interesante por las diferencias de pensamiento, acción y emoción propias de los seres humanos, con características identitarias propias de sus contextos y procesos de formación, lo cual se convirtió en una alternativa de vida profesional y pedagógica por veintitrés años hasta la actualidad.

Sin dejar de nombrar los conflictos que desde entonces han hecho parte de la vida de los urabaenses, como son el conflicto armado, la ilegalidad, el desplazamiento, el narcotráfico, con los cuales nos ha tocado aprender a convivir hasta ahora; y son necesarios nombrar, para comprender el devenir individual y colectivo, precisamente mi quehacer profesional desde el área de ciencias sociales en la institución ha posibilitado abordar dichas temáticas a partir de una experiencia que tiene el carácter de significativa después del fogueo por diversos escenarios de orden municipal, departamental y nacional; en el aula se desarrolla como un proyecto con los estudiantes de los grados noveno, décimo y once.

La raíz, el origen de la experiencia radica justamente en abordar las temáticas o contenidos en contextos donde la realidad rebasa en la mayoría de las ocasiones los contenidos, como hacer de las clases algo divertido, pertinente, crítico y con un sentido de comprensión de los fenómenos sociales, culturales, políticos, históricos, ambientales; cómo lograr que los jóvenes lleguen al aula de la clase y permanezcan en ella, cómo arrebatárselos a los grupos armados e ilegales los jóvenes para que encuentren en la educación su proyecto de vida permanente; en este sentido para mí, como docente, ha sido lo más significativo lograr que los estudiantes, que han pasado por las aulas de nuestra institución no hagan parte de dichas problemáticas; sin querer decir que no las comprendan, analicen, critiquen y planeen incluso alternativas de solución a las mismas.

En este aspecto con la experiencia en la institución e trabajo con alumno allí es donde la educación cobra sentido a la docencia le agradezco la oportunidad de integrar y complementar los saberes pedagógicos con los de la profesión como de trabajadora social, permitiendo la complementariedad, del trabajo social he tomado el amor por el ser, su proyección, su capacidad de transformación, el sentido de vida, y de la pedagogía como lograr dichas transformaciones a partir de la implementación de estrategias como: el proyecto de aula, el trabajo colaborativo, el uso de las tics, la aplicación de un modelo investigativo, la socialización de dichos temas en diferentes escenarios como congresos, salidas pedagógicas, y encuentros con docentes y estudiantes de otras instituciones de la zona y el departamento.

Para compartir dichos saberes a la luz de la oportunidad que brinda la autonomía curricular en el área de ciencias sociales específicamente, la ciencias sociales deben formar en ciudadanía, participación, convivencia y democracia que se debe ver reflejada en todos los escenarios de interacción en el aula de clase, en la fila de la tienda, en el uso de los baños, en las prácticas deportivas, en los juegos espontáneos, en el uso de las redes sociales [...] y deben contribuir a la formación de la persona cualificando su capacidad comunicativa, su escucha, el uso de la palabra, como se asume y se presenta frente a sí mismo y los demás; desde hace veinte años contribuyo a estos cambios de visión más allá de una clase magistral, con la experiencia que lleva por nombre “integración de saberes desde el pensamiento filosófico y la investigación para el ejercicio de la ciudadanía, el liderazgo y la participación vivenciando con ella la transversalización del conocimiento en las demás áreas del saber logrando con ello posicionar la institución educativa en el municipio, la zona y departamento como el alma mater de la educación necocliseña.

DE LO PRIVADO A LO PÚBLICO [...]

Alejandra Úsuga Carrascal

Durante este camino que decidí iniciar para ayudar a forjar la vida de las personas, puedo decir que uno de los cambios más significativos en mi vida fue pasar del sector privado al oficial. Cuando comencé con el proceso para poder vincularme como servidora pública, en realidad, lo hice por salir del paso, por acompañar a mis otros compañeros y, también, por hacerlo con mi hermana, aunque ella lo hacía por municipio de Medellín y yo lo haría por el Departamento de Antioquia.

Cuando se llegó el momento de presentar el examen no estaba en el mejor momento de mi vida personal, pero fui por cumplir lo ya pactado. Recuerdo que mi mente estuvo divagando, viendo correr letras de un lado a otro, leía, releía, pero no lograba concentrarme. Hasta que escuché la voz de la persona que estaba sentada delante de mí. Yo me puse nerviosa, porque me preguntaba cómo me estaba yendo, si entendía, pero para ser sincera apenas mi cuerpo se estaba acomodando a mi mente. Sentí como si me hubiese hecho un llamado a través de un altavoz. Volví en sí, solo pude decir entre los dientes, y con risa nerviosa, no sé ni que hago aquí. Respiré profundo y me esforcé en leer, escucharme y concentrarme.

Comencé con la prueba de comprensión de lectura, que en especial siempre ha sido agradable para mí. Cuando terminé todo ese cuestionario, solo dije dentro de mí que si Dios lo quería esto era para mí. Y [...] sí, aquí estoy. Recuerdo que quien me dio la noticia de que había pasado al concurso fue una compañera de Uniban¹⁹, el colegio donde trabajaba. Todos estuvieron pendientes de los resultados ya que nos presentamos todos los docentes de la institución. Ella, feliz, me contó que casi todos habíamos pasado, que solo dos no lo habían logrado, me abrazaba, me felicitaba, me daba besos de alegría, estaba extasiada, pero yo aún seguía aturdida en mi mundo, con mi fantasma de melancolía, de nostalgia, que no me dejaba ni un instante.

Muchos decían que la siguiente parte del proceso era difícil, que ese filtro que podría hacernos quedar. La prueba psicotécnica, el terror de todos. Pero yo no presté atención a comentarios ni a nada que expresaran sobre eso. Pero al faltar aproximadamente una semana para esta prueba, en mi mente surgió la palabra “psicotécnica”. ¿Qué era eso?, ¿qué debía hacer?, ¿de qué se trataba? Mi hermana me dio ejemplos sobre lo que era, yo solo dije que ojalá no me bloqueara de los nervios por ver a otros como me analizaban hasta en cómo me sentaría. No quise pensar en ello. Llegó el día de la prueba, estuve inquieta, todas las que estaban cerca, esperando el turno, hablaban con seguridad, parecía que ya supieran todo de memoria. Eso me angustió un poco, pero luego quise hacerme la sorda y ni opiné del asunto.

Aquel momento fue maravilloso, me desenvolví como nunca, expresé lo que pensaba, dije lo que haría, pero sobre todo fui segura, segura para hablar, para mirar al otro, en mi postura corporal. Ese momento sentí que brillé. Yo ya sabía y tenía claro que había alcanzado esto, que sería una servidora pública. Salí feliz.

Al pasar el tiempo y enterarme que había pasado con una excelente calificación, debí viajar a nuevamente a Medellín a presentarme para escoger mi plaza. ¡Dios! términos nuevos, yo ni siquiera sabía que era plaza. Quedé dentro de los ciento cuarenta primeros para escoger. Yo solo tenía claro que quería estar en un colegio urbano, en mi municipio y que fuera organizado. Así que cuando se llegó mi momento, ya tenía claro que mi próximo hogar laboral sería la I. E. Gonzalo Mejía, solo había una plaza para esa institución, pero quienes estaban delante de mí eran de otros lugares y pues ellos, al igual

¹⁹ UNIBAN, Unión de Bananeros de Urabá.

que yo, querían estar en sus municipios. Cuando me puse de pie y dije cuál era mi opción y obtuve la que quise, sentí que había cumplido una de las etapas de mayor reto en mi vida de docente.

Cuando llegué a la Institución Educativa Gonzalo Mejía, pues no fue lo que quizás esperaba. Un rector amable, humilde y humano. Este día, o mejor, este encuentro de una vez me hizo querer salir corriendo de allí; no porque el rector fuese grosero conmigo, sino porque en su forma de hablar, de dirigirse a mí y de recibirme me dijo mucho. Quizás estaba acostumbrada a tener una rectora y coordinadora tan amables, agradables, simpáticas y de un gran calor humano. Dentro de esa pequeña oficina solo me preguntó de dónde venía, donde había trabajado, cual sería mi grupo, si tenía experiencia en ese grado, de que universidad era egresada [...] Yo fui solo a presentarme. Pero las cosas a veces no son como una las planea. Después de interrogarme tan secamente, me dijo que fuera al salón de la docente Zoila y le dijera que me entregara el planeador para que lo observara y pudiera tener claro como estaba el grupo. Al dirigirme al aula, la docente no estaba, y cuando preguntaron donde se encontraba, solo expresaron que se había ido del colegio y no regresaría. Yo solo comencé a sentir un temor horrible.

El rector me dijo que me quedara con el grupo. Pero yo no sabía qué hacer, ni siquiera sabía cómo eran, cuántos eran y sobre todo como estaban académicamente. Sin embargo, acepté el reto y me quedé para poder conocer a aquellos quienes serían mis estudiantes. Eran unos niños muy cariñosos, curiosos y apenas el rector me presentó diciéndoles que yo sería su profesora de ahora en adelante, entre ellos, dejaron ver sentimientos de entusiasmo, de angustia, de incertidumbre, de alegría. Pero nadie sabía el caos que llevaba dentro, la aceleración de mi corazón, el angustioso momento que estaba viviendo: solo quería que la tierra me tragara. En pocos segundos, como pude, logré controlar esa tempestad que tenía dentro, esas ganas de salir corriendo.

Luego de presentarme con ellos y manifestarles la alegría que tenía por conocerlos, comencé a observar que los niños tenían todos sus pupitres alrededor del escritorio del docente y en su cuaderno solo había planas. Quise preguntar el nombre de las consonantes y algunas palabras escritas con ellas, pero me llevé la sorpresa de que no sabían ni lo que estaba escrito. Así que me tomé la tarea de ponerlos en filas y, sin conocerlos, los ubiqué de acuerdo a su tamaño. Comenzamos a construir las normas del salón y el compromiso de cumplirlas. Cuando comencé a escribir en tablero, coloqué la fecha, ellos de una vez comenzaron a hacer la plana de la fecha, así que debí explicarle y repetirles por el resto de día que cuando fuera una plana yo se los diría, mientras solo se copiaría tal cual como estaba en el tablero, sin reproducir y duplicar lo que estaba allí. Cuando estaba por finalizar el día, el rector se acercó para ayudarme a entregar los niños a sus padres y a su vez decirles que yo sería la docente enviada por el Departamento para acompañar a sus hijos durante ese año.

Cuando regresé a casa, llegué desilusionada porque aquel que era el rector no hizo conmigo un empalme o al menos no le dijo ni al coordinador que lo hiciera. No me presentó a los demás docentes, solo a dos quienes estuvieron por allí por donde caminé conmigo hacia el aula. Así mismo, fue con no saber cuál era el plan de estudios, ni el horario interno del grupo, no me dio a conocer el PEI ni mucho menos el manual de convivencia, este último dizque porque estaba en construcción. Me sentí como si hubiese sido tirada allí y defiéndose como pueda. Qué digo, me sentí, en realidad así fue.

A medida que transcurrió el tiempo y los días fueron pasando, pude ir conociendo a mis pupilos, así como a sus familias. No queda más que decir de este grupo que fue un reto porque nunca había trabajado con este grado y mucho menos comenzar de cero cuando ya estábamos casi a mitad de año. Fue como hacer un preescolar y primero acelerado, y al mismo tiempo, porque debí trabajar para fortalecer habilidades motoras, sociales, de lenguaje y lógico matemáticas.

A pesar de todo esto, solo llevaba una semana de estar en el colegio cuando el rector convocó a una reunión a todos los docentes solo para llamarme la atención por haberle dicho que de acuerdo a la inducción que nos habían hecho él no debía ponernos a trabajar en la noche y si así fuese, debería pagar unas horas nocturnas. Como me expresó que no pagaría eso y que él podía ponerme a trabajar en cualquier momento a cambio de las dos horas que se trabajaba en casa. Además, de la forma tan brusca que lo hizo. Yo le contesté que entonces se quedara con ellas. Esto fue porque se hizo un bingo bailable en el colegio para recoger fondos. Esta situación fue bochornosa y humillante para mí, un llamado de atención acompañado de la frase “uno no patea el porta que le da de comer [...]” hicieron que deseara no haber salido del instituto Uniban, quise regresar el tiempo, oí y deseé con todo mi corazón no regresar jamás a ese llamado colegio. Sin embargo, ya en casa, quien era mi esposo, y mi familia, me aconsejó, me calmó y me alentó a no renunciar a ser docente de un colegio público.

Sé que este hecho marcó mi vida y que aún desearía poder no estar allí, porque después de esto han pasado situaciones en las que me he sentido incómoda. Quiero a mis estudiantes, son mi razón de ser en esta profesión; así mismo, aprecio a mis compañeros porque son buenos en lo que hacen, pero lo que yo llamé al comienzo mi hogar laboral, ahora es mi sitio de trabajo. Entiendo que las situaciones nos ayudan a crecer, pero estas quedan en los recuerdos, así como hace el herrero cuando forja el hierro, deja su huella, hace sus marcas, crea sus líneas, así quedan aquí en memoria, en mi recuerdo, aquí donde nunca se borran [...] por esto a veces pienso que el sector privado me formó, fue mi escuela donde la disciplina no te quita ser amable, donde ser ordenado no te quita el ser humano. Mientras que el sector público en mí ha hecho que piense que las personas de este contexto confunden estas cosas y olvidan que ser humanos es ponerse en el lugar del otro, que ser disciplinado y ordenado también necesita ser estimulado o incentivado pero lo mejor es que cuando nuestro guía comprende la importancia de esto, más que llenar requisitos y pensar que todos somos un equipo y nos necesitamos los unos a otros y si se logra esto, podemos decir que seremos la mejor herramienta para cautivar un niño.

Amo ser docente, amo servir y ayudar a formar ciudadanos de bien. Soy feliz sabiendo que aun después de diez años de estar aquí mis niños ya adolescentes, aun me ven como si fuera la amiga, la madre, la cómplice, la psicóloga [...] que aun sus abrazos sean dados con el sentimiento puro, este [...] este es el mejor regalo, la mejor recompensa de todo lo que se ha pasado.

MI HISTORIA UNA AVENTURA

Gloria Olfaris Cortés López

Esta historia ocurre cuando yo soñaba con ser psicóloga al terminar mis estudios de bachiller, sueño que se vio frustrado porque tenía que ir a estudiar a Medellín. Mis padres no me permitieron viajar a la Ciudad, entre muchas otras, porque no tenía donde hospedarme, ya que toda mi familia es de Chigorodó. Debido a que no pude estudiar lo que quería, me puse a trabajar, alrededor de dos años, en un supermercado de cajera en Carepa. Luego, conocí a un hombre maravilloso del cual me enamoré, tuvimos una relación de tres años; después nos fuimos a vivir a Cartagena y allí salí embarazada de mi primer hijo, sin embargo, al poco tiempo me separé de él y regresé a mi tierra después de un largo tiempo.

En ese entonces, año 1995, la violencia estaba muy marcada en Urabá, muchos muertos en el eje bananero, también desplazamientos de docentes de los lugares donde trabajaban por la violencia y otros asesinados. Fue una época dura y sangrienta la que vivimos en nuestra región antioqueña. Fue allí donde la falta de docentes en la escuela Concentración de Quintos llevó a mi exprofesor, Ricardo Perea, director en esa época, a buscarme a mi casa donde vivía con mis padres. El profe era compadre de mi papá, pensé que iba a hablar con él, pero no, era a mí. Me preguntó: “¿Gloria, a ti te gustaría dar clases en mi escuela?, ¿trabajar conmigo?, me faltan docentes y quiero me colabores con un grado primero”. Sorprendida le respondí: ¿Yo, mi profe? Si yo no soy profesora, ni tengo las competencias para lidiar con niños. No, profe, está en el lugar equivocado. Pero él seguía insistiendo en que fuera a dar clases a ese grado. Me explicó que la comunidad me pagaba y que por favor le colaborara.

Yo no entendía cuál era el motivo de su insistencia, así que le pregunté: Profe, ¿porque cree usted que yo pueda atender a esos niños si yo no tengo experiencia ni sé cómo llegarles a ellos? Él, que poco se ríe, me contestó: “Gloria, tienes habilidades y liderazgo, eso lo vi en ti desde que te daba clases en quinto de primaria y como cuando estabas en décimo y once grado sobresalías como alumna, no veo porque no puedas hacerlo”. Mis padres, escuchando todo lo que su compadre expresaba de mí, me dijeron: “Hija, si el compadre vino acá a la casa a buscarte es porque eres buena y tienes madera. Así que no se diga más, cuente con ella, compadre, que ella se presenta a la escuela”. Yo me quedé pensativa un rato y luego le respondí: cuente conmigo, profe. Él, muy contento, me dijo que cuando llegara allí vería la alegría de esos niños y padres de familia, y que tenía la seguridad de que este sería el inicio de una nueva carrera y experiencia para mí.

Muy agradecida con Dios y con el profe, inicié esta nueva tarea de hacer parte de los procesos de formación de mis chiquitines, en el que día a día me fui fortaleciendo. Luego, empecé a estudiar la carrera docente con la ayuda de mis padres, quienes fueron un gran apoyo para ejercerme como maestra y dejar atrás el sueño de ser psicóloga, pero creo que de una u otra manera la ejerzo en los niños que atiendo.

Muchas cosas buenas llegaron a mí, porque en ese medio año que inicié con mis chiquitines, vieron el trabajo que se hizo de la mano con los padres de familia y ver los buenos logros que se hicieron durante este tiempo con los niños, muy agradecida porque tuve apoyo incondicional del rector y los profesores. Todavía había allí algunos de mis profes, esos que me dieron clases, y quienes me orientaron dándome estrategias.

Al año siguiente, llegaron los docentes a ocupar los puestos de los que se habían ido, por lo que me tocó dejar la escuela Concentración de Quintos, muy agradecida con la comunidad educativa por la oportunidad que me brindaron. El director, Ricardo Perea, era tan buena persona que me recomendó con la profesora Benilda Paternina, directora de la Escuela Brisas de La Castellana, para ir a trabajar allá. Ella era mi vecina, vivía al lado de mi casa, otro ángel más en mi vida. Me llevó a la escuela y me presentó ante la comunidad

educativa. Allí viví los momentos más hermosos, me encontré con niños muy vulnerables y de extrema pobreza, iban con un solo cuaderno, sin zapatos, con la ropa rota, otros con desnutrición; la escuela era en tablas y sin piso.

La llamé la carrera de la vida porque hice un trabajo arduo con la comunidad, haciendo de la escuela un lugar más agradable para ellos. Entonces, pensé en hacer una propuesta que ayudara a mejorar las condiciones de ellos: pupitres, útiles escolares y darles una media mañana. Le presenté la propuesta a la directora y le gustó tanto que convocó a la junta de acción comunal. Ella les expuso la idea y la aprobaron, incluso, se comprometieron con mejorar la escuela y buscar patrocinadores de ebanista que donaran los pupitres, que en ese entonces eran mesas donde se sentaban dos alumnos. Tanto fue el compromiso, que algunos del comercio donaron útiles escolares, otros supermercados enviaban panela, chocolate y galletas para darles a los niños la media mañana. Me sentí orgullosa por haber contribuido a mejorar los ambientes de mi escuela y ver la felicidad de los chiquitines y padres agradecidos. Fue entonces cuando vi que esto era lo que realmente quería ser *maestra* por vocación y con el don de servir y enseñar a unos niños. Mi directora estaba muy contenta conmigo porque en poco tiempo llegué hacer cosas que ningún otro docente había hecho. Alrededor de seis meses trabajé sin pago y fue para mí único, porque tanto me enamoré de lo que hacía por estos alumnos que ese fue el mejor pago: verlos sonreír.

En el mes de septiembre de 1996, mi directora, Benilda, va a mi casa y me da una excelente noticia. Me dijo que fuera con ella a la Secretaría de Educación a firmar contrato de OPS municipal, no lo creía, era una felicidad indescriptible, recuerdo que la mano me sudaba y me temblaba, casi no colocho la firma. La profe me decía que me lo merecía, que sabía que iba a ser una buena maestra; yo la abracé llorando y le dije que toda la vida iba a estar agradecida con ella. Allí tuve mucha acogida de la comunidad, seguía estudiando para mejorar y llegar a ser una excelente maestra.

El municipio empezó a construir una parte de los salones para mejorar las condiciones de la escuela y un mejor ocio para los niños, los padres contribuyeron en organizar la cancha y hacer un quiosco donde sería la tienda escolar, empezaba nuestra escuela a tener otra cara y la alegría de estos pequeños era contagiosa. El grupo que tenía era un primero, con niños en extra edad. Fue un reto grande porque no sabían leer ni escribir, pero los deseos de aprender eran más y ¡Sí señor! aprendieron rápidamente y hasta algunos papás que no sabían entraban a clases con sus hijos.

Finalizando septiembre, la directora Benilda Paternina, me dijo que también tenía una oferta de trabajo en el Colegio Diocesano Laura Montoya. Me dijo si quería trabajar allí haciendo una licencia de maternidad de un grado primero, lo cual acepté con mucha alegría y más porque ella trabajaba allí también. Entonces, trabajaba en la mañana en el Diocesano y en la tarde en mi escuela. En el Colegio aprendí muchas metodologías y estrategias, puesto que era un Colegio de Hermanos de La Salle y algunas monjas que daban clases. Las normas y la convivencia eran pilares para una educación hacia la excelencia, porque siempre sobresalía en mejores pruebas ICFES. De ahí que la disciplina, la puntualidad, los preparadores de clases, la presentación personal, el saludo, hacer la oración, la vigilancia en los descansos, capacitaciones constantes y ayudas didácticas durante los cinco años que trabajé allí, me ayudaron a mejorar y a querer cada día más esta linda profesión docente. Después que termine de estudiar la carrera docente, inicié la Licenciatura Básica Primaria con Énfasis en Artística en la Universidad de Pamplona.

Después de estar un buen tiempo en la Escuela Brisas de La Castellana, me trasladaron a la Escuela Brisas del Río, lo cual, para mí, fue muy triste, puesto que salir de ese lugar donde me hice como maestra y aprendí de mis compañeros, alumnos y familias muchas cosas, donde conocí y viví cada instante de ese lugar que era una escuelita de

tablas cuando inicié. Salir de allí fue como arrancarme una parte de mi vida. Pero muy agradecida.

Llegué a otra escuela donde la directora era Liliana Patricia Burgos, una amiga especial y un buen ser humano, ya que nos criamos juntas en el mismo barrio. Así que puedo decir que llegué a otra casa más. Dios me estaba poniendo personas como mi ángel y compañeros muy queridos que me acogieron como si ya me conocieran. Allí inicié de nuevo. Me tocó un primero, ya era la reina porque siempre me asignaban primero, eran niños muy humildes y sensibles, pero con mi creatividad, paciencia y ganas de enseñar para que ellos aprendieran, era lo que me fortalecía. La escuela era muy bonita y encerrada con ambiente fresco y una buena convivencia. La verdad no me podía quejar de todo lo bonito que me estaba sucediendo y de cambiar mi vida totalmente y ser muy agradecida con Dios y con la gente que estuvo a mi lado, me apoyo y creyó en mí.

Al año siguiente me llamaron para trabajar en el Colegio Las Américas, un Colegio cristiano donde trabajaba de nuevo dos jornadas. Este colegio me brindó la oportunidad de pagar los dos últimos semestres de licenciatura para terminar la universidad. Acepté el descuento por nómina de ese colegio y el último pago me lo regaló la rectora Cenit y gracias a Dios me gradué, de la cual hice partícipe de mis logros a todas las personas que hicieron de mí una docente más comprometida para la educación de niños y jóvenes que son la motivación y alegría, por lo cual enseño con vocación.

Después de varios años me vincularon por el Departamento de Antioquia, pagada por SEDUCA con traslado a la Institución Educativa Agrícola de Urabá, a trabajar en la Media en el área de artística, una institución con técnica en agropecuaria y agrícola, en cabeza del rector Nicolás Gallego, un hombre bastante serio y estricto, pero con un gran corazón y ser humano. La Institución es muy grande, con aulas espaciosas y muy bien dotadas y es la más grande de la región de Urabá. Llegar al bachillerato fue una gran bendición, con muchas expectativas porque me iba a enfrentar con jóvenes y en un área específica que era artística. Acogerme al lugar y a los compañeros fue de días por la actitud de algunos profes, pero yo tenía muy claro que a cada quien hay que darle su espacio y su tiempo porque todo es de adaptación y de ir conociendo a los demás.

Entrar al bachillerato fue un reto de iniciar clases con jóvenes, otros ideales y poner en práctica mis conocimientos, creatividad y todo ese potencial para aprender de ellos. Durante un tiempo fui demostrando mi liderazgo y potencial, apoyando procesos y ejecutando proyectos para los procesos académicos y de convivencia, generando buenos ambientes escolares, gracias al apoyo de mi rectora Margarita Botero Espinosa, que entró con otros ideales de apoyar y valorar el trabajo del docente, al igual que los coordinadores de convivencia y del académico. No me puedo quejar, la vida ha sido muy buena conmigo, porque he aprovechado al máximo capacitaciones, diplomados para mejorar mis competencias, para mejorar los ambientes escolares y hacer que, a los estudiantes, les guste el arte y se apasionen por él, ya que con el proyecto de Expresiones Artísticas conformé grupos de danza, teatro y canto, que luego se institucionalizó haciendo festivales y participando a nivel del municipio en los diferentes campos. Hace alrededor de cuatro años que las sedes Brisas del Río, Nuestro Esfuerzo y Simón Bolívar de la primaria, vienen participando en el festival, el cual ya son nueve años que llevamos mostrando el derroche de talento que tienen nuestros chicos y jóvenes. Para mí es un orgullo inmenso formar, apoyar y sacar jóvenes que han representado a la institución a nivel local, regional y departamental en la música popular, hay tres grabando con muy buenos patrocinadores. Grupo de bullerengue que son exalumnos y han viajado por la región y el departamento mostrando la música autóctona que ha tenido gran impacto por su originalidad.

Muchos logros he disfrutado al máximo con mi familia y personas maravillosas que han estado en todo momento y han contribuido a ellos. Uno de ellos fue cuando gané el

corcuso para entrar a la carrera docente ocupando el primer puesto, ya que venía trabajando como provisional. Luego decidí hacer la especialización en Ética y pedagogía y, al año siguiente, me gradué, otro logro importante fue cuando ascendí del escalafón 2A a la 2B sacando un puntaje muy alto a nivel de la Región. Siempre he considerado que cuando uno se traza metas en la vida las logra, por eso me caracterizo por ser una persona inalcanzable y emprendedora.

En los catorce años que llevo en mi institución, éste sido un colegio bandera en implementar estrategias y hacer capacitaciones que ayuden a mejorar los aprendizajes de nuestros estudiantes. Nuestra institución cuenta con una población de más de tres mil estudiantes aproximadamente de la cual atiendo en la jornada de la mañana más de seiscientos en la semana. Tuve un grupo a mi cargo durante tres años de sexto a octavo grado. Un grupo muy particular de cuarenta y cinco alumnos, este grupo venía de una de las sedes, entre ellos había un niño diagnosticado con discapacidad especial en el aprendizaje. No sabía qué hacer, aunque en el diagnostico decía cómo trabajar con él, se me hacía difícil y más porque las actividades eran diferentes y me tocaba sentarme aparte para guiarlo. Al principio fue duro, después llegó la psicoorientadora para fortalecer los procesos, dándonos estrategias que me ayudaron a cambiar la preparación de las clases.

Se me ocurrió la idea de ponerle padrino a Sebas, como cariñosamente lo llamaba. Los estudiantes más sobresalientes, con el permiso de cada padre, se lo llevaban en las tardes dos horas para trabajarle matemáticas y español. Eran 10 niños y se turnaban y yo lo evaluaba al otro día. Al poco tiempo se vio los resultados: Sebas aprendió a coger dictados, porque el transcribía y tenía una caligrafía muy bonita, conoció los números, aprendió a sumar, restar y por último a deletrear. Fue un trabajo en equipo que ayudó que Sebas cogiera más confianza y fuera más seguro de sí mismo. Pasó a séptimo y sus compañeros lo guiaban al desplazarse a los salones y en los descansos desayunaban con él. Él empezó a practicar el fútbol, era muy bueno de portero y así participó de los juegos intercalases, lo trataban como un niño normal y él era feliz.

Este niño fue un ejemplo para el grupo, aprendió tanto que sobresalió ese año, sus compañeros fueron un punto de apoyo en su crecimiento personal porque aún continuaban siendo sus padrinos, lo cual me sentía orgullosa de mis niños y padres. Los coordinadores académicos y de convivencia exaltaron a grupo por compañerismo y superación con Sebastián Urrego. Hoy en día él está en undécimo grado, próximo a graduarse con sus compañeros, que han estado unidos durante este tiempo sin perder ninguno el año y ver como mejoró en todos los ámbitos con el apoyo de sus compañeros que aún lo apoyan. Cada mañana cuando va a entrenar al colegio, llega al salón me abraza y me dice ¡Máá!, eso me llena de alegría, satisfacción y orgullo saber que ellos hacen parte de la vida de uno, por eso ser maestro es la mejor profesión que elegí.

EL PASO DE LO ACADÉMICO A LO EMOCIONAL

Una historia de vida

Diana María Ruiz Llorente

Una de las experiencias más bonitas como docente es la de ver cómo mis muchachos se divierten y aprenden un poco de lo que más me gusta: la química. Por ejemplo, que entiendan que el cuerpo humano es un reactor donde se presentan millones de reacciones; que en la vida cotidiana el cocinar es aplicar química porque se utiliza la densidad, la solubilidad, las soluciones, entre muchos temas; que comprendan que la ciencia no está solamente en la NASA sino en cualquier otra parte; que valoren esos conocimientos empíricos que tienen de las labores que realizan cada día en sus casas.

En mi experiencia a lo largo de estos años, he tratado de mejorar la forma de llegar a mis estudiantes. Hace unos años no me atrevía a enseñar la producción del vino porque pensaba que a ellos no les gustaría; además, me daba miedo de los padres de familia porque quizás lo verían mal, pero hace poco lo intenté y el resultado fue sensacional y significativo: ver cómo los muchachos decían que ese jugo dulce olía y sabía a alcohol es un grato recuerdo. Todo empezó cuando una docente me pidió el favor de que le explicara las características de los alcoholes porque necesitaba mostrarles a sus estudiantes cómo se producían. Entonces me pregunté: ¿Por qué mis estudiantes no tienen la oportunidad de una clase diferente si yo manejo el tema y tengo la capacidad de realizar experimentos para obtener bebidas alcohólicas a partir de frutas?, entonces preparé la guía y se la compartí a los muchachos.

Al principio, los chicos tenían mala cara porque no creían que funcionaría, lo cual me confrontó con el miedo. No me desanimé. Seguí animándolos para que lo hicieran. Pasaron unas semanas y ellos no se animaban a realizarlos; pero el tan anhelado día llegó. Los jóvenes se organizaron y lo prepararon, ellos trabajaron en equipos y se dividieron las responsabilidades: unos recolectaron el dinero, otros lo prepararon y un pequeño grupo se encargó de hacerle seguimiento. Cuando pasó un mes, se llevó al salón de clase lo preparado. Cada uno de los vinos fue destapado y degustado ¡Ahí sí fue la sorpresa, el asombro, y la alegría de todos cuando vieron que el jugo de uva era ya vino!

Esta experiencia logró cambiar la idea que tenían los muchachos de la química, ese día le vieron algo interesante, tanto que en esa clase todos trabajaron. Esta experiencia para mí fue muy satisfactoria. Desde entonces, ellos me preguntan más sobre la aplicación de los temas a la vida práctica y de las dudas que se les presentan con otros temas los cuales en ocasiones son personales; también se motivaron a realizar investigaciones para presentarlas a sus amigos en la feria de la ciencia que realiza en la institución.



Figura 1: Jóvenes de la Institución Educativa Rural Zungo Embarcadero en la feria de Ciencia

Este tipo de experiencias han logrado cambiar a mis estudiantes y a mí, porque ellos no me ven como la persona que dicta una clase de química solamente, sino que tienen confianza para contarme lo que los entristece o lo que les alegra; pasé de ser su profesora a ser, para muchos, su amiga. Jocosamente algunos me dicen mamá, cambio que ha generado una transformación en mi Institución Educativa. Creo que la escuela es un lugar de trabajo o de estudio, un espacio de crecimiento y formación personal, sin dejar el trabajo académico, haciendo que las clases no sean fatigantes o, en otras palabras, no sean solo académicas.

Pues recuerdo que cuando inicié en el campo de la docencia, era psicorígida, no aceptaba ningún tipo de acercamiento con mis estudiantes que no fuera académico, tenía una pared impenetrable [...] ahora he podido comprender que los estudiantes son personas con problemas iguales o más graves que los nuestros. En la parte académica he logrado venderles la idea de que la ciencia es súper emocionante, pero que primero deben ser buenas personas a pesar de las dificultades.

Es por esto que ahora me intereso primero por su parte emocional, al preocuparme de forma sincera por lo que sienten nuestros chicos he logrado que estos se sientan cómodos y se enamoren del área. Por supuesto como en todo existe la excepción, pero en general ellos se sienten bien, y por mi parte soy feliz con mis estudiantes dentro del salón de clase y fuera de él.

PALABRAS MÁS, PALABRAS MENOS [...] MI ESCUELA

Karina Galván Lambertínez

Mi experiencia en la Institución Educativa Municipal José de los Santos Zúñiga, ha sido un reto desde el momento en que fui asignada en este establecimiento como docente tutora del programa *Todos a Aprender*. Una experiencia retadora en la medida que implicaba realizar una labor nueva para mí: ser par tutor y adelantar procesos de formación y acompañamiento en aula con docentes de básica primaria. Asumí el reto con entusiasmo y miedo, sentía que debía prepararme el triple que, para el trabajo con mis estudiantes, pensaba en todas las posibles preguntas de los profes.

Antes de conocerlos contemplaba cómo me iban a recibir; temía al rechazo, a que docentes con mucha más experiencia, y con un mayor nivel de formación que el mío, me negaran el diálogo que, como par, quería establecer con ellos sobre las estrategias y herramientas que el programa ofrecía. A pesar de mis muchos miedos e inseguridades llegué al establecimiento y entablé, primeramente, diálogo con los directivos docentes cuando organizamos el espacio de encuentro con la comunidad de docentes. Justo en el momento en que los tuve a todos de frente pude presentarme y conocerlos, la mezcla entre entusiasmo y miedo se convirtió en satisfacción; sentí que me escuchaban, que atendían a lo que en el momento les comunicaba, que estaban tan dispuestos como yo a entablar un diálogo de saberes y experiencias.

Hoy han pasado 18 meses y puedo decir que he logrado ganarme el respeto, la aceptación y el reconocimiento de mi comunidad educativa, empezando por los directivos docentes que ven en mí un apoyo y elemento útil en la institución. Hoy no me siento como una forastera, sino como parte de la comunidad educativa. Los docentes con los que interactúo me han abierto las puertas de sus aulas, tienen la confianza de comentarme situaciones referidas al conocimiento disciplinar y didáctico en lenguaje en los cuales consideran les puedo servir de apoyo. Juntos hemos trabajado en sesiones de formación en lenguaje enriquecedoras en pro del mejoramiento de los aprendizajes de los niños y niñas del establecimiento educativo.

Debo resaltar que en este tiempo mi formación académico-profesional, no solo me ha sido útil, sino que se ha nutrido y fortalecido a partir del trabajo con los profes, de escucharlos, de acompañarlos en las clases, de conocer a los estudiantes con los que batallan día a día contra las condiciones, muchas veces, adversas. La formación que desde el programa he recibido, ha sido también un factor clave en mi experiencia como tutor y como docente de aula, he crecido como persona y como profesional de la educación. Si hoy tuviera que volver al aula de clases con mis estudiantes llevaría el mismo entusiasmo que el primer día, e incluso, mucho mayor.

Mi formación ha sido más en el acompañamiento a mis pares, en aprender de ellos y para ellos, en buscar cada vez nuevas y diferentes cosas que llevarles, qué compartirles para nutrir mis saberes y mi práctica de las muchas experiencias que he vivido con ellos. No puedo negar que mi formación académica ha contribuido, en gran medida, a lo que soy como maestra y formadora en todos los ámbitos en los que me he desempeñado hasta ahora; pero debo asegurar que un gran porcentaje de ello, obedece también al resultado de mi experiencia, de la interacción con mis pares, de exigirme más para ellos y para los estudiantes que están en sus aulas que también son las mías.

Puedo decir que mi Institución Educativa o, más bien, mis Instituciones Educativas (porque acompaño dos y una de ellas es, además, mi plaza) son espacios en los que se vive la cultura escolar, tanto desde los procesos académicos de aula, como desde aquellos

que trascienden las barreras físicas que, en forma de proyectos, llegan a las casas de los estudiantes a través de cuadernos viajeros, de libros de cuentos, de poesías y de canciones creados por los estudiantes que leen a sus papás en casa. Es realmente gratificante, y de mucha satisfacción, ver que, aunque sea en un porcentaje aparentemente mínimo desde el punto de vista estandarizado y medible en comparación con la totalidad, se ha logrado avanzar y generar cambios enormes en la manera de concebir los procesos educativos en las aulas y fuera de ellas, de tomar consciencia de la importancia del contexto en la formación, así como de las grandes capacidades que se tienen y no se autorreconocen en muchas ocasiones.

MI EXPERIENCIA COMO DOCENTE EN LA INSTITUCIÓN EDUCATIVA RURAL ZAPATA

Esneider José Silgado Jiménez

¿Mi nombre? Esneider José Silgado Jiménez, Licenciado en Filosofía, oriundo de Necoclí (Antioquia). Laboro en la Institución Educativa Rural Zapata, aquí llegué trasladado de la Institución Rafael Núñez del Municipio de Tarazá, Bajo Cauca.

Inicié con mucho entusiasmo mi labor, ya que regresaba a mi tierra de Necoclí, me llevé una buena impresión de la Institución, los estudiantes eran jóvenes disciplinados a diferencia de dónde venía, los maestros me brindaron una cálida amistad, el rector una persona sencilla y humana me dio una cordial bienvenida, las expectativas fueron inmediatas esperar, y a lo largo de estos meses siento que el avance ha sido significativo, he crecido en la parte académica y al mismo tiempo he entregado lo mejor de mí a la comunidad educativa, he venido apoyando en los diferentes proyectos que hay en la Institución, además, me he interesado por brindar un acompañamiento personalizado al estudiante y al padre de familia, en el diálogo que sostengo con ellos; enfatizo mucho en los valores que se deben cultivar desde el hogar, esto se debe, a la imagen que proyecto, siento que, es positiva en la comunidad ya que como docente y siervo de Dios me esfuerzo por vivir los principios éticos, morales y cristianos, este estilo de vida me ha permitido conocer la realidad en la que viven algunos estudiantes y padres de familia, en lo que he podido he hecho mi aporte, he apoyado y contribuido en la formación académica y en sus sueños, pienso, que mi formación académico-profesional ha sido de gran apoyo en la comunidad educativa ya que se le está dando continuidad a procesos que iniciaron algunos compañeros docentes y que hoy se están viendo los resultados; Jóvenes egresados de la Institución Educativa Rural Zapata convertidos en grandes profesionales, hay mucho talento en esta Institución.

Al ver el progreso de mi Institución, me siento motivado a seguir trabajando con mayor compromiso y responsabilidad, pues uno de mis mayores anhelos es que los estudiantes aprendan a vivir la vida, a defenderse en los grandes desafíos que presenta la sociedad, que sean personas críticas, analíticas y sobre todo que contribuyan en el fortalecimiento y crecimiento integral de sí mismo, es por esto que continuaré trabajando por el desarrollo del ser humano y más concretamente por mi comunidad educativa, pues soy un convencido de que la responsabilidad que tenemos los docentes cuando se nos confía la educación y formación de niños, jóvenes y adultos, además cada uno de ellos con un ritmo de aprendizaje diferente, es por esto que me planteo la siguiente pregunta: ¿Qué huellas voy a dejar en ellos?, más que llenarles de información, teorías, ecuaciones su memoria, los educo desde el corazón en principios, valores, etc. Observo a los estudiantes y no los juzgo por lo que ellos son en el presente, sino por lo que pueden llegar a ser y la visión que tienen, ya que la sociedad espera mucho de ellos y de nosotros como docentes

Pienso que la labor del docente es de gran importancia, por eso hoy me siento orgulloso de ser maestro, es por esto que al observar hoy mi Institución me siento orgulloso de pertenecer a ella, esto se debe al ambiente que allí se vive el cual es agradable, el rector, los compañeros docentes, los estudiantes, el personal de servicios generales, padres de familia todos son muy humanos, amables y serviciales, A pesar del hecho que en este año nos han robado tres veces, no hemos perdido las ganas y el deseo de superarnos, estos sin sabores nos sirvieron para sacudirnos y mejorar tanto en la planta física como en lo académico, y ya se empiezan a ver los resultados pues hoy se respira otro ambiente, todos estamos como familia INERZA comprometidos con nuestra Institución para lograr una educación de calidad. Haciendo honor a nuestro lema que es: "Trabajamos para ser los

mejores" docente desde el corazón, aunque algunas veces nuestro trabajo no sea valorado. Estoy dejando huellas y dejaré huellas positivas en mis estudiantes.

UN VIAJE HACIA EL INTERIOR DE ESTA HERMOSA PROFESIÓN

Ricardo González Asprilla

Eran 3:47 a.m., del día domingo 15 del mes de julio, cuando comencé a escribir lo que pensaba contarle o, de pronto, lo que se me ocurriera decir; aunque en mi mente no encontraba las ideas para comenzar. Entre pensar y copiar fui arrancando muchas hojas, porque nada me iluminaba para hacerlo mejor, por eso le puse por título un viaje hacia el interior de esta hermosa profesión.

Hace ya bastantes años, dieciocho añitos tal vez [...] De Piedras Blancas llegué, a otra bella institución; de una rural a una urbana a trabajar con las hermanas. Quiero contarles un poco de la Institución Educativa José María, mi hermosa institución, que me alegra a mí la vida; pongan pues mucho cuidado los que les venga a decir, son muchas experiencias las que he vivido yo aquí.

Mi primer año fue un tercero que lo trabajé con esmero, era un grupo muy difícil que parecía un primero; pues escribir poco sabía, no salían al tablero y algunos muchachos eran indisciplinados. Pero hice un buen trabajo con la ayuda de los padres y aunque tuve decepción, se logró la promoción; que experiencia para difícil, me dejó una lección que para mí la educación fue mi mejor opción.

Y para el año siguiente, tenía gran preocupación, pues no quería yo ese grupo [...] pedía a Dios algo mejor; y fue cuando en reunión recibí una sorpresa, que alegró mi corazón, iba para el bachillerato a dictar el español.

Inicié en el grado sexto, en cinco grupos me tocó; me sentí bien y contento [...] pues aquí los estudiantes eran mucho más despiertos; pues todos eran más activos y más participativos; preguntaban en las clases, para realizar sus tareas y eran más disciplinados, aunque ustedes no lo crean.

Cuando hacían reuniones, para organizar los proyectos, yo era todo contento y me ponía bien dispuesto [...]. Un día que menos pensé, recibí una noticia que jamás imaginé; me encargan de directivo y fue una buena experiencia; me tocaba ya orientar a estudiantes y maestros. Y cuando había reuniones, me gozaba los encuentros, y estando ya en el colegio trabajaba bien contento, inculcando disciplina y un mejor comportamiento.

Y un día menos esperado me quitaron el encargo y me tocó dar mis clases, alegre feliz y contento; eran el mismo sinónimo para contarles yo todo esto; y ya con otra experiencia, seguí dictando español [...] y era en el grado octavo y con más dedicación.

Con alumnos y maestros que son nuestros compañeros, invitamos al que quisiera a trabajar un proyecto y era el de carteleras, reunión cada ocho días, fueron nuestra planeación para embellecer el colegio, esa fue nuestra misión, con mensajes bien bonitos, que hablaban de formación y dejar una enseñanza que sea de formación.

Ah [...] se me olvidaba contarles algo que me marcó, que lo cuento con tristeza y me trae un gran dolor, que son de los compañeros que están en el cielo hoy, son momentos muy duros por los que todos pasamos por que somos familias unidas a aquí en la José María y esto es digno de admirar y hacerlo todos los días, vivir como compañeros en amor y armonía.

Este trabajo es muy duro pero muy gratificante; yo he tenido aquí problemas con algunos estudiantes; yo me recuerdo aquel día de un llamado a rectoría, me citaban unos padres y ni yo me las creía; y cositas como estas suceden todos los días. Y, ya para terminar, yo me siento agradecido por hacer este recuento de mis años bien servidos y hacer de nuestro trabajo todo este recorrido y hablar de nosotros mismos de todo lo que hemos vivido.

RELATO DE VIDA

Glaucón Maturana Córdoba

Soy Glaucón Maturana Córdoba, nací el 9 de septiembre de 1963 en el municipio de Turbo, Antioquia. Como todo turbeño, a pesar de haber vivido en otros municipios, soy amante de mi pueblo. Para empezar, me encontraba laborando como coordinador de calidad educativa en el municipio de Turbo, cuando me presenté al concurso para ocupar unas plazas de directivos docentes en la entidad certificada de Antioquia; logré pasar y se me presentaron dos opciones: una en el corregimiento de Mulatos, Necoclí, y otra en el corregimiento de Piedras Blancas, Carepa. Opté por esta última ya que un en el área urbana de Carepa estaba radicada la familia de mi esposa y, de otro lado, una de mis hermanas laboraba como docente en el vecino municipio de Chigorodó, además vivía con mi mamá.

Las expectativas se sembraron en Piedras Blancas, más exactamente en la Institución Educativa Rural Piedras Blancas, espacio por el que alguna vez transité cuando trabajaba con el SENA en el corregimiento de Saiza, Tierralta. La verdad no conocía Piedras Blancas, pues se relataban muchas historias tristes envueltas por la violencia paramilitar y por la guerrilla, supuestamente, no tenía a nadie conocido allí, pero algunos profesores empezaron a llamarme al celular cuando se dieron cuenta que yo había sido nombrado como rector. Yo no conocía a los docentes y en general a nadie del corregimiento, pero me llevé la sorpresa, al menos una docente me conocía, y también a mi esposa, definitivamente yo no la conocía, me acogió con tanta amabilidad que me llenó de mucha confianza; la secretaria del colegio, a quien tampoco conocía, me recibió con mucho entusiasmo y cariño; sin embargo, lo que más me sorprendió fue que al recorrer el caserío con la secretaria, esta me llevó al negocio de su esposo, el cual me saludó con mucha amabilidad. Empezó a preguntarme que si yo lo conocía, le dije que no, más él continuaba diciendo que sí, que yo era tío de unos amigos de él en Turbo, me habló de mi hermana, de su esposo, de sus hijos y contó historias de cuando éramos jóvenes, cuando andaba en un coche o zorra, la cual era mía, y se lo había entregado a mi cuñado para trabajar con él. En fin, ahora sí me sentía de Piedras Blancas.

Pasaron los días y un mensaje que me habían dado en el área urbana al momento de mi llegada seguía dando vueltas en mi cabeza: “la gente de Piedras Blancas es muy racista”, ¡ay, Dios mío!, en el pasado me habían tocado muchos episodios de racismo en Medellín, los cuales no lograron afectarme, así que está no iba a ser la primera vez, en el pasado ya me había topado con situaciones similares, las cuales me hicieron fuerte ante cualquier asomo de xenofobia; a los pocos días ya sentía la acogida de la comunidad, me trataban con mucha confianza, se enfilaron a trabajar de la mano conmigo; creo que llevaba más del año en el cargo cuando se presentó la primera situación que me pareció extraña, una llamada de un supuesto grupo paramilitar pidiéndome dinero, estos no solo se contactaron conmigo sino que también con algunos docentes, las llamadas eran intimidantes y lograron llenarme de preocupación, eran amenazantes, tuve que cambiar de número celular y decirle a la secretaria, que no me pasara a nadie por el teléfono fijo, durante un mes, después de esto las llamadas cesaron, se solucionó la situación sin entregar nada a cambio.

Durante ese año realizamos actividades muy maravillosas con la comunidad educativa: La primera que realizamos fue llevar a todos los estudiantes, tanto de la sede principal como también los de las sedes anexas, a un encuentro de convivencia en el Parque Zungo de Apartadó. Era la primera vez que muchos estudiantes salían del corregimiento a espacios recreativos con muchas atracciones; la segunda actividad fue un

paseo que se otorgó como premio a los mejores estudiantes de cada grado con uno de sus padres, este fue llevado a cabo en las playas de la Martina en Turbo con todos los gastos pagos, mejor dicho, la comunidad quedó encantada y finalmente cerramos el año con una actividad denominada la noche de los mejores, en donde le hicimos reconocimiento a estudiantes, docentes, padres de familia, entidades y administrativos.

La comunidad educativa caminó a nuestro lado de la manera más sincera, solidaria y colaborativa; pero terminamos el año, con la situación más angustiosa de mi vida, ni siquiera se había pasado por mí mente, un caso de violación a una estudiante de primaria, lo cual se convirtió en una pesadilla para los docentes y el rector, se presentó la denuncia y los responsables fueron capturados, eran familiares de la niña, esto desató una ola de amenazas de muerte y llamadas intimidatorias a dos docentes y a el rector, inició el nuevo año escolar con la misma situación, no sabíamos que hacer, solo le pedíamos a Dios que nos protegiera, pues la familia de los detenidos nos señalaron como culpables de la detención, nos amenazaron que nosotros teníamos que sacarlos de la cárcel, una situación muy delicada que solo Dios nos ayudó a sortearla y que cesó cuando en un proceso de reorganización educativa, a mitad del año escolar, trasladaron a docentes y directivos docentes oficiales y la Institución Educativa Rural Piedras Blancas fue entregada a la PIA fundación para su administración.

Tras la noticia del cambio administrativo se realizó una jornada de despedida, la cual se vio marcada por momentos emocionantes de parte de la comunidad, hubo lágrimas, no querían que nos fuéramos, hicieron cartas para evitarlo, pero no se pudo, pues por norma no se podía tener un rector con docentes laborando por contratación; los docentes y directivos docentes fueron repartidos en varias Instituciones educativas, enviaron a varios docentes conmigo a la Institución Educativa Rural Villa Nelly, corregimiento el Silencio, vereda el Encanto.

De nuevo inicié con muchas expectativas, en una comunidad que por sus características culturales también conocía, muy distinta a la comunidad de Piedras Blancas, mientras estos últimos eran antioqueños paisas, los del Silencio, eran antioqueños costeños, de San Pedro de Urabá, Arboletes, Necolí y también del Departamento de Córdoba; durante un año y medio desarrollamos, además de las actividades tradicionales del ámbito educativo, muchas actividades de reconocimiento y motivación para la comunidad educativa, muy similares a la realizadas en Piedras Blancas, pero ahora, con el apoyo de fundaciones sociales, también, realizamos actividades de mejoramiento de la infraestructura física con el apoyo de la comunidad educativa, en fin, mucho trabajo.

Al año siguiente, acepté el nombramiento como Secretario de Educación Municipal de Carepa, duré dos años, aprendí mucho de la función pública, adquirí mucha experiencia, a tal punto que no deseo volver a un cargo administrativo, entre las experiencias maravillosas están: la construcción de la sede de Primaria de la Institución Educativa Rural Piedras Blancas, un aula múltiple en la vereda Belencito y la construcción de la escuela de la vereda Nueva Esperanza, además de muchos mejoramientos de infraestructura física en el área urbana y también en el sector rural con apoyo de fundaciones y corporaciones sociales. También logré terminar una Maestría en Educación con la Universidad de Antioquia.

Finalmente, regreso a la Institución Educativa Rural Villa Nelly, posterior a mi salida de la Secretaría de Educación, en la cual laboro actualmente y desde hace tres años, de nuevo asumo retos y compromisos, agendados desde el Ministerio de Educación Nacional, y aquí estoy, laborando con muchas dificultades, pero con el ánimo siempre arriba, a pesar de los problemas de salud que me han estado afectando desde finales del año anterior.

CRECIENDO Y APRENDIENDO MORENITA

Liset Patricia Arboleda Moreno

En la vida de cada ser humano suceden situaciones que lo marcan para bien o para mal. Cuando era niña, recibí un consejo, el cual me ayudó a crecer: “Tus amigas van a ir [...] y vos vas a ir comiendo”. Me hirieron profundamente el alma y nunca, pero nunca, he podido olvidar este momento. Me propuse metas y paso a paso he ido superándome para alcanzarlas. Lo bueno de este cuento ha sido crecer como persona a pesar de los altibajos, los cuales me han servido para mejorar cada día más. Cada piedra en mi zapato es motivo para fortalecer mis pasos, edificar mis triunfos y convertirlos en experiencias significativas.

A mis veinte años quise llegar a ser policía, pero por circunstancias adversas no pude alcanzar esta meta; me embargaba la tristeza porque era eso lo que quería ser, sin embargo, continué mis estudios en mi Normal y me esforzaba por dar lo mejor de mí. Mi tía, quien me regaló su tiempo en mi crianza, me inculcaba mucho la disciplina para desarrollar cualquier tarea. Me propuse terminar los dos años de normalista superior y lo logré. Aunque la rectora en ese momento de la Normal se opuso a mi meta, con la ayuda de Dios y el acompañamiento de mi familia, lo logré.

Regresé a mi tierra natal: Apartadó. Después de dos años de desempleo, presenté un concurso departamental el cuál gané, dando como resultado mi nombramiento en provisionalidad en la vereda *Saden Guacamaya* de Chigorodó en el año 2009. Al siguiente año, me presenté nuevamente y logré ganar el concurso nacional para vinculación al magisterio en propiedad. Mi felicidad se hacía notar. Cuando fui a escoger la plaza, quería quedar en la misma que tenía, pero una profe se me adelantó, me tocó otra vereda, la cual se ubica relativamente cerca a la que tenía en provisionalidad.

Ahora me tocaba empezar un nuevo proceso y enfrentarme a otro reto, sin embargo, lo afronté con mayor responsabilidad. Fue una experiencia muy bonita ya que en aquella escuela me tocaba cocinarles a mis estudiantes en el restaurante escolar y lavar los baños mientras ellos desarrollaban las actividades. Al recordar estos momentos me lleno de gozo y alegría, pues la comunidad con el tiempo se acercó a la escuela con el fin de colaborar en los procesos que allí se desarrollaban.

En el año 2011 llegué a mi nueva institución, más exactamente en el mes de junio. Venía de una escuela rural en la que un día “mi muerte fue planeada”, pero también allí adquirí muchas experiencias. Llegué en la semana institucional e inmediatamente me asignaron el grupo con el cuál debía laborar; sin imaginarme todos los obstáculos que debía vencer apunté mi información completamente feliz. Después de esta semana de labor, salimos a vacaciones; al regreso, comenzó la batalla: me encontré con una experiencia que para mí es difícil recordar. Observaba padres en contravía con mi labor, colocaban quejas al rector por todo, que querían al otro profe que se había ido, alcancé a oír comentarios de situaciones falsas; no obstante, yo trataba de obviar todo tipo de acciones mal intencionadas, al igual que compañeros poco colaboradores, pero, en un momento, respiré profundo, empecé a orar y le pedí a Dios que me diera inteligencia y sabiduría para superar esa barrera que no me dejaba continuar y que me diera luz para sacar adelante el reto. Un viernes me acerqué al rector a pedirle que autorizara la realización de una reunión con los padres de familia, este me dijo que los citara pero que si los padres no venían no era responsabilidad de él, casi me muero de la ira porque sentí que la situación estaba tomando otro rumbo y que no tenía apoyo de nadie.

Llegué a casa un día lunes del mes de agosto y acostada en mi cama tomé la decisión, citar a los padres a una reunión; en una libretica que agarré de la mesa de noche, escribí los temas que debía tratar en la reunión y planeé todo cómo lo debía hacer, creo

que Dios en ese momento me iluminó, al otro día a cada niño le entregué una nota impresa donde citaba a los padres a una reunión el día jueves de esa semana, sentía en mi pecho un ahogamiento que no me dejaba respirar, ni estar tranquila, quería salir corriendo y no regresar a la institución, pero la voluntad de Dios es única; con ansiedad esperaba el día, pensando que los padres no iban a asistir a la cita, contrario a esto, asistieron todos a la reunión; entré al aula muy asustada pero con la convicción de que ese día terminaría la odisea que me atormentaba, me presenté, “Yo soy Liset Arboleda”, les conté cuál era mi perfil, además les expresé que había venido a este mundo para servir y que Dios me había encomendado una misión que era la de ser Maestra, y les dije: “soy la responsable de los niños del grado tercero C, los cité porque quiero escucharlos pero antes quiero expresarles que vine a aportarles un granito de arena al proceso de educación de sus hijos”, escuché lo que cada uno tenía guardado en su corazón y su mente y se aclararon las dudas, organizamos el comité colaborador y el representante del grupo.

A partir de ese momento todo fue diferente, con los niños no había ninguna dificultad, empezó a notarse la armonía en el aula, ahora sí, la profe empezó a laborar como quería, los involucré en el proceso de lectura con los niños donde cada día iban tres padres o madres a acompañarlos en la primera hora a leer, a contar un cuento, o realizar una actividad que ayudara a fortalecer la relación de los niños con los padres y madres de familia y con la docente de aula, fue tan significativo el cambio que logré llevarlos hasta el grado quinto, el día de la graduación no fui capaz de despedirlos pues sentía una satisfacción inmensa que no me pude controlar.

Cuando recibí el siguiente grado que me asignaron, la experiencia comenzó a tomar otra dimensión, con este grupo nació el proyecto de lectoescritura, el cual trabajamos en compañía ambos grupos, es decir, segundo A y segundo B, desde ese momento fortalecimos nuestro trabajo en equipo, nos hemos ayudado tanto los niños como las docentes; las recomendaciones llevaron a los padres, que llegaron a mis manos, a creer en mí, creamos un grupo de apoyo con el que fortalecí mucho mi trabajo, me ayudaron a crecer en la academia, fueron bajo mi concepto unos guerreros, y la relación con niños y padres hoy se ha fortalecido, esto me llena de satisfacción, pues alguna huella dejé en ellos, ya que todavía me visitan, para aconsejar a mis muchachos, para que mis niños vean en mí una amiga más, una confidente, una cómplice de su caminar. Desde el 2011 conocí una historia de un niño “July” quién ha marcado mi vida recordando mi pasado [...]

MIS HUELLAS

Una labor maestra de cada día

Ana Paola Barreto Vergara

Era un día de julio, llegué a Urabá sin conocer estas tierras, con lágrimas en mis ojos, con angustia, miedo y con el firme deseo de irme pronto [...]

Llegué al Mellito pasado el mediodía, cuando la vía estaba mejor de lo que era en otros tiempos. Me recibió la dueña de la casa, la abracé y se me vino un llanto desconsolador. Ella muy cariñosa me decía: “¡Tranquila hija!, ¡tranquila, que aquí se amaña [...]!”

Yo en medio del llanto insistía en devolverme pronto, en no querer estar ahí [...]

Nunca vi esta zona como una opción para ocupar plaza en propiedad. Había visionado algo urbano, más cerca de la ciudad de Medellín. Un cambio de clima, irme lejos de Córdoba, buscar otros horizontes [...] pero como todo en la vida viene por voluntad de Dios y Él mismo se encarga de enviarnos sus ángeles. Recuerdo que vivía pensionada en Montería, trabajaba con PTA y estaba feliz de cumplir mi sueño de pertenecer al Magisterio. La dueña de la pensión era nativa del Corregimiento del Mellito y ella me había orientado sobre plazas en estas zonas, es más hasta podía vivir como pensionada también en casa de su mamá; yo me fui a mi audiencia y no pensaba en Urabá, era la número 105 en escoger la plaza y veía que todos buscaban algún lugar donde su familia les quedara cerca. Se acercaba mi turno y no me había decidido. Tomé el teléfono y la llamé para recordar cual era la plaza que me había recomendado, al igual en la audiencia me hablaron bien de esta zona por su cercanía a Montería y sus excelentes vías de acceso.

Al presentarme a mi cargo en la IER Mulatos del municipio de Necoclí, la hospitalidad y amabilidad con la que me recibieron hizo cambiar un poco mi angustia, desde ahí la experiencia profesional que he tenido ha sido transformadora, llena de oportunidades para seguir creciendo a nivel profesional y personal. Lo que ha logrado de algún modo llenar con mi vida, con mi ejemplo y con mi trabajo la vida de una comunidad falta de afecto, de orientación, de visión de mundo. He aprendido, he enseñado, me he equivocado, he corregido, me he levantado. He contribuido a ser una docente activa, llena de ideas, de liderazgo en procesos institucionales y de convivencia. Pertenecer a la zona de Antioquia me ha abierto las puertas a fortalecer mi área, mis prácticas docentes, a realizar reflexiones en torno al contexto que educo a diario. También me ha permitido interactuar con un equipo de trabajo interdisciplinar donde se vive a diario experiencias significativas, de afecto, de hermandad.

Cada día que vivo con mis estudiantes trato de dejarles aprendizajes que le sirvan para ser personas integrales. Quizás a veces me equivoco en no entenderlos y los estudiantes me perciben como esa persona que enseña mucho pero que en ocasiones se muestra regañona, exigente, y cumplidora estricta de las normas de respeto en clase, de responsabilidad, de hacer las cosas bien. En los padres de familia me percibo como una docente comprometida con mi labor, interesada por el bienestar físico, académico y emocional de los estudiantes, una docente que expresa lo que siente y piensa de forma clara y contundente, que resuelve situaciones que se presentan dentro y fuera del aula.

Desde mis inicios como docente siempre he visto mi formación académica como una oportunidad para mejorar en mi quehacer diario, me intereso por participar de las formaciones que ofrece la Gobernación de Antioquia, a través de sus programas de Red de Lenguaje, Centro de Pensamiento Pedagógico, diplomados, especializaciones que contribuyen día a día en un nuevo conocimiento, a una transformación que nos lleva a gozarnos nuestra labor, a reír y a ser fuente generadora de emociones, a darle sentido a

nuestra labor a través de la reflexión continúa, de la observación, de la lúdica, ampliando nuestros horizontes para abrir caminos y huellas trascendentales en los estudiantes.

Es por esto que no me es posible entender en muchas ocasiones la falta de interés y de lucha de mis estudiantes, de no arriesgarse a salir de su zona confort para buscar nuevas oportunidades, sueños por cumplir para mejorar su calidad de vida y la de sus familias. En esta zona de Urabá, se evidencia mucho la falta proyectos de vida, de vivir, de pensar y sentir de forma diferente. Existe un conformismo, un querer ser del “montón” a sabiendas de los potenciales que tienen a nivel de arte, de música, de deportes. Son estudiantes que no se exigen ser mejores, que no les interesa cumplir normas ni comportamientos de vida, de urbanidad, de presentación personal que los proyecte como personas integrales.

En mis clases, son mis luchas diarias con ellos, con mi ejemplo, con mis historias y experiencias de vida, mis reflexiones en clase y fuera de ella, intento llegar a su corazón, a su conciencia, a ponerlos a pensar en sí mismos y en lo que son capaces de lograr.

Sé que no es fácil, porque en todo lo anterior la cultura escolar y familiar es la juega un papel fundamental en todos los procesos académicos y disciplinarios de toda la comunidad educativa (estudiantes, padres de familia, docentes, directivos, entre otros), puesto que es la que indica cómo se realizan las cosas, los valores, las prácticas que se mantienen y los patrones de comportamientos dentro y fuera del plantel educativo. Puesto que en esta población se puede encontrar hogares disfuncionales, violencia intrafamiliar, falta de orientación de los padres en la crianza de sus hijos, madres y padres muy jóvenes, entre otras situaciones de vulnerabilidad; lo que permite que en la mayoría de los casos se levanten estudiantes sin valores, sin atención física y emocional, con grades vacíos de sentimientos de proyección y limitaciones que no le permiten avanzar en la búsqueda de un mundo mejor, sino a estancarse, a tenerle miedo a los cambios, a la nuevas ideas y formas de vida que tienen por conquistar.

Desde la institución se vienen realizando programas que permiten las reflexiones de los padres frente a esta problemática, pero considero que falta más por trabajar, hay que apuntarle a un cambio de visión, de perspectiva a la comunidad de Mulatos, podemos hacer mucho más por ellos con nuestro ejemplo, con nuestras propias historias de vida, con una educación basada en valores, en la construcción de un mejor futuro, donde las tradiciones y crianza de los padres y abuelos se conviertan en una base para un caminar lleno de oportunidades, de amor y sentido de pertenencia por ellos mismos y por todo lo que lo rodea, que se sientan identificados con esta tierra rica en recursos naturales, donde puedan hacerse profesionales y cambiar su contexto innovando, creando nuevas oportunidades para otros y ser ejemplos de superación para las demás generaciones.

La tarea quizás resulte un poco utópica, pero considero que desde las aulas somos maestros llamados a transformar vidas, a generar cambios de pensamientos, a crear nuevas ideas en el corazón de ese otro que espera mucho de nosotros. Esa es mi labor cada día.

EL TEOREMA DE LAURA

O de como un simple par de hechos fortuitos se constituyen en la recta directriz de dos vidas tangenciales, que se prolongan en el más allá del hoy sin llegar a confundirse en sus sentimientos

Luis Ángel Franco Flórez, el profe “ninguno”

“Errar es necesario,
porque es la invitación a repensar
para replantear, solucionar, corregir y avanzar.
Y solo se convierte en fracaso
si lo dejas en error sin volverlo a intentar”
(Fernando Martínez-Corbalán)

Solo dos puntos, sí, solo dos puntos bastan para determinar una línea recta, así como, solo bastan dos puntos, para definir una línea de vida; ¿En serio? ¿Solo bastarán dos puntos?

Si admitimos que existe por lo menos un par de puntos, y que, entre esos dos puntos, habrá, indefectiblemente, otro punto; tendremos, en consecuencia, que entre este nuevo punto y cualquiera de los iniciales, habrá por lo menos otro punto más. Así pues, entre el punto de mi llegada a Carepa y este punto que es el hoy, habrá un cúmulo inimaginable de momentos que van llenando de vida cada espacio entre esos instantes.

Efectivamente, ese primer punto será aquel día en el que decidí quedarme en Carepa, aquella mañana de agosto, antes de clarear el día, ese momento en el que, al apearme del bus que me transportó a este pedazo de paraíso tomé mi decisión, sin imaginar los sinsabores y alegrías, los golpes y los besos, las caídas y los despertares que en los próximos años podría experimentar.

El segundo punto será el hoy, un hoy con Laura en mi vida, Laura es reflejo de la lejanía entre un puntito incierto en el pasado, cuando mis niñas eran niñas y un hoy en el presente, cuando mis niñas ya son adultas. Hoy Laura recibe su diploma y quiero estar con ella, quizás para suplir aquel lejano punto en el que estuve ausente durante el adolescente grado de mis hijas.

El segundo punto será este hoy, ese infatigable hoy periódico que se funda, para nuestro placer, con el aparecer, tras la serranía del Abibe, de un sol resplandeciente, dispuesto a iluminar y posar un húmedo calor sobre este territorio plantado de bananeras y sueños, sueños cargados de esperanzas unos, otros colmados de pesadillas, pero sueños al fin. Este hoy, que me permite recoger en estas palabras un gran capital de experiencias que hemos interiorizado muchos y que hoy quedará, alguna de ellas, dibujada en este nacarado papel para su apreciación futura.

Postúlese; dos hechos bastan para contar una historia, pues entre ellos un acontecer de situaciones diversas habrán ocurrido.

Aunque ese amanecer de agosto decidiría quedarme en Carepa, acaso encontrar un hogar, nadie me esperó al bajar del bus, ni los espacios ni los tiempos ni las personas me esperaban o me eran familiares, ni yo les era familiar ¿Conocer aquí, un lugar donde detener, por un corto lapso de tiempo, mi cansino caminar hacia lo desconocido? ¡Ni riesgos! No era posible que sucediera, más sabiendo del desconocimiento de mi llegada.

Por fin logré deshacerme de la fatiga de unas doce horas de tortuoso viaje, un hospedaje barato pero agradable y cómodo, al fin y al cabo, no contaba con mucho flujo de efectivo en el momento; y ni adivinar que mi primer pago llegaría en noviembre, por cierto,

un jueves en la tarde, un punto entre los dos que determinan esta recta, y que da pie para otra historia.

En la mañana, la oficina de la rectora. Corrían las gotas de sudor en mi rostro y se enjugaban en la tela de mi camisa mientras visualizaba mi futuro en esa escuela, de nuevo pisaba una escuela, me sentía ansioso por el nuevo regreso, otra vez, otro regreso, volver de nuevo. ¿Acaso vuelvo? o ¿será que nunca había partido y apenas despierto de un largo dormir? “No lo puedo recibir, no tiene el perfil que necesita la institución, se requiere un contador o administrador o algo afín, toca devolverlo para Secretaría de Educación”, escapaban esas palabras a través de los labios de la rectora. Pero si de allá me enviaron, lo mismo les argumenté yo, pero me dijeron que era idóneo, que me posesionara, que no había problema”, repliqué con firme decisión y absoluta convicción de no marcharme, no todavía. Mire a ver si tiene algo de matemáticas por ahí, modestia aparte soy muy buen maestro en esta área, repliqué. Al fin y al cabo, no me iré antes del viernes, no voy a viajar hasta este pueblo para devolverme sin por lo menos haberlo recorrido. Agregué y salí de esa amplia oficina llena de estrechas ideas.

¡Vaya que sabía que me iba a quedar!, era total mi confianza. Me sentía merecedor de estos espacios y de vivir historias y momentos que irían trazando esa recta entre dos puntos,

Y son aquellas las palabras que se agitaban en mi cuerpo y cabalgaban en mi mente mientras caminaba las calles de este pueblo somnoliento, adormilado, callado, del que quince días antes no tenía idea de su existencia; son aquellas las palabras que retumbaban en mi cabeza, mientras me repetía insistentemente: no me quiero ir, aquí me quedaré.

No importa, no me voy antes del viernes, repetí, esta vez en voz alta.

Quizás me consolaba a mí mismo, esa voz en mi interior repetía que no me iría; quizás la misma voz que en la mañana tenía toda la razón; no me marcharía de aquí, no me iría antes del viernes; ¡y cuantos viernes han pasado hasta hoy! Aún sigo aquí. De hecho, aún permaneceré aquí, prolongando indefinidamente mi recta existencial en puntos de experiencias e historias más allá de este punto del hoy. Parece que ese limitante viernes, que fue el hoy en su momento, no ha llegado, y no estoy esperando que llegue.

En cualquier punto podemos centrar una circunferencia con un diámetro cualquiera, tercer postulado de Euclides, y este es un buen punto histórico para centrar esa circunferencia del continuo retorno. Por enésima vez me vinculo, ¿otra vez?, ya ni se porque me retiré, siempre lo olvido y vuelvo al mismo camino, retomo el caminar por esa circunferencia que encierra miles de vidas que han sido tocadas por mis palabras o mis acciones: pero esta vez es diferente, ahora más viejo, más maduro, más idiota. Por enésima vez me vinculo a la docencia, quizás nunca me he ido, sigo siendo maestro, o quizás lo quiero ser, ser algún día maestro, esperando llegar allá miro a mi alrededor y veo proyectarse en mis recuerdos la película de tantos momentos vividos con mis estudiantes, vívidos recuerdos de un cada instante en un permanente hoy.

Tal vez siempre he sido maestro, quizás lo he sido y nunca lo he sabido, quizás mientras no ejercía lo seguía siendo, tal vez desde niño, no desde pelado, porque pelado ya estoy -solo mira mi cabeza-, mi vocación ha atravesado la circunferencia de mi vida uniendo puntos diametralmente opuestos, pero significativamente semejantes. Absorto estaba en estos pensamientos y cavilaciones cuando una dulce y femenina voz me rescato de tales angustias existenciales: “Profe [...], ¡hola!”- era una voz conocida. Hola Nancy, le respondí al verla, así, pequeña, diminuta como la conocí. Nancy, niña flaquita que tuve por alumna en noveno grado, justo después de mi llegada al pueblo, hoy aparecía de nuevo como ese diámetro que une dos puntos distantes de la circunferencia.

“Profe, cómo le parece que en la U.”, estaba empezando la universidad, “nos pidieron escribir sobre un profe que nos haya marcado”, me contaba con su efusiva

costumbre de reír todo el tiempo. Qué bueno [...], le dije yo, mientras ignoraba lo que se vendría a mi corazón de manera fulminante. Entonces [...] ¿estás en la U?, ¡Qué alegría! “Sí, profe”, me respondió, mientras yo recordaba que hacía unos treinta meses la tuve en mi aula, pero solo por dos meses, pues tuvo que partir para Medellín, pero esa es su propia historia. “[...] y quiero que, por favor, lo lea y me diga que piensa, me brinde su opinión”, concluyó mientras ponía en mis manos las hojas impresas.

Jumm, ahora veré, ¿acaso soy yo profesor de redacción? ¿Tal vez de ortografía o corrector de estilo? Para nada. Soy profesor de matemática.”, me dije para mis adentros. Aun así, acepté el encargo solicitado: Claro, con mucho gusto, respondí y me dispuse a leer el escrito.

Mientras deslizaba mi mirada hacia las letras, que impregnadas de sentimientos bordaban esa hoja que se constituía en el lienzo en que Nancy pintaba su futuro, vi corazones palpitando en ese papel; amor por lo que hacía y deseo profundo de enseñar, sentí que estaba con una maestra en ciernes.

Comencé a leer aquel escrito, que me entrego con notoria ansiedad; cada palabra en él llenó mi corazón de orgullo y me hizo amar más aún mi profesión, me describía con certeras palabras, me interpretaba en sus frases bien escritas.

¿Qué fue lo que hice, para que en tan corto segmento de tiempo lograra incidir en una vida, de tal forma que orientara una decisión que marcaría el futuro de Nancy? Acaso ¿qué era lo por mi actuado, en esta comedia de la escuela -que pretende formar seres para la vida aislándolos de toda realidad latente-, para que Nancy me recordara de manera tan especial? Creo que será otro de los tantos misterios de mi existencia, o quizás haya sido darle mi corazón a mis alumnos, a mis Lauras, quererlos con sinceridad y brindarles alegría; tal vez jugar con sus mentes de niños que no quieren ser niños por qué se sienten adultos sin saber ser adultos, y obligarlos de manera sutil a confrontarse con sus propios sentimientos y llevarlos a reconocerse como seres únicos en el universo hasta llegar a decirme: “Profe, usted me tiene loca”.

Hoy, mientras en un punto exterior a esta recta que hemos descrito, Nancy está llegando al culmen de su formación, yo voy recordando paralelamente esos momentos tangenciales a la circunferencia que rodea mi vida y las palabras que, formando ángulo recto con su diametral aparición, terminaran su texto: “El profe me hizo querer llegar a ser maestra y aún estoy pensando en sus primeras palabras al llegar al salón: ¿Qué es un punto? ¿Cuántos ángeles caben en la punta de un alfiler? Ninguno ha dejado huellas imborrables en mi vida. Se hacía llamar Ninguno y la verdad no habrá ninguno como él”.

Postúlese: en cualquier punto de nuestra vida podemos construir una historia circunferencial con cualquier diámetro de vivencias

Así mismo, en otro punto de mi circunferencial existencia, otra experiencia radial, que añadiría un ángulo recto más a mi euclídea vida, jamás pensé que una niña, hermosa, ingenua, sin pecados en su vida; aquella niña juiciosa que jamás había sentido posar algunos labios en los suyos, se me acercara y me dijera con su virginal voz, como tratando que nadie más se enterara de lo que me estaba pidiendo, tal vez sabía de lo indebido de su propuesta: “Profe, ¿Y por qué no lo hacemos en cuatro?” me pidió con temblor en su voz.

Tanta fue mi sorpresa que no atiné a pensar claro, miles de ideas cruzaron por mi cabeza, hasta tuve la tentación de ceder ante tan caprichosas como seductoras palabras, pero decidí: *no, esto no puede ser, no puedo dar cabida a situaciones que cambien lo que ya se ha preparado [...]* Además, *en estos momentos no sería posible ceder a tales pretensiones de procrastinar, ¿en qué quedaría mi interés en la formación adecuada de nuevas generaciones? ¿En un futuro qué se pensaría de mi proceder?”*

Por ello, aunque la tentación de hacerlo en cuatro me poseía, me negué de plano: perdón, mi niña, no intente seducirme con su tierna mirada ni con su dulce sonrisa, respondí a su comentario, no lo haremos en cuatro, el trabajo se hará en tres horas. Y no hay discusión.

Aunque aceptó sin gusto alguno a aquella negativa y se dispuso a realizar su tarea con la eficiencia que le caracteriza, le propuse algo mejor, y que sabía que le daría alegría: Oye, si en verdad lo quieres, puedo aceptar tu otro pedido, le dije calmadamente y con la certeza de que lo haría por ella.

Me miró a los ojos como quién está a punto de recibir algo ansiosamente esperado: “¿En serio, profe? ¿lo haría por mí?”, me dijo con singular alegría en su mirada, “en verdad me quitará el Yin?”

Claro que lo haré, le respondí dándole la confianza que ella necesitaba sentir para ser despojada de su Yin. A partir de hoy solo te llamaré Kelly, ya no hay más Kelly Yin; aunque luego te tocará ponértelo de nuevo.

Me miró, sonrió y continuó con más entusiasmo en su labor. Así fue como le quité el Yin a Kelly, sin remordimientos.

Postúlese: todos los angulares situaciones rectas son iguales

Hoy, Laura recibe su diploma. Tres años de nuestras asintóticas existencias han transcurrido signando nuestras vidas, siempre avanzando en la misma dirección acercándonos cada vez más, cada punto de nuestras lineales vidas es una experiencia que nos acerca más. Compartimos tantos y tan bellos momentos, charlas interminables sobre todo y sobre nada, abrazos sinceros, llenos de cariño, ella, la Laura que suplió en mi ser la carencia de vivir las experiencias adolescentes de mis hijas, mi Laura, orgullo de mi existencia, hoy está tan cerca de mi como yo de ella; hoy mi Laura está a punto de partir.

Postúlese: siempre podremos extender nuestra existencia más allá de los puntos que la limitan

Hoy puedo decir que he vivido plenamente gracias a Laura, a todas las Lauras que se han cruzado por mi vida como rectas secantes que atraviesan una circunferencia.

Laura representa el fundamento y receptor de mi vocación docente: Una entrega total, un apoyo perenne a sus intereses, un entusiasmarse con sus logros y un continuo gozar con sus alegrías, un hacerles el amor intelectualmente a todos para que disfruten de una existencia real y sincera, nunca efímera, siempre perenne.

A mis Lauras, les enseño cómo equivocarse, siempre planeo sus errores, para que aprendan a no cometerlos, o aprendan a hacer las cosas de nuevo, pero de manera más inteligente, (comparto con Henry Ford). Laura es la razón de mi vida, pues sin mis Lauras, el ser maestro sería como verter agua en un costal de fibra.

Ahora Laura se va, ya no será mi Laura, a partir de este hoy prolongará su existencia en puntos más allá de este presente, hoy Laura se va para ser otra Nancy, con grandes aspiraciones personales y profesionales, desde hoy será Nancy quién, probablemente, me recuerde con cariño; aun así, Laura permanece en mí mientras exista en este cuerpo mío, cada año más viejo, el entusiasmo *infatigable* de encontrarme otra Laura.

Si en algún momento marqué la vida de Laura para que me recordara cómo Nancy, entonces seguiré buscando a Laura al comenzar cada año para seguir viviendo con ella un par de vidas tangenciales a lo largo de tres años.

Carepa, octubre de 2018.

CONVERTIR LOS OBSTACULOS EN EXPERIENCIAS POSITIVAS

Eduardo Padilla Medina

Eduardo Padilla Medina, convencido, enfocado y caracterizado por el humanismo, Nacido en Turbo (Antioquia), el 11 de diciembre de 1959, llego como docente de básica primaria a la Institución Educativa Colombia del municipio de Carepa en el mes de marzo de 1992, como docente por contrato municipal, después de un concurso que se realizó en dicho municipio en el grado quinto B y, así sucesivamente, hasta el año 1999 logramos consolidar y hacer parte activa de un grupo de docentes que teníamos como responsabilidad preparar a los alumnos con competencias para que al presentarse al examen de admisión para el ingreso al grado sexto de bachillerato en el Liceo Luis Carlos Galán Sarmiento, institución única que ofrecía el bachillerato en el municipio de Carepa, contando con la suerte que los alumnos de mi institución siempre ocupaban los primeros lugares. En el año 1995, un 10 de enero soy vinculado como maestro Nacionalizado con el plan 80-20, en el año 2000, me desempeñé como rector encargado de la institución, sin olvidar una situación que me ha marcado positivamente y fue tomar una decisión en contra del consejo académico y de la mayoría de los docentes como fue recibir a un joven para el grado sexto de bachillerato quien había recorrido todos los colegios de Turbo, Apartado, Chigorodó y Carepa y en todas parte lo rechazaban y le cerraban las puertas porque en su hoja de vida decía que le sacó machete a un profesor en una institución educativa de Dabeiba. Vale la pena anotar que el señor Alcalde Municipal y el secretario de educación de turno al ver que en el colegio teníamos un aula de clase libre más quince estudiantes nos nombraron los docentes con la condición de que hiciéramos una convocatoria abierta al municipio, en general, para que de allí seleccionáramos treinta nuevos estudiantes y así poder conformar un grupo de cuarenta y cinco alumnos, pero para dicha convocatoria se presentaron noventa aspirantes; para esta selección nombré una comisión de 6 docentes quienes al ver y analizar la hoja de vida del joven antes mencionado le rechazaron, algo muy curioso fue que todas las notas las tenía en 4, 4,5, y 5. Yo no conocía el caso, el día que iba a dar los fichos de matrícula a los seleccionados cuando ya había dado todos los fichos salió de en medio de todos los estudiantes el mismo joven con la carpeta levantada, llorando y reclamando “por favor yo necesito una nueva oportunidad, yo no soy ese que dice en mi hoja de vida, por favor yo me comprometo a portarme bien”. Yo me sorprendí y le dije: joven cuál es su caso, cuénteme a ver, él me contó y me mostró su hoja de vida y le dije vaya por su acudiente y cuando la madre llegó yo le manifesté y los escuché nuevamente a los dos y hablamos sobre la gravedad de lo que decía en la hoja de vida y los puse a reflexionar e hicimos unos compromisos escritos los firmamos, lo recibí con condiciones y sin matricular solo como asistente por tres meses y con la primera que fallara se iba del colegio y ellos aceptaron; todo esto creo una serie de inconformidades y comentarios en mi contra por parte de muchos docentes y decían textualmente “vea ahora sí se acabó este colegio, él con su humanismo se va tirar el colegio cómo es posible que haya recibido ese malandro con todo lo que dice en su hoja de vida”. Yo no decía nada, solo le pedía a mi Dios que me respaldara y no me dejara avergonzar. En el mes de mayo del mismo año se reunieron los mismos docentes quienes redactaron un documento de solicitud de promoción anticipada para el alumno en mención al grado séptimo, se hicieron todas las actividades pertinentes y, precisamente, el muchacho fue promovido; al año siguiente, pasó lo mismo en el mes de marzo, otra vez fue promovido al grado octavo, este joven logró terminar su bachillerato en el colegio y de allí entró al SENA donde se graduó con honores ocupando el primer lugar entre sus compañeros de la Tecnología en Contaduría Pública.

Pienso que este fue el punto de partida que me llevó a enfocarme mentalmente para que el modelo pedagógico de la institución fuera humanista y desde lo más profundo de mi corazón y mi ser siempre añoraba que esa fuera una gran realidad, claro está que siempre he guardado el secreto hasta hoy que quiero sincerarme y lo quiero sacar a flote para que otros puedan beber de mi experiencia.

En el año de 2001 llega un nuevo rector con importantes títulos universitarios y experiencia como docente y puestos administrativos en educación, pero, con una gran debilidad en lo humano, empieza a hacerle bullying a los maestros costeños con un discurso obsoleto “Está comprobado científicamente que los costeños no tienen la capacidad para retener y además son muy flojos y perezosos” y empezó la persecución hacia la población hasta el punto que unos tuvieron que pedir traslado y otra renunció y con otros, entre los que me encontraba, no pudo, porque ya él se fue y nosotros todavía seguimos allí. A la llegada al colegio se encontró que yo había repartido la carga académica entre los docentes y a mí me tocó un grado quinto de primaria y le entregué la novedad, a finales de año decidió trasladarme a la jornada de la tarde a dictar clases en el bachillerato, me llamó y me preguntó qué área estaba yo dispuesto a servir puesto que yo no tenía la idoneidad en área específica porque mi título profesional es “Licenciado en Supervisión Educativa”, a lo que yo le respondí si quieres que yo te haga un buen trabajo asígname cualquiera área o asignatura menos química, inglés y mucho menos educación artística en las demás, si me toca estudiar lo hago pero te prometo unos buenos resultados, esto yo lo hice inconsciente y sin malicia porque no alcancé a dimensionar qué se traía entre manos con su supuesta propuesta. La sorpresa fue el año siguiente cuando el primer día de clases al repartir la nueva carga académica me había asignado educación artística en todo el bachillerato, situación que, en el momento, y por todos esos primeros meses fue un golpe bajo para mí ese día. Me decepcioné, me dio rabia, un nudo en la garganta que me mantuve todo el día en silencio e invadido por un veneno que me llevó a pensar negativamente en su contra y en mis adentros decía: apenas se acabe esta reunión voy a su oficina y si no me cambia el área le meto la mano y yo hasta temblaba y más cuando él leyó mi carga académica una compañera largó una carcajada humillante diciendo: que irá a hacer el pobre y lo tomé como una aliada suya, eso aumentó mi tristeza e impotencia; pero a la una que se acabó la reunión además de todo lo que estaba sintiendo también me invadía el hambre y decidí no pelear ese día sino ir a almorzar a mi casa y dije no hoy no pero mañana sí voy a pelear por esa terrible injusticia en mi contra, pero el mañana me va a ver por qué eso no se queda así y solitario decidí irme y cuando salí del colegio y al dar la vuelta en la esquina mire hacia el cielo y lo vi despejado con unas nubes con tonos azules claros y blanco exprese la siguiente oración “DIOS mío, DIOS mío, eres tú quien va a dictar las clases, te las entrego para que hagas un buen trabajo por lo tanto dame la sabiduría e inteligencia en tu bello nombre” y enseguida respiré profundo y me sentí libre y aliviado por que con esto boté todos esos temores, me invadió la calma, una esperanza y una gama de ilusiones y empecé a soñar, a ver visiones, de cómo debía estructurar el trabajo y se despertó todo ese artista que en mí estaba dormido, el cual yo desconocía que poseía e inicié con un trabajo de investigación entre alumnos y las diferentes familias lo cual fue de gran aporte para poder crecer en el área puesto que los alumnos hacían una investigación en sus familias que consistían en construir un proyecto artístico perteneciente a la etnia y la región folclórica de donde sus padres eran oriundos en forma físico y con un trabajo con escrito donde debían ponerle un nombre, materiales requeridos, procedimiento para la elaboración, nombre del estudiante y de los padres como autores(fichas técnica) y luego se hacía una socialización por trabajo y por grupos, luego se hacía una exposición grupal, institucional, a nivel municipal en el parque, casa de la cultura, en la Alcaldía y en todos los eventos sociales locales, posteriormente se escogían por grupos los cinco mejores proyectos y sus autores

los enseñaban a diseñar en el aula de clases a sus respectivos compañeros, simultáneamente, yo iba investigando y construyendo el plan de aula y programa académico del área desde cero puesto que en el colegio no había nada con relación a dicha área.

El resultado de las producciones fue súper excelente, fue muy novedoso y significativo puesto que era el resultado de la pluriétnica y multicultural de los habitantes presentes en la comunidad educativa quienes están integrados por personas de todas las zonas del país, logrando crear y despertar en los alumnos, padres de familia, los docentes y directivos docentes un enamoramiento por el trabajo realizado y así fue ganando un verdadero espacio de la educación artística en la institución, y ya empezó a conocerse este trabajo a nivel del municipio, y fue como le llamo la atención al profesor Manuel Santos Mosquera que dirigía los juegos regionales del magisterio, nos invitó a participar con una exposición en dicho certamen que tendría lugar en el Municipio de Mutatá con el siguiente Rotulo “Departamento de Arte de la Institución Educativa Colombia, Municipio de Carepa” al que llegaba mucha gente a observar, yo me limitaba a escuchar lo que decían muchas personas, se admiraban y decían que excelente trabajo, profesores de artística así es que necesitamos en nuestro colegio, otros me felicitaban y de allí me salieron propuestas de traslado para los municipios de Arboletes, Necoclí, la Normal de Turbo y el mismo Mutatá, y sucesivamente año tras años participaba en los juegos del magisterio del municipio que nos tocara, y luego me invito el padre Neil Alfonso Quejada para que participara en los EPA “Encuentros de la Pastoral Afrocolombiana” en su orden: Ciudad de Cali, Quibdó, Apartado, Medellín, y Cartagena; donde participaba con collares, aretes, Manillas, camándulas entre otros todos con motivos y colores afro, estuve en varios eventos Departamentales solicitado por la Secretaría de Educación Departamental y la oficina de comunidades negras del departamento en el Job de la Gobernación de Antioquia, logrando el primer puesto con nuestro Stan , dos años después me encontré con la siguiente sorpresa, fue que un día el rector de mi institución nos dijo hoy el trabajo es hasta las 11:00 a.m. porque los voy a invitar a una cena a la que no pueden faltar a las 6 p.m., y al llegar encontramos el espacio bien decorado y el rector leyó el orden del día del evento y dijo condecoración a una maestro por su excelente proyección de la institución a nivel local, regional, departamental y nacional y ese maestro es el señor Eduardo Padilla Medina, todos los maestros se pusieron en pie y aplaudían con sinceridad y decían en coro ya estabas en deuda con él.

También me integré a la mesa de trabajo de educación artística del municipio de Turbo a la de Apartado y logramos conformar la de Carepa con todas esas instrucciones que yo había recibido , también me integre a los diferentes artesanos que venían a la región y de otros municipio y aprendí muy bien la técnica del macramé convirtiéndome en el maestro artesano y hubo persona que se atrevían a decir que yo era el mejor maestro de artística y esto fue creando una desconfianza de ciertos compañeros que se habían graduado de la Licenciatura con énfasis en Educación Artística que nunca aceptaron trabajar el área porque no podían competir conmigo.

En el año 2006 llega la nueva rectora, quien todavía está, empieza a trabajar con todos los estamentos de la comunidad educativa, el diagnóstico institucional, analizando todos los modelos pedagógicos y optaron por escoger y seleccionaron humanismo.

Esta institución es incluyente ofreciéndole a la comunidad de Carepa la educación preescolar, básica primaria, aceleración en primaria y caminar en secundaria, secundaria y media, donde también se atienden individuos con necesidades especiales con jornadas mañana, tarde, noche y sabatino y tres técnicas con el SENA, *viendo así cumplidos mis sueños*, por lo que puedo decir que todo lo que uno se propone en la vida si se enfoca lo puede lograr, solo hay que meterle fe, creyendo en el Dios que todo lo puede y sin

desfallecer ante las adversidades y dificultades que se le presenten, convirtiendo todo lo negativo en positivo para luego ponerlo a su servicio al de los demás sin egoísmo.

UN VIAJE DE EXPERIENCIAS Y DESAFÍOS

Aracely Torres Ibarra

Una mañana, 24 de mayo de 2012, me encontraba en el Colegio Campestre La Campiña del barrio Robledo en la ciudad de Medellín. Era maestra de aula en la básica primaria. De repente, recibí una llamada de la Secretaría de Educación de Antioquia para ocupar el cargo de maestra de aula en la básica primaria en una institución educativa del municipio de Chigorodó. Inmediatamente mi cuerpo a empezó a sentirse sudoroso, mis ojos se llenaron de lágrimas y mis pensamientos giraban sin saber qué hacer. Había rezado tanto a la Virgen María Auxiliadora para que me diera esa oportunidad de hacer parte de los profesionales de Secretaría de Educación de Antioquia, pero nunca le manifesté dónde quería ejercer. Gracias al apoyo de mi familia logré tomar la decisión de partir para el Municipio dejando una niña con sus abuelos maternos, próxima a cumplir sus quince años y en grado undécimo. Desde que salí de Medellín, las lágrimas no paraban de salir de mis ojos. Llegué al municipio de Chigorodó (Antioquia), sin saber dónde me quedaría, aparte de tener solo la dirección de mi lugar de trabajo, la Institución Educativa María Auxiliadora.

Me presenté ante el rector de la institución, quien amablemente me da la bienvenida y me presenta con los demás docentes y coordinadora de la institución, quien en esos momentos está atendiendo a una madre de familia y aprovecha para decirle que le ayude a ubicar a la docente que viene de Medellín y no tiene hospedaje; después de ubicarme en la casa donde voy a vivir, me vuelvo a presentar a las 2:00 pm en la institución para recibir directrices del Rector y la Coordinadora. El decreto expedido por la Secretaría de Educación decía que iba a reemplazar a una docente, quien por alguna circunstancia ya no estaba en la institución, me ubican en el grupo que ella tenía de tercero de la Básica Primaria con 35 estudiantes en la jornada de la tarde, en la cual había dos grupos de tercero, cada uno con 35 estudiantes, dos días después de haber llegado a ocupar mi cargo, se enferma la docente del otro grupo de tercero, quien tenía un embarazo de alto riesgo, por lo cual, el rector me pide ayuda, al atender estos estudiantes hasta que llegue el reemplazo de la docente.

Durante dos meses trabajo con este grupo, inicialmente sin remuneración alguna; los setenta estudiantes en un aula múltiple, con la ayuda de los padres de familia se realiza un acuerdo el cual contó con aval del rector, debido a que no había ninguna autorización de SEDUCA, para el pago de ese tiempo, se hizo un trabajo personalizado por grupos en las áreas fundamentales y transversalizado a las otras áreas del conocimiento, dentro de las actividades se realizaron conversatorios, talleres en grupos, mesas redondas, rondas infantiles, entre otros.

Día a día se agotaba mi voz y mis fuerzas, me había convertido en una cliente recurrente en las farmacias del municipio, comprando Ampicilina para la amigdalitis, sin embargo, disfrutaba y sentía pasión por lo que hacía, lo cual me llevó a ocupar ese tiempo ocioso, sumándole a esto, el vacío tan profundo al estar lejos de la familia; pero una tarde por milagro de Dios, se presenta en la institución el Jefe de Núcleo y los padres de familia inquietos tras ver mi agotamiento y la no remuneración de ese trabajo, pusieron en conocimiento la situación; se llegó a un acuerdo, el cual disponía de mi tiempo para la atención de los estudiantes en jornadas distintas, además del pago de los meses anteriores, en el año 2013 continuo en el grado cuarto con los estudiantes que me habían asignado el año anterior en la jornada de la tarde y en la jornada de la mañana, con dos grupos de octavo de la Básica Secundaria en la asignatura de Lengua castellana, como hora extra. Así transcurría mi tiempo envuelto en mi soledad familiar y rodeada de mucha gente afectuosa de la región.

Durante el mismo año, más específicamente en octubre, llega a manos del rector de la institución, una notificación de la Secretaría de Educación Departamental, la cual hacía referencia a mi traslado para la Institución Educativa Rural Mulatos, del Corregimiento de *Mulatos*, en Necoclí; tanto para los padres de familia y para mí fue algo inesperado, un momento de incertidumbre, donde no se sabe para dónde ir, ni qué hacer, tanto el rector como los padres de familia enviaron cartas a SEDUCA para que me hicieran el traslado a la Básica Secundaria en la misma institución, esto debido a que había faltantes de docentes el Área de Lengua castellana, pero no fue posible.

Llego a la institución Educativa del Corregimiento de Mulatos e inmediatamente me encuentro con una pelea muy fuerte entre el rector y un docente. El Coordinador me ubica con el grupo que voy a atender, además el día siguiente tendríamos una reunión general y sería en esta donde me presentarían con la comunidad y en especial con los padres de familia del grado cuarto B; la reunión se llevó a cabo y el rector me presentó ante la comunidad e hizo un comentario en particular: “La institución tuvo una pérdida grande con la ausencia que nos deja la profesora, al igual espero que la nueva profesora que aquí les presento, sea igual o mejor que la que se nos fue”. Para mí ese día se convirtió en un reto profesional, ahí entendí que debía romper con las ataduras mentales y emprender un viaje de experiencias, de aventuras y de retos.

En el mes de noviembre el rector hizo reunión de docentes para asignar a cada uno la dirección de grupo para el año siguiente, 2014, les informó que cada maestro seguía con su grupo al grado siguiente, que los de quinto pasarían a primero y que el grupo que atendía la docente Aracely pasaría a un docente “X”, con más experiencia en la docencia; yo solo llevaba tres años de experiencia laboral y no había sido en grupos superiores; cada paso, cada palabra, cada actuar, de aquellas personas que aún no me conocían, me fortalecía, me hacía comprender que había un camino para recorrer.

Arranco el año escolar con treinta y tres estudiante de Primero C, niños y niñas de ocho, nueve y diez años, con tres años consecutivos en el mismo grado y algunos con Necesidades Educativas Especiales (NEE) y con Barreras que impedían el Aprendizaje, además con niños y niñas vulnerables, carentes de afecto, en hogares disfuncionales, rechazados por sus mismos compañeros de la institución, necesitados de un espacio que se adaptara a sus necesidades, ritmos y modos, desde la disponibilidad, eficacia y sensibilidad que les proporcionara un vínculo seguro, que les permitiera el respeto mutuo, la confianza, la comunicación, el reconocimiento, la sinceridad, el liderazgo y la cooperación.

Para este grado en mención, tomo como base las enseñanzas de Francisco Tintos Lomas en su Pedagogía del Amor:

El eje fundamental que vertebra la pedagogía del amor es, obviamente, el amor, porque él constituye uno de los pilares básicos en los que ha de sustentarse la educación, ya que el amor genera un movimiento empático que provoca en el educador la actitud adecuada para comprender los sentimientos del educando y, en cierto modo, prever su comportamiento. (Tintos, 2009)

Armada de paciencia, amabilidad, amor por lo que hago, sin escatimar tiempos, ni regatear esfuerzos y tratando de canalizar cada uno de los casos de los estudiantes de este grupo, empiezo la tarea de formar educandos capaces de sonreír, saludar, dar las gracias, escuchar, obedecer, etc. De esta manera, se cultivan sentimientos positivos, emociones y competencias afectivas, educando en valores, mediante el amor, el abrazo, la ternura, el cariño; ejerciendo un liderazgo formativo entre ellos, que fuera transformacional, que proporcionara felicidad en la cuela y en el hogar.

La didáctica de esta pedagogía fue ofrecer nuevos enfoques metodológicos en el aula de clase, que impactara en ellos el gusto y el amor por la escuela. Dentro de la didáctica utilizada, tenemos, “El monitor del área”, “Celebración de cumpleaños”, “El padrino de la semana”, “La hora de la danza”, además, cada día, se recibía y se despedía al

estudiante en la puerta; fueron muchos los métodos empleados para que estos estudiantes que aman, piensan y sienten las mismas necesidades de cariño y atención que por naturaleza requerimos todos los seres humanos, pudieran transformarse en seres queridos por toda la comunidad educativa.

El tiempo transcurría y estudiantes y padres de otros salones del mismo grado, solicitaban al rector que querían estudiar en ese salón de clases, con el argumento que en ese salón se pasaba muy bueno y la profesora quería mucho a los alumnos. A los dos meses de trabajo escolar, el salón de clases tenía 43 estudiantes, de los cuales 38 terminaron aprobados para grado segundo (niños y niñas con buenas actitudes de cambio en sus vidas), tres desertores y dos trasladados para otras instituciones, por cambio de domicilio, esto me abrió las puertas a la confianza en mí misma, en saber que como maestra soy capaz de innovar y generar expectativas de cambio en la vida de mis estudiantes, fiel muestra de estas experiencias, son significativo número de proyectos liderados en la institución, que han hecho que esta sea reconocida a nivel Municipal y Departamental.

La docencia es una profesión vocacional, en mi caso admiro mi trabajo y cada día me satisface haber tomado la decisión de dedicar mi vida a enseñar y a educar. De mi trabajo disfruto con la mayoría de las cosas que realizo, destaco la posibilidad de compartir y trabajar con esas personas que necesitan mis conocimientos, con la oportunidad de transmitir valores para crear una sociedad más justa.

La docencia me ha abierto las puertas de un mundo distinto, maravilloso, lleno de disfrute, conocimiento y perspectivas de vida, rodeado de nuevas expectativas en los estudiantes de la institución para la cual trabajo; hacer parte de un proceso de construcción en valores, de formación académica que evidencie los procesos de transformación individual y social en niños, jóvenes y adultos, hacen crecer mis expectativas de una enseñanza con calidad, mi aventura en la institución Educativa Rural Mulatos, ha sido el desafío más fuerte al que me he enfrentado en mi experiencia como docente, debía a que, es una institución rural mixta de aproximadamente ochocientos estudiantes, y dentro de ellos un número de 0,35% de alumnos, catalogados como población con Necesidades Educativas Especiales (NEE), reto por el cual, tomé la decisión de enfrentarme sin más preparación que la formación propia de mi área, para atender a esta población en condiciones “normales”, del mismo modo, para acompañar en el proceso no solo de aprendizaje, sino también de “socialización”, a estos niños, niñas y adolescentes, que miran, oyen y aprenden de manera “diferente” al resto de estudiantes a los cuales estaba acostumbrada; pero que son estudiantes que aman y sienten las mismas necesidades de cariño y atención, que por naturaleza requerimos todos los seres humanos.

Fue allí, donde precisamente vi la necesidad de buscar herramientas propicias para desempeñar mi labor docente con calidad, empecé un proyecto en la institución con el nombre de “Inclusión Educativa”. Este proyecto ha sido puesto en conocimiento con las diferentes entidades como: la Secretaría de Educación y la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia dirigido por la Red de Lenguaje, como Experiencia Significativa en un Proyecto de Aula.

Además, en la Secretaría de Educación en la categoría de Estímulos a la calidad, para Maestros innovadores con prácticas pedagógicas novedosas o experiencias significativas exitosas. Proyecto que deja la satisfacción de integración y acompañamiento del resto de la comunidad educativa, a esta población con NEE y finalmente, aportó una guía didáctica para docentes “Inclusión más acompañamiento: Una Gran Alianza”, que, aunque se encuentra en proceso de aprobación y publicación, en ella encuentras actividades para distintas discapacidades, para trabajar en el aula Regular

En mi labor como maestra de aula, he centrado la enseñanza de mis estudiantes basada no solo en conceptos o en estrategias que promuevan un aprendizaje significativo,

sino también en una práctica de valores, de respeto por la diferencia, donde se ha permitido explorar las potencialidades y limitaciones pedagógicas que tienen algunos niños con Necesidades Educativas Especiales (NEE), aportando con esto, a “el proceso de identificar y responder a la diversidad de las necesidades de todos los estudiantes, a través de la mayor participación en el aprendizaje, las culturas y las comunidades y reduciendo la exclusión en la educación”.

En este corto tiempo de experiencia, donde he participado activamente en la vida de algunos estudiantes que han pasado por esta institución y donde he aportado mi granito de arena, para que sus vidas sean cada día más interesantes, donde he generado espacios de socialización y convivencia que han permitido una integración más humana, donde se ha respetado la diferencia y las particularidades personales, en aras de crear una sociedad más justa y más incluyente donde todos convivamos sin ninguna clase de discriminación, donde he podido integrar a padres, madres, docentes, niños y niñas, en equipos de trabajo (actividades lúdico-pedagógicas) con propósitos comunes; ahora existe un antes y un después.

Un antes que: sentía miedo a enfrentar una experiencia como esta “docente, maestro, educador, profesor [...]”, y un después al sentir esa sensación de un niño cualquiera que me dice: “profe, yo quiero que usted sea mi mamá”.

Doy gracias a Dios por darme la posibilidad de ser “MAESTRA” que para mí significa: “paciencia, dedicación y amor por lo que se hace”.

Albert Einstein dijo: “si continuas haciendo las cosas como siempre las has hecho, obtendrás los mismos resultados. Por eso si queremos lograr el desarrollo personal tenemos que abandonar nuestra zona de confort y seguir evolucionando, ya que nuestra actitud y lo que hacemos marcarán nuestro crecimiento como personas”.

Soy una profesional y aprendiz, interesada por adquirir conocimientos cada día. Las exigencias de cambio de la sociedad de hoy y la esperanza que pone la humanidad en la educación, han contribuido para que esté a la vanguardia de los nuevos paradigmas, y de este modo, me satisface saber que he contribuido con mis conocimientos, en la formación y construcción de aprendizajes significativos en niños, jóvenes y adultos, que hoy en día tienen un enfoque vocacional, en estudios técnicos y universitarios, para ser futuros profesionales.

El escritor francés Gustave Flaubert, no pudo estar más acertado cuando dijo: “la vida debe ser una continua educación”. De esta manera, debemos apostar por la formación continua como vía para permanecer actualizados y preparados para las nuevas circunstancias. Seguido, que las praxis pedagógicas me han llevado a actualizar en mi currículo profesional, para que la dinámica de aprendizaje sea más rica y variada.

La cultura escolar de la Institución Educativa Rural Mulatos, está basada en sus creencias, valores y estructuras cognitivas generales, que los mantiene como grupo de comunidad unida; dentro de la cultura escolar destaco los desfiles que, aunque no se hacen periódicamente son momentos en los que los estudiantes se muestran muy comprometidos a la hora de hacerlos llevarlos a cabo.

¿CÓMO HA SIDO MI EXPERIENCIA PROFESIONAL EN LA INSTITUCIÓN EDUCATIVA DONDE LABORO ACTUALMENTE?

María Eugenia Ibargüen Aguado

Mi experiencia en esta institución ha sido muy especial, es una constante en momentos de aprendizaje y cambios como ser humano, puesto que en ella he tenido la fortuna de vivir grandes e importantes momentos de mi vida; primero como estudiante, luego como docente en ejercicio, y posterior mente como madre (acudiente).

Mis servicios como docente en este plantel educativo, inician en el año 2002 hasta el 2014 en la básica primaria, y se acentuó aún más al realizar el proyecto de traslado para el bachillerato en el año 2015 por falta de docente en el área de humanidades para los grados sexto y séptimo, de igual forma se me ha dado la oportunidad de trabajar en proyectos como es el de la Prueba Final de Periodo, tanto en la elaboración como en la aplicación de la misma, entre otros.

Mis retos profesionales. Kristian, una huella en mi corazón

En el trasegar de la vida son muchas las personas que dejan huellas en nuestros corazones y mentes, algunas incluso transforman y moldean nuestras capacidades y habilidades cognitivas, con las cuales se inicia la formación profesional.

Uno de los retos más fuertes a los que me he enfrentado en mi experiencia como docente en la institución entre otras; fue cuando me asignaron por primera vez el grado primero en el año 2008; siendo este un grado especial, ya que a este grupo pertenecía Kristian David Meneses Mena un niño con características diferentes (parálisis cerebral, sin control de esfínteres).

Llegué el primer día de clases con todas las expectativas habidas y por haber, era la primera vez que tenía un grupo de niños con edades entre los cinco y siete años para enseñarles por primera vez a deletrear [...]; al enfrentar mi realidad en el aula de clases ante tal situación, desconociendo como empezar a interactuar con cuarenta y cuatro estudiantes “normales” con todas las energías físicas, más uno *totalmente impedido*, al que había que facilitarle la forma de estar erguido en su silla de ruedas adaptada como pupitre, de cómo tomar el lápiz, además de cambiarle el pañal; ya que su acudiente, madre cabeza de hogar trabajaba en un municipio aledaño como camarera y no podía estar para hacer este ejercicio, previniendo que el niño sufriera de irritación por la humedad había que cambiarlo por lo menos una vez dentro de la jornada.

¡Dios! ¿Qué hago? Fue mi primera expresión, no sabía si llorar o renunciar al grado, que actitud asumir, cómo empezar a trabajar; esto causó en mí una preocupación y por primera vez me di cuenta que ser docente no era tan fácil.

Me causaba pánico el solo hecho de pensar en el cambio de pañal, ¿esto no me corresponde! Le hice saber a la coordinadora, ella, igual estaba preocupada, se dirigió a la señora Adelina Mena, madre de Kristian, y le dijo usted debe ponerse de acuerdo con la profesora, y ver cómo hacen para el cambio de pañal del niño. La joven madre se estaba debilitando porque pensó que no iba a ser capaz, que siempre iba a encontrar un obstáculo para sostener su hijo en el plantel; me dijo estas palabras, “tranquila profe, yo me lo llevo porque a mí no me va a dar, si yo me quedo para estar pendiente de él entonces pierdo el trabajo y luego ¿con que lo alimento y compro sus medicinas?” Se agrandó mi preocupación, pero gracias a la divinidad, siempre se nos ocurre algo. Le dije: madre usted es buena empleada, explíqueme su situación a sus patrones y dígales que le ayuden a conseguir algo aquí en el municipio, yo le colaboro pero debemos trabajar juntas en esto; efectivamente a la semana se trasladó a laborar en Carepa en otro hotel manejado por los mismos empleadores, los cuales le cedieron un espacio para que fuera al colegio y así,

juntas, cambiábamos a Kristian dentro del aula de clases en un pequeño rincón adaptado con cortinas y cobijas, pero antes hubo que concientizar a los demás niños sobre la situación para que fuesen respetuosos y no vulnerar la intimidad de Kristian.

Se necesita tener amor y pasión por lo que haces. Luego, le aportas la pedagogía, la creatividad y todo lo que tenga que ver en materia educativa; de esta forma me vi en la necesidad de buscar las herramientas necesarias para desempeñar mi labor con calidad y responsabilidad en ese grado, en especial con Kristian, comprometida con mi trabajo, y buscando día a día las herramientas necesarias para asumir esta importante labor. Los dos primeros años fueron difíciles, pero ¡en el camino se arreglan las cargas!! Decía mi madre; me acoplé de tal manera al grupo que asumí como un reto mi desempeño como docente.

Con el grado de mis *pupilos* trabajé hasta el grado quinto, tratando de conservar un grupo compacto y unido, sufriendo las deserciones de algunos por X razones.

Hoy día un 20% de estos estudiantes aún permanecen en la institución, algunos están en noveno y décimo grado por repitencia y otros, como Kristian David Meneses Mena están en el grado once.

Cosa que como docente me llena de satisfacción y lo más importante es valorar y reconocer el esfuerzo y deseo de superación de Kristian David que se convirtió en un ejemplo a seguir de muchos estudiantes.

Bien dicen que todo lo perdurable en la memoria, lo hemos aprendido de otros y de ciertas circunstancias de la vida, de esta experiencia me queda un gran gozo de haber vivido esta experiencia con un estudiante que me marco y me ayudo a entender que la labor docente es estar siempre dispuesto a dar lo mejor de sí y con un objetivo en común, “construir sociedad a partir de las diferencias del individuo”.

Noviembre 27 de 2018

Acto de graduación de Kristian David Meneses Mena
Como bachiller académico.

ENSEÑANDO APRENDO NUEVAS EXPERIENCIAS

Florentina Pino Córdoba

A lo largo de mi quehacer como docente he tenido diferentes experiencias, hace aproximadamente un año fui trasladada a la Institución Caribia, sede Garitón ubicada en la zona rural a cuarenta minutos de la cabecera municipal, Necoclí, sede con muchas necesidades como infraestructura, sala de sistema, internet, medio de transporte, y materiales didácticos que permitan el trabajo, la lúdica y la comprensión de los estudiantes para nuevos conocimientos. Es allí donde comenzaron mis grandes experiencias y ricas aventuras, al organizar, planear y ejecutar actividades académicas que le permitan a mis estudiantes acceder a un conocimiento significativo, también desarrollar labores que les permitan conocer he implementar sus habilidades, para esto me apoyo de recursos del medio para facilitar su aprendizaje y su autoconocimiento, de tal manera que yo como docente les sirva de guía en su proceso de formación no solo académica si no también integral.

Es por esto que puedo decir que mi experiencia ha sido muy significativa y gratificante porque a pesar de la falta de recursos, variedad de culturas y distintas personalidades que nos encontramos a diario, los estudiantes demuestran interés por aprender, sin contar que la comunidad escolar está rodeada de variedad de etnias, tradiciones, valores, ya que, confluyen representaciones de distintas veredas aledañas al centro educativo, se puede ver que la población estudiantil demuestra compromiso por sus estudios por lo que la mayoría se desplaza más de una hora para llegar a la institución, además, en algunas visitas que he realizado he evidenciado la pobreza extrema y las condiciones marginales en las que viven muchos de mis estudiantes y el bajo nivel académico de sus acudientes, a pesar de esto son respetuosos, humildes, colaboradores, participativos y con asombroso sentido de superación, son estudiantes que muestran interés por salir adelante y lograr sus sueños; como sabemos, el proceso de formación de nuestros estudiantes es constante, todos los días se aprende algo nuevo, y en mi práctica como docente no he sido ajena a ello y he recibido capacitaciones, realizado cursos para actualizar mis saberes de tal manera que estos sean impartidos a los estudiantes y les sirvan para ser unas personas competitivas en la sociedad.

Logro notar que las capacidades que confluyen en el aula de clase son muchas, de diferentes alumnos y contextos sociales, es por esto que son estudiantes que hay que dejarlos explorar y no limitar sus pensamientos, y es necesario adecuar la planeación para poder atender la diversidad de aprendizaje, teniendo en cuenta que en la institución intervienen varios miembros que hacen parte de ella para su funcionamiento, como son los estudiantes, padres de familia, docentes, y directivos, el rol que cumple el docente es de suma importancia, ya que este debe tener buenas relaciones, no solo dentro del aula de clase sino también con los demás miembros de la comunidad, por tal razón me conciben no solo como la docente de aula si no como una líder, amiga, en la que pueden apoyarse frente a cualquier eventualidad, es por esta razón que la carrera docente ha sido el mejor reto que he tenido, sueño con ver a mis estudiantes lograr sus sueños y cumpliéndole a sus padres, que con esfuerzo ponen su grano de arena para ver convertir a sus hijos en personas de bien y nosotros como docentes encontrarnos por la vida con esos jóvenes que un día apoyamos para que alcanzaran sus metas.

VALLE DE ABURRÁ

LA PROFESIONALIDAD PEDAGÓGICA Y LOS TRAYECTOS BIOGRÁFICO-PROFESIONALES

Una tensión permanente entre el ser Maestro/a y el imaginario institucional

Juan Camilo Vásquez Atehortúa
Jair Hernando Álvarez Torres
Ana María Cadavid Rojas
Universidad de Medellín

“¡Cómo! ¿Se imaginan ustedes que me tomaría tanto trabajo y tanto placer al escribir, y creen que me obstinaría, sino preparara –con mano un tanto febril– el laberinto por el que aventurarme, con mi propósito por delante, abriéndole subterráneos, sepultándolo lejos de sí mismo, buscándole desplomes que resuman y deformen su recorrido, laberinto donde perderme y aparecer finalmente a unos ojos que jamás volveré a encontrar? Más de uno, como yo sin duda, escriben para perder el rostro. No me pregunten quien soy, ni me pidan que permanezca invariable: es una moral de estado civil la que rige nuestra documentación. Que nos deje en paz cuando se trate de escribir”
(Michel Foucault)

A partir de los encuentros realizados durante el 2017 que tuvieron como fruto el libro “Voces de Maestros por la paz”, en el 2019 el Centro de Pensamiento Pedagógico, desde la Secretaria de Educación de la Gobernación de Antioquia, continuó con el propósito de escuchar a los Maestros/as del departamento. En esta fase, desde la cultura escolar, la profesionalidad pedagógica y los trayectos biográfico-profesionales.

Los 25 maestros/as con los que se realizaron los encuentros son del Valle de Aburra, Copacabana, Barbosa, Girardota y La Estrella; a estos cuatro se anexaron desde el inicio los municipios de Amaga y San Pedro de Los Milagros, nutriendo de manera muy positiva los diálogos que se propiciaron en cada uno de los Ateneos Didácticos, espacios de aprendizaje colectivos a partir de las experiencias de cada participante.

Se realizaron cinco encuentros, donde se trabajaron diferentes posibilidades de acercamiento a la trayectoria biográfica profesional de cada educador y educadora. Las perspectivas de trabajo se realizaron a partir de las narrativas, proceso metodológico que ya había sido abordado por los maestros/as el año anterior, pero esta vez con la intencionalidad dirigida a la cultura escolar y a la profesionalidad pedagógica.

Estimulando la experiencia de memoria del maestro con las situaciones que han marcado su devenir en el proceso enseñanza-aprendizaje y que le han permitido ir configurando un acumulado de imágenes y acontecimientos con los cuales se perfilan sus intenciones y proyecciones en la educación. Este proceso que tuvo como finalidad convertir esas memorias en narración, se suma a la comprensión de las vivencias que han marcado el antes, el acontecer y el hoy del maestro/a que soy en narración. “Hacer visibles y pensables las cuestiones educativas” (Contreras, 2016, p.14) que le permitan al maestro construir “un saber que pueda vincularse a lo vivido, que pueda nacer de la experiencia, para volver a lo que vivimos con más sensibilidad, consciencia y apertura” (p.14).

Para ello, se recuperaron las categorías más potentes a saber: narración, relación educativa, construcción de saber pedagógico, experiencia y relato, con el fin de precisar el recorrido y el propósito de la narración biográfica del maestro/a.

Estas narrativas se empezaron a construir con el acompañamiento de los profesores de la Universidad de Medellín, quienes las trabajaron desde dos perspectivas metodológicas, las foto-narrativas y las cartografías sociales. Estas dos perspectivas permitieron un mayor acercamiento a la narrativa de cada participante, desde la evocación de las imágenes y de los territorios recorridos por cada maestro/a en su trayecto profesional. Cada una de las narrativas que se podrán leer a continuación se construyeron con foto-narrativas que permitieron recordar el espacio vivido y con las cartografías se acercó el espacio-tiempo en

el que se desarrollaron las narrativas. En estas, las percepciones, los imaginarios y las interpretaciones hacen parte del estrato simbólico de la cartografía personal que “actúa como una metáfora visual de los lugares que representan” (Harley, 2001, p. 76). Desde esta visión, los mapas están cargados de valores culturales, toponimias, tipologías sociales y representaciones de un lugar metafórico, un paisaje construido, de construido y reconstruido que se inserta en las construcciones sociales del conocimiento.



Cartografía Social. Maestra narrando su recorrido a la institución educativa a diario

Desde la pedagogía socio-crítica se reconocen los sujetos como protagonistas de la historia que se construye en el devenir, de sus experiencias y sus vivencias como saberes que permiten la comprensión y transformación de la realidad social. Por ello, las narrativas parten de la pregunta por el sujeto, sus experiencias y vivencias en la construcción, resignificación de imaginarios y representaciones del territorio. El desarrollo de las narrativas desde esta perspectiva inicia con el reconocimiento de los sujetos socioculturales e históricos, sus percepciones, imaginarios y las problemáticas de la realidad desde los contextos específicos que viven y re-crean el mundo, permitiendo una resistencia y una re-existencia de los maestros/as.

En este caso los contextos específicos son los de la región que permiten evidenciar las diferencias entre la identidad y la profesionalidad asumidas por los docentes y aquella asignada y pensada desde la reforma o política pública. Esto evidencia que las construidas por los docentes se orientan hacia la coexistencia e integración y las promovidas por las instituciones se direccionan hacia la exclusión y sustitución, lo que genera una consistente crisis de identidad profesional y una precarización de la profesionalidad pedagógica. Además, en tal escenario, las políticas fundamentadas políticamente chocan con los criterios asumidos y reflexionados por los profesores en su cotidianidad (cultura escolar).

Todos estos aspectos se hacen visibles en la tensión entre los que plantea la institucionalidad sobre lo que “debe” ser un maestro y lo que realmente pasa (en-con) cada maestro y en cada uno de los contextos en los que se lleva a cabo la labor.

Estas tensiones se evidencian en la permanente movilidad a la que se enfrentan los docentes, movilidad entre lo urbano y lo rural, donde una de las tendencias más recurrentes es no sentirse preparados/das para asumir el reto que el contexto les presenta, y el sorteo

de este tipo de acontecimientos terminan siendo mediados y solucionados por los educandos o por los padres de familia que hacen el acompañamiento a nuevo maestro/a, debido a la ausencia reiterada de la institucionalidad. Lo que permite dar cuenta de una formación docente situada a partir del reconocimiento del otro, de la diversidad, la diferencia y el trabajo en equipo

Las siguientes narrativas son entonces resultado del encuentro entre maestros/as que les permitió reflexionar sobre la cultura escolar como realidad, proceso simbólico o imaginario y su relación con las experiencias pedagógicas propias y de sus pares, se sensibiliza en la necesidad de ampliar la conciencia frente a los lugares y circunstancias de memoria que pueden ser recorridos para construir saber pedagógico. Este trayecto se hace con el fin de conseguir que la voz del maestro se encuentre a través de su escritura, logrando hacer de esta una especie de espejo en el cual se retrata con las experiencias y percataciones que hacen sabiduría de lo vivido.

Este proceso es resultado de la reflexión desde el Centro de Pensamiento Pedagógico y las once universidades que lo conforman, en el caso de la Universidad de Medellín, a partir de la socio-epistemología y los debates del sujeto, centrales en el grupo de investigación Educación, sociedad y paz²⁰. Conceptos -herramientas en el sentido de Foucault (2003), que propenden por la construcción social del conocimiento a través de los diálogos de saberes y la comunicación intercultural, entendiendo que estos en su totalidad, son igual de válidos y necesarios para comprender la realidad del contexto, en este caso la cultura escolar docente y la profesionalidad pedagógica del departamento de Antioquia.

Referencias bibliográficas

- Contreras Domingo, J. (2016). Relatos De Experiencia, En Busca De Un Saber Pedagógico. *Revista Brasileira de Pesquisa (Auto) Biográfica*, 01(01), 14–30.
- Foucault, M. (2003). *Vigilar y Castigar: el Nacimiento de la Prisión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Harley, J. B. (2001). *The new nature of maps: essays in the history of cartography*. Baltimore: The Hopkins University Press.

²⁰ <https://www.udem.edu.co/index.php/2012-10-12-14-42-33/grupos/educacion-sociedad-y-paz>

¿QUÉ PASA CON LA AFECTIVIDAD EN EL ACTO EDUCATIVO?

Afecto – Efecto en la profesionalidad docente en un sistema educativo en contra vía

Gladys Elena Zapata Berrío

Hablar en primera persona para relatar experiencias profundas del ser, constituye un reto inimaginable. Plasmar con detalles eventos de mi vida, genera un temor casi inexplicable, cuando estoy ante la hoja en blanco. Cómo empezar, qué escribir, cómo expresarlo y cómo transmitir lo que se quiere comunicar; sin embargo, el miedo connatural al hombre, capaz de sí mismo de contar imaginarios, me impulsa ahora a iniciar un relato, que no sé finalmente si sea lo más importante y trascendente de mi decisión vocacional, para compartir con mis lectores.

Definir el tiempo, cuando ha sido infinito, asignar un título después de escribir muchos interrogantes y tratar de responderlos por escrito, a través de la letra fría, no mediada por el lenguaje verbal, gestual, ni sentimientos, ni tono de voz, ni emociones inesperadas; es un lanzarse al vacío de la escritura; sin embargo, después de pensar y vacilar en uno y otro, tomo el lápiz y plasmo con un poco de fluidez, sentimientos previos al ejercicio escritural.

Desde niña, cuando apenas empezaba a cursar mis primeros años en la escuela, me encontré con dos tipos de docentes. La primera, doña Socorro. Una señora madura que me inspiraba confianza y por ende tranquilidad, sentimientos opuestos al miedo y al terror de la figura de autoridad que representaba; sin ser ella cariñosa, hacía muy bien su trabajo. Con ella conocí el mundo mágico de leer y escribir, el mundo de las letras y los números, que siempre han sido un valioso instrumento para acercarse al conocimiento. De doña Socorro, no recuerdo evento alguno, que me hubiese marcado con detalles de tiempo, modo o lugar mi vida; pero sí dejó una huella de maestra equilibrada, pacífica, responsable y que amaba lo que hacía.

Al año siguiente en grado segundo, conocí el lado negro y oscuro de un docente; a mis siete añitos, donde apenas iniciaba mi socialización y el contacto con el mundo escolar. Me tropecé con Carlina. Maestra también mayor, con características físicas llamativas, era de ojos verdes, tez blanca, cabello abundante y ondulado, que caía sobre sus hombros y espalda.

¡Oh sorpresa! al ver que, en ese cuerpo físico, habitaba un ser tan malévolo, su mirada fija sobre mí, producía un aterrorizante miedo porque lo que transmitía en ella era represión, autoritarismo, negación de cualquier expresión de sentimiento alguno u opinión mucho menos.

Tan distintas esas dos maestras; pertenecían a la misma escuela, San Vicente de Paul, ubicada en el municipio de Yarumal; cohabitaban en el mismo Sistema Educativo. ¿Y ahora me pregunto, como maestra como seré yo? Y me respondo: lógicamente, jamás como la última. Los docentes movidos por el amor generan seguridad, cercanía, esa siempre quise ser. Un ser tan especial como el maestro puede hacer tanto bien, como tanto mal haya en su corazón y en su mente, en su historia y en su esencia.

No entendía como esas dos personitas tan distintas podían pertenecer a una misma Institución, que de paso digo, era mi primer contacto con el mundo social y cultural. Un día Carlina, maestra de 2º, inicia la clase saludando fríamente; con palabras que más que pregonar bienestar en clase, daba a entender una orden indiscutible y obligatoria desde su forma, el momento y el lugar donde se decía; así entonces se dirigió al grupo la maestra: “Buenos días”. En tono fuerte y frunciendo el ceño. “Buenos días profesora: contestamos todos”; eso supongo, aunque di un vistazo y vi muchos rostros llenos de espanto. La

profesora dice: “van a dibujar una rosa y la pintan del color que quieran”. En la confusión por agradar a la maestra combiné todos los colores y el resultado fue una flor negra; en ella puse todas mis sensaciones y miedos, mis inseguridades; lógicamente con una extraña fuerza, plasmada en una rosa triste, tal vez inexistente en la naturaleza, pero que nació en mi evocación.

“Salgan en fila para calificarles la tarea”, dijo la profesora.

De inmediato me puse de pie y me acerqué a la fila, esperando ansiosa que me tocara el turno. Pensé para mí, ¿qué irá a pensar y a decir de mi flor?, ¿cuánto me irá a calificar? Yo veía que pasaban unos y otros compañeros, con caras tristes y otras de indiferencia. Al fin llegó mi turno.

“Muestre que hizo”. Dijo la maestra.

Con temblor en mis manos, entregué el cuaderno abierto donde estaba la flor negra y repujada, a causa de la fuerza con que la había coloreado, tanto así que se marcó su silueta y repujado en otras ocho o diez páginas más del cuaderno.

“¿Qué es eso?” Pregunto furiosa y en voz alta la maestra. Respondí: una flor profesora. “¿Cómo se le ocurre pintar una flor negra?”. Agregué, me quedo así porque la pinté de todos los colores. “Tiene cero y se sienta; bruta”, replicó ella.

Corrí a mi asiento, con una gran frustración de la que no logré reponerme en meses. Su voz retumbaba en mi cabeza, en las noches, en el descanso, en otras clases, en mí.

A las pocas semanas esta misma maestra, asignó otra tarea y hasta hoy estoy segura de que dijo: “Saquen el cuaderno de sociales y hagan cinco sumas y cinco restas”. Efectivamente eso hice. Estaba acostumbrada a obedecer sin replicar nada. Sus órdenes siempre eran obedecidas por todos; de lo contrario ¡pobre de quien no lo hiciera!

Al momento de revisar la tarea, como de costumbre, realicé la actividad para tal efecto. Pasaban mis compañeros a sus puestos, regañados, cabizbajos, lagrimeando y otros pocos parecían tranquilos.

Es mi turno ahora, pensé: tan extraño, siendo las sumas y restas de matemáticas, ¿porque pediría la profesora que lo hiciéramos en sociales? Pasé al lado de la maestra y le mostré el cuaderno; abrió la primera hoja y me dijo: ¿usted por qué hizo eso en el cuaderno de sociales? Respondí a sus palabras atemorizantes: “porque usted dijo”. “Mentirosa, además de sorda es mentirosa”. No profe, contesté con voz entrecortada: usted dijo que sacáramos el cuaderno de sociales y hagan cinco sumas y cinco restas. La maestra aún más enfurecida, toma mi brazo con su mano gigante y uñas tan largas como de hechicera y me retuerce la piel dejando moretones en él. Me interpeló nuevamente; “¿qué dije yo?”. Yo repetía lo mismo. Otro y otro pellizco y empujón por cada afirmación en ese sentido, respondiendo a su pregunta. Esa era mi verdad, tal vez ella se equivocó o expresó dos órdenes que yo asocié, el caso es que no podía responder otra cosa, así continuara lastimándome.

Lastimó mi brazo y mi alma, mi verdad, mi ser. Con lágrimas que brotaban incesantes por mi rostro, de niña humilde, indefensa, vulnerable y frágil. Muy despacito fui a mi asiento y me senté a llorar y a repetir, ella dijo que hiciera la tarea en el cuaderno de sociales y por eso me pega. Esa mujer que no debió llamarse maestra dejó, una triste y dolorosa huella en mi memoria de niña. Ella que era para mí la representación de la escuela, no era lo que yo quería, me imaginaba y soñaba. A partir de ese momento el ir a estudiar era un castigo que no conocía a que obedecía.

Fue un momento doloroso por el cual pasé y cuántos más como yo lo habrán pasado. La pedagogía basada en el temor y en el poder del castigo físico imperaba hasta esa época, a Dios gracias hace ya mucho perdió su vigencia, aunque conozco de algunos maestros que aún lastiman no solo el cuerpo, sino el alma y destruyen vidas con sus lenguajes. Ahora, no propiamente por convicción del maestro, la educación tiene que basarse en el respeto

por la dignidad humana y los derechos humanos, que para unos maestros estos van en una sola vía, se miran ellos como sujeto de derechos y van en contra vita. El acto educativo representa esa instancia de poder malentendido que a muchos arrastra, anula y castra, pero para otros muchos, educar es un acto de amor, de servicio y de entrega generosa a sus estudiantes.

En otro momento del año escolar, en la misma escuela, mi hermana mayor, cursaba quinto grado. Un día, salí al baño y me empecé a mirar por la ventana su clase; Carlina estaba dando clase de matemáticas a mi hermana; esta, mucho era más insegura que yo y tal vez menos despierta y pilosa; escuché la voz de la maestra y la curiosidad asaltó mi mente.

Mi hermana estaba frente al tablero leyendo una operación, que no sabía resolver adecuadamente. La profesora se acercaba a ella y por cada error golpeaba su cabeza contra el tablero. Fue tanta la rabia y la impotencia frente a esta escena, que yo también lloraba al ver a mi hermana humillada, por la misma mujer que fungía de maestra en el espacio escolar.

A mis cortos siete años, no solo había conocido el sufrimiento por el desplazamiento forzado por parte de la guerrilla, sino también del mundo civilizado y culto quien presuntamente formaba para la vida. Este también tenía un rostro oscuro como la flor de mi tarea escolar.

Esa escuela, que muchos llamaban segundo hogar en nada se parecía a mi representación mental y emotiva del deber ser. Es cierto que mi hogar no era el mejor, pues carecía de estímulo y cariño, de expresiones de reconocimiento y de afecto en las relaciones con mis padres y hermanos; por eso, ese segundo hogar, no me era del todo ajeno, pero a cambio de ser ignorada en mi familia, allí en la escuela era visible para ser maltratada.

Ir a la escuela debería ser mejor que estar en casa, pensaba yo; pero estaba equivocada. Si en casa no encontraba afecto, en la escuela no lo conocía; por el contrario, allí encontré hostilidad, maltrato, injusticia, negación del ser.

En los demás años escolares siguientes, esa visión cambió radicalmente, tuve dos maestras de verdad que me reconciliaron con la vida escolar.

En 1974, me trasladé a vivir a Bello; mi familia en busca de nuevos horizontes, allí en una escuela humilde cursé tercero y cuarto, en la Escuela Pachely. Allí tuve dos maestras muy queridas: una, Luz Elena Muñoz, paisana mía, a quien mi madre le enviaba conmigo el desayuno todos los días; era un honor para mí poder servirle a mi maestra. La otra, Donelia, de quien recuerdo gratamente su sonrisa y su rostro agradable y acogedor; aunque un día a sabiendas del cariño inmenso que le profesaba, en aras de ser imparcial en los castigos, me pegó dos fuertes reglazos en la palma de mi mano; a raíz de una travesura poco común en mí, pero totalmente normal en los niños de mi edad. Fui a esconderme en los baños, huyendo de la maestra, que se había enterado del desorden que se había generado en el salón durante su ausencia: desde fuera de la escuela unos niños de la calle lanzaron cadillos hacia el salón y se nos pegaban del cabello y del uniforme y nosotros los devolvíamos por las ventanas.

Al regreso de la maestra al salón, notó la ausencia de muchos de nosotros y envió a un compañero a buscarnos a los baños. Gritaba: “¡Eh que salgan!, que vayan donde la profesora. Ella ya sabe que están aquí”. ¿Cómo? Pensé; ahora me va a pegar; pues yo no voy a salir de aquí. Mis demás compañeros obedecieron y fueron al salón. En fila uno a uno, iba recibiendo un reglazo en la mano con una regla gruesa, grande y de madera; la más temida, aunque no muy usada por la profesora. Ella al ver que yo no llegaba, preguntó: “¿y Gladys?” Mis compañeros respondieron: “ella se quedó”.

Mientras yo temblaba de miedo en un pequeño cuarto de baño; yo que siempre era la estudiante modelo; obediente, respetuosa y por demás responsable; fui llamada nuevamente por la profesora. Salí con los hombros encogidos y mirando al piso. Cuando entré al salón, la profesora muy molesta por mi desacato me dijo: abra la mano; a usted le doy dos reglazos por desobediente. De mis ojos brotaban grandes lágrimas, que revotaban en mis pómulos y rodaban hasta caer al piso. Me repetía interiormente: ¿Por qué me pega si yo la quiero tanto? Nunca he olvidado ese momento, aunque su recuerdo no me lastima. Perdoné a la profesora, porque estaba segura de su cariño por mí. El castigo era justo y merecido. Eso es lo fundamental, los estudiantes tienen que sentir que son queridos por sus profesores, y lo demás llegará por añadidura. Conociendo estas dos maestras me enamoré aún más de la docencia.

En 1976 cursé grado sexto en A.S.I.A Ignaciana, cupo que conseguí por intermedio de un sacerdote amigo, quien conocía mi interés por ser maestra y quien, desde quinto de primaria, me otorgó una beca para estudiar. Conocí allí dos docentes a quienes admiré y traté de emular; la profesora Imelda, de vocacionales, que me animaba en mi vocación y a quien yo quería imitar, por su permanente sonrisa a flor de piel, su mirada alegre y abierta; siempre con una palabra oportuna y alentadora para cada ocasión. Aún permanece su imagen en mi mente y en mi corazón; la otra, una religiosa llamada Carmela, profesora de inglés; de edad avanzada, pero con una didáctica envidiable. Yo era la mejor de su clase y por ende su monitora. Siempre me llamaba para hablar en inglés con las visitas importantes; además, cuando ella no podía estar en clase, me preparaba previamente para reemplazarla. A ella le debo el amor por el inglés. En este colegio cursé hasta séptimo y empezó el calvario para encontrar cupo para octavo en una normal.

En mi casa como en muchas otras, no había teléfono, por ello a diario iba a la parroquia, donde mi benefactor el padre Carlos Espinal, a que me prestara el teléfono para llamar a las Escuelas Normales a solicitar cupo. Para mi sorpresa, en esa época estaban cerrando varias Escuelas Normales y era más difícil aún conseguir un cupo. Por meses cumplí esa rutina y siempre recibía un no por respuesta. Volvía a casa en la noche cabizbaja y triste, consentimiento de frustración e impotencia.

Parecía imposible lograr mi sueño. Con resignación, me vi obligada a separar el cupo para octavo en el mismo colegio; me hicieron liquidación de matrícula y pagué; pero [...] al que le van a dar, le guardan y hasta le calientan, dice un sabio proverbio popular. Mi benefactor conociendo de cerca mi deseo inmenso e indescriptible de ser maestra, acudió a una normal “La Anunciación” aunque era privada y mis recursos no me permitirían nunca estudiar allí, el padre costeó todos mis estudios hasta graduarme.

Como para Dios no hay imposibles, un día antes de iniciar clases en el colegio donde estudiaba hasta séptimo; fui a misa como de costumbre y me acerqué a la casa del padre a saludarlo y en cuanto me vio, estuvo tan feliz como yo, cuando recibí la buena nueva de su parte: me tenía una carta de presentación para la normal, y él repetía: “tía nena, que así me conocía él, porque mis sobrinas me llamaban así; dónde estaba usted?”, preguntó ansioso, la he buscado por todas partes, por cielo y tierra y nadie la conoce. Le respondí que no me conocían por nena, sino por Gladys. Él, con voz de cansancio me decía: fui de barrio en barrio, tocando de puerta en puerta, para entregarle su cupo para que estudie para maestra. Un [...] gracias, padre, salió de mi alma y de mis entrañas, con voz entrecortada. Parecía mentira.

Al día siguiente, fui con mi padre a buscar la normal en la dirección indicada. Por fin pudimos hallarla. Con mucho miedo llegamos allí, en primer lugar, yo nunca salía sola y menos a Medellín, al centro, ni otro barrio, y, en segundo lugar, entrar a un monasterio, silencioso, un poco lúgubre sus paredes y pisos, solo encontré una religiosa en un corredor a quien pregunté por el hermano Jesús Antonio, con mucha inseguridad, porque, aunque

decía hermana en el sobre, el nombre respondía al género masculino. ¡Y [...] oh sorpresa! Yo soy la hermana Jesús Antonio, respondió ella. Ay qué pena, respondí; es que pensé que era un hermano. Tomó el sobre, lo leyó y en efecto obtuve el cupo. Ya se iba materializando mi sueño, tenía que tomar cuatro buses diarios, y en ocasiones volquetas o jaulas, cuando el transporte estaba en crisis o había paro miliciano, pero llegaba a toda costa a estudiar, desde Zamora hasta Buenos Aires; dos horas yendo y dos regresando a casa.

Desde octavo empecé mis prácticas de clase, me hacían sentir plenamente realizada, terminé grado once en 1982 como bachiller pedagógico. Para mi familia era el acontecimiento más importante de toda la historia familiar: su niña, la décima quinta de la familia, era una maestra. Era el personaje más importante de la familia y quizá de mi humilde barrio. Además, mis padres tenían todas sus esperanzas puestas en mí.

Yo como todos mis compañeros estábamos convencidos de que al año siguiente seríamos vinculados a la secretaria de Educación Departamental; haciéndose realidad para casi todos, excepto para dos compañeras y yo; las razones: “no hay vacantes”, ese era el aviso que aparecía en el despacho de la jefe de recursos humanos, Dora Santamaría, quien personalmente y con las mismas palabras me respondió y agregó en tono peyorativo “Es que usted no sabe leer, para qué insiste”. Durante un año y medio, iba dos o tres veces por semana al edificio Atlas, donde funcionaba la secretaria de Educación Departamental, a la taquilla de notificaciones, preguntando por un decreto de nombramiento que saldría para mí, ya que hice una carta al jefe de distrito de Urabá para expresar mi deseo y voluntad de irme a cualquier Municipio del Urabá, aunque estuviera en zona roja; cual sería mi ansiedad, que hasta en poner en riesgo mi vida estaba dispuesta. Se diligenció la papeleta a mi nombre, para San Pedro de Urabá. A los pocos días, allí mismo, me presentaron al jefe de Distrito de Anorí, de donde soy oriunda, lo que haría más fácil el nombramiento. Efectivamente hablé con el señor Elpidio y me diligenció la papeleta para una escuela de Anorí. Ante mi ignorancia, frente a cómo funcionaban las cosas internamente, si se diligenciaban dos papeletas para el mismo docente, estas se anulaban recíprocamente. Y así sucedió, la funcionaria que me veía todos los días preguntando por un decreto que no existió, ni iba a existir, me lo informó con gran desconcierto. Otra frustración más.

Por la situación económica de mi familia, tenía que ponerme a trabajar en un taller de confecciones, donde mi estudio no era necesario, ni era importante. La cuestión era subsistir y aunque me sentía desubicada y triste por no poder hacer lo que quería y para lo que me había preparado, con humildad me resigné a ser una obrera más, con una remuneración precaria y sin garantía o prestación social alguna.

Trabajé dos años en estos talleres, donde rotaba cada dos meses porque no pasaba el periodo de prueba; todo lo que ganaba lo entregaba a mi madre y ella me daba para el transporte. Me sentía muy agradecida con Dios por poder retribuir algo a mi familia.

En 1985, pedí a mis padres me permitieran colaborar en un hogar infantil de Fe y Alegría como maestra jardinera, que me apoyaran con mi manutención por un tiempo hasta que me vincularan allí. Así, colaboré dos años ininterrumpidos, cumpliendo horario de 8:00 a.m., a 5:00 p.m., todos los días, y donde sin ser titular, ya coordinaba académicamente el hogar infantil. Pasados dos años, empecé a trabajar llenando licencias con la Secretaria de Educación Departamental, fueron unas cuatro en total, hasta que finalmente pude obtener el trabajo en Fe y Alegría; por el cual tuve que pelear, ante la injusta decisión de darle la vacante a una religiosa que venía de España. Trabajé allí por tres años, aprendiendo de mis niños estudiantes, preparándolos para la escuela. Gradué unos doscientos cincuenta estudiantes de preescolar, y luego fundé otro hogar de Fe y Alegría; lo llamé Honguitos, aún funciona en el barrio Santa Rita de Bello.

Por mi condición de Normalista, pude acceder a una oferta que me hizo la directora regional de Fe y Alegría: fundar una escuela en Santa Rita, reto que acepté, renuncié a Fe

y Alegría y me fui como maestra por hora cátedra, pagada por el FER (Fondo Educativo Regional) por uno o dos años. Esta decisión obedeció a que ya tenía un hijo, al que poco tiempo podía dedicarle y estaba en la universidad estudiando una licenciatura. Al año siguiente firmé contrato de prestación de servicios con el municipio de Bello, por otro año más. En ocasiones me encargaba de la dirección de la escuela; era la mano derecha del director, una religiosa que cuando tenía que viajar, me encargaba de la Institución Educativa.

Aprendí muchísimo de la humildad de las comunidades, de la riqueza de los pobres y su capacidad de dar. Aprendí que la vocación es una misión encomendada por Dios y que el servir, me hacía feliz. Sin un sueldo fijo, ni prestaciones sociales alguna, sin pasaje, andando en medio del barro y limpiando el fango de las aulas medio tiempo y para dictar clase, otro medio tiempo. Es entonces, cuando se valora el don de ser maestro, que proviene de Dios; la entrega, el sacrificio, el sufrimiento, la pobreza, el sobreponerse a los obstáculos. Se aprende de la vida, más que de los libros; se aprende a ser, en el convivir, más que de los decálogos. Aprendí finalmente que, por sobre todo, quería seguir siendo maestra. Mi paga, era el cariño de los niños, la solidaridad de las familias cuando limpiaban las aulas para sus hijos, y que se turnaban para llevarnos algo de comer a la escuela. Una vez [...] de lo poco que tenían, siendo un barrio de invasión, de tugurios, de desempleados, de múltiples violencias; donde la escuela era el único territorio de paz; los padres llevaban una donación para apoyar el transporte de los profesores. Ellos querían compensar nuestra entrega, del ser, el saber y hasta el tener, por esa humilde comunidad educativa.

En 1992 habiendo terminado mis estudios de pregrado en el CREAD de la U.P.B; era la única opción para trabajar y estudiar; ir hasta Marinilla los fines de semana, durante cinco años y poder cumplir con mi trabajo como maestra. Con lo poco que ganaba cubría mis gastos de la casa y pagaba la universidad.

Me presenté como candidata para ser nombrada en una plaza cofinanciada, pero ya estaba en octavo grado de escalafón y los recursos solo permitían vincular hasta el séptimo. No entendía la contradicción de la vida; antes porque no tenía título y ahora porque ya mi escalafón había superado el requisito. ¿Era el destino? ¿Era mi estrella? ¿Era casualidad? En fin, estuve otro año por contrato, entregando mi alegría y el disfrute del trabajo como maestra hasta que por fin llegó el día tan anhelado.

Un día en el año 1993 llegó el secretario de Educación Municipal de Bello a visitar la escuela, yo estaba encargada, el saludó y me preguntó si yo era la directora, a lo que respondí: No. soy profesora. “Pero ¿es vinculada?”. No, soy contratista. “¿Cuánto hace?”. ¡cinco años, respondí! “¿Cómo? Y, ¿cuánto lleva en Bello?”. Once años, respondí. Agregó él: “Bello tiene una deuda social con usted”. Yo, escuchaba atenta. “Voy a tratar de vincularla”, agregó el secretario. Muchas gracias, Dios lo oiga, respondí en tono esperanzador.

Así entonces, durante todo ese año, con mis compañeros maestros, trabajamos políticamente, para darnos a conocer y poder acceder a una vinculación.

Me presenté a estudiar derecho en la Universidad de Antioquia, y empecé en el segundo semestre del 1993, con la idea de tener mayores y mejores herramientas de servicio y de defensa de los más vulnerables, pero jamás por fuera de la educación; sin embargo, en el año 2000 que egresé, tuve la oportunidad de retirarme e irme como magistrada auxiliar de la Corte Constitucional. Maravillosa y única oportunidad que a pocos se les presenta, pero opté nuevamente por seguir educando y al lado de los más desfavorecidos.

En febrero de 1.994, acabando de salir de una convalecencia de cinco meses, por un problema grave de salud, que además tuve que costear peso a peso, porque no gozaba de seguridad social; recibí la llamada del secretario Carlos Mario Gallego. “Hola

Gladys". Hola Doctor, ¿cómo está?, respondí sorprendida. Preguntó él: "¿Usted si quiere trabajar?". Por supuesto, claro que sí; respondí. "Vengase ya por su nombramiento". Salí corriendo, dejé mis dos hijos a cargo de una vecina y emprendí camino de Buenos Aires a Bello. Recibí el decreto; pensé que era una plaza municipal, pero no, era nacional. ¿No entendía cómo se dio y por qué? Me explicó, sobre la reconversión de plazas en bachillerato, de las horas cátedra, ante la insuficiencia del recurso humano calificado en el municipio, para matemáticas e inglés; entonces el gobernador, había dado a los alcaldes la potestad de postular los maestros y nombrarlos. A Dios gracias yo había terminado lenguas modernas: español - inglés. Por fin, llegó la recompensa a tantos sufrimientos y tanta espera.

Empecé en una sede también de Fe y alegría Francisco Butiñá en Niquía, barrio de Bello; al año siguiente pasé a Fe y alegría Josefa Campos, ambos vecinos. Al año siguiente, fui solicitada por el rector de Fe y Alegría N° 3, que después de mi llegada allí, propuse y planteé que se cambiara el nombre de la institución educativa; ya que un número no le significaba mucho a la comunidad educativa y que debería ser algo que evocara en las personas, sentimientos o sueños loables. Promocioné como orientadora escolar, un concurso, donde postulé dos nombres: Nueva Generación y Nuevos Horizontes. Por votación, ganó Nueva generación y desde entonces la I.E. fue totalmente nueva, nuevos ideales, nuevas metas, nuevos paradigmas, nuevos retos, nueva metodología y nuevas mentes, niños y jóvenes nuevos formándose para el amor y la vida; ese es el slogan que acompaña el nombre.

Ahora es la una de las mejores Instituciones Educativas de Bello a nivel oficial, tiene un excelente rector y desde entonces forma hombres y mujeres para la vida.

Como orientadora escolar, me sentí agradecida por esta oportunidad, donde sabía que, a través de la palabra, podía ayudar a muchos y que ese instrumento del cual Dios me dotó sería con el que guiaría a esa nueva generación de niños, niñas y adolescentes, a maestros y a padres de familia.

La palabra acogedora, pacífica, conciliadora, la palabra desarmada, capaz de reconciliar el mundo; esa palabra generadora de vida, de esperanza, de ilusión, de proyectos de vida, de nuevos sueños y de fantasías; fue la clave para manifestar afecto y acercar a otros como sus congéneres.

En esta institución laboré por cuatro años, posteriormente, fui trasladada para Medellín, al IDEM 12 de octubre; a los cuatro años por solicitud mía, fui ubicada en la Institución Educativa Juan N. Cadavid. En estas dos últimas Instituciones, como docente de inglés en los grados superiores. El trabajo con adolescentes de sectores tan violentos, se torna difícil, pero a la vez muy gratificante. Fui objeto de amenazas por lo estudiantes, que intentaban manipular su promoción, bajo el poder de las armas y que como miembros de bandas ostentaban poder. Mi actitud segura y sosegada, tranquila por el deber cumplido y guiada no por la soberbia, ni el poder mal entendido de la nota, sino por el poder de la palabra desarmada, atrapaba y convencía a estos estudiantes, acostumbrados a hacer su voluntad; ante el miedo del maestro que ilegítimamente imponía una autoridad mal entendida, carente de argumentos y fundamentos éticos, para no negociar su conciencia, ni permitir que ellos tuvieran que recibir a título de regalo, algo que más que enaltecerlos, habla muy mal de sus capacidades, aun teniéndolas. Implicaba devolver al estudiante la palabra que interroga, que pregunta por el sentido de las cosas y el sentido de su vida; era mi tarea y debería ser la de cualquier maestro.

Aquellos jóvenes, acudían a la escuela para guardarse de sus enemigos y algunos tal vez, por tener un carnet de estudiante para presentar ante las autoridades de policía y militares, en las batidas ocasionales. Buscar un espacio de encuentro con

la civilidad y sentirse persona es la principal sus necesidades. Es la escuela, la que, con la excusa de enseñar, debe aprovechar para internarse en el mundo del joven o adolescente para guiar sus actos y orientar su vida.

El trabajo con jóvenes y adolescentes me permitió reinventar mi papel como docente; transmitir no solo conocimientos, sino la empatía como habilidad para vivir. Me acerqué más a ellos y compartí mi experiencia de vida, como mi más significativo aprendizaje que además podía ayudar a muchos a salir adelante.

Para 2005 se abrió concurso de docentes y directivos docentes era el momento de escalar otro eslabón de mi carrera docente. Me presenté al concurso para coordinadora; ya tenía mis tres hijos por lo tanto quería y necesitaba continuar mi labor en Medellín. Sucedió que a varias personas la inscripción para Medellín no fue aceptada por el sistema, y quedé inscrita para Antioquia como entidad certificada. No entendía por qué me sucedía esto. Aun así, continué el proceso y lo puse en manos de Dios.

Habiendo aprobado el concurso; el día de la audiencia pública escogí una plaza en Guarne, muy cerca, por cierto. Eran guarne y Copacabana mis dos opciones, ya que allí tenía una pequeña casa finca para descansar, yo lo programé, lo visualicé y así sucedió.

Permanecí en la Institución Educativa Romeral dos años. Allí tuve la oportunidad de acompañar procesos de conciliación y mediar en los problemas entre la comunidad y la administración Municipal. El alcalde de turno pudo conocerme liderando procesos rurales, fue entonces cuando el terminó su mandato y habiendo establecido una buena relación con él, el alcalde entrante por su recomendación me ofreció la secretaria de educación del Municipio, oferta que rechacé, apenas si acababa de trasladarme a Copacabana donde residía, desde hacía ocho años. Ante la insistencia de uno y otro y con criterio de servicio, acepté dicha responsabilidad.

Desde mi cargo de secretaria, era la jefa de mi anterior rectora, irónicamente quien fue la portadora de la noticia de mi nombramiento y con quien trabajé dos años. Superé el periodo de prueba; con muchas dificultades, a razón de mis convicciones en relación con la vivencia de los derechos humanos en la escuela, máxime cuando ella fue cofundadora de una corporación de derechos humanos: Corporación de Procuradores comunitarios ONG cuyo domicilio era Medellín y de la cual fui su directora por los dos primeros años.

Habiendo trabajado conjuntamente por un objeto social durante quince años con promoción, difusión y defensa de los derechos humanos, en los sectores más vulnerables de Medellín y Antioquia, lo esperado era que la escuela fuera un espacio de respeto por la dignidad humana.

Estaba muy equivocada en mi preconcepción. La realidad era otra. El maltrato a estudiantes y docentes, el irrespeto por la dignidad humana, la privación de las libertades, el libre desarrollo de la personalidad, derecho a la participación, derecho a ser elegido, la libertad de opinión y hasta llegar al escarnio público, me ponía en una situación incómoda e inimaginable. Como abogada y como directiva docente, por fidelidad con la ética civil, estaba obligada a actuar coherentemente con mis principios y convicciones, respeto a la ley y al otro.

Esta fue la etapa más difícil de mi vida docente, enfrentarme ideológicamente a mi jefe inmediata, era una situación indeseable en una institución educativa; pero no podía renunciar a mis convicciones y no temía actuar. Los docentes leían esto con preocupación. En el 2008 solicité traslado para Copacabana. Lo deseé y se dio. Llegué a la Institución Educativa Presbítero Bernardo Montoya donde trabajé cinco años. Después de haber terminado mi comisión como Secretaria de Educación; donde pude hacer una administración educativa con criterios de eficiencia y eficacia que generó un

gran impacto social y educativo, opté por actuar sin miedo y sin presiones políticas solo en nombre de la justicia y el derecho a la igualdad ante la ley y garantizarles a todos los niños, niñas y adolescentes del municipio una educación con calidad para todos, terminé con la cobertura educativa y conseguí setenta plazas en propiedad para el municipio.

La experiencia en El Romeral también crítica por el mismo asunto. Me preocupaba, como la escuela desvirtuaba su deber ser, en manos de directivos arbitrarios, con criterios personales alejados del contexto real social y político.

Me preguntaba por qué esta contradicción entre el ser y el deber ser. La escuela como primer espacio público que forma en competencias trasciende la esfera de lo académico y pretende incidir en el fuero interno de los estudiantes. Es el maestro, quien con su testimonio educa, transmite, comunica nuevos estilos de vida y de ciudadanía y no es propiamente la palabra vacía, la que jalona; la palabra convence, pero es el ejemplo el que arrastra.

Formar un equipo directivo en todo el sentido de la palabra, es tarea difícil, la diversidad de estilos y criterios administrativos, pueden hacer enriquecer el trabajo o, por el contrario, generar divisiones irreconciliables que de alguna manera afecta la Institución Educativa.

Mi estilo de administración fue objeto de muchas críticas. Escuchar a los estudiantes, era ir en contra de los docentes. Hablar con el docente sobre un asunto relacional, era desautorizarlos. Asumir posiciones humanas frente a situaciones adversas de los estudiantes y entender sin necesariamente justificar, era generar caos. Negarme rotundamente ante el rector a retirar el buzo en medio del invierno, a un estudiante enfermo, porque no era del uniforme, quitarle un piercing o un arete, devolverlo para la casa por llegar tarde; entre otras exigencias, generó un desgobierno, que yo no podía legitimar en mi rol de coordinadora.

No podía concebir el abuso del maestro con las notas, ni el maltrato verbal y deprimente al estudiante, ni la expulsión de clase a causa de llegar un minuto tarde, o no hacer la voluntad del profesor. Mi actitud era de escucha ante el estudiante y de mediadora del conflicto con criterio de imparcialidad y de justicia entre maestro- alumno-directivas.

La maestra que quise tener, esa era entonces, maternal y constructiva, amorosa pero exigente, tierna pero estricta, flexible y comprensiva, empática y tolerante, esa creo es la maestra que necesita la sociedad. Estoy convencida del poder del afecto y del amor fraternal en el acto educativo, es un elemento sine qua non existe una formación para la vida.

Debatirme entre el confort, el silencio, la complicidad y la rectitud y la justicia, ya era tarea irrenunciable en mi condición de docente y esto me trajo dificultades. Se veía con horror el hecho de ser llamada públicamente mamá por mis estudiantes, asumirlo en el sentido estricto de la palabra y literalmente no era posible, pero si se acercaba al cariño sincero y el deseo del bienestar del otro, en el crecimiento integral como persona.

Ante esta situación de diferencias, que involucraba mi ser y mi esencia; al rector se le ocurre solicitar mi traslado, este ya lo presentía y se lo había hecho evidente ante mí, a él un año antes, le manifesté que yo era la piedra en su zapato y por lo tanto había que deshacerse de mí.

Mi traslado se notificó en octubre del año 2014 y esto suscitó entre los estudiantes, tal inconformismo que desencadenó en un paro estudiantil que, dicho de otro modo, no aceptaban mi movimiento.

Esta experiencia fue un gran reconocimiento a mi trabajo y compromiso; así las cosas, el acto administrativo se reversó. Dos días de paro y la intervención del personero

municipal, dejaron demostrado que no se educa desde el aula, se educa además desde la vida misma.

Mi traslado se pospuso hasta enero de 2015 para la Institución Educativa La Trinidad donde poca diferencia encontré con mi jefe. Pareciera ser que el hecho de tener un cargo representativo de poder le cerrara la posibilidad de bajarse al nivel del otro. Siempre mi lucha fue y será por la verdad y la justicia; en tratándose del alumno, si este era vulnerado. El criterio del docente o directivo docente tiene que empezar a evolucionar, el estudiante es el centro y el sentido del proceso enseñanza-aprendizaje, no el docente; tenemos un reto y yo lo asumí. Hacer de la educación un acto de amor.

Llegue a La Trinidad en el 2015, mi experiencia trascendió la esfera de la dirección, es lograr involucrarte con y en la vida del otro, ese *otro*, el estudiante, le interesa sentirse escuchado, atendido y entendido; necesita un trato amable y una mirada abierta y acogedora, busca la sonrisa simple y el gesto aprobador de tu mirada.

Surgieron los mismos conflictos de poder. Ser jefe no es mandar porque el poder emanado del cargo mismo es tener la autoridad legítima y emanada desde el ser y el parecer; es la obligación de todo educador. Allí conocí en el 2016 una estudiante que me eligió como figura de protección y afecto, como compañera de vida y de búsqueda conjunta. Esa hija que no tuve en mi vientre, eligió a la maestra como su mamá. Afortunada elección para ambas. Dios ha manifestado su grandeza en ese regalo que hoy disfruto, el amor fraternal de una hija, María Camila, que sin haberla concebido en mi vientre nos descubrimos para vivir el amor de Dios. Aun sin tener una relación de jerarquía sobre ella, porque no pertenecía a mi jornada y era mínimo el contacto, tanto con ella como con el contralor estudiantil de esta época, quien siempre me llamó madre. Como ellos dos he tenido otros estudiantes, que anhelan tenerme como figura materna. Es reconfirmar una vez más el acierto en la elección de mi misión vocacional, y más cuando recientemente, hace cerca de un mes, cuando en un evento académico, una de las asistentes a este seminario, me miraba fijamente, su mirada me atraía y finalmente nos cruzamos, una sonrisa amable y tierna compartimos. Al poco rato ella se me acercó y me dijo: “hola, ¿cómo está? Yo la conozco a usted”. Le pregunté, ¿sí? ¿Dónde? ¿Trabajaste conmigo en algún sitio? Respondió: “no. Usted fue mi maestra de preescolar”. En 1986, hace 32 años, ella tenía 6 añitos, fue una de mis primeras alumnas. Agregó: “recuerdo su rostro y su sonrisa”. Pregunté: ¿cuál es tu nombre? “Gladys, como usted”. ¿Verdad? Repliqué. Claro ahora recordaba una estudiante de gafas, blanca y tierna, en quien dejé una huella imborrable. Me lo confirmó al preguntarle que hacía allí y me dijo: “soy docente en lengua castellana, ¡gran coincidencia! Yo también estudié idiomas”. Agregó: “Estoy terminando mi maestría en la universidad de la Plata, y seré ponente en este evento. Fue tanta mi alegría y orgullo que la abracé, como si fuese mi obra de arte”. Pregunté ¿y por qué elegiste ser docente? “no me lo va a creer, por usted”. Y continuó: “soy docente porque usted tuvo mucho que ver en ello, la admiraba y la quería mucho y me alegra mucho verla. Y [...] ojalá esta no sea la última vez que hablemos, quiero seguir en contacto, mi madre también la recuerda con mucho cariño. Recuerdo que yo te vi en televisión cuando eras secretaria de educación de Guarne, ¿Verdad?” añadió ella. Sí. Era un programa en directo los viernes: “Educación para todos”, se emitió desde Granada.

“Gracias, mi profe linda, de quien tanto aprendí y que tengo mucho más por aprender. Ahora compartimos como colegas, es quizás mi mayor orgullo. Esta semana recibí una fotografía de esa época cuando yo le entregaba su diploma de preescolar: ¡grato y memorable recuerdo!”.

No solo estos casos reafirmaron mi acierto en mi elección vocacional.

Ser maestra es ser un poco madre y ser madre es entregarse sin reservas; seré maestra y madre por siempre. Hoy continuo mi maravillosa misión en la Institución Educativa José Miguel de Restrepo y Puerta; feliz como nunca y llena de esperanza, por un mejor futuro como maestra, quizás luego tenga mucho por contar.

UNA ESCUELA RURAL

La experiencia de una maestra rural - urbana

Viviana Zuluaga López

Al pasar el concurso docente mi elección en ese momento fue pensar en plazas que quedaran cerca a mi casa, no pensé en sus consecuencias, en lo que son los CER como decía el listado [...] aquel día de las audiencias, gracias diría yo, a una ayuda divina encontré una docente quien había laborado en este municipio y quien me sugirió escoger esta plaza por su buena ubicación y cercanía al pueblo; me dijo que a diferencia de muchas de las que faltaban por elegir, la comunidad era buena y me iría bien [...] ciegamente creí y confíe en ella; y fue como así un domingo en compañía de mi esposo e hijos me vi viajando a mi nuevo lugar de trabajo CER La Hondina, del municipio de Concordia.

Al iniciar mi viaje desde Medellín estuve atenta como nunca a las vallas en las que decían los municipios y su cercanía, no entendía si era por la ansiedad o por el susto, pero en carretera no encontré sino un cartel el cual indicaba concordia a 20 kilómetros después de dos horas de viaje.

Inicié entonces mi subida a este nuevo municipio, fue un largo trayecto lleno de curvas y paisajes cafeteros. Al llegar al parque principal, me sentí como en un viaje al tiempo, puesto que en este municipio la tradición del domingo era algo muy arraigado, se encontraba lleno de personas; campesinos de ruana y sombrero, mujeres con vestidos cargados de color y grandes estampados de flores. El parque principal estaba ocupado con toldos y campesinos mercado y saludando a sus familiares, habían buses escaleras de los cuales se subían y bajaban multitud de gente, no había por donde caminar ni mucho menos estacionar, así que me dirigí hacia unos campesinos que se encontraban tomando un café en el andén de la calle de una cantina en unos taburetes de madera, les pregunté cómo llegar a la escuela la Hondina y en coro murmuraron; uno de ellos prosiguió y su explicación dirá yo muy paísa: “Coge por el camino destapado del cementerio sigue derecho, voltee siempre hacia la izquierda unos veinticinco minutos así, cuando vea un rancho de madera a su derecha, es porque ya casi va a llegar, avanza un poquito y se desvía otra vez a la izquierda sube esa loma empinada y en la cancha pregunta cuál es la escuelita y listo”.

Con esa corta y poco detallada explicación inicié mi recorrido, no sé si fue porque tenía susto, porque mis hijos repitieron todo el camino “¿ya llegamos mamá? ¿ya llegamos ma? ¿alta mucho para llegar a su escuela?” este camino ese día para mí fue eterno, los veinticinco minutos me parecieron horas, el paisaje lo vi selvático poco poblado y desolado. Mis lágrimas comenzaron a salir quince minutos después de estar en una carretera destapada estrecha y desolada, de la cual cada casa que encontraba en medio de la nada, rogaba a Dios que fuera la escuela; los veinticinco minutos que dijeron estos amables señores en realidad fueron cincuenta y cinco, al llegar a esta cancha me bajé del carro y los habitantes de aquel caserío se asomaron por sus ventanas; un grupo de cuatro señores que jugaban cartas suspendieron su entretenida apuesta y me miraban fijamente, unos tres niños saltaron de la nada de un gran árbol y salieron corriendo hacia mí, me miraban con unas cálidas sonrisas y me dijeron “¿cierto que usted es de Medellín? ¿Qué hace por aquí? ¿se perdió? ¿la podemos ayudar?” Me bombardearon de preguntas me tocaban el cabello y miraban a mis hijos con admiración como si se trataran de unos extraterrestres y ¿por qué no? amablemente.

Mis únicas palabras en ese instante fueron ¿y dónde queda la escuela? Ellos en brincos me dijeron en coro: “Ahhh, ahí estudiamos todos nosotros y es allí abajo en medio del cafetal”. Me llevaron de la mano con una gran agilidad caminando entre un sendero de

piedras a pesar de encontrarse en ese momento descalzos, parecía que no les hacía falta los zapatos, pues no brincaban o mostraban molestia de pisar un suelo arenoso e irregular.

Al llegar ahí encontré mi futura escuela, una pequeña casa prefabricada amarilla y naranjada cargada de flores, rodeada de cafetal y una gran manga con dos árboles frutales. En su corredor había dos mesones de cemento y en la pared un tablero verde de aquellos que se usaban en la escuela hacia años con tiza; En este caso tenía algunos mensajes de amor y respeto impresos y decorados con buen gusto.

Las ventanas eran rejas en hierro, no tenía vidrios y podía observar el interior del único salón con doce mesas triangulares dos estanterías repletas de libros viejos de colores diferentes, pero con un mismo título “escuela nueva, escuela activa.” Le di la vuelta a la escuelita en menos de dos minutos, puede observar un lavadero, dos baños, un salón pequeño y dos cuartos a cada extremo bien cerrados y una de ellas con una ventana en madera de color rojo totalmente sellada que no concordaba con la arquitectura y color de este lugar.

Los niños me contaron que uno de los cuartos era la cocina donde le preparaban los alimentos y el otro el cuarto donde vivían las profesoras que venían de lejos, aferré la mano de mi esposo y le dije entre dientes: este es mi nuevo sitio de trabajo.

De Secretaría de Educación me habían dado el número de teléfono de la docente anterior y del director rural, con ellos anteriormente me había comunicado, les había comentado que yo era la nueva docente nombrada en esta plaza, les explique qué viviría en la vereda, ya que me habían dicho que estaba lejos del casco urbano y no conocía a nadie allí. La docente cuando la llamé por primera vez, rompió en llanto y me preguntó fecha exacta de mi llegada, el director rural me explicó que las escuelas rurales tenían habitación y podía vivir allí sin dificultad alguna [...] Procedí a llamarlos de nuevo esta vez ya en la escuela, en mi escuela nueva, su respuesta fue que por ser domingo día de mercado no se podían desplazar, pero que me habían dejado las llaves en la casa de doña Rosmira, que ella con gusto me las entregaría y que mañana se verían conmigo a primera hora.

Pedí las llaves y efectivamente me atendió una hermosa mujer de campo, con un acento paisa y de alegre y simpática sonrisa; de inmediato supo para que estaba allí, sus palabras fueron “¿usted es la nueva profe de La Hondina, cierto?”. Yo respondí con mi cuerpo, puesto que palabras no me salían, ya que tenía un nudo en mi garganta a causa de una mezcla de sentimientos que no podía comprender, tenía miedo, angustia, alegría por el lugar tan bello, pero a la vez era una experiencia totalmente desconocida para mí, pues hasta ese día era una mujer de ciudad, nunca había vivido en un ambiente campestre, no había estado lejos de mi familia y mucho menos había trabajado en esta modalidad de enseñanza, era la sensación más extraña que nunca antes había experimentado.

Se me venía a la cabeza las voces de mis familiares y amigos, frases un tanto contradictorias pero que resonaban cada vez más duro, estaban los negativos, los que en un momento como esos más recuerdas:

“¿Se enloqueció? [...] no renuncie al trabajo en la ciudad, no siga el concurso.

¿Cómo se va a ir lejos de su casa lejos de sus hijos sin saber por cuantos años?

¡Usted no sabe trabajar en esa modalidad rural es muy difícil son muchos niños ¡

Cuál concurso siga más bien en privados le va mejor [...]

¡Vio! para que se presentó a Antioquia; esas plazas son lo peor lejanas y a nadie les gusta”.

Sin embargo, estaban las positivas y por las cuales me aferré y me encontraba justo ahí y que gracias al apoyo de mi esposo hoy día me encuentro en casa:

“¡Esta oportunidad es única [...] debes seguir adelante ;
Te vas a ganar una vinculación y serás docente del departamento.
Eres una afortunada muchas personas quisieran estar en este
momento en tu lugar.

Puede ser difícil al principio, pero tú podrás”.

Recibí, entonces, el llavero cargado de más llaves de lo que el espacio en si tenía, conté doce llaves, pensé dentro de mí, ¿y para qué tantas? las empuñé, agradecí a doña Rosmira y continué mi camino.

Al seguir ella me preguntó: “¿profesora y se va a quedar de una vez hoy?”, asentí con mi cabeza y ella se sorprendió, se rio y continuo: “Oiga, usted entonces si es muy verraquita profesora, años que aquí no vive una docente”, quería llorar justo en ese instante, pero contuve mi llanto, no quería dar de entrada una mala impresión.

Lo primero que abrí fue el salón, mi esposo y mis hijos me dijeron “oye, no, vamos a ver la pieza eso es lo más importante hay que armar la cama para que usted pase la noche”. La verdad estaba como hipnotizada que entregué las llaves y seguí mi camino, ellos se rieron y se fueron para la habitación, yo seguí mi exploración en mi nuevo hogar, comencé a ver aquel espacio que sería mi aula, todo se encontraba algo viejo, las cartillas deterioradas por su uso, por sus años de estar allí, algunas reempastadas resistiéndose a morir, cumpliendo su propósito para las que fueron un día creadas; claro está que a pesar de ello, se encontraban ubicadas un orden casi sorprendente pues estaban clasificadas por color y por grado, cada grado contaba máximo con tres cartillas. La biblioteca era grande con muchísimos libros, se veían usados y algunos muy empolvados, supuse que se debía a que allí no había ventanas con vidrios, el escritorio de la profe era uno viejísimo parecido a una película de los años 70 grande e imponente, la silla en cambio hacia un gran contraste ya que era nueva retráctil y bien acolchonada, se encontraba incluso tapada por una bolsa transparente como cuidándola del clima del lugar.

Las sillas de los estudiantes se encontraban sobre las mesas, algo particular fue que sus patas estaban llenas de barro seco, sin embargo, miré el piso para ver de dónde provenía y este se encontraba limpio, solo algunas hojas secas que el viento había llevado hasta allí. Solo me sacó de mi transe un gallo que cantó fuera de la puerta, caminando orondo como si fuera su espacio, entró al salón, inclinó su cabeza y de nuevo me cantó y prosiguió su camino.

Salí de allí y me dirigí a la habitación, un cuarto de tres metros por tres con un baño pequeño sin lavamanos solo la tasa y la ducha, no contaba con cocina, sin embargo, estaba bien pintada y aseada, los niños me dijeron que la profe los había puesto a lavarla y pintarla ya que la docente nueva viviría allí. Ellos fueron muy amables hablaban y hablaban de su profe anterior, como se había ido, que todos habían llorado ya que estaba allí con ellos hacía tres años, que fue muy duro que la querían mucho; sus palabras resonaban en mi cabeza y más angustia me daba sentir que les había quitado algo a estos niños, me sentí incluso mal por haber dejado a la profe sin trabajo y yo aquí aun si saber si realmente quería estar allí, si sería capaz.

Organicé mi cama, mi baño, he improvisé mi cocina en una mesa pequeña, mi esposo y mis hijos se despidieron y fue como si me arrancaran el corazón y me dejaran vacía por dentro. Me mostré fuerte por ellos, los abracé y les dije que nos veríamos de nuevo el viernes. Ellos iniciaron su retorno al hogar alrededor de las cinco y media, para mí fue muy difícil ver partir mi familia y yo parada ahí en medio del cafetal sola sin saber que me esperaba. El campo a esa hora era silencioso, solo se escuchaban grillos y se sentía un olor a leña quemada de las casas vecinas, quizás preparando ya la comida, sentí frio mucho frio, por primera vez, extrañé el ruido de los carros, las luces de las calles, el

murmullo de la gente, miré hacia el horizonte y solo veía verde y una que otra luz amarilla tenue en medio de la nada.

Uno de los niños de allí, estudiante nuevo, me miró fijamente, sus ojos reflejaban mi angustia y mi preocupación se rascó la cabeza y me dijo: “profe, si le da susto yo le digo a mi mamá que me deje amanecer aquí con usted para cuidarla”. Sus palabras me parecieron tan nobles, fue hasta el día de hoy el gesto más hermoso y sincero que ha tenido un niño conmigo, sin interés y totalmente humano, de esa humanidad que uno cree que ya se ha extinto; un acto altruista. Le acaricié el rostro y le dije: tranquilo, yo soy capaz de dormir solita muchas gracias; claro está que por dentro quería decirle que sí, que se quedara y me acompañara, que no sabía en ese instante como dominar mi miedo. En ese mismo instante, llegó Rosmira la señora de las llaves; en sus manos traía un plato repleto de comida y una taza con agua de panela caliente, me la entregó y sonriendo me dijo: “profe, no aguante hambre mañana será un día muy pesado para usted y es mejor que se alimente bien, o si no se va a enfermar pronto”. Sentí mi cara ponerse roja y caliente, no esperaba eso de ella, sonrió y me dijo “aquí nosotros somos pobres, pero a nadie le negamos comida y menos a usted profesora que es la que educa nuestros hijos”. Recibí la comida, me senté y le pedí que me acompañara mientras terminaba, quería sentirme acompañada rodeada de alguien para no sucumbir en mi angustia y soledad, ella sonrió y sus ojos le brillaban con una pureza que a mi corazón traían calma y me dijo: “profe, tiene que ser verraquita, va a ver que va a ser capaz”.

Cada minuto llegaban más niños formando al final un grupo de ocho niños, con una actitud un algo particular jugaba en el corredor de la escuela y cada vez que yo volteaba mi mirada hacia ellos y les sonreía o hablaba, ellos agachaban su cabeza con pena y se escondían entre el muro del corredor y el comedor. Terminé mi comida y Rosmira me dijo “Bueno profe, aquí se debe encerrar temprano o sino la pieza se le llena de animalitos y de frío, ya son las 6 y media más o menos así que debe de encerrarse [...] No le abra a nadie así tenga miedo, aquí todos somos gente de bien, pero uno nunca sabe, y le voy a dejar a mono mi perro para que la cuide toda la noche aquí afuera en el corredor. Él es muy buen perro y en la noche no deja arrimar a nadie así que es lo que usted necesita”.

Los niños se me acercaron rompiendo esa barrera que se hace en ocasiones ante alguien desconocido, ante un nuevo acontecimiento y me dijeron: “Usted es nuestra nueva profe y vamos aprender y la vamos a querer mucho, además se ve que es muy inteligente no ve que vimos que usted maneja carro eso es muy difícil y nadie por aquí sabe, si usted sabe hacer eso podrá enseñarnos lo que sea”.

Me reí y justo ahí entendí que en la vida llegamos a ciertos lugares no a enseñar, sino a aprender, en la pedagogía nada está escrito, en la universidad es poco lo que nos hablan de escuela nueva de educación rural, no [...] eso no está en nuestra lista de saberes, pero ahí justo ahí estaba por una razón la cual debía abrazar con amor, entender y disfrutar.

Encendí una vela en el corredor, cerré mi habitación y mi ventana siguiendo el consejo de doña Rosmira, me senté junto a tres niños Angie de primer grado, Michelle de tercero y Yeison de cuarto observé el cielo lleno de estrellas, el aire era frío pero con una frescura inexplicable, una paz increíble había en el ambiente, ellos, mis nuevos estudiantes me hicieron compañía, me cantaron, me animaron y por un buen rato fueros mis maestros, me explicaron cómo les enseñaban, las rutinas, quien les hacía la comida, cuántos niños eran, quiénes eran según ellos juiciosos y quiénes desobedientes. Fue una hermosa e inolvidable clase al lado de ellos, entendí e intuí muchas cosas de la educación rural a partir de lo que ellos me decían, y así sin darme cuenta ya eran las ocho; al decirles la hora a ellos abrieron sus ojos se despidieron y salieron corriendo para su casa en medio de la oscuridad con una tranquilidad y confianza casi mágica de la cual los que vivimos en la

ciudad perdimos, con la certeza de saber que en esos sitios tan alejados en medio de la nada y el silencio se vive en armonía [...]

Ese día sin duda alguna fue la mejor clase de mi vida, en la cual yo no había sido la docente; sino que estos niños, esta comunidad y mi nueva escuela habían sido mis maestros [...]. Un día que jamás olvidaré pero que partió un camino de una experiencia inolvidable.

Fui allí aprender a vivir, a valorar lo que tengo, lo que soy, lo que he vivido; todo absolutamente todo. Ellos me enseñan a ser guerrera, a ser maestra, amar lo que un día decidí ser con el corazón. Niños que caminan por más de dos horas para ir a una escuela para aprender a leer y firmar su nombre completo como mínimo. Mágicos niños que su riqueza más grande es un ser puro y noble que se alegran con la simplicidad de la vida, que conocen que es trabajar en el campo para tener ropa "bonita", para tener juguetes nuevos, para ayudar a su mamá con los gastos de casa y que aun así pese al esfuerzo el sudor y el cansancio son *felices*. Niños que piensan que la guerra o la paz están solo en los libros o en la tele, pero que no viven, no sienten y no les interesa [...]. Quien dijo que fui a enseñar, realmente fui a aprender a ver con otros ojos la vida [...] Cambiando trancones por paisajes que conocí en almanaques de Colanta y que jamás pensé vivir en persona.

AMBIENTE PARA APRENDER A VIVIR

Ruth Milena Fonseca Alba

La vocación cuesta tiempo y dinero

Todo inicio en una gran ciudad, Bogotá, en una humilde casa construida con los esfuerzos de una madre viuda con tres hijos, con él de deseo de darle a sus hijos lo mejor y un futuro más fácil de lo que ella ha podido tener y sabiendo que para ello la educación es importante, decide formar a su hija en una normal religiosa con proyección a ser docente, si, ella quería que yo, su única hija en un futuro fuese maestra.

Con mucho esfuerzo económico logra sostenerme en esté colegio privado 12 años de mi vida, desde precolar hasta décimo grado, toda una vida formando mi vocación, pues las hermanas orientaban el camino hacia el proyecto de vida, y ocasiones se equivocaban como paso en mi caso, dos grados octavos si haber reprobado ninguno y con muy buenas calificaciones pero esta fue la cuota que afirmé mi deseo de ser maestra, en el grado séptimo con apenas 12 años de edad nos realizaban “exploración vocacional” aplicando test y por observación de nuestros maestros, el comité daba el veredicto sobre la vocación y decisión del proyecto de vida al cual estábamos aspirando, mi veredicto no apta para bachillerato pedagógico, se matricula para grado octavo en bachillerato académico.

Muy triste pero no conforme comenzamos junto con mi madre hacer un proceso de nueva evaluación de esta decisión, de nuevo:

“Matricúlela en bachiller académico mamá, su hija no tiene aptitudes para ser maestra”, nos respondió la orientadora.

Qué tristeza que con doce años le decidan si tiene o no la posibilidad de ser lo que uno desea para su vida, al siguiente año matriculada en académico con énfasis en Teatro, seguí el proceso para pasar a octavo pedagógico, una lucha acompañada por mi madre, la orientadora escolar y demás personas que ahora no recuerdo, pero a pesar de los esfuerzos:

- “Mamá ya es mitad de año y [...]”
- “Ella puede trabajar las materias pedagógicas y recuperar el tiempo”
- “No” –Contesto la directora radicalmente– “Matricúlela repitiendo octavo pedagógico y sin perder el año que está cursando”.
- “¿No hay otra opción?”, insistía mi madre, pues, para ella era bastante alto sostenerme en una institución privada, el costo de la pensión y de la ruta escolar se perdería, pero definitivamente este fue nuestra primera cuota para afirmar mi vocación como maestra.

Pero la vida da muchas vueltas y por querer que sus hijos estén unidos, nos trasladan a una nueva ciudad, llegamos a Envigado y no cuesta mucho que me aceptaran en la Normal de Señoritas por mis excelentes calificaciones. Este es el primer cambio el cual debo empezar a afrontar, pasar de un colegio privado a un colegio público, de una ciudad inmensa donde solo me transportas en bus o carro, además de grande es peligroso caminar, a una ciudad pequeña donde puedes caminar y llegar donde necesites.

Este cambio solo duró un año pues ya graduada de la Escuela Normal superior de Envigado todo cambia tan rápido, me regrese a la gran ciudad, a estudiar en una institución universitaria de nuevo con proyección a ser docente, Universidad Pedagógica Nacional, lugar donde me gradúo como licenciada en química. Durante mi formación profesional creo una visión de las ciencias Naturales basada en la experimentación instrumental en el laboratorio como herramienta para construir conocimiento científico.

Ya al ruedo [...]

Así que, graduada, inicié mi carrera docente en instituciones con aulas dotadas de muchos instrumentos y adecuaciones para la práctica de la experimentación guiada, una en Bogotá al remplazar una licencia de maternidad y la otra de regreso a Antioquia, Institución Educativa Cardenal Aníbal Muñoz Duque en Santa Rosa de Osos, las cuales aproveche bastante, es más, pasaba los días que no salía de mi “cueva”, permanecía en las aulas laboratorios hasta en mis horas libres y mis compañeros no me observaban en la sala de docentes para nada, esa era mi vida, pero por cuestiones familiares como ha sido toda mi vida, me traslade a un nuevo sitio, Institución Educativa San Andrés en Girardota, una zona veredal inmersa en una cultura de descendencia afrocolombiana, una institución pequeña, desde el patio podía observar cada rincón de está, y para mi sorpresa sin aula laboratorio, que reto, mi forma de enseñar definitivamente tendría que cambiar, pero como hacerlo, la costumbre suele dar mucha comodidad y cuesta cambiar, pero estaba dispuesta a cambiar el chip en el proceso de enseñanza.

Comencé realizando, atrevidamente una salida pedagógica guiada por los muchachos y con ganas de explorar que iba a encontrar alrededor de la institución, mis guías bastantes jóvenes se encargaron de mostrarme el camino que diariamente recorren para llegar al colegio, para ellos es algo normal para mi lleno de dificultades, empedrado, lleno de barro, de sembrado de caña, riachuelos, pastizales con vacas, abriendo y saltando cercas, hasta que llegamos a la quebrada “la correa”, ellos de una se lanzaron a refrescarse y yo gritándoles que tuvieran “cuidado” pues era mi responsabilidad y hasta ese momento me di cuenta el peligro que podrían tener y sus implicaciones.

A partir de esta experiencia, descubrí que mis estudiantes podrían enseñarme más de lo que yo podría darles a ellos, mis conocimientos disciplinar podrían encontrarlos en los libros y en internet, pero ellos tenían conocimientos frutos de la vivencia de las ciencias naturales a su alrededor, eso debía de ser aprovechado.

Me encargaron del proyecto institucional PRAE, junto con mis compañeras de trabajo realizamos un diagnóstico ambiental participativo, seguí conociendo mi institución de la mano de los estudiantes de toda la institución, de las sedes, pero en especial de los jóvenes de 11 que fueron los que utilizando las horas de constitución recogieron los instrumentos de los cuales se acumuló toda la información para el diagnóstico, además comencé a trabajar con los padres de familia que son miembros de las entidades comunitarias, el consejo afrodescendiente, la acción comunal, el acueducto veredal, tenían la participación de todos para poder realizar un proyecto PRAE que respondiera a las necesidades de la institución y de la comunidad.

Una de las estrategia planteadas en el PRAE por una compañera de trabajo fue la creación de un grupo de estudiantes a los cuales mi compañera denomino Veedores ambientales, Martha, así se llamaba mi compañera; lideró la convocatoria y el trabajo con los niños y jóvenes, yo con mucha discreción apoyaba el trabajo que ella realizaba, embellecieron la institución con hermosas plantas ornamentales que instalaron en el balcón, a mí me costaba mucho trabajar con las plantas pues no era mi fuerte la jardinería, ni un frijol me germina; Pero no la deje sola y me fue enrolando en el trabajo con los muchachos del grupo. Como es normal en este gremio se presentó una serie de traslados, en este caso inconsultos, y Martha salió de la institución, quedándome como reto no dejar morir el grupo de veedores ambientales.

La huerta, experiencia para aprender

El grupo de veedores ambientales, año tras año, fue formándose con estudiantes de todos los grupos de la institución, niños y jóvenes con interés de mejorar el ambiente escolar, por conocer y conservar sus riquezas, de trabajar por el fomento dentro y fuera de la institución de buenas prácticas ambientales, es así que en el año 2016 se acercó a la institución educativa un grupo de agentes de la Policía Nacional integrantes del grupo de

protección ambiental y ecológica, encargados del proceso de educación ciudadana en convivencia y seguridad con el programa “amigos de la naturaleza” para proponer al grupo de veedores ambientales hacer parte de un gran grupo de jóvenes a nivel del área metropolitana, en este programa encontramos formación en protección a las especies silvestres en cautiverio, se realizó varias charlas en las cuales mediante el dialogo descubrieron que hay especies que los jóvenes consideraban como mascotas y solían gustarles pero en realidad son especies que se deben proteger y no alejar de sus habitat naturales, continuaron con la protección animal, cuidados, atención, beneficios y reglamentación de la tenencia de animales domésticos, en este tema se dieron muchas anécdotas que contar especialmente de los jóvenes mayores que les gusta tener perros de razas peligrosas y de los cuales salieron compromisos de buen cuidado, trato adecuado pues estos animales responden ante los demás como han sido tratados, no hay mascotas peligrosas sino, dueños irresponsables que no los tratan bien.

Los jóvenes cada vez se encontraban más interesados en la labor que se realizaba en el grupo, pasaron de ser veedores ambientales, hacer amigos de la naturaleza. El encuentro que más nos llegó a cada uno de los integrantes fue en el cual trabajamos la huerta, el instructor recuerdo mucho Jonathan se llamaba, llegó con el ánimo de contarnos como es la formación de una huerta, no solo escolar, nos invitó a realizar la huerta en diferentes lugares huertas verticales, huertas de plantas medicinales, de plantas ornamentales, nos enamoramos tanto con el tema que comenzamos a planear donde podríamos hacer nuestra huerta escolar, la primera propuesta fue una zona alta del colegio donde su paso es difícil, y el problema más grande es un ejército de hormigas que dominan el terreno, este súper ejército ya ha traído estragos en el patio del colegio, recordamos cuando por su gran labor de excavar lograron que parte del patio se cayera, la virgen quedó en el piso y todavía no encuentra donde estar permanece dentro de una salón esperando si algún día la terminan de pintar y le buscan de nuevo su lugar, por ese lado descartado, seguimos pensando y varios sitios fueron propuestos unos por muy pequeños, otros por muy lejanos y otros no tenían donde, ya que a pesar de ser una vereda muchos de los jóvenes que estudian en la institución son los hijos de los mayordomos, o del que cuida la finca y no pueden decidir por un territorio que es solo prestado para vivir por un rato, otros hacen parte de comunidades de barrios que se han formado por invasiones producto del desplazamiento de sus sitios de origen, hasta que Alejandro Cadavid, uno de los jóvenes de grado 11º, propone ir a conocer su casa y mirar una terreno en el cual podríamos hacer la huerta pequeña pero que nos serviría para conocer más, aprenderíamos nuevamente de una labor que aunque estamos en zona rural se ha olvidado y la hemos cambiado por labores más citadinas, perdiendo la importancia que se tiene para la sostenibilidad del planeta y de los seres vivos una alimentación adecuada, una sustentabilidad alimenticia.

Ya decididos y con el uniforme de amigos de la naturaleza, pues si teníamos ya uniforme, habíamos asistido junto con unos padres de familia a la ceremonia lanzamiento del programa en un auditorio del Área Metropolitana fue un día estupendo y de allí cada uno teníamos camisa, pantalón y gorra que nos identificaba y nos daba más identidad con el grupo, por tanto vestidos de negro y verde, organizamos la primera camita rumbo a la casa de Alejandro, partimos a las 8:00 a.m., de la institución educativa subimos hacia la parroquia, seguimos el camino y encontramos la máquina de Lázaro, una de las pocas maquinas donde se continua moliendo la caña para producir panela unos de los productos que años atrás fue muy importante para los habitantes de la vereda, continuamos en un camino empedrado “El camellón” muy bien cuidado por la comunidad donde nos encontramos con un riachuelo canalizado uno de los tantos riachuelos que recorren el terreno de las fincas que hacen parte de lecho de La Correa, por el camino encontramos árboles y vegetación compuesta por arbustos, al llegar a la casa comenzamos a encontrar

las mascotas de Alejandro dos perros de raza criolla que desde que nos sintieron acercar salieron a recibirnos y a guiarnos el caminó hacia la casa, encontramos un gran portón el cual al traspasarlo hallamos un camino demarcado lado a lado por una fila de guarda parques que adorna el sendero, a nuestro encuentro salieron los patos y unas gallinas que con gran habilidad recogió Alejandro para abrirnos paso y mostrarnos en terrenos que nos ofrecía junto con su familia para la realización de la huerta, proyecto que sería nuestro objetivo para el resto del año escolar.



"Camino hacia la Huerta" (mayo, 2016) Foto: Manuela Quintero

Cada encuentro en el grupo fue enriquecedor y se fueron formando lazos de amistad, cada ocho días los miércoles nos encontrábamos a las 10:00 a.m., trabajar en las labores que equivale la huerta escolar, lo primero que realizamos con la asesoría de un grupo de policías con quienes preparamos el terreno, se limpió, se movió el suelo, se fertilizó, se formaron las zanjas y se tomó la decisión según como se observó la calidad de la tierra el tipo de plantas que se sembrarían, cilantro, el más fácil de crecer, lechuga, acelga y tomate, procedimos a realizar el semillero en las cubetas especiales para ello este día trabajamos las chicas, cuando nacieron, crecieron unas hojas y tenían un tallo consistente las trasplantamos y seguimos con la tarea de cuidarlo y trabajar en equipo para sacar adelante la cosecha de la siembra que realizamos, se le organizó un techo para protegerlo de las lluvias que por la época de agosto y septiembre arreciaron, cada uno aportó y participó a pesar que no todos nos encontrábamos el mismo día cada uno visitaba la huerta varios días para ayudar a Alejandro en rociar y mirar cómo van creciendo, pasaron semanas especialmente en las vacaciones que no llegó ninguno, y solo Alejandro se esmeraba para no dejar morir, se nos pasó el tiempo de recoger el cilantro, pero el que no logramos a pesar del esfuerzo de todos y en especialmente de Andrés y Cristian fue el tomate, se fracasó, pero eso no nos detuvo y se siguió con la acelga y la lechuga.

Y llegó el final

Al fin llegó Noviembre y como finalización de las actividades de la huerta decidimos hacer un rico almuerzo con algunos de los productos cosechados, nos reunimos y cada uno participó en la elaboración y como familia en un quiosco que se encontraba cerca de la huerta lugar de encuentro de los días miércoles discutíamos sobre la labor que realizamos y dialogábamos sobre el reconocimiento de las riquezas naturales que cuenta la vereda, los recursos hídricos con las quebradas que hacen parte de nuestro territorio y los riachuelos que baña el suelo rico en un recurso verde, árboles, arbustos plantas exóticas y por las cuales trabajarían en un proceso de cuidado y conservación, la apropiación de su territorio, para aprender de él, valorarlo, conocerlo y protegerlo; nos sentamos al fin a

almorzar y evaluar la actividad, una construcción de conocimientos, actitudes y aptitudes forjadas a través del trabajo en equipo.

El proceso educativo no solo es la acumulación de conocimientos en una disciplina determinada en las mentes de nuestros estudiantes, el proceso educativo equivale enseñar desde el ser, desde el hacer, el formar personas capaces de reconocer los recursos de su territorio, cuidarlos, valorarlos, tener sentido de pertenencia, ser capaz de generar acciones que reflejen la preservación de su entorno y su comunidad, el saber trabajar en equipo para lograr un objetivo en común, valorar el aporte de cada uno de los miembros de un grupo, respetar las opiniones, creencias y formas de ser de cada integrante para obtener un aprendizaje, eso es lo que se busca cuando formamos el grupo de veedores ambientales, ese año el grupo amigos de la naturaleza logró un aprendizaje en el conocimiento de su territorio, conocimiento de los recursos naturales, conservación, y trabajo en equipo; y para mí logre un aprendizaje en mi experiencia pedagógica que no es necesario contar con aulas dotadas de tecnología e instrumentación que basta con explorar el medio en que nos encontramos para aprovechar los recursos que este nos brinda y darle protagonismo a los jóvenes para que a través de lo que ellos son y se han formado construyan conocimientos de una ciencias naturales experimentales desde un entorno natural y no instrumental.

YO NO QUERÍA SER MAESTRA NO NACÍ MAESTRA

La experiencia pedagógica me hizo maestra

Rocío Del S. Gregory

Mi nombre es Rocío Gregory, una mujer de 49 años; me considero un ser milenario, fruto de un proceso evolutivo, parte del cosmos infinito que vibra y palpita, enamorada de este hermoso planeta al que considero mi casa y con el cual tengo el compromiso de contribuir con su cuidado y protección, soy fruto de un intercambio cultural, soy pregunta y respuesta, soy asombro e inquietud, soy pisada y soy camino; única, libre, autónoma y creativa, crezco en el encuentro con los otros, soy apalabrada, racional, consciente y consecuente con mis actos, una mujer a quien la vida forma maestra.

Desde muy pequeña el contacto con la educación fue marcado por mi familia, quienes se preocuparon por encender en mí, el interés y el amor por las letras y los números. Las Primeras letras que en mi vida fueron fortalecidas en la escuelita de la *Seño Luisa*, mi primera gran escuela, cuyo espacio era el patio de la casa la profe, donde cada uno llevaba la sillita y sólo un espacio separaba un grado de otro. La profe, una mujer bastante mayor, con rostro sereno, mirada tierna y paciencia angelical, amante de la educación y con gran amor por la enseñanza me motivaba a aprender. Experiencia afectiva que motiva al encuentro entre mi maestra y yo.

A mis siete años de edad descubro otra arista del cubo mágico de la educación, ingreso a la escuela pública, donde salto al grado segundo y logro terminar la básica primaria; cuatro años marcados por las experiencias vividas con la seño Mercedes, quien con su caminar erguido, su tez morena, su mirada profunda, su voz grave, sus gritos, su carácter recio, su exigencia vertical y sus castigos quiso forjar personas *firμες* utilizando estrategias y castigos físicos, como reglazos, arrodilladas o de pie junto al tablero con los brazos extendido cargando libros, las comparaciones y ridículos; y que decir de aquella experiencia que arrugo mi alma; cuando me distraje y distraje a mis compañeros con una pulsera de oro, que me habían regalado y cual niña inquieta interrumpe la clase, siendo mi pulsera el objeto distractor; situación que intervino la profe quitando mi pulsera, la cual nunca a mis manos regresó. Todo esto y mucho más marcaron mis manos y rompieron mi corazón. ¿Me pregunté por muchos años si como docentes nos podíamos quedar con las pertenencias de los alumnos que rompían con los esquemas del docente, y si por el hecho de representar la autoridad, con las cosas ajenas nos podemos quedar? Y si el arte enseñar va unido a castigar.

En el colegio público Dolores María Ucros, llego a cursar secundaria y media, experiencia hermosa, marcada por maestros con vocación como Víctor Salas quien nos enseñaba que la matemática era la vida misma, Elinor Polo con quien descubrí que la geografía nos enseñaba que la tierra era mi gran casa, se me engrandecía el alma y empezaba con mi imaginación a volar casa, una geografía unida a la cultura y a los problemas sociales, culturales, económicos y muchos más. Y qué decir de Martín Rangel, quien desde la filosofía me abrió al mundo del asombro, de la pregunta y la lectura reflexiva, la escritura y la argumentación. Ellos desde su ser de verdaderos maestros me enseñaban que era necesario vincular la escuela con el hogar; y por primera vez el aula toca mi hogar, no para quejas, sino para diálogos constructivos que nos ayudan crecer, en sus clases integran las realidades personales, familiares que habitan en el aula y las cuales pueden ser intervenidas con tacto y dedicación.

Ante la difícil situación económica que vivíamos, mi madre motiva a mi hermana para organizar un Jardín Infantil, en un barrio de invasión donde vivíamos y eran muchos los

niños que allí habitaban y cuyas madres tenían que trabajar, dejando a muchos de ellos solos o al cuidado de algún familiar, esta iniciativa de mi madre, permitió iniciarme en el conocimiento de las letras como “maestra”; Por voluntad de ella y en contracorriente a mi voluntad, empiezo a habitar el cosmos de la Pedagogía; Aunque en ese momento no me gustara la educación, era un compromiso con la familia de contribuir con la causa. Es así como desde los quince años alternaba mis estudios del grado décimo, dando clases de lenguaje y matemáticas. Es así como me inicio en el arte de la docencia por obligación, docencia ejercida sin vocación, sólo por compromiso económico y familiar.

En esta experiencia, marcaron mi vida, dos hermosos chiquillos cuya edad apenas alcanzaba los cinco años, alegres con ojos brillantes que expresaban su deseo de aprender, sus voces tiernas conquistaron mi corazón y sin darme cuenta, poco a poco disipaban mi lucha interior, puesto que yo no quería ser maestra; ahí estaban ellos y sin darme cuenta estaban esculpiendo en mí, la vocación docente, - quien creyera- , sin darme cuenta estos chicos estaban contribuyendo a que viviera mi primera experiencia de inclusión y de respeto a la diferencia. Ahí estaban dos niños diferentes, cada uno con su ritmo, diferente el uno del otro. Jhongenys: Moreno, cespado, gordito, con su lengua pegada, con un potencial intelectual a flor de piel, todo lo graba con gran facilidad y siempre pide más; recuerdo su voz expresando “profe, ya eso lo sé, ¿qué sigue?”. Jhonatan, por su parte, aquel niño pequeño, delgado, con voz dulce, cabello mono y lacio que caía sobre su frente, con deseo de aprender, muy alegre y con una chispa infantil, quien, por su memoria a corto plazo, olvida pronto lo aprendido y se desesperaba al no recordarlo y cuando se le preguntaba sobre las vocales, se angustiaba y expresaba “seño se me olvidaron, es que son tantas”, y ante esto Jhongenys replica: “si solo son cinco”.

Hoy, esta imagen pasa por mi memoria, y descubro que la inexperiencia es atrevida, y que una realidad como esta exige al docente, conocer las realidades que habitan el aula de clase, que exigen una intervención pedagógica asertiva, que tenga presentes estrategias metodológicas pertinentes y que el proceso evaluativo sea coherente con dichas realidades. Que situaciones como estas sean atendidas responsablemente y los docentes en el aula vayan más allá las herramientas por mí utilizadas: Pizarra, Tiza y lenguaje.

Esta experiencia del pasado me lleva contemplar el escenario de la realidad escolar con responsabilidad y me exige reinventar la enseñanza, dar lo mejor, abrirme a estrategias metodológicas que respondan a las necesidades individuales de los actores implícitos en el acto educativo; además me cuestiona pensar que es inaudito que en un país de la mariposas amarillas, en este Macondo Mágico, donde la educación es un derecho fundamental, para algunos niños este proceso esté en manos, de persona que como yo, en ese momento, sin ser profesional y lo es peor siendo ignorante en el campo de la educación, esta gran misión sea asumida por una joven por obligación. ¿Será en los rincones de este Macondo Mágico los derechos fundamentales no operan? Por lo menos, en medio de mi rebeldía juvenil, para estos niños hay amor, aunque cada día asuste el duende la impotencia, de no saber responder, dado que no quiero plasmar en ellos huellas que causen dolor.

No puedo evitar sentir dolor y angustia, me veo a mis 15 años, y esa realidad que estaba frente a mí, pasa desapercibida, mi mundo juvenil opaca esta realidad y es que la experiencia no se improvisa y el amor por el ejercicio docente no se inyecta, sin embargo es un regalo de la vida el hecho que sin darme cuenta, vaya germinado el amor por el ejercicio docente y luego de terminar el bachillerato, con mi deseo de superación y al continuar mis estudios de educación superior opto por la licenciatura en física-matemática; siento que por primera vez el deseo de ser maestra, para hacer de las matemáticas un asinatura que enamore, atrape y que encante, queriendo transformar el demonio de los números.

Transcurre un breve tiempo y estando en el tercer semestre, la vida me brinda oportunidad de vincularme laboralmente al Centro Educativo La Magdalena; mi nueva experiencia educativa ahora es con jóvenes y esta institución se convierte, más que un centro de práctica una escuela de vida, donde aprendo del error y empiezo a romper con los esquemas de: “la letra con Sangre entra” y entiendo que no puedo replicar las experiencias vividas, que me han marcado y empiezo a entender que los jóvenes quieren aprender sin palabras duras, sin indiferencias, sin miradas adustas y donde la autoridad no se imponga sino que ésta se gane. Es aquí donde empiezo a valorar la presencia del padre de familia y su papel preponderante; continuo con falencias, sin mucha experiencia, aún mis clases no tocan la vida, la realidad y el contexto cercano no hacen parte de los pretextos temáticos que reflexionen la vida misma. Pero surge una ganancia, empiezo a cuestionarme sobre mi manera enseñar, la mejor manera de contribuir a hacer aprehensible el cocimiento, empiezo a cuestionarme como aportar para el acto educativo sea un banquete que todos degusten.

Surge un momento de inflexión en mi vida, estando en el tercer semestre en la universidad, suspendo mis estudios para ingresar a la comunidad religiosa de las Hermanas Franciscanas Misioneras de María Auxiliadora; terminada la formación religiosa, llega el momento de continuar la formación profesional y me ofrecen la oportunidad de continuar mi licenciatura, de manera consciente opto por validar la pedagogía mediante el proyecto de profesionalización docente, Un programa direccionado desde la Secretaría de Educación del Municipio de Tolú en convenio con la Normal de Corozal (Sucre), algunas hermanas expresan que mientras valido la pedagogía, termino la licenciatura; pero mi corazón y mi deseo de continuar en el ejercicio docente me exigen profundizar en el arte de enseñar, no desde una manera atrevida y osada como lo había hecho hasta el momento. Y es así donde se acrecienta el amor verdadero por la profesión docente e inicio de manera consciente la hermosa aventura de aprender a aprender y aprender a enseñar, empiezo a ver y vivir mi experiencia como educadora a la luz de la pedagogía.

A partir de allí, se cambia radicalmente la perspectiva de mi enseñanza y del proceso de aprendizaje, es aquí donde aprendo a valorar mi labor educativa, a disfrutar la experiencia dentro y fuera del aula y descubro que el contacto con los otros, contribuye a hacer de la educación la razón de mi existencia, empiezo a reconocer la trascendencia de mi profesión-vocación, entendiendo que educar, es ir más allá, es despertar el amor por el saber, es invitar deleitarse en el mismo y disfrutarlo. Empiezan mis clases – encuentros de saberes- a ir más allá de las cuatro paredes, transversalizando – *proyectos sociales, las tics, el Inglés*. Empiezo a entender que ser maestra es ser motivadora y facilitadora del conocimiento, de un conocimiento no diseminado sino integrado e integrador.

Con los años en mi labor docente, voy aprendiendo a recorrer el camino de la vida, haciendo de cada instante la mejor lección de vida y abriendo mi mente y mi corazón para reconocermi, para seguir disfrutando las cosas pequeñas de la vida, aprender que cada estudiante tiene una enseñanza, que el aula de clase es una oportunidad para disfrutar la diferencia como germen de enriquecimiento. En este recorrido voy aprendiendo que no soy mejor docente cuando más contenido enseño sino, cuando enseña desde el corazón, respetando ritmos y procesos, valorando que el conocimiento debe ir ligado al compromiso ciudadano y al respeto por la diferencia, que formar para el hoy y preparar para el mañana tiene que tener presente al camino andado. Aprendo que ser maestro es permitir a mis estudiantes alcanzar la plenitud y abrazar sus metas, que ser maestro es saberme inacabada, con capacidad de aprender y transformar mi vida y mi entorno.

Como eterna aprendiz voy descubriendo que mi labor docente, no puede caer en el activismo que desgasta, y que la vida cotidiana ha de transformarse en el pretexto temático que enseña valores, que engrandecen la interacción, que toca las interacciones y que en el

acto educativo involucra a toda la comunidad educativa; que desde la cotidianidad es un imperativo despertar la sensibilización por la naturaleza y por la realidad social que acontece, que las prácticas pedagógicas formadoras intencionadas, en todo momento conjugan risas, cuentos e historias y que contribuyen al desarrollo de competencias, favoreciendo el acercamiento de los diferentes actores educativos entre sí, parafraseando a Galeano, comprendiendo el hoy debe ser contemplado y vivido sin la tensión de error cometido, sino desde la apertura a la construcción colectiva de un mañana desde libertad que engrandece el ser y el saber.

Diez años más de experiencia, ahora como directivo docente, que he ampliado el horizonte de la educación y he aprendido que es necesario salir del activismo que desgasta, valorar lo importante – el ser humano- y reconocer la importancia de direccionar mis acciones con intencionalidad pedagógica, desde un trabajo interinstitucional, donde el aula va más allá de 4 paredes, toqué los hogares, pueblo, la plaza de mercado, el núcleo educativo, la comisaria, la policía, el hospital, la parroquia, la escuela de música, la universidades, otras entidades locales y regionales.

Mi saber disciplinar se agigantó, ya no es sólo matemáticas o filosofía ahora es todo el currículo, el PEI, el SIE, el Manual de Convivencia, los convenios, los procesos investigativos, los procesos de los estudiantes, los padres de familia, los docentes. La cercanía de antes en ocasiones es soledad, es mi gran tarea desde una figura administrativa, que ahora continúo motivando, desde un trabajo colaborativo que nos ayude a crecer juntos desde el ser, saber y hacer y lo que es más insólito contribuyendo desde la Escuela Normal Superior de Amagá a la formación de nuevos maestros, enriqueciéndome con los procesos de acreditación y verificación de las condiciones básicas de calidad. Proceso que me ha llevado a corroborar mi primera gran experiencia de inclusión la cual sigue siendo vigente: respetar y valorar la diferencia y otros grandes aprendizajes que han llegado a mi vida, aún sin haber nacido maestra, porque fue la vida con cada una de sus vivencias la que hizo maestra.

LOS PECES YA NO DEBEN TREPAR ARBOLES

¿Cómo hacer de la pedagogía un poema que todos puedan recitar?

Abelardo Antonio Usquiano Franco

Recuerdo fácilmente y vívidamente uno de esos días que como maestros nos marcan, una vez suceden; retomo un pensamiento de Martha Elba Ruiz y María del Carmen Cruz al referirse a los libros, yo lo hago con los sucesos y es el hecho de que solo los inolvidables son los que sobreviven al paso del tiempo.

Era inicio de año y una mañana corriente, como es usual, iniciaba nuevo tema con el grado séptimo: “La edad media un proyecto cristiano”, como es habitual iniciaba con un momento al que he llamado “momento de motivación”, el cual tiene como objetivo romper el hielo y ubicar al chico en un contexto diferente al que trae, sumergirlo en el tema partiendo de algo que le cautive, este momento es lleno de material de videos, audios, imágenes, lúdica recreativa, entre otros.

Para esta ocasión escuchamos una canción medieval y pedí que en parejas de baile trataran de ejecutar un compás o coreografía según sintieran debía ser, luego de sentarnos y habernos divertido un rato pregunté a las mujeres como se sentían y que cual podría ser el rol de aquella mujer medieval teniendo en cuenta la categorización religiosa de la que se le investía, recuerdo con precisión que las niñas fueron elocuentes y audaces para entretener una serie de discursos que dejaban entrever la aceptación de la conquista que su género ha logrado entre los tiempos de la historia.

Habiendo avanzado por los parajes espacio-temporales de este tema y en un momento de asimilación surge la frase que hizo de este día un día distinto, en un intento de comparar a la mujer actual con la mujer medieval una niña de tan solo doce años dijo lo siguiente: “Profesor, qué pena; pero, a un perro perra y media”, lo que siguió fue un silencio lleno de varias cabezas femeninas asintiendo con vigor y convicción y de rostros masculinos mirándose como quien busca argumentos para debatir; pero, sin hallarlos fácilmente.

Puede ser absurdo para muchos; pero, como maestro convencido de la carga ética que lleva consigo un oficio milenario como el nuestro, hasta el día de hoy no ha dejado de preocuparme ese pensamiento; por demás, generalizado y creciente, que aquel día la niña publicó en nuestras memorias.

Ella dijo algo que nos era familiar, retomar un poco esa ancestral Ley del Talión, donde a manera retributiva se otorga al trasgresor una dosis similar con la que infringió la norma, la reciprocidad, el famoso “ojo por ojo”, construcción babilónica en los albores de la convivencia en sociedad, además de principio de justicia primitiva.

Es aquí donde surgen las inquietudes: ¿Cómo lograr desde una educación transformadora cambiar la actitud combativa, el pensamiento vengativo y el carácter lesionador, que tantos años de guerra y conflicto han dejado en la conciencia colectiva de la sociedad pasada, presente y futura de la cual ni los niños se escapan?, ¿Cómo disolver la comodidad que genera destruir, responder con agresión a la que se acostumbró el hombre?

Ese asunto de devolver el golpe se convierte en una cadena llena de eslabones, de igual forma sienten que solo encuentran reparación a un daño sufrido, si y solo sí, causan en el otro un dolor similar.

Esta pequeña niña me permitió entender que incluso tratamos de anticiparnos al daño, tratamos de que la retribución sea, en una mediada, mayor a la que inicialmente infringieron; quizás, una pequeña luz de sevicia, de corrupción del alma producto indudablemente de una cultura que primitiva o sofisticadamente, se arroja con las mejores

artimañas para provocar una repetición incesante de modelos, estereotipos e ideologías, en medio de una sociedad de pensamiento pasivo o dormitado, ausente de crítica.

Pienso, además, ¿qué diferencia podría existir entre un pequeño niño romano, que se prepara desde muy temprano militarmente para adelantarse a invadir y no ser invadido, a mi pequeña estudiante que se anticipa a ser infiel antes de sufrir la deslealtad?

Ya Rousseau planteaba que el hombre nace puro, bueno y la sociedad lo corrompe cuando dilucidaba sus propuestas que llevaron a la división del poder, la disolución de las monarquías; por ende, la instauración de un nuevo rol de la mujer en los albores de la edad moderna.

La sociedad corrompe, la cultura replica sistemáticamente y de forma continua, es una realidad que no amerita amplias discusiones o largos procesos de verificabilidad. Todos los que somos padres hemos probado el amargo sabor que produce sacar a nuestros pequeños de las murallas en que se convierten nuestros hogares y depositarlos en el universo infinito, agreste e inexplorado que es la convivencia con el otro, cuando de la mano debemos dejarlos en el jardín, considerando que parte de las lágrimas de ambos, solo reflejan el temor de enfrentar ese nuevo mundo de un lado y el conocimiento profundo de ese mundo agresivo del otro.

En últimas, somos conscientes de lo que la sociedad ha hecho con nosotros y en gran medida debemos aceptar que no somos el mejor resultado. Por eso, sin muchos escrúpulos, dotas a tu pequeño de todas las armas habidas y por haber, lo llenas de medidas antiguerrilla, antisequestro, antiextorsión y todas o cada una de las posibles amenazas terroristas que sufrirá en el jardín, total, como resultado un niño mucho más temeroso; pero, con las garras afiladas, en modo de ataque.

El docente en medio de estos pequeños audazmente preparados, solo se siente arbitrando una convivencia, en ocasiones sin mucho éxito y desde las cuerdas padres que solo vociferan “yo le dije que no sea bobo, que no se deje”. Si, como docente, no los has escuchado, solo puede ser por despiste porque es algo ya habitual en el ambiente escolar.

Al sentarme con aquella niña de doce años y al pensar equivocadamente ¿Cómo hacer que esta chica se suba al árbol que planté para ella? Al sentir como ella se contraponía a mis ideales, a lo que yo quería enseñar y lo que planeaba evaluar en aquel tema impartido, sabía, le iría mal. Asumirlo como reto es un camino mucho más difícil y complicado que simplemente aplicar la tabla rasa, aquella con la que pones simplemente el cero o el uno sin miramientos.

Cómo hacerlo, si sabía que esta chica solo estaba sacando a relucir lo que traía consigo, aquello con lo que fue equiparada al salir de la fortaleza de su hogar y lo mucho que la sociedad ya le había dado a sus cortos doce años, no tenía dudas de que el discurso de su madre fuera más o menos el mismo; claro aquella rebeldía sin causa, aquel ánimo de devolver el golpe quizás no pareciera ser relevante para un docente cualquiera pero es que esa actitud combativa de aquella niña la hacía ser una de los que comúnmente llamamos “estudiantes problema”, eso sí, lo hace ser un asunto digno de ser develado.

A lo largo de la construcción de mi carrera tuve una fascinación extraña por Antón Semionovich Makarenko y Paulo Freire, pues su discusión sobre la enseñanza y aprendizaje en un contexto aguerido, se da en medio de una sociedad engullida por la guerra y el conflicto, pese a ello no tuvieron reparos a la hora de confrontar al sistema con sus ideas innovadoras y contrapuestas a los intereses políticos de su época. A mi modo de ver, existe una conjugación pedagógica entre ambos pedagogos, casi poética e idílica, aunque de manera consecutiva, mientras uno finalizaba el otro recién iniciaba, esto en términos cronológicos.

De un lado, el primero pudo llevar a pequeños infractores recriminados por la justicia y la sociedad a ser jóvenes letrados inmersos en la élite y el segundo era un convencido de

que la educación humanista debía vincular al individuo con la realidad nacional, ambos contemplaron el ejercicio de la educación como un acontecimiento profundamente político, una manifestación supremamente ética y un instrumento en la capacitación técnica y científica.

Puede ser que esa fascinación por estos dos personajes que, obviamente, permearan mí quehacer docente y posibilitara que asumiera mi experiencia como un reto, convocar aquella chiquilla y establecer el punto medio – aquel que como cultura occidental somos incapaces de desarrollar- pues siempre llegamos de una u otra manera a los extremos, bien decía la abuela “ni tanto que queme al santo ni tan poco que no lo alumbre”.

Para poder ayudarlo debí reflexionar sobre: ¿cómo buscar una verdad entre: “pagarle a él con la misma moneda” que ya hacía parte de su ideología y además filosofía de vida y el: “pon la otra mejilla” que nos provee aquel maestro del Mediterráneo llamado Jesús? quien combatía el odio y la venganza con el amor, esta verdad traída a medias por el sistema religioso que se constituía en el tema de esa clase, recuerden: “La edad media un proyecto cristiano”.

La reflexión se extendía al meditar en ¿Cómo encontrar ese punto medio? ¿Cómo crear una verdad alterna entre esas que ya conoce? ¿Cómo hacer seres de paz en medio del conflicto? ¿Cómo hacer creer que la guerra termino? ¿Cómo impedir sus secuelas? ¿Cómo desde la escuela crear armonía entre lo vivido y lo venidero? ¿Cómo sobreponernos a un problema de género?

¡Claro! yo era consiente que este pensamiento en la niña provenía de la época en que los hombres nos creímos el cuento y arrinconamos a la mujer para que diera un grito de libertad, aquellos días que narran nuestros padres y abuelos en el que en la montaña antioqueña solo había un rey, un macho, ¡un verraco!,

Sí, asumir un poco de culpa fue un buen punto de partida, una cuota de responsabilidad. Vaya reto al que me encontraba mirando los ojos de aquel “proyecto de mujer”.

Sumergirse en las aguas del odio y el rencor deberá ser la tarea del maestro en el contexto del posconflicto, en este periodo llamado “educación para la paz”, una tarea nada fácil pues no se puede perder de vista que el maestro es también sujeto, y como sujeto posee sentidos, está dotado de emociones y esta vestido de humanidad. Nadie puede asegurar que el maestro salga ileso del proceso, prueba de ello es un sistema de salud precario y abarrotado por nuestras dolencias y un índice creciente de enfermedades mentales dentro del magisterio asociados al estrés y agotamiento.

Navegar estas aguas motiva el afloramiento de nuestras mejores herramientas, habilidades y una disposición constante, además de la tolerancia al fracaso, saber ponerse de pie nuevamente, será indispensable en esta tarea de construir la paz.

Es probable que varias de las estrellas de mar que recogemos de la arena para lanzarlas de nuevo al océano para salvarlas, las mareas las regresen y nuevamente queden anclas en la playa, muchos de los niños y niñas que tenemos en el aula de clase cuando intentemos lanzarlos al mar de la paz simplemente regresen a las arenas de la guerra. Pero será nuestra perseverancia lo que haga la diferencia, lo que pueda asegurar muchas más estrellas en el mar.

Me olvidé del árbol al que quería que mi estudiante, mi pequeño pez de doce años subiera y replanteé con convicción lo que realmente quería que pasara en su vida, definitivamente buscaba que al entender lo que vivía una mujer en la edad media bajo la mirada inquisitiva de un modelo religioso y el resultado de la mujer posmoderna, la cual ni siquiera se había sabido pasada por una modernidad, pudiera realmente establecer ¿quién era ella? Y sobre todo que se sintiera bien con lo que realmente era y/o podría llegar a ser, reconocer sus potencialidades, así como sus debilidades.

Asumir que dañar al otro no otorga placer ni le ayuda a crecer, que devolver el golpe des-humaniza, que formar parte del grupo de Neandertales primitivos inmersos y esclavizados por la violencia no le asegura el respeto sino el miedo, el mismo que ha consumido sociedades a través de los tiempos históricos y que solo han sido el origen de las guerras que diezman poblaciones enteras.

Es el miedo quien provoca barbarie, atrocidad y nuevas formas de dañar al otro, solo basta pensar por un momento en el cuadro de Picasso aquel que llamó: Guernica, escena vivida de lo que hombre enfermo puede hacer.

En definitiva ¿para qué debo hacer que todos piensen igual que yo maestro?, ¿para qué hacer que todos los estudiantes de mi aula piensen igual?, si todos somos tan diferentes y en medio de la diferencia y solo en ella se puede hacer la paz, la paz se hace con el enemigo, la paz resuelve un conflicto de intereses, la paz no existe sino existe la diferencia.

Sin más miramientos pedí a mi estudiante que emprendiera un proceso de indagación, un ejercicio inicial de investigación en el que ella pudiera establecer un paralelo entre las grandes mujeres de la historia tanto de quienes quisieron implementar la estrategia del odio, la ira, la venganza y las que por el contrario se ocuparon de expandir los aires del amor, amor traducido en programas y proyectos de ayuda social, económica o política.

Mujeres de sacrificio y entrega, mujeres que trascendieron y quedaron grabadas en la historia, no como un capítulo más sino como ejemplos a replicar, le dije de forma clara que desando profundamente que ella no fuera el día de mañana una cifra más en el flagelo que azota la ciudad bajo el nombre de violencia intrafamiliar, hiciera este trabajo a conciencia, que luego de realizar el paralelo ella reflexionara ¿en cuál grupo quería estar? Y fuere cual fuere el resultado tuviera plena conciencia de la forma que una mujer inteligente resuelve sus problemas, de sus argumentos para hacerlo, no por simplemente reflejar lo que la cultura le había trazado como tarea.

Les puedo asegurar que jamás me he arrepentido de haberme detenido y no depositar el 1.0 tan merecido para esta niña, según muchos profesores, nótese que no digo maestros, pues semejante blasfemia en clase ante sus ojos solo merece eso, “no ve que una manzana podrida daña el resto”, dirían, discurso recurrente entre ellos,

Llegó el momento de poner el cinco ante un trabajo magistral, imponente y bien argumentado, al trabajo producto de la verdadera interacción maestro- estudiante, al producto de la armonía que produce el saber que mi verdad no es única, que otros tienen otra verdad y que la única que funciona adecuadamente es aquella que nos permite vivir entre y con la diferencia, reconocer el otro en mí, a pesar de que piense diferente, una verdad que excluye el odio y la intolerancia.

Jamás olvidaré el brillo en sus ojos cuando al finalizar pronuncio: ¡es por eso que Juana de Arco me cae bien y es el tipo de heroína que quiero ser! Me hizo sentir un poco como Makarenko, pues gratificante es en gran medida ser útil, y sobre todo ser útil siendo maestro.

Hoy la vi después de mucho tiempo, su espíritu la llevó a no ser tan tolerada por otros profesores y hace algunos años debió salir de la institución, la vi con aire de confianza en ella, en el otro, en quienes le rodeaban, confianza sin igual, cálida, amable, felizmente ennoviada, estaba en medio de un foro para maestros que ofrece nuestro municipio, exponiendo, y habló con tanta propiedad que siendo una adolescente aun así, me permitió entrever una gran mujer, allí puede notar claramente mi granito de arena, pues ya no vi ese espíritu combativo con el que aquella mañana me dijo: “¡profesor, que pena, pero a un perro perra y media!

LA SUBJETIVIDAD EN EL PROCESO DE VERIFICACIÓN DE CONDICIONES BÁSICAS DE CALIDAD DE LAS ESCUELAS NORMALES DE COLOMBIA

Carlos Adiel Henao Pulgarín

El proceso de verificación de condiciones básicas de calidad de las Escuelas Normales Superiores (ENS), se creó como un mecanismo mediante el cual se garantice que estas instituciones logren mantener un nivel de calidad en los procesos formativos que posibilite la formación de maestros con el perfil que requiere la sociedad en cada momento.

Para fundamentar legalmente tan noble finalidad, en la Constitución Política de 1991 se establece, en el Artículo 68, que “la enseñanza estará a cargo de personas de reconocida idoneidad ética y pedagógica. La Ley garantiza la profesionalización y dignificación de la actividad docente”²¹. Es de decir, que, desde nuestra Carta Magna, ya se da por entendido que la tarea de educar es fundamental en una sociedad y es algo complejo de realizar, por lo que debe estar a cargo de personas con una formación rigurosa, con un excelente dominio del saber pedagógico y específico, que haga, de los maestros, personas capaces de formar desde el ejemplo y que consecuentemente garanticen un desempeño probo y de gran reconocimiento social. En coherencia con lo establecido en la Constitución, la Ley 115 de 1994, estipula en el parágrafo del Artículo 112 que: “las escuelas normales debidamente reestructuradas y aprobadas, están autorizadas para formar educadores en el nivel de preescolar y en el ciclo de educación básica primaria. Estas operarán como unidades de apoyo académico para la formación inicial de docentes y, mediante convenio celebrado con instituciones de educación superior, podrán ofrecer formación complementaria que conduzca al otorgamiento del título de normalista superior”²²

Lo anterior es reafirmado en el Artículo 64 del Decreto Nacional 1860 de 1994 y reglamentado mediante los decretos nacionales 2903 de 1994, 709 de 1996, 3012 de 1997, 272 de 1998 y 4790 de 2008. Normas a través de las cuales, se obliga a las ENS a llevar a cabo unos procesos de acreditación previa entre 1998 y 1999, acreditación de calidad y desarrollo entre 2002 y 2003 y de verificación de condiciones básicas de calidad, periódicamente, a partir de 2010.

Las condiciones básicas de calidad que debe reunir una Escuela Normal para la obtención de la autorización de ofrecer el programa de formación complementaria, son las siguientes (Artículo 3 del Decreto 4790 de 2008):

1. Programa de formación complementaria pertinente para el desempeño docente en preescolar y básica primaria.
2. Propuesta curricular y plan de estudios acordes al proyecto educativo institucional en concordancia con las necesidades de formación de un maestro que atiende preescolar y básica primaria, y que permitan garantizar el logro de los objetivos y metas para la obtención del título de normalista superior.
3. Innovaciones en el campo educativo que fomenten el desarrollo del pensamiento crítico investigativo.
4. Espacios de proyección social que vinculen a la escuela normal superior con su entorno.
5. Personal docente y directivo docente que garantice el cumplimiento de los objetivos de la formación complementaria.
6. Medios educativos y mediaciones pedagógicas que faciliten el aprendizaje.

²¹ ASAMBLEA NACIONAL CONSTITUYENTE. Constitución Política de Colombia. 1991.

²² CONGRESO DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA. Ley 115 de 1994 (Ley General de Educación). 1994.

7. Infraestructura y dotación para la formación integral de los estudiantes, acordes con la estrategia pedagógica y el contexto.
8. Autoevaluación en coherencia con el plan de mejoramiento.
9. Plan de seguimiento a egresados.
10. Prácticas docentes en el proceso de formación complementaria.
11. Contenidos del plan de estudios y prácticas pedagógicas relacionadas con los temas de enseñanza obligatoria en la educación preescolar y básica primaria.
12. Modalidades de atención educativa a poblaciones de que trata el Título 111 de la Ley 115 de 1994, en el plan de estudios de la formación complementaria.
13. Estructura administrativa que garantice un manejo adecuado de los recursos financieros para el programa de formación complementaria.

Como su nombre lo indica, las condiciones básicas de calidad son requerimientos que debe satisfacer la ENS para garantizar que a través del programa de formación complementaria que ofrece, los maestros en formación desarrollarán las competencias y en general adquirirán el perfil que las diferentes comunidades demandan del educador hoy.

Para verificar la existencia de estas condiciones, se ha adoptado un proceso, por parte del Ministerio de Educación Nacional, el cual, a juicio del Rector de la Escuela Normal Superior Amagá, permite un nivel de subjetividad demasiado alto en quienes emiten sus juicios evaluativos en las diferentes etapas o fases del mismo. Lo que termina siendo muy nocivo para la comunidad educativa puesto que en pocos aspectos coinciden las apreciaciones o descripciones plasmadas en la autoevaluación institucional, con las de los funcionarios de la Secretaría de Educación, encargados de emitir su concepto previo ante el MEN sobre su conformidad con que dicha institución siga formando maestros en la región, o con las de los pares académicos encargados de verificar cada aspecto de cada condición y los de los miembros de la Sala de Educación de CONACES, encargados de emitir el concepto final para que se continúe ofreciendo o no el programa por parte de la respectiva ENS.

Ese alto nivel de subjetividad se debe, fundamentalmente, a los siguientes factores:

1. Dentro de las 13 condiciones, hay unas que no son de dominio de las ENS: Es básicamente al talento humano existente en la escuela normal, a quien le toca dar cuenta de las 13 condiciones como si la Institución tuviese un 100% de autonomía y de recursos (especialmente el rector), para gestionar todos los procesos implícitos en dichas condiciones. Pero en la práctica, algunas de estas condiciones son de gran ingerencia por parte de los entes territoriales o el resultado de la implementación de las políticas y normativa vigente en educación, que de la voluntad y el accionar de la organización institucional. Así por ejemplo, el perfil y nombramiento del talento humano, la dotación de recursos educativos y la infraestructura locativa, dependen directamente de las decisiones que toman los entes territoriales certificados o el Ministerio de Educación Nacional; o en el caso de la extensión, si bien la iniciativa es de la Escuela Normal, se presentan cantidad de limitantes en la misma normatividad y en los extenuantes procedimientos a cumplir para poderla realizar, que limitan enormemente el cumplimiento de esta condición (desde la norma no se permite la inversión en capacitación docente y viáticos, y para realizar una salida escolar se deben cumplir 23 requisitos - algunos de ellos demandantes de gran cantidad de tiempo- que solo permiten que se programen en una reducida cantidad o no se hagan). Contradictoriamente, en la verificación de las condiciones de calidad de las ENS, no se conoce que a alguna de ellas se haya dejado condicionada por deficiencias en su planta de personal, aunque es uno de los aspectos más débiles, puesto que en la mayoría de estas instituciones formadoras de maestros, hay gran cantidad de funcionarios que ni ellos mismos

saben por qué se encuentran allí, están contra su voluntad o están por conveniencia pero que en poco o nada les importa aportar decididamente en pro del cumplimiento de la misión institucional, constituyéndose la mayoría de las veces, en un verdadero obstáculo. Igual cosa sucede con la infraestructura que en algunos casos anuncia ruina o grandes riesgos, pero termina siendo evaluada como de buena calidad.

2. Algunos de los pares académicos no tienen un conocimiento sobre lo que es una ENS y de las respectivas realidades en las que opera: El proceso de selección de pares se hace mediante convocatoria pública, exigiendo entre otros requisitos, el tener título de maestría o doctorado, experiencia en formación de maestros, producción académica y experiencias de investigación. Ninguno de dichos requisitos exige haber tenido un contacto con una escuela normal que le posibilite un conocimiento básico del funcionamiento de estas instituciones y el proceso de inducción como par académico se lleva a cabo durante un encuentro de cuatro horas, permitiendo así, que, en una buena cantidad de ellos, primen sus imaginarios sobre el deber ser de una ENS, para emitir los juicios de verificación o no de cada una de las condiciones de Calidad.

3. No se ha diseñado un instrumento de evaluación para verificar las condiciones básicas de calidad: Estas condiciones se han desglosado en aspectos a verificar (presentando diferencias entre versiones), pero aún no se ha establecido un instrumento de evaluación cualitativa que permita visibilizar el estado de cada aspecto y con ello tener un mayor nivel de objetividad para emitir el juicio sobre si se cumplen o no las condiciones básicas de calidad.

Lo anterior hace que se vea el resultado de la verificación, más como una consecuencia de la suerte o el azar, que del cumplimiento de las condiciones básicas de calidad, en sí. Es decir, las escuelas normales que resultan verificadas en sus condiciones de calidad, no siempre son las que efectivamente cumplen con todas las condiciones y las que quedan condicionadas pueden estar reportando mejores niveles en los procesos formativos de maestros que algunas de aquellas que reciben la autorización, sin condicionante o restricción alguna, para seguir formando maestros.

Se ve necesario que, a partir de las condiciones básicas de calidad y sus respectivos aspectos a verificar, se elabore un instrumento de evaluación (rúbrica, lista de chequeo, matriz de procesos, entre otros), y que se capacite ampliamente a los pares académicos en la aplicación del mismo, para que, de esta forma el proceso vaya ganando en objetividad, equidad y confiabilidad como base para el mejoramiento continuo. Esta acción se debe complementar con una formación más rigurosa de los pares académicos en aspectos como: comprensión del proceso de verificación, conocimiento del funcionamiento in situ de una escuela normal, apropiación de la guía de verificación (plataforma saces, agenda de visita de pares, formatos de informes, entre otros), la base documental que aporta cada ENS y de los instrumentos de verificación de las condiciones básicas de calidad (observación, análisis documental, aplicación de guía, rúbrica o lista de chequeo, entre otros), diligenciamiento del acta de visita y redacción coherente del informe del par académico.

Este alto nivel de subjetividad hace que el directivo docente que asume su función de liderar el proceso de mejorar cada día la calidad en la formación de maestros desde una escuela normal y con ello hace suya la responsabilidad de verificar cada una de las condiciones básicas establecidas como indicadores de calidad, vive una lucha de tensiones internas y externas a él, que posibilitan que la reconocida soledad del administrador, se haga más intensa que lo que puede suceder si su desempeño tiene lugar en otros escenarios o instituciones educativas.

Una de esas tensiones vivida por el directivo docente se genera al sentir que, aunque otras entidades tienen total injerencia en el nivel de calidad que se pueda reportar en varias

de las condiciones básicas, ante el proceso de verificación, sólo él aparece como el gran responsable ante toda la comunidad educativa. Lo cual le implica tener mucho autodominio de sus emociones y un alto nivel de paciencia puesto que, si el resultado del proceso es positivo, el triunfo es atribuido a todo un equipo (lo cual es cierto), pero si por el contrario la ENS no es acreditada, toda la responsabilidad caerá sobre el rector como líder del proceso.

Otra de esas tensiones se ve reflejada cuando, ante el ejercicio que naturalmente se hace de motivación a todo el talento humano para demostrar positivamente los diferentes procesos que se adelantan en la ENS en pro de la formación de maestros, aparece una fuerza contraria pregonando que se está maquillando la realidad, llegando incluso hasta anuncios de boicot de algunas de las etapas de la verificación de las condiciones básicas. Lo cual termina por convertirse en un fraccionamiento del talento humano con que cuenta la escuela normal y por ende en un obstáculo para el proceso de cualificación de la respectiva institución.

Una tensión que toca con la ética del directivo docente, se ve reflejada cuando, ante el conocimiento que éste normalmente tiene de que algunos aspectos a verificar reportan evidencias que no son de calidad, le toca guardar silencio o no explicitarlo en la autoevaluación o la visita de pares, para evitar que sea la institucionalidad formadora de maestros la que termine perjudicada y con ello, toda una comunidad pierda su escuela normal.

Traumática es la tensión que se vive por el sentimiento generado en todo el equipo humano, que se involucra en el proceso de verificación, al descubrir que algo pasa en el mismo, porque no siempre son valorados sus procesos y resultados obtenidos en algunas condiciones a las que se les dedica gran cantidad de tiempo, haciendo enormes despliegues de acciones e impactando positivamente la formación de los nuevos maestros, mientras que otras condiciones a las que no se les ha dedicado tanta energía, resultan siendo mejores valoradas. Y lo más peor, en este sentido, sobreviene cuando el resultado final de todo el proceso es el del condicionamiento de la escuela normal a la elaboración de un plan de mejoramiento, el cual debe ser desarrollado en un año o de lo contrario pierde su naturaleza y pasa a ser una institución educativa de bachillerato académico. En este caso, todo el equipo docente cae en un sentimiento de derrota, incapacidad y frustración, cuando en ese preciso momento se exige una gran proactividad, dinamismo, energía y entrega para superar el condicionamiento de que ha sido objeto la comunidad educativa. Creando así una doble carga para el rector, puesto que además de liderar la creación y desarrollo del plan de mejoramiento, le corresponde ingeniárselas para rearmar su equipo de trabajo de las cenizas.

Lo anterior, hace que el directivo docente viva un doble sentimiento entre lo que debiera ser un festival de la calidad y la experimentación de la tensión que genera estar frente a la posibilidad de perder la esencia institucional, si no se logra dar evidencia de cada aspecto a verificar.

¿QUIEN ES EL OTRO?

Doris Mabel Laverde Vanegas

I

En este relato dejo a cada uno de ustedes el espacio para que puedan hacerse la idea de lo que, como diría Montaigne Filósofo francés, es la descripción de una niña mostro.

Llegó el día esperado, el primer día de clase, un mundo nuevo para mí, Era apenas una niña de seis años que llegaba a la escuela deseosa de aprender, un poco asustada, pero con la ilusión de hacer las cosas que su hermana mayor ya hacía en los cuadernos los cuales eran admirados por su hermosa letra y orden ejemplar.

Todo parecía estar bien, mi abuela me peinaba, me empacaba la lonchera y todo lo necesario para asistir a la escuela. Las risas, la oración donde se pedía al espíritusanto que nos iluminara para poder aprender y entender lo que nos enseñaban, la canción para iniciar la jornada escolar, elementos que guiaban el inicio de las clases y con ello centraban la atención de las niñas, ya que por aquella época las escuelas urbanas estaban divididas en género, solo niñas y varones. Pero las niñas son las más educadas y recatadas, las mismas que debían cuidar su cuerpo como templo del espíritu santo, a decir por las profesoras que buscaban formar desde la ética y la moral a todas las estudiantes.

No sentí miedo al enfrentar un mundo distinto al que vivía en mi casa, era una nueva etapa de mi vida, me relacionaba armónicamente con mis compañeras, era puntual.

Hasta que como decían los sabios ancestros: la pobreza, la mugre, el embarazo y las dificultades no se pueden tapar, revientan por donde sea. Yo la niña a la que mi familia y la escuela querían educar muy bien empecé a dejar ver mis dificultades, a quedarme atrasada, a trabajar más despacio que todos, a generar situaciones que incomodaban a la profesora que quería unos cuadernos ejemplares una niña aprendiendo como todas y a una familia que no sabía porque ella no hacia las cosas como eran, no entendían porque traía notas y marcas rojas en aquellos cuadernos que fueron forrados con papel regalo para darles un toque muy especial, porque la niña , porque ella.

Todo esto tenía un nombre, una explicación a la cual solo su madre en su instinto maternal pudo deducir lo que estaba pasando.

Desde la edad de tres años yo tenía constantes convulsiones generadas por las altas fiebres, cada veintiocho días tenían que aplicarme una inyección era evidente que mi peso, estatura no correspondían a mi edad, buscaba mover su cuerpo con la velocidad y la habilidad con la que sus compañeros realizaban los desplazamientos por los espacios, eso sin perder el ritmo, cuando dibujaba podía percibirse un boceto abstracto que con su concreta explicación tomaba forma ante los ojos de quienes me querían, colorear sin salirme de la línea era todo un desafío a la gravedad, poder hacer las letras elegantes que las hacen únicas y diferentes porque su nombre y sonido son tan opuestos que cuesta generar un encuentro armónico en ellas y ni se diga de contar los números estos cambiaban de forma y de posición como si se tratara de un juego para descubrir un mensaje secreto, al tratar de juntar las letras para dar sentido hacia pequeños lapsos lingües, con muletillas que más parecían un llamado de una cultura milenaria donde el *ommmmmm* es de sabios, utilizar las tijeras, hacer un doblez , decorar una tarjeta para un encuentro familiar me causaban tanta dificultad que muchas cosas terminaban en el olvido ,en un rincón suplicando ser un producto final que le diera alegría y placer a alguien.

Con mi abuela, una mujer ejemplar como pocas influyó mucho en mi vida, ella me ayudaba a repasar mis lecciones, me dedicaba tiempo para enseñarme a leer afortunadamente ella y mi madre empezaron a brindarme el apoyo, la comprensión y ayudarme con pequeños trucos como resolver situaciones en el aula como: utilizar los dedos para contar, hacer la letra cursiva, que en ese entonces se decía pegada, hacer

planas y en las vacaciones de mitad de año pasaba todos los cuadernos nuevamente, leer, practicar, porque yo al no aprender como las otras podían aprender me veía así mismas como un monstruo.

La oportunidad de tener una familia que la comprendiera y la ayudara fue mi salvación, suerte que no corrieron otras niñas que fueron desertando de la educación porque sus dificultades y falta de una familia que entendiera que no eran ellas el problema, que no eran ellas las diferentes, que no tenemos que cambiar las personas, que ellas no están mal, que lo que estaba mal era el sistema que no admitía las diferencias, que no veía los contextos como oportunidades sino como amenazas y que responder al texto era más valioso que la persona que lo leía.

Continué con mis estudios, llegué al bachillerato, repetí el grado séptimo por no saber raíz cuadrada, logré superar las convulsiones que durante tanto tiempo la ausentaron de este mundo para traerme del espacio en el que se sumergía al generarse el choque de neuronas cargadas de energía y que solo hasta generar un corto dejaban su larga carrera. De esta penosa enfermedad me quedaron unos restos que aun causan situaciones no difíciles, pero sí muy divertidas al omitir o sustituir algunos fonemas. Recuerdo que durante la secundaria mi madre tenía que pagarles a docentes de química, física y matemáticas para que le explicaran los temas que nunca entendía en las clases. Nunca icé la bandera, nunca reconocieron mis habilidades deportivas, jamás aparecí en un cuadro de honor, nunca escribieron felicitaciones en sus calificaciones, fui invisible para muchos profesores, para otros fui una joven muy juiciosa con una linda letra que alcancé a realizar después de transcribir múltiples cuadernos. Solo mi familia reconoció en mis las fortalezas, nunca dejaron de apoyarme, ellos mis aliados me decían que tenía derecho a todo menos a rendirme, incluso cuando decidí ir a la Universidad. Sí, a la Universidad, a pesar de mi dislexia, a pesar de no saber raíz cuadrada, a pesar de mis dificultades, pero eso no era la peor, lo catastrófico, lo increíble fue que decidí estudiar licenciatura en educación especial, si una profesión que tiende a desaparecer, y es que quien quiere trabajar con personas especiales [...]. ¿quién? Pues alguien también especial [...]. Dios los hace ellos se unen, expresión de mi abuela. Llegar a la Universidad, lleno mi vida, me genero grandes expectativas, me hizo soñar, sentir como podía entender lo que le sucedía a ella y a otros que la rodeaban, saber que no era la única [...]. Logra graduarse e iniciar su labor como docente de aula regular y dos años más tarde como docente de apoyo itinerante caminando por veredas, corregimientos y parajes [...] hermosa experiencia al llegar a lugares tan lejanos, a escuelas que desde lejos se veían como pequeños santuarios bajo la neblina, casi todas de color naranjado. Al llegar siempre estaba la cartelera que hacía alusión al mes o a la festividad más cercana, maestros y maestras humildes que me saludaban con cariño y con un tinto caliente en la mano, niños y niñas que se alegraban de ver una persona diferente, a la expectativa de conocer quién era y que juego, que historia o que era lo nuevo que aprenderían de mí.

Sus ojos, sus cabellos, sus mejillas dejaban ver el clima de la región, sus botas podían dejar ver de qué tan cerca o lejos provenían, sus manos revelaban la realidad de que no solo la escuela era su labor, aquellos niños y niñas también realizaban labores del campo, este encuentro maravilloso me inspiraba, me ubicaba en un contexto y en sus realidades, traté de ver siempre sus habilidades más que sus dificultades, porque nacer o adquirir una discapacidad es un desfortunio, pero que te la peguen es peor.

Pero que impactante y maravilloso ha sido reconocerse en el otro, ver como mi dificultad, mi desventaja es mi mayor ventaja al entender por lo que pasaba y pasan muchos estudiantes.

Profe. ¿por qué mi letra y mis dibujos no son como los de mis compañeros [...]? profe, ¿por qué no puedo leer como mis compañeros?, ¿cómo es eso de que soy especial?,

me preguntó un día Camila, una pequeña de 8 años la cual ya había sido diagnosticada por sus dificultades, pero nunca por sus habilidades, Camila una niña hábil para socializarse, una niña hábil para expresar sentimientos, alegre, bailarina, capaz de aprenderse muchas canciones, con asombros ante lo nuevo empezó a verse como una extraña, como un monstruo en medio de la normalidad y en medio de un contexto escolar que los media a todos con la misma regla, con el mismo logro. Solo la miré y recordé las preguntas que hace unos años me hacía yo misma.

Contuve mis lágrimas, hice un recorrido por una línea del tiempo, sentí tristeza, sentí alegría, sentí y sentí, pero también recordé que mi familia, algunos maestros y mi deseo fueron más fuertes, que la vida me ponía en el lugar adecuado para hacer lo que tanto había soñado, Reconocernos en el otro no nos lleva a ponernos en los zapatos del otro, nos lleva a quitarnos los zapatos y a caminar con el otro. Identificar que cada huella que dejamos es diferente, que caminamos a un ritmo diferente, que la diversidad es la mayor riqueza de una sociedad, que ver las letras, los números en otro orden es una capacidad única, que responder con preguntas también es aprendizaje, que hacer figuras abstractas es de creativos, que definir con tus propias palabras lo que entiendes y haces es de sabios, que ver lo que otros no pueden ver es un privilegio, que reconocerte en el otro puede ser un acto de amor en la educación.

Desde esta minuciosa descripción podemos hacer que veamos a un ser convertido en alguien tan diferente, tan analógico tan mitológico que tendríamos que conocer todas las culturas para sumergirla en una de ellas.

Cuando estamos atentos al faltante, no percibimos el sobrante, ese que destaca, que acompaña ante cualquier situación para tener una respuesta tan válida. Solo espero que en mi recorrido no solo yo me pueda ver en otros, espero que otros también se puedan ver en mí. *¿quién soy yo? ¿quién es el otro?*

¿Y AHORA, QUÉ CAMINO ELIJO?

Gloria Nelly Toro Cardona

Mi historia, mi vida y seguro la historia de cientos y cientos de docentes que después de egresar de una universidad nos vemos enfrentados a una realidad que jamás habíamos imaginado.

Recuerdo que en mis días de estudiante y de práctica sólo teníamos referencias de escuelas graduadas, entre comillas “Normales”, pero no recuerdo que nos hubieran mostrado ni siquiera por equivocación una escuela rural con metodología de Escuela Nueva. En medio de la inocencia (o de la ignorancia quizás), estaba convencida que al presentar el concurso de méritos seríamos electas para desempeñar nuestra labor en una institución urbana, pero ¡vaya sorpresa! Al sentarnos frente a esa máquina, maquiavélica, *el computador*, para llenar el formulario de inscripción el cursor mágicamente señalaba Medellín (Antioquia) y como se nos había indicado la forma correcta de llenarlo, uno quedaba *sano*, pero [...] al pasar los días y ya contra el tiempo nos dimos cuenta que debíamos haber señalado en el monitor Medellín – Medellín. Ya no había mucho que hacer o, mejor dicho, ya no había tiempo, y entonces [...] siéntese a esperar, a orar, a llorar y a hacerse a la idea de que, dependiendo del puntaje quedaría cerca o no tan cerca de la familia.

Y ahí fue la de Troya, prepárese para la evaluación, la entrevista y por último esperar los resultados; espera que se hizo más larga e interminable cuando las fechas para la audiencia de escogencia de plazas se aplazaban como por arte de magia.

Hasta que por fin llegó el día de la audiencia y así (usted llevará una lista de varias escuelas y diferentes municipios), solo quedaba esperar que llegara su turno según el puntaje obtenido. Llevaba en mi lista no solo varios municipios, sino también el de dos o tres escuelas por municipio; también llevaba las esperanzas guardadas, los sueños de fantasía que uno va tejiendo durante toda su carrera y las ilusiones de un futuro mejor, pero con el agravante de que escasamente conocía los municipios por su nombre o por su cercanía a Medellín; y las escuelas eran rurales y algunas no aparecían ni siquiera en el mapa.

Una vez en el lugar de la audiencia y en medio de la incertidumbre más angustiosa que haya tenido en mi vida (ni siquiera en mi primer parto creo haber estado tan inquieta), mirando una pared con una lista interminable de plazas; en medio de un mundo totalmente desconocido, buscaba rostros conocidos, miradas amigables, gestos cordiales, pero sólo veía personas extrañas que lo único que tenían en común era la misma angustia e incertidumbre que embargaba todo mi ser; casi nadie se conocía, pero todos queríamos averiguar si alguien tenía referencia de algún municipio de los que aún quedaban vacantes, algunos llamaban a familiares o amigos que vivieran en dichos lugares [...] y yo, ahí invocando el poder divino para que me iluminara.

Por fin llego mi turno y como siempre digo: “No hay mal que por bien no venga y los caminos de Dios son perfectos”; sin querer queriendo, y gracias a la iluminación divina escogí una plaza en el Municipio de Barbosa, en la vereda “Las Peñas”, que, sin mentirles, no aparece en los mapas del Instituto Geográfico Agustín Codazzi, hasta donde me tome el trabajo de ir al día siguiente para asegurar de primera mano hacía donde me dirigía.

¿y ahora, qué camino elijo?

Pues cual iba a ser, ir a conocer la escuela. Recuerdo como si hubiera sido ayer, la elección de la plaza fue un día jueves y al domingo siguiente, antes del amanecer ya estaba en pie con todos mis hijos para ir a conocer el que sería mi lugar de trabajo.

Emprendimos el viaje y oh ¡sorpresa! Que viaje tan largo, casi no llegamos, el deseo de llegar hacía que el camino pareciese un camino sin fin, era un camino solitario, no se veía nada, no se veía nadie; era para mis ojos el paisaje más agreste y sombrío que nunca hubiera imaginado; alrededor del camino sólo veía peñas, peñas grandes, medianas y pequeñas; por algo su nombre es vereda *Las Peñas*.

Luego de algunos contratiempos, pues al parecer el carro en el que viajamos se resistía también a llegar, logramos divisar una cancha y sentado allí en medio de la nada se hallaba un señor meditabundo y solitario. Lo saludé, Buenos días señor, cómo está; no me respondió. Pensé ¡será que no escucha! En fin, [...] me presenté como la nueva docente y él casi sin mediar palabra, con la mirada perdida en el vacío, me dijo “no sabe para el infierno que la mandaron”. Ustedes se podrán imaginar cuál sería mi reacción, mi primera impresión; sentimientos encontrados: desasosiego, tristeza, desesperanza.

¿Y ahora qué camino elijo?

Pues ya no quedaba más que hacer, ya estaba allí y no había vuelta atrás “para atrás ni para coger impulso” y yo, lucho las batallas y no me quedo en la mitad del camino. Llegué hasta la escuela, al menos hasta la entrada, el corazón me latía a mil y sentía que me faltaba la respiración, no sé si era por la emoción del momento o por la frase del señor que aún retumbaba en mis oídos y desde lo más recóndito de mis entrañas esperaba encontrar a alguien que me diera otra bienvenida diferente a la que recibí de parte del señor meditabundo; pero, no había nadie en los alrededores; al menos no se veía nadie, sin embargo tenía la sensación que muchas personas nos observaban desde la distancia; era domingo y época de vacaciones.

Bueno, por ahora ya no hay nada más que hacer, pensé para mis adentros, di media vuelta y en el regreso a casa no module palabra alguna; los pensamientos parecían galopar como caballos desenfrenados que chocaban unos contra otros; mis hijos parecían asustados, se miraban entre sí, me miraban y con su silencio expresaban lo que mis labios callaban.

¿Y ahora qué camino elijo?

Inicio del año escolar, 21 de enero del año 2006, fecha memorable, y que además se repite, más adelante entenderán por qué.

Escuela rural, metodología Escuela Nueva, monodocente y [...] ¿? tantas expectativas que llegaban a mi mente como un torbellino de dudas. Nunca había recibido una capacitación, una inducción o al menos una pequeña instrucción de cómo se trabaja con esta metodología; nunca había visitado un Centro Educativo Rural; jamás había pasado por mi imaginación que trabajaría en una escuela del campo, nunca nos prepararon para tener esta opción de vida [...] pero bueno, esperemos a ver que nos depara el destino. “Dios escribe derecho sobre renglones torcidos”.

Al llegar a la escuela encontré una comunidad poco receptiva, recelosa, temerosa, insegura y desconfiada; sus experiencias con algunos docentes no habían sido muy positivas. Y allí estaban los niños, de todos los tamaños y colores, me observaban, me analizaban, me escaneaban, me veían como la intrusa que le había corrido la silla a la profesora saliente; algunos se me acercaban, otros se alejaban y parecían querer salir corriendo –así de fea sería- otros me miraban como quien mira detrás de una vitrina tratando de adivinar el precio de algún objeto que le llama la atención. Pero poco a poco, con paciencia, con ternura y entrega desinteresada me los fui ganando; fui ganando una nueva familia, un nuevo hogar. Pero, ¿Y mi familia, qué? ¿Dónde quedaban mis hijos, mi pareja, los sueños compartidos, el presente y el futuro? ¿Dónde quedaba mi papel de madre? ¿Dónde quedaban las promesas, de que siempre estaría a su lado y que nunca los abandonaría? Pero más tarde que temprano me daría cuenta que mientras construía una nueva familia laboral, mi familia de corazón, mi familia del alma se iba fragmentando

segundo a segundo, día a día, año tras año, casi sin darme cuenta; de una manera tan sutil, tan imperceptible como si viera pasar una libélula a través de un espejo.

Madre de cuatro hijos y un esposo que me apoyaban ciento por ciento. Mi hija menor tenía cuatro años. Dios si se había adelantado a los acontecimientos, me había enviado con antelación este pequeño angelito para que me acompañara. Y [...] ¿a qué no adivinan en qué fecha nació? 21 de enero del 2002. la llamamos Valentina, hasta su nombre pareciese que también fuera una premonición ya que sería mi guardiana valiente; no me atrevía a dejarla en casa con sus hermanos aún adolescentes y un padre que se ausentaba constantemente por razones de trabajo, entonces [...] ¿Qué me tocaba hacer?, empacar mi niña en la maleta, viajar con ella, vivir con ella, llorar con ella, soñar con ella y escribir esta historia al lado de ella.

Los primeros días después de mi jornada, esperaba que mi pequeña guardiana durmiera su siesta para sentarme en la mitad del patio a mirar el infinito, a mirar las montañas, a mirar el firmamento y más allá; mi tristeza interior convertía el espacio exterior en un espacio triste, vacío y sombrío; no escuchaba el trinar de las aves, ni percibía el aroma de las flores; sólo veía mi soledad, allí reprimida en el medio de la nada. Viajaba semanalmente pero aun así me sentía culpable, sentía que había abandonado a mis hijos, sentía que estaba siendo egoísta al poner mi estabilidad laboral por encima de la estabilidad familiar y, sin embargo, al llegar el nuevo comienzo de la semana volvía a empacar mi maleta, con la niña por delante, ella era el solcito de cabellos rubios y ojos claros que Dios me había enviado para que me acompañara en este largo y duro trayecto; la enseñé a caminar desde pequeña, pues afortunada o desafortunadamente cuando llegue a la escuela estaban construyendo la placa huella; o sea que me tocaba dejar el carro abandonado a la mitad del camino, a la intemperie, a la mano de Dios y caminar pendiente arriba alrededor de una hora, una hora que al principio eran como tres, parecía como subiendo al cielo, pero entre más subía, más lejos se me hacía el camino. Y yo, ahí, con ella a mi lado; ella era mi aliciente, mi ilusión y mi esperanza de que pronto estaría de nuevo con toda mi familia. Pero esperar un traslado era más que improbable; entonces me di a la tarea de enviar cartas, solicitudes y formularios de traslado para ver si se me hacía el milagrito; no porque la tarea de docente rural me hubiera quedado grande, sino porque sentía que la tarea de madre la había reprobado.

De nada valieron las cartas y las suplicas poniendo de manifiesto la necesidad de estar cerca de mis hijos y el bienestar de toda mi familia, la respuesta siempre era la misma "Usted debe permanecer en la institución para la cual fue nombrada mientras se cumple el requisito de pasar un año de periodo de prueba". Bueno, entre envíos y respuestas negativas ya había pasado el tan anhelado año de periodo de prueba, ya había aprendido como trabajar con la metodología Escuela Nueva, ya había aprendido a distribuir el trabajo por medio de las guías para todos los grados en una sola aula de clases; ya había aprendido, ¡miento! ya me habían enseñado los mismos niños como distribuir las guías, como distribuir el tiempo y el espacio; ellos fueron mis mejores profesores, ellos fueron mis ilustres maestros de universidad en esta nueva experiencia.

Los primeros días mientras cogían confianza y se iban entregando sin temor a la nueva profesora, los más grandecitos me ayudaban y me indicaban donde estaban las guías y como los iba guiando y acompañando para que ellos las pudieran desarrollar.

Y así, casi sin darme cuenta finalizó el primer año; hice de nuevo la solicitud de traslado, aunque ya me había encariñado con los niños, y ya le había cogido ritmo al trabajo, aún conservaba la esperanza de estar con mi familia, y a que no adivinan cual fue la respuesta. ¿?

Señor Docente: Según Resolución [...] usted debe permanecer en su lugar de vinculación mínimo dos años para poder hacer una solicitud de traslado y [...]

Vuelve la tristeza, vuelve la incertidumbre, vuelve el sentimiento de soledad, el sentimiento de culpa; y vuelve la pregunta.

¿Y ahora qué camino elijo?

¡Cuál iba a ser! El mismo de siempre, el mismo que me llevaba a la escuela ya no cada semana, sino cada quince días, a veces cada mes. Ya no viajaba tan seguido, pues económicamente no me daba. El viaje ya no se me hacía tan largo y ya me hacía falta llegar y encontrar esas caritas inocentes, esas sonrisas tímidas y aquellos abrazos cálidos y sinceros que siempre estaban ahí de manera incondicional.

Como ya no viajaba tan seguido eran mis hijos los que venían de vez en cuando y de esta manera se mantenían los vínculos fraternales; sin embargo, en el fondo de mi corazón yo sentía que la familia se desintegraba lentamente, sentía que me extrañaban menos y que yo los extrañaba más y no podía hacer nada para impedirlo.

Ya mi pequeña guardiana había crecido un poquito más, ya tenía cinco años y debía iniciar su ciclo escolar, debía comenzar un capítulo nuevo en su proyecto de vida y yo aún no sabía que camino elegir. Nuevamente me encomendé en las manos de Dios y juntos los tres nos embarcamos en una nueva aventura; la aventura de ser madre-maestra. Recuerdan las dos fechas memorables; (21-01-2002. Madre - 21-01-2006. Maestra) Estoy segura que en nuestro papel de madres también somos maestras de nuestros hijos, pero separar ambos roles dentro de un aula de clases era algo difícil de asimilar; sin embargo, ¿qué sería de la vida sin retos? Si alguien alguna vez me hubiera dicho que sería docente en una escuela con metodología escuela nueva, que habitaría en la escuela en medio de la nada y que además sería la maestra de una de mis hijas, creo que me habría reído hasta llorar; es más, aún no lo creo, y cada año escribo una nueva página de mi vida como si estuviera creando una obra de ciencia ficción.

Inicio mi segundo año lectivo con una estudiante nueva, y aunque ya había compartido un año con los demás estudiantes, este año la miraban diferente, este año era la hija de la profe, y yo también la debía tratar diferente, debía dejar mis sentimientos de madre alojados en la alcoba, debía dejar mis demostraciones de amor materno guardados en el cofrecito de la mesa de noche hasta que se terminara la jornada y no hubieran niños en la escuela, así no sentirían celos, así no sentirían que tenía preferencias y tal vez así la dejaran de ver diferente. Era para mí muy duro separar ese rol de madre-maestra, pero estoy convencida que para mi hija era casi imposible, ella en medio de su inocencia no entendía por qué a veces y con el corazón hecho pedacitos me tocaba castigarla, me tocaba regañarla y no podía abrazarla y llenarla de mimos en horas de clase; ella no comprendía por que el día se dividía en dos y yo tenía que jugar un papel diferente, en la mañana su maestra y en la tarde su mamá; ella sólo sabía que yo era su mamá las 24 horas del día.

Ya habían pasado otras cuarenta semanas de calendario académico, ya me había hecho a la idea que lo mejor era permanecer allí, dejé de luchar contra lo imposible y decidí dedicarme en cuerpo, alma, vida y corazón a esta invaluable labor. Ya la niña había empezado su ciclo escolar conmigo y se había adaptado con mucha facilidad al ambiente escolar, iba aprendiendo poco a poco que siempre estaría a su lado no importando el papel que me tocara desempeñar y aunque ella no había podido separar el rol de estudiante-hija ahí estábamos las dos acompañándonos mutuamente, aprendiendo y desaprendiendo de los errores que como seres humanos no estamos exentas de cometer.

Y el tiempo fue pasando como con la velocidad de la luz; Valentina terminó su ciclo escolar de primaria, aprendió que no por ser hija de la profe tendría privilegios, aprendió a compartir el amor de la profe con sus compañeritos de clase, aprendió a tener la escuela en su casa y su casa en la escuela; aún me parece verla saliendo de la alcoba con un morral de rodachines y una lonchera, aunque la distancia que la separaba del salón de clases eran escasamente 10 metros.

Hoy por hoy ya pasaron no sólo uno, ni dos, ni tres años, sino pasado trece, trece años de incalculables *ires y venires*; trece años de cultivar todas y cada una de las semillitas que llegan cada nuevo año; trece años viendo germinar y florecer la pubertad, viendo no solo crecer mi hija, sino también viéndome crecer a mí misma en sabiduría y experiencia, trece años observando la metamorfosis de estos pequeños capullos, convirtiéndose en esplendorosas mariposas que al abrir sus alas ya querían volar y volar tan alto, que aunque queramos alcanzarlas ya no las podremos volverlas a tener en nuestras manos.

Ya son trece años, trece páginas de esta historia increíble; más aciertos que desaciertos, más alegrías que tristezas; muchas metas alcanzadas y otras aún por alcanzar, pero con la fe intacta y con la certeza que si estoy aquí es porque mi misión es estar aquí, hasta que Dios así lo quiera.

Pero todavía me hago la misma pregunta:

¿y ahora qué camino elijo?

Ya no por la incertidumbre de desconocer la metodología de trabajo, sino porque cada nuevo día quiero llegar al aula de clases y poder llenar todas las expectativas que llevan estos pequeños cerebritos, poder captar la atención, despertar la creatividad, la imaginación, el interés, la motivación y transportarlos a un mundo mágico y lleno de ilusión; poder observar en sus pequeños ojos traviesos esa mirada de asombro, escuchar de sus pequeños labios ese sonido que es música para mis oídos cuando exclaman ese ¡WOW! que yo lo traduzco en ¡maravilloso!, ¡increíble!.

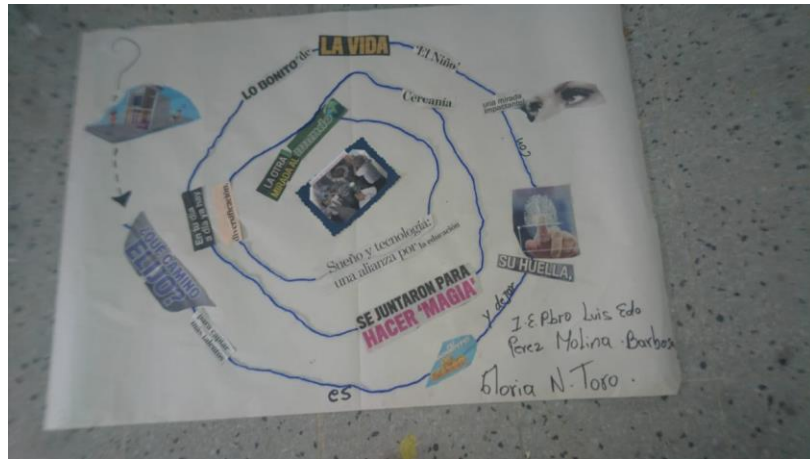
En el transcurso de este viaje he podido comprobar que la mejor manera de atrapar la atención de los chicos y chicas de la escuela es llevar en la maleta donde antes llevaba a mi niña, actividades y estrategias creativas e innovadoras que muevan el pensamiento y los invite a viajar por mundos desconocidos; crear espacios fantásticos llenos de magia, llenos de experiencias cognitivas aprehendidas desde su interior.

Y la pregunta ¿y ahora qué camino elijo?

Pues ese camino se ha transformado no en una, sino en miles de preguntas que a cada instante me hago. Y, ¿qué sería de la humanidad sino nos inquietáramos todos los días? ¿Qué sería de nosotros los docentes si no hurgamos, buscamos y tratamos de dar respuesta a la infinidad de preguntas con las que llegan nuestros niños al aula de clases? ¿Qué sería del maestro sino cambia la cotidianidad y la rutina por experiencias nuevas y enriquecedoras que le permitan al estudiante aprender, introyectar saberes dentro y fuera del aula de clases?, no importa el momento, no importa el espacio: llámese patio de recreo, cancha, biblioteca, un río; hacer un picnic literario al aire libre en compañía de las aves, hacer una pijamada con la disculpa de ver los mares de la luna a través de un telescopio construido por ellos mismos, declamar poesías, contar cuentos y danzar al ritmo de Mercurio, Venus o cualquier cuerpo celeste que se halle inmerso en algún agujero negro del espacio.

Por fin, encontré la respuesta a la pregunta: y ahora, ¿qué camino elijo?

Romper barreras, paradigmas, crear cambios, tener como objetivo central priorizar el gusto y el deseo de los estudiantes; acompañarlos en el proceso, encontrar en cada uno de ellos esas habilidades diferenciales que los hace únicos e irrepetibles, enseñarles a mirar más allá del mundo que los rodea, estar ahí, al lado de ellos, con ellos y para ellos, pues estoy totalmente convencida que esa es mi misión, que no solo fue el camino que yo elegí, fue el camino que Dios, en su gran sabiduría supo elegir por mí.



UNA HISTORIA DE PERSEVERANCIA

Amor por el saber y el educar

Gregorio Arévalo Navarro

Mi vida se ha construido de pequeñas circunstancias que han moldeado este deseo inmenso de querer saber y sobre todo de transmitir lo que sé. Por eso, en mí viven dos personalidades totalmente opuestas. Por un lado, en mi cuerpo habita aquel niño tímido al que durante su vida en la escuela primaria lo conocían como “el bobito”. Ese niño ensimismado que levantaban a las cuatro de mañana a moler el maíz con el que su madre hacía arepas que posteriormente saldría a vender antes de irse para la escuela. Ese niño tímido aún pervive bajo el ropaje de un rostro adusto que en ocasiones se convierte en barrera infranqueable para sus relaciones interpersonales. Sin embargo, cuando piso un aula de clases ese niño tímido desaparece, derribo toda barrera entre mis estudiantes y yo, despliego toda mi capacidad de jovialidad para hacer del aula un espacio en el que todos nos sentimos felices de estar ahí.

Cuando me pongo a pensar en el porqué de esta manera de concebir mi actitud frente al enseñar, encuentro una relación muy estrecha entre lo que fue una infancia cargada de pobreza y una actitud por el conocimiento que nunca declinó a pesar de que en ocasiones se tenía el estómago vacío. De ahí que la historia que a continuación relataré está marcada por las vicisitudes de una familia cuyas vidas rayaron en la extrema pobreza económica, pero cuyos miembros tenían una riqueza de espíritu reflejada en la búsqueda constante por conocimiento, del cual ese niño tímido fue heredero y que ahora pone al servicio de sus estudiantes.

La mía es una de esas historias que algunos llaman de superación, sin embargo, yo la llamaría de perseverancia. Todo empezó por un bulto de mangos. Bueno, algunos dirán que en realidad empezó por la unión del espermatozoide de mi papá con el óvulo de mi mamá que por efectos del amor (creo) o porque moralmente estaban prohibidos los condones, engendraron a un nuevo ser que sería yo. Pero me gusta más suponer que mi llegada al mundo fue producto de una carga de mangos que se echó mi mamá al hombro cuando yo me encontraba disfrutando de la felicidad en un mundo acuoso, donde no había que trabajar y la libertad cobraba su verdadero sentido.

Llegué al mundo alrededor de las dos de la mañana de un 4 de julio. Pesé más de lo debido tal vez porque mi mamá a falta de alimentos balanceados comía mucha yuca y todo lo que podía recoger de la “bendita” naturaleza, que en la pobreza se convierte en la única despensa, bueno, a parte del arroz que ya viene empacado y es un rico manjar cuando se une con la *Maggi* dando la sensación de que se come “arroz con pollo”.

Para no alargarles el cuento cuando yo tenía cuatro años nació el séptimo de la familia, un niño flaquito y cabezón que duraba más tiempo en el hospital que en la casa, hasta que los médicos cansados de ver a semejante engendraron le dijeron a mi mamá que se lo llevara, que eso no duraba más de dos días (ya tiene treinta ocho años). Con la angustia propia de una madre y el desespero de un padre sin trabajo con que dar sustento a sus siete retoños; decidieron “cogerle la caña” a un amigo de la familia quien les dijo que en un lugar muy remoto había fuentes de empleo y que el cambio de ambiente serviría para que el pequeño moribundo tuviera otra oportunidad.

Llegamos un 18 de diciembre de 1980 al paraíso prometido, con 200 pesos, un niño moribundo y muchas necesidades. La casa donde nos quedamos tenía tres habitaciones, estaba habitada inicialmente por ocho personas y dos perros. Con la llegada de nosotros, el número de personas aumentaría a catorce porque tres hermanos se quedaron en Mompós el pueblo de donde salimos.

Poco a poco el paraíso se fue convirtiendo en un infierno. Como no había habitaciones, teníamos que dormir en un caedizo (tejadillo saliente) por fuera de la habitación, bueno, al menos no sentíamos tanto calor; además todo lo que pasaba era culpa de los hijos de los nuevos inquilinos, ya se podrán imaginar las pelas que me gané, aparte de toda el hambre que aguantaba.

Como mi papá tenía 200 pesos le propusieron que los hiciera rendir haciendo *peto* para vender. Después de comprar todo el ingrediente quedó sin un peso, pero con la ilusión de recuperar su inversión; le prestaron una olla y una vez estuvo lista la popular bebida, salió para el parque. Pasaron los minutos y las horas sin vender un solo vaso; al cabo de la noche se acercó un señor y le dijo “véndame un peto”, mi padre se lo despachó; “oiga”, continuó el señor, “usted parece loco vendiendo peto en la noche, aquí el “peto” se vende en la mañana, muy temprano”. Ni modo tocó a esa hora de la noche tragarnos todo ese *peto* para que no se dañara porque no había nevera. Hasta ahí llegaron los 200 pesos que mi padre había guardado con tanto celo.

Después del fracaso de la empresa de *petos*, mi mamá tomó las riendas de la producción y luego de pedir prestado un pequeño capital, empezó a hacer arepas fritas que se vendían como por arte de magia, mientras tanto mi papá buscaba trabajo. En esa búsqueda encontró una casa para que nos fuéramos todos y así dejar de dormir a la intemperie. En realidad, no era una casa sino una pieza en donde nos metimos todos a comer sopa de espaguetis, sopa de espaguetis y sopa de espaguetis; luego, pasado cierto tiempo, mi padre llegó con una excelente noticia, había encontrado una casa donde cabíamos todos.

El remedio fue peor que la enfermedad, la casa era de bahareque, techo de palma, sin baño, piso de tierra y en ella habían asesinado hacia poco a un señor; pero lo peor no era eso, sino que desde afuera de la calle se veía hacia adentro porque las paredes eran de palitos separados unos de otros, además desde adentro se podía ver el cielo estrellado y los ratones que corrían entre los palos y la poca palma del techo. Para solucionar lo del baño se acudía al potrero más cercano y solo hasta pasado algún tiempo mi padre hizo un hueco que rellenó de cemento y le instaló un tubo para que evitar peligro de que nos pasara algo al hacer las *necesidades* en la *manga*. El tubo de cemento se convirtió en una especie de letrina que tapábamos con una tablita o cualquier cosa que pudiéramos encontrar. Ya se imaginarán a la hora de ir al *baño* el espectáculo nauseabundo que uno se encontraba al destapar y sentarse en el tubo. Para que pereciera un baño de verdad mi padre sembró cuatro palos alrededor del *sanitario*, pegó un plástico y listo solucionado lo de las paredes del *baño*.

Sin dudas, nuestra casa era la más visible del barrio. Desde la calle se podía ver todo lo que pasaba en su interior; los palitos de las paredes estaban tan separados que nunca entendí para que los pusieron allí. Un día vimos llegar a mi padre con un enorme plástico negro que colgó en las pareces de palitos. En las noches bajaba el plástico y en la mañana lo subía. De esta manera nuestra casa se volvió famosa, no era *la casa de los Arévalo* sino *el circo* y nuestro apellido fue cambiado por los *Arepitas* porque todas las mañanas mis hermanos y yo salíamos con una olla a vender arepas fritas por todo el pueblo antes de irnos a estudiar.

Lo más curioso que yo veía era que a pesar de nuestra casa ser la más pobre del barrio, siempre se llenaba de muchachos que eran compañeros de estudio de mis hermanos mayores que habían llegado de Mompós para estudiar en Montelíbano. Mis dos hermanos mayores eran los más pilos de su grado, siempre ocupaban el primero y segundo lugar o el primero cuando no les tocaba en el mismo grupo. Ambos estaban en el grado noveno en ese momento. Yo siempre me preguntaba ¿por qué si los otros tienen casas más bonitas no estudian en ellas? Tiempo después, cuando vi que a mi tercer hermano

mayor también lo visitaban con frecuencia, entendí que la cuestión era que ellos, mis hermanos, tenían algo del que carecían los demás: conocimiento.

Como en la casa siempre había algo que hacer, pelar y moler maíz, hacer mandados, vender los productos que hacía mi mamá, halar agua de un pozo para que mi mamá lavara más de 100 sábanas blancas con sus respectivas fundas que había cogido por contrato semanalmente etc.; tocaba que algunos estudiáramos por la mañana y otros por la tarde; además como mi pie era casi del mismo tamaño que el de uno de mis hermanos mayores, él tenía que esperar que yo llegara para ponerse los zapatos e ir al colegio. Mientras tanto mi papa después de: vender chance, ser pescador, vender en una chaza, en una carretilla, recoger el mercado que le daban en la parroquia, entre otros oficios, encontró empleo como obrero en una compañía encargada de hacer el horno de una empresa de níquel existente en Córdoba.

Dentro de esa empresa mi padre se ganó el apodo de *repelo* porque cuando estaban en el casino (lugar donde comían los empleados de la empresa) esperaba que todo el mundo terminara de comer para recoger la comida que dejaban casi intacta, la echaba en una bolsa y nos la traía por la tarde para que nosotros comiéramos, lo mismo hacía con el jugo. De esta manera, también dejamos de dormir en el piso de tierra, porque mi padre sacó de la empresa madera de pino muy buena que le regalaron y con sus propias manos nos hizo camas, la mía la compartía con mi hermano menor, pero no solo mi padre actuaba como habilidoso carpintero, también cuando caía la noche tomaba un libro muy curioso llamado “mi libro de historias bíblicas” y con la habilidad de una persona que solo estudió hasta segundo de primaria, nos leía historias al calor de un “mechón” de petróleo.

Sin duda, estos dos actos narrados, por un lado, unos hermanos que dentro de la condición de pobreza servían de guías a otros jóvenes como ellos y el acto sencillo de un padre que machacaba palabras al resplandor de una lámpara de petróleo que nos dejaba las narices negras del humo que despedía, fueron marcando lo que sería mi vida académica y por supuesto mi labor como docente. Primero porque sin saberlo, mis hermanos me estaban mostrando que aun en la pobreza más absoluta hay algo que se llama cerebro y, más allá de eso, existe algo que no lo da el dinero, eso es, el amor por el conocimiento. De mi padre aprendí a amar la lectura y que esta no era solo para quienes tienen para comprar libros, sino que cualquier libro es la disculpa. La semilla estaba plantada.

De esta manera, la vida me fue dando los elementos que marcaron mi existencia, como cuando uno de mis hermanos fue el mejor de su subregión en las pruebas ices, por encima de estudiantes con mayor capacidad económica. Ello, sin dudarlo, fue la ratificación de que yo también podía lograr cosas grandes sin pensar en el factor económico. Mi hermano fue becado e inició estudios de ingeniería en Medellín, tres años más tarde, yo estaba tomando un bus para la misma ciudad en busca de mis sueños, sin beca, pero con un montón de libros en mi cabeza y el recuerdo de una frase indeleble que nos dijo el profesor de segundo de primaria: “ustedes qué quieren ser: ¿el que lleva las maletas o a quien le llevan las maletas?”. Yo decidí que, si alguien me va a llevar las maletas, por lo menos tenga las mismas oportunidades que yo tuve de acceder al mundo maravilloso del conocimiento. Eso hace que sea más fuerte el deseo de enseñar que cualquier asomo de retraimiento dentro de un aula de clases.

Pero mentiría si dijera que fue ese deseo el que me llevó, una vez terminada la carrera de Sociología en la universidad de Antioquia en el año 2002, a ingresar como docente de Ciencias Sociales en un colegio de cobertura educativa en Medellín. En realidad, mis primeros pasos como educador se dieron sin siquiera tener una conciencia de qué terrenos pisaba. La inspiración me la daba el estómago. En consecuencia, la experiencia inicial se tornaba por lo menos desagradable, al llegar a grupos de estudiantes cuyas vidas estaban marcadas por la violencia que veían en sus casas y en su barrio.

Algunos hacían parte de pandillas, otros eran del centro de reclusión juvenil llamado “la pola”, los demás tenían problemáticas familiares que sobrepasaban cualquier deseo que tuvieran de salir adelante. También había seres humanos nobles a pesar de sus tragedias.

Cuando hablo de esta primera experiencia como algo desagradable, no lo digo por esos seres humanos que lo único que buscaban era atención. Eso lo vine a entender después de varios meses en los que me acostaba y no quería despertarme para no volver al trabajo. Eran días en los que mi ineptitud como docente se puso a prueba. Desde gritos ensordecedores que no podía controlar hasta el fuego en la caneca de la basura, bananos del refrigerio que rebotaban contra el tablero, consumo de drogas en mis clases, entre otros actos que me hacían la persona más desgraciada del mundo. Pero no podía hacer nada. La renuncia era algo impensado, pues la cuota del ICETEX no daba espera.

Esa ineptitud era alimentada por mi actitud frente a los estudiantes, el miedo que sentía al estar en el aula y saber que me tenía que “enfrentar” a ellos, solo generaba en mí posturas autoritarias que chocaban con unos estudiantes que se ufanaban de lo mal que hacían pasar al profesor “Topo Yiyo”, el sobrenombre que me pusieron al encontrar en mí un parecido con el famoso ratoncito, según ellos por mis orejas. Al menos yo tenía suerte de que su desquite fuera por medio de hacerme el ser más ridículo del colegio, otros compañeros no contaron con la misma suerte. Algunos de ellos como el docente de inglés y el de español recibieron amenazas. El primero dijo que prefería manejar el taxi que tenía y renunció, el segundo sí tuvo la valentía de quedarse, pero primero habló con el “duro” del barrio. Jamás se supo de otras amenazas.

Como dice el dicho “no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista”. Al cabo de unos seis meses de mi debut como profesor, ya sabía algo de mis estudiantes y también había aprendido algo de mí. Lo que supe de mis estudiantes fue que ellos no eran mis enemigos, los aprendí a ver como seres con unos vacíos afectivos enormes, desde el que aparentaba ser el más indolente de todos, hasta el más noble de ellos, tenía una historia que los había marcado. Aprendí que un hola, cómo estás, cuéntame que te pasa, vale más para ellos que cualquier clase a la que en ocasiones llegaban obligados. Sabiendo esto, salía de la sala de profesores durante los descansos para hablar con ellos, reírme de sus cosas, invitarlos a un fresco y aprovechar para intercambiar ideas y opiniones.

Lo que aprendí de mí, es lo que me hace levantarme cada mañana e ir a mi institución, entrar en un aula despojado de cualquier atisbo de prejuicio frente a mis estudiantes, porque veo en ellos más que a un estudiante, un ser humano capaz de salir adelante solo con un poco de comprensión y brindándole las herramientas necesarias para hacerlo. Lo que supe es que aun con las vicisitudes del diario vivir como docente, que a pesar de no haber hecho una carrera para ejercer la docencia: yo nací para esto. Por eso desde que lo entendí, no he hecho otra cosa que querer adquirir el mayor conocimiento que pueda, solo pensando en que la vida debe brindarles a mis estudiantes la posibilidad de acceder a ese universo que mi padre me mostró por medio de la lectura de aquel extraño libro que me hizo imaginar la manera cómo un señor que no se ve pudo, sólo con las palabras, haber hecho el mundo.

Hoy, después de quince años de experiencia en la docencia escolar y cinco en la universitaria, una especialización en intervención psicosociales, una maestría en estudios políticos y estudios de doctorado en filosofía, no hay nada que aprecie más que lo vivido en esos primeros meses de mi incursión en la tarea docente. Esos jóvenes, que inicialmente consideraba mis enemigos, me enseñaron más de mi profesión que cualquier licenciatura en la mejor universidad de Colombia o del mundo. Durante los tres años y medio que estuve con ellos, aprendí que el verdadero sentido de educar está por encima de repetir lo que otros dijeron, es descubrir con los estudiantes un universo donde sin importar las barreras económicas o de otro tipo, todo puede ser posible. Yo soy un ejemplo de eso.

¿Y [...] AÚN ME SIENTO MAESTRA?

Isabel Cristina Zapata Peña

Mi nombre es Isabel, me siento maestra desde que tenía ocho años, a medida que jugaba a imitar a mis maestras de primaria, se iba perfilando mi vocación. Era ingeniosa, espontánea y con gran espíritu de servicio. Mis tardes libres eran dedicadas a dictar nuevamente las clases que había recibido en la mañana de mi maestra Gladis a mis alumnas: las matas de mi abuela materna, filadas en el patio listas para escucharme y recibir estrujones; a medida que caían sus pétalos, aquel patio se iba convirtiendo en testigo de lo que había sucedido en el aula de doña Gladis; otras de aquellas tardes las dedicaba a enseñar las mismas lecciones aprendidas en la escuela, a unos niños muy pobres del barrio, usando los tizones del fogón de leña, escribía en las paredes de la “marranera” ubicada en el solar de mi casa: oraciones, cantos y operaciones sencillas, brindando la oportunidad a mis amiguitos de encontrarse con las letras y los números, ya que ellos no iban a la escuela.

El tiempo fue pasando como testigo de lo que aquellos actos inocentes me iban haciendo descubrir, inquieta por saber cómo era el mundo interior de la maestra que me había dejado una huella tal, que en mis ratos libres solo pensaba en imitarla, aun sin saber que en el fondo lo que quería, era ser como ella: una *maestra*.

Cuando termino los estudios de secundaria: mi madre, maestra y amiga, me plantea la posibilidad de continuar los estudios superiores en mi Normal, la Normal de San Pedro; para la época llamado el “Ciclo Complementario” allí en dos años más obtengo el título de Normalista superior con énfasis en humanidades y Lengua Castellana”

Es en ese momento cuando inicio de verdad mi gran aventura, aquello que cuando niña era un juego, ahora se convertía en realidad.

Los primeros años de mi desempeño docente tengo la oportunidad de ganar gran parte de experiencia en los niveles de preescolar, básica primaria y secundaria: cubriendo licencias, realizando remplazos [...] esto durante tres años. Hasta que en el mes de julio de 2007 curiosamente se jubila “doña Gladis” si, es verdad, la maestra a quien tanto jugué a imitar, lleva la carta escrita a puño y letra a la gobernación en la que presenta su decisión de retiro como maestra jubilada, acompañada de esta carta entregan los directivos, la solicitud de que sea Yo quien ingrese en provisionalidad a “reemplazar” a mi maestra de tercero de primaria. Curioso ¿verdad?

Al finalizar el año lectivo recibo la notificación de traslado para la vereda la Miel del municipio de Belmira, municipio cercano a San Pedro. Llega enero de 2008 y es cuando tengo la oportunidad de enfrentarme por primera vez al modelo de escuela nueva, con dieciséis estudiantes de preescolar a quinto; en aquel Centro Educativo tengo permanencia relativamente corta, puesto que había ganado el concurso presentado en el 2006 y era ahora, dos años después cuando se daba continuidad al proceso, realizando la escogencia de plaza mediante audiencia pública.

Junio de 2008 [...] alto nivel de tensión, mis pálpitos a mil, llega la anhelada hora de contar con una vinculación, no había obtenido de los más altos puntajes, debido a mi corta experiencia y muchas compañeras de San Pedro dentro del proceso, y en puestos de escogencia más adelante. Me corresponde el tercer día de elección de plaza; cuando por lo que pude averiguar ya habían sido elegidas todas las plazas de San Pedro, Entreríos y Belmira. Desprevenida, revisando los listados de plazas aún disponibles, un señor se acerca y me pregunta: “¿profe de dónde es usted?” Respondo: de San Pedro, pero veo que no quedan plazas vacantes, seguirían en cercanía Santa Rosa y Don Matías, a lo que él

responde: “son municipios muy grandes que limitan hasta con Carolina y Gómez Plata, mejor dicho, no cuente con quedar cerca a su casa.”

Con gran convicción, sigo adelante en el proceso, cuando llega mi turno pido que proyecten lo que queda en Santa Rosa de Osos, los centros educativos que muestra la pantalla, igual de desconocidos, entonces al azar, me coloco de pie y digo en voz alta: “elijo el Centro Educativo Rural Nicolás Ruíz”. Era más grande mi ilusión de empezar a desempeñarse como maestra vinculada, que el temor ante lo desconocido y tenerme que alejar por primera vez de mi familia, los días pasaron y la incertidumbre de lo que vendría aumentaba, pues pocas indicaciones recibí de cómo llegar allí. El camino que seguí por primera vez para ir a conocer la escuela fue el más largo, como en el cuento de caperucita roja, según las indicaciones viajé primero al corregimiento de San Pablo y de ahí averiguando llegué al *Caney*, vereda donde se encontraba mi nueva escuela, y a la cual era más fácil llegar desde la terminal del Norte, tomando los buses que van para el Nordeste, y en Porce un mototaxi que me llevaba hasta allá. La costa santarrosana, como suele ser llamada la vereda el *Caney*, por su clima cálido, es un paraíso escondido y en gran parte muy olvidado.

Fueron ocho meses los testigos de esta grata y enriquecedora experiencia, allí superé el período de prueba y obtuve el nombramiento en propiedad, pero algunos factores de la vida personal no favorecían mi permanencia allí; pues para ese entonces ya había decidido conformar un hogar y contaba con la fortuna de tener dos maravillosas hijas de cinco y dos años de edad, que constantemente reclamaban la presencia de su padre, primos, abuelos y demás familiares que no podían ver con frecuencia por la lejanía. Esto me llevó a tomar la difícil decisión de solicitar una licencia no remunerada por el lapso de tres meses, la cual fue aprobada de marzo a de junio de 2009, pero con la esperanza de que en ese tiempo fuese posible un traslado para una escuela más cercana.

Transcurridos un mes y siete días de la licencia no remunerada, recibo una llamada muy inesperada, en la cual me informan que es posible un traslado a una vereda del municipio de Belmira llamada *La Amoladora*, la cual dista una hora en moto o carro desde San Pedro, qué gran noticia, no lo pienso dos veces y acepto esta gran oportunidad, la cual considero más como una bendición y un regalo de Dios; son casi siete años los que permanece en el Centro Educativo Rural Francisco Carvajal Builes, escuela pequeña y acogedora, una sola aula, el restaurante escolar y un cuarto pequeño que cumple las funciones de archivo, cuarto útil, biblioteca entre muchas otras, para albergar en ocasiones hasta sesenta estudiantes de preescolar a quinto. Durante estos años tengo la oportunidad de crecer como persona, como maestra, como compañera y como líder, laboro con dos maestras maravillosas, grandes amigas; una entre el 2010 y el 2011 y con la otra entre el 2012 y 2014; ambas con contratos intermitentes por convenio interadministrativo con la universidad Católica del Norte.

Gracias a que tengo la oportunidad de regresar a San Pedro, en el 2009 puedo dar continuidad a mis estudios de licenciatura con el programa de regionalización del Tecnológico de Antioquia, pues se conforma un grupo de normalistas superiores que por distintas razones no han seguido con sus estudios y en el 2010 recibo el título de Licenciada en básica con énfasis en Humanidades y Lengua Castellana; el cual aporta de manera determinante a mi formación profesional.

La experiencia en la ruralidad fortalece en gran medida mi vocación, espíritu de servicio y amor por mi labor. Desempeñar tantas funciones además del trabajo de aula, me hace comprender que la profesión elegida es en realidad un don de darme y entregarme, para descubrir cada día en las sonrisas de mis estudiantes que vale la pena hacer de su paso por la escuela una gran aventura, que construye y consolida proyectos de vida.

En marzo de 2016 se me presenta una posibilidad de cambio de escuela dentro del municipio de Belmira, para un Centro Educativo más cercano a la vía principal, el cual es aceptado, pues a pesar de sentir gran cariño y gratitud por la comunidad de la Amoladora considero que se ha cumplido este ciclo y la cercanía es un aspecto positivo en cuanto a factores de tiempo y económicos. La llegada a la vereda santo Domingo, está rodeada de muchos cambios y expectativas, dado que fueron casi siete años en la vereda anterior y encuentro diferencias abismales entre ambas, a pesar de pertenecer al mismo municipio.

Por razones del destino, como se suele decir, la estadía en esta escuela fue relativamente corta, pues antes de finalizar el año, una persona cercana le comenta a mi madre sobre la posibilidad de retiro de una maestra jubilada de la Escuela Normal, quien fue mi maestra cooperadora cuando realicé el ciclo complementario, sabía de mi desempeño y además le guarda un gran aprecio a mi madre. En medio de mucha discreción y sigilo se hacen los trámites pertinentes para que, al momento de retiro de Doña Edilma, gran persona y maestra, su plaza tenga una titular [...] Isabel Cristina Zapata Peña, la hija de doña Orfilia llega a la Normal. Esta noticia para quienes conocen su historia tiene gran significado, pues fueron alrededor de veintisiete años de entrega absoluta y una salida inesperada por los cambios de la Normal de privada a oficial, pero de lo cual se repuso con gran capacidad de resiliencia y valentía como lo ha proyectado siempre como madre y maestra.

Es entonces en el 2017 cuando llego a mi normal, en la cual había estado literalmente desde el vientre materno, recibo a cargo el grado primero, encajo muy bien en el grupo de compañeros, algunos de ellos mis maestros, otros compañeros de estudio. Muchas curiosidades puedo relatar de este primer año de experiencia como maestra de la institución que me vio crecer y me formó: más o menos diez de mis estudiantes hijos de compañeras de secundaria; una estudiante invidente fenomenal llamada Pamela y gracias a la cual hoy me encuentro aprendiendo el sistema de lectoescritura llamado braille; en resumidas cuentas un grupo magnífico de niños y niñas que al día de hoy me encuentro acompañando en su proceso formativo, dado que como política Institucional, la maestra de primero continúa en segundo antes de iniciar el profesorado que va desde grado tercero.

Cada día es una nueva excusa para dar respuesta al interrogante: ¿Y [...] aún me siento maestra? sí, me siento maestra de esas de verdad, de esas que antes de que termine la jornada ya se están ingeniando las locuras con las que llegaré el día siguiente para hacer que mis chicos vivan cada día de escuela como una aventura inolvidable.

LIBROS Y LIBRES

Cuento y recuentos de una experiencia en Pueblorrico

Julián C. Ospina Saldarriaga

Luego de haber bordeado el río Cauca y de haberme detenido a fotografiar los hermosos paisajes del suroeste antioqueño, llegué a Pueblorrico. Había pasado por el cementerio y antes los conductores me habían dado la bienvenida mediante un aviso a la derecha. Más abajo en una línea decía AGC (Autodefensas Gaitanistas de Colombia) con marcador, esas letras estaban tapando la señal de tránsito y, al no poder verla, casi choco contra el vacío; amén de mi indignación por haber visto antes que estaban “presentes”, con lo que reflexioné que la ortografía podría servir para la vida y no para presentes impresentables como la presencia del paramilitarismo en el territorio.

Recuerdo que, alguna vez, en el proyecto *Libros y Libres* se nos invitó a crear una reseña sobre un libro de Ignacio Betancur, gran ancestro protagonista de nuestro pueblo (Pueblorrico), este trabajo implicaba leer bastantes libros de historias y todos los libros en general que conllevaran a información sobre este personaje. Fue una experiencia muy placentera y satisfactoria en el sentido de que saber sobre este tipo de personajes e historia nos hace reflexionar un poco sobre la supervivencia en este mundo; y nos incentiva a seguir leyendo más e informarnos bien, aunque también nos causó un poco de frustración saber que alguien que quería hacer un poco de justicia y ayudar a los demás fuera asesinado sin piedad. Allí aprendí cuál había sido el país en el cual todos vivíamos y, por supuesto, debíamos hacer algo para ayudar a cambiarlo [...] Manuela Soto, egresada.

En fin, llegué al colegio El Salvador después de un largo viaje en moto y, entre otras cosas, en la oficina de Guillermo, el profesor de Biología, me encontré con una mata de coca, la vi, la toqué y la admiré. Esa mata no me mató. Lo juro. A mano izquierda me cautivó una cartelera que decía: “Mientras haya maestros de pie no habrá pueblos de rodillas” y al continuar mi reconocimiento por el colegio me encontré con un joven solitario quien practicaba *Break Dance*, en una hora en que debía estar recibiendo clase. Dialogué, también, con el rector quien expresó su preocupación por los bajos niveles de lectura y escritura de los estudiantes. Caminé el colegio, entré a la biblioteca escolar —pobre y vieja como casi todas las bibliotecas escolares de Colombia— y al otro día empecé a laborar. Me gustaron las rosas que allí cultivaban, las altas palmeras y un bosque o zona verde que cuyo ingreso estaba vedado casi siempre para los estudiantes.

Al transcurrir de los días y hablando con los estudiantes me fui enterando cómo lo que más les gustaba a ellos no eran, precisamente, las filas, las casillas, las planillas o el guarismo que lo aprueba o lo reprueba. A medida que hablaba y se escuchaba un poco se me fue aclarando la relación de los estudiantes con los cuadros de honor, su indiferencia y la falta de oportunidades sociales afuera, la violencia, los rumores de drogas y prostitución, de “vueltas”, cucho, de armas y la televisión con su visión de país al estilo *reality show*. Vislumbrando esto se me antojó proponer algo por fuera de ese esquema tradicional que promoviera lo creativo, la sensibilidad, la imaginación y el placer en la lectura y la escritura donde se valorara tanto el contexto como la experiencia de los estudiantes. Encontrémonos, hoy leeremos este cuento, en abril *Alicia en el País de las Maravillas*, en noviembre escribiremos sobre el líder social y cultural, el maestro de comunidades Ignacio Betancur, pueden decirme con imágenes que les desencadena los poemas de Jaime Jaramillo Escobar [...]

A Pueblorrico llega Julián Ospina. Un maestro que llegó a transformar la cotidianidad de muchos pobladores. Él transformó a muchos de los muchachos que conozco en seres inquietos por la lectura, por aprender.

La lectura en espacios no convencionales como leer trepados en un árbol, en una escalera o encima de cajones generaban curiosidad en el transeúnte, todo utilizando como disculpa la lectura o el reconocimiento de escritores antioqueños y, en especial, uno que, para muchos hasta el momento, un tal X-504 era desconocido, pero perteneciente a este terruño.

El desaprender, sin duda, fue para los jóvenes que fueron parte del proceso un caos. Interrumpir su quehacer y llevarlos al mundo de la imaginación. Hacerlos escribir sus propias palabras y sus anécdotas los hizo empoderar no sólo de sus cuerpos sino también de la institución. Ahora quedó su semilla y su extrañeza. Javier Arredondo, maestro de teatro en el Municipio y egresado.

Al mes de llegar empecé a hablarles de *Libros y Libres*, un proyecto cuyo objetivo consistiría en desatar pasiones, relatar experiencias, en participar en el ejercicio de las libertades, en los gozos posibles por gracia de los libros. La invitación que procuré declarar era menos normativa y más humanizada quizá. No importa que no supieran leer ni escribir bien, también eso les pasa a profesores. El encuentro en la escuela, no cala desde morales salvadoras, urge en primera instancia escucharse y decirse. Eso también es una letra y la letra también es literatura [...]

Si me preguntaran qué es lo que más me gustó de la experiencia *Libros y Libres* en Pueblorrico, diré que su capacidad creadora; hacerme sentir que la lectura y escritura es un espacio que permite describirme como joven, con historias particulares que traen conmigo derrotas y triunfos.

Aprendí a descubrir que el hombre cita su destino a través de la lectura y escritura, pues allí se afirma nuestro deseo de permanencia y de expresar lo que sentimos como sociedad, de narrar historias propias y otras no tan propias, pero que demuestran que los jóvenes pensamos en el territorio y la realidad que nos toca; no somos indiferentes a lo cotidiano, por el contrario, tenemos unas ganas violentas de ser, de realizar sueños, estamos llenos de sed y apetito de aprendizaje.

Esta experiencia nos unió como jóvenes y comunidad, pues expresar y enterarnos de lo que piensa el otro nos hace más sensibles, la educación debe enseñar humanidad [...] Natalia Arenas, líder social y egresada

De pronto, en un espacio virtual y dos publicaciones físicas donde se decantará la experiencia vimos un ramillete de sentidos, unas fotos, textos, videos, testimonios de lo que no fue sino una experiencia de pasión por la lectura, de insistencia en la escritura y de ampliación de las posibilidades del decir y del crear. Una alegría, una experiencia y como experiencia: emociones, conmociones, mociones de diversas voces que puede potenciar la escuela hacia dentro y hacia fuera del aula. Una erótica, una caótica, otra escuela a-normal si se quiere, "posible" [...]

[...] Nos incentivó demasiado a la lectura y eso conllevó a que penetráramos más en la forma de escribir. Así mismo comprendimos que cuando lees por gusto y no por obligación te sientes libre de cadenas, prejuicios y de pecados usualmente cometidos tales como la ignorancia. Leer nos ayuda a sobrevivir en un mundo lleno de injusticias, guerras y gobernado por un solo poder. Manuela Soto, egresada.

Leímos, preguntamos, jugamos, imaginamos, criticamos, fotografiamos, dibujamos, caminamos, actuamos, escuchamos, compartimos, grafitiamos, sentimos, escribimos, creamos, nos reconocimos diversos y un poco más. Las clases no solo se dictan, pensábamos. No es este un tiempo para seguir reproduciendo la dictadura de clase. El aula de clase y más allá de ellas es un ágora, o al menos debería serlo en los juegos del lenguaje, un estallido de sentidos y expresiones, no solo disciplina y control. Saquemos las sillas, no miremos al tablero, hagamos hoy la clase en el parque, en la biblioteca municipal, en el bosque, en el cerro. En las clases de filosofía hablaremos del amor, la libertad, el juego, el

medio ambiente, la familia, la diversidad de género. Esto en la escuela, pensaba yo al finalizar las clases, porque en la academia, en el Instituto de Filosofía de la U. de A, la cosa era bien distinta, para mejor decir, era distante de la vida, ajena a los territorios y las crudas realidades sociales que pareciera que fueran a ensuciarle el cielo olímpico de los conceptos a algunos de los “alados” *doctor philosophiae* [...] En fin, joven, le hice unas sugerencias a tu texto, reescriba esa experiencia tan intensa y “podéis ir en paz” [...]

Aprendí otros itinerarios del conocimiento, adquirí una nueva visión, y un nuevo pensamiento, aprendí sobre mí mismo pueblo, hasta cosas que no sabía: cómo la vida del sacerdote y líder social Ignacio Betancur, me acerqué más a la realidad social vivida hoy y hace años atrás. Varios jóvenes desarrollamos un pensamiento humanista, defensor de los derechos humanos, el agua y el territorio, comenzamos a participar en las organizaciones sociales y ambientes del COA (Cinturón Occidental Ambiental) y el Comité de Concertación Social.

Libros y Libres no sólo me puso al lado del libro y del conocimiento; si no que, gracias a él y a el proceso aprendí, a ver otras formas de vida y de expresión; como la pintura, la poesía, la escultura, la fotografía, algunos escritores y poetas, entre ellos el mismo Elkin Restrepo y Jandey Marcel Solviyerte, y un profesor de la Universidad de Antioquia: Luis Fernando Macías, las diferentes comunidades indígenas (como los Emberá Chamí de nuestro territorio), sus culturas e historias.

Aprendí sobre literatura, sobre medios de información, sobre las convocatorias, sobre escritores. Aprendí sobre los derechos humanos y la lucha social por el cambio.

Aprendí que la educación no es una nota, ni ir a escribir lo que nos dictan, aprendí que la educación conlleva pasión, entrega y amor. Stiven Bedoya, estudiante de 11°.

Me hospedaba yo en el Hotel Viajeros y en las tardes, entre tintos, conocí poco a poco a los artistas del municipio, casi todos egresados del municipio y los convidé. Me interesé, por ellos, y les realicé perfiles escritos que los estudiantes y la comunidad misma poco a poco fueron leyendo en la plataforma virtual. El proceso se articuló, entonces, con la comunidad educativa y se comunicó como estrategia que contribuyera a la memoria de lo que resultan ser otras formas en las que el patrimonio de una comunidad, de un territorio-escuela, se narra y se recrea. De ahí que distintos actores socio culturales en las áreas de teatro, danza, medio ambiente y organización comunitaria, productora de fotografía, canal local de televisión, artistas y escritores invitados. Gracias a ellos fue posible la realización de exposiciones de fotografías, de talla en madera o de conversatorios sobre la vida comunitaria y la defensa de la vida, el agua y el territorio. nos hayamos integrado con Y para finalizar les compartiré este poema erótico, o este cuento de terror, en relación también con este filósofo que [...]

No me motiva ni me motivó hacer hincapié en la obligación o la evaluación. *Libros y Libres* se forjó como proceso orgánico que rescatara la cualidad del estudiante-sujeto, no solo en el sentido de sujeción a un poder, sino de liberación y de mayoría de edad, en el sentido kantiano de ser capaz de pensar por sí mismo y de hacer un uso público y libre de su propia razón, de atreverse a saber. Lo cual es imposible si no se involucra el ser de los estudiantes. Y si no se apela más allá de una razón instrumental a la imaginación y al placer, a la experiencia y al contexto de los estudiantes. Sí, puede ser un dibujo o un video, ¿en serio, profe, yo he perdido ya cuatro años y eso nunca se me ha permitido? En serio, respondía yo entre risas.

El proyecto *Libros y Libres* fue como el tiempo de la Ilustración en la Institución Educativa El Salvador, donde los estudiantes reaccionamos y vimos la necesidad de salir de ese mundo de confort y conformismo en el que vivimos los jóvenes y a empezar a ver la realidad de una manera más crítica y analítica. Nos dimos cuenta que un medio muy importante para ser críticos y analíticos es la lectura. Para poder interpretar, analizar y

comunicar se necesita leer bien, y esto no solo se aplica en filosofía y español, sino que también se emplea en el desarrollo de nuestra vida cotidiana.

Libros y Libres abrió las puertas a muchos estudiantes para expresarse de diferentes formas artísticas y culturales. Valentina Bedoya, estudiante 11°.

Libros y Libres fue una apuesta artística y cultural, una propuesta ético-estética y de edu-comunicación. Toda la memoria de la experiencia reposa en un espacio virtual que obtuvo casi treinta mil visitas al blog²³, lo que es mucho y nada a la vez, pues quizá me bastaba con que para un solo estudiante la experiencia hubiera sido intensa. El caso es que el espacio se fue nutriendo poco a poco, según las respuestas de los estudiantes, o sus participaciones voluntarias en actividades como *Pelibro: no coma cuento*, lectura de voz alta en el recreo para todo el colegio. Ese micrófono está muy duro, mérmelo a eso, ese profe está loco, decíanme los estudiantes que decían otros docentes. Yo ni bolas paraba, y más todavía, cuando al entrar al aula de clase no faltó el joven que confesaba que él estaba en la cancha y que le había gustado lo que leyó el compañero del otro grado.

Permitió a los estudiantes redescubrir-se en el ejercicio lector, acercarse a diferentes formas de pensamiento desarrollando así su habilidad crítica, su imaginación, capacidad de asombro y comprensión de otras realidades. La posibilidad de escoger el libro y el autor de su preferencia de forma deliberada o desde una inclinación natural, logró que muchos estudiantes disfrutaran nuevamente de leer y ampliar su espectro de interés, al igual que repensaran su propia existencia, su proyecto de vida, e incluso tomar consciencia de muchas realidades sociales que afectan el país. Héctor Iván Velásquez, psicoorientador.

Libros y Libres asumió colegio y el territorio como espacio cultural, escenario para murales, carteles y eventos artísticos y culturales con la participación de artistas y organizaciones comunitarias. Colombia dijo No a la paz en el plebiscito de 2016, pero podemos reflexionar: ¿Qué tal, muchachos, si escribimos en ese muro esta frase de Marco Tulio Cicerón: “Es preferible la paz más injusta a la más justa de las guerras”? Hágale, profe, nosotros le ayudamos. Y así otros muros se fueron transformando en páginas para provocar pensamiento respecto a la realidad y la vida: “Aquí aceptamos la población LGTBI”, “Seamos realistas, pidamos lo imposible” (mayo del 68), “No es matando guerrilleros, o policías, o soldados, como parecen creer algunos, como vamos a salvar a Colombia. Es matando el hambre, la pobreza, la ignorancia, el fanatismo político o ideológico, como puede mejorarse un país” (Héctor Abád Gómez). “No a la minería, Agua Bendita”, “El bien resiste derrotas, el mal no” (R. Tagore), “Un hombre solo tiene derecho a mirar a otro hacia abajo cuando ha de ayudarlo a levantarse” (G. García Márquez). “Mente abierta, no violencia”. Profe, yo también quiero pintar. A mí me gusta pintar y dibujar, el colegio está quedando muy bonito, ya no parece un hospital. Bueno, venga por la tarde, estaré aquí con tales egresados [...]

Con él se hizo vivo Foucault en el papel del maestro y del alumno: ver jóvenes leyendo en algún tiempo era extraño [...] pero acá aún prevalece su semilla en los muros pintados y en los recuerdos [...]

[...] “Libros y libres” es sinónimo de ambición, transformación, pensamiento. Reestructuración, y como dice mi hijo soñar con los ojos abiertos. Javier Arredondo, maestro de teatro en el Municipio y egresado.

Hay en Pueblorrico indígenas, ¿ustedes sabían? Entonces, vamos a invitar a la madre de la compañera para que ella nos enseñe unas palabras. De ahí que una de esas actividades versó sobre el reconocimiento y la inclusión de la comunidad Emberá Chamí,

²³ <https://pueblorricoliterario.blogspot.com/>. Se puede apreciar también en este espacio el texto completo donde aparecen los testimonios que como digresiones integramos en esta narrativa.

asentada en el Municipio de Pueblorrico, ese día hicimos una lluvia de palabras indígenas y después jugamos a recrear e integrar esas palabras en textos literarios que, entre otros se reflejaron en una de las dos publicaciones escritas que vieron la luz semestralmente. Formato escrito que lo consideramos clave para incidir en las zonas rurales que no tienen acceso a internet. Ve, yo no sabía que “resistencia” se dice “Choroai” ni que amor se dice en emberá “Kuriai”, ajá, tampoco se olviden de la actividad de lectura y escritura que nos convoca para la próxima clase [...]

[...] Además de esa conexión con los libros, surgió una nueva: con la madre, con la naturaleza. Un complemento hermoso para ser verdad; hojas llenas de letras y de verdes. Hoy que me veo saturado de libros, porque me lo exige mi carrera, es cuando más agradezco este proceso y a su creador, Julián Opina, porque además de enseñarme a disfrutarlos, me enseñó a extraer de ellos lo que es importante y lo que construye. Admiro y resalto este proceso y a boca llena puedo decir, sin halagos, que *Libros y Libres* nos hizo soñar con una mejor educación. Miguel A. Gallego, egresado, estudiante de Medicina.

Docentes, estudiantes y comunidad en general hicimos como ejercicio de lectura y televisión *Telecturavisión*, proyecto ganador en las Becas de Cultura de la Gobernación de Antioquia. Este proyecto, liderado por el estudiante de décimo grado y asesorado y dirigido por el docente, consistió en la realización de 13 programas televisivos, difundidos por Telepueblorrico, canal de televisión local: sobre ocho grandes escritores colombianos. Anoche vi que hablaron y leyeron por el canal sobre Epifanio Mejía, o sobre Barba Jacob, o sobre Elkin Restrepo, o sobre Jaime Jaramillo Escobar, no sabía que era un escritor de este pueblo, me gustó la lectura de la compañera del otro grado. A mí me da pena, pero también me gustaría leer [...] Mírate este texto y mañana me cuentas [...]

El proyecto tenía unas fortalezas muy grandes: casi siempre cuando uno formula un proyecto de eso uno espera que el alumno que lo acoja sea el alumno inquieto, el mejor estudiante. En este aspecto fueron alumnos que encontraron a través de ese proyecto la ventana que estaban esperando para demostrar y mostrar sus capacidades.

[...] Eso hizo el proyecto, invitar a los alumnos, a través de una cosa bien moderna y que les gusta bastante a los jóvenes como son las tecnologías: el internet, los medios de comunicación, a través de nuestro canal, la productora aliada como fue RDH fotografía. Todas esas cosas son fascinantes para los jóvenes, entonces se vuelven en una invitación para hacer televisión, para hacer video a través de la primera fuente que son los libros. Entonces, uno veía a los muchachos que sabían que si iban a hacer el programa tenían que leer [...] Además, el proyecto empezó a mostrar ciertas facetas de personajes del pueblo también, empezó a proyectarse [...] Incitaba a la escritura, a desahogarse [...] Omar Obando, director de Telepueblorrico, canal local de televisión.

Fue una forma de mirar el libro como una opción, de que no solamente el alumno sino la misma comunidad se apropie de este elemento, mediante la literatura, y comience a trabajar su entorno interior, su parte psicológica de una forma que sea un poco más libre. Fue por eso que esta oportunidad que se dio para que los alumnos y la comunidad compartieran. Este proyecto elevó un poco más la conciencia de la comunidad, del alumno y de su entorno. William Peláez, artista y egresado.

Y así fue sucediendo la cosa, más participación y goce con la lectura. Locuras como esas son las que necesitamos, decía el rector.

Lo bonito de este proyecto fue que vinculó a toda la comunidad. Comenzó siendo una actividad del aula de clase y terminó siendo una actividad innovadora que reconoció toda la comunidad educativa que estaba generando un cambio importante [...] León Vanegas, rector.

Y los estudiantes, mientras tanto, hablaban de los libros que habían prestado, se asombraban del texto que había escrito y publicado su amigo en el periódico físico o virtual,

exclamaban y reclamaban cuándo volveríamos a leer en el bosque [...] En diciembre de 2016 obtuvimos también el Premio a Experiencia Significativa en el Departamento otorgado por la Secretaría de Educación Departamental de Antioquia, formalidades que son vanas frente a la vivencia que tiene lugar en la escuela [...]

[...] *Libros y Libres* fue expresión, cultura, arte, revolución, espiritualidad, enseñanzas donde, por fin, los jóvenes tomamos la vocería, alzamos nuestra voz, mostramos nuestro potencial [...] Valentina Bedoya, estudiante, 11°.

En participación y creatividad se compendió nuestra vivencia, en resistencia y esperanza. El promedio de diez publicaciones por mes, múltiples creaciones y recreaciones de sentidos hechas por los estudiantes, así como por egresados, padres de familia y escritores invitados, no respondieron a un orden cronológico si no a una coherencia con un objetivo siempre claro en el horizonte: fomentar la lectura y la escritura de un modo social y no para que todos sean escritores sino para que ninguno sea esclavo, como lo dice la *Gramática de la Fantasía*.

Fue muy significativo no solo para los estudiantes, sino que también para nosotros los docentes, un espacio que permitió la sensibilización para cogerle más amor a la lectura y entrar en todo este cuento que permite que la creatividad se amplíe y que ellos a través de esto busquen un espacio para dedicar en sus ratos libres, dedicarse a la lectura. Igual esto les abre un poquito esa capacidad crítica frente a ciertas situaciones que se presentan y, lógicamente, ayuda a que ellos desarrollen la capacidad de la lectoescritura [...] Los estudiantes se motivaron y fueron partícipes activos [...] Nury Salazar, docente de Ciencias Sociales.

[...] nos enseñó una metodología muy diferente a la que la mayoría de los docentes practicamos acá. Los estudiantes hacían sus clases en el Parque de Rosas, en el Patio, pintando [...] puso a los pelaos a pensar y a leer. Guillermo Fernández, docente de Ciencias Naturales.

Propiciamos, por tanto, creatividad y participación de los estudiantes y la comunidad educativa mediante el leer y el escribir como actos de libertad, como prácticas a un tiempo íntimas, políticas y sociales que potenciaron unas ciudadanías plurales para la vida, un “liderazgo colectivo” que fue algo que, como docente, aprendí Pueblorrico donde de abril a abril tuvo lugar *Libros y Libres*. Una alegría, una experiencia en el territorio de la escuela y el corazón de los estudiantes con los libros y para la libertad. Yo vine en Comisión de Servicios aquí, expresé a los estudiantes, porque salí en condiciones de amenaza de Tarazá. Fue un encuentro maravilloso, e iba seguir hablando, pero me detuve, la voz se me quebraba y las lágrimas empujaban desde adentro, quizá por el aplauso que daban los estudiantes quienes al darme cartas y dulces me conmovieron aún más. Eso es porque está joven, apenas está empezando, dijeron otros profes *colegas*.

Nos enseñó qué era la educación del siglo XX. Una educación en la cual la lectura no era vista como una obligación, era vista como un disfrute, algo que nos sirve para nuestro enriquecimiento personal. Pero antes de la llegada del profesor a la institución la lectura era algo *mamona*, algo que el estudiante no quería hacer, porque nosotros nos sentábamos frente a un libro y solo veíamos un montón de palabras y lo leíamos solo para ganar una evaluación o presentar un taller. Pero cuando llegó el profesor Julián con el proyecto nos enseñó mediante una forma más pedagógica: como eran salidas a tomar tinto, chocolatadas, salidas a caminar, a los que nos gustaban lo audiovisual empezar a grabar [...] qué era la verdadera lectura, el camino de la verdadera lectura, nos empezó a enseñar eso [...] que uno no le sirve de nada leer por obligación porque no vamos a interiorizar lo que realmente nos quiere decir el libro [...]

Los estudiantes dejaron de ver la lectura como una obligación y la convirtieron como una parte más de su vida [...] el joven empezó a ver la lectura como un arma ante la

sociedad, como un fundamento para tener más criterio [...] Gracias a que me enseñó que es una verdadera lectura, ahora puedo estar en una universidad y decir que me siento cómodo estudiando, que dejé de ver el estudio y la lectura como una obligación y la empecé a ver como un parche, como un disfrute personal que quiero sentir y que un libro nunca me puede faltar dentro de mi bolso, porque el día que no lea, sería como un día perdido. José Manuel Ospina, egresado y estudiante de Comunicación Audiovisual.

Me sentí muy bien, estimulado, en desarrollo, apoyado, fue nuevo escalón en mi evolución; fue ascender de pensamiento y transformar comportamientos. Un gran cambio en mi vida. Todo el proceso social, literario, artístico y de aprendizaje ejercido por el profesor Julián Ospina fue un respiro para la educación en Pueblorrico y para los jóvenes mismos. Fue una manera diferente de ver y aprender en la educación. En mis nueve años en la Institución Educativa El Salvador nunca había visto tales proyectos y expresiones en el colegio, y tampoco había visto tanta determinación en los ojos de un profesor que para mí fue más que eso; Julián Ospina, a pesar de no haber vivido o nacido en Pueblorrico, ni de haber tenido una relación antes con él, fue un motor en el proceso de aprendizaje de los estudiantes y la información de la realidad social que fuimos, gracias a esto, identificando y construyendo mejor. [...].

[...] Puedo decir que fue una experiencia espiritual y humana porque nada de esto hubiera sido tan provechoso y fructífero si no hubiera habido un contacto, alma/corazón. El proyecto *Libros y Libres* es un proceso de admirar. Cuando su líder se despidió en la formación del colegio dejó un gran vacío en todos a los que él llegó; o sea en el corazón de los estudiantes, en la educación de la Institución y la cultura de Pueblorrico.

Fue una maravillosa experiencia, me llenó de vida, de conocimiento y de seguridad; una de las cosas que más recordaré del colegio, y de ese profesor de filosofía que algunos decían que estaba loco y otros que la mente que tenía no la tenía otro. Del profesor que en menos de un año realizó más por la cultura, lo social, la defensa de los derechos humanos, la defensa del territorio y el agua, lo artístico y lo pedagógico que ningún otro profesor que ha estado más de diez años en la misma Institución. De ese mítico profesor que aparentaba no tener planes para un futuro lejano ni haber venido de un pasado cercano, ni para pasado mañana ni para la otra semana [...] Stiven Bedoya, estudiante 11°.

Regreso al Hotel Viajeros, empaco, lloro, agradezco y me voy hacia otro colegio, más cerca a mi casa y a mi hijo, donde me sea más asequible estudiar —que es lo quiero—. Meses después sigo moviendo el espacio virtual con textos de los estudiantes que también me escriben y proponen. Reviso también la memoria de lo que hicimos y en el 2018, más de un año ha pasado, el Ministerio de Cultura me premia en su convocatoria “Reconocimientos distintas formas de narrar el patrimonio cultural colombiano”. Pero eso es circunstancial, lo importante fue lo que viví con los estudiantes, los amigos, los bellos recuerdos de esa comunidad y ese territorio, allí hay jóvenes que hacen que este país sea más habitable. Con ellos cierta vez caminé hacia un cerro a ver el crepúsculo y me provocaron este poema:

DESDE EL CERRO EL GÓLGOTA

Pero vuelve y se detiene
Son las montañas reflejándose en ellas mismas
De nubarrones un trazo afilado forma unas alas de águila
Doble arco iris, media esfera perfecta,
Sentimos la pureza de una lágrima
Y al cerrar los ojos
Buscamos la concavidad de la tierra [...]

Turpiales, rosales y pinos

Guardianes de tapiales rotos; el Ángelus en la nave central
Y luego el latido de un perro a lo lejos sin rumor industrial

Desde los riscos un toro transparente embiste
Pájaro de alas cortadas
Son los niños del agosto negro masacrados en Pueblorrico
Que vuelan ya por encima del tiempo
Pero vuelve y se detiene
Son las montañas reflejándose en ellas mismas
Un sol azul, cañaduzales y cafetales

Tocados por un fuego rosado como locos reímos
Cuando escuchamos que hablan abajo en el pueblo,
De fútbol y guerras.

La escuela puede ser otra cosa, me digo a solas, con la maleta al hombro mientras caliento la moto, y me reconforta saber que unos cuantos ya no dejan de leer y, rebeldes frente al *statu quo*, aman y escriben poesía sin miedo. Así sí se aguanta ser profesor, dar esa brega. Y mañana, a madrugar con toda, no importa que esté en otro pueblo, igual y de otra forma, también puede ser *Pueblorrico*, escuela al suroeste donde pudiéramos intentar hacer dulce *morada*. Y así lo intentamos, mientras erramos [...]

SIEMBRA, COSECHA Y RETRIBUYE LOS FRUTOS

Lina María González Agudelo

¡Qué maravilloso poder caminar con la certeza de que todo tiene un sentido, que existe una trama del destino que entreteje las cosas, seres y sucesos en un todo unificado! Es desde la memoria del espíritu que se va recordando y cuando se piensa en la vida de alguien, obviamente que no se realiza en el plazo de la vida física, sino en lo que se fue y en lo que se podrá llegar a hacer y ser. Es entonces que aprender a ver y escuchar, es la mejor manera de conocer la vida propia y de los demás, es abrirse a la totalidad de la existencia; ante esto pretendo contar mi historia de vida para en consecuencia descubrir a una maestra, a Lina María González Agudelo.

La Escuela Normal Superior Señor de los Milagros es una institución educativa con 60 años de experiencia en la formación de maestros, ubicada en el municipio de San Pedro de los Milagros (norte de Antioquia), región dedicada principalmente a la agricultura y a la ganadería; esta institución ha visto como se ha transformado la educación, la sociedad y cómo no, sus procesos internos.

En sus últimas dos décadas ha pasado por cambios trascendentales en su funcionamiento, como en el año 2001 pasar de privado a público, en el 2011 dejar de ser regentada por una comunidad religiosa (Hermanas Terciarias Capuchinas 1959 - 2011) a un proceso orientado por seculares; además de los procesos de acreditación previa, acreditación de calidad y verificación de condiciones de calidad y desarrollo; de atender únicamente secundaria y femenino a mixto, contar con primaria, programa de formación complementaria y dos sedes rurales (desde 2016).

Ésta, es la institución educativa donde yo, Lina María González Agudelo estaba destinada para recibir su formación durante 11 años, pues para la época (finales de los años ochenta e inicios de los noventa), era la institución donde estudiaban las mujeres de la localidad; este espacio se convirtió en mi segundo hogar, donde las enseñanzas recibidas complementaban la educación y los valores inculcados desde el hogar; mis maestras desde la primaria veían en mí una líder, destacada por su responsabilidad, compromiso y habilidades para las matemáticas. Ya en el grado noveno teniendo las posibilidades de interactuar con niños y desarrollar procesos de enseñanza, fue clara la misión que tendía en mi vida; la de ayudar a la educación de las generaciones que me seguirían; cada año en la Escuela Normal fue lleno de experiencias significativas que reafirmaban dicha convicción.

Al terminar la secundaria, ingresé a la Universidad de Antioquia a realizar estudios en química; pero algo hacía falta, ese contacto con los demás, la necesidad de servir y alcanzar mis sueños. Quien pensaría que dichos estudios me abrirían la posibilidad de trabajar en el Colegio Femenino Santa Inés en el municipio de Entreríos; allí fue donde consolidé esa motivación interna por ser maestra, aunque solo permanecí un año, aprendí demasiado, fortalecí mi espontaneidad, lideré proyectos y establecí lazos de familiaridad con la sociedad que aún se mantienen. Por ese buen desempeño fui llamada por las directivas de la Escuela Normal Superior Señor de los Milagros para que hiciera parte de su planta de docentes; inmediatamente dije ¡Sí! La felicidad que invadía mi corazón y alma no tenía forma de explicarse; ser parte de la institución que me formó, que hizo de mí la maestra que ahora soy, ser un par de mis docentes fue lo máximo, era mirar los procesos desde otra perspectiva, pero a la vez se convirtió en un compromiso de autoexigencia, pues debía responder a lo que los demás esperaban de mí y a mis propias aspiraciones. En esta institución estuve por tres años, debí salir porque al ser oficializada empezaron a llegar docentes vinculados; es así como regreso al Colegio Santa Inés donde permanecí por otros cinco años; fue tiempo de continuos aprendizajes, pues me fui consolidando como una

maestra comprometida, que sabía trabajar en equipo y liderar procesos; era una institución muy exigente lo que afianzó en mí la confianza en mis capacidades, la firmeza en las decisiones y la habilidad para aprovechar los pocos recursos con los cuales se contaba para la época, pues era un colegio con pocos años de fundación.

En el año 2005 se me dio la posibilidad de acceder a un puesto oficial mediante el concurso de méritos docentes, proceso que inicié con escepticismo, pues estaba tranquila y segura en mi lugar de trabajo; sin embargo al observar los buenos resultados en el primer examen, continué con el proceso, hasta llegar el día de la elección de plaza, vaya sorpresa cuando habían dos vacantes en la Escuela Normal, estaba decidida a elegir una de ellas, con la ventaja, de que tenía una buena posición para la elección; Aún recuerdo como una maestra me decía aquel día: “en la Normal hay que trabajar mucho, no sea bobita, elija otra plaza”; pero yo estaba clara y convencida de lo que quería hacer y así fue.

En el año 2006 oficialmente llegué a la Institución Educativa Escuela Normal Superior Señor de los Milagros; mi inicio fue sorprendente, porque aunque sabía que sería algo duro, pues después de trabajar nueve años en secundaria debía iniciar en primaria, nunca me imaginé que sería en el grado primero; cuando recibí esta asignación me pregunté ¿Y ahora qué voy a hacer para enseñar a leer y a escribir?; con mucho temor, expectativa y sueños inicié el proceso con 42 estudiantes, en una sede de la Escuela Normal y con dos grupos paralelos, la experiencia de mis compañeras Diana Álvarez y Consuelo Martínez fueron fundamentales en ese inicio, en ese cambio de vida, ya que a nivel pedagógico y didáctico me exigía una transformación metodológica; con el paso del tiempo se acabó ese año lectivo sin darse cuenta; pero de algo que sí me di cuenta, fue de lo maravilloso que es el trabajo con niños; con la felicidad y satisfacción que tenía, no me cambiaba por nada. Esta dicha duró poco, ya que por distintas situaciones fui trasladada a la sede principal en donde atendí los grados cuarto y quinto además de algunas clases de secundaria (práctica pedagógica en décimo y once); esta experiencia fue muy importante porque me sirvió para darle un repaso a distintas teorías, modelos y planteamientos a nivel curricular y pedagógico, interactuar con distintas comunidades educativas del contexto, asistir a espacios de cualificación, en donde fortalecí saberes que me posibilitaron liderar proyectos a nivel institucional y realizar una buena práctica pedagógica.

Un año y medio más tarde es ubicada nuevamente de tiempo completo en primaria, y por segregación con una de sus sedes (que forma una nueva institución) ya queda vinculada con la sede principal, en la cual por condiciones de espacio solo cuenta con un grado desde preescolar hasta quinto de básica primaria, así mismo con seis docentes que orientan los procesos formativos de los niños y niñas cuyas familias han elegido a la Escuela Normal como la responsable de afianzar valores y orientar a sus hijos en la academia desde el desarrollo de sus habilidades y competencias no solo intelectuales sino ciudadanas.

Estas seis docentes han llegado en distintos tiempos a la institución, con diversas historias de vida que se conjugan y complementan para ser el sólido grupo de docentes que con su vocacionalidad y sentido de pertenencia aportan a la grandeza de la institución, del cual Lina María se siente orgullosa de pertenecer y agradecida por la amistad, la compañía y las enseñanzas que permanentemente se brindan. Es de anotar que cinco de ellas son egresadas de la misma institución donde laboran. Cada una de estas cinco docentes con talentos, habilidades y dificultades enfrenta día a día el devenir de la educación en la Escuela Normal, apoyándose como una unidad que tiene objetos claros y concretos. Cada una de ellas se ha constituido en un referente para que yo siga consolidándome como una maestra con vocación, cualidades y habilidades para el trabajo con los pequeños; al lado de mis compañeras he aprendido y reafirmado valores y principios fundamentales en la educación y la convivencia. Luz Albirian Peña Pérez me ha enseñado su alto nivel de empatía, caridad y solidaridad; enseña cada día a quienes la rodean a

pensar en el otro y a participar positivamente en su crecimiento. De Viviana María Osorio Villa ha aprendido la importancia del uso de variados recursos didácticos para hacer que cada día el aula de clase se convierta en una aventura, en donde se conjuga el juego, el teatro y la academia; igualmente a fortalecer su expresividad para transportar a los estudiantes a un mundo de felicidad, asombro y aprendizaje. De Isabel Cristina Zapata Peña ha aprendido a potenciar su alegría, habilidad para improvisar, buen humor y dedicación. De María Edilma Avendaño Martínez a fortalecer la resiliencia y el esfuerzo por iniciar cada día a pesar de las dificultades que diariamente se presentan en el aula y a articular situaciones cotidianas con el trabajo de clase y de Mary Luz Martínez Pérez a pensar primero en mí, a ser más práctica en los procesos y propender por la defensa de los derechos como maestra.

Los veintidós años de experiencia (dieciséis de ellos en la Escuela Normal) han hecho de mí una docente con gran sentido de pertenencia, responsabilidad y vocacionalidad; que manifiesta mayor interés por el trabajo con los más pequeños, aunque no ha tenido dificultades en los grupos superiores; a quien le gusta llegar temprano a la institución para estar presente desde el momento en que mis estudiantes ingresan y realizar un buen acompañamiento; me destaca por ser creativa, está pendiente de todas las actividades de primaria y preescolar liderándolas y presentando ideas significativas para hacer que estos niveles se luzcan. Me reconozco como una persona que ha aprendido a autoevaluación permanente y con interés en plantear nuevas estrategias que benefician el aprendizaje y la convivencia de los niños y niñas. Cuando se llega a mi aula de clase, se encuentra un espacio organizado con materiales básicos como los escritorios, libros, computador, sistema de sonido, video *beam* [...] es un aula con muy buena iluminación, decorado con cuadros que usan mensajes positivos y significativos, tales como: “Mejoramos con la evaluación”, “Trabajamos en equipo”, “Celebramos cada día” y “Admiramos el progreso” además de contar con imágenes religiosas (Señor de los Milagros, patrono del colegio, Virgen María y Luis Amigó pilar de la filosofía institucional); he pegado en una pared detrás de mi escritorio, una variedad de tarjetas pegadas; todas ellas dadas por mis estudiantes y en las cuales destacan mi desempeño, amor y dedicación en el trabajo con ellos, las tengo ahí, con el propósito de que todos los días me recuerden mi misión y lo comprometida que estoy con ellos y sus familiar en realizar una buena tarea formativa desde el aula. Los niños y niñas con quienes trabajo se han convertido en fuente de inspiración para mi desempeño, pues, cada uno con sus particularidades, intereses, habilidades, ocurrencias, dificultades, actitudes y conocimientos convierten el aula en un espacio para interactuar, aprender juntos y crecer en valores desde los problemas que son constantes, porque todo no es perfecto y que aburrido si así lo fuera. Son muchas situaciones en las que a diario me veo en la necesidad de realización de ejercicios de respiración de forma personal y con los niños para buscar la calma y tratar de retomar el camino.

Trato siempre de hacer todas las actividades con dedicación y mucho amor para que se vea reflejado en mi labor la excelencia y la calidad con que se debe trabajar en la Escuela Normal, además de responder y devolver las enseñanzas recibidas en mi etapa escolar y en la actualidad; porque una de las cosas que más me gusta de trabajar en esta institución, son la variedad de espacios para la cualificación, de tal forma que al estar al tanto de los avances educativos y científicos estoy segura de que mi práctica pedagógica debe ser renovada constantemente. Y es que en el quehacer docente es difícil obtener frutos inmediatos, aunque día a día y gracias a mi vocación y el amor que impregno en lo que haga, a cada instante puedo concretar y visualizar el producto de mi labor, la más grande de las evidencias se resume en poder lograr en los educandos la vivencia y el fortalecimiento de la curiosidad y el interés por aprender nuevas cosas. Es grato ver como

los estudiantes integran las ciencias con las demás áreas del conocimiento y con su realidad misma. Día a día se construyen nuevos pilares del saber y del aspecto moral: los niños y jóvenes que Dios ha puesto en mis manos son y serán la arcilla que debo ayudar a moldear y esculpir de la mejor forma posible. Soy una maestra convencida de que solo se da de lo que se tiene y con plena seguridad tengo grandes capacidades y talentos que he proyectado y que seguramente lo seguiré haciendo.

Después de veintidós años de vida como maestra, mi vocación está intacta, cada día es un renacer y una oportunidad para ser mejor que el ayer; hoy día soy una persona más calmada, que afronto con tranquilidad muchos sucesos del aula y su entorno, que nunca ha dejado de aprender, que reconoce sus limitaciones, que cuenta con facilidad lo que le ocurre buscando consuelo en sus compañeras como una forma de seguir aprendiendo de ellas.

En la Escuela Normal, donde laboro, se acercan cambios significativos a nivel de infraestructura, son muchas las personas llenas de expectativas al respecto y yo no soy la excepción ya en mi mente creativa se forman lugares, estrategias, actividades que fortalezcan mi quehacer y que los próximos años de vida como maestra pasen como los ya transcurridos, en un abrir y cerrar de ojos.

UN AVE FENIX QUE SE HACE MAESTRA

María Isabel Marín Posada

Han sido muchos los días en que me he ido a dormir y he despertado tratando de tener claridad en cuáles son las palabras indicadas para iniciar este maravilloso relato [...] hoy tomo la decisión de escribir la historia que dará a conocer a María Isabel [...] lo iniciaré con las siguientes palabras:

“Ser docente ha sido, es y seguirá siendo el viaje el viaje maravilloso que, tras la suave caricia del viento, el susurrar del trinar de los pájaros y el grito alegre de los niños; te motiva e inspira para caminar tu camino siempre con una sonrisa dibujada en la mirada”

Para María Isabel, el solo pensar en escribir su historia ya ha sido un enorme problema, el solo evocar sus recuerdos ya guardados en un viejo baúl que guarda en lo más profundo de sus entrañas y buscar las llaves que arrojó al océano del tiempo vivido, ha sido una ardua tarea.

Empieza por preguntarse de donde saco las fuerzas para no desfallecer y que la han acompañado en tan difícil caminar; hoy, visto como un lindo viaje que logro llevarla al descubrimiento de su tan escondida esencia.

Empecemos por conocer un poco de quienes un día sin deseos, con el alma cansada, el corazón agrietado, concibieron a María Isabel.

María Bertilda Posada, su madre; una niña de 13 años, de tez blanca, ojos negros, cabello negro azabache, largo; con un sueño definido “Ser Religiosa”. José Ignacio Marín, joven alto, con caminar erguido, con el ego de macho alfa por las nubes, sin sueños ni ideales, solo en busca de obtener para el todo lo que le gusta. María Bertilda, poseía una madre de fiestas, licor, hombres [...] Ella su madre, quien se supone debía cuidarla, un día en medio de la más irresponsables de las acciones, sale de su casa para una de esas faenas de diversión de hasta ocho días, haya en su sendero a aquel joven y en el más ruin de los actores le dice “Ignacio allá deje a Berta para que la cuides” [...] ese día sin el más mínimo respeto toma por la fuerza a aquella pequeña, tierna e indefensa para en su brusco accionar robarle su inocencia [...] tras quedar embarazada fue obligada a casarse con su verdugo, de esa unión nacieron 19 hijos.

El 19 de enero de 1976, un domingo a la 1:30 a.m., nace en el hospital San Rafael del municipio de Remedios su hija número veinte. Un vientre cansado, un corazón fracturado, un alma triste, dan vida por duodécima vez.

María Isabel, nace y cae en un sueño profundo de tres días, su madre, en las pocas veces que han hablado del tema le cuenta que se preocupó porque no despertaba ni a comer, la amamantaba y ella solo dormía. “fue tan diferente a todos, que no dejaban dormir”. Aun en medio de tantos hermanos, crece solitaria, libre en su yegua Marquesa, la misma que su padre le regalo para en su lomo enseñarle a volar.

A sus siete años sale por primera vez de su finca para ingresar a estudiar en el grado primero en la Institución Educativa Rural Pablo VI, en Santa Isabel, Remedios. Retraída, con la mirada baja, no se comunica, no expresa sus sentimientos ante nadie. Su docente al verse impotente, incapaz de comunicarse con ella, opta por pedirle se dedicará a cuidar de su pequeño hijo de tres años, a quien le gustaba jugar con María Isabel, y ella se siente feliz y afortunada de poder cuidar de él y no tener que estudiar. Hacia el mes de octubre la docente es trasladada y la pequeña niña en manos de la nueva docente reprueba el año escolar. Al llegar al grado tercero que habilitando matemáticas tras la sugerencia de la docente a cargo porque no sabía dividir, en enero presenta su examen en un tablero donde por testigos estaban la rectora, la docente, la mama, y ella muerta de pánico se enfrenta a cuatro divisiones; dos por la tabla del tres y dos por la tabla del ocho, resuelve las dos de

la tabla del tres y no pudo con las dos de la tabla del ocho. Pierde el año según ellos porque no sabía dividir [...] hoy puede deducir que, si sabía dividir, pero no se sabía la tabla del ocho [...] o, juzguen ustedes.

A partir de este momento MARIA ISABEL, toma la decisión de no dejarse joder la vida nunca más, pasa de ser la niña tímida, callada, a ser la jefe de la pandilla colegial; aquella que dice que se juega, quien juega, quien se sienta, a qué hora se come y quien puede comer. Pero también la que pasa a ocupar el primer puesto académicamente, ni un año más de repitencia.

Nadie le enseñó a soñar, pero ella aprendió a hacerlo sola, deseó con el alma estudiar, ser profesional, también soñó con casarse de blanco con tener hijos, viajar mucho conocer hermosos lugares. Quería ser pintora; pero ese bello sueño se truncó gracias a que a sus padres se les ocurrió cortar sus alas, presionarla para caminar solo por donde ellos dijeran; esto generó problemas internos en la mentalidad de María Isabel, y deseo volar aún en contra de papá y mamá. Esto le costó cuando estaba en el grado octavo que la retiraran del colegio en el mes de agosto y la enviaran castigada para una finca a cinco horas del pueblo montada a lomo de mula; eso no era lo peor, era una zona atestada de guerrilla “ELN”. Allí, lejos de su colegio, de sus amigos, de todo, escondida en medio de la selva, acompañada de nuevo por el aire puro, el trinar de los pájaros, el vaivén de los peces, y de Ernesto; un hombre joven, de piel blanca, ojos verdes, labios rosados y frescos, cabello negro [...] Atractivo ¿verdad? comandante guerrillero; el mismo que inicia su proceso de conquista, la enamora con palabras tiernas, jamás la toca, pero si la invita tras un sin fin de promesas a irse con él.

Ella toma la decisión de irse [...] ya venían por ella, era jueves y Ernesto llagaba el sábado en la tarde. Estaba ansiosa y feliz, por fin sería libre ya no vería más a esos viejos regañones y controladores. Viernes diez de la mañana llega de sorpresa su hermano Héctor, y dice “ahí mando su mamá por usted” no tuvo remedio y se va de regreso a su pueblo, su colegio, sus amigos. ¡Que salvada!

Fueron años difíciles ya que su único y más fuerte sueño para ese momento era ser libre y deshacerse de sus padres. Y en su afán de libertad, cuando estaba finalizando decimo provoca un embarazo convencida de que aquel hombre la amaba de verdad y que la llevaría camino a la libertad [...] ¡Qué Brutalidad! Con esta pésima decisión lo que se ganó fue una jaulita de oro. Nelson, le prohíbe regresar al colegio, le manifiesta que ya su vida será solo atender su hogar. Ella, jamás declina en sus sueños y a escondidas logra terminar sus estudios secundarios. Luego, piensa como estudiar para ser pintora, ese sueño se veía lejano. En su reemplazo anuncian la llegada de la Universidad Católica del Norte, no era lo que quería, pero ella tenía que estudiar para ser libre.

Inicia a escondidas la licenciatura en Filosofía y Ciencias Religiosas, eso sonaba fuerte y difícil, pero había un sueño que cumplir. A principios del año 2000, cuando apenas iniciaba el séptimo semestre, Nelson la descubre y se enfurece, la agrede, pretende obligarla a desistir, pero ella firme y fuerte recuerda que un día juró no dejarse derrumbar por nadie, por nada. Corrió con buena suerte ya que el hermano de uno de sus compañeros de licenciatura y quien se acababa de lanzar como candidato a la alcaldía de Remedios, era el jefe de núcleo; le expuso su situación y este le ayuda para que aun sin terminar su licenciatura inicie dando clases en la I. E. Ignacio Yepes Yepes, del municipio de Remedios.

Llega el 15 de marzo del 2000 por primera vez a un aula de clase, convencida de que dictar religión era lo más fácil del mundo; que estrellada se metió, y una niña Yuli Paulina, que ironías de la vida, esta jovencita es la hija de su profesora de primero, si, la misma que la mandaba a cuidarle su pequeño hijo; y la recibe diciéndole “profe usted tiene mucho miedo” el pánico le ganó, la ignorancia pedagógica la restregó. Y es allí donde empieza a sentir rabia contra el sistema de formación que recibió. Quien le enseñó a

preparar una clase, a controlar un grupo de cuarenta jóvenes, dónde estaban las herramientas pedagógicas para enseñar lo que, por primera vez, comprendió que nadie le enseñó a ella. No le demos más vueltas, la universidad la sacó cruda, nada le dio que la convirtiera en una docente de calidad.

Enredada, confundida, en medio de llanto e impotencia deseo correr. Pero un sueño seguía latente ahí y era ser libre, ella no podía renunciar, debía enfrentar la situación y solucionar el problema.

Aparece el primer ángel, Juan Fernando, va algunas veces y le controla el grupo, pero solo eso, no le da nada más, aunque para ella eso era un gran favor. Ese año fue traumático y aterrador. Hacia el año 2001, logra llegar a trabajar al mismo colegio que la vio nacer y crecer, llega a ser compañera de muchos docentes que un día fueron sus docentes; allí conoce a Doralba Gómez, una normalista, excelente docente, quien me toma de su mano y me enseña a descubrir que la docencia no es un escape, no es un verdugo, pero eso sí, si lo que haces lo haces con amor y responsabilidad. Ella la normalista es quien me enseña a preparar una clase, es quien me enseña a direccionar un grupo, a ella y solo a ella le debo el amor que hoy ciento por la educación.

“Las universidades deben enseñar a un docente desde cómo se llega a un aula de clase, cómo caminar en ella, cómo hablar en ella, cómo irse de ella y cómo hacerse extrañar en ella.”

Lo primero que María Isabel debía aprender era a enamorar de Dios a una sociedad de jóvenes incrédulos, a los que sus padres dejan vivir a su libre albedrío [...]

¿Cómo enseñar religión?

Para ese momento era irónico saber que su problema más grande era verse metida en semejante embrollo, a estos jóvenes no les gusta la clase de religión, y evocó a su profesora de religión recordando que siempre pensó que la profesora que más bueno pasaba era ella, porque solo tenía que formar equipos y entregar un libro con talleres que debían resolver. Pero a María Isabel, eso no le funcionó [...] inicio por sentarse a pensar, cuestionar su mente y comprender que era otra época, otros jóvenes nada parecidos a ella, unos conceptos y lo más grave unos padres totalmente opuestos a los de su época.

En el 2001, la vida la premia y es ubicada en la Institución Educativa Pablo VI, de Santa Isabel, su pueblo, llegó a trabajar al colegio donde fue estudiante, a compartir con muchos de los que fueron sus profesores y eso no fue fácil, ya que no recibió su apoyo sino su crítica y golpes de traición.

A pesar de todas esas críticas y falta de apoyo, cada día aprendía más estrategias de enseñanza, y direccionamiento pedagógico. Como desde primero aprendió a amar los niños, cuanto deseo ser maestra quiso ser maestra de escuela, pero sus malas decisiones, su acelere y errores la pusieron frente a una licenciatura que no era su enfoque pero que, si era su gran oportunidad, no hizo su sueño a un lado y aprovechándose de su buena relación con la rectora de la institución, ella la ayudo y la ubica en el año 2005 como docente del grado primero. Fue una experiencia maravillosa, aprendió a amar esos niños como a nadie, les enseñó con tanto amor que los resultados fueron increíbles, recuerda que jugaba muchísimo con ellos, volvió a ser niña [...] les enseñó a bailar, a pescar, y en junio ya todos estaban leyendo, sumando, restando [...] esos niños le enseñaron que cuando das con amor tus resultados son espectaculares. Como estaba en provisionalidad en el 2006 le piden la plaza y pasa a trabajar con COREDI [...] pero solo le permiten en su nómina un año ya que su salario estaba por encima de un normalista y por esta razón la retiran. En este año gana el concurso de vinculación y en el 2007 regresa a trabajar al mismo colegio que la vio nacer como docente, pero esta vez con más fuerza, con más conocimiento, con experiencia. Fue allí donde comprendió que los estudiantes no son rebeldes, desordenados e indisciplinados, es el docente quien marca la diferencia, con compromiso, amor y

autoridad. Allí estuvo hasta junio del 2008, cuando se hace efectiva la vinculación y el 17 de julio del 2008, fue nombrada en propiedad para el ITA del municipio de Sonsón, oriente Antioqueño.

Se encontró en un paradigma ya que sus niñas dijeron que ellas no querían dejar su pueblo, sus amigos, su colegio e irónicamente su hija mayor la que más había maltratado su papá era quien más lo amaba y no quería dejarlo solo. Pero era también posesionarse ya de su cargo, subir un escalón más en su vida profesional y no sabe si fue un error en su momento, pero partió hacia Sonsón; llegó a su nuevo colegio con el deseo inmenso de dar lo mejor de sí y que tristeza, allí se encontró con un paredón inmenso, de calibre mayor. Desafortunadamente la rectora necesitaba la plaza para un hermano del esposo y María Isabel llegó siendo solamente la piedra en el zapato. Para ella era la peor docente, no sabía nada, no tenía pedagogía, era incompetente, María Isabel hacia su mejor esfuerzo, pero para ella nada funcionaba. Un mes después de haberse ido para Sonsón y después de haber regresado a su pueblo en tres ocasiones a visitar a sus hijas, llegó un viernes a la media noche a su casa y él estaba tomado, la toma por la fuerza y de allí llega una nueva vida, Juan Camilo, su niño hermoso, su ángel, su regalo divino. Esta vez, a pesar de ser un embarazo no buscado, no deseado, lo amó desde el primer día en que supo que ya existía. El mismo error no cometería y enfrentó esta nueva situación con gallardía, como debía ser.

La situación en el colegio con la rectora era cada día más difícil, de hecho, la sentencio que no superaría su periodo de prueba, y en ese momento con el dolor en el alma porque no quería irse de allí, comprendió que debía ser más inteligente que ella y le dijo que le habían propuesto una vacante en su pueblo pero que solo se haría efectiva después de culminado el periodo de prueba. Recuerda el brillo de sus ojos, como los hizo más enormes. La miro con alegría, y le dijo “ah, pero tienes que ganar el periodo de prueba [...] no te preocupes ya está ganado” [...] Oh sorpresa se llevó, lo que María Isabel tenía armado no era un traslado sino una permuta. Pobre Alejandra esa señora le hizo la vida imposible pero luego logro irse de allí y ya donde está mejor no podría estarlo. Irse de Sonsón fue triste ya que amaba esos estudiantes, fueron parte de sus más lindas experiencias, jóvenes honestos, respetuosos, comprometidos. Allí su experiencia docente fue espectacular.

El 10 de agosto del 2009 regresa de nuevo al colegio que la vio nacer como docente, ya su trabajo con los estudiantes fue mucho más fructífero, ya llegaban a su clase con alegría, ya le decían profe que rico tenemos clase con usted, profe denos más horas de clase. El cambio de aptitud en los estudiantes fue de vital importancia para María Isabel, ya que eso la inyectó de más amor por su labor; después de hacer una reflexión interior pudo llegar a la conclusión de que fue lo que llevo a estos cambios.

Cuando fue a la universidad lo hizo como la primera opción de superación que vio llegar a su vida, en ese momento solo le importaba zafarse de la opresión económica de su esposo. Cuando se enfrentó por primera vez a un aula de clase sintió un pavor inmenso ya que se sintió impotente al comprender que no sabía dictar una clase, no sabía interactuar con los jóvenes, sintió que estaba en el lugar equivocado. Pero sabía que no podía renunciar, tenía claro que esa era su oportunidad de acceder a la libertad no solo económica, sino también emocional y sentimental; por ello aun con los malos resultados que estaba obteniendo decidió continuar. Una de las mayores dificultades que tuvo que enfrentar fue la apatía por recibir clase de religión, era clarísimo que a los estudiantes el área les incomodaba, y fue precisamente esa apatía la que la llevo a reflexionar y a buscar opciones para hacer que ellos amaran llegar a su clase de religión, en ese momento fue un reto grandísimo. Lo primero que hizo fue entender que la clase de religión no tiene por qué ser una clase de catequesis, que debe ser enfocada hacia el deseo o la necesidad que tiene cada ser de encontrar ese trasfondo espiritual, comprender que es lo que se necesita para llenar el vacío emocional que nos origina la duda, la incertidumbre sobre la existencia

o no de un ser divino, guiador, dador; el cual nos han inculcado como alguien que simplemente se limita a darnos una vida y luego a esclavizarnos a él. Pero como hacer esto sin que el estudiante sienta que está en una clase de religión. Lo segundo, fue aprender a trabajar con estudiantes que llegan al aula de clase con todo tipo de creencias, parámetros, directrices sociales; que son precisamente los que hacen que el ser como tal llegue al no creer, convirtiéndose este en el principal motivo de negación ante el área de religión.

María Isabel es sincera y acepta que el tiempo para hacer esta reflexión le tomo más o menos seis años de vida laboral, los peores años de su vida en el ámbito profesional fueron estos, ya que se limitó todo este tiempo a preparar trabajo para una clase donde lo único que le importaba era tener el grupo de estudiantes entretenidos trabajando; sin importarme que para ellos fuese un trabajo aburrido y sin sentido. Fue a su llegada al ITA, en el 2008, la que le hizo reflexionar, y la razón fueron los testimonios de los estudiantes frente al trabajo del docente que llega a reemplazar, solo recuerda su nombre Daniel [...] no lo conoció, nunca vio su rostro, pero este donde este María Isabel desea decirle que a él le debe gran parte de lo que ha llegado a ser hoy. Le contaban como, por medio de actividades lúdicas les enseñó a compartir, a respetar al otro, a amar [...] les enseñó como el amor es el más importante de los mandatos divinos, como si amamos al otro no hay necesidad de preocuparnos por nada más ya que amando no lastimamos a nadie. Comprendió que de la creatividad y el ingenio del docente depende el éxito de su clase.

María Isabel inicia a partir de ese momento sus clases de religión dejando claro a los estudiantes que DIOS es solo amor y que está completamente separado de las religiones, que ella no aspira a una salvación a través de un culto, o una norma [...] que ella depende de sus obras, de lo que hagas con tu vida. Que, para poder amar a DIOS, tenemos que aprender a amarnos, a respetarnos, a cuidarnos, y solo después de hacer esto podemos darnos el lujo de encontrar a DIOS en nuestro corazón. Ha sido una experiencia maravillosa desde entonces llegar a una clase de religión, aprendió a amar su clase de religión y fue así como ellos aprendieron a amarla, a desearla. Les fascina cuando se trabaja la historia de las religiones, como se formaron, quienes las propusieron, como las viven, cuando se habla de tantas costumbres sociales, tantas cosas buenas y malas que se han vivido en la historia de la humanidad hechas por el hombre a nombre de DIOS, se cuestionan, preguntan, indagan, exponen. Uno de los temas que más les gusta es la parte contraria, historias de brujas, duendes, el ángel caído. Cuando se trabaja el tema del pecado, fue especial para ellos dejar de pensar que cualquier cosita que hagamos es pecado, y se logró al trabajar la historia de vida de las niñas en China, las mujeres en África, las niñas en la India, los gemelos indígenas, las mujeres en la Guajira, los pedófilos, la historia de los niños guerrilleros, los efectos sociales de la infidelidad, vista como el irrespeto a un juramento de amor, el aborto. En fin, todos estos temas trabajados con ellos de una forma creativa han hecho que ya la clase de religión no sea la que más aburre, sino por el contrario la que más expectativa causa. Una de las cosas que aprendió con este cambio de mentalidad y metodología, fue que cuando nos inculcan las cosas bajo presión no funcionamos de la misma manera. Por ello cuando le habla de Dios de una forma libre, sin normas, sin cultos, solo con amor y vivencias limpias de daño al otro; María Isabel ha podido lograr mejores resultados.

En el año 2012, específicamente en octubre, María Isabel pasó el mal momento de presenciar el instante en el que las AUC, terminaban con la vida de un militar que se encontraba infiltrado en sus filas, el haber estado en el lugar y el momento equivocado me trajo como consecuencia tener que salir de mi pueblo amenazada por las AUC. Afortunadamente contaba con la ayuda de una persona que tenía buenos contactos en la secretaría de educación, y gracias a él, Fernando, logra ser ubicada en un excelente lugar de trabajo. Llega a la Institución Educativa Atanasio Girardot, el 6 de enero del 2013, fue el

inicio de una nueva etapa en su vida personal y profesional. Ya dejó de ser la profesora del área de religión, y la ubican a dictar el área de filosofía, fue un reto muy grande para ella ya que, aunque su título le da la idoneidad para trabajar esta área nunca lo había hecho. Le toco estudiar, leer mucho y aprender al ritmo que les enseñaba a sus estudiantes, de nuevo padece las falencias de la mala formación académica de la universidad que le concedió el título, pero ya fue más fácil debido a que ya poseía unas metodologías claras de estudio y enseñanza. Pero hacía el año 2015 se le presenta un reto mayor, el cual confiesa le causo temor. La docente del área de artística se retira a disfrutar de las mieles de la pensión y el señor rector le informa que quien debe asumir las horas que ella deja es María Isabel. Más que temor a dictar el área como tal, era el temor hacia los malos resultados en el área que la profesora venia presentando con respecto al rendimiento académico de los estudiantes. Tenía la idea de que ellos eran apáticos al área. Por ello al iniciar sus clases de artística se le ocurrió tener en cuenta los gustos y necesidades de cada uno de ellos. Les propuse que para iniciar cada uno le presentara una exposición sobre su talento. Fue de esta forma que los ubicó por grupos de trabajo y cada uno de ellos enfoca el área desde su talento. Así los resultados han sido espectaculares. María Isabel piensa que obligar al que le gusta bailar a pintar, es bloquear su capacidad para algo y llevarlo a despreciar lo otro conduciéndolo al fracaso escolar. Por ello en su aula la clase de artística es una invitación a estar trabajando en algo, todos debemos estar en función de algo, pero con la libertad de elegir que hacer. Dibujo, danza, teatro, pintura, costura, poesía, canto. Y al finalizar el periodo la evaluación se hace por exposición de lo trabajado.

He aquí, un relato superficial de lo que originó la existencia de María Isabel, cómo la ha vivido y que resultados ha obtenido.

SALVAR VIDAS

Institución Educativa Concejo Municipal de La Estrella

María Eugenia Álvarez Vargas

Inicialmente, mi vida profesional la veía proyectada en el área de la salud, me sentía identificada con poder servir a otros de una manera más humana, siempre estuve motivada por todo aquello que genera satisfacción de poder entregar lo mejor de sí.

Al iniciar mi pregrado me di cuenta que había hecho la elección perfecta, cada vez me identificaba más con los aprendizajes obtenidos y perfilaba mi rol como docente y directivo, de cada momento, de cada experiencia tomaba todo aquello que sabía me fortalecía para mi desempeño futuro.

Es así como las áreas dentro del pensum con las que más me identificaba y de las que mayor provecho quise obtener fue Psicología y matemáticas. Mi grupo de estudio en su mayoría eran docentes que estaban haciendo la licenciatura para obtener su ascenso en el escalafón, pues ya eran docentes normalistas algunos y entre sus debilidades estaba el aprendizaje de las matemáticas, lo que para mí no significaba mayor dificultad, tomé el liderazgo y se convirtió en un hábito el encuentro los fines de semana para el estudio y desarrollar talleres que durante la semana se nos colocaban.

Dentro de mi experiencia como Docente inicialmente en el Colegio de la Presentación de donde soy egresada, y luego como Directivo/Docente, siendo nombrada como Directora de la Escuela Manuela Beltrán del Municipio de La Estrella, donde igualmente fui formada en la Básica Primaria, logrando durante estos años obtener múltiples vivencias y a la vez fortalecerme desde el manejo de mis emociones, logrando flexibilizar la rigidez con que fui formada frente al concepto de autoridad interiorizado en mí, a través de los años de formación personal y profesional.

Las oportunidades que he tenido de reflexionar frente a un mundo cambiante, donde el niño, el joven e incluso los adultos dependemos en gran medida de nuestras emociones, que nos llevan a expresar y actuar sin medir consecuencias, me ha llevado a concebir la escuela como ese escenario capaz de propiciar encuentros de aceptación, reconocimiento y sobre todo reconciliación con ese otro que en un momento determinado consideré imposible de aceptar como compañero(a).

Construir ambientes pacíficos de aprendizaje al interior de la escuela, se ha convertido en un pilar fundamental dentro de mi desempeño profesional, sintiéndome permeada a nivel familiar y personal.

Hoy mi mayor satisfacción es observar cambios significativos en estudiantes que he tenido la posibilidad de tocar personalmente desde el afecto y es así como en el año 2009 paso de ser coordinadora de la Adelaida Correa del municipio de Sabaneta a la Institución Educativa Concejo Municipal, del municipio de La Estrella, donde hacía seis años había tenido la oportunidad de ser Rectora en encargo, el cual asumí como un gran reto, fue una experiencia enriquecedora que me permitió tener una mirada global de la dinámica escolar, pues ya había tenido la oportunidad de desempeñarme en los diferentes Roles “como Docente, como Coordinadora y como Rectora”; los cuales me posibilitan actuar con propiedad desde la experiencia y llegar a construir juicios de valor pertinentes frente a las dualidades del deber ser y lo que cotidianamente en contexto ocurre.

Cuando llego a la Institución observo que una de las estudiantes del grado quinto a quien nombraré en mi relato como “Juanita” se presentaba en condiciones poco favorables para iniciar una jornada escolar, en ella se observaban aspectos a nivel físico y emocional que dejaban ver las dificultades por las que a nivel familiar y social vivía, su estado nutricional no era óptimo, se notaba ligero abandono con relación a su presentación

personal, es importante resaltar que este era solo uno de tantos casos similares que no solo en grado quinto, sino en los demás grados se presentaban, pues la Institución se encuentra ubicada en una zona de estrato 1 y 2 donde la descomposición familiar, bajos recursos económicos y falta de oportunidades impactan negativamente en nuestra población escolar.

Inicio un proceso de acercamiento con Juanita, tratando de empatizar con ella, a través de acciones sencillas como preguntarle a la entrada de la Institución, donde por acostumbro hábito diariamente recibir a todos los estudiantes, tratando de establecer un contacto directo, firmar sus excusas de ausencia y poder conocer sus estados de ánimo, con acciones sencillas como un saludo, un “ayer no te vi”, cómo seguiste?, estas mejor?, y de esa manera generar que Juanita se acercara a contarme algunas situaciones que vivía, en varias ocasiones me acercaba a ella por sus estados depresivos, la peinaba, le regalaba objetos pequeños que mi hija me obsequiaba para ella, como aretes, anillos, balacas, que quizás para el común eran insignificantes, pero para ella resultaban ser muy valiosos.

Empecé a descubrir que su vida estaba rodeada de factores amenazante que difícilmente le permitirían construir un proyecto de vida digno y dejar de reproducir lo que le había tocado vivir. Era conflictiva, con baja autoestima, con dificultad para relacionarse, con alguna frecuencia algunos docentes la retiraban de clase y en otras ocasiones era ella quien tomaba la decisión de hacerlo; cuando esto ocurría y era enviada a la coordinación, en lugar de sancionarla la escuchaba y aprovechaba para encomendarle alguna tarea, que se sintiera útil, con el ánimo de mejorando su autoestima, trabajando con ella el convencimiento de que el problema no eran los demás, ni lo que hacían o decían, sino la forma como yo lo asumía y qué debía hacer para fortalecerme y que no volviera a ocurrir.

En cierta ocasión, Juanita llegó a la coordinación en medio de un ataque de histeria, era demasiado impulsiva y con gran dificultad logré tratar de calmarla hasta obtener la versión de lo ocurrido, ya en varias ocasiones la estudiante me había manifestado que una docente la trataba mal, que en clase la ridiculizaba, situación que como directivo docente me comprometía con relación a mis funciones y me llevaba a reflexionar en cómo lograr que la escuela se convirtiera en ese escenario de disfrute tanto para estudiantes como docentes, donde todos en una dinámica de interacción enseñanza-aprendizaje, sintieran que cada día se convertía en una oportunidad para crecer no solo en lo cognitivo, sino en lo personal, formando realmente bajo el espíritu de la ley, de manera integral; pero los episodios vividos por Juanita y muchos otros niños y jóvenes que se sentían ultrajados, incomprensidos, no escuchados por algunos docentes que en su afán por impartir un conocimiento desconocen los contextos y problemáticas que aquejan a muchos de nuestros estudiantes y en el caso puntual Juanita fue tratada por una educadora de “Guaricha”, lo que causó su ira, al preguntarle por el significado del término, porque yo en realidad no lo conocía, me responde que no sabe que significa pero que estaba segura que era algo muy feo y no le gustaba, le pedí que se tranquilizara y que en la tarde investigara su significado que yo también haría, que al día siguiente me comprometía a propiciar un encuentro con la docente, para dialogar sobre lo ocurrido.

Ante esta situación entró en conflicto conmigo misma y trato de establecer una ruta de conciliación para el día siguiente, en la que desde lo espiritual, lo ético y profesional no caiga en contradicción frente a permitir la vulneración de los derechos de Juanita y actuar objetivamente bajo el respeto, permitiendo que la docente exponga las razones por las cuales actúa de esa manera, teniendo en cuenta que no es la primera vez que ocurren situaciones conflictivas entre la docente y demás estudiantes, con el agravante que algunos de ellos prefieren permanecer en silencio para evitar ser víctimas de represalias en su contra.

Efectivamente, al día siguiente Juanita se presentó con su acudiente, en este caso la mamá a quien acababa de conocer, porque generalmente no asistía a la institución ni cuando la niña se enfermaba, nunca podía; en esta ocasión lo hizo para acompañar a su hija y reclamar a la docente que supuestamente la había agredido en forma verbal; cité a la docente a la coordinación y en presencia de Juanita y su acudiente, inicio haciendo la presentación entre ellas para romper el hielo y bajar los ánimos de ambas partes, además de proponer unas normas mínimas antes de iniciar el diálogo, como era permitir que fuera yo quien orientara la conversación dando la palabra a cada una de ellas en el momento oportuno, escuchar con respeto y manejar un tono de voz prudente, pues había cierta predisposición, al solicitar a la docente la razón por la cual había tratado a Juanita con ese dicho término, expresó que realmente su comportamiento era similar al de una “Guaricha”, porque era primaria al responder, no se medía, su aspecto era desordenado, altanera, en otras palabras se comportaba como una callejera, recordé los acuerdos tratando de impedir que la docente continuara empleando esos calificativos que lo único que lograban era indisponer más a la madre de familia que al escucharla le interrumpe y con indignación se dirige a ella expresándole “Profe mi hija no es persona que ejerce la prostitución como lo define el diccionario, la docente reitera que ella no la trató bajo ese calificativo, sin embargo traté de mediar dando otra definición que en otros contextos significa la palabra como por ejemplo “india joven”, con el ánimo de que la docente tomara conciencia de su error y se disculpara, con dificultad se logró llegar a acuerdos mínimos de convivencia entre ellas, ya que la docente le expresa que realmente “no la quiere tener en su clase, no se la soporta, pero que hará lo posible para ignorarla, que ella se limite a cumplirle con lo que le corresponde”. Situación que, con certeza, se seguiría presentando.

Lo ocurrido anteriormente logra en mí dejar un gran malestar, con sabor a desesperanza, pues no concibo que situaciones como estas se puedan presentar en un espacio donde el respeto, la sensibilidad frente al otro y en nuestro caso como maestro y directivo, la ética profesional se vea comprometida al convertirnos en cómplices de situaciones como estas, donde el respeto mutuo debería ser factor predominante en las relaciones de aprendizaje, y como adultos significativos ser sus referentes en ese camino que juntos hemos emprendido, donde cada parte debería apostarle al gana y gana sintiendo fortalecida nuestra vocación desde la experiencia del día a día.

Después de esta situación intervenida y parcialmente resuelta, propongo a Juanita, acepte acompañamiento psicológico, pues lo consideraba necesario no solo por las relaciones conflictivas que cotidianamente observaba entre ella y sus pares y algunos docentes, sino porque en ella veía proyectada una líder que podía direccionar su proyecto de vida, valorando su potencial cognitivo, además de sobreponerse a su entorno el cual solo le ofrecía maltrato, hambre, y otras situaciones de riesgo que eran imposibles de ser controladas por ella.

A la par con esta situación, otra docente que reconoce en Juanita fortalezas para trabajar en equipo y algunas habilidades en teatro y actividades circenses, la invita para que haga parte de su proyecto de Circo que se estaba posicionando en la institución, acepta la invitación lo que permite afianzar en ella su autoestima, hasta llevarla a una toma de conciencia frente a lo que quería hacer de su vida y fue así como un día se me acerca y me dice: “cordi, yo no quiero vivir y reproducir lo que por suerte me tocó, quiero que me ayuden a salir adelante yo haré todo lo posible por ser diferente y lo voy a hacer desde lo que he aprendido de usted y de los demás profes que me han corregido y enseñado a que soy yo la que decide que me puede afectar, a no permitir que lo que me digan me cause tanto daño mientras esté convencida que estoy haciendo lo correcto”.

Ese momento me llevó a recordar como desde pequeña fui perfilando lo que quería llegar a obtener no solo a nivel profesional, sino como ser humano, valorando los sacrificios

que mis padres hacían por darnos lo mejor, desde las carencias materiales, pero no las afectivas, por lo que siempre quise que Juanita recibiera parte de ese amor que siempre he tenido y a la vez tratando de comprender acciones como las de la docente quien con sus maltratos considero se encuentra convencida de que es la forma de obtener autoridad y reconocimiento, quizás sin hacerlo consiente porque en la vida no ha recibido el suficiente amor para brindar a los demás parte de este.

Al escuchar a Juanita la decisión que había tomado le cité algunas frases que mi madre acostumbraba a decirnos “tiren el chorrillo alto para que les caiga siquiera en la mitad”, significaba que no importaba cuánto teníamos sino lo que queríamos ser y buscar, de una manera honesta, la forma de llegar a esa meta por alta que fuera o difícil que pareciera ser.

Con la decisión tomada por ella el camino para direccionar su proyecto de vida se hacía menos difícil, sin embargo, las dificultades a nivel familiar se convertían en amenazas cada vez fuertes y en momentos se debilitaba en ella esa decisión de salir adelante contra viento y marea.

Durante sus años de secundaria se fue observando en ella cambios positivos hasta lograr vincularse en diferentes actividades, su participación en el circo institucional fue consolidando en ella competencias que perfilaban su vocación profesional y laboral. Los diferentes espacios de formación extracurricular que ofrecía la institución fueron siempre aprovechados por ella, ingresa a una media técnica ofrecida en convenio con la institución, buscando siempre utilizar los tiempos; a diferentes presentaciones de tipo artístico o académico en las que participaba, siempre me tenía en cuenta para que la acompañara, a las que en lo posible asistía como apoyo a su capacidad de sobreponerse a la adversidad.

Esta experiencia de vida aumentó en mí la convicción de que “no solo los médicos salvan vidas”; hoy soy la madrina de confirmación de Juanita, lo que me llena de orgullo, entregué su título de bachiller hace dos años, y con gran satisfacción veo en ella una joven dedicada, con sentido humano que se ve reflejado en la labor social que hace en la fundación para niños especiales que dirige una docente de la Institución, quien simultáneamente se convirtió en un gran apoyo para ella y quien le brindó la oportunidad de seguir creciendo como persona, además de poder estudiar, está finalizando tecnología en primera infancia. Su anhelo próximo es presentarse y pasar a Trabajo Social; lo que demuestra en ella el deseo de superación permanente.

En cada encuentro que tenemos, Juanita expresa con gran alegría que lo que más disfruta de lo que hace es poder transmitir amor y sentirse útil con aquellos niños que tanto necesitan de la comprensión y el buen trato, además de alimentarse del calor humano y afecto que recibe es el poder ayudar a su familia un poco en aliviar la situación económica con lo que recibe como contraprestación del servicio que presta. Visita a su familia los fines de semana y cada vez se pone retos que considera son alcanzables.

Actualmente vivencias como la que acabo de narrar han hecho que participe en mi rol de coordinadora de un proceso de formación en Centros de Mediación escolar, ofrecido por la Facultad de Derecho y ciencias políticas de la Universidad de Antioquia en convenio con la Fundación Social, con el apoyo y acompañamiento de la docente Orientadora de mi institución, logrando vincular todo el cuerpo docente y directivo en la capacitación, con el objetivo de sensibilizar y dar cumplimiento a la ley 1620, cuyo espíritu es lograr que como docentes nuestro rol sea más de mediadores y al interior de los ambientes escolares se convierta en un hábito el correctivo pedagógico más que la sanción punitiva, lo que realmente no es fácil con la cultura institucional que se ha venido liderando y la concepción de castigo frente al incumplimiento de la norma que se tiene en los diferentes ámbitos de la comunidad educativa.

Sin embargo, ya se han logrado experiencias significativas con relación a correctivos pedagógicos resultado de un proceso de mediación, como es el caso de un grupo de estudiantes del grado décimo y noveno que en un acto irreflexivo y de intolerancia llegaron hasta la agresión física y verbal, que después de ser intervenido por el Comité Escolar de Convivencia se logró satisfactoriamente que accedieran a un proceso de mediación con resultados exitosos y convirtiéndose en ejemplo a nivel institucional.

Se continuará con el proceso de formación a estudiantes líderes y padres de familia que deseen participar de este, para fortalecer aún más la conformación del centro de Mediación.

Es así como siento que, a pesar de tantas dificultades que al interior de las Instituciones Educativas se vive, vale la pena continuar aportando desde nuestro sentir, saber y actuar lo que en nuestras manos esté para mejorar la calidad de vida y ambientes de aprendizaje de nuestros niños, niñas y jóvenes que una vez decidimos ser referentes significativos en sus proyectos de vida.

FAMILIA, A TU LADO TAMBIÉN APRENDO

María Yeni Betancur Cárdenas

Mi vida alentada por mis afectos, mis amores y pasiones, ha transcurrido en Barbosa municipio donde nací y donde cursé mis estudios de primaria y bachillerato; los primeros en una de las escuelas y los de bachillerato en un colegio oficial.

El deseo de ser profesora surgió en mí desde los primeros años escolares cuando las maestras fueron el centro de mi atención y de ellas me gustaban muchas cosas que hoy recuerdo claramente: el carácter fuerte en la clase, la dulzura en ciertos momentos y la alegría a la hora del descanso. Yo quería ser como ellas. Por eso las observaba en su ir y venir y deseé ser maestra de niños y enseñarles a aprender con amor.

Todo lo que viví de pequeña fue lo que suscitó en mí el interés particular de apropiarme del conocimiento necesario para actuar en clase. Pensé que si iba a ser profesora tenía que conocer muy bien lo que se debía hacer en el aula para transmitir conocimientos contando cuentos, narrando historias y leyendas. Hubo una maestra en particular, la profesora Amparo Ramírez, que inventaba juegos para que aprendiéramos con facilidad, nos leía y se preocupaba por cada una de las alumnas. De ella me encantaban su dulzura y su energía pues pasaba toda la jornada en medio del bullicio y podía controlar la situación con solo pronunciar una palabra: ¡niñas!, pero haciendo énfasis en cada sílaba y seseando la última letra, prolongadamente.

Esta profesora impactó mi vida. Quise ser una maestra como ella, generosa con el saber, pero exigente con su aprendizaje. Y, entonces, fue en la casa donde fui profesora de mis hermanos pequeños, de mis primos y de los niños del vecindario. No fue un papel el que hice, fui realmente una maestra que los sábados les enseñaba lo que había aprendido durante la semana y que en vacaciones no olvidaba la escuela y que no quería que ellos lo hicieran. Un tablero de madera, una mesa como escritorio improvisado, tizas y un borrador eran mis instrumentos cotidianos y un libro de cuentos mi herramienta predilecta. Empezaba a entender que el magisterio es una función amorosa que abarca todo el tiempo.

Me gustaba que todos los que iban a “mis clases” las disfrutaran y que hasta las mamás se arrimaran a curiosear la pequeña escuela y me ayudaran a poner orden cuando la atención corría detrás del golpe de una pelota. En esta experiencia primera leíamos los cuentos que teníamos a la mano y todos por igual los disfrutábamos.

Transcurrieron luego los años del bachillerato y en ellos tuve, como todos los que hemos sido escolares, materias que me gustaban más que las otras y profesores y profesoras en los que vi verdaderos modelos como seres humanos y pedagogos y aunque los años de maestra en mi improvisada escuela quedaron atrás, colaboraba en todo lo que tuviera que ver con la enseñanza y con el estar en clase. Las clases en el bachillerato fueron otra gran escuela para mí y cultivaron lo que ya era el deseo de ser, en la realidad, una profesora.

Así fui labrando mi futuro.

Pronto me casé, luego de terminar el bachillerato, y tuve dos niñas que ingresaron a la escuela y luego a un colegio particular. Durante estas dos etapas escolares colaboré como voluntaria con las alumnas que tenían dificultades, de manera que mi presencia allí era constante, además de que en la casa siempre estaba pendiente de mis hijas, de los deberes escolares y de su cumplimiento en cuanto al contenido, al orden, a la presentación. Mi sentimiento lo volcaba todo a la enseñanza y puedo decir que soy docente por convicción.

Un poco más tarde ingresé a la Universidad San Buenaventura a estudiar Educación Preescolar. Yo era maestra, mi corazón latía como maestra, mi deseo en ese momento fue serlo profesionalmente, considerando siempre que la labor como tal necesita capacitación y preparación continuas y actualizadas.

La universidad me avivó el deseo de ser educadora y contribuyó a la comprensión de los modelos educativos, diferentes en muchos de sus aspectos, pero orientados todos a la obtención de un mejor saber. Me ayudó a ordenar lo que antes era un saber forjado en la práctica a partir de la intuición y de la experimentación. Fue así como me preparé profesionalmente como educadora de niños.

Al salir de la universidad, y antes de graduarme, realicé un trabajo en el aula de apoyo del municipio de Barbosa con una población caracterizada como aquella que tiene “Necesidades Educativas Especiales”, porque así llamaban a los estudiantes que tenían dificultades o talentos especiales. Un trabajo que, en lo que a mí se refiere, fue muy importante porque los estudiantes acudían en compañía de sus padres y estos fueron fundamentales en todos los componentes del proceso.

Esta experiencia con niños y niñas pertenecientes a familias trabajadoras me sugirió la idea de vincular a los padres y mejorar el proceso de aprendizaje de los hijos. Alrededor de esta idea me hice algunas preguntas: ¿Qué medios usar? ¿Qué resultados buscar? Fue una idea incipiente a la que no logré en esta etapa dar un contenido concreto pero que me puso en esa línea de pensamiento pedagógico. El medio era un estímulo para pensar en optimizar los recursos y puedo afirmar, mirando esa actividad en retrospectiva, que fueron los alumnos del aula de apoyo y sus padres los que, por primera vez, me mostraron un camino que no he abandonado: el de aprender con quienes aprenden.

En esa comunidad conviví con muy diversas personas y supe lo que eran el afecto, la sinceridad, el abrazo fraterno de niños, padres y abuelos, la gratitud de muchas familias de estrato económico medio- bajo y con escasos estudios que estaban siempre, como se dice, al pie de sus hijos. Estos recibían el apoyo en salud de las profesionales de la Unidad de Atención Integral y en la parte académica de las maestras. Lo que logré con la enseñanza en este lugar se quedó en mí para siempre como un alegre recuerdo de la práctica docente.

Luego de superar el concurso para ingresar a la carrera docente en el departamento de Antioquia, me correspondió viajar al municipio de Puerto Berrio, un lugar nuevo y diferente a lo ya conocido, otras costumbres sociales y familiares, otra cultura. Allí trabajé con niños de transición en una institución pública. Los niños mostraban condiciones formativas precarias, muchos de ellos venían de los hogares del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar y otros de familias trabajadoras con un alto índice de analfabetismo.

Sentía limitadas las posibilidades de la escuela y de las maestras, pues los esfuerzos hechos en el aula no tenían continuidad en el hogar. La escuela era apenas un rato en la vida diaria de los alumnos y alumnas y este se interrumpía bruscamente al terminar la jornada. No existía comunicación con los padres y estos no tenían medios para apoyar a los niños en las tareas, no tenían como consultar, lo que hacía que el saber escolar se limitara a las paredes del aula. Esta situación impactó mi percepción sobre la docencia y me obligó a pensar que era obligatorio hacer las cosas de manera diferente, que había que transformar situaciones desde la escuela misma.

Al regresar a Barbosa, después de un año en el Magdalena Medio, me vinculé a una Institución en la vereda La Isaza del municipio de Barbosa, que luego pasó a ser parte integrante de la Institución Educativa Rural El Hatillo, pero en la misma sede en la vereda. Y todavía permanezco en ella. Es una zona rural donde predominan las fincas de recreo, pero con una población importante de origen campesino que sobrevive en esos parajes mediante el trabajo de agricultura o como mayordomos en las mencionadas fincas.

Por tratarse de una institución educativa rural era muy común ver a diario a padres de familia, abuelos y parientes que llevaban a los niños y que regresaban por ellos al terminar la jornada escolar. Todos se conocían entre sí y tenían frente a la institución y a sus miembros una actitud de familiar convivencia.

De esta manera, viéndolos diariamente, conocí a los miembros de la comunidad de La Isaza y entré en ella. Supe de los parentescos, aprendí a reconocer a las personas y compartimos las experiencias con los niños y niñas, así como su forma de ver la vida, las narraciones y viejas historias de la vereda y los parajes, de sus habitantes, de la fauna y la flora del lugar, de la manera de preparar alimentos diarios y ocasionales, de curar las dolencias, de cuidar el entorno y de dar apoyo a los miembros de la comunidad, entre ellos los pertenecientes a la escuela.

La cotidianidad compartida se expresó en la primera fiesta escolar que se organizó, “El día de la Creatividad” en la que todos colaboramos en la preparación de la sede escolar, en la decoración e incluso en algunas de las actividades, como la fabricación de los alimentos que se repartieron en esa fiesta.

El estar continuamente en comunicación con todos me permitió conocer abuelos, padres, hijos, sobrinos y nietos que aman sus casas y montes, que se conocen cada quebrada y sus piedras, cada árbol y las plantas medicinales que crecen en su entorno. Todos ellos reconocen el sonido de las aves y se hacen acompañar de los sonidos de la naturaleza, la cual conocen y describen con gran propiedad.

Me hice miembro de esa comunidad, porque encontré en este lugar unas particularidades especiales que fueron, poco a poco, generando expectativas diferentes y, en mi corazón, un arraigo institucional muy fuerte que me indujo a trabajar con mucho amor en mis tareas diarias y a explorar la fortaleza de la comunidad educativa para propiciar formas de aprendizaje para todos.

El continuo contacto con las familias me llevó a vincularlas al aprendizaje, inicialmente en el control de las tareas. Teniendo en cuenta las reflexiones sobre el papel de los padres, a partir del aula de apoyo en Barbosa y la de Puerto Berrío, fui iniciando un proceso de profundización del vínculo institución-familias.

Las familias efectivamente verificaban la realización de las tareas. De la cotidianidad con los padres, abuelos y parientes surge el proyecto de vincularlos a la acción educativa con los niños. Se creó un diario para la comunicación escuela-familia- escuela, pero encontramos la dificultad de que las familias leyeran y escribieran, porque su saber era precario o inexistente, y fue, entonces, que se crearon sesiones de aprendizaje para adultos.

Este aprendizaje lo cumplieron la mayoría de adultos que no sabían leer y escribir y la idea participativa se transformó por iniciativa colectiva: la idea que difundimos, teniendo en cuenta su entusiasmo y dedicación fue la de participar desde sus casas con acciones como revisar las tareas y transmitir en el diario sus apreciaciones, escuchar las lecturas que en voz alta debían hacer los niños, colaborar con la búsqueda de plantas y pequeños animales, recolectar hojas, elaborar carteleros con objetos del lugar. Pero, también, narrar lo que conocían de la vereda, compartir con todos los demás las experiencias culinarias, incluir sus ideas en las celebraciones escolares.

La dificultad del analfabetismo fue el estímulo mayor, pero no el único, pues a partir de él se afianzó su presencia en la escuela a la que consideraron como propia y a la que asistían a clases en las tardes. Y fue así como compartimos experiencias y saberes, en forma ordenada, por escrito y era en la escuela donde intercambiábamos lo que sabíamos.

La respuesta comunitaria de padres de familia, abuelos, escuela y comunidad en general fue el estímulo que dio origen al proyecto “En familia, la lectura y la escritura, un

mundo de aventuras”. Las familias participaban y los niños y niñas aprendían en la escuela y en las casas. Los niños ayudaban a sus familias a aprender, aprendiendo juntos.

Y juntos todos nos comprometimos en la primera producción de narraciones para la biblioteca escolar [...] inicio de una tarea que no se ha terminado y hace parte de un potente archivo que es el orgullo de todos en la vereda.

Esta experiencia generó cambios metodológicos y curriculares, pero que no partieron de una decisión de las docentes, sino del estímulo y la interacción con los alumnos y sus familias. Fue un intercambio de roles porque como docente aprendí de los saberes de la región mediante la narrativa de las familias y el reconocimiento directo de los lugares. Yo fui una alumna más a quien los niños y sus familiares le enseñaron y le enseñan continuamente. Quiero destacar lo anterior, porque en la institución la acción pedagógica con la comunidad pasó del deseo a la realidad y transformó las vidas de los partícipes.

A mí me transformó como docente y como ser humano. La experiencia, que no termina, le ha dado un nuevo sentido a mi labor y me ha hecho entender que no solo se aprende en la escuela. La experiencia nos proyectó a todos hacia la región y cuestionó el papel del maestro frente al tablero, el maestro que lee, dicta y evalúa, para introducirnos y mantenernos a todos en una acción diaria que todavía continúa [...] Y me mostró a mí que los niños y niñas, si se les permite que sean protagonistas de su propio aprendizaje, pueden construir sus propios relatos. Igual sucede con los miembros de la familia. Y esta evidencia realmente me cambió la manera de verme como docente.

Mi actividad no puedo pensarla, en este momento, desde lo individual porque la comunidad educativa, mediante el estímulo de su propio quehacer produjo varios textos, me involucró como docente y generó en mí, además de una intensa emoción, la evidencia de logros más allá de lo curricular. Participamos todos en el trabajo colectivo y hemos obtenido resultados como los siguientes:

- Libros de Secretos para contar y que son el fruto de mi participación con la comunidad de la vereda La Isaza y cuyos títulos son: Secretos de las plantas y Secretos para primeros lectores de segundo y tercero de básica primaria. Además, recopilación de libros, tales como:
- Elaboración de “Diccionarios temáticos”. Los niños rescatan diez palabras con cada letra del abecedario y las definen de acuerdo con sus conocimientos y están relacionadas con el eje temático que trabajará el curso a lo largo del año escolar.
- Actividades del “Buzón amigo”: se rescata la comunicación epistolar y los niños hacen amigos en distintos lugares del departamento y del país, como lo fue con alumnos de una I.E. del municipio de Sopó – Cundinamarca –. También con los de la I.E. Agrícola de Urabá en el municipio de Chigorodó. Estos dos contactos nos motivaron a la creación de un subproyecto al cual se le llamó “Leyendo y escribiendo, otras regiones voy conociendo”. Hoy esta propuesta se extiende con los usuarios de la biblioteca comunitaria, “Sueños de Papel” de la comuna trece del municipio de Medellín.
- Hay que destacar las creaciones textuales para la elaboración de algunos alimentos. Es así como elaboramos las recetas familiares en las actividades de la escuela y las familias las comparten. Los recetarios los llevamos a la “Biblioteca Escolar Juan Palabras” al igual que el libro artesanal, “Relatos de Cocina” que cuenta las anécdotas vividas alrededor de la cocina de nuestros ancestros. Y son fuente de consulta y archivo que estimula la creatividad de los miembros de la comunidad educativa.
- Entre todos, recuperamos la historia de la vereda en actividades en las que los abuelos cuentan a los niños como eran en el pasado los distintos aspectos del lugar y alguien de la familia escribe en el libro titulado: “Historias contadas y encantadas”.
- También hemos rescatado la tradición oral con una actividad colectiva en la que se narran mitos y leyendas, se dan a conocer refranes, coplas, adivinanzas, trovas,

canciones, dichos, ritos de la religión, juegos, se hace referencia a los tipos de viviendas, a los parajes de la vereda. Estas narraciones también se escriben y sus autores son los estudiantes, sus familias y miembros de la comunidad en general. Como producto de esta actividad se construye el libro “El Baúl de mi vereda Isaza”.

- A partir de las historias que las familias narran a los estudiantes creamos el libro “Mi familia, dejando huella” que igualmente busca rescatar las tradiciones orales referentes a: la gastronomía, la vivienda, costumbres, como era el método con el que aprendían a leer y escribir, rituales religiosos, las normas de urbanidad que se tenían, etc.

- También se rescatan los juegos tradicionales, las canciones de antaño, las canciones infantiles tradicionales. De esta experiencia quedan dos libros que son “Juegos de mis abuelos” y “Arrurú de mis abuelos”.

- Otra producción textual recopila las palabras usadas por los abuelos en otras épocas, que han sido olvidadas y que se quieren conservar. Se encuentra en el diccionario temático denominado “Abuelismos” escrito e ilustrado por los estudiantes quienes realizaron la investigación con las personas mayores de la vereda.

- También recopilamos información sobre los beneficios de las plantas como el achiote, la penca de sábila, el hinojo y muchas más en las “Propiedades de las Plantas Medicinales”.

- La “semana feliz” es una actividad en la que los padres, hermanos, primos, abuelos, y quienes puedan asistir, comparten y acompañan a los escolares en sus actividades en el aula de clase. Todos los que concurrimos nos convertimos en miembros de las clases: se leen cuentos, colorean, juegan, cantan, participan en rondas, cuentan anécdotas, trabajan origami, cocinan a partir de sus recetas y, algo muy importante dentro de la actividad, dejan como producción de esta semana un recordatorio (tarjeta y manualidad) para cada niño. La familia plasma en una cartelera los momentos especiales de la vida del niño, los socializa y son expuestos en la IE. Para culminar esta semana, los participantes presentan a sus compañeros el libro artesanal “Mi Proyecto de Vida”, el cual es elaborado durante el año por cada familia, con la participación cotidiana de cada niño que es quien lo transcribe o lo escribe, de acuerdo con su nivel de conocimiento en escritura.

- “Mis Escritos” son los libros recopilados por los estudiantes con diferentes tipologías textuales durante la participación en la “Escuela Literaria”. Esta actividad la dirige el poeta Omar Gallo, la apoyo como docente y en ella participan activamente los padres de familia.

Así ha sido mi vida, así ha transcurrido. La energía y la emoción que las comunidades le han puesto al aprendizaje han sido mi motor y me ha permitido alcanzar como uno de los logros principales lo realizado en la Institución de la vereda la Isaza. Me llenan de emoción los padres y familiares, así como los niños que expresan lo que saben, lo que sienten y lo que desean por medio de la palabra oral y escrita, la cual expresan no solo ante la comunidad educativa, sino ante visitantes y autoridades que han estado en la Institución. Todos hemos construido la forma para dar de nosotros lo mejor.



Son todas estas razones las que nos han llevado a todos los de la comunidad a producir saber en la familia que conformamos y con la que también aprendemos, también aprendo.

Y PENSAR QUE DE NIÑA NO ME INTERESO JUGAR A SER LA PROFE

Siempre fui la estudiante

Martha Montoya Mejía

Ingreso al sistema escolar, sin hacer preescolar, pues en aquella época no era obligatorio. Llegué al grado primero con una maestra llamada Socorro Jiménez, una maestra alegre, pero estricta; nos enseñaba a cantar, bailar, hacia rondas, poesías, nos ponía música aún recuerdo aquella cancioncita [...] coco uaua, coco uaua, la gallinita poquito a poco se fue a jugar [...]

Un sistema escolar que nos sentó en filas, donde cada uno tenía que aprender lo que la escuela quería y no lo que deseábamos. De mi grado primero recuerdo lo afectiva que fue mi maestra conmigo, creo incluso que fui su preferida ese año.

Con el paso de los días fui creciendo hasta llegar al bachillerato, un paso gigante cuando llegas a un colegio inmenso, o sería porque la gente era grande, en este colegio encontré profesores fríos, quienes solo daban la clase y ya, no se preocupaban por ninguno. Aburrida de este claustro aburrido y frío me dedique a buscar lo rico del colegio, pero definitivamente fue el recreo donde podía ver los equipos de los diferentes deportes jugando un partido, aplaudiendo y riendo como se hacía en la escuela.

Ah, pero sí recuerdo mucho a una profesora gruñona (aunque por más que quiera no recuerdo su nombre, pero eso si su cara aun la tengo muy presente) claro que eso no impidió el que yo en clase me riera por todo, hablara con los compañeros del lado, comiera trocillos deliciosos a escondidas, pero eso sí, siempre sentada en primera fila para no desconcentrarme porque atrás, sería un desastre y descontrolada. Claro que los profes me aguantaban un poco porque académicamente rendía y era buena como decían ellos y claro así cuando me llamaban la atención no me corchaban, además, no me llamaban a mi acudiente con tanta frecuencia.

Como siempre en mí, se me ha metido en la cabeza que quiero ser medica cuando sea grande, y para ello tenía que prepararme; ingrese a la cruz roja como voluntaria disfrutando de todo hasta el último momento. Y de repente se me prende la chispa de querer estudiar en el Presbítero Bernardo Montoya Giraldo, un colegio donde tenían dos modalidades, ciencias naturales y pedagogía, pero con mi indisciplina según la hoja de vida, no me dieron el puesto, pero me tocó rogar y comprometerme a mejorar y cambiar (aunque aún lo deben estar esperando) mentira, yo si cambié, pero no llegué a la meta que ellos esperaban.

Inicio, entonces, a estudiar en el Presbítero Bernardo Montoya Giraldo, un colegio súper grande con mucho espacio verde, con una caballeriza de vecinos, y con muchos estudiantes, con tantos profesores como profesoras y ya estos eran cálidos, amigables, sonreían en clase e incluso de vez en cuando nos hacían reír. Teníamos maestros para cada materia y otros para las de modalidad, y que gran sorpresa cuando nos pusieron a desarrollar las practicas, de pedagogía en los salones de la escuela anexa (los de primaria) y otras escuelas de convenio. Hacíamos las practicas dictando clases, organizando una presentación, recreando a los niños, haciendo carteleras, mejor dicho [...] según los profes nos preparaban para ser maestros de aula. Luego, hacíamos las prácticas de ciencias reciclando, sembrando arbolitos, haciendo abono, limpiando la quebrada, pasábamos buena parte de la tarde en los laboratorios, como decían algunas mamás, *brinconiabamos* por todo el colegio.

Resulta que en ambas prácticas me iba muy bien y eso era garante de continuar 10 en el colegio, y ser aceptada para la modalidad de ciencias naturales y así prepararme más

para el examen de admisión de la universidad para ser estudiante de medicina, y así fueron pasando los días [...] cuando las coordinadoras de modalidad hacen el listado según el perfil de cada uno a que modalidad podíamos aspirar, pues muy pocos teníamos la posibilidad de elegir, pues las coordinadoras de modalidad determinaban por el desempeño a cual modalidad debían inscribirse, pero no, yo no tenía problema alguno podía elegir la que me pareciera, según ellas tenía perfil para ambas. El protocolo era muy claro, tenía el perfil, las coordinadoras de modalidad y los profesores creían en mí, mi familia me apoyaba, si, ya era una estudiante de ciencias naturales.

Pero en octubre, nos sienta en el banquillo la “santa inquisición” (así llamábamos al comité de la modalidad conformada por el rector, coordinadores, profes de modalidad) delante de ellos, cada quien pasaba se sentaba y justificaba porque elegimos la modalidad, (pero no había problema porque ya habían dicho que podía escoger cualquiera) pero si era estresante porque muchos salían llorando porque no eran admitidos en la modalidad y debían buscar colegio para estudiar el próximo año, y yo, con mi disciplina [...]

Estando sentada en el banquillo, y ver la cara de aquellos docentes que decían orgullosos” ya sabemos que elegiste ciencias naturales, porque serás una médica”, en medio de aquellas palabras recuerdo a Dioselina Zapata diciendo, “hubiera sido una gran pedagoga por su chispa y creatividad”. Pero, aunque ya estaba segura, solo dije “no, yo me voy por pedagogía porque seré una maestra de médicos”; estas palabras crearon conmoción al interior de la santa inquisición, palidez, shock. Haciendo decir al rector, que yo no tenía madurez para elegir, que debía llamara mi madre y ella ayudarme a elegir. Para todos los que estaban afuera, fue una gran sorpresa verme salir con una citación para mi madre, pues con esta salían los que debían cambiar de colegio.

A mi santa madre se le paro el pelo al saber de aquella citación, no la vi llorar, pero estoy segura que lo hizo, claro que la cantaleta no sobró, ella juraba que había hecho algo de indisciplina y ese sería el motivo del llamado. Fue un fin de semana de cantaleta.

El día de la citación estaba mi madre sentada con el rector y las coordinadoras de práctica, aunque no sé qué hablaron [...] solo sé que me hicieron llamar para escuchar mis razones de mi elección. Nuevamente les exprese Pedagogía, y sale la maestra Dioselina con su pulcritud y delicadeza diciendo: niña, ¿usted qué es lo que quiere ser cuando sea grande? ¿cuando salga de aquí? A lo que respondí con mucha seguridad: estudiar en la universidad de Antioquia medicina y me especializare en epidemiología. ¿Entonces para que estudiar en la modalidad de pedagogía? Pues fácil, para ser maestra de médicos, respondí con mucha fuerza.

Todos miraban a mi madre, pero ella tan sabia como siempre solo se sonrió y dice: es ella quien debe elegir, y ya eligió. Y así fue, ya para el grado decimo, era una estudiante de pedagogía, (¿aunque hoy me pregunto, será que lo elegía solo por llevar la contraria a los adultos de aquella época? Pero bueno ya estoy aquí y hasta ahora lo he disfrutado).

Fue un momento de mi vida con alegrías, triunfos, traspasadas, locuras, pero de mucho aprendizaje y con la certeza de lo que quería para mi vida. Ser médica.

Aún recuerdo una clase que fue todo un desastre, era en el grado segundo la clase era sobre el relieve de Colombia, muy buena cartelera, una clase planeada con dedicación y excelencia decía mi maestra cooperadora, pero cuando la desarrolle me demore siete minutos, por dios eso fue lo peor, porque yo creí que llevaba más de una hora, ese día me estrene como maestra. Menos mal la maestra cooperadora me dejo tomar aire y permitió repetirla.

Luego, tuve otra clase que para mí fue muy bonita, también para el grado segundo, era sobre el cuerpo humano, y llevé una muñeca de mi pertenencia grandota, casi del tamaño de los niños y les expliqué cada parte del cuerpo con un material concreto muy agradable y jugando. Y fue tan exitosa que la repetí varias veces a los otros segundos.

Llega el momento cuando en mi casa me dan el dinero para comprar el formulario de la Universidad de Antioquia, pues allí estudiaría medicina. Pero cuando lo llene, (no sé qué me paso, se los juro aún no se), lo llene para aspirante de educación preescolar. No pase, pero si pasé en el Tecnológico de Antioquia.

El asombro de quienes me conocían fue grande, mi madre como siempre apoyándome y mi padre solo se rio y dice, “¿profesora? No hija, usted no. En este país los profes. tienen muy mala suerte y lo que tendrán [...]”, trató de persuadirme de mil maneras, pero no pudo. Fui demasiado terca como para ceder.

Inicio el semestre, una carrera donde inicialmente fue repasar lo que ya había visto en la modalidad de pedagogía ventaja sobre los otros estudiantes, haciéndome ir muy bien.

Cada noche al salir de mi casa para hacer deporte o con mis amigos de barrio, me encontraba a don Homero, un vecino que era jefe de núcleo en Medellín y me insistía en trabajar y aunque yo no quería aun, el insistía, hasta que una noche me llega con una orden para hacer un reemplazo por 84 días, y me tocó, un lugar en la Francia, un barrio de Medellín donde en el momento estaba en un caos de seguridad, pues las barreras barriales eran muy marcadas y estábamos en Medellín con la guerra de Pablo Escobar. Fue muy duro allí, pues yo era muy joven, no sabía nada de guerras barriales ni mucho menos, pero los estudiantes que tenía fueron muy valientes y me cuidaban, incluso me acompañaban a coger el bus para que no me pasara nada.

La pobreza de este barrio era muy marcada, muchas mamás eran viudas y las bandas del barrio eran quienes mandaban y allí no había más que hacer que obedecer.

Una tarde ingresan a mi salón y me sacan de clase porque necesitaban que me fuera del barrio, (decían los de la banda) yo les decía: si me voy no me pagan, déjenme terminar la jornada, pero ellos no les importaba, solo requerían que me fuera del barrio, igual me acompañaban hasta coger el bus de Copacabana.

Al día siguiente la gente murmuraba de los muertos en el enfrentamiento y si yo había estado cuándo ellos lo hicieron. Que susto me dio, claro ellos si querían que me fuera era para protegerme, que miedo sentí, pero buen ya ni modo, solo quedaba escuchar, no preguntas y pedirle a Dios me protegiera. No podía decir en mi casa porque de seguro me hacían salir y además como solo era por unos días pues mejor callar. Así pasaban los días uno salía normal y otros días me sacaban. Pero una tarde estaba yo sola en la escuelita la Francia, cuando se escuchan unos estruendos, y claro todos los niños se tiran al suelo, y me piden que también lo haga, que pasaba no sé, pero debía tirarme al piso, cuando un niño me dice profe métase debajo del pupitre rápido hágale, yo lo hacía pero ni idea lo que pasaba, fue una rato eterno y solo se escuchaba plomo como decían los niños, del grado tercero, unos niños de ocho o nueve años, quien me decían relax profe a usted no le hacen nada porque esa es la orden usted métase debajo del escritorio, yo lo hice, pero llore todo lo que pude y ellos me consolaban diciendo que estaban matando a un malo, esa escena fue como de 10 minutos pero parecía como mil horas.

Ese día fue más valiente el estudiante que me explico todo que yo. Pero fue peor cuando todo se calmó, el niño (que no recuerdo su nombre) no me dejo salir de debajo del escritorio, solo decía pro espere, espere que yo le digo cuándo puede salir. Pues sí, al rato llego la policía y me saco pero que sorpresa tan horrenda, había en la puerta de la escuela tres niños del grado quinto muertos, y no supe la razón, pero eran unos niños y eso era lo peor.

Terminé esa licencia y así surgieron más, pero en lugares muy duros de Medellín, pero con una calidad humana hermosa.

Pasó el tiempo y mi profesora de la universidad, Liliana Gaviria me invito a trabajar con ella, en Karla Cristina, en una sede de La Iguañá, un preescolar donde los niños tenían tres años, unos niños de hogares humildes, donde la pobreza los acompañaba todo el

tiempo, el hambre era su apoderado, pues sus madres trabajaban todo el día en la calle y algunas en la noche y casi siempre lo que comían en el jardín infantil era su comida del día, hacía poco los había reubicado por la inundación de la quebrada y teníamos familias que aun pasaban el duelo de la muerte cerca de ellos, pero en fin aprendí mucho más de lo que se imaginan, pues allí vi cómo se enfermaba un niño y no tenían como ir al médico, cuando en la casa no tenían dinero para pagar el jardín que eran como mil pesos mensuales la rectora los devolvía y yo no podía hacer nada lo que hizo que aprendiera a no darles el pez si no a enseñarles a pescar a las madres, con mis consejos sin saber que las leyes en mi país son solo teoría bonita. Unas compañeras que ya estaban terminando y me orientaban muy bien fueron muy buenas compañeras. Supe que era realmente ser la directora de grupo, y como hacer de un grupo algo especial jugando, bailando, leyendo cuentos, haciendo manualidades, fue allí donde me di cuenta que preescolar era lo mío, lo disfrutaba más que cualquier otra cosa, buscaba cada tarde algo novedoso para hacer con ellos, pero siempre jugando.

Esto, a la rectora no le gustaba mucho, ella manifestaba que perdía mucho el tiempo, pero ella no sabía que el plan de área lo cumplía jugando, y casa rato decía, claro como a Montoya se le paga es para jugar. Y ella no sabía que, si era así, a mí me pagaban para enseñar jugando a unos niños muy pequeños donde el juego era la mejor motivación.

Cada día en las clases de la universidad aprendía que la teoría no tenía nada que ver con las realidades escolares, pero daban insumos para transformar la educación, e implementar estrategias de aprendizaje en los estudiantes.

Paso luego a trabajar en un colegio privado donde sería todo mejor (pensaba yo), mejor porque lo tenían todo, materiales, acompañamiento familiar, poder adquisitivo, pero no, resulta que allí fue donde me enamoré realmente de la educación, pues en cualquier esfera social había faltantes, no solo de material, pues allí en las altas esferas la carencia era afectiva y eso dolía más que la material, los padres pensaban que con darles todo lo que sus hijos pedían era suficiente con tal de que no molestaran en la casa para poder descansar.

Tener nada y pasar a tener todo lo que quería o idealizaba en el preescolar me hizo enamorar de la educación, y entender que educar a un infante no requiere de cosas materiales y costosas, solo requerimos amor por lo que hacemos y gusto por los niños, ellos son paz, tranquilidad, lealtad y ante todo esperanza. Ellos son cajitas de sorpresas en busca de alimentar la curiosidad y lo mejor, es que todo les gusta.

Pero solo de amor y gusto no se puede educar, es entonces donde surge en mi la intencionalidad de hacer cosas diferentes, diferentes, pero en forma, no en contenidos, pues, finalmente, en preescolar se debe cumplir con un plan estipulado desde el MEN.

Ingreso en el 2006 como maestra vinculada al municipio de Girardota, en una vereda a 40 minutos del casco urbano. Nunca lo había imaginado, trabajar en el campo, pero rico porque allí vería animales, aire puro, sería mucho más divertida la educación. Pero no, no fue así, fue un lugar donde el campesino se sentía lo más ciudadano del mundo, le gustaba todo facilito. Las mamás se escudaban en su poca escolaridad para no acompañar en las actividades extra clases, pues siempre tenían una excusa perfecta para no hacer tareas, esta situación me hizo repensar las tareas, y decidí hacer todo en clase, pero con una temática específica y fue cuando decidí trabajar por proyectos, situación que ayudo a mejorar el acompañamiento de las familias ya que dábamos solución a una necesidad o interés desde los mismos estudiantes y no por capricho de la escuela.

Así pasaron los días y todos participábamos y disfrutábamos del aprendizaje significativo, fui trasladada por salud ocupacional a otra sede donde la envidia, la crítica por mi forma de trabajar me trajo muchos problemas, dificultades que casi no supero por la

persecución desde la administración municipal. Una situación que me estaba ya afectando mi salud mental y no quisiera que a nadie le pase y menos recordar.

Cuando llegue allí, también inicié mi trabajo de investigación en el aula de clase con el pretexto de llamarlo proyecto de aula para todo el año, pero fui criticada y desde la coordinación me cortaron las alas, porque estaba muy mal visto que yo perdiera el tiempo buscando como loca respuestas a lo que ya estaba inventado, palabras más o palabras menos de mi coordinador de turno. Fue así como desde mi desobediencia inicie el proyecto de investigación de las hormigas con un grupo de 10 niños, pero cuando ya estábamos en el proceso mejor que me quitaron el grupo y me dejaron sin él, aludiendo que sobraba y debía esperar a que la Gobernación me ubicara, proceso que se demoró 9 meses. Meses de zozobra y tortura de mis compañeros y el rector, pero gracias a Dios la Gobernación me trasladó al hoy mi institución Manuel José Sierra sede Jamundí, donde inicié un proceso de trabajo desde la investigación en el aula de clase.

No ha sido fácil ya que siendo docente de preescolar del decreto 1278, quien dice algo así como que me deben respetar mi idoneidad, no lo hacen. Pues tengo dos grados en el mismo salón. Como hago para desempeñarme como docente de dos grados a la vez sin tener las cartillas de Escuela Nueva, sin tener capacitación, sin querer tener los dos grados, en fin [...]

Para poder ser capaz de trabajar con los dos grados decidí, hacer de la investigación en el aula de clase todo un juego de niños, para poder aprender y así no hacer aburrida la clase.

Desde luego que vibro y me apasiono es por el grado de preescolar, pero teniendo dos ni modo, hay que involucrarlos y hacer lo que se pueda. Con el sin sabor que tengo al saber que no hago lo mejor y que falta mucho para llegar a ser buena en ambos grados.

Inicio entonces la investigación con las hormigas, donde desde una pregunta problematizadora trazo el mapa de trabajo, desarrollando sin descuido los conceptos que el estudiante requiere para ser promovido al próximo grado, siendo tan delicado y minuciosa para que el goce y disfrute no se pierda, pero involucrando a las familias para el proceso.

Buscando en libros, videos, internet, personas que manejen el tema, buscando asesores que quieran ayudar sabiendo que son niños de preescolar y que los resultados esperados no pueden ser muy rigurosos ni tangibles. Durante el proceso se aprende mucho, tanto que nos inscribimos a la feria de la ciencia regional organizada por el parque explora. Claro fue una inscripción simple pero que cuando la rectora se entera no nos apoya, incluso casi que no me da el permiso, aun sabiendo que los padres harían el acompañamiento. Nunca pregunto en qué consistía el proyecto, mejor dicho, no tenía interés de saber tampoco. Pero no la culpo, que sabe ella de mi trabajo en el aula, si tampoco yo le he contado.

Pasamos a la feria central en el Parque Explora y sentí que ella quiso saber algo del proyecto, pero ni mucho. En el parque explora todos tenían que ver con las estudiantes, todos sabían que las hormigas también van a la escuela, pues así se llamaba el proyecto, tres niñas de preescolar enfrentándose a una gran cantidad de personas para escucharlas hablar con propiedad sobre las hormigas, y como la colonia podía dejar de ser solo de hormigas para ser una de una comunidad educativa articulada a la organización social de la hormiga.

Fue para las niñas una experiencia maravillosa. Aun hablan de ellas y ellas recuerdan la experiencia con agrado.

Por su excelente desempeño en la feria son premiadas con el primer puesto, y es ahí, donde sale el amor y el interés de la rectora y hasta el alcalde por saber de qué trataba el proyecto y se sentían orgullosos de saber que las niñas habían ganado, pero que triste que solo en ese momento si fueron escuchadas y durante el proceso no. Luego salen con

una placa para la profesora desde la alcaldía y desde luego ese año fui la maestra reconocida también por el colegio por el impacto y buen nombre que dejé en el municipio.

Claro que es rico que le reconozcan a uno sus hacer, pero sería más gratificante cuando lo hacen desde los inicios y no porque se ganó algo.

RESIGNIFICACIÓN DE LA ENSEÑANZA EN LA RURALIDAD

Oscar Hernando Flórez

Esta es mi historia. Un niño que nace el 6 de abril de 1972, en la zona rural del municipio de Barbosa Antioquia, con Chelita la partera más famosa de la región. Me cortan el ombligo con una rula de 22 pulgadas y salvan mi vida en un instante ya que me ahogaba con el cordón umbilical.

Mi madre me ingresa al grado primero a los nueve años porque ella pensaba que de menos edad se era bobo y tenía que estar ya grandecito para ganarme el privilegio de ir a la escuela. Qué contraste con la actualidad. Se nace y casi de inmediato se va a la guardería. De cinco años se hace transición y de nueve años se está terminando la primaria. ¡Qué cambios! En tan pocos años tantos cambios en la educación.

Ya de trece años termino el quinto grado con mención de honor, ¿sería por viejo que tenía los sentidos más agudos? El caso, es que siendo de cuna humilde mi madre me matricula en colegio privado para dar continuidad a los estudios secundarios y allí durante todo el bachillerato recibo media beca por ocupar siempre el segundo puesto.

Tuve la fortuna de hacer la alfabetización atendiendo un grupo de adultos de grado 5° y allí se despertó la vocación por la docencia.

Tres años después se me presenta la oportunidad de llevar la hoja de vida a la Alcaldía. [sic] Seleccionarían algunos bachilleres para enviarlos a recibir capacitación como posibles tutores del bachillerato rural, con metodología SAT (Sistema de Aprendizaje Tutorial). Para mi asombro, 15 días después, recibí una llamada y se me pide empacar maletas y viajar hasta el municipio del Peñol (Antioquia), instalaciones de COREDI (Corporación Educativa del Oriente) El objetivo sería participar durante un periodo de seis meses en cuatro seminarios y calificar como tutor para atender dos grupos mixtos entre jóvenes y adultos de la zona rural.

Casi que, de inmediato, me piden atender dos grupos que ya venían en funcionamiento, pero que tenía dificultades con el tutor que los acompañaba. Aquello me toma por sorpresa y más al ver el contraste emocional entre los dos grupos recibidos [...] así empezó lo que llevaría a la profesionalización. COREDI hizo convenio con FUNDAEC (universidad del valle) y los seminarios se convirtieron en semestres que dieron como resultado los primeros ciento once licenciados en educación rural de Antioquia, en el año 2000.

Vinculación al departamento [...]

Para julio del 2004 se me da la oportunidad de ingresar por OPS (orden de presentación de servicios) al departamento y unos añitos después 2006 -2007 se presenta ante la ciudadanía el primer concurso al mérito y puedo ganar la vinculación directa. A partir de entonces, una carrera llena de experiencia significativa para mis educandos y algunos reconocimientos, por autoridades locales y departamentales.

La escuela rural, un acto de enseñanza y sensibilidad pedagógica

Mi vinculación es para la misma escuela en la que ya había trabajado con OPS y no se me dificulta la metodología de Escuela Nueva ya que este sistema está dentro de la línea de metodologías flexibles. En estas el rol del docente, no puede ser simplemente la de un transmisor de información sino alguien que asume la tarea de orientador, facilitador y acompañante de procesos autónomos con liderazgo y democracia desde la figura del gobierno estudiantil. ¿Qué es el gobierno estudiantil?

Es una estrategia curricular que promueve el desarrollo afectivo, social y moral de los estudiantes, a través de actividades vivenciales y grupales. Los estudiantes participan

en la construcción de la vida escolar, para lo cual organizan su gobierno democráticamente. Forman comités y con la orientación del maestro, formulan planes y proyectos que se ponen en marcha. Además, se involucra a padres de familia y comunidad en la participación de muchas de las actividades y proyectos.

En las circunstancias de ruralidad, multigrado y como mono docente, el gobierno estudiantil es una maravilla. Los estudiantes lideran muchas actividades, mientras asisto a los niños de los grados menores.

Con los estudiantes de segundo a quinto se me ha facilitado el desarrollo de la mayoría de los contenidos de las diversas áreas con la ayuda de los comités. Comités de deporte, disciplina, ambiental y social. Los estudiantes nombran un líder y definen algunas actividades. Estas se convierten en pequeños proyectos y estos a su vez en una excusa para mantener la motivación por el aprendizaje, la investigación y las ganas de salir adelante. Ha sido mi reto, también mi motivación y mi propio desafío, ¿Cómo educar para la vida? ¿Cómo educar para el Ser y desde el Hacer? ¿Cómo inyectar esas ganas de aprender desde lo que se es y con lo que se tiene? ¿Cómo despertar en los niños y niñas la alegría de ir a su escuela llueva, truene o relampaguee? Porque les digo una cosa: niños de la montaña que viven a una hora y treinta minutos, o quizás más, para nosotros. Y peor aun cuando tienen que dejar su calentita cama a las horas en que canta el gallo, todavía oscuro y sin asomar el alba. Ah. Y algo más, está lloviendo. Hay que buscar las botas, la carpita, el bolso entre bolsas para que no se mojen los cuadernos y no regañe el profesor. Superado esto, se camina con gran expectativa hacia la escuela Nueva. ¡viva, viva, viva mi escuela, viva, viva la escuela nueva!

Las distancias, el sacrificio de estos chicos y sus difíciles circunstancias me motivan a ser para ellos un amigo, consejero, cuentero, orientador y muchas veces metiche. Metiche cuando revisó las cocas con huevo, tajadas y arroz. Pero, convencido de que esta coquita nutre más que coca cola y papitas. Igual revisó sus caritas despiertas, alegres o a veces tristes y con necesidad de decir mucho y no decir nada. Bueno esa alegría se puede mantener y las tristezas desaparecer si ofrezco una clase interesante, agradable y llena de emociones al empezar a marcar sus vidas con muchos interrogantes por un tema que sea de su interés. Y para ello aprovecho los recursos en su propio territorio. ¿Cuáles son estos? Las quebradas, la fauna y flora en diversidad fascinante. ¿Acaso el mejor laboratorio no es el natural? Se respira aire puro, libertad y mucha tranquilidad. Que gran ambiente, estudiando el ambiente en todos sus contextos. La hierbabuena, la albahaca, la mata de penicilina, el gusano de invierno, la metamorfosis del mojoy, la historia de la quebrada y la del perro cazador. El perro que agitado persigue la liebre de monte, el armadillo y la guagua hasta el pico de la montaña hasta llevarla nuevamente a la parte baja donde está el amo con su escopeta, listo para descargar la bala regadora y recibir el galardón. Después debajo de un árbol o a la orilla de la corriente analizar el tema de costumbres o tradiciones en la alimentación, la cacería, los animales envía de extinción y porque desarrollar el amor por el otro y por lo otro. Hace falta tiempo para tan extraordinario pensum. Todo esto despierta sensibilidades por la investigación, la mediación, el análisis crítico de las cosas, la empatía, el amor por lo natural, por su propia historia. ¿Resultados? Estudiantes con competencias ciudadanas, con autonomía, liderazgo y ganas de profesionalización.

Para que no piensen que es carreta, solo les quiero compartir una pequeña y grata experiencia.

La huerta como tablero para el desarrollo de la transversalización pedagógica y la seguridad alimentaria y nutricional.

Fue un proyecto que en su momento respondió a una necesidad alimentaria y ante todo se convirtió en una excusa para la pedagogía, la transversalización de distintas disciplinas del conocimiento, la investigación y la oportunidad para despertar vocaciones.

Descripción del método llamado “Tablero Verde”: se hizo un recorrido por la huerta con el objetivo de inventariar las distintas variedades de plantas y cantidades. Luego se clasificaron y se trabajó el tema de conjuntos y subconjuntos. Posteriormente se nombraron en inglés cada una de las plántulas y árboles frutales, desarrollando con esto un tema de artística, inglés y ciencias naturales. Cada mática conocida o desconocida sería objeto de investigación. Seres vivos, ecosistemas, seguridad alimentaria, valor agregado con productos de la huerta y cantidad de temas más fueron analizados en el tablero verde. ¿Cantidad de temas más en la huerta? ¿Pura caña? Bueno les voy a contar una anécdota.

Se construyó un aula en la huerta para cunicultura y desde luego este tema generó muchas expectativas para los niños. En una de las charlas dije que los conejos son de los seres vivos más prolíferos. Es decir, que una coneja adulta después de ser cogida por el macho en término de treinta días tiene su cría. Se deja descansar ocho o quince días y puede empezar nuevamente el proceso. ¿Cuántos gazapos en un año si por cría se puede tener un promedio de ocho y hasta doce animalitos? Pero lo más curioso para ellos con las orejitas como antenitas y con ojos bien redondos y muy grandes, fue escuchar que el conejo cuando se aparea o cruza con la coneja se desmalla. Dije que ojos grandotes. Ahora más. Pues la inquisición tenía que ser observada por ellos y en los momentos de alimentar, tomaban alguna coneja y la metían donde estaba el macho padrón. Y con mucha curiosidad esperaban para ver el espectáculo. ¿Cómo descubrió el profesor que esto sucedía? Sorpresa gigante. Una coneja cría dieciséis animalitos y a los ocho días otros catorce. ¡No puede ser! ¿Cómo sucede tal cosa? Cómo si cada cría estuviera en bolsas distintas. Hipótesis: Sólo que la coneja que se registró como apareada con el profesor, haya sido apareada siete u ocho días después por los curiosos, investigadores e ingenuos chiquillos, los estudiantes. Esta fue una experiencia fascinante y con muchos reconocimientos a nivel local y departamental. Pero después de once años en la fascinación de soñar, aprender y disfrutar de los avances de tan bonitas experiencias con sus educandos, soy trasladado a otra sede del mismo Centro Educativo llamada La Chorrera. Allí, desde la experiencia, tocaría identificar la excusa pedagógica para enamorar a sus nuevos estudiantes. Y ¿Qué ha pasado?

Allí por primera vez en mi vida me toca como monodocente. Es decir, atender solo a toda la población estudiantil. Desde los grados de preescolar con 8 niños, primero con cuatro y veintidós estudiantes más desde segundo hasta quinto. No ha sido fácil.

He sido un profesor de campo y creo que, para el campo, pero que reto tan difícil.

Por primera vez en mi vida, sentí decepción con los gobiernos que tan solo hablan de, calidad de la educación. La Chorrera es una comunidad que requiere atención diferencial por no haber sido reparada aún. En octubre del año 2000 toda la comunidad fue desplazada a la cabecera municipal, víctima del conflicto armado. Una comunidad que solo ahora empieza a dar frutos en un proceso de formación integral con sus educandos. Actualmente los estudiantes que salen de quinto grado ocupan los primeros puestos en los distintos colegios en los que son matriculados. Otro caso más. Niños con Necesidades Educativas Especiales, síndrome de down, niño que no controla esfínteres, dificultades de aprendizaje, entre otras que solo me angustian.

¿Acaso no es la escuela merecedora de un maestro más, para atender a estos treinta y cuatro niños como se merecen? ¿Acaso la mejor reparación no es atender a esta población estudiantil con educación más personalizada?

Amo la ruralidad, amo el sistema de escuela Nueva y su filosofía, pero dentro de tantas cosas bonitas, algunas son muy difíciles. El docente para la zona rural, requiere de mucha capacitación en la metodología y el manejo de las guías, el conocimiento del método de enseñar a leer, que es tarea prodigiosa. Tener la comprensión de los CRA – Centro de Recursos de Aprendizaje-. Guías suficientes, que no es el caso. Entre otros detalles.

Ante esta nueva situación si me ha tocado pensarme como maestro. Como ya les conté en esta corta experiencia, he gozado, disfrutado de acompañar a mis estudiantes experiencias inesperadas y donde el aprendizaje ha sido significativo. Pero esto lo he logrado con estudiantes que saben leer. Niños de segundo o tercero en adelante. No sentía la vida. Una salida de campo, escribir la bitácora sobre el trayecto, corregir ortografía, volver a escribir para mejorar la redacción. Investigar sobre la planta desconocida y hacer preguntas a la familia sobre las quebradas, la fauna o leyendas de la vereda era pan comido. Hacer gestión con la empresa privada y otras entidades que visiten y refuercen el saber siempre ha sido una maravilla. Pero, pero enseñar a leer. Es ahora mi reto. Mientras logró tocar puertas con el estado y defender una atención de calidad para la población que acompaño, me toca hacer un esfuerzo mayor en aguzar mi tarea profesional como maestro de preescolar y de primero. Y no puedo olvidar que los chicos de segundo empiezan a multiplicar y dividir. Que los de tercero empiezan fraccionarios, los de cuarto operaciones con decimales y los de quinto radicación y logaritmación. Ah, sin dejar en el tintero, los cuentos, la célula, algo básico con el manejo de las herramientas tecnológicas, la huerta y la ética y el amor a Dios. ¡Por Dios! Cómo diría un amigo mío: "Que pecao".

Después de nueve años de experiencia con metodología SAT, y catorce con estudiantes de tercero, cuarto y quinto grado en escuela nueva. Es como si estos años se borrarán y me tocara empezar de cero. Mi reto, ahora, ser un maestro para los niños de transición y primero. Perdonen las especialistas en preescolar, pero para mí es nuevo empezar a pensar en motricidad fina, motricidad gruesa. Mi admiración y respeto a los profesores de toda una vida en preescolar y primero. Nadie sabe y menos valora tan hermoso trabajo con estos chiquitos y chiquitas. Pensaba que las vocales serían tema fácil. A, A, A. Abra bien la boquita. Y la O, O, O. Cierre bien la boquita. Después le muestro la imagen del oso y fácil, pregunto: ¿Que vocal suena? Responde el niño tranquilamente. "Pofe, la A, A, A". Risa o desesperanza.

He logrado entender entonces, que son distintas las miradas, cuando se experimenta solo una faceta de la enseñanza. Pero que una gran riqueza en la pedagogía es vivenciar distintas fases que nos ayudan a la valoración del otro como maestro y ante todo a la reflexión de nuestro propio quehacer pedagógico.

Ante tantas vivencias, ahora lucharé por ser un maestro que enseñe a leer.



NADA ES CASUALIDAD, TODO TIENE SENTIDO

Sandra Milena Muñoz

En la vida existen ciertas condiciones o situaciones que perfilan tu presente y futuro. Ser la segunda hija, después de una anhelada y consentida primera hija y nieta, trae consigo una marca especial y sobre todo cuando no esperaban una niña sino un niño. ¡Vaya sorpresa para la familia!, para mi mamá fue tanto el impacto que no quiso mirarme cuando el médico le dijo: “ahora si tiene la parejita, ¡otra niña!, y si, fui la niña como por diez días hasta que llegó un tío de viaje y me colocó el nombre de una exnovia Sandra Milena, el nombre más común de la generación de 1984, a mi modo de ver.

Creo que con el paso de los días mi familia me aceptó y aprendió a querer a una niña tranquila y obediente, muy diferente a mi hermana que era más traviesa, pero eso no impedía que fuera la favorita. A pesar de mi corta edad aprendí a comprenderlo y ni me importaba porque me gustaba tener una hermana mayor que siempre me defendía y jugaba conmigo, y así, fui creciendo en un ambiente tranquilo y acogedor de una familia tradicional, mi mamá estaba todo el tiempo en la casa cuidándonos, ayudándonos con las tareas y cultivando este amor desmedido por los gatos, mientras mi papá, era el que estaba por fuera trabajando y a pesar de que subía a desayunar y almorzar, el momento más esperado del día era su regreso en la noche, pues nunca nos faltó con una golosina. Jamás olvidaré ese ambiente de pueblo, en el que se jugaba en las calles, lo que ahora llaman juegos tradicionales o callejeros que me encanta replicar con mis estudiantes porque se vivencia el compañerismo, el trabajo en equipo, el fortaleciendo de las individualidades, la creatividad, la picardía y la alegría que desborda la felicidad de ser niños libres.

Fue, entonces, desde mi niñez y principalmente en mi paso por la Primaria donde nace esa inquietud de ser docente. Como lo mencioné antes, no estaba acostumbrada a captar la atención de las personas, pues un segundo lugar en mi familia me había llevado a comprender que estaba ahí, que recibía lo que necesitaba pero que no requería nada especial, hasta que pasó por mi vida la profesora Carmen Elena Cruz; elegante y muy seria de las que dicen por ahí es templada, pero no opinaba lo mismo, ella se fijó en mí y, en general, en todos mis compañeros, pasaba por nuestros escritorios revisando los trabajos y hacía preguntas que no eran de la clase y que no recuerdo que ninguna otra maestra hiciera: “¿cómo te sientes?, ¿ya regresó tu papá?, ¿éstas enfermo?, ¿qué pasó, por qué no hiciste la tarea?”. Ella nos atendía a todos sin importar si era el hijo del médico, del señor de la tienda, del obrero, del panadero, para ella todos éramos iguales e importantes, con sus acciones lo hacía comprender.

Para mí era increíble, porque era una niña muy tímida, creo que tenía que hacer esfuerzo en sus oídos para escuchar mi voz. Yo, la que estaba en medio del salón, que no estaba en la fila de adelante porque no era tan bajita, ni atrás porque tampoco era alta, ¿cómo pudo notarme? “Sandrita, por favor muéstrale el cuaderno a tus compañeros para que reconozcan un cuaderno ordenado y con buena letra”.

Ese día, casi se me sale el corazón de alegría y sé que ella lo notó, me sonrió y esa sonrisa me hizo fuerte y pude mostrar con orgullo mi cuaderno de páginas amarillas y de forro rojo antes mis compañeros. Ah desde ese día fui sujeto en esa aula y tal vez en la escuela, tuve más amigos con quien compartir en el recreo, se dieron cuenta que existía.

Cada día iba a la escuela más motivada e ilusionada por aprender y parecerme a mi profesora favorita, ella descubrió que Adriana y Wildemar eran buenos para cantar, que Sorany, Jovanny y Astrid eran buenísimos para las matemáticas y que a mí me iba bien escribiendo cuentos, por eso me postuló para un concurso de cuento, aún recuerdo que debíamos escribir la historia a partir de una imagen, mi historia fue de amor, me inspiré en

los cuentos clásicos que siempre serán mis favoritos y con ella obtuve el primer lugar, pero solo de nombre porque no me dieron premio, ¿será que por eso no seguí fortaleciendo esa habilidad que pude aprovechar mejor para la vida?. Pero, mi dicha de compartir todo año con la profesora Carmen Elena no fue posible, ella considero que era una buena estudiante y que debía ser promovida al grado cuarto. La noticia en mi familia cayó muy bien, se sentían orgullosos, a mí tampoco me molestó, solo sabía que la iba a extrañar mucho, pero comprendí que el tiempo que estuve a su lado fue suficiente para reconocer que era una niña valiosa, ni menos, ni más que nadie, que tenía que aprender a valorarme y a reconocer mis debilidades y fortalezas. Fui promovida, al principio fue difícil adaptarme a un grupo de compañeros mayores, pero así pasó hasta que hice el ciclo complementario siempre fui la menor del grupo.

Cuando finalicé el grado quinto le pedí el favor a mi directora de grupo que permitiera que la profesora Carmen Elena firmara mi diploma, y así fue.



Mi graduación de quinto de Primaria. Noviembre de 1993.
Con mis profesoras Teresa y quien me toma por los hombros Carmen Elena Cruz.

Esta fotografía tomada junto al aula de material didáctico me recuerda lo acogedora y organizada que era mi escuela primaria la que llamábamos con cariño *La Manuela*, pero su nombre era Escuela Urbana Integrada Manuel Antonio Toro. Aun lamento que no ofreciera el ciclo de secundaria en aquella época, pues me sentí como en casa, todos nos conocíamos y respetábamos. Allí, aprendí a leer y a escribir, hice mis primeras intervenciones en actos cívicos, hice parte del grupo de danza de la profesora Irma y disfruté de recreos llenos de juegos y divertidas conversaciones.

Cerrando el ciclo de Primaria decidí que definitivamente quería ser profesora y que debía ser una profesora amable y con una sonrisa siempre en el rostro, con una actitud positiva, que disfrutara de mi profesión, pero sobre todo que comprendiera que todos los estudiantes son diferentes, pero igual de importantes.

Llegó la secundaria y con ella la adolescencia y el cambio de colegio. Tenía un grupo de cinco amigas "las del A", con muy buenas calificaciones, pero más bien no muy queridas por el resto del compañero y tal vez del colegio, es que éramos juiciosas y nos gustaba estudiar, entonces nos ganamos la etiqueta de las creiditas. En esta etapa, mi interés por la docencia bajó, veía muy lindas las chicas con bata blanca de la modalidad de salud y

nutrición, y que decir de ese overol azul que usaban los estudiantes de agropecuarias, así les tuviera pánico a las vacas, creo que alguna vez me lo soñé puesto. Llegó noveno, el grado donde debía tomar una decisión: estudiar salud, agropecuarias, académico o nuevamente cambiar de colegio e irme para la Normal, mi hermana ya estaba cursando décimo en la normal y me decía que el nivel de exigencia era más alto pero que estaba contenta.

Tenía pocas amigas y ninguna se quería ir a estudiar a la Normal les aterraba ser profesoras, pero toda esta presión que de alguna manera sentí, hizo que recordara mi interés por ser docente y eso me dio mucha fortaleza porque tuve la valentía de tomar la decisión de presentar la prueba de ingreso a la Normal y prácticamente empezar de cero, otra vez sola y en un espacio nuevo, creo que ese era mi destino, obtuve el segundo puntaje en la prueba de admisión y en el año 1998 con catorce años ingresé a décimo grado en la Normal Superior Miguel Ángel Álvarez del municipio de Frontino, allí me reencontré con algunos profesores y con un grupo de compañeros muy diverso, empezando porque venía de otros municipios como Uramita, San Jerónimo, Buriticá, Abriaquí y a eso se le sumaba que las Normales estaban en proceso de reestructuración, entonces recibieron a personas que ya habían terminado su bachillerato en otras modalidades, era la menor del grupo y la mayor una señora como de cuarenta años, además en otros grados contábamos con compañeros de la cultura Emberá Katío.

Toda esa diversidad e interculturalidad que se vivía en la normal, fue fundamental para mi formación como docente desde el reconocimiento del otro, del respeto a la diferencia, la comunicación, el trabajo en equipo y la sorpresa por lo nuevo.

Desde el grado décimo debíamos hacer observación en los grupos de primaria, nos pedían mirar pequeños detalles de las clases y el comportamiento de los niños y las niñas. Dos años continuos en esta práctica hicieron que me convirtiera en una buena observadora no solo como docente, sino también como persona.

Luego, en la formación complementaria viví los momentos más valiosos de mi crecimiento como docente, estos se traducen a la posibilidad de realizar prácticas con los estudiantes de preescolar a quinto tanto en la zona urbana como en la zona rural, y fue esta última la que me deslumbró, el hecho de respirar un aire más puro, de conocer una nueva metodología, de reconocer el espacio de la escuela como un lugar de encuentro para toda la comunidad, aparte de unos niños muy dispuestos a aprender y con un conocimiento amplio acerca del campo y lo que allí converge.

También tuve la oportunidad de interactuar con los padres de familia de la zona rural con un programa llamado PEFADI, viajábamos cada semana a una vereda y el solo hecho de hacer ese viaje y preparar la charla para los padres era todo un acontecimiento, queríamos hacer lo mejor, recuerdo que cada uno se encargaba de un tema con el cual tuviese mayor afinidad o mejor conocimiento. Durante estos talleres descubrí que en la zona rural hacen falta esta clase de espacios para la comunidad, espacios de aprendizaje y disfrute donde se aparten un poco de ese diario vivir en el campo, donde pongan en juego su valioso saber, donde puedan compartir su riqueza oral y cultural como medio para mantener vivo ese patrimonio inmaterial que enaltece el saber de los habitantes.

Me gradué del ciclo complementario en abril de 2002, y aunque valoro inmensamente la formación que recibí y hoy en día considero que fue una afortunada decisión continuar mis estudios en esta institución, cuando egresé sentí miedo de irme a trabajar a una Escuela unitaria al municipio de Uramita y rechacé mi primera oportunidad de ser docente en ejercicio.

Decidí viajar a la ciudad de Medellín para continuar con mis estudios de Licenciatura, pero para costearlos necesitaba trabajar, así que tuve la fortuna de iniciar en un colegio de cobertura llamado Externado Patria en el barrio Robledo.

El primer día que estuve en ese colegio descubrí que lo de las mariposas en el estómago es cierto; escuchar los niños reír y jugar en el recreo fue una experiencia sensacional que me reivindicó en mi decisión de ser docente y para completar esa dicha la coordinadora me dice: - qué grupo quiere: tengo primero, tercero y quinto.

En mi ignorancia o poca experiencia me dije para mí: primero enseñar a leer y escribir debe ser muy difícil, quinto, no, que tal esos niños deben ser muy grandes. Entonces respondí: tercero por favor, me entregaron la planilla de dieciocho estudiantes. Fue un año maravilloso, aprendí junto a ellos y disfruté de esta hermosa tarea de ser profesora de primaria.

Todo estaba muy tranquilo en mi vida, por fin estaba ejerciendo, y me pagaban por eso, hasta que mi mamá me aconsejó presentarme al concurso para aspirar a una vinculación, la verdad no me importaba, me sentía muy bien tal y como estaba, pero como siempre he sido obediente compré el PIN y me presenté con tan buena suerte que aprobé el examen y aunque me había equivocado colocando como entidad territorial a Antioquia, ya que quería Medellín, ahora reconozco que fue un afortunado error, porque ya son trece años trabajando en el municipio de Barbosa en la ruralidad, los últimos 11 años en el Centro Educativo La Isaza, donde he tenido la oportunidad de poner en práctica todo aquello que hizo parte de mi formación desde la primaria: la sensibilidad como docente, el afecto por mis estudiantes, el trabajo en equipo, el respeto por la diversidad, el trabajo con comunidad y padres de familia, el rescate de la tradición oral y saber ancestral, sumado al trabajo por proyectos como una metodología que permite brindarle a los estudiantes aprendizajes asertivos y significativos y que ha sido uno de los aportes más valiosos que me dejó mi formación como licenciada en la Universidad de San Buenaventura.



Proyecto de aula "Adopta un autor". Agosto de 2018. Presentación del libro "Ladrón del Fuego" de Ana Paula Ojeda y Juan Palomino a mis estudiantes de tercero y cuarto de la IER Hatillo sede Isaza.

Esta fotografía refleja mi ser como docente, la búsqueda de nuevos escenarios para que mis estudiantes vivencien el aprendizaje de forma diferente, más allá de la exposición magistral. Así mismo, se relaciona con la cultura escolar principalmente con ese primer momento que se vivifica en una clase; la ambientación, motivación, introducción entre algunos de los nombres que recibe.

Esta imagen proyecta la relevancia de una adecuada sensibilización o ambientación frente a una actividad de clase, las acciones desarrolladas en esta etapa en buena manera

pueden orientar el éxito o no de una sección. También representa una forma diferente de llevar la lectura al aula, pesando ésta desde otros espacios, con diversos elementos que activen e involucren los sentidos.

Este momento captado en imagen de mi práctica pedagógica vivifica un elemento que para mí es fundamental en la escuela, la lectura, no solo como medio para aprender, sino también como pretexto para disfrutar y poner en juego nuestros sentidos.

El círculo o en este caso un ovalo como figura que representa la unidad, la disposición y el concurso del mismo objetivo en un ambiente de igualdad y disposición. Las velas encendidas como la luz que ilumina el sendero de la imaginación y exalta la atención, mediada por la tranquilidad y el aroma del incienso que no solo aromatiza el espacio, sino que activa los sentidos y fortalece el ánimo.

Retomando el relato de mi infancia, adolescencia y ahora adultez, y ese conjunto de sucesos y experiencias han hecho que hoy pueda decir con franqueza que me siento feliz de haber elegido ser maestra, que no es una profesión color de rosa; por el sistema, lo político, lo público, el mismo gremio de compañeros, pero eso se torna invisible, pues nada se compara con la sonrisa y el abrazo de mis estudiantes.

Soy afortunada porque en corto tiempo encontré el lugar que desde mi formación en la Normal anhelé, pero debe ser esta buena energía y la confianza en Dios lo que ha hecho que mi caminar por la docencia esté forjado de aciertos y aprendizajes para la vida que cada vez me renuevan como ser.

MÁS ALLÁ DE VOCACIÓN

Tatiana Patricia Rodríguez Yepes

Y quizás esta historia comience más o menos en 1937 en Santa Rosa de Osos, cuando después de recibir su título que no estoy segura decía “Maestra institutriz de Antioquia”, Inés Yepes Mora ejercía con autoridad y decencia su labor de maestra en su propia casa, pero ya su hermano menor siguiendo sus pasos se encontraba en la Normal de Varones de Santa Rosa de Osos preparando lo que fue toda su vida al servicio de la enseñanza, es él Hernando Yepes Mora, quien con su templanza, ejemplo y discreción, avivó los pasos de su hija y posteriormente su “nieta” de quien se describe en esta historia.

A mis tres años de edad, ya mi madre haciendo uso de su vocación sin formación y sin más experiencia que el oficio de ser mamá emprendió una tarea de alfabetización en cuanto a la lectura y la escritura, la cual adquirí sin siquiera percibirlo, sin recordarlo, solamente he podido disfrutarlo. Por mi gran desempeño según lo maestros de la época y la aprobación de mis padres, decidieron que no gozaría de la experiencia en el preescolar, que ingresaría directamente al grado primero y mi habilidad no dudó en sobresalir y destacarme para ser la monitora de la “seño” en la escuela Santa Teresita de Niño Jesús en el municipio de Caucasia a donde tuvimos que trasladarnos por situación laboral de mi padre.

En un ambiente natural como lo eran las fincas y entre risas y juegos simulaba ser maestra de amigos y conocidos de mis padres, recuerdo con cariño al “pipe” a quien por más reglazos que le di junto con mi hermana, sólo demostró que había aprendido a escribir su apodo, de lo demás nunca supe, tal vez por la dureza de la regla o lo tímido de su corazón.

Años más tarde por gusto y también por dinero calificaría talleres, evaluaciones y tareas a cargo de mi tío quien se encontraba orientando clase a adultos. Sabía que en mi tierra de siempre la Normal Pedro Justo Berrio sólo se especializaría en formar maestros, con mi familia decidimos que me iría para donde mis abuelos a estudiar a partir del grado séptimo en esta prestigiosa institución del norte de Antioquia, pero tal vez ese interés por la enseñanza se fue desdibujando lentamente y por gustos de la juventud pensaba constantemente en otra profesión, aunque en los espacios pedagógicos como el área de pedagogía y las prácticas pedagógicas sobresalía con esmero y disfrutaba de esos momentos con los niños siendo tal vez una más de ellos.

Me gradué del bachillerato académico con profundización en pedagogía y llegué al mundo real, aquel que te aterriza y reconoce las posibilidades, aquel que lo pone a uno donde tiene que estar y tomé la decisión de continuar en el ciclo complementario, recuerdo que solo era viernes, sábados e intensivos en vacaciones y lo describo porque cabe la duda que si un óptimo desempeño depende del tiempo de la formación, o es un asunto de vocación o un asunto de responsabilidad, o tal vez de experiencia.

Fueron dos años los cuales el aprendizaje perdura, y perdura por el hecho de sus didácticas, que permitían una lectura de contexto, una lectura crítica y un hacer basado en interés, perdura por una planeación organizada, responsable, teniendo en cuenta la motivación de los estudiantes y la propia motivación, perdura además por los maestros “ejemplos”, que se notaba su ubicación al hablar de pedagogía su dominio histórico y su constante búsqueda de actuales teorías y constructos. Por nombrar algunos (Gloria Cecilia Arboleda, Teresita Villa, Patricia Pérez, Adíela Amparo Vélez, entre otras), tiempos bonitos que han significado mucho, que además abrieron las puertas de mi vida laboral a los dieciocho años.

Es acá donde comienza la odisea, (corregimiento de San Pablo, municipio de Santa Rosa de Osos, grado segundo) tengo la oportunidad de cubrir una licencia de maternidad, claro, no se hicieron esperar los preparativos y las organizaciones ropa nueva, buscar donde vivir, viajar fines de semana entre otros. Maestras comprometidas y responsables dispuestas a ayudar y aportar a la formación de maestros recién llegados, con autoridad y comprensión, hermosa experiencia que disfruté en ese espacio escolar, disipando la ausencia de la familia con el acto educativo, con aquellos 17 niños dispuestos a cooperar con todo lo que se proponía, sólo en esos momentos era feliz, sólo allí compartiendo sus ilusiones y mis nuevas y recientes formas de enseñar, aprendidas en mi formación, porque al salir de allí el alma no era igual, le hacía falta los suyos. Fue un poco más de dos meses en donde aprendí que no sería fácil, pero en donde aprendí además qué era lo que quería; tristemente la contraprestación por mi servicio tardó mucho y no alcancé a pagarle a mi madre todo lo que me había dado para la manutención en este lugar.

Me ofrecen, de nuevo, estar allá, ahora en el bachillerato, pero dinero no tenía para volver y sin pena tampoco quería, hacía falta más tiempo para madurar y asimilar los cambios.

Hacia el año 2001 inicia con la licenciatura en Educación Básica, pero con reconocimiento de los dos años del ciclo complementario, con la universidad católica de oriente en convenio con la fundación universitaria católica del norte, en el momento el punto de encuentro era Yarumal, cada mes nos dábamos cita y después de leer módulos de los cursos y realizar unas tareas pendientes, la reunión giraba en compartir los aprendizajes, era una forma totalmente diferente a lo que se vivenció en el ciclo complementario, en el cual el aprendizaje era muy autónomo.

En la asistencia a la universidad conocí a la Hermana Mariana, Franciscana, rectora del Centro Educativo Franciscano de carácter privado, dedicado a la atención de niños y niñas en su primera infancia, después de realizar algunos trabajos grupales con ella, llegó un día a la cafetería donde yo laboraba para sostener mis estudios y me preguntó si quería trabajar en la entidad que ella manejaba, la aceptación fue inmediata, ahora estaría compartiendo mi vida con niños entre los cuatro y cinco años.

Recuerdo con angustia cuando conocí a veinticuatro *terremóticos* que pusieron a prueba toda mi energía y entusiasmo, fue una experiencia muy difícil porque se trataba de ser madre por más de 8 horas al día, conjugando el aprendizaje con la alimentación, tarea difícil cuando no se es madre y se tiene 19 años, aún más cuando se recibe el grupo a mitad de año. Los niños ya habían acabado con todos sus materiales de trabajo y ahora ¿qué haría? Qué haría si estos pequeños habían dañado guías, materiales, entre otros para trabajar, comencé a indagar en textos y autores, saqué mis apuntes y encontré dentro de un espacio del ciclo complementario (pedagogía del cuerpo) una solución, ahora el enfoque con los niños no sería tanto manual, sino con todo el cuerpo mediante el ritmo, la música el sonido, el movimiento y por medio de muchas canciones, poesías y retahílas, recuerdo como María Clara en un acto para padres de familia con voz fuerte y segura decía “Rabanito y zabanoria (zanahoria quería decir), se quisieron casar un día [...]”.

Pero también recuerdo los golpes sufridos por la profesión, la presión que sentía cuando uno de estos chiquitines se aporreaba o lo aporreaban, llegaría el momento de entregárselo a sus padres y que vergüenza, la tarea era cuidarlos con mucho amor, que se alimentaran muy bien y que aprendieran muchas cosas ¿difícil, ¿no? Fue un año de muchos aprendizajes, pero no descartaba volver a trabajar en una entidad pública para ir haciendo camino frente a mayor estabilidad. Esta petición no se hizo esperar y fui llamada para trabajar en la vereda *Orobajo* Santa Inés en el Centro Educativo Rural Santa Inés, del municipio de Santa Rosa de Osos, más afortunada no podía ser, el bus tardaba máximo

veinte minutos y caminando otros veinte minutos, no dudé en la propuesta y el 15 de Julio del 2002 emprendí mi camino.

Llegué a la escuela en compañía del maestro saliente, él se iría a descansar después de toda una vida al servicio de la educación. Era toda una finca, una casa grande con dos salones amplios, otros dos más pequeños donde estaba la biblioteca y en la otra silletería, su cocina, una manga en la parte trasera, tierra y barro en la parte de adelante ¡que entusiasmada estaba! ¿Y ahora qué haría? Que haría con veintiocho niños del grado primero al grado quinto y una comunidad luchadora por su territorio.

A replantear de nuevo las formas [...] primero se comienza reconociendo quienes eran mis estudiantes, qué hacían, cuáles eran sus gustos y dentro de este conocimiento y compartir experiencias también se aprendía de sus familias, dentro de la espontaneidad se identificó que anhelaban un ambiente físico diferente, además que estaban dispuestos a recibir con cariño lo que se les enseñaba.

La reunión con padres de familia no se hizo esperar y aunque cuentan que era una comunidad muy difícil, desde ese primer momento noté todo el apoyo y disposición para acompañar el proceso.

Se iniciaba a las 8:00 a.m., pero desde las 7:45 a.m., que la profesora llegaba y mientras se quitaba las botas y organizaba sus pertenencias, como por arte de magia, con solo decir buenos días y abrir la puerta, ya unos estaban sacando escobas y traperas para organizar lo que la noche nos dejó y a lo lejos se escuchaban unas vocecitas orando para iniciar sus labores (se me escapa una lágrima) y paro mi relato, no soy capaz de continuar, me produce nostalgia.

No fue un obstáculo contar con poco material educativo, ni tener una vía de acceso al Centro, antes bien una comunidad rural emprendedora, lucha con sus medios y sus gestiones para poder tener una vía de acceso digna, una unidad sanitaria en buenas condiciones y un restaurante escolar bien dotado.

El aprendizaje era conjunto, se tenía monitores de grupo, que de manera participativa podía dirigir a sus compañeros sin complicaciones, no había un manual de convivencia ni mucho menos un PEI, pero cada uno tenía claro sus funciones, los conflictos no eran ajenos, pero los procedimientos para resolverlos mediante el dialogo y el espíritu de familia siempre dieron buenos resultados. Estábamos solos, los niños, la maestra y Nohemí a quienes todos nombraban como Nohemita (Nohemí y mamita) una señora de avanzada edad que manipulaba los alimentos para proporcionar el almuerzo y tal vez por su sazón y por la insistencia de la maestra que todos hacía parte del restaurante escolar con gusto y motivación.

Solo yo sé de la odisea para llevar cada ocho días la verdura en mi moto, hasta en embarazo me correspondió cargarla. Todos juntos nos quedábamos hasta las cuatro de la tarde, se tenía la idea de impulsar más el conocimiento, sin orientaciones escritas y con la carencia de no manejar la metodología de escuela nueva, entonces comienzo a esculcar en el gran “Baúl Jaibaná” oh tesoro encuentro, saco provecho de este gran tesoro escondido desde 1997 y me interesó tanto para mi conocimiento como para el aprendizaje de los estudiantes.

Inicio con los estudiantes de primero y segundo el proyecto de la tienda escolar, gracias a la lectura de la publicación “La tienda en nuestra aula de clase” y llenos de empaques y dulces la motivación por la lectura, la escritura y las matemáticas no se hizo esperar; mientras tanto los demás disfrutaban del gran libro de los juegos, realizando día tras día una experiencia de las que se proponía en una de sus fichas. De la lectura de otros ejemplares, se impulsa la idea de realizar grupos de lectura en la tarde ¿pero de dónde se conseguiría el material?, se reunieron los padres de familia y decidieron que de la ganancia de la pequeña tienda se sacaría el dinero para algunas copias.

Ahora en grupos de trabajo, todas las tardes de 3:00 p.m., a 3:30 p.m., leeríamos al comienzo historias fascinantes de mitos y leyendas que fue el tema elegido por los estudiantes, así transcurrieron varios meses y cada que se devoraban las copias se conseguían más de otros temas elegidos por ellos.

A la par el trabajo comunitario no se hacía esperar y entre bingos, empanadas, morcilla y tamales, los padres de familia centraban la atención para ver la escuela mucho mejor, el personal aumentó a cuarenta, fueron tres años en los cuales se recibí el título de licenciada en educación básica y la inscripción y aprobación del concurso de méritos docente.

Recuerdo como en el tecnológico de Antioquia ya en estado avanzado de embarazo pronuncio la escogencia “Escuela Normal Superior Pedro Justo Berrio de Santa Rosa de Osos”. Volvería a la institución que me dio formación inicial y la cual aportaría para mi formación permanente durante 10 años.

Durante diez años en la escuela Normal Superior Pedro Justo Berrio, viví muchas experiencias, en todos los grados de la básica primaria, compartí conocimiento entre pares, en los denominados núcleos interdisciplinarios que fortalecían día a día la labor y la construcción de institucionalidad. Iba notando como cada vez comprendía más acerca de los procesos de enseñanza y de aprendizaje en el acto educativo, dado que el poder estar con otros docentes y conocer otras experiencias abre aún más las posibilidades que se tiene para mejorar.

A la Escuela Normal, le debo mucho y le agradezco gran parte de mi formación, en ella comprendí que mi desempeño no puede ser estático, que debo ir más allá con buen conocimiento de los estudiantes, que el trabajo colaborativo ha de impulsarse día a día primeramente entre docentes y también con los estudiantes, que ser maestra requiere posibilitar en mí cambios, que debo aportar a la construcción de sociedad.

Después de diez años, me enfrento a otro reto, ahora en coordinación, desde otras funciones y con otras perspectivas he ido fortaleciendo un estilo en el cual ha influido mi formación, las experiencias, el contacto con los demás, el contexto y el ideal de maestro.

LA FORTALEZA DE UN APRENDIZ DE MAESTRO PESCADOR DE TALENTOS: LA VIDA TE DA SORPRESAS

Relato de una profesión

Víctor Alfredo Aguirre Rojo

Mis inicios

Mi historia, la del aprendiz, uso este apelativo porque soy un convencido que en todo momento la vida nos da sorpresas, enseñanza, momentos de gran aprendizaje, que la vida todos los días nos regala una enseñanza, mis padres de cuna humilde, pero soñadores Luis Alfredo y María del Carmen, familia que se forma a orillas del río Magdalena cerca a Puerto Nare, es allí donde comienza mi vida a tener sentido, la del hijo mayor, nacido en Barbosa, pero de brazos asentados en este lugar, tengo recuerdos vagos de mis inicios de vida, no tengo imágenes, ni fotografías de cómo fue mi infancia, mis padres construyeron una vivienda como invasión, artesanal a orillas del río Magdalena con ayuda de compañeros amigos pescadores, le enseñaron a mi padre el arte de la pesca y por muchos años vivieron de esta actividad, Se preguntarán entonces ¿por qué se asentaron en Puerto Nare y nacido en Barbosa? Mi madre en estado de embarazo viaja desde el puerto a Barbosa a tenerme como su primer hijo, el primogénito, por las mejores condiciones, atenciones médicas, por estar cerca a los familiares y luego regresan de nuevo al bohío o la casucha hecha de madera y hojas de palmas de coco. Mi padre me comentaba en sus charlas cuando yo le preguntaba sobre cómo fue la vida nuestra al iniciar la familia, afirmaba con una memoria fotográfica que tuvo grandes dificultades, le tocó aprender a nadar, a tejer redes, a construir la canoa, a dirigir la misma y en las épocas de subienda bajar a vender estos productos al puerto, llenos de contento con la esperanza de vender los pescados a buen precio como así ocurría. Dinero que nos proveía de enseres para la alimentación, vestidos, velas y granos para la siembra, porque se sembraba maíz, frijol, plátano, etc.

Varios años más tarde ya cansado de la pesca, mi padre se encontró con un personaje muy conocido del departamento que le invita a trabajar en la empresa Acuantioquia en la localidad de Puerto Berrío y es allí donde transcurre un período un poco largo, contaba con escasos cuatro años, allí tengo la posibilidad de ir a la escuela urbana, son unos años de buenos recuerdos, mi padre tenía un sueldo fijo y las prestaciones normales que nos permitió comprar una vivienda digna, pero este sueño duró escasos 14 años, mi padre pierde el empleo. Desempleado y en compañía de mi madre toma la decisión de regresar a Barbosa, su tierra natal. Y es en el año de 1977 cuando llego de nuevo al lugar que me vio nacer, tocó vender lo poco que quedaba de ese tiempo glorioso, logramos conseguir cómo venimos en una jaula con pedazos de muebles viejos, camas, colchones y ropa para hospedarnos en una casa de los abuelos, donde hacía un frío terrible, se imaginan pasar de tierra caliente a tierra fría, pues necesitábamos un periodo de adaptación largo, era un nuevo comienzo, pasar del puerto que nos había albergado y alimentado nuestros sueños, pero luego una gran desolación ya no queríamos recordar nada, me encontraba en plena adolescencia. No hay mal que por bien no venga, como verán a continuación.

El otro comienzo

Inicio un período que me pudo haber marcado, que me dio varias pistas de lo que va ser mi futuro como docente, como educador. Es entonces como llego a la Institución Educativa Manuel José Caicedo, y continúo mis estudios de bachillerato ingresando al grado octavo, y allí conozco una cantidad de compañeros que todavía hacen parte de mis

amistades. Muy buenos amigos que me fortalecieron en lo que iba a hacer mi rol como maestro de Educación Física, entre sus grandes amigos estaban Luis Guillermo, Rodrigo Anselmo, Diego Alonso, Héctor Hernán, Víctor Raúl, hijos de maestros, del banquero del pueblo y otros amigos importantes, de familias prestantes del municipio y gente humilde. Recuerdo que, estando en el grado octavo, fue difícil el periodo de adaptación, hubo discriminación, acosos y burlas (*bullying*) por parte de los compañeros de clases, por mi condición socio económica baja, pero me los fui ganando gracias a mi pasión por el deporte, y me fui acercando a ellos, a través de sus habilidades deportivas, pues yo también era hábil para aprender cualquier técnica de cualquier deporte. Tenía varias destrezas para la práctica del fútbol y el baloncesto, y muy buena condición física.

Recuerdo en este tiempo haber tenido pánico a las exposiciones en clase, que me sacaran al tablero, esto no me dejaba dormir y me temblaba todo, puede ser esta la primera pista que pudo haberme marcado para convertirse posteriormente en mi vida futura como docente entrenador. Ya en los años subsiguientes hasta llegar al grado once, estas dificultades para exponer en público, esta debilidad, -si podría llamarse así-, posteriormente con la ayuda de docentes con sentido, la convertí en una gran oportunidad, en una gran fortaleza, porque de lo contrario no hubiese podido llegar a ser docente, maestros que los recuerdo con el alma se acercaron y fuera de orientarme, me dieron bases para salir adelante.

Terminando el bachillerato me encuentro con el supervisor de educación Don Manuel Posso Mejía, quien estimaba bastante a los amigos de sus hijos y es este señor quien nos regala el pin o el formulario de inscripción para estudiar una carrera nueva que salía en ese año, otra sorpresa que me da la vida estudiar la tecnología Deportiva en el politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid, primera promoción, es importante anotar que no tenía aspiraciones de ir a la universidad por no contar con recursos, mi padre para ese entonces era un vigilante de banco y ganaba poco para sostener la familia, no conocía la ciudad de Medellín, no sabía caminar en la ciudad y no sabía de direcciones, ni estratos sociales ni mucho menos.

Presento el examen de admisión junto con tres amigos: Luis Guillermo, Diego Alonso, y Rodrigo Anselmo, teniendo la fortuna de pasar a la universidad junto con el hijo del supervisor de educación y maestro reconocido en el pueblo, los sentimientos al saber la noticia estaban encontrados, en ese momento salí corriendo a la casa materna y les conté a mis padres lo que había pasado. Mi madre se alegró muchísimo, pero mi padre me preguntó: ¿y qué vas a estudiar? Tecnología deportiva, un nuevo programa académico que se estaba ofertando en la ciudad capital. Mi padre me cuestionó por ir a estudiar esta carrera, si era verdad que era una profesión, pero para el común del municipio, este rol lo desempeñaban personas que eran tildadas de vagos, era estar en los potreros, correr detrás de un balón, en canchas perdiendo el tiempo, porque en Barbosa se tenía la conciencia que se debía estudiar para ser médicos o abogados. Y esto no se veía como una carrera para el futuro, para una formación laboral estable. El tiempo luego nos dio la razón, de que sí se podía levantar una familia como de hecho se hizo y vivir de la profesión de ser docente de educación física, porque en Colombia las carreras afines a la actividad física deportiva eran incipientes en los años 80. Fue una sorpresa de todos modos porque el examen de admisión fue bastante exigente, teórico práctico, pero como tenía cultura deportiva y una buena preparación física, cuando le correspondió afrontar el Examen físico en la pista atlética del Atanasio Girardot. Lo hicimos con mucha propiedad y eficiencia, tanto física como de conocimientos previos. Por lo tanto, esta es la segunda pista que me convirtió en lo que soy: mis habilidades para la práctica deportiva.

Con orgullo puedo comentarles que hice parte de una población muy grande de estudiantes del Poli de la primera cohorte, pero sólo éramos dos del municipio de Barbosa

por allá en los años ochenta, para la comunidad del municipio de Barbosa era sorprendente que dos estudiantes de su comunidad estuvieran allí formándose. Por lo tanto, le agregé o le agrega más importancia al hecho de estudiar en esta institución de educación superior, me estaban convirtiendo en un profesional del deporte y de la actividad física.

La consolidación

Estando buscando una institución educativa para hacer mis prácticas, el señor supervisor Don Manuel Posso, quien era como un benefactor o un padrino que me estimaba y orientaba con sus consejos y su amistad, le pide al rector del Colegio Cooperativo Simón Bolívar, colegio privado en Barbosa, para que su hijo y yo realicemos las prácticas sirviendo las clases de educación física de sexto a once, además remuneradas. Considero que este primer empleo se convirtió en una etapa importante en la formación como docente, pues es en esta institución privada donde hago escuela, me posibilita y me catapulta a cogerle amor a la profesión de docente. Allí me desempeñé como docente del área de educación física, recreación y deportes desde 1983 hasta 1991, allí obtuve un recorrido que me dio varias condecoraciones y estímulos por mi excelente labor, sin saber que otros personajes importantes del Municipio estaban observando mi desempeño, y es así como me invitan a trabajar en la institución educativa oficial de donde salió como egresado: la Institución Educativa Manuel José Caicedo, que como lo comenté a los cuatro vientos, soy un afortunado y Bendecido por Dios, por haber llegado a desempeñarme como docente en “el Liceo” como es conocida esta comunidad educativa, después de haber salido como egresado, gracias a su maestro, mentor, amigo y rector Luis Bernardo Castaño Zuluaga. Quien aportó en la formación de mi carácter y personalidad. Sorpresas te da la vida [...]a quienes trabajan con el corazón, le llegan los premios.

La trascendencia

Pero el relato de mi vida continua con su proyección, formador de maestros con la implementación de la media técnica en educación física, recreación y deportes en la Manuel José Caicedo en el municipio de Barbosa en articulación con el Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid y más tarde con el SENA, modalidad o especialidad que permitió desarrollar competencias y actitudes para la formación de estudiantes que como proyecto de vida se formaron como docentes de educación física y hoy le aportan al progreso y desarrollo de la actividad física y deportiva en el municipio.

Esta etapa que me consolida como el protagonista de este cuento tiene que ver con la formación de docentes desde el programa de la media técnica, no sé por qué las experiencias positivas de buenas prácticas pedagógicas que deben perdurarse son olvidadas y desechadas por directivos que con decisiones absurdas las dejan a un lado como ocurrió con la Media técnica en Educación física en Barbosa.

Es así como aparece después de un estudio de factibilidad a nivel municipal la media técnica en educación física, recreación y deportes como una de tantas que llama la atención a la comunidad del municipio. Con la implementación me fortalezo como el docente formador, fue una experiencia que permitió ejercer mi desempeño profesional alavés orientando vocacionalmente a nuestros estudiantes para que ellos fuera de tener un énfasis en lo académico como bachilleres también tuvieran una proyección laboral en esta área que era tan poco valorada por los padres de familia y algunos estudiantes.

Para implementar este programa en la institución educativa se conforma un equipo interdisciplinario inicialmente en el acompañamiento del Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid en la Facultad de educación aportando a los procesos del plan de estudios, este tenía que ver con unos componentes para ese tiempo lo llamamos componente biológico del ser humano de la enseñanza de la educación física, se tenía el componente organizacional administrativo que tenía que ver con lo que era administración las bases legales del deporte en Colombia, la elaboración de calendarios deportivos, estudio de los

fundamentos técnicos de los deportes practicados en la región, la organización de eventos recreo deportivos, estudio de la técnica las estrategias de cada uno de los deportes que se veían en estos componentes y teníamos una componente psicopedagógico que tenía que ver con lo actitudinal con la proyección de las competencias laborales, gestión, liderazgo, planeación para llegar articularnos con la educación superior, es así que empezamos los primeros años trabajando muy teóricamente pero cuando empezamos nuestra práctica y apoyando al ente deportivo municipal y acompañamiento con tomar barriales, rescate juegos callejeros, ciclo vías, ciclo paseos, ludí recreos, adquiriendo con ello competencias habilidades y destrezas para transmitir conocimientos de esta índole y es por ello que al finalizar el proceso tuvimos la posibilidad de animar a la comunidad de estudiantes a estudiar este programa y preguntaran al terminar el bachillerato que cómo hacían ellos para estudiar educación física en la Universidad, porque ese cuento le había llamado la atención y es así que al tener como como benefactor o como institución educativa y apoyo al Politécnico, ellos permitieron que nuestros estudiantes pudieran Ingresar a esta institución de educación superior y continuar su historia sus proyectos de vida a través de la educación física. El terreno estaba siendo construido históricamente para estas generaciones de jóvenes es en ese entonces que Barbosa vivía un atraso en dirigencia Deportiva en maestro de Educación Física profesionales, los pocos docentes eran empíricos no habían pasado por una facultad de educación superior, sino que le daban el área para ejercerla como tradicionalmente se las. habían enseñado. Para terminar mi relato que es compartido con la vida familiar, los amigos, las personas que me apoyaron en esta construcción de docente, además tiene que ver con esas historias de vida de jóvenes que ahora están empoderados dentro del municipio de Barbosa, fortaleciendo el área educación física.

En el momento continuó como docente del área de educación física, recreación y deportes con la nostalgia de haber visto la gloria de un programa de media técnica en la cúspide y hoy desaparecida, pero feliz de haber colocado mi grano de arena para ayudar a jóvenes estudiantes a fortalecer su proyecto de vida y con ello el mío, soy un agradecido de la vida de haberme permitido ser docente.

Actualmente participo con un grupo de estudiantes de diferentes grados en proyectos de investigación en el departamento con el Club Ludos, haciendo investigación en los descansos y recreos escolares y el Club de Comunicadores Escolares, un medio para informar y contar todo lo que hacemos en nuestra cotidianidad escolar, a través del periódico digital, el canal de YouTube y la emisora virtual.

SER O HACERSE MAESTRA

Configuración narrativa de una profesional no Licenciada en un Palenque

Olga Lucía Gil Taborda

Al comenzar este escrito narrativo, vienen a mi mente muchas vivencias ocurridas por azar y otras por lo que denominaré voluntad divina, porque el mundo que nos rodea cambia y cambiamos nosotros interiormente, pero también se da a la inversa. Pensar en el cómo me hice maestra significa hablar de unos caminos insospechados que fueron tejiendo una profesión que nunca se me pasó por la cabeza. De mis sueños de infancia recuerdo que cuando lucí un hermoso tutu blanco de bailarina un día de disfraces, anhelé ser una bailarina por siempre, o cuando alivié a mis muñecas de enfermedades no muy graves, decidí ser enfermera, pero nunca me gustó jugar a la escuelita porque no me gustaba ser la maestra, era demasiado tímida para serlo de hecho: *Nunca quise ser Maestra [...]*

Todo inicia en un municipio lindo como un pueblo, grande como una ciudad; reconocido por ser industrial y más adelante muy violento por la presencia de bandas: Bello. Ingresé a preescolar de 5 años de edad, a un lugar llamado Alegría de Vivir, mi madre me encargó mucho con la profesora, allí me destaqué por mis dibujos, mi timidez y porque lloraba con gran facilidad. Luego comencé mis estudios en primaria en la Concentración Escolar Nuestra Señora de la Presentación en Bello, fue algo traumático para una niña apegada a su mamá, temerosa y tímida, por lo que su madre se la encargó en esta ocasión a la hermana mayor que ya estaba en un grado más adelante y que era más *avispada*, decía mi mamá.

En mi mente quedaría para siempre ese primer año a un transporte de casa. Recuerdo la dulzura, ternura y el carácter de la Hermana Merceditas, quien fue mi primera Directora de Grupo en 1º. A, la quería mucho porque era como una abuelita, tenía casi la misma estatura que yo, aún viene a mi mente con fijación lo que sentí en el brazo y en el corazón con ese arañón que me dio una única vez, como un llamado de atención.

A partir del grado tercero de Primaria, creo que comenzó el azar a jugar en favor de lo que es hoy mi vocación, y comienza a tejerse la tela por encima y por debajo aún de lo que me gustaba [...] mi directora de grupo la Profesora Luz Mery, confió en una niña de ocho años de edad la elaboración de la cartelera de las fechas especiales, "Olguita, mira la muestra [...] está es la de amor y amistad [...] aquí tienes las tizas de todos los colores". Y así continuó siendo durante tres años de mi vida. ¡Con lo tímida que era en aquel entonces! [...] yo corría una silla del salón para poder alcanzar el tablero y sentía una felicidad enorme ver esa cantidad de tizas a mi disposición. Muchas compañeras me admiraban por lo que hacía y algunas profesoras también, incluso le pedían a mi directora que me prestará para decorar sus salones de igual forma que el nuestro. Al mirar en retrospectiva, pienso que algo mágico sucedió en esa experiencia y el sentir la confianza de mis profesores hizo que mi timidez fuera disminuyendo cada día, al tiempo que sentía reconocimiento y admiración. Trabajé muy de cerca con mis maestros, incluso recuerdo con mucho cariño que debido a esa admiración que sentía por ellos, finalizando la primaria, les pedí que me firmaran una libretica con sus nombres, la cual atesoré hasta que terminé el bachillerato.

En la secundaria estudié en el colegio Suárez de la Presentación, donde me destaqué por ser excelente estudiante lo que me hizo obtener muchas menciones de Honor que mi mamá orgullosa, año tras año guardaba en una carpeta café, gané concursos de pintura y cuento y fui representante de Grupo. Muchos de los referentes de Profesores los tengo de esa época, incluso creo que de todos tengo un poquito en mi esencia.

Encontré en el Español y Lengua Materna, un gran gusto por la lectura y desarrollé una gran habilidad en ortografía y redacción con la profesora Ana Rosa, cariñosamente:

“Anita”, quien con voz suave y pausada, pero con autoridad me transmitía su experiencia, siempre la vi como una señora muy bien ubicada, de ella sería la representante de Grupo en el grado Once [...] incluso me la encontré más tarde en la universidad de Antioquia en la carrera de Comunicación Social y Periodismo, confieso que sentí gran emoción el solo pensar que me volvería a dictar clases.

Me enamoré de la geografía, la historia y la política por la profesora Beatriz Olaya, era una mujer de corta estatura, pero con una gran autoridad, admiraba su pulcritud y sabiduría, llevaba sus crespos perfectos, se vestía de colores y sonreía con frecuencia. Admiré el orden con que escribía en el tablero el Profesor “Edi”: Edilberto, con una sonrisa y unos cuantos pasos recorría el salón de un extremo al otro. Las matemáticas y la física parecían muy sencillas en sus palabras; era ordenado hasta en su manera de vestir, simple, pero bien planchado y siempre bien combinado.

Más adelante, en décimo mi director de grupo fue el profe. Fernando Elías, un señor de aspecto serio pero muy divertido en las clases, me enseñó filosofía y epistemología, en realidad no aprendí mucho de éstas dos materias, pero si recuerdo que en sus clases nos divertíamos, contaba chistes, nos tiraba tizas cuando estábamos desatentas y hablaba mucho con cierta picardía, sus clases no tenían mucho contenido, cuando enseñaba nos envolvía con sus historias. La química nunca fue de mi gusto, incluso ni teniendo al profesor Nelson, quien llegaba y pasaba el salón con su perfume. Muchas suspiraban con su sola presencia. Llamaba la atención por sus palabras, su acento y la seguridad con que hablaba. Yo lo admiraba, trataba de entender y aunque me iba bien, nunca sentí afinidad por la química, ni mucho menos me llamó la atención, era todo un caballero, muy respetuoso y educado, los días de clase con él leía una reflexión y aconsejaba y después entraba en materia. Otro docente que considero marcó mi secundaria fue el profesor Mario, tenía unas ideas muy descabelladas, su presencia era relajada [...] su chaqueta de cuero con un cierto olor a humedad, su llegada en moto, el pelo revolcado y su caminar desabrido. Le encantaba hablar de democracia y en la época de los terremotos hacer simulacro: *En caso de terremoto, salimos en orden: Fila 1, fila 2, fila 3 [...]*

Dejé para lo último de ésta etapa de mi vida a una religiosa: la hermana Úrsula, que nos dictó religión y fue la coordinadora académica durante mucho tiempo. Al escuchar su nombre uno se imaginaría que es como una bruja, pero casi que era como la voz de la conciencia, sus palabras pausadas, llenas de sabiduría, a veces dulces y a veces cargadas de enojo. Recuerdo que, aunque quise estar muy cerca de ella porque la admiraba como persona y estar entre las favoritas nunca logré su aprobación, era una persona amable, pero al mismo tiempo era distante. No sabía en realidad que fue tan importante para mí, incluso, la recuerdo con una cierta angustia porque la conocí ya de edad y hoy por hoy no sé si aún vive.

Por otra parte, la secundaria viene a mi mente con grandes personalidades, muchos de ellos profesores que sentí que amaban lo que hacían, que eran conocedores de su materia; tal vez por haber sido una buena estudiante fui reconocida por muchos, pero que al mismo tiempo recuerdo con cierta tristeza que eran relaciones en su mayoría muy impersonales y cargadas de respeto, muy seguramente por la estricta disciplina que en cualquier colegio católico imperaba en aquel entonces, además por mi histórica timidez.

El aprendizaje del colegio lo mezclé con algo que primeramente fue obligación y luego se convirtió en la mejor experiencia de mi vida. La Hermana de Religión: Úrsula, nos dijo que nos deberíamos vincular a diferentes grupos de las parroquias a las que pertenecíamos. Yo inicié en la catequesis de Primera Comunión, preparando grupos de niños, luego Grupos juveniles, y hasta en el Consejo Parroquial de la mano de personas líderes en cada grupo parroquial. Con el tiempo vencí cada vez más mi timidez y desarrollé

una gran capacidad de liderazgo, hasta llegar a ser la directora del Grupo de catequistas y del Grupo Universitario.

Aprendí a amar cada vez más mi religión, hice muy buenos amigos, intelectuales, espirituales y personas del común. Muchas de mis ideas fueron escuchadas y tenidas en cuenta por sacerdotes de más edad que yo. Y a muchos de ellos les valoro las responsabilidades que fueron delegando en mí, por mis capacidades. En aquel entonces, el Padre Gonzalo Rivera, hoy Obispo Auxiliar emérito, confió en mis capacidades como estudiante de Publicidad para que le elaborara el Escudo que lo identificaría como obispo, en el tiempo en que iba a recibir dicho nombramiento.

El Padre Juan Pablo Cardona, con ideas renovadoras, juveniles y divertidas, durante doce años confió en mis capacidades, me delegó la responsabilidad de dirigir grupos y orientarlos a través de metodologías que buscaban la formación y el compartir de vivencias de fe. Aparte de esto comencé a incursionar en el grupo de Comunicaciones y Decoraciones de la Parroquia y fue allí donde a gran escala, en un templo tan inmenso como la Parroquia El Rosario de Bello, puse en práctica mi habilidad con otro tipo de materiales. El Padre Diego Estrada, con su voz dulce y tranquila encontró en mí, facilidad para liderar las reuniones de los catequistas de Primera Comunión. Recibí muchas capacitaciones, talleres, convivencias y hasta estuve en Chile en un encuentro Continental de jóvenes. Días aquellos tan felices, tan cargados de experiencias, de dinámicas, de juegos, de reflexiones, de talleres [...] días y noches preparando materiales y temáticas que se dictarían en dos horas de reunión [...] noches de traspasado, tardes enteras de manualidades donde se me olvidaba hasta comer. Confieso que tan bien pude apreciar en el hecho de ser líder, ser profundamente admirada y querida, hasta ser odiada, envidiada y despreciada.

Estando en los grupos inicié mi Universidad y aunque fue una vivencia totalmente diferente por las metodologías y lo impersonal de los profesores, los cuales simplemente llegaban, dictaban la clase y se iban. Es más, me atrevo a decir que muchos de ellos ni siquiera se aprendieron mi nombre, aunque igualmente fui muy buena estudiante, allí, en la Universidad Pontificia Bolivariana no ejercí mi liderazgo, solo en mi grupo de trabajo. Recuerdo con cariño dos profesores de Universidad, tal vez porque los admiré profundamente, o porque los consideré eminencias en lo que hacían. El primero, el profesor Mauricio Ospina, un hombre muy parecido a papá Noel, su barba blanca, espesa, su textura gruesa lo hacían parecer una persona bonachona, subía con su tinto humeante al segundo piso del bloque de la Facultad de Publicidad, por lo general llegando antes que todos, comenzaba a hablar hora y media de clase, compartiendo el conocimiento que contaba a través de sus experiencias. Su actitud yo la denominaría de "No me importa", creo que no le importábamos y nos lo hacía saber, pero amaba profundamente su profesión a tal punto que podíamos sentir el estrés de sus días en su empresa. Era emocionante, me veía en él, mi futuro lo veía a través de sus historias. Sin embargo, su despotismo era demasiado evidente.

Por otro lado, recuerdo a la profesora Beatriz. *Beata*, con quien invertíamos largas horas solo dibujando y produciendo ideas en un dos por tres, pasaba por cada puesto dándonos asesorías de diseño con su caminar desgarbado, sus pasos como si le pesaran los zapatos porque era muy delgada y masticando siempre chicle, la recuerdo, de verdad disfrutaba pintando y haciendo manualidades, era relajada y casi siempre parecía de paseo con sus gafas de sol puestas en la cabeza. En realidad, no recuerdo muchos nombres de aquella época, solo puedo decir que la mayoría de mis profesores de carrera disfrutaban y amaban lo que hacían, muchos parecían locos desquiciados, viviendo en un mundo propio e imaginario, y eso me hacía sentir que yo era diferente por estudiar publicidad.

Cuando terminé mi carrera como Publicista, aún sin graduarme ya que estaba elaborando mi tesis de grado, al tiempo que realizaba un Diplomado en Organización de

Certámenes en la misma Universidad, decidí buscar empleo y al sentir tan pocas oportunidades decidí buscarlo como docente en el colegio de donde me había graduado de secundaria. Me recibió la hermana directora, sentí gran emoción al darme cuenta que sería compañera de muchos de mis profesores, pero luego me sentí muy incómoda al saber que mi carga académica sería Informática, me sentía muy cruda [...] Entrar a mis primeros grupos fue una tortura, vacilaba al hablar, sudaba, repetía lo mismo mil veces [...] sentía que los grupos se salían de mis manos y no tenía autoridad. Y para completar lo que conocí de mis queridos profesores de bachillerato, bueno, (por lo menos los que aún estaban en la Institución), es decir, su lado humano y como compañeros, de muchos me descrestó y en otros casos me decepcionó. Las continuas críticas de la Hermana Directora de esa época, me hacían sentir incompetente, incluso, mi cabello tinturado de color rojo era un gran inconveniente para ella. Casi al finalizar el año, ella me dijo con su estilo serio y directo: “Olga, te falta mucha pedagogía, ¡Deberías de estudiar!”. La verdad, fue como un baldado de agua fría, me sentí con un pie afuera. Me entregaron en noviembre la famosa carta del *Ha sido un placer [...]* Y, en efecto, al año siguiente no me llamaron a trabajar en la institución.

Me quedé con el sinsabor de las palabras de la hermana Fabiola y se me volvió una obsesión demostrarme que yo sí servía para enseñar y fue así que decidí estudiar un Diplomado en Pedagogía contemporánea, los sábados en la Universidad Autónoma. Hubiese deseado haber aprendido más, considero incluso que aprendí fue de mis compañeros, muchos de ellos con vivencias similares a la mía frente a la docencia. El tiempo siguió su rumbo, mezclando la docencia con trabajos como Publicista en empresas de Gran Formato, Grandes Superficies, litografías y periódicos.

En 2003 enseñé en el Colegio Parroquial San Buenaventura dirigido por sacerdotes y fue una historia totalmente enriquecedora, allí aprendí sobre la disciplina rallando en lo militar, sobre el carácter de un buen líder como el Padre Orlando González, no porque hubiera estado de acuerdo con todos sus métodos, sino por lo que lograba en sus estudiantes.

Luego, enseñé dos años en el Centro de Sistemas de Antioquia -CENSA-, un compañero de Publicidad era el director del Programa de Diseño gráfico y necesitaba una docente, yo le dije que sí pero que ojalá fuera para materias teóricas. Mis estudiantes eran algunos jóvenes ya bachilleres y otros más adultos, muy interesados en aprender en su mayoría, en los *huecos tintiaba* y fumaba cigarrillo con ellos, me hacían parte de sus charlas, hablábamos de la vida, nos reíamos, algunos probaban suerte invitando a salir a la profe. Allí, incluso, le enseñé a quien fue mi esposo. Aprendí mucho con esta experiencia, mucha creatividad, muchas ganas de salir adelante. En aquella época comencé estudios en Comunicación Social y Periodismo que hice en la Universidad de Antioquia, en uno de los cuatro semestres que hice, una profesora me pidió le colaborara con una clase para mis compañeros de carrera donde el tema era la Publicidad, incluso, me delegó calificarles los trabajos.

Tuve un receso laboral de dos años en mi vida, donde me dediqué a mi familia, estrenándome en las labores de casa, como esposa y como madre de una niña que llenó de motivaciones mi vida.

Al pasar exactamente dos años mi tía Lucelly, docente de profesión en Básica Primaria, vinculada a la Secretaría de Educación del Municipio de Bello; me animó a concursar para optar por unas condiciones laborales más estables en la docencia, incluso me regaló el Pin. En realidad, jamás pensé que ese sería la solidificación de tantas búsquedas, sin embargo, mi postulación fue para el Departamento de Antioquia y sentí que me había equivocado en ese momento, que debí haber elegido Medellín; me imaginaba en

un pueblo, lejos de mi familia y sentí angustia de ganar el concurso, sin embargo, el tiempo me confirmó que fue una bendición que hubiera sucedido así.

El área de mi idoneidad según la ley sería Educación Artística y Cultural, por lo que me sentí muy feliz, en mi territorio. El día de la audiencia pública para la elección de plaza, éramos 12 maestros del área de Artística para una oferta de 64 plazas. Por tanto, se eligió con toda la comodidad del caso. Sin embargo, dentro del área Metropolitana, que era lo que yo quería para estar cerca de mi familia, solo había 1 plaza en La Estrella y cerca dos en San Pedro. Mi fortuna era que solo éramos 3 personas que vivíamos en la ciudad y que no queríamos irnos para pueblos.

Aquel día de la nada y entre los profes de Artística apareció un ángel llamado Juan Esteban, también docente de artística, quien se me acercó y me dijo: *yo sé de una plaza oculta en Girardota, venga averigüemos*. Me comentó que una amiga suya de nombre María Ángel había salido de la Institución Educativa San Andrés. Hizo varias llamadas y de repente la plaza estuvo disponible. De aquella persona nunca volví a saber, pero lo recuerdo mucho por su belleza y gentileza, delgado, caminar tranquilo pero entusiasta, con sus tenis converse, ojos claros, barba espesa, cabello un poco largo, lacio y castaño y una hermosa dentadura. Su amabilidad cambió mi vida en cuestión de unos minutos.

Días antes de iniciar en la institución educativa fui a conocer la vereda, un domingo en la tarde donde se suponía habría pocas personas por ahí, pero ¡oh sorpresa! Fiestas de San [sic]

Hoy llevo casi nueve años de mi vida vinculada con el Departamento en la Educación Pública, en un lugar que nunca pensé estar: La Vereda San Andrés. Una persona tan citadina como yo, en una vereda de descendencia afrodescendiente, ¡con lo racista que han sido mis antepasados, de hecho, que recuerde nunca he tenido amigos con color de piel tan oscura como mis alumnos. Un contexto tan característico por su cultura y tradición. Un lugar de Danza y sainete, de olor a caña y cebolla. Un oasis cerca de la autopista, en medio de la civilización. Una cultura que aún estoy conociendo y que aprendí a querer con el tiempo y más participando en actividades que se trabajan en equipo con la comunidad, como aquella que cada año planeaba para las fiestas de la Danza y el Sainete y desde hace dos años para las Fiestas de San Andrés (Santo Patrono de la Vereda), en especial recuerdo la más reciente [...]

Ese viernes 3 de noviembre de 2017, era la presentación y nuestra comparsa “África Salvaje”, era la única que estaba allí. Entre el polvo y el humo de los camiones de carga, cerca del peaje El Trapiche, a las puertas de la empresa que ha tenido emisiones nauseabundas con sabor a químicos y que llega en un remolino enclaustrado en la Institución.

Con tres horas de espera, sus rostros pintados de rojo, amarillo blanco y café, llevando escasos atuendos con forma de faldones y blusas atigradas, en medio del sereno, espontáneamente se oye un *tun [...] turu rurú tún, turu ruru tún [...] turrnnnnn turrnnnnn*, acompaña el güiro y los *maracones* y ya está completa la chirimía. Sentados en el asfalto instrumentos en mano comienzan las palmas y un canto en conjunto: ¡Áfricaaaaaaaaaa! [...] ¡África salvajeeeeeee! Unos tocan, otros aplauden y dos comienzan a bailar, los camiones que pasan celebran el performance que ocasionalmente alegran el paso.

Ya son casi las cuatro de la tarde, después de cuatro horas de espera, sin beber nada, ni comer, escuchando a los chicos cada instante: “Profe, ¿a qué horas salimos?”, “Profe, y las otras comparsas ¿dónde están?”, “¿Profe, nos van a dar agua? [...] Comienzo a desesperar, y eso que por personalidad soy paciente [...]

Pero vuelve y juega, *tun [...] turu rurú tún, turu ruru tún [...] turrnnnnn turrnnnnn* y comienzan el reto de baile, las pieles oscuras y bronceadas de dos de los chicos, con sus dorsos expuestos se paran de manos con los pies al aire al que más aguante[...] sonríen,

bailan; el uno primero y luego el otro, el resto aplaude, se rotan los instrumentos: “Le toca a usted” [...] Unos cuantos parados al borde de carretera comienzan a pedir a los camiones que pasan con una señal de sus brazos, que halen los cláxones y animen el baile. A ver a quién le pitan más los camiones, intenten y animen primero las mujeres y luego los hombres [...]

Casi un mes antes, Don Carlos, el rector de la Institución Educativa San Andrés; un hombre alto, corpulento y de piel oscura, me llamó a su oficina y mirando con sus lentes a medio poner me comentó: “Profe, la institución está convocada por el Consejo Comunitario de la vereda para participar en las *Fiestas de San Andrés* con una comparsa, mire a ver que puede organizar con un grupo y me dice qué necesita”.

Salí de allí con el compromiso de planear algo, con la motivación de que ya habíamos ganado como institución en las comparsas de *Las fiestas de la danza y el sainete* convocadas por el municipio en varios años consecutivos, pero también con la prevención de que el reconocimiento que en muchos casos fue económico nunca había llegado ni para los chicos, ni para la institución [...] pero bueno [...] como siempre [...]” toca motivar a los chicos para que lo hagan “por amor al arte”, por diversión, por estar juntos, por representar bien la institución.

A los dos días cuando tuve clase de artística con el grupo de noveno B les propuse la actividad a ellos, teniendo en cuenta que se los podría valorar en el área de Educación Artística tanto el proceso como la puesta en escena. Ellos escucharon con atención y conforme iba describiéndoles la actividad, simultáneamente daban sus ideas de forma espontánea, se fue armando en nuestro imaginario la imagen de un todo producto de la creatividad de varios.

Yo fui su motivadora, aunque no iba muy motivada, ellos me salieron adelante. Ver su entusiasmo me fue llevando en el camino para documentar el proceso, viendo videos de danzas africanas, leyendo sobre palenques y su cultura, escuchando música africana, indagando visualmente materiales y recursos y entonces [...] comienza la carrera contra-reloj.

Día primero: Elijo a Juan Daniel como coreógrafo, un líder innato que venía cobrando multas por todo, delegado por el grupo y por el director de grupo para recoger fondos, todos los demás lo acataban, lo respetaban y además de eso bailaba con un sabor y elegancia característica, con su voz recia, su color moreno, caobo, tono 48, pasado de melanina; inicia entonces el ensayo dando instrucciones a sus compañeros. Mientras yo me dirijo a rectoría con la lista de materiales para la comparsa.

Día segundo: Primer ensayo en una de las clases de Educación Artística, Juan Daniel juiciosamente habría revisado la coreografía del video elegido, juntos comenzamos con el grupo a organizar la formación a manera de escuadrón mientras asesoraba el manejo del espacio, la distancia y la distribución entre hombres y mujeres. Comenzaron a ensayar los pasos.

Día tercero: Segundo ensayo. Llega el material para el vestuario y el Señor Rector me dice amablemente “Olquita ahí le llegaron las cosas para la comparsa. Me dirijo a la sala de profesores y encuentro en mi escritorio una bolsa grande blanca con más de 10 metros de tela atigrada, maquillaje artístico de color rojo, amarillo blanco y negro; y lápices de color café, negro y blanco.

Día cuarto: Tercer ensayo en una clase cedida por uno de los docentes. Porque fueron varios que muy amablemente al ver los chicos de noveno tan comprometidos en representar la institución, colaboraron.

Día quinto, sexto, séptimo, octavo, noveno y décimo [...] Un día de ensayo con la profe directora de grupo en su clase de lengua castellana, otro día la profe de matemáticas que ya había terminado tema, otro día la profe de inglés que le encanta la cultura, otro día

el profe de religión que nadie necesitaba nota y obvio en clase de artística, así sucesivamente se cumplieron casi diez ensayos.

En los últimos ensayos se decidió sacar la tambora del colegio, el güiro y los *maracones* para armar la chirimía, pero oh sorpresa el alma de la chirimía, el Alegre, no lo teníamos. Entonces recordé la chirimía del Hogar Santa Clara que trabaja con niñas que están bajo protección de Bienestar Familiar, que queda cerca en la vereda y del cual estudian casi todas las niñas en la institución educativa, y que hace algunos años con Israel uno de los pedagogos, formaron una linda chirimía. Contacté entonces al profesor y primeramente le solicité si podía acompañar la comparsa, Israel me dijo muy amablemente que sí, y que hablaría en el Hogar para que le facilitaran el tiempo. Finalmente, no se pudo, el día antes de la presentación, en la mañana, el pedagogo me dijo que no podría pero que, para no perjudicarnos mucho, nos prestaba el “Alegre”. Y listo, de una, tocó improvisar. Convoqué estudiantes de otro grado y comenzaron a ensayar con la comparsa. De esa manera los últimos ensayos fueron una fiesta, todo tenía forma y hasta el rector estuvo el día antes de la presentación.

Se llegó el día decisivo. Sitio de encuentro: Entrada del Hogar Santa Clara. Hora: 9:00 a.m. Esperé en la panadería del lado del Hogar que la mayoría llegaran, a los diez minutos ya estábamos adentro en la cancha. Comenzaron a cambiarse, cuatro chicos de otro grado que había invitado para colaborar, empezaron a ayudar recogiendo con ganchos la tela atigrada alrededor de sus cuerpos. Luego sacamos las pinturas y uno a uno fueron pasando entonces para decorar sus rostros acordes con una muestra. Ellos, al verse se sentían felices, ahora estaban totalmente caracterizados. Selfie por un lado, los amigos juntos, venga todo el grupo y con la profesora, foto por aquí, foto por allá.

No hubo tiempo para un último ensayo. Instrumentos en mano y ya listos comenzamos a caminar hasta el punto de encuentro, entre malezas y casas descendimos hasta la autopista. No había nadie allí. No llegaba nadie, pasarían horas para que una docente de primaria de la institución, representante del Consejo Comunitario apareciese allí con su atuendo característico para una Redova, pero tampoco nadie de su grupo llegaba.

Es aquí donde la historia comienza, en sus rostros cargados de felicidad, en sus bronceados y coloridos cuerpos y en la satisfacción de ver el producto de varios días de trabajo. Al paso de las horas, de superado el cansancio de espera y tras la llegada de primero de un señor de edad llamado Don Joaquín quien azadón en mano comienza su performance a manera de labriego raspando el asfalto. Adelante, encabezando el desfile se instala una Concejala de Girardota invitada, de quien no recuerdo el nombre, quien acompañaría todo el evento. Letrero en mano, ya formados en escuadrón cuatro chicos comienzan a tocar los tambores y al unísono inicia la comparsa de la Institución Educativa San Andrés: ¡Áfricaaaaa! [...] ¡Áfricaaaa salvajeeeeee! Ellos bailaron en un trayecto que duraría 30 minutos, felices, ni se veían cansados y más se recargaron cuando llegaron a la entrada de la vereda, todos los miraban y ellos con más ganas comenzaron a bailar, con su canto característico aún más recio. A su encuentro al ritmo de la Redova, se unió una danza de tres parejas que estaba esperando en el Parque Vivo El Sainete. Al lado estaba la cancha, ya una animadora desde la tarima daba la bienvenida al desfile.

Al llegar les dan a mis muchachos de noveno hidratación, bailan de nuevo ante un escaso público. Nos llaman al Director de la comparsa, Juan Daniel, y a mí y eligen un ganador. “África Salvaje”, por decisión de la Concejala fue el ganador. Juan Daniel recibe feliz la ancheta de premio.

Tanto, ensayo, tanto sacrificio, tan buena actitud fue premiada y en gesto de unidad y compañerismo abrieron la ancheta, repartieron galletas con arequipe, bebidas, enlatados, paquetes de papas y hasta el refrigerio. Yo también gané premio. Lo que me dejaron esos

chicos de noveno, su alegría, su disciplina, su entusiasmo, trabajo en equipo y el positivismo en momentos difíciles.

Experiencias así me tocan el corazón, me ponen la piel de gallina y me dan un nudo en la garganta, me hacen pensar que eso fue lo que encontré en la docencia, nunca pensé que ser maestra me daría tantas satisfacciones que son para la vida y se cargan en los recuerdos y en la historia de nuestra subjetividad.

Cuando ingresé, sentí descanso en el aspecto laboral, pero también sentí que renunciaba a ciertos campos de acción que algún día imaginé ejercería como Publicista. Ser Publicista es algo que llenó mi vida de satisfacciones, ser docente de Educación artística recogió mis talentos y mi vocación en un mismo lugar. Gracias al Decreto 1278 soy categorizada como Profesional No Licenciada y tengo el perfil docente para hacer parte del Sistema Educativo en Básica Secundaria y eso es una bendición que no todos tenemos, a pocos se nos paga por hacer lo que nos gusta.

Siento que todos los días sigo aprendiendo de mis alumnos, compañeros y directivas, tal vez nunca seré la docente perfecta, pero reconozco que amo y disfruto lo que soy profesionalmente, eso lo transmito y lo veo reflejado en varias palabras de estudiantes míos, que quieren ser como yo, comunicadores, publicistas, diseñadores y docentes de Artística, que me lo han dicho y que me los he encontrado incluso como competencia en trabajos que ejerzo como free lance. Más que un trabajo académico, ha sido como visitar el pasado y entender a través de éste cómo me hice como docente, cómo variadas circunstancias fueron llevándome por caminos insospechados, pero que se fueron tejiendo en la búsqueda de mi realización.